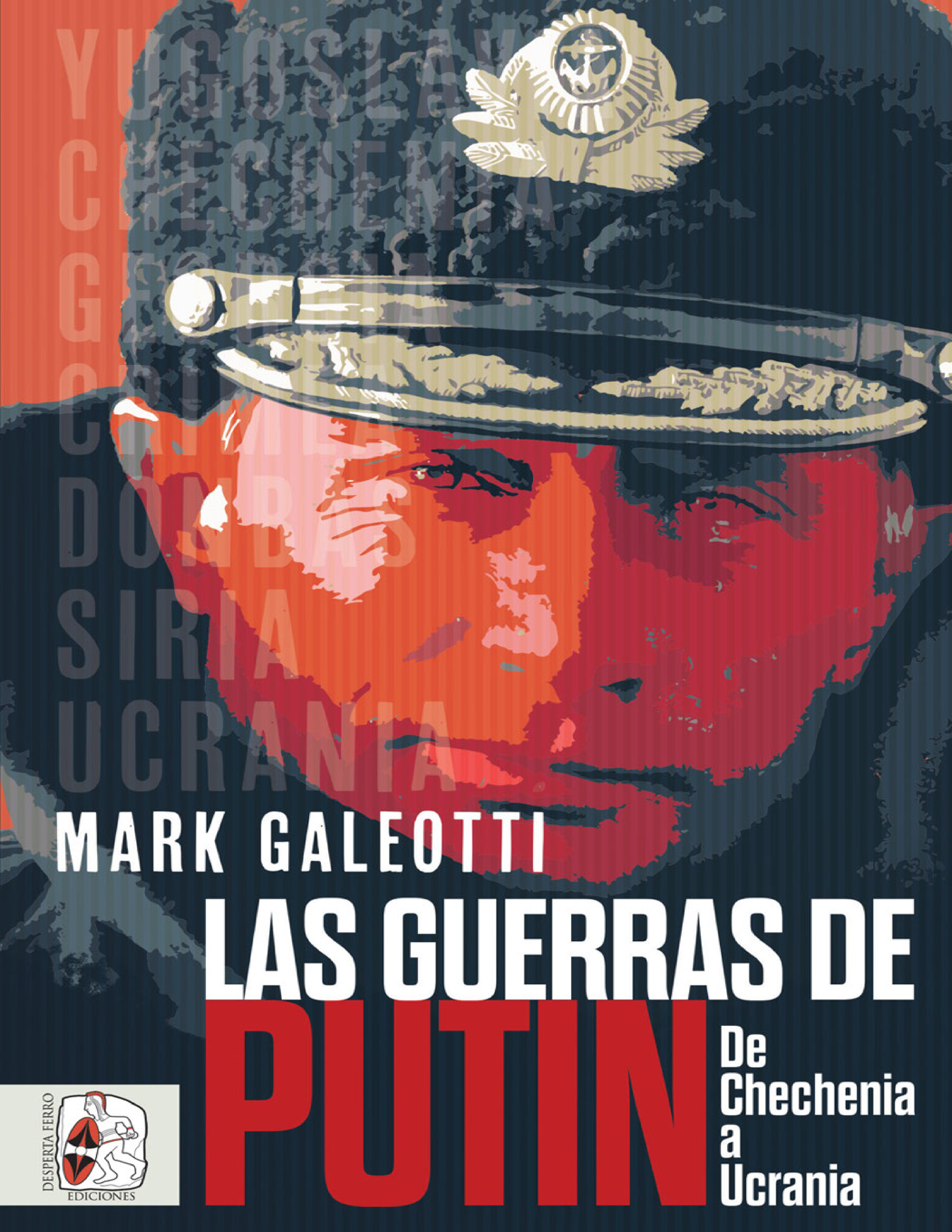

YUGOSLAVIA
CHECHENIA
GEORGIA
CRIMEA
DONBÁS
SIRIA
UCRANIA
MARK GALEOTTI
LAS GUERRAS DE
PUTIN
De Chechenia a Ucrania
DESPERTA FERRO
EDICIONES

MARK GALEOTTI

LAS GUERRAS DE PUTIN

De Chechenia a Ucrania



Las guerras de Putin

Galeotti, Mark

Las guerras de Putin / Galeotti, Mark [traducción de Javier Romero Muñoz].

Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2022. – 376 p. 16 lám. ; 23,5 cm – (Siglo XXI) – 1.ª ed.

D.L: M-23434-2022

ISBN: 978-84-124964-2-0

94(4)(47)(470)

341.31 355.01

LAS GUERRAS DE PUTIN

De Chechenia a Ucrania

Mark Galeotti

Título original:

Putin's Wars. From Chechnya to Ukraine

by Mark Galeotti

This translation of Putin's Wars: From Chechnya to Ukraine is published by Desperta Ferro Ediciones SLNE by arrangement with Osprey Publishing, part of Bloomsbury Publishing Plc.

Desperta Ferro Ediciones SLNE publica esta traducción de Putin's Wars: From Chechnya to Ukraine según el acuerdo con Osprey Publishing, parte de Bloomsbury Publishing Plc.

ISBN: 978-1-4728-4754-6

Las guerras de Putin

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º dcha. 28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-124964-3-7

Traducción: Javier Romero Muñoz

Revisión técnica: Jesús Jiménez Zaera

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro y Jesús Jiménez Zaera

Primera edición: noviembre 2022

Producción del ePub: booqlab

Dedicado a todos los miles de rusos
que, ridiculizando la propaganda
y desafiando la represión del
Kremlin, protestaron contra
la invasión de Ucrania.

Índice

TERCERA PARTE: LA NUEVA GUERRA FRÍA

CUARTA PARTE: EL REARME DE RUSIA

QUINTA PARTE: EL FUTURO

Dedicado a todos los miles de rusos que, ridiculizando la propaganda y desafiando la represión del Kremlin, protestaron contra la invasión de Ucrania.

Nota del autor

He adoptado la práctica local de llamar Kyiv lo que antes era Kiev. No obstante, los nombres de los ucranianos rusófonos de la región rebelde del Donbás están en su forma rusa. Asimismo, los mapas muestran a Crimea como una parte de Rusia solo para ilustrar el despliegue militar ruso. Esto no quiere decir, bajo ningún concepto, que reconozca la soberanía de Moscú sobre la región.

Nota a esta edición

Este libro aborda el papel que cumplen la guerra y las fuerzas armadas rusas en la política de Putin desde una perspectiva amplia, que se remonta al colapso de la Unión Soviética. No obstante, es indudable que ofrece claves fundamentales para entender el acontecimiento que, en el momento de la publicación de este libro, ocupa la atención internacional: la invasión de Ucrania por parte de Rusia. El autor, Mark Galeotti, tuvo listo el último borrador de *Putin's Wars* en torno a junio de 2022 y Desperta Ferro Ediciones ha terminado los trabajos de la edición en castellano, *Las guerras de Putin*, a finales de septiembre, para su salida en los primeros días de noviembre. Mientras ultimábamos esta edición, las noticias informaban del contraataque ucraniano en la región de Járkiv y la reacción de Vladímir Putin: ordenar una movilización parcial, que puede afectar a 300 000 reservistas, e impulsar referendums de adhesión a Rusia, no reconocidos internacionalmente, en las regiones ocupadas (Jersón, Zaporiyia, Donetsk y Lugansk). La anunciada anexión de estos territorios puede significar para el futuro un cambio en la naturaleza del conflicto desde la perspectiva del Kremlin. No eran situaciones que se pudieran prever a principios del verano, del mismo modo que no se pueden aventurar en este libro sus consecuencias. Lo que sí ofrece son herramientas para comprender con mayor profundidad los próximos acontecimientos en Ucrania y, de forma más amplia, en la geopolítica mundial.

Abreviaturas

AV-MF Авиация военно-морского флота
Aviátsiya voyenno-mórskogo flota Aviación Naval

BF Балтийский флот
Baltiiski flot Flota del Báltico

BMP боевая машина пехоты
Boyévaya mashina piejoti Vehículo de combate de infantería

BTG батальонная тактическая группа
Batalonnaya takticheskaya gruppa Grupo táctico de batallón

ChF Черноморский флот
Chernomorski flot Flota del mar Negro

DA Дальняя авиация
Dálnyaya aviátsiya Aviación de Largo Alcance

FA Фронтовая авиация
Frontovaya aviátsiya Aviación de Primera Línea

FSB Федеральная служба безопасности
Federálnaya sluzhba bezopásnosti Servicio Federal de Seguridad

FSK Федеральная служба контрразведки
Federálnaya sluzhba kontrrazvedki Servicio Federal de Contrainteligencia

GBU группа боевого управления
Gruppa boyévogo upravléniya Grupo de gestión de combate

GOU Главное оперативное управление
Glávnoye operatívnoye upravléniye Dirección Principal de Operaciones

GOZ Государственный оборонный заказ
Gosudarstvenni oboronni zakaz Pedido de Defensa del Estado

GPV Государственная программа вооружения
Gosudarstvennaya programma vooruzheniya Programa Estatal de Armamento

GRU Главное разведывательное управление
Glávnoye razvédivatelnoye upravléniye Dirección Principal de Inteligencia

GU Главное управлéние
Glávnoye upravléniye Dirección Principal

GVS Группировка войск в Сирии
Gruppirovka voisk v Siri Agrupación de Fuerzas en Siria

KF Каспийская флотилия
Kaspiiskaya flotiliya Flotilla del Caspio

KGB Комитет государственной безопасности
Komitét gosudárstvennoi bezopásnosti Comité para la Seguridad del Estado

KSSO Командование сил специальных операций
Komandovaniye sil spetsialnij operatsi Mando de Fuerzas de Operaciones Especiales

KV Космические войска
Kosmicheskiye voiská Fuerzas Espaciales

MChS Министерство по чрезвычайным ситуациям
Ministerstvo po chrezvichainim situatsiyam Ministerio de Situaciones de Emergencia

MP Морская пехота
Mórskaya pejota Infantería Naval

MRAU Массированный ракетно-авиационный удар
Massirovanni raketno-aviatsionni udar Ataque de misiles y aviación en masa

MVD Министерство внутренних дел
Ministerstvo vnutrennij del Ministerio del Interior

NTsUO Национальный центр управления обороной
Natsionalni tsentr upravléniya oboronoi Centro Nacional de Control de la Defensa

OGFV Объединённая группировка федеральных войск
Obedinionnaya gruppirovka federalnij voisk Agrupación Conjunta de Fuerzas Federales

OMON Отряд милиции особого назначения
Otriad militsi osóbogo naznachéniya Destacamento de Policía de Designación Especial

OMON Отряд мобильный особого назначения

Otriad mobilni osóbogo naznachéniya Destacamento Móvil de Designación Especial

OMRPSN Отдельный морской разведывательный пункт специального назначения
Otdelni morskoi razvedivatelni punkt spetsiálnogo naznachéniya Puesto Independiente de Reconocimiento Naval de Designación Especial

OOSNO тдельный отряд специального назначения
Otdelni otriad spetsiálnogo naznachéniya Destacamento Independiente de Designación Especial

OSK Оперативное стратегическое командование
Operatívnoye strategicheskoye komandovaniye Mando Estratégico Operacional

OSKVKO Оперативно-стратегическое командование воздушнокосмической обороны
Operativno-strategicheskoye komandovaniye vozdushno-kosmicheskoi oboroni Mando Estratégico-Operacional de Defensa Aeroespacial

OSNB PDSS Отряд специального назначения борьбы с подводными диверсионными силами и средствами
Otriad spetsiálnogo naznachéniya borbi s podvodnimi diversionnimi silami i sredstvam Destacamentos de Designación Especial para Combatir Fuerzas y Medios Submarinos Subversivos

PVO Войска противовоздушной обороны
Voiskáprotivovozdushnói oboroni Fuerzas de Defensa Aérea

PVO-PRO Войска противовоздушной и противоракетной обороны

Voiskáprotivovozdushnói iprotivoraketnoi oboroni Fuerzas de Defensa Aérea y Antimisiles

RVSN Ракетные войска стратегического назначения
Raketniye voiská strategichéskogo naznachéniya Fuerzas de Misiles Estratégicos

SF Северный Флот
Severni flot Flota del Norte

SKVO Северо-кавказский военный округ
Severo-Kavkazski voyenni ókrug Distrito Militar del Cáucaso Norte

SOBR Специальный отряд быстрого реагирования
Spétsialni otriad bistrogo reagirovaniya Destacamento Especial de Respuesta Rápida

SV Сухопутные войска
Sujoputniye voiská Ejército de Tierra

SVO Северный военный округ
Severni voyenni ókrug Distrito Militar del Norte

SVR Служба внешней разведки
Sluzhba vneshnei razvedki Servicio de Inteligencia Exterior

TF Тихоокеанский флот
Tijookeanski fot Flota del Pacífico

TsVO Центральный военный округ
Tsentralni voyenni ókrug Distrito Militar del Centro

VDV Воздушно-десантные войска
Vozdushno-desantniye voiská Fuerzas Aerotransportadas

VIO Войска информационных операций
Voiská Informatsionnij Operatsii Fuerzas de Operaciones de Información

VKS Воздушно-космические силы
Vozdushno-kosmicheskiye sili Fuerzas Aeroespaciales

VO военный округ
Voyenni ókrug Distrito militar

VP Военная полиция
Voyennaya polítsiya Policía Militar

VTA Военно-транспортная авиация
Voyenno-transportnaya aviátsiya Aviación de Transporte Militar

VV Внутренние войска
Vnutrenniye voiská Tropas del Interior

VVKO Войска воздушно-космической обороны
Voiská vozdushno-kosmicheskoi oboroni Fuerzas de Defensa Aeroespacial

VVO Восточный военный округ
Vostochni voyenni ókrug Distrito Militar del Este

VVS Военно-воздушные силы
Voyenno-vozdushniye sili Fuerzas Aéreas Militares

YuVO Южный военный округ
Yuzhni voyenni ókrug Distrito Militar del Sur

ZATO Закрытые административно-территориальные образования

Zakritiye administrativno-territorialnoye obrazovaniye Entidad Administrativa- Territorial Cerrada

ZVO Западный военный округ
Západni voyenni ókrug Distrito Militar del Oeste

Dramatis personae

Bórtnikov, Alexánder: director del FSB (Servicio Federal de Seguridad) desde 2008, es un partidario leal de Putin y un acólito de Pátrushev.

Dudáyev, Dzhojar: antiguo general de la fuerza aérea soviética, se convirtió en el primer presidente de Chechenia cuando esta proclamó su independencia (1991-1996). Durante su mandato, las mafias se hicieron con el control del país mientras él libraba una sangrienta guerra contra Moscú, hasta que los rusos lo mataron mediante un ataque con misiles.

Guerásimov, general Valeri: jefe del Estado Mayor General desde 2012. Su mandato es el más prolongado desde la época soviética. Duro oficial de blindados y mano derecha uniformada del ministro Shoigú.

Guirkin, Ígor: más conocido por su nombre de guerra, Strelkov [tirador], es un antiguo oficial del FSB de ideología nacionalista, aficionado a la recreación militar. Desempeñó un papel decisivo en el estallido del conflicto del Donbás en 2014.

Gorbachov, Mijaíl: ultimo secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (1985-1991) y primer y último presidente electo de la URSS (1988-1991). Un hombre

que aspiraba a reformar el régimen soviético, pero que, en última instancia, provocó su disolución.

Grachov, general Pável: veterano de Afganistán y paracaidista de incuestionable valentía, fue el primer ministro de Defensa de Yeltsin (1992-1996), un cargo para el que no estaba capacitado en absoluto. Recibió fuertes críticas por su inepta dirección de la Primera Guerra de Chechenia.

Ivánov, Serguéi: oficial de inteligencia exterior del KGB, cosmopolita, aunque de línea dura, llegó a ser ministro de Defensa, viceprimer ministro, jefe de gabinete y supuesto sucesor de Putin hasta que, en 2014, el fallecimiento de su primogénito le condujo, al parecer, a revisar sus prioridades (pasó a ser el representante especial del presidente para Medio Ambiente, Ecología y Transporte. De todos sus logros, el que más le enorgullece es haber salvado de la extinción al tigre siberiano).

Kadírov, Ramzán: señor de la guerra, arbitrario y autoritario, gobierna la República de Chechenia como si se tratara de un feudo personal, a pesar de haber jurado lealtad eterna a Putin.

Kriuchkov, Vladímir: último jefe del KGB, siniestro pero inteligente, que se rebeló contra Gorbachov cuando este optó por reformar, no por preservar, la vieja URSS y el régimen de partido único. Sin embargo, no tuvo la habilidad suficiente para ejecutar con éxito un golpe de Estado.

Lavrov, Serguéi: el veterano ministro de Exteriores (desde 2004) fue, en otra época, una leyenda entre los círculos diplomáticos, pero, desde 2014, se ha visto gradualmente arrinconado, obligado a desempeñar la triste misión de defender lo indefendible y arreglar los desastres diplomáticos que provocan los demás.

Lébed, general Alexánder: este mando paracaidista de voz profunda llegó a ser jefe de seguridad de Yeltsin, aunque no

tardó en caer en desgracia debido a su incapacidad para saber cuándo debía guardar silencio.

Makárov, general Nikolái: jefe de Estado Mayor en 2007-2012. Un oficial muy competente que fue el arquitecto de las reformas militares implementadas por Shoigú y Guerásimov.

Masjádov, Aslán: brillante comandante militar checheno, pero fracasado como dirigente civil. Un hombre decente atrapado entre una Rusia revanchista y los yihadistas de su país.

Medvédev, Dmitri: antiguo miembro del equipo del alcalde de San Petersburgo, Sobchak, que Putin se llevó al Gobierno, primero como jefe de gabinete, luego como su sustituto en la presidencia en 2008-2012 mientras él gobernaba *de facto* desde el puesto de primer ministro y, por fin, como primer ministro hasta 2020, año en que le dieron un cargo de escasa relevancia: vicesecretario del Consejo de Seguridad. Se le considera un liberal a la par que un personaje de poco peso.

Mishustin, Mijaíl: sucesor de Medvédev en el cargo de primer ministro, es un tecnócrata que considera que la centralización, la automatización y el *big data* permitirán, por fin, administrar Rusia con eficiencia.

Pátrushev, Nikolái: este ascético veterano del KGB es, quizá, el líder de la línea dura dentro del círculo interno de Putin. Secretario del Consejo de Seguridad desde 2008, es el asesor en materia de seguridad nacional y desde 2014 ha tenido un papel decisivo en todas las grandes decisiones de política exterior.

Pugo, Borís: ministro del Interior de origen letón que, como miembro de la línea dura, tuvo un rol determinante en el golpe de agosto de 1991 y que se suicidó a causa de su fracaso.

Putin, Vladímir: el Cuerpo, según la jerga de la Administración Presidencial, es el hombre que tiene la última palabra, aunque no le disgusta que sus subordinados le propongan ideas para su aprobación, mientras él continúa su campaña para mantenerse en el cargo (en teoría puede seguir hasta 2036) y convertir de nuevo a Rusia en una gran potencia.

Rutskói, Alexánder: piloto y héroe condecorado de la Guerra de Afganistán, fue vicepresidente de Yeltsin hasta su espectacular ruptura en 1993.

Serdiukov, Anatoli: «el vendedor de muebles» era un funcionario de Hacienda que llegó a ser ministro de Defensa en 2007-2012. Se granjeó una impopularidad monumental en el seno del alto mando por imponer unas reformas necesarias a la institución más conservadora de todas.

Serguéyev, mariscal Ígor: antiguo comandante de las Fuerzas de Misiles Estratégicos (RVSN) y ministro de Defensa en 1997-2001. Su mandato, para ser francos, no dejó nada digno para el recuerdo.

Shoigú, Serguéi: una de las figuras más poderosas y populares de la política rusa. Antiguo ministro de Situaciones de Emergencia y gobernador de la región de Moscú, asumió el cargo de ministro de Defensa en 2012. Ha gestionado un periodo de constante modernización y actividad militar sin precedentes. La invasión de Ucrania de 2022 podría muy bien suponer el fin de su ascenso, hasta ahora imparable.

Yázov, mariscal Dmitri: ministro de Defensa de la URSS (1987-1991), dirigió la retirada de las fuerzas soviéticas de Afganistán y de Europa central. Era contrario a las reformas y se unió al golpe de agosto, a resultas del cual fue destituido y encarcelado.

Yeltsin, Borís: funcionario del PCUS reconvertido en anticomunista visceral, presionó de múltiples formas a Gorbachov para que disolviera la URSS. Mucho más efectivo como rebelde político que como constructor del Estado, gobernó bajo los efectos del alcohol durante una década de cuasi-anarquía hasta 1999, año en que cedió el poder a Putin.

Zolótov, general Víktor: el «dóberman de Putin» es un antiguo guardaespaldas del KGB que ascendió a jefe del Servicio de Seguridad Presidencial (2000-2013) y después fue el primer director de la Guardia Nacional (desde 2016). Se le considera un hombre que pone la lealtad al jefe por encima de otras minucias legales.

Cronología

1991	diciembre	Disolución de la URSS. Independencia formal de Rusia bajo la presidencia de Borís Yeltsin.
1992	marzo	Se establece el Ministerio de Defensa de Rusia.
	marzo-julio	Guerra de Transnistria
1993	enero	Estados Unidos y Rusia firman el Tratado de Reducción de Armas Estratégicas START II.
	octubre	«Golpe de octubre», Yeltsin fuerza la disolución del Congreso de los Diputados del Pueblo.
	noviembre	Se adopta una nueva doctrina militar.
1994	octubre	Fracasa el asalto contra Grozni respaldado por los rusos.
	noviembre	Se inicia la Primera Guerra de Chechenia.
	diciembre	Memorando de Budapest. Bielorrusia, Ucrania y Kazajistán aceptan entregar a Rusia sus armas nucleares.
1995	enero	Grozni cae en manos de las fuerzas federales.
	junio	Los rebeldes chechenos toman el hospital en Budiónnovsk.

1991	diciembre	Disolución de la URSS. Independencia formal de Rusia bajo la presidencia de Borís Yeltsin.
1996	abril	Muere el líder checheno Dudáyev abatido por un misil.
	julio	Grachov es reemplazado como ministro de Defensa por Rodiónov.
	agosto	Yeltsin es reelegido en unas elecciones bajo sospecha de irregularidades.
		Los rebeldes vuelven a tomar Grozni.
		El Acuerdo de Jasaviurt pone fin a la Primera Guerra de Chechenia.
1997	mayo	Serguéyev reemplaza a Rodiónov en el Ministerio de Defensa.
		Acuerdo de reparto de la Flota del mar Negro.
1998	julio	Putin es nombrado director del FSB (Servicio Federal de Seguridad).
1999	junio	«Carrera por Prístina» en Kósovo.
	agosto	Extremistas chechenos invaden Daguestán.
		Putin es nombrado primer ministro.
	septiembre	Ataques terroristas contra bloques de pisos de toda Rusia.
	octubre	Se inicia la Segunda Guerra de Chechenia.
	diciembre	Yeltsin dimite y cede el poder a Putin.
2000	febrero	Grozni cae en manos de las fuerzas federales.
	marzo	Putin gana las elecciones presidenciales.
	agosto	El submarino nuclear Kursk se hunde junto con toda la tripulación; Putin recibe críticas por reaccionar tarde.
2001	marzo	Serguéyev es sustituido como ministro de Defensa por Ivánov.

1991	diciembre	Disolución de la URSS. Independencia formal de Rusia bajo la presidencia de Borís Yeltsin.
2002	julio	Estados Unidos se retira del Tratado de Misiles Antibalísticos (ABM) de 1972.
	octubre	Terroristas chechenos toman el teatro Dubrovka de Moscú.
2003	junio	Estados Unidos y Rusia firman el Tratado de Reducciones de Armas Ofensivas Estratégicas (SORT).
2004	marzo	Putin gana por una abultada mayoría su segundo mandato presidencial.
	septiembre	Alexánder Litvinenko, exoficial del FSB (Servicio Federal de Seguridad), muere en Londres envenenado con polonio radioactivo. El asesinato se atribuye a Moscú.
2007	febrero	Putin pronuncia un beligerante discurso en la Conferencia de Seguridad de Múnich.
		Ivánov es reemplazado como ministro de Defensa por Serdiukov.
		Ramzán Kadírov asume el poder en Chechenia.
	junio	Makárov sustituye a Baluyevski en el cargo de jefe del Estado Mayor General.
	noviembre	Rusia suspende su participación en el Tratado de Fuerzas Armadas Convencionales en Europa (FACE) de 1990.
2008	marzo	Dmitri Medvédev gana las elecciones presidenciales en representación de Putin, que pasa a ser primer ministro.
	agosto	Guerra entre Rusia y Georgia.
	octubre	Serdiukov anuncia las reformas militares del Ejército de «Nueva Imagen».
2009	abril	Estados Unidos y Rusia firman el Tratado de Reducción de Armas Estratégicas Nuevo START (START III).
	mayo	Incidente del Moskovski Universitet frente a las costas de Somalia.

1991	diciembre	Disolución de la URSS. Independencia formal de Rusia bajo la presidencia de Borís Yeltsin.
2012	marzo	Putin gana las elecciones presidenciales. Protestas generalizadas en todo el país.
	noviembre	Shoigú reemplaza a Serdiukov como ministro de Defensa.
		Makárov es sustituido por Guerásimov como jefe del Estado Mayor General.
2014	febrero	«Euromaidan» en Ucrania. El presidente Yanukóvich huye del país.
		Fuerzas rusas ocupan Crimea.
	abril	Strelkov dirige una incursión en el Donbás.
	julio	Los rebeldes del Donbás derriban el vuelo MH17 de Malaysian Airlines.
	agosto	Batalla de Ilovaisk. Primera intervención sustancial de tropas rusas en el Donbás.
	septiembre	Firma del Protocolo de Minsk.
	octubre	Sabotaje del depósito de armas de Vrbětice, en la República Checa.
2015	febrero	Firma del paquete de medidas de Minsk (Minsk II).
	agosto	Creación de las Fuerzas Aeroespaciales (VKS).
	septiembre	Despliegue de fuerzas rusas en Siria.
	noviembre	Turquía derriba un bombardero ruso que operaba en Siria.
2016	marzo	Batalla de Palmira.
	abril	Formación de la Guardia Nacional.
	julio-diciembre	Batalla de Alepo.
2017	enero	Batalla de Avdíivka.
	abril	Ataque terrorista suicida en el metro de San Petersburgo.

1991	diciembre	Disolución de la URSS. Independencia formal de Rusia bajo la presidencia de Borís Yeltsin.
2018	febrero	El Grupo Wagner es diezmado en Deir ez-Zor.
	marzo	Intento de envenenamiento del antiguo espía Serguéi Skripal en Salisbury. El Gobierno británico acusa a Rusia.
		Putin logra su cuarto mandato presidencial.
		En su discurso del «estado de la Federación», Putin anuncia seis nuevos sistemas de armamento estratégico.
2020	septiembre	Guerra Azerbaiyán-Armenia.
2021	marzo	Rusia inicia la concentración de tropas en la frontera con Ucrania.
	abril	Incidente del estrecho de Kerch.
	diciembre	Moscú exige «garantías de seguridad» con respecto a Ucrania.
2022	enero	Despliegue de efectivos de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) en Kazajistán.
	febrero	Se inicia la invasión de Ucrania.

CAPÍTULO 1

Introducción

El desfile anual del Día de la Victoria, en la Plaza Roja, dice mucho de cómo el Kremlin y el pueblo ruso perciben la guerra y a los militares. Es cierto que la parada deja un espacio para la reflexión solemne y la conmemoración de las, quizá, 27 millones de víctimas soviéticas (de las cuales 14 millones fueron rusas) que perecieron en la denominada Gran Guerra Patriótica —la Segunda Guerra Mundial—; pero también es indudable que se trata de una celebración sin complejos de su triunfo y su poder militar.

Miles de soldados marchan mientras profieren el tradicional «*Ura!*»; el armamento más moderno retumba sobre el empedrado de la plaza; y el «Estandarte de la Victoria» (o, al menos, una copia fidedigna de la bandera

roja que izó sobre Berlín la 150.ª División de Fusileros) es portado por la Guardia de Honor del Regimiento del Comandante de Moscú que, marcando el paso de la oca, recorre la Plaza Roja al son de «Guerra sagrada» (*Sviashchénnaya voiná*):

En pie, patria grande,
en pie hacia la mortal batalla
contra las oscuras fuerzas fascistas,
contra las hordas del mal.

[*Vstavái, straná agrómnaya*,
vsravái na smiertni bói
s fachistskoi síloi tiomnaiu
s prakliátoiu ardói].

Embajadores y dignatarios extranjeros, desde aliados de la Segunda Guerra Mundial a compañeros de viaje geopolíticos del presente, son invitados a unirse al público asistente. Sin embargo, no están ahí para participar, sino para ser testigos, pues, durante las dos últimas décadas, el Día de la Victoria ha sido el día de Vladímir Putin. A pesar de que solo recibió una mínima instrucción como reservista en la universidad, y de que quedó exento de hacer el servicio militar gracias a que pertenecía al KGB (*Komitét gosudárstvennoi bezopásnosti*), el servicio de seguridad e inteligencia de la Unión Soviética, lo cierto es que Vladímir Putin ha hecho todo lo posible por vincular su figura a las glorias marciales del país. Su oportuna imagen en la cabina de un reactor, probando un nuevo fusil o conduciendo un carro de combate se ha convertido en un tópico manido (y también en el tema de numerosos calendarios bochornosamente hagiográficos). Por ello, presidir el *Den Pobedy*, el Día de la Victoria, es una oportunidad de asociar su persona no con un simple triunfo, sino con uno específicamente ruso, que no se puede dejar pasar.

La Gran Guerra Patriótica de los soviéticos transcurrió de 1941 a 1945, esto es, se inició con el ataque nazi contra la Unión Soviética, no con la invasión de Polonia en 1939 (al fin y al cabo, el propio Stalin arrancó de un bocado en ese mismo momento un pedazo de su tradicional enemigo

polaco), ni tan siquiera con la ocupación de Francia. Se celebra el día 9 de mayo, no el 8, como en el resto del mundo. Esto no se debe, como han concluido algunos, a una obstinada afirmación de independencia. No es más que la consecuencia de la diferencia de husos horarios: cuando se firmó el tratado final de paz, en Moscú ya había despuntado el día siguiente.

Sin embargo, existe algo también muy específico del Día de la Victoria: sigue constituyendo un acontecimiento verdaderamente nacional. El cielo casi siempre está azul (en buena medida, gracias a que la fuerza aérea bombardea con hielo seco las nubes de lluvia para que descarguen antes de que amanezca) y por toda la ciudad, desde altavoces, resuenan a todo volumen canciones patrióticas. Las parejas pasean por las calles con *pilotkas* a juego, el gorrillo característico del Ejército Rojo, y los niños entregan flores a los veteranos, en cuyos pechos tintinean refulgentes sus viejas medallas. Como era de esperar, el Kremlin hace todo lo posible por animar y fomentar esta manifestación de patriotismo nostálgico, desde los enormes murales que ensalzan a los generales del pasado, hasta la apropiación y revitalización del movimiento del «Regimiento inmortal», en el que los manifestantes marchan portando los retratos en blanco y negro de familiares caídos. Sin embargo, no se trata de un ritual vacío impuesto por el Estado. La gente anuda en los espejos retrovisores cintas de san Jorge, de color negro y naranja, símbolo de las glorias militares rusas, no porque Putin lo ordene, sino por voluntad propia.

Lo mismo puede decirse de las camisetas con estética militar y patriótica que pueden adquirirse en quioscos de toda la ciudad o, si se prefiere algo de mayor calidad, en las carísimas tiendas del Ejército, como la que se encuentra en el bulevar Novinski (*vid*. Capítulo 20), justo delante de la embajada de Estados Unidos (resulta inevitable sospechar que se trata de un acto de provocación). Mi favorita es una que muestra un retrato del ministro de Exteriores, Serguéi Lavrov, por delante y el de Defensa, Serguéi Shoigú, por detrás, y en la que puede leerse: «Si no quieres hablar con Lavrov… tendrás que vértelas con Shoigú». Es precisamente esta convergencia de cínica propaganda estatal y genuino entusiasmo popular en las fuerzas armadas y en los conflictos en los que se han visto envueltas lo que resulta llamativo, característico y, en ocasiones, inquietante.

JUEGOS MILITARES

Como muchos otros, nunca he abandonado del todo a ese niño que hay en mí y que disfruta al contemplar unos soldados armados marcando el paso al unísono o esas moles de metal, estruendosas y chirriantes, que suponen las máquinas de guerra modernas. Es muy probable que esto se deba a que nunca he tenido que enfrentarme a ellas en un conflicto. Una de las mejores formas de echarles un vistazo es hacerse con un hueco en la calle Tverskaya, uno de los enormes bulevares de circunvalación de Moscú, durante una *repetitisya*, esto es, los ensayos durante la semana previa al desfile. Allí pueden verse el novísimo carro T-14 Armata, con su torreta no tripulada; vehículos de apoyo BMPT Terminator, repletos de cañones automáticos y plataformas lanzamisiles; macizos transportes de tropas Ural Taifun, con la librea gris pálido de la Guardia Nacional. Tan solo una muestra de todo el material expuesto. También entra en escena la naturaleza heterogénea de las multitudes. Chicas jóvenes vestidas para salir de fiesta se hacen selfis delante de cañones autopropulsados antes de irse al bar. Los pensionistas se apoyan en las barreras de metal colocadas a lo largo de la calle y contemplan con benevolencia la sucesión de vehículos de combate de infantería BMP-2. Muchachas preadolescentes con chaquetas rosas corren con el mismo entusiasmo que los chicos a ver el material bélico. ¿Diversión para toda la familia?

Hubo otra ocasión que me recordó hasta qué punto la guerra y los guerreros permanecen en el corazón del pueblo ruso. Nada menos que por cortesía de HBO Sports pude asistir a la final de biatlón de tanques de los Juegos Militares Internacionales de 2018. Conocidos como los «juegos olímpicos militares», Rusia creó esta competición en 2015, que ha ido creciendo hasta incluir a cerca de una treintena de países que participan en más de treinta competiciones por tierra, mar y aire, desde vuelo de drones a manejo de perros. Como escribí en su momento, «esta exitosa combinación de deporte, guerra, poder blando y espectáculo es una forma de entretenimiento público de alto voltaje».[1] Así, por ejemplo, la final del biatlón enfrentó a los equipos de Rusia, China, Bielorrusia y Kazajistán, que competían con carros T-72B3 (con la excepción de los chinos, que

habían traído su modelo equivalente, el Tipo 96) por un circuito en el que tenían que vadear obstáculos acuáticos y volar blancos con sus piezas de 125 mm. Un exaltado comentarista narraba la prueba y los espectadores podían apreciar primeros planos de la acción más apartada en pantallas gigantes situadas frente a las gradas. Como si de una carrera de coches patrocinada se tratase, el carro ruso exhibía el logo del fabricante, Uralvagonzavod.

Desde el punto de vista del Estado, esta competición es un alarde de poder blando militar que reúne a aliados pasados y potenciales, desde la India hasta Israel. Es también una especie de escaparate previo a futuros negocios armamentísticos, pero, sobre todo, es un gran ejercicio de relaciones públicas. Lejos del rugido ensordecedor de los motores de los carros, el campo de pruebas de Alabino se convierte, mientras dura la competición, en una especie de parque temático castrense. No solo hay carros a los que subirse y exposiciones que ver; los niños hacen cola para disparar un fusil de asalto AK-74 mientras los orgullosos progenitores toman fotos que enviarán al abuelo. Los estands de Voentorg PX venden recuerdos y luego la familia al completo puede acudir a los enormes comedores de campaña color verde oliva. Se trata, sin duda, de una de las raras ocasiones en que se paga un buen dinero por el privilegio de engullir el rancho del Ejército ruso a base de *kasha* (gachas de trigo sarraceno) y potaje.

RUSIA Y LA GUERRA

Hasta cierto punto, todos los países han sido moldeados por las guerras y no solo por el hecho de combatir, sino también al construir los sistemas impositivos con los que sufragarlas. Esto es particularmente cierto para Rusia, un país sin fronteras naturales, emplazado en la encrucijada de Europa con Asia. El origen de lo que se convirtió en Rusia fue una invasión: la llegada de los conquistadores vikingos —«varegos»— en el siglo IX. Desde entonces, el pueblo ruso ha sido el objetivo de la potencia militar

hegemónica de cada época, ya fueran los mongoles en el siglo XIII, los caballeros teutónicos, polacos o suecos en los siglos XIII, XVII o XVIII, Napoleón en el XIX o Hitler en el XX. No obstante, los rusos no se han limitado a permanecer a la defensiva. Las fronteras de las diversas encarnaciones de la nación —Moscovia, la Rusia zarista, la Unión Soviética y ahora la Federación Rusa— han sido, en gran medida, trazadas por las contiendas, fruto del equilibrio entre la capacidad y las aspiraciones expansivas de Rusia y la fortaleza y la voluntad de resistencia de sus vecinos.

Los conflictos bélicos también han conformado los mitos y leyendas originarios del país. Cuando, en 1380, el príncipe Dmitri de Moscú derrotó a los tártaros de la Horda Dorada en Kulíkovo, no fue, en absoluto, el punto de inflexión decisivo que se dijo tiempo después. Al fin y al cabo, dos años más tarde, un ejército de la Horda Dorada tomó y saqueó Moscú y obligó a Dmitri a volver a jurar lealtad a los kanes. En realidad, aún tuvo que pasar un siglo hasta que los rusos pudieran liberarse del llamado «yugo mongol». Con todo, Dmitri lo presentó como un triunfo y pasó así a formar parte de la mitología rusa. Un mito que reafirma el mensaje principal que adoptó Vladímir Putin: cuando los rusos están divididos, se convierten en una presa, pero, cuando se unen, son invencibles.[2]

En 1612, las «milicias populares» lograron expulsar de Rusia a las fuerzas de la comunidad polaco-lituana y la nueva dinastía de los Románov se apropió de este triunfo, que aprovechó para dar lustre a sus credenciales patrióticas (a pesar de que habían colaborado con los invasores). En 1812, la derrota de la invasión francesa —conflicto que los rusos no denominan guerra napoleónica, sino «guerra patriótica»— no solo constituyó un estudio de caso acerca del valor de la defensa en profundidad, sino que también sirvió de pretexto para eludir las reformas internas en el transcurso de los cincuenta años siguientes.[3] La derrota de Crimea obligó a impulsar cambios del régimen;[4] sin embargo, una nueva derrota, la de 1904-1905 en la contienda ruso-japonesa, sacudió al zarismo,[5] considerado el símbolo de los males endémicos del imperio: atraso e incompetencia. El desastre de la Primera Guerra Mundial provocó, al fin, la caída de la dinastía, que había resistido tres siglos. De igual modo, el relato épico de la Gran Guerra

Patriótica, primero de resistencia y más tarde de victoria, consolidó el estatus de superpotencia de la Unión Soviética y dio al brutal Estado policial estalinista una pátina de legitimidad entre la población de la que había carecido hasta entonces.

Las cosas no podían ir sino a peor y, visto en retrospectiva, eso es exactamente lo que sucedió con la Unión Soviética. Por supuesto, esta fue capaz de aplastar las expresiones pacíficas de protesta en sus nuevas posesiones imperiales: Alemania del Este en 1953, Hungría en 1956, Checoslovaquia en 1968. No obstante, por más temible que pareciera la URSS en la Europa de la Guerra Fría, hasta 1979 lo más parecido a una contienda que tuvo que librar fue un conflicto no declarado de siete meses de duración con China (1969), buena parte del cual lo libraron Tropas de Fronteras. Sin embargo, en 1979, la Unión Soviética, pese a hallarse en un declive terminal, siguió la senda de Alejandro Magno y del Imperio británico y entró en Afganistán (sin duda, se trató, como más tarde demostró Estados Unidos, de una tentación imperial tan irresistible como imprudente). Los soviéticos tomaron Kabul y depusieron al imprevisible dictador afgano Hafizulá Amín[6] por medio de una operación modélica de comandos, una intervención que marcó el inicio de una guerra que iba a resultar compleja y penosa. Los soviéticos nunca perdieron en el campo de batalla, aunque tampoco pudieron imponerse a los rebeldes[7] y, diez años más tarde, el nuevo dirigente Mijaíl Gorbachov tuvo que admitir la derrota y llevar a los muchachos de vuelta a casa.

El revés en Afganistán (un conflicto que, pese a su brutalidad, fue relativamente limitado, pues la pérdida de 15 000 vidas soviéticas en una década resultaba insignificante en comparación con las cifras de muertes en accidentes de tráfico),[*] no fue en sí misma la causa del colapso, sino, más bien, una metáfora de los motivos que encerraba: una nación cuya economía estaba cada vez más atrasada con respecto a la de Occidente; gobernada por una gerontocracia que había perdido el contacto con lo que estaba pasando en su propio país, por no decir más allá de sus fronteras; una nación devastada por la corrupción, el excepticismo, el alcoholismo y la apatía. Recuerdo una conversación con un *afganets* —un veterano de Afganistán— ucraniano que había regresado hacía apenas un año. Me habló

de oficiales que lanzaban incursiones de saqueo contra las aldeas, de soldados que intercambiaban sus armas por hachís, de comisarios políticos que durante el día los aleccionaban acerca del hecho de que estaban allí para ayudar al gobierno legítimo contra unos mercenarios respaldados por los estadounidenses, pero que por las noches les pasaban alcohol y maldecían a los dirigentes del Kremlin con la misma rabia que sus hombres. Luego, cuando este *afganets* regresó a casa, volvió a las colas en las tiendas de alimentación, a las promesas vanas de un piso nuevo y a las noticias triunfalistas que transmitía la televisión en relación con victorias soviéticas festejadas con regocijo por el pueblo afgano. No es de extrañar que pasara de la desilusión al nacionalismo; se unió al activismo antisoviético, que, muy pronto, ayudó a alumbrar una Ucrania independiente.

El último día de 1991, tras un año de huelgas en la minería, malestar interétnico, un golpe de Estado fallido por parte de los elementos más reaccionarios y la declaración de independencia de muchos de los Estados constituyentes de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el presidente Gorbachov firmó su último decreto, por el que disolvía la propia Unión. Rusia era ahora dueña de sí misma, aunque residiera en una casa en ruinas y con un vecindario conflictivo. La década de 1990, como veremos en la Primera Parte, fue, en esencia, un tiempo de caos y crisis. La Eurasia postsoviética se enfrentaba a disputas fronterizas, violencia intracomunitaria y el hundimiento de la economía. El Ejército ruso, atenazado por la indisciplina, la criminalidad y la desmoralización, no pudo siquiera sofocar una rebelión en la región norcaucásica de Chechenia, cuya población constituía una centésima parte del total de la Federación Rusa.[8] En el terreno internacional, a esta antigua gran potencia se le consideraba un problema mayúsculo, una irrelevancia excepto en lo referente a su arsenal nuclear, poco seguro, o a la errática política exterior de su primer presidente, Borís Yeltsin.

No fue, por tanto, ninguna sorpresa que Putin tratase de poner remedio de inmediato a todo esto cuando sustituyó a Yeltsin. Como veremos en la Segunda Parte, enseguida adoptó medidas para reconstruir las fuerzas armadas, con las que emprendió una segunda guerra en Chechenia en la que los rebeldes fueron por fin sometidos gracias al empleo de una potencia de fuego desaforada y el despliegue de chechenos leales. Sin embargo, muy pronto vio frustrada su pretensión de establecer una relación positiva y pragmática con Occidente (*vid*. Tercera Parte) —llegó incluso a sugerir la idea de que Rusia se incorporase a la OTAN—. Putin consideraba cada vez más que el poder militar ruso no solo era una garantía de la seguridad, sino también el medio de convertir de nuevo al país en una potencia internacional creíble y, gracias a los abundantes ingresos procedentes del petróleo y el gas, intensificó esta campaña para revivir las capacidades militares de Rusia (*vid*. Cuarta Parte).

No obstante, el Kremlin era muy consciente de que, aunque se rearmase, el poder militar ruso no estaba a la altura del de la OTAN y de que un conflicto abierto sería un desastre autodestructivo. De esto se deriva, como se aborda en la Quinta Parte, el surgimiento de nuevas formas de hacer la guerra, muchas de ellas encubiertas e indirectas: ciberataques, desinformación, asesinatos selectivos y empleo de mercenarios. Estos métodos se han empleado, en mayor o menor medida, en toda la serie de conflictos en los que se ha involucrado Rusia: desde la Guerra de los Cinco Días de Georgia en 2008, pasando por la anexión de Crimea en 2014 y sus intervenciones en Siria y otros territorios, hasta culminar en la invasión de Ucrania de 2022.

Sin embargo, la Rusia de Putin —y de su sucesor, quienquiera que sea y cuando suceda— sigue enfrentándose a desafíos importantes, como trataremos en el Capítulo 28; entre ellos, la posibilidad, casi inevitable, de nuevos conflictos en el norte del Cáucaso o la rivalidad creciente con los países que considera el «exterior cercano», es decir, su esfera de influencia. La cuestión principal es si el ascenso de China, que hasta ahora se ha ensalzado públicamente como un estrecho aliado, se tornará en amenaza.

Aunque puede que la auténtica pregunta no sea si lo será, sino cuándo. De uno u otro modo, Putin —un hombre que es evidente que tiene muy presente su lugar en la historia—, como tantos otros príncipes o zares que lo han precedido, ha empleado el poder militar y la guerra como instrumentos decisivos y no solo para reafirmar el lugar en el mundo de su país, sino también para reconstruir un mito nacional de orgullo patriótico, gloria y triunfo. Putin se ha dedicado de forma activa a reelaborar un relato de la evolución de Rusia a través de los siglos que subraya las lecciones que encajan con sus intereses: que el mundo es un lugar peligroso, que los rusos necesitan permanecer unidos y disciplinados, que mostrar debilidad es una invitación a ser atacados y que, según la célebre observación del zar Alejandro III: «Rusia solo tiene dos aliados: su Ejército y su Marina».

Aun así, las encuestas de opinión muestran que los rusos no acaban de estar convencidos. Celebraron el retorno de Crimea, pero ven con escepticismo la guerra no declarada del Donbás que siguió a la anexión y que ha provocado la invasión de 2022,[9] del mismo modo que no exhiben mucho entusiasmo por el despliegue de tropas en Siria, por más que los medios estatales la presenten como una moderna y exitosa «tecnoguerra». La mayoría no considera que Rusia esté bajo amenaza militar, a pesar de que la maquinaria propagandística del Kremlin suministre sin cesar toda clase de informaciones tóxicas relativas a supuestos complots occidentales y amenazas inminentes.

Con todo, las fuerzas armadas son un símbolo de orgullo nacional y de poder y, si bien no todas las guerras de Putin pueden ser consideradas victorias, no parece probable ningún giro pacifista durante su mandato, ni, posiblemente, en el de su eventual sucesor, quienquiera que sea.

Este último hecho quedó de manifiesto con toda claridad en febrero de 2022, cuando Putin desencadenó la invasión de Ucrania. En aquel momento, el manuscrito del presente libro ya estaba terminado, pero era imposible ignorar esta escalada extraordinaria en toda su beligerancia y audacia. En vista de tales hechos, he reformulado ligeramente el grueso de la obra y he añadido un nuevo capítulo que narra la evolución de los acontecimientos hasta junio de 2022.

PRIMERA PARTE

Antes de Putin

CAPÍTULO 2

Nacido en el caos

Me encontraba sentado en la diminuta cocina del teniente. Estaba en su apartamento, situado a media altura de un abarrotado bloque de pisos del humilde barrio de Chertanovo, al sur de Moscú. Era el año 1990 y el teniente acababa de regresar de Tayikistán, donde su unidad había pasado un año después de retirarse de Afganistán, una vez concluida aquella brutal contienda. No estaba bien: sufría constantes pesadillas del día en que escapó por muy poco de un BTR en llamas, manoseaba obsesivamente una insignia de la estrella roja y trasegaba vodka como, por qué no decirlo, el proverbial cosaco. Se sentía furioso y atormentado, aunque no era ningún estúpido y estaba convencido de que vendrían malos tiempos. «Todo se va a derrumbar, ya sabes, y cuando eso pase, vendrán a

depredarnos. Siempre lo hacen. Cuando somos débiles, vienen, siempre lo hacen —echó otro trago de la botella—. Y antes de que te des cuenta, necesitaremos otro *vozhd*», un «líder».

El teniente no era el único que pensaba así. Los arraigados temores históricos de Rusia con respecto a su seguridad explican la enorme inquietud que los acontecimientos de finales de la década de 1980 y principios de la de 1990 provocaron en Moscú. Esta alarma llevó a las élites a consensuar la necesidad de reemplazar a Borís Yeltsin por un hombre fuerte que volviera a imponer la hegemonía regional sobre una Eurasia castigada por disputas fronterizas, rivalidades interétnicas, agravios históricos y posibles interferencias extranjeras.[1]

LA DESUNIÓN SOVIÉTICA

El colapso de la URSS fue extraordinario en cuanto a la ausencia de derramamiento de sangre y lo ordenado del proceso, en particular si se compara con la partición de muchos otros Estados multiétnicos, como el Imperio austrohúngaro en el pasado o Yugoslavia en los años noventa del siglo XX. Los primeros en declararse independientes fueron los tres Estados bálticos —Estonia, Letonia y Lituania—, anexionados en 1940, si bien no consiguieron serlo hasta el año siguiente. Es cierto que había movimientos nacionalistas en ascenso en las otras doce repúblicas constituyentes de la URSS; estos se oponían al PCUS (*Kommunistíchieskaya pártiya Soviétskogo Soyuza* [Partido Comunista de la Unión Soviética]), aunque es cuestionable que esperasen o, en algunos casos, que aspirasen a la rápida disolución de la Unión. Durante la década de 1980, el país se paralizó: la economía era un caos, las tiendas estaban vacías y los intentos de Mijaíl Gorbachov de reformar el sistema solo parecían empeorar la situación. La campaña de *glásnost*, «apertura», «hablar con franqueza», desenterró episodios muy oscuros del pasado reciente; desde las sangrientas purgas de Stalin a la incompetencia que desencadenó el desastre nuclear de Chernóbil,

el accidente de una central nuclear ucraniana que proyectó una nube radiactiva sobre Rusia y Europa en 1986.

Gorbachov se dio cuenta de que el Partido Comunista y el férreo control que este ejercía sobre el sistema político era el problema clave que paralizaba las reformas, por lo que dio inicio a una democratización limitada del sistema. Esto fomentó el surgimiento de una nueva generación de líderes políticos, los cuales no apoyaban ni a Gorbachov ni al partido, sino que abogaban por más libertad —y, en última instancia, por la independencia— de su república. En algunos casos, esto tomó un mal cariz. Azerbaiyán, una república de etnia turca, y la Armenia cristiana tienen un largo historial de rivalidad e intolerancia mutuas. Hubo incidentes aislados en los que armenios residentes en ciudades azerís fueron atacados, expulsados e incluso linchados. En enero de 1990, tuvieron lugar unos hechos que presagiaban la violencia que vino después: la capital de Azerbaiyán, Bakú, sufrió una orgía de violencia de siete días de duración, con un balance de 50 armenios étnicos muertos y miles de expulsados. Moscú declaró la ley marcial y envió al Ejército a poner orden de forma sangrienta, con un coste de 150 vidas más.

Gorbachov trató a la desesperada de contener el caos inminente. En el invierno de 1990-1991 incluso llegó a apoyarse en los partidarios de la línea dura, que consideraban que para permitir las reformas económicas era imprescindible consolidar primero el orden político, por la fuerza si fuera necesario. En enero de 1991 se recurrió a este método para deshacer el enfrentamiento entre Moscú y los dirigentes nacionalistas de los Estados bálticos. Se produjeron choques violentos en Lituania (donde murieron 14 civiles y las fuerzas especiales del KGB y los paracaidistas de la 76.ª División Aerotransportada de la Guardia tomaron la torre principal de televisión) y en Letonia, donde centenares de miles de personas se concentraron para defender la capital, Riga.

Pronto, Gorbachov se arrepintió del flirteo con los reaccionarios, pues comprendió que lo único que lograría sería empujar a más repúblicas a la secesión. En marzo de 1991, el Gobierno celebró un referéndum para preguntar a la población si consideraba necesaria «la preservación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas como una federación renovada

de repúblicas soberanas e iguales». Votó a favor nada menos que el 77,85 por ciento, aunque esto se debió, en parte, a que las repúblicas más radicales —Armenia, Estonia, Georgia, Letonia, Lituania y Moldavia— boicotearon el plebiscito. Aun así, era evidente que una mayoría de ciudadanos soviéticos seguía deseando preservar algún tipo de unión. Aunque ya era demasiado tarde. Gorbachov aprovechó el referéndum para abrir negociaciones con los líderes de las repúblicas constituyentes. Durante el verano, cerraron un acuerdo que habría transformado la URSS, que pasaría de ser un imperio *de facto* a convertirse en una genuina federación. Las repúblicas serían libres de abandonar esta nueva «Unión de Repúblicas Soviéticas Soberanas» si así lo deseaban, se les darían más competencias y el ejecutivo central se limitaría a gestionar los roles clave de Exteriores, Defensa y Comunicaciones. El acuerdo pondría fin a la era de dominio del Partido Comunista; el gigantesco Ejército Rojo sería reducido y el temido KGB, que concentraba control político, seguridad interna e inteligencia exterior, dividido en servicios más manejables. El ministro de Defensa, mariscal Dmitri Yázov; el del Interior, Borís Pugo; y el secretario del KGB, Vladímir Kriuchkov, todos ellos partidarios de la línea dura, serían retirados.

Para desgracia de Gorbachov, desde que rompió su alianza con los reaccionarios, Kriuchkov lo había sometido a vigilancia continuada. Todos sus movimientos eran observados y todas sus conversaciones grabadas hasta extremos ridículos. En uno de los registros de vigilancia puede leerse: «18:30. 111 está en el baño».[2] Gorbachov era el «sujeto 110» y su esposa Raísa el 111. No es de extrañar, por tanto, que Kriuchkov y los demás supieran lo que les esperaba. De modo que decidieron actuar primero.

EL GOLPE DE AGOSTO

A principios de agosto, después de arduas negociaciones en Novo-Ogaryovo, una finca gubernamental situada en las afueras de Moscú, el borrador final del nuevo tratado de la Unión estaba listo. La firma del

mismo por parte de Gorbachov y de los jefes de las repúblicas que optasen por seguir formando parte del nuevo Estado reformado estaba prevista para el 20 de agosto. El día 4, Gorbachov, exhausto, se marchó a su residencia de vacaciones de Forós, Crimea, para descansar dos semanas antes de regresar a Moscú para la firma oficial. Esta nunca tendría lugar.

Los partidarios de la línea dura comprendían que era la última oportunidad de evitar un acto que, desde su punto de vista, equivalía a una traición. Kriuchkov inició los preparativos del golpe con discreción. Canceló los permisos veraniegos de oficiales del KGB de confianza, pasó un pedido de 250 000 pares extra de esposas y preparó documentos que justificaban la destitución de Gorbachov por motivos de salud mental. El 17 de agosto, Kriuchkov convocó una reunión de halcones en una casa segura del KGB en el pasaje de Tyoplostanski, en los suburbios del sudoeste de Moscú. Fue allí donde tomaron la decisión de pasar a la acción. Una delegación voló a Crimea para presentar a Gorbachov un ultimátum. Este tenía que renunciar al nuevo tratado de la Unión y declarar el estado de emergencia, además de permitirles «restaurar el orden» a su modo; de no hacerlo así, debía renunciar y permitir que su segundo, Guennadi Yanáyev, asumiera el cargo de presidente en funciones.

Al parecer, los conjurados tenían la sincera convicción de que Gorbachov aceptaría lo inevitable y que daría su bendición a tal empresa; cuando este los rechazó y los hizo salir, quedaron visiblemente atónitos. De todos modos, la suerte estaba echada. El KGB controlaba todas las comunicaciones de la mansión de Forós y procedió de inmediato a desconectar la casa. Su equipo de seguridad, aunque estaba formado por miembros del KGB, se mantuvo leal a Gorbachov. Sin embargo, otros funcionarios del cuerpo aislaron la vivienda.

En la mañana del día 19, los soviéticos se despertaron con la noticia de que Gorbachov «había cesado temporalmente sus funciones por motivos de salud» y que un «comité estatal para el estado de emergencia» se había hecho con el poder. Mientras emisiones del *ballet El lago de los cisnes* reemplazaban la programación habitual de televisión y radio, paracaidistas de la 106.ª División Aerotransportada de la Guardia y soldados de la 2.ª División Motorizada de Fusileros de la Guardia Tamanskaya y de la 4.ª

División de Tanques Kantemirovskaya (Kantemir) entraron en Moscú: 4000 efectivos en total. Era un golpe de Estado, aunque de singular ineptitud. Los ocho hombres del comité estatal —entre ellos Kriuchkov, Yázov y Pugo, junto con Yanáyev, que ejercería de figura decorativa— no habían sabido ver que las reformas de Gorbachov habían originado un nuevo espíritu de resistencia. Estaban convencidos de que una severa conferencia de prensa y la presencia de blindados en las calles sería suficiente para amedrentar a la población y hacer retroceder los relojes de vuelta a principios de la década de 1980.

Estaban equivocados. Ya fuera por exceso de confianza o por falta de planificación, no arrestaron a Boris Yeltsin, presidente electo de la república rusa. Desde la Casa Blanca, sede del Parlamento ruso situada a orillas del Moscova, Yeltsin proclamó su oposición al golpe e hizo un llamamiento a la huelga general. Empezaron a concentrarse muchedumbres en las inmediaciones del edificio. Sin embargo, el primer día todo el mundo se mantuvo a la expectativa. Si la llamada «banda de los ocho» hubiera tenido la voluntad y capacidad de golpear con rapidez y sin contemplaciones, es posible que se hubiera impuesto. La policía, por ejemplo, experimentó niveles récord de absentismo, ya que los agentes se declaraban enfermos para no tener que comprometerse con uno u otro bando.

Pronto quedó en evidencia que los conspiradores carecían de una estrategia. En televisión, Yanáyev se mostraba indeciso y temblaba, visiblemente borracho. En Moscú, los soldados empezaron a ponerse del lado de las masas, entre ellos las dotaciones de diez carros de combate de la División Kantemirovskaya, pese a que estaban desprovistos de municiones. Tuvo lugar entonces un episodio que definió la imagen de Boris Yeltsin durante los años venideros: se subió a un blindado ante la Casa Blanca para dirigirse a sus partidarios. La televisión y la radio soviéticas no cubrieron la noticia, pero los medios internacionales sí que lo hicieron. Por toda la URSS, la población se reunió en torno a la radio para escucharlo.

Al día siguiente, la tensión aumentó. El coronel general Nikolái Kalinin, comandante del Distrito Militar de Moscú, anunció un toque de queda para esa noche. Mientras, el jefe de los comandos antiterroristas del KGB (grupo Alfa) y el general Alexánder Lébed, un duro veterano de Afganistán y

vicecomandante de las tropas aerotransportadas, se entremezclaron entre los defensores para ver cuál sería la mejor forma de tomar el edificio del Parlamento. Llegaron a la conclusión de que debía ser una acción sangrienta, puesto que el número y la determinación del gentío iban en aumento.

Aun así, la «banda de los ocho» decidió seguir adelante con la Operación Grom [trueno] en la que participarían el grupo Alfa y el Comando Vympel, así como tres compañías de carros, paracaidistas, unidades antidisturbios del OMON (*Otriad militsi osóbogo naznachéniya* [Destacamento de Policía de Designación Especial]) y fuerzas paramilitares de las Tropas del Interior del MVD (*Ministerstvo vnutrennij del* [Ministerio del Interior]). Se esperaba que se produjeran al menos 500 muertes de civiles, quizá más. Personalidades como Kriuchkov estaban de acuerdo, pero otros no. Lébed y el jefe de las VDV (*Vozdushno-desantniye voiská* [Fuerzas Aerotransportadas]), el general Pável Grachov, protestaron y hubo incluso miembros de Alfa y de Vympel que se negaron de forma explícita a atacar la Casa Blanca.

Poco después de la medianoche del 21 de agosto, una sección de la División Tamanskaya se enfrentó a los defensores que estaban trasladando autobuses y camiones de limpieza para formar una barricada. Las tropas, presas del pánico, abrieron fuego y mataron a tres civiles. Al parecer, estos hechos turbaron de tal modo a Yázov que se negó a aprobar la acción militar, aunque es posible que no quisiera arriesgarse a dar unas órdenes que podían no ser obedecidas. De un modo u otro, los efectivos empezaron a retirarse y la intentona a venirse abajo.

Una delegación de conspiradores voló a Forós para tratar de restablecer puentes con Gorbachov, pero este se negó a recibirlos. Gorbachov voló de regreso a Moscú, aunque el triunfo no era suyo: era de Yeltsin. El presidente ruso profesaba un profundo resentimiento a su homólogo soviético. Este le había ascendido a primer secretario del partido de Moscú en 1985, pero en 1987 lo dejó caer porque se había granjeado demasiados enemigos. El motivo principal por el que Yeltsin aceptó el nuevo tratado de la Unión fue el temor a lo que pudieran hacer los partidarios de la línea dura. Estos

habían jugado sus cartas y habían fracasado, por lo que Yeltsin ya no tenía motivos para seguir apoyando a Gorbachov.

De forma simbólica, la estatua de Félix Dzerzhinski, fundador de la policía secreta bolchevique, fue derribada del pedestal situado frente al cuartel general del KGB. Las viejas instituciones de la autoridad y del control del Estado habían quedado reducidas a escombros. Yeltsin expandió sus poderes sin contemplaciones y humilló en público a Gorbachov: suspendió el Partido Comunista Ruso y dejó claro que no tenía intención de firmar el tratado de la Unión. Después de meses de estériles debates, Gorbachov aceptó lo inevitable, en particular después de que los líderes de Bielorrusia y Ucrania se sumasen a Yeltsin. El 25 de diciembre de 1991, en su último acto como presidente, firmó el decreto de renuncia al cargo y de disolución de la Unión Soviética.

El modo en que la URSS desapareció tuvo importantes consecuencias para la seguridad futura de Rusia y del resto de la Eurasia postsoviética. Precipitó una partición pacífica, aunque inesperada, que dejó sin resolver todo tipo de cuestiones. La estructura militar, antes unitaria, fue fragmentada. Tropas, arsenales y, lo más importante, armas nucleares, quedaron dispersas por toda la región. Las cadenas de suministro de las industrias de defensa se rompieron. Muchas minorías étnicas estaban fuera de «sus naciones», lo cual sentó las bases de futuros conflictos. La desaparición de la URSS catapultó a Borís Yeltsin, un hombre que, hasta entonces, se había definido por cuestiones de política y de oposición internas, al poder de los restos de una superpotencia, dotada de armas atómicas, pero atenazada por la crisis, en una época en la que estaban siendo objeto de revisión las relaciones de poder y los viejos postulados.

BORÍS YELTSIN: EL HOMBRE SIN UN PLAN

La ironía trágica de Borís Yeltsin, el primer presidente de la Rusia postsoviética, es que era implacable y directo cuando tenía un enemigo que derrotar, pero apenas tenía ideas en cuanto al tipo de país que quería

construir una vez hubiera vencido. En lo político, creía en la democracia… aunque solo cuando esta le favorecía. En 1993 se produjo una situación de bloqueo político con el Sóviet Supremo, el parlamento que heredó al ser elegido en 1990 y que estaba repleto de comunistas y nacionalistas. Resolvió el problema enviando a bombardear y capturar la Casa Blanca a las mismas fuerzas que en 1991 se habían abstenido de intervenir. Esto era una violación de la constitución, aunque Yeltsin celebró un referéndum para revisarla de forma retroactiva y que lo exonerara así de todos los cargos. En 1996 parecía que el Partido Comunista iba a ganar las elecciones presidenciales gracias al descontento generalizado provocado por niveles masivos de pobreza y desempleo. Yeltsin cerró un trato con los llamados «siete banqueros», un grupo de oligarcas, financieros y magnates de los medios de comunicación. Estos empeñaron su dinero y su poder en una campaña de sobornos, bulos alarmistas y manipulación descarada de votos que logró la reelección.

Al fin y al cabo, los siete banqueros tenían interés personal en el mantenimiento del *statu quo*. La economía rusa estaba en una situación terrible. Es posible que las privatizaciones de emergencia que tuvieron lugar en el periodo 1992-1996 fueran necesarias para retirar activos de manos del Estado y para cerrar algunas industrias ineficientes, pero lo cierto es que estas concentraron cantidades ingentes de riqueza en relativamente pocas manos. Bancos, funcionarios corruptos y empresarios con buenos contactos adquirieron activos a precio de saldo.

Occidente, en gran medida, ignoró todo sin más problema, pues no quería que Rusia cayera en manos de comunistas o ultranacionalistas. En definitiva, en 1993, en las elecciones del nuevo Parlamento, la Duma estatal, el PLDR (*Liberalno-demokratícheskaya pártiya Rossíi* [Partido Liberal Democrático de Rusia]), que no era ni liberal ni democrático, sino ferozmente nacionalista, recibió un elevado porcentaje de votos. Occidente también se desentendió porque le preocupaba mucho la estabilización del espacio postsoviético, en particular las cerca de 45 000 armas nucleares acumuladas por la URSS, además de los materiales y conocimientos que podían ser empleados por Estados, e incluso por actores no estatales, para desarrollar armas de destrucción masiva.

La condición en que se hallaba el Ejército ruso, y en particular la estructura de mando, hizo esta cuestión aún más problemática. En el seno del alto mando soviético había muchos jefes que simpatizaban con el golpe de agosto. El ministro de Defensa Yázov había sido uno de los miembros del comité estatal. Uno de sus principales aliados había sido el viceministro de Defensa y comandante del Ejército, Valentín Varénnikov, un general cáustico y capaz. El exjefe del Estado Mayor General, el mariscal Serguéi Ajroméyev, otro de los gigantes de su generación, se suicidó tras el fracaso del golpe de agosto. La nota de suicidio decía: «No puedo vivir cuando mi patria muere y está siendo destruido todo aquello que siempre he considerado el sentido de mi vida».[3] Yeltsin estimó —no sin razón— que no podía fiarse del alto mando, por lo que se autodesignó ministro de Defensa de Rusia. De todos modos, no conocía a nadie a quien pudiera confiar el cargo. Sin embargo, en mayo de 1992, optó por Pável Grachov, el comandante de paracaidistas que rehusó apoyar el golpe de agosto en el momento decisivo. Hasta entonces, este había sido adjunto de Yeltsin.

Como veremos en el Capítulo 4, esta decisión tenía sentido en lo político, pero fue un desastre en lo militar. Grachov era un oficial bravo y enérgico, que había completado dos periodos de servicio en Afganistán y había sido condecorado con la medalla de Héroe de la Unión Soviética —la distinción soviética más alta— por su actuación en ese país. Al asumir el cargo ministerial, fue ascendido al rango de general de ejército, lo que le convirtió, a sus 44 años, en el más joven del país. Muy pronto se vio que no estaba a la altura del puesto, en particular en tiempo de crisis y recortes. Carecía de autoridad sobre sus pares y de visión de las necesidades estratégicas del momento. El día del ascenso al cargo recuerdo que estaba bebiendo con unos paracaidistas, algunos de los cuales habían servido a sus órdenes en la 103.ª División Aerotransportada de la Guardia. Les pregunté qué pensaban del nombramiento. Se hizo un silencio incómodo. Luego, uno de ellos dijo, como excusándose, que Grachov era *molodets*, que, en ese contexto, quiere decir «un buen tipo». Es la expresión que uno emplearía para describir a un recluta prometedor, no al ministro de Defensa. No era un buen presagio el que incluso sus propios «boinas azules» tuvieran reservas.

La tarea, inevitable en lo político, pero una pesadilla logística, de retirarse del imperio y evacuar a las fuerzas rusas de sus lejanas bases, evidenció su incapacidad. Esta labor antecedió al final de la URSS, pero se hizo aún más compleja una vez que las nuevas naciones empezaron a preservar sus intereses de seguridad y a utilizar la porción que les correspondía del Ejército Rojo para ajustar cuentas y resolver nuevas y viejas disputas. La geopolítica, liberada de la fraternidad superficial y forzada de la dominación soviética, regresó con fuerzas renovadas a la antigua Unión Soviética y, gustase o no, a Rusia. Era inevitable que el mayor de los Estados sucesores, y el que, de hecho, había roto la URSS, se viera implicado.

Resulta comprensible que nadie dedicase tiempo a la organización de los ejércitos postsoviéticos, dado que, hasta los frenéticos meses finales, muy pocos esperaban el colapso de la URSS. De hecho, resulta paradójico que los únicos que consideraron tal posibilidad fueran los miembros del Estado Mayor General soviético. Desde 1990, el Estado Mayor General fue trasladando con discreción a Rusia armas nucleares tácticas y parte de la infraestructura de las fuerzas estratégicas desplegadas en las otras repúblicas. Sin embargo, aparte de estas medidas, no hubo ninguna planificación ni consenso, a pesar de que el Acuerdo de Belavezha (1991), firmado por los líderes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia, dio lugar a una nueva y débil unión, la CEI (Comunidad de Estados Independientes), que incluyó, en un principio, a Armenia, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguistán, Rusia y Uzbekistán. La CEI tenía un comandante militar supremo —el mariscal de aviación Yevguéni Sháposhnikov, uno de los altos mandos que se había abstenido de apoyar el golpe de agosto— con control provisional sobre sus fuerzas conjuntas. En la práctica, una vez desaparecida la Unión Soviética, el control de los efectivos y recursos recayó *de facto* en la república en que se hallasen.

Aunque Gorbachov hizo entrega a Yeltsin del *Cheget*, el «maletín nuclear» que daba acceso al lanzamiento de misiles y los códigos pertinentes, el Estado ruso no tenía un ejército como tal. Al principio, Yeltsin anunció que Rusia se limitaría a tener una Guardia Nacional de 100 000 efectivos y que su seguridad recaería en las fuerzas conjuntas de la

CEI al mando de Sháposhnikov. Sin embargo, en marzo de 1992, el viejo Ministerio de Defensa soviético fue rebautizado como Ministerio de Defensa de la Federación Rusa, con lo que el cargo de Sháposhnikov tenía los días contados. Al fin y al cabo, solo había sido una medida provisional. Tener unas fuerzas conjuntas dependía de llegar a acuerdos en cuanto a las misiones y dimensiones, a quién pagaría el mantenimiento y a quién debían servir. No es que no se llegase a acuerdos en relación con tan espinoso asunto; en realidad, los Estados ni siquiera intentaron establecerlos, pues vieron de inmediato que era un imposible. Pronto se abandonaron incluso las apariencias. En septiembre de 1993, los jefes de Estado de la CEI abolieron el cargo de Sháposhnikov. A partir de ese momento, la única misión de seguridad de la CEI sería apoyar la cooperación entre los miembros, mientras que la mayor parte de las antiguas fuerzas armadas soviéticas, más de 2 000 000 de soldados, pasó a estar controlada por Moscú. Rusia tenía un ejército, o algo parecido. Pero, ¿era una baza, o una carga?

CAPÍTULO 3

Un Ejército en crisis

En 1994, el periodista de investigación Dmitri Jólodov escribió: «nuestro ejército ruso se está hundiendo en el mundo del crimen organizado».[1] Entre otras historias, Jólodov investigaba los rumores acerca de que los comandos de la 16.ª Brigada de *Spetsnaz*, una unidad de élite, trabajaban de sicarios para la mafia y que incluso entrenaban a sus pistoleros. Aunque la pista más importante era la posible implicación del ministro de Defensa Grachov en un gran desfalco de fondos del Ejército. Poco después, fue contactado por alguien que decía tener información. Este le remitió a una maleta guardada en una taquilla de la estación de tren de Moscú, supuestamente repleta de documentos. Jólodov fue a buscarla y la llevó a toda prisa a las oficinas de su periódico, el *Moskovski Komsomolets*

[Komsomolets de Moscú]. Cuando la abrió, la maleta estalló y la explosión lo mató en el acto.

El diario acusó abiertamente a Grachov de estar detrás del asesinato. Este negó toda responsabilidad. Sin embargo, años más tarde, durante el juicio a seis hombres —cuatro de ellos todavía oficiales en activo— por el asesinato de Jólodov, Grachov admitió haber llamado a Jólodov «enemigo interno» y haber encomendado al coronel Pável Popovskij, jefe de inteligencia de las Fuerzas Aerotransportadas (VDV), que «se encargase de él». A continuación, añadió que, en realidad, solo había querido decir que «le rompieran las piernas», aunque «algunos de mis subordinados malinterpretaron mis palabras».[2] El que esto no fuera motivo suficiente para procesar a Grachov era, sin duda, un signo de aquellos tiempos. En todo caso, ante el escándalo público y la indignación de la oficina del fiscal general, los seis acusados fueron absueltos en dos juicios separados. El caso, aún hoy, continúa sin resolverse.

UN EJÉRCITO MALOGRADO

En los años noventa del siglo XX, el Ejército ruso era percibido más como una amenaza que como un activo de seguridad. Los soldados estaban hambrientos, mal entrenados y faltos de disciplina. En parte, esto se debía a razones históricas. Las fuerzas armadas soviéticas padecían una cultura institucionalizada de acoso, la llamada *dedovshchina* o «abuelismo». Aunque ningún ejército es inmune al acoso y las novatadas, esta cultura se veía potenciada por la combinación de dos factores: la falta de un cuerpo profesional de suboficiales y el modo en el que el ciclo de movilizaciones de primavera y otoño implicaba que los reclutas quedasen divididos en cuatro grupos semestrales durante los dos años de servicio. Los soldados tenían que ir superando una serie de etapas de la vida castrense, informales pero reconocidas por todos. El recién llegado, o *molodoi* [joven] debía servir a los *dedi* [abuelos] en la mitad del servicio militar y a los *dembeli* [desmovilizados] que estaban en sus últimos cien días. Esta subordinación

implicaba toda clase de cosas, desde pesadas novatadas cuarteleras a entregar comida (en particular la que les enviaban desde casa) o hacer las tareas de los veteranos. La mayoría acababa siendo «asignado» a un *dembel* y tenía que superar el ritual de los «cien días»: colocar cada noche un cigarrillo bajo su almohada hasta el fin del servicio militar.

Los que se enfrentaban a la *dedovshchina* se arriesgaban a sufrir brutales represalias. Cada año morían centenares de reclutas a causa de palizas o de las consecuencias de otros castigos, como por ejemplo trabajar al aire libre en invierno sin abrigo. El sistema persistió porque, aunque estaba prohibido por las instancias oficiales, se consideraba una forma rudimentaria, pero eficiente, de imponer disciplina debido a la falta de suboficiales veteranos, una de las carencias fundamentales de las fuerzas armadas rusas. Los sargentos o los *starshiná* (más o menos equivalente a un sargento mayor en Occidente) eran simples reclutas aventajados que recibían entrenamiento adicional. Aunque en 1971 se reintrodujo el rango de *praporshchik* (suboficial mayor, *michman* en la Armada), para voluntarios que ya habían cumplido el servicio militar, estos eran demasiado escasos (y muy a menudo de calidad muy mediocre) para marcar la diferencia.

¿Cómo podía un teniente recién salido de la academia, probablemente no mucho mayor que los reclutas bajo su mando, imponer su autoridad? Para muchos de estos oficiales, la solución era recurrir al *dedy* para mantener a raya a la tropa, a cambio de pasar por alto los abusos. En tiempo de paz, este método matonesco funcionaba hasta cierto punto, pero, en combate, cuando los pelotones debían mantenerse unidos, era un grave problema. De hecho, muchos veteranos soviéticos comentaban que la *dedovshchina* solía desaparecer en Afganistán, pues los acosadores se arriesgaban a ser liquidados en el campo de batalla. Asimismo, la *dedovshchina* hacía extremadamente poco atractivo el servicio militar, con lo que incrementaba aún más los elevados niveles de elusión del servicio. «La vida es un libro —dice el refrán ruso— y el servicio militar dos hojas arrancadas». Los que podían recurrir al soborno o a la práctica, típicamente soviética, del *blat* [intercambio de favores] no se incorporaban a filas. Los que no podían librarse tenían que servir.

Con el colapso de la Unión Soviética, todos los problemas que afectaban desde hacía mucho tiempo a las fuerzas armadas se cronificaron: retrasos en la paga, falta de alojamiento, pésimo rancho. En la década de 1990, la crisis se tornó permanente. Las familias de los oficiales se veían obligadas a vivir en cobertizos para tanques sin calefacción, a los soldados se les daba comida podrida, la tropa solía tener hasta cinco pagas atrasadas. Por tanto, no resulta nada sorprendente que tanto mandos como tropa tuvieran que dedicarse al crimen y a la economía sumergida. Desempeñaban trabajos clandestinos de cualquier cosa, desde taxista a asesino a sueldo, o bien robaban todo lo que podían encontrar. La mayor parte de estos hurtos era circunstancial y a pequeña escala. En esta época era habitual, por ejemplo, que los soldados se llevasen las bombillas de los barracones y piezas de vehículos para venderlos en el mercado negro. A menudo, estos hurtos tenían consecuencias fatales. En Chechenia, los soldados famélicos cambiaban las armas por comida, a pesar de ser conscientes de que luego serían empleadas contra ellos mismos o contra sus camaradas. También se formaron grandes emporios criminales, creados por oficiales que hacían de todo, desde alquilar a los soldados como mano de obra a utilizar vuelos y convoyes militares (que estaban exentos de controles aduaneros y policiales) para introducir de contrabando heroína procedente de Asia Central y coches robados en Europa.

El servicio nacional se hizo cada vez más difícil de controlar. En 1993, Yeltsin trató de hacerlo más aceptable: redujo el servicio militar obligatorio de dos años a dieciocho meses. Esto no mejoró gran cosa su imagen, aunque sí que redujo mucho la efectividad de la tropa. Para suplementar las dietas, las unidades tenían que convertir los campos de entrenamiento en huertos en los que cultivar su propio sustento o buscar setas y moras por los bosques de la zona. También se dedicaban a alquilar los soldados a empresas y ayuntamientos locales como mano de obra barata. Los oficiales se embolsaban parte de los beneficios y el resto servía para el pago de luz y calefacción. En 1994, Grachov advirtió a la Duma de que «no hay ningún ejército del mundo en un estado tan lamentable como el de Rusia». Le asistía cierta razón.[3] (De hecho, el pobre e inesperado rendimiento del

Ejército ruso en Ucrania en 2022 sugiere que, veintiocho años después, apenas ha cambiado nada.)

¿ARMAS NUCLEARES EN VENTA?

Como si la situación no estuviera suficientemente mal, el estado de las RVSN (*Raketniye voiská strategichéskogo naznachéniya* [Fuerzas de Misiles Estratégicos]) era motivo de constante inquietud. Aunque su capacidad de detectar y responder a un ataque nuclear era cuestionable, por fortuna no parecía haber amenazas inminentes del exterior. El verdadero peligro era interior, pues se temía por la seguridad de las más de 40 000 armas nucleares y los cerca de 1,5 millones de kilogramos de plutonio y de uranio enriquecido que se custodiaban en los depósitos dispersos por toda la antigua URSS, mal protegidos y ruinosos. Todas estas armas fueron concentradas en el interior de Rusia una vez que Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán acordaron entregarlas. En todo caso, tampoco podían utilizarlas. Unos temores que no eran del todo infundados. En 1993, por poner un ejemplo de los constantes hurtos, dos oficiales descontentos de la Armada robaron tres barras de uranio de las que se emplean como combustible en los reactores nucleares de los submarinos. El robo tuvo lugar en el astillero naval de Sevmorput, en las afueras de Múrmansk, por el poco sofisticado método de pasar junto a los dos centinelas de la puerta, colarse por un hueco de la verja del perímetro y serrar el candado oxidado de la puerta del búnker. Curiosamente, no tenían ni idea de qué hacer con las barras de combustible; los detuvieron seis meses más tarde, cuando todavía estaban buscando un comprador.

En realidad, la verdadera pesadilla era que las mafias, algún Estado canalla [*rogue state*] o unos terroristas robaran o comprasen una cabeza nuclear. En 1993 cundió el pánico: al parecer, algunas armas atómicas habían desaparecido de un almacén del Lejano Oriente soviético. Al final resultó ser un error de inventario, pero el temor resultante impulsó a Occidente a facilitar recursos para proteger los almacenes, acelerar los

programas de desactivación de ojivas nucleares y proporcionar sustento a los científicos y técnicos nucleares y a sus familias, que, de otro modo, se habrían quedado sin trabajo.

Lo único que continuó inquietando a los servicios de seguridad occidentales hasta finales de la década de 1990 fue la amenaza de los denominados «maletines atómicos», aunque al final se vio que esta no era más que un mito. En 1997, el exjefe de seguridad de Yeltsin, Alexánder Lébed, declaró que habían desaparecido 84 armas nucleares del tamaño de una maleta y que Yeltsin le había destituido para silenciar el asunto. Estas armas habían sido construidas por los soviéticos y debían colocarse en secreto en Occidente como medida de represalia en caso de holocausto nuclear. En septiembre, Lébed redobló la apuesta: afirmó que de un inventario de 250 de estas armas, había desaparecido más de un centenar de los almacenes soviéticos. Como era de esperar, esto provocó un escándalo, en particular en Estados Unidos, pues Lébed afirmó que cada uno de estos ingenios podía matar a más de 100 000 personas. Moscú puso en entredicho su credibilidad al afirmar que tales armas nunca habían existido, ya que una serie de expertos afirmaron haber trabajado en dispositivos de este tipo, desde minas nucleares a la «carga nuclear» RYa-6, de tan solo 25 kilogramos de peso y un kilotón de potencia explosiva. Stanislav Lunev, desertor de la GRU (*Glávnoye razvédivatelnoye upravléniye* [Dirección Principal de Inteligencia]), declaró que había minas nucleares RA-115 ocultas en Estados Unidos, aunque no se halló rastro de ellas en los lugares en los que había afirmado que estaban. En todo caso, a mediados de 1998, Moscú reconoció que este programa había existido, pero que una comisión especial había inventariado todos los dispositivos que quedaban y había dictaminado que no faltaba ninguno. El consenso de los expertos occidentales fue que la comisión tenía razón y que Lébed estaba equivocado. Por fortuna.

Por tanto, películas de Hollywood aparte, no faltaban armas. Esto se debió sobre todo a que cualquier tentativa de comerciar con unas armas tan terribles habría atraído, sin duda, la atención implacable de los servicios de inteligencia del mundo, como por ejemplo el Mossad, siempre alerta ante posibles amenazas contra Israel.

DEVOLVIENDO A LOS MUCHACHOS A CASA

El Ejército Rojo, antes incluso del fin de la Unión Soviética, estaba en retirada. El brazo derecho del Partido Comunista, que había aplastado los alzamientos de Berlín oriental en 1953 y Hungría en 1956, ahogado toda esperanza de «socialismo de rostro humano» en Checoslovaquia en 1968 y que había respaldado la ley marcial polaca de 1981-1983, tenía bases por todos los países satélites del Pacto de Varsovia. Esta «alianza», en realidad, solo proporcionaba una tenue pátina de legitimidad al imperio soviético en Europa central. Su supervivencia requería el apoyo militar, político y, sobre todo, económico de Moscú. Durante el mandato de Gorbachov se decidió aceptar lo inevitable: la URSS ya no podía permitirse mantener bajo su control estas naciones cada vez más rebeldes. El 7 de diciembre de 1988, Gorbachov, en un histórico discurso ante Naciones Unidas, anunció el inicio de la retirada del Ejército Rojo. Privados de los subsidios económicos y del apoyo militar soviético, los regímenes títeres fueron barridos por alzamientos populares o bien se derrumbaron durante los espectaculares cambios del periodo 1989-1991. El 25 de febrero de 1991 tuvo lugar la disolución oficial del Pacto de Varsovia.

¿Adónde irían los soldados retornados, que sumaban 600 000 oficiales y clases de tropa y más de 150 000 personas dependientes? Aunque ninguna de las antiguas naciones sometidas quería que las tropas soviéticas permanecieran allí más tiempo del necesario, Moscú prefería una retirada gradual para tener tiempo de construir nuevas bases, cuarteles y alojamientos. Además, ¿de dónde saldría el dinero necesario para pagar todo eso? La Alemania Federal ayudó a financiar la evacuación de los soviéticos de suelo germano, pero, aun así, esto se prolongó hasta 1994. Otros países carecían de recursos, o de voluntad, para contribuir. Los nuevos Gobiernos del centro de Europa, dado el caos de sus propias economías, tenían otras prioridades. Según un informe, a mediados de los años noventa del siglo XX había 280 000 familias de militares que carecían de vivienda.

SUEÑOS VACÍOS

En noviembre de 1993 Rusia adoptó una nueva doctrina militar. En la práctica castrense soviética, y luego rusa, se trata de un documento de importancia decisiva: describe dónde y cómo Rusia considera que podría entrar en guerra, cómo combatiría y qué necesitaría para ello. Este documento determina casi todo lo demás, desde la adquisición de nuevos equipos al tamaño de las fuerzas armadas. La doctrina, sin embargo, resultó ser un alarde de fantasía. El nuevo plan reconocía que Rusia debía considerarse una potencia regional, no global, y, por tanto, preveía la modernización y profesionalización del Ejército. Eran bellas palabras, aunque llegaron en un momento en que no había ni fondos ni voluntad política de actuar.

La reforma en profundidad de las fuerzas armadas quedó paralizada. Con respecto a organización, cultura y funciones, el Ejército de Yeltsin era, en gran medida, el soviético, solo que más pequeño y más pobre. En 1996 sumaba 670 000 oficiales y clases de tropa, divididos entre 8 VO (*Voyenni ókrug* [distrito militar]) y Fuerzas Aerotransportadas (VDV). Había 85 divisiones, pero, dada la carencia de personal y el exceso de mandos —más de uno de cada tres militares, 290 000, eran oficiales— la mayoría solo existía sobre el papel. En el mejor de los casos, estas divisiones eran estructuras preparadas para encuadrar reservistas en caso de movilización nacional; en el peor, unidades-fantasma que se mantenían con el mero objetivo de dar algo que hacer a los militares profesionales.

Se hablaba de crear una Fuerza de Despliegue Rápido, de formar un ejército más pequeño y completamente profesional, aunque estos sueños quedaron en nada. Durante la mayor parte de la década de 1990, el Ejército tuvo que luchar a la desesperada por sobrevivir en diez años de agitación social, crisis económica y perturbaciones políticas. En 1995, un portavoz del Ministerio de Defensa advirtió de que «si no se toman medidas radicales en breve, el Ejército ruso podría hallarse al borde de la inanición».[4] De Siberia llegaban reportes de que a los reclutas se les daba pienso animal; en la capital, los soldados del Distrito Militar de Moscú tenían que recurrir a la mendicidad para sobrevivir. En 1996 se le puso rostro humano a este

problema: la prensa narró la historia de Misha Kubarski, un recluta de Yaroslavl que murió de inanición tres meses después de incorporarse a filas. Kubarski se quejó de cansancio. Lo pesaron y vieron que estaba 12 kilogramos por debajo de su peso normal. Fue enviado a un hospital militar, pero falleció por el camino. Una comisión médica hizo una inspección sorpresa de su unidad y concluyó que la mitad del regimiento estaba por debajo del índice de masa corporal. Algo nada desconcertante, puesto que la unidad carecía de víveres. Durante la semana precedente, el comisariado del regimiento solo les había podido proporcionar coles.

Por supuesto, aún quedaban vestigios de profesionalismo y unas pocas unidades capaces, en particular las formaciones de élite, como paracaidistas, Infantería Naval (MP) y comandos de *Spetsnaz*. No obstante, eran demasiado poco numerosas para cumplir las aspiraciones de Rusia. El ministro de Defensa Grachov, paracaidista hasta la médula, se aferraba al proyecto de que las unidades aerotransportadas constituyesen el núcleo de una fuerza móvil efectiva, una formación de despliegue rápido de 100 000 efectivos dispuesta para todo tipo de misiones, desde acciones en el extranjero a seguridad interior. Una aspiración tan grandiosa como inalcanzable. La cantidad de tiempo y energía dedicados a su consecución, en un momento en que los soldados vivían en barracones sin calefacción, porque el Ministerio no podía pagar las facturas de la electricidad, es muy revelador de la incapacidad de los altos mandos de aceptar la realidad de la situación.

«EL PACHÁ DEL MERCEDES»

La tragedia de Grachov es que era el típico general combativo —de gran valor personal, un oficial que prefería siempre el ataque— en una época en la que su trabajo consistía en gestionar el declive de las fuerzas armadas. Tal misión no requería ardor guerrero, sino habilidad política, honestidad y gran atención por el detalle. Por desgracia, no tenía ninguna de esas cualidades.

Nacido en 1948 en una aldea de provincias, Grachov se incorporó al Ejército al terminar el colegio. Era duro y trabajador, aunque, como manifestó un oficial que lo conoció la mayor parte de su carrera, era «suficientemente listo, pero no demasiado». Dado que era un candidato prometedor, se lo llevaron las VDV. Cada arma tenía sus prioridades y los paracaidistas, aunque no eran tan celebrados como los cerebritos de las RVSN o los fanáticos politizados de las fuerzas del KGB, tenían prioridad para elegir personal sobre el SV (*Sujoputniye voiska* [Ejército de Tierra]). Las VDV lo enviaron a la escuela de mandos superiores de las tropas aerotransportadas de Riazán. Destacó en los estudios, pues se graduó con sendas medallas de oro en dos especialidades independientes: «jefe de sección de tropas aerotransportadas» y «asistente traductor de alemán». Esto último le llevó a formar parte de las tropas de reconocimiento de las VDV, algo así como la élite dentro de la élite, consideradas, en general, solo un escalón por debajo de los *Spetsnaz*. Fue ascendiendo en el escalafón y primero comandó una compañía de reconocimiento de la 7.ª División Aerotransportada de la Guardia y luego un batallón de entrenamiento de paracaidistas. Como era habitual entre los mandos más destacados, estudió en la academia militar M.V. Frunze, donde se graduó en 1981. En estos años, la guerra de Afganistán estaba en su apogeo y las VDV inmersas en lo más duro del combate. Grachov sirvió primero (1981-1983) como vicecomandante y luego como jefe del 345.º Regimiento Independiente de Paracaidistas de la Guardia y, más tarde, (1985-1988) como general de división y comandante de la 103.ª División Aerotransportada de la Guardia. Entre uno y otro destino, fue jefe de Estado Mayor de la 7.ª División Aerotransportada de la Guardia. La guerra le fue favorable; en 1988 fue condecorado con la medalla de Héroe de la Unión Soviética y destinado a la academia militar de Estado Mayor. Tras graduarse en 1990, se convirtió en subjefe de las VDV y, más tarde, en su comandante.

Durante el golpe de agosto, Grachov se mostró en un principio leal al comité estatal para el estado de emergencia. Llevó a su 106.ª División Aerotransportada de la Guardia a Moscú, donde ocupó puntos clave de la ciudad. Sin embargo, muy pronto se unió a otros oficiales, que, como el mariscal Sháposhnikov, retiraron su apoyo al golpe y se opusieron al plan

de tomar la Casa Blanca a la fuerza. Gorbachov le premió con un ascenso a coronel general y con el cargo de viceprimer ministro para la Defensa —en parte debido a la necesidad de purgar el alto mando—, pero Yeltsin se lo robó para su Nuevo Comité Estatal para Asuntos de Defensa. Más tarde, fue viceprimer comandante en jefe de las fuerzas armadas conjuntas de la CEI y después viceprimer ministro para la Defensa de Rusia a las órdenes de Yeltsin. Poco después, este último le nombró ministro. Según el relato del propio Grachov, la designación se produjo en una breve conversación telefónica en la que Yeltsin dijo: «¡Estoy tan cansado de ser el ministro! Por tanto, he firmado el decreto para su nombramiento».[5]

Grachov demostró tener muy poco peso político. Trató en vano de resistir la retirada acelerada de las tropas rusas del extranjero. En 1992, hizo entrega formal de más de la mitad del armamento almacenado en la región rebelde de Chechenia porque no sabía cómo impedirlo… unas armas que más tarde fueron empleadas contra los rusos. Aunque intentó evitar la politización de los militares, en 1993, cuando Yeltsin se enzarzó en una férrea pugna constitucional, se vio obligado a tomar partido. Yeltsin había heredado el Parlamento de la era soviética —el Congreso de los Diputados del Pueblo, que, a su vez, elegía al Sóviet Supremo—, producto de un sistema electoral que garantizaba que estuviera repleto de comunistas. Como era de esperar, presidente y Parlamento tenían choques constantes. El 21 de septiembre de 1993, Yeltsin decidió disolver ambos órganos. Era una violación flagrante de la constitución, pero Yeltsin consideraba que tenía a la opinión pública de su lado. Es indudable que contaba con las fuerzas de seguridad moscovitas. El Sóviet Supremo destituyó a Yeltsin, nombró presidente en funciones a Alexánder Rutskói, héroe de la guerra afgana, e hizo un llamamiento a la población para que acudiera a defender la sede parlamentaria, el edificio conocido como la Casa Blanca. El 3 de octubre, una multitud favorable al Parlamento ocupó el ayuntamiento y trató de tomar la torre de televisión. Fue un grave error político, pues dio a Yeltsin la excusa que estaba esperando para llamar al Ejército y presentarse como el defensor del orden público. Grachov obedeció con diligencia; al amanecer del día siguiente, desplegó cinco carros de la 2.ª División Motorizada de Fusileros de la Guardia Tamanskaya, unidad de élite, en el puente de

Novoarbatski, cerca de la Casa Blanca, y cinco más en un parque infantil situado al otro lado. A continuación, empezaron a disparar proyectiles de alto explosivo contra el Parlamento, los cuales atravesaron con facilidad la fachada del edificio y provocaron incendios que acabaron por destruir el interior. Después, entraron en acción soldados y comandos de las unidades antiterroristas Alfa y Vympel. Por la tarde, los combates habían acabado. En total, murieron 22 soldados y policías y 122 civiles en los enfrentamientos callejeros más mortíferos librados en Moscú desde la revolución de 1917. En lo que se refiere a la constitución, Yeltsin la reescribió de forma retroactiva, para hacer que sus decisiones fueran legales. Un acto muy dudoso, en lo moral y en lo legal, pero que dejaba constancia de que tenía el poder.

Parte del problema era que Grachov no sabía decirle que no a Yeltsin. Era consciente de que los hombres a su mando lo consideraban un advenedizo que había sido ascendido por encima de sus capacidades y que, sin el apoyo presidencial, no era nadie. Esto provocó el desastre de 1994. A causa de una combinación de soberbia y ganas de complacer al presidente, Grachov aseguró con displicencia que podía sofocar con facilidad la rebelión de Chechenia y que su capital, Grozni, podía ser tomada «por un solo regimiento paracaidista en dos horas».[6]

La sangrienta guerra subsiguiente, que solo puede considerarse una derrota para Rusia (*vid*. Capítulo 4) supuso el fin de su carrera. En 1996 fue destituido. Su cese formó parte de un pacto político entre Yeltsin y uno de los antiguos subordinados de Grachov, Alexánder Lébed. De todos modos, no sufrió demasiado. Al parecer, obtuvo cuantiosos beneficios económicos de su cargo: llegaron a conocerle por el apodo de «pachá del Mercedes» por adquirir coches alemanes de lujo con dinero asignado a la retirada de las fuerzas en Alemania. Además, Yeltsin se aseguró de recompensar su lealtad. Después de su destitución, se le proporcionó una confortable sinecura en el consejo de administración de Rosvooruzheniye, la compañía estatal de exportación de armamento.

Grachov era un hombre de indudable valor personal y un buen táctico. En el transcurso de su carrera militar hizo 647 saltos paracaidistas, fue herido en combate y ejerció el mando desde primera línea. Sin embargo, no

era la persona adecuada para aquellos tiempos. Ígor Rodiónov, jefe del 40.° Ejército en Afganistán y ministro de Defensa durante un breve periodo (1996-1997), no era hombre que tolerase a necios o maleantes. Su valoración de Grachov fue cáustica: «en mi 40.° Ejército era un buen jefe de división aerotransportada y nunca superó ese nivel. Llegó a ser ministro solo porque se pasó a tiempo al bando de Yeltsin».[7] Este es, probablemente, su epitafio más acertado.

CAPÍTULO 4

La Primera Guerra de Chechenia

La mejor y más sangrienta demostración de lo muy bajo que había caído el Ejército ruso —y de las carencias de Pável Grachov como político y jefe militar— fue la debacle de la Primera Guerra de Chechenia de 1994-1996.

Contra los rebeldes de aquella levantisca república, con una población de, tal vez, 1,2 millones de habitantes, esto es, la séptima parte de Moscú, todo lo que pudieron lograr las fuerzas de Grachov fue un empate. Se trató de una humillación que no solo ahondó en la desmoralización de los militares, sino que reforzó la reacción contra la decadencia del Estado ruso que dio lugar al ascenso de Vladímir Putin.[1]

RESISTENCIA Y RESENTIMIENTO

Los chechenos, gente de proverbial independencia y fiereza —se comparan, con orgullo, con los lobos—, han sido durante mucho tiempo una piedra en el zapato para los rusos. En el siglo XIX, durante su expansión por el norte del Cáucaso para consolidar el flanco sur del imperio, Rusia conquistó a los chechenos, aunque nunca los sometió. Ya fuera como rebeldes o como bandidos, los chechenos y sus primos ingusetios continuaron desafiando la autoridad de sus supuestos amos. En 1944, Stalin desencadenó la Operación Chechevitsa [lenteja], la deportación a Asia Central de toda la población chechena e ingusetia, con el pretexto de que planeaban auxiliar a los nazis. Cerca de medio millón de hombres, mujeres y niños fueron expulsados de sus casas a punta de pistola, de los cuales al menos una cuarta parte pereció en la deportación o en los primeros años de exilio. No los dejaron regresar hasta trece años más tarde, tras la muerte de Stalin, y, cuando volvieron, descubrieron que emigrantes rusos vivían en sus antiguas casas y que las lápidas de sus antepasados se habían usado para construir muros y pavimentos. No es de extrañar que los chechenos albergasen un feroz resentimiento contra Moscú.

En 1990, durante su campaña contra el poder soviético, Borís Yeltsin hizo un llamamiento a los líderes regionales: «¡Tomen todo el poder soberano que puedan abarcar!». Los chechenos le tomaron la palabra. Poco después del golpe de agosto de 1991, expulsaron a la administración del Partido Comunista y declararon la independencia, liderada por un exgeneral de la fuerza aérea, Dzhojar Dudáyev. Yeltsin envió fuerzas de seguridad a la capital chechena, Grozni, para arrestarlo, pero fueron bloqueadas en el aeropuerto. El presidente ruso se echó atrás y renunció al enfrentamiento. Sin embargo, tan solo fue una pausa. Aunque Yeltsin había sido el adalid de la autonomía local cuando estaba en la oposición, no tenía la menor intención de permitir que los chechenos se independizasen de la Federación Rusa del mismo modo que Rusia lo había hecho de la URSS.

El ejecutivo de Dudáyev se caracterizó por una mezcla de entusiasmo, amateurismo y criminalidad. Señores de la guerra, mafiosos y funcionarios corruptos se hicieron ricos, pero no se construyó ni una sola escuela u

hospital. En marzo de 1992, los rivales de Dudáyev trataron de desbancarlo, pero fueron reprimidos por la fuerza. Al año siguiente, el Parlamento checheno se dispuso a someterle a una moción de censura; Dudáyev resolvió el problema con la disolución del Parlamento. A partir de entonces, gobernó a base de decretos presidenciales.

De todos modos, poco importaba que el régimen de Dudáyev fuera o no legítimo y efectivo. Yeltsin no podía permitirse la supervivencia de un Estado autodeclarado independiente y mucho menos que prosperase, pues esto podría impulsar a otras regiones a separarse. Pese a que Yeltsin proclamó en agosto que «la intervención por la fuerza es inadmisible y no debe hacerse […] habría tal derramamiento de sangre que nunca nos perdonarían», optó por lanzar lo que ahora puede denominarse una operación de «guerra híbrida».[2] Moscú organizó y armó a unos centenares de chechenos e ingusetios opositores de Dudáyev, o quizá solo dispuestos a combatirle por dinero. En octubre de 1994, los rebeldes lanzaron un ataque contra Grozni con el apoyo de carros de combate y aviones rusos. Los seguidores de Dudáyev rechazaron este asalto, como hicieron con un segundo más grande que tuvo lugar en noviembre. Para bochorno de Moscú, veinte soldados rusos fueron capturados. Pronto se vio que ni siquiera obedecían la cadena de mando militar, sino que recibían órdenes del FSK (*Federálnaya sluzhba kontrrazvedki* [Servicio Federal de Contrainteligencia]), el sucesor del KGB soviético. Lo que se suponía que tenía que ser un golpe rápido, discreto y no atribuible a Rusia, se convirtió en una humillación pública. Yeltsin, como era característico en él, dobló la apuesta. Ordenó a los chechenos que se rindieran. Estos se negaron, por lo que presentó una solicitud formal al Ejército ruso para que «restaurase el orden constitucional». Al fin y al cabo, Grachov y la mayoría de sus asesores le habían asegurado que sería una victoria fácil: al parecer, en la sesión secreta del Consejo de Seguridad del 28 de noviembre dijo que sería una «*Blitzkrieg* sin sangre». De igual modo, el ministro de Nacionalidades, Nikolái Yegórov, afirmó que el 70 por ciento de la población daría la bienvenida a las tropas rusas y que el 30 por ciento restante se mantendría neutral.[3] Ojalá.

GRANDES ESPERANZAS, RÁPIDAS DERROTAS

Ese día, la fuerza aérea rusa inició la campaña con la destrucción en tierra de la pequeña fuerza aérea chechena (a pesar de que había motivos para creer que sus pocos aviones de entrenamiento no estaban en condiciones de vuelo) y la inutilización de sus dos aeródromos, Kalinovskaya y Jankalá, cuyas pistas quedaron cubiertas de cráteres. El 6 de diciembre, Dudáyev y Grachov acordaron «evitar volver a utilizar la fuerza». Esto, por supuesto, era una promesa vacía: los chechenos estaban tratando de avergonzar a Moscú para que se echase atrás y esta intentaba que los rebeldes bajasen la guardia. Ninguno tuvo éxito. Mientras intercambiaban frases vanas, los chechenos se dedicaban a excavar trincheras en las afueras de Grozni y los rusos concentraban una fuerza de invasión al mando del coronel general Alexéi Mitiujin, comandante del SKVO (*Severo-Kavkazski voyenni ókrug* [Distrito Militar del Cáucaso Norte]).

La OGFV (*Obedinionnaya gruppirovka federalnij voisk* [Agrupación Conjunta de Fuerzas Federales]) sumaba, junto con otros contingentes, alrededor de 23 700 hombres y 80 carros. Sin embargo, era un destacamento muy improvisado. Hasta la misma víspera de la invasión, el Estado Mayor General tuvo que buscar unidades que se aproximaran a sus efectivos reglamentarios, la mayor parte de sus vehículos en funcionamiento y suministros más o menos adecuados. Como recordó un oficial que participó en el ataque, «para ser honestos, fue una sorpresa que pudiéramos siquiera ponernos en marcha. Hubo que desguazar cerca de un tercio de nuestros camiones para que el resto pudiera circular».

Esto refleja las carencias generalizadas de las fuerzas armadas rusas: desde oficiales de baja graduación que carecían de confianza y entrenamiento para dirigir a los hombres en los complejos y peligrosos combates a corta distancia, hasta un alto mando que se había entrenado para un tipo de guerra y parecía incapaz de adaptarse a otro. Así, por ejemplo, la mayoría de altos mandos demostraba un nivel de comprensión muy pobre del uso adecuado del apoyo aéreo. En sus memorias, Yevguéni Fédosov, jefe del GosNIIAS (*Gosudarstvennyy nauchno-issledovatel'skiy institut aviatsionnykh sistema* [Instituto Científico Estatal de Sistemas de

Aviación]), recuerda que le convocaron a un consejo de guerra con los cinco hombres que estarían a cargo de la operación. Eran el viceprimer ministro, Oleg Soskovets; el ministro de Defensa, Grachov; el jefe del FSK, Serguéi Stepashin; el ministro del Interior, Víktor Yerin; y el comandante de las Tropas de Fronteras, Andréi Nikoláyev. Querían saber cómo ejecutar un ataque de precisión contra el búnker de Dudáyev, situado bajo el palacio presidencial de Grozni. Fédosov les explicó que los últimos modelos de aviones de ataque a tierra, los Su-24M y Su-25T, podían lanzar golpes de gran precisión con sistemas de armas que podían destruir un búnker subterráneo. Pero resultó que el 4.° Ejército Aéreo, el que tenía que operar en Chechenia, carecía de aviones equipados con bombas «inteligentes» y, pese a contar con Su-24M, los pilotos no tenían experiencia de combate con este tipo de armas. Fue en este momento cuando, según Fédosov, quedó en evidencia la falta de conocimientos de Grachov:

> Inclinándose amenazador en su butaca, Grachov declaró: «Déjeme explicarle cómo combate nuestra fuerza aérea. Durante el ataque aéreo contra el aeródromo de Jankalá, un regimiento de bombarderos Tu-22M arrasó toda la aviación de Chechenia y una bomba destruyó el helicóptero personal de Dudáyev de un impacto directo».[4]

Fédosov trató de explicarle que enviar 20 bombarderos, cada uno de ellos cargado con 20 toneladas de bombas, a golpear un aeródromo indefenso era un despilfarro —un solo escuadrón habría bastado— y que, además, estaban considerando una misión muy diferente. Grachov se mostró contrariado. En última instancia, se decidió formar un destacamento especial de Su-24M con pilotos experimentados procedentes de todo el país. Para cuando este estuvo preparado, una formación de aviones de ataque Su-25 ya había reducido el palacio presidencial a escombros con bombas convencionales. Aunque, de todos modos, Dudáyev no había estado allí.

EL PLAN

El ataque contra Chechenia seguiría tres ejes. La fuerza de mayor tamaño, comandada por el teniente general Vladímir Chilindin, marcharía desde Mozdok, en Osetia del Norte, al noroeste de Chechenia. Sus 6500 efectivos procedían de la 131.ª Brigada Motorizada Independiente de Fusileros, nueve batallones de unidades de seguridad del Ministerio del Interior (MVD) y de la 22.ª Brigada Independiente de *Spetsnaz*. El segundo contingente, que atacaría desde Vladikavkaz, al oeste de Grozni, comprendía 4000 soldados al mando del teniente general Alexánder Chindarov, vicecomandante de las Fuerzas Aerotransportadas. Además de un regimiento de paracaidistas de la 76.ª División Aerotransportada y un batallón de la 21.ª Brigada Independiente Aerotransportada, incluía infantería mecanizada de la 19.ª División Motorizada de Fusileros y cinco batallones de tropas del MVD. El tercer destacamento, dirigido por el teniente general Lev Rojlin, se concentró en Kizlyar, Daguestán, al nordeste de Chechenia. Rojlin, un veterano condecorado de la guerra de Afganistán que criticó con dureza la dirección de la operación de Chechenia, comandaba más de 4000 efectivos, en su mayor parte pertenecientes a la 20.ª División Motorizada de Fusileros, y seis batallones del MVD.

La presencia de VV (*Vnutrenniye voiská* [Tropas del Interior]) se debía a que el plan operacional ponía el foco en la captura de Grozni. Se daba por supuesto que, una vez tomada la capital, la resistencia chechena se desmoronaría de inmediato. Rojlin y otros *afgantsy* comentaron en privado que en la invasión de Afganistán se había intentado una táctica similar y que esta no había funcionado demasiado bien. No obstante, Grachov se mostró inflexible: iba a ser una victoria rápida. De hecho, le había prometido a Yeltsin que la operación no se prolongaría más allá del 20 de diciembre. Los tres contingentes avanzarían sobre la ciudad por seis ejes y la sitiarían. Mientras las VV sellaban Chechenia e impedían la llegada de refuerzos a Grozni, el Ejército bloquearía y, si fuera necesario, ocuparía la ciudad. El plan estaba sentenciado desde el principio, pero la inclusión de fuerzas del MVD añadió una debilidad más a un contingente ya de por sí muy

heterogéneo. Aunque las mejores unidades del MVD eran, sin duda, muy buenas, en particular la División Dzerzhinski con base en Moscú (la antigua 1.ª División Independiente de Designación Especial), la mayoría de ellas se componía de reclutas seleccionados por su predisposición a hacer el trabajo sucio del Kremlin más que por ninguna otra cosa. Muchos de ellos cometieron abusos brutales contra la población civil de Chechenia. Estos se debían al concepto erróneo de que las atrocidades eran la mejor forma de someter a los rebeldes, pero, sobre todo, al miedo de unos soldados mal entrenados que servían más para proteger instalaciones o escoltar convoyes de presos que para operaciones de contrainsurgencia contra un enemigo duro y dispuesto a combatir.

El plan inicial preveía iniciar la invasión el 7 de diciembre, pero los efectivos no estaban listos para ese día. Hasta el día 11 no cruzaron la frontera con dirección a Grozni. Todo fue más lento de lo esperado. A pesar de que la planicie del norte de Chechenia es relativamente más accesible que las montañas del sur, el mal tiempo forzó a permanecer en tierra a los helicópteros, que los comandantes más cautelosos pretendían emplear en tareas de reconocimiento y apoyo aéreo cercano. Además, los vehículos se averiaban con embarazosa regularidad y grupos reducidos de combatientes chechenos tiroteaban a las patrullas avanzadas y tendían emboscadas, lo que ralentizaba mucho el avance.

Los rusos no cerraron su «cerco de acero» en torno a Grozni hasta el 26 de diciembre. Esto dio a los rebeldes tiempo de sobra para evacuar algunos civiles y, sobre todo, para traer refuerzos y abastecimientos del sur y acelerar los preparativos para dar a los rusos una cálida bienvenida. Al fin y al cabo, tenían que desquitarse de doscientos años de opresión y un cuasigenocidio.

TOMAR GROZNI…

Por tanto, los chechenos estaban preparados. El país de Dudáyev se había convertido, en muchos aspectos, en un reino de bandoleros y sus «fuerzas

armadas» —3000 efectivos, contando las unidades del Ejército, de la Guardia Nacional y del Ministerio del Interior— eran mucho más pequeñas de lo que aparentaban sobre el papel. La única brigada motorizada de fusileros del Ejército era, en realidad, una compañía de poco más de 200 efectivos, el mismo tamaño que el Regimiento de Tanques Shali, que tan solo disponía de 15 carros operativos, en su mayoría T-72. La Brigada Motorizada Ligera de Comandos, equipada con camiones y *jeeps*, era algo más grande y el Regimiento de Artillería solo disponía de 30 piezas medias y ligeras y unos pocos lanzacohetes múltiples BM-21. El Regimiento del Ministerio del Interior era un destacamento motorizado ligero de 200 hombres. La Guardia Nacional constituía el grueso del Ejército checheno, una colección variopinta de unidades, que abarcaba desde la escolta personal de ciertos líderes a milicias de clanes locales. Sus nombres grandilocuentes y pintorescos, como el Batallón Abjazo o el Regimiento Musulmán de Cazadores —ninguno de ellos con efectivos superiores a una compañía— podían sugerir escasa efectividad. Sin embargo, existe una razón por la cual los chechenos han constituido siempre un peligro mayúsculo en la historia y en la literatura rusas.

Un joven checheno acostumbra a aprender a disparar durante la adolescencia y su legendaria dureza hizo que un número desproporcionado de chechenos sirviera en las fuerzas especiales y en los paracaidistas soviéticos. Pese a vivir en un país sin acceso al mar, tenían dos veces más posibilidades de formar parte de la Infantería Naval que cualquier otra nacionalidad. Tenían experiencia: sabían cómo combatían los soviéticos (por lo que también conocían a los rusos de la década de 1990) y, además, estaban defendiendo su tierra. Asimismo, habían podido concentrar sus fuerzas en Grozni —contando voluntarios, los defensores sumaban 9000 efectivos— y disponían de un comandante excepcional: Aslán Masjádov. Masjádov, jefe de Estado Mayor de las fuerzas chechenas, había nacido en Kazajistán en 1951, donde su familia había sido reasentada de manera forzosa. Aun así, al igual que tantos otros chechenos, se incorporó al Ejército, donde sirvió como oficial de artillería. En 1992, se retiró con el rango de coronel. A su regreso a Chechenia, se incorporó a las fuerzas chechenas «independientes», donde llegó con rapidez al cargo de jefe de

Estado Mayor. Masjádov fue una baza inesperada de los rebeldes, un planificador meticuloso y dotado de instinto para lanzar golpes audaces en el momento preciso.

Un entorno urbano es implacable para un atacante incluso en las mejores circunstancias y, en este caso, la fuerza de asalto inicial, 6000 efectivos, era inferior en número a los 9000 defensores, que esperaban dispuestos y atrincherados. Sin embargo, Moscú tenía que cumplir un estricto calendario político y el alto mando no estaba dispuesto a aceptar que una banda de combatientes irregulares le obligase a cambiar de planes. Preveía un movimiento en pinza precedido de la tradicional preparación aérea y artillera. Baterías de obuses de 122 y 152 mm martilleaban la ciudad —sin importar el riesgo para las vidas de civiles— mientras los bombarderos Su-24 y Tu-22M castigaban la urbe desde el aire.

Entonces, el último día del año, empezó el asalto. Desde el norte, el general de división Konstantín Pulikovski encabezó una formación mecanizada con elementos de los 81.er y 276.º Regimientos Motorizados de Fusileros y un batallón de la 131.ª Brigada Motorizada Independiente de Fusileros. Por el oeste, el general de división Valeri Petruk seguiría la línea de ferrocarril con unidades de la 19.ª División Motorizada de Fusileros, apoyados por dos regimientos y dos batallones de paracaidistas, con el objetivo de ocupar la estación central y, desde ahí, avanzar sobre el palacio presidencial. Desde el este, el 129.º Regimiento Motorizado de Fusileros y sendos batallones de las 98.ª y 104.ª Divisiones Aerotransportadas, mandadas por el teniente general Nikolái Staskov, emprenderían un avance similar por la línea de ferrocarril hasta la plaza de Lenin, en el corazón de la ciudad, y, desde ahí, tomarían los puentes sobre el río Sunzha. Por el nordeste, el propio Rojlin encabezaría contingentes de los 255.º y 33.er Regimientos Motorizados de Fusileros y el 66.º Batallón de Reconocimiento de la 20.ª División Motorizada de Fusileros para ocupar el complejo hospitalario central, mientras que unidades de las 76.ª y 106.ª Divisiones Aerotransportadas se harían con el control de las plantas químicas y de las refinerías Lenin y Sheripov, para impedir que los rebeldes destruyeran estos cruciales activos económicos.

Sobre el papel, parecía un plan claro y resolutivo, a la altura de las mejores tradiciones del Ejército Rojo. Masjádov, sin embargo, no lo veía de igual modo. El comandante checheno organizó tres círculos defensivos concéntricos en torno a la ciudad y convirtió el centro urbano en un avispero de fortificaciones improvisadas. Los chechenos colocaron sacos terreros y se reforzaron los edificios para instalar posiciones de fuego y nidos de tiradores en los tejados. Situaron los escasos carros y piezas de artillería que les quedaban en lugares desde donde dominaban los puentes sobre el río Sunzha y las calles más anchas por las cuales los rusos pudieran lanzar un asalto blindado. El avance de Petruk no tardó en quedar estancado. Staskov recibió su primer golpe al cruzar el Sunzha y emprendió un rodeo por un laberinto de campos minados y puntos fortificados donde el pánico y la confusión ocasionaron incidentes de fuego amigo a menudo tan letales como la defensa chechena. El destacamento de Pulikovski quedó paralizado por varios atascos que él mismo originó, resultado de agrupar una mezcolanza de unidades sin darles la oportunidad de entrenar juntas. Aun así, las tropas de Pulikovski lograron alcanzar el palacio presidencial.

Una vez allí, quedaron aislados bajo un peligroso fuego cruzado de ametralladoras y cohetes. Ante la parálisis de las fuerzas de Petruk, se envió a un batallón de la 131.ª Brigada Motorizada Independiente de Fusileros a tomar la estación principal de tren, aunque el batallón fue emboscado por las unidades chechenas, bien posicionadas en los edificios que rodeaban la plaza. Sus transportes de infantería BMP-1 y BTR-80 fueron acribillados por las ametralladoras y volados por los cohetes RPG-7; los supervivientes se refugiaron en la estación, pero los chechenos le prendieron fuego. Cuando intentaron retirarse, se vieron atrapados en calles estrechas sin espacio para maniobrar, mientras los chechenos les arrojaban granadas y cócteles molotov desde los edificios más altos. Como recordó Rojlin, «primero, hacían arder los vehículos de la cabeza y la cola de la columna […] luego, el golpe caía en medio [de la columna]. Los vehículos blindados no tenían ninguna posibilidad de maniobrar. Y ardían como la yesca».[5]

El batallón perdió más de la mitad de sus hombres y casi todos los vehículos; de hecho, dejó de existir como unidad operativa. Aunque el 66.º Batallón de Reconocimiento quedó muy castigado al intentar liberar a la

131.ª Brigada Motorizada Independiente de Fusileros, lo cierto es que el contingente de Rojlin era el único que seguía en buen orden. Se debía, en parte, a que su misión era menos ambiciosa y, en parte, a que su comandante había sido astuto y había previsto que Grozni iba a ser un hueso duro de roer. Sus fuerzas tomaron el hospital central y se atrincheraron. A pesar de ello, hacia el 3 de enero el ataque ruso había sido neutralizado.

Hubo otra víctima del asalto: la reputación de los carros T-80B y T-80BV. El primero entró en servicio en 1976, aunque no recibió su bautismo de fuego hasta Chechenia. Su turbina de gas le daba gran agilidad, pero también una necesidad terrible de combustible; no era inusual que las tripulaciones inexpertas agotasen los depósitos al dejar el motor al ralentí. En un primer momento, pareció estar a la altura de la fama de temible cazador de carros: destruyeron al menos seis tanques rebeldes y uno de ellos siguió combatiendo después de encajar tres proyectiles de 125 mm. Sin embargo, cuando los T-80 de los 3.er y 33.er Batallones de Tanques fueron enviados imprudentemente a Grozni, cayeron víctimas de los puntos flacos de los carros en zonas de edificios, de un fallo de diseño (que los hacía vulnerables a los impactos desde arriba) y de la falta de preparación (muchos fueron enviados al combate sin las cargas explosivas del blindaje reactivo, que los habría protegido de las granadas propulsadas por cohetes —RPG [Rocket Propelled Grenade]—). La infantería que tendría que haber dado cubertura a los tanques solía quedarse en el interior de los vehículos y cuando estaban en las calles, los chechenos —que conocían bien los puntos flacos de su enemigo— los dispersaban con fuego de francotiradores y ametralladora y a continuación disparaban a los T-80 con RPG, cañones sin retroceso y granadas desde los bajos y los tejados de los edificios. Hubo un baño de sangre: se perdieron 18 de los 80 T-80 desplegados en Grozni. A pesar de que sus defensores indican que los T-72, un modelo más viejo, sufrió un porcentaje de bajas similar, el T-80 nunca se sacudió el estigma de Grozni.

Moscú no estaba dispuesto a renunciar a su objetivo. Redobló la campaña de bombardeos aéreos y artilleros. Mitiujin y el alto mando abandonaron toda pretensión de obtener una victoria rápida y optaron por

una campaña mucho más cautelosa. Los rusos enviaron refuerzos a toda prisa a Grozni y procedieron a abrirse paso metódicamente a través de la ciudad, destruyéndolo todo a su paso. El 19 de enero lograron al fin tomar el palacio presidencial, o al menos lo que quedaba de este después de que lo reventasen con bombas BETAB-500 antibúnker, de media tonelada de peso cada una. La bandera rusa volvía a ondear sobre Grozni, pero la ciudad había quedado reducida a escombros. Las operaciones de limpieza, a cargo, principalmente, de las VV, se prolongaron semanas. Además, fueron necesarios meses para recoger y procesar los cadáveres de los miles de civiles que habían muerto víctimas del fuego cruzado: se estima que perecieron cerca de 35 000 personas. La OSCE (Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa) calificó los hechos de «catástrofe inimaginable». Además, esta no fue la última batalla que se libró por la malograda ciudad.

… Y PERDERLA DE NUEVO

Mientras las fuerzas federales ocupaban el resto del país, Yeltsin, ante la persistente resistencia, entregó el mando de la operación al viceministro del Interior, general Anatoli Kulikov, comandante de las Tropas del Interior. Con esto, pretendía dar un toque de atención a los militares, además de presentar el conflicto como una mera operación policial. La realidad, sin embargo, era muy diferente. Los rusos buscaban a la desesperada más y mejores tropas que enviar a la guerra. En marzo, la OGFV había crecido hasta los 55 000 efectivos. Estos incluían más *Spetsnaz*, la unidad antiterrorista del MVD (el Comando Vityaz, que, a menudo, tenía que combatir como simple infantería ligera), el 506.º Regimiento Motorizado de Fusileros, unidad de élite del ejército regular, e incluso infantería naval.

Pese a que en marzo cayeron las ciudades de Gudermés y Argún, en mayo, Grozni seguía bajo toque de queda y el comandante ejecutivo de la OGFV, el coronel general Mijaíl Yegórov, admitió que al menos una quinta parte del país continuaba en manos de los rebeldes. Día tras día, Moscú

parecía ir imponiéndose, pero la *Blitzkrieg* rápida y fácil había resultado ser una lenta y frustrante batalla de desgaste. Los rusos repitieron un error particularmente grave y que les había perjudicado mucho en la contienda afgana: dieron por supuesto que el control de pueblos y ciudades concedía el dominio del campo. Más bien, era justo al revés. De día, las patrullas del Ejército y del MVD en las llanuras y de los helicópteros artillados Mi-24 en el aire preservaban la ilusión de que controlaban el territorio. Sin embargo, en las montañas y en la noche, las llamas de la rebelión seguían ardiendo.

La contienda estaba entrando en una nueva etapa terrorista. El comandante rebelde Shamil Basáyev y 195 combatientes lograron adentrarse, por medio de sobornos y engaños, 110 kilómetros en el interior de Rusia, hasta la localidad de Budiónnovsk. Basáyev ocupó primero el cuartel de policía y el ayuntamiento y luego el hospital, donde capturó 1800 rehenes, en su mayoría civiles, 150 de los cuales eran niños. Basáyev exigió que Moscú se retirase de Chechenia, aunque, en última instancia, negoció un acuerdo directo con el primer ministro, Víktor Chernomyrdin, para que le concedieran un salvoconducto de retorno a su país. El Gobierno no se retiró de Chechenia, aunque sus optimistas afirmaciones de que la victoria estaba cerca quedaron en entredicho.

El director del FSK, Serguéi Stepashin, y el ministro del Interior, Víktor Yerin, fueron obligados a dimitir por su mala gestión de la crisis. Budiónnovsk se convirtió en el nuevo modelo de la contienda. Los chechenos no podían derrotar en campaña a las fuerzas federales, pero sí que podían determinar el lugar, el momento y la situación de todos los combates. Así, por ejemplo, en diciembre de 1995, 600 rebeldes al mando de Salmán Radúyev ocuparon la mayor parte de Gudermés, la segunda ciudad más grande de Chechenia. Los chechenos la defendieron durante dos semanas contra los asaltos federales; luego, acordaron un alto el fuego que les permitió abandonar libremente la localidad. El 9 de enero de 1996, Radúyev lanzó un ataque contra la base aérea de Kizlyar, en la vecina Daguestán. Cuando las fuerzas federales respondieron, tomó el hospital y más de un millar de rehenes, que fueron de nuevo intercambiados por un salvoconducto (aunque esta vez los rusos rompieron el acuerdo y asaltaron a los rebeldes mientras se retiraban, a pesar de que habían retenido a 150

escudos humanos). El terrorismo no podía derrotar a las fuerzas federales, pero los rusos tampoco podían encontrar y destruir a los rebeldes.

Se deshizo el punto muerto, paradójicamente, por un triunfo de la inteligencia rusa. Dudáyev era un líder carismático, aunque no un estratega. Después de tres intentos fallidos para asesinarlo, por fin, el 21 de abril de 1996, oficiales de guerra electrónica a bordo de un avión de vigilancia A-50 Mainstay modificado, lograron triangular su localización mientras hablaba por un teléfono satélite. Dos bombarderos Su-24 despegaron de inmediato, alcanzaron la posición y le infligieron heridas mortales. A Dudáyev le sucedió su vicepresidente, Zelimján Yandarbíyev, aunque el poder real quedó en manos de Masjádov. Este sabía que, para obligar a Moscú a negociar en serio, era necesario un golpe espectacular: no una operación terrorista, sino algo que alterase todos los cálculos políticos. Necesitaba volver a tomar Grozni.

El ritmo de los ataques guerrilleros empezó a ralentizarse. Moscú se permitió creer que estaba ganando y que la muerte de Dudáyev había cambiado la partida. A finales de mayo, Yeltsin visitó Chechenia y dijo ante la tropa reunida que «la guerra se ha acabado, vosotros la habéis ganado». En consecuencia, los rusos enviaron a casa a las unidades con más reclutas y redujeron el tamaño de la OGFV. De sus efectivos máximos de 55 000, pasó a poco más de 41 000: 19 000 regulares y 22 000 policías y soldados de las VV. Asimismo, Yeltsin cesó a Grachov, cuya reputación de corrupción e incompetencia pesaba más que su utilidad política. Esta destitución formaba parte de su acuerdo preelectoral con Alexánder Lébed, el duro exparacaidista y veterano de la guerra afgana que fue su compañero de candidatura en las elecciones. Grachov no supuso ninguna gran pérdida para el Ministerio de Defensa, pero su reemplazo tuvo lugar en un momento decisivo. El ministerio fue dirigido primero por un interino, el ministro en funciones (el jefe del Estado Mayor General, el general Mijaíl Kolesnikov) el cual fue, a su vez, sustituido por un nuevo ministro, el general Ígor Rodiónov. Tuvo lugar un periodo de transición, lo cual provocó que se dedicase menos atención a la situación sobre el terreno. Las medidas tomadas estuvieron condicionadas por la política y por la necesidad de Yeltsin de decirle al pueblo ruso que la guerra estaba prácticamente

acabada. El plan era que, para finales de año, solo debía permanecer en Chechenia una brigada de las VV y la 205.ª Brigada Motorizada de Fusileros. Parte de las fuerzas restantes fueron enviadas al sur, para un esfuerzo final contra los últimos reductos rebeldes.

Sin embargo, Masjádov también tenía un plan. La noche del 5 al 6 de agosto, la víspera de la toma de posesión de Yeltsin después de ser reelegido en unas elecciones amañadas, 1500 rebeldes se infiltraron en secreto en Grozni en secciones de 25 hombres cada una. Los guerrilleros superaron con facilidad los puntos de control y los puestos de guardia, fuera de los cuales los rusos rara vez se aventuraban después del anochecer. A las 05:50 h, los chechenos lanzaron un ataque sorpresa y, en menos de tres horas, la mayor parte de la ciudad estaba en sus manos. Las fuerzas federales resistían en el centro y en la base aérea de Jankalá, pero la mayoría de los 7000 soldados del Ejército y del MVD que formaban la guarnición había huido o se había hecho fuerte en los cuarteles, en torno a los cuales los rebeldes colocaron a toda prisa minas y posiciones de tiro.

Durante los días siguientes, voluntarios y refuerzos incrementaron los efectivos de Masjádov hasta los 6000 hombres. Había sido un golpe devastador para los rusos. Pulikovski trató de retomar la ciudad a la desesperada, con el envío de columnas dispersas que fueron derrotadas de una en una. El 11 de agosto, un batallón del 276.º Regimiento Motorizado de Fusileros logró abrirse paso hasta los defensores que todavía resistían en el centro. Sin embargo, esto no cambió la realidad del panorama: los rebeldes controlaban Grozni y tenían sitiados a unos 3000 o 4000 efectivos federales. Irritado, el día 19, Pulikovski exigió la rendición de los rebeldes y, antes incluso de que expirase su ultimátum, lanzó un bombardeo masivo de artillería y aviación. La ciudad, ya muy castigada, quedó más arrasada aún. Hacia el día 21, se estimaba que 220 000 personas habían huido de Grozni, con lo que ya solo quedaban 70 000 civiles en una ciudad que antes de la guerra había albergado a 400 000.

Era indudable que, en última instancia, las fuerzas federales podían imponerse. Sin embargo, Masjádov consideraba, con razón, que toda guerra es, en definitiva, un acto político. El espectáculo de ver cómo el Ejército ruso perdía una ciudad a manos de unos rebeldes que habían dado por

vencidos y el hecho de que los chechenos hubieran conseguido robarle a Yeltsin su día de gloria provocó una gravísima crisis política. Lébed, que ahora ejercía de secretario del Consejo de Seguridad de Yeltsin, siempre había visto la contienda con escepticismo. Voló a Chechenia y ordenó a Pulikovski cesar las operaciones. Lo único que quería Yeltsin era que el problema desapareciera, por lo que autorizó a Lébed a negociar en persona con Masjádov.

El 30 de agosto, los dos veteranos del Ejército Rojo cerraron el Acuerdo de Jasaviurt. No era, en absoluto, la base para una paz duradera. El pacto aparcaba la cuestión fundamental del estatus constitucional de Chechenia. Aunque reconocía la autonomía, dejaba sin resolver la espinosa cuestión de los límites de este autogobierno. En la práctica, mientras Chechenia hiciera como que formaba parte de Rusia, Moscú no intentaría ejercer ningún control sobre el país. En realidad, no fue más que una pausa temporal. En 1999, la guerra regresó al país. Como sucede a menudo, un brillante jefe guerrillero no suele tener la fortuna o la capacidad de ser un buen líder nacional, pues Masjádov fue incapaz de evitar la llegada de un segundo conflicto. Pero, por ahora, las fuerzas federales se retiraron, los chechenos podían empezar a reconstruir su país devastado y Yeltsin tenía que gestionar una crisis menos: la Primera Guerra de Chechenia había finalizado.

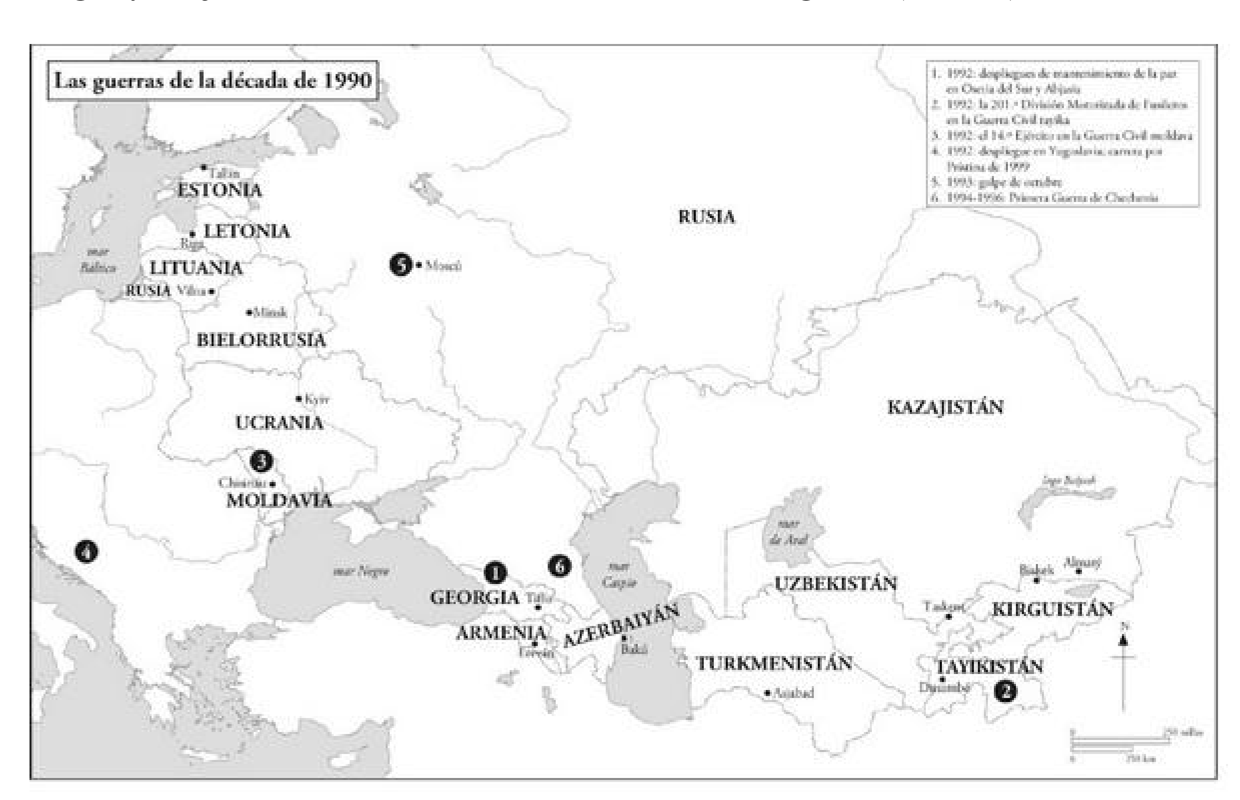
CAPÍTULO 5

Las guerras de reafirmación de Rusia

La Primera Guerra de Chechenia fue un desastre para el Ejército ruso, que había sido superado y derrotado, hasta el punto de perder ciudades a manos de un improvisado contingente guerrillero. Había actuado con chapucería y crueldad. Toda su ineficiencia, brutalidad y corrupción había quedado expuesta gracias a unos medios de comunicación críticos que relataban sus fracasos. La contienda chechena también contribuyó a una fuerte reacción de la opinión pública contra el Ejército y causó un repunte de la elusión del servicio militar. La credibilidad y las expectativas de los militares rusos habían caído a su punto más bajo. La moral estaba por los suelos: el general Rojlin, uno de los pocos comandantes que se distinguieron en Chechenia, rehusó aceptar la medalla de Héroe de Rusia,

para quien: «La guerra de Chechenia no ha traído gloria a Rusia, sino infortunio».[1]

Yeltsin, un hombre que nunca pasaba por alto la oportunidad de encontrar un buen chivo expiatorio, destituyó a Grachov y obligó a dimitir al jefe del servicio de seguridad, el FSK, Serguéi Stepashin, y al ministro del Interior, Víktor Yerin. El sucesor de Grachov, el cáustico Rodiónov, no duró mucho en el cargo. El nuevo ministro estaba frustrado por la reticencia del Gobierno a proporcionar una financiación adecuada a las fuerzas armadas (en 1997 estalló contra el periodista especializado en asuntos militares Pável Felgenhauer:[2] «¿De qué putas reformas está hablando? ¡Estamos pasando hambre!») y además se resistía a subordinar el Ejército al Consejo de Defensa, un organismo nuevo —aunque de breve existencia— cuyo secretario, Yuri Baturin, se dedicaba, en opinión de Rodiónov, a escatimarle fondos. En mayo de 1997, menos de un año desde que había asumido el cargo, Rodiónov fue cesado y reemplazado por el general Ígor Serguéyev, jefe de las Fuerzas de Misiles Estratégicos (RVSN).



Una vez en el cargo, Serguéyev hizo declaraciones menos explosivas y dedicó la mayoría de sus esfuerzos a proteger su antigua arma, más que al conjunto de las fuerzas armadas. Durante buena parte de la década de 1990, el Ejército ruso estuvo dirigido por una serie de cargos políticos más preocupados por proteger sus puestos y apaciguar a Yeltsin que en articular una visión de conjunto coherente para las fuerzas armadas del país. Hacia finales de la década, estas no habían experimentado apenas reformas; tan solo habían reducido su tamaño con respecto a los primeros años.

A pesar de ello, este Ejército tuvo que proteger los intereses de la madre Rusia en un número creciente de teatros de operaciones. Además de la guerra en Chechenia, sus fuerzas intervinieron en los Estados vecinos postsoviéticos, tanto para pacificar como para imponer su dominio imperial. Incluso las enviaron a Yugoslavia durante la contienda civil que destrozó el país, en el que tuvieron un tenso enfrentamiento con las tropas estadounidenses. Fue una década en la que vivieron peligrosamente; Moscú trató de representar el papel de gran potencia, o al menos de potencia regional, con soldados mal pagados, mal alimentados, subestimados y faltos de entrenamiento. En muchos aspectos, resulta sorprendente que actuasen tan bien como lo hicieron.

LA RESACA POSTSOVIÉTICA DE MOLDAVIA

¿Por qué sigue existiendo una franja de territorio, que forma parte legalmente de la República de Moldavia, donde el ruso todavía es el idioma oficial y las estatuas de Lenin aún dominan las plazas principales? El Kremlin asumía que Rusia debía ser la potencia hegemónica regional de lo que ellos denominan el «exterior cercano», es decir, los otros Estados postsoviéticos. Recuerdo que, en 1995, un diplomático ruso me dijo con toda franqueza: «no tenemos disputas con la soberanía e independencia de las naciones extranjeras; pero esos países no tienen nada de extranjeros, los sentimos como si todavía formasen parte de nuestra familia». Esta frase implicaba que Rusia se consideraba el cabeza de familia, por lo que la

libertad de esas naciones dependía de que no desafiasen la autoridad de Moscú. En las disputas con sus Gobiernos, Rusia explotó controversias territoriales, agravios históricos y rivalidades interétnicas para meter en vereda a sus vecinos, en particular por medio del apoyo a las minorías locales, a menudo rusos étnicos. Los zares, y de forma mucho más deliberada los soviéticos, animaron o forzaron el establecimiento de colonos rusos en los territorios conquistados. Cuando se disolvió la URSS, había más de 20 millones de rusos étnicos viviendo fuera de las fronteras de la Federación Rusa, lo que Putin calificó como «el gran desastre geopolítico del siglo».[3] Muchos se integraron o se adaptaron a sus nuevas nacionalidades, pero otros se sentían marginados o discriminados. Estos últimos se convirtieron en los aliados o en el pretexto de las injerencias del Kremlin.

Esto fue lo que ocurrió en Moldavia, una de las repúblicas más pequeñas de la Unión, encajonada entre Ucrania y Rumanía. Alrededor de tres cuartas partes de la población es de origen rumano y habla un idioma que es, en esencia, un dialecto rumano. Poco menos del 15 por ciento de sus habitantes son rusos étnicos y otros eslavos, en su gran mayoría concentrados en una franja situada en la orilla izquierda del río Dniéster. Con el declive del dominio del partido, en Moldavia, al igual que en otros territorios, el nacionalismo creció. En 1989, las autoridades de la república designaron el moldavo como lengua principal del Estado y relegaron al ruso a un estatus secundario, además de abandonar el uso del alfabeto cirílico. Los rusos de la futura Transnistria, la antigua República Moldava de Pridnestrovie (RMP) se sentían cada vez más alarmados. Muchos no querían que desapareciera la URSS, pues consideraban que esta los protegía contra los moldavos. En agosto de 1990 declararon la independencia, aunque, para ser francos, ni Moscú ni las autoridades moldavas de Chisináu les hicieron mucho caso.

En el invierno de 1991-1992 hubo choques esporádicos entre las milicias de Transnistria y la policía moldava. En respuesta, el Gobierno inició la formación de una Guardia Nacional y más tarde creó un Ministerio de Defensa y unas fuerzas armadas permanentes. El núcleo de estos

contingentes fue el 14.° Ejército de la Guardia soviético, con base en Moldavia occidental, y una amalgama de voluntarios, reservistas y reclutas.

La ironía fue que esta unidad, cuyo puesto de mando estaba en Tiráspol, al este del Dniéster, también se convirtió en el protector de la RMP. Aunque la postura oficial de Moscú era neutral, muchos de los oficiales y soldados de este ejército procedían de la región o simpatizaban con los rebeldes. De hecho, su comandante, el teniente general Guennadi Yakovlev, no ocultó en absoluto su apoyo a los transnistrios; en diciembre, aceptó el cargo de secretario del Ministerio de Defensa oficioso de la RMP. El Kremlin mantuvo una postura ambigua. Al fin, Shapóshnikov decidió que Yakovlev no podía ser al mismo tiempo ministro de la RMP y jefe de una unidad militar rusa, por lo que lo reemplazó en el mando del 14.° Ejército por un oficial más neutral, el teniente general Yuri Netkachev. No obstante, las armas continuaron desapareciendo de los arsenales del 14.° Ejército. El 5 de abril de 1992, el vicepresidente Rutskói visitó Tiráspol y animó a los transnistrios a independizarse.

Entre marzo y abril se produjeron escaramuzas esporádicas a lo largo de la orilla oriental del Dniéster. Los combates más importantes tuvieron lugar en la ciudad estratégica de Bender: aunque poblada sobre todo por rusoparlantes, Bender se encuentra en la margen occidental y, además, en la carretera principal que va de Chisináu a Tiráspol. La localidad, que, en teoría, estaba bajo control gubernamental, era una constante fuente de inestabilidad. La policía moldava arrestó a un mayor ruso del 14.° Ejército bajo la sospecha de que ayudaba a los rebeldes, lo cual desencadenó una violenta confrontación. Ambos bandos enviaron fuerzas a Bender y la Guardia Republicana de la RMP recibió el apoyo de carros T-64 del 14.° Ejército. Los cañones anticarro T-12 de los moldavos dejaron fuera de combate al menos a dos de ellos, que quedaron abandonados en las calles. Sus característicos distintivos rusos desmentían las afirmaciones de Moscú de que sus fuerzas se estaban manteniendo al margen de este choque fratricida.

Las tropas moldavas avanzaron con intención de tomar el puente sobre el Dniéster. Tiráspol lanzó sobre Bender todos los efectivos que pudo reunir, entre los que se incluían voluntarios cosacos de Rusia y Ucrania

oriental. Poco a poco, se abrieron paso por la localidad entre feroces combates casa por casa. Al parecer, el 14.° Ejército se limitó a proporcionar apoyo; sin embargo, Chisináu estaba convencida de que si los rebeldes no estaban en retirada era debido a la intervención directa de las fuerzas armadas rusas y a que el 14.° Ejército se disponía a invadirlos. Los moldavos enviaron a dos de sus pocos cazas MiG-29 en condiciones de vuelo (heredados del 86.º Regimiento de Cazas de la Guardia) para destruir el puente de Bender. Los MiG lanzaron seis bombas OFAB-250, pero ninguna dio en el blanco. Sin embargo, fue suficiente para que el 14.° Ejército activase las defensas antiaéreas. El conflicto se estaba intensificando.

Temeroso de que un conflicto interno se convirtiera en una guerra entre Rusia y Moldavia, Yeltsin despachó a Tiráspol a su consejero de seguridad nacional, el exparacaidista Alexánder Lébed, con órdenes de detener los combates por cualquier medio que fuera necesario y abordó la misión con su ferocidad característica. A su llegada al cuartel general del 14.° Ejército, relevó a Netkachev y asumió el mando en persona. A primera hora de la mañana del 3 de julio, el 4.º Regimiento de Artillería del 14.° Ejército abrió un fuego concentrado de cohetes de 220 mm de BM-27 Uragan, proyectiles de 122 mm de obuses D-30 y de 152 mm de varias baterías de piezas de campaña 2A36 Giatsint que destrozó los campamentos moldavos en torno a Bender.

Lébed no mostraba mucha simpatía por ninguno de los dos bandos. Se le atribuye la siguiente frase, posiblemente apócrifa: «Le dije a los alborotadores de Tiráspol y a los fascistas de Chisináu: si no dejáis de mataros entre vosotros, os haré fusilar a todos».[4] Estaba allí para imponer la paz y, fiel a su estilo, lo haría por medio de su superior potencia de fuego. En ese momento, la fuerza del 14.° Ejército sumaba algo más de una división, alrededor de 14 000 efectivos, aunque bien armados. El bombardeo no solo detuvo el avance gubernamental sobre Bender, sino que también abrió la posibilidad de que tuvieran que enfrentarse a una fuerza combinada de milicias de la RMP, voluntarios y tropas rusas que superaban en número al incipiente Ejército moldavo. Lébed dejó claro a los líderes de la RMP que el precio por la protección rusa era un acuerdo de paz. El 21 de

julio, Yeltsin firmó un alto el fuego con su homólogo moldavo, Mircea Snegur. El acuerdo fue garantizado por una fuerza de interposición formada por tres batallones moldavos, dos de soldados de la RMP y cinco del 14.° Ejército.

Hubo más enfrentamientos esporádicos, aunque, a la sombra del 14.° Ejército, el acuerdo se mantuvo y ha permanecido en vigor hasta hoy. En total, murieron alrededor de un millar de personas, entre civiles y combatientes, y Moldavia perdió el acceso a la orilla este del Dniéster. En 1995, el 14.° Ejército fue transformado en el Grupo Operativo de Fuerzas Rusas en Transnistria. En 2022, se compone de tal vez 1500 hombres encuadrados en dos batallones motorizados independientes de fusileros en misión de interposición. Sin embargo, su presencia constituye, más que otra cosa, la demostración del compromiso de Moscú con el sostenimiento de la RMP, en la actualidad, un pseudoestado criminalizado y cuasisoviético. Esto no significa que el Kremlin se preocupe por la RMP y sus habitantes, sino que más bien indica su predisposición a defender (cuando convenga) los intereses de los rusos étnicos del «exterior cercano», además de servir de base para sus jugarretas políticas en la región. Lébed sentó un precedente: usar la fuerza para apoyar a insurgentes amigos y crear un «conflicto congelado» que permita a Moscú mantener su presencia entre los vecinos postsoviéticos. Este método se empleó de forma reiterada en el futuro, lo cual demuestra que el Ejército ruso era, y sigue siendo, un resorte clave de su política exterior.

ASIA CENTRAL: EL CONTINGENTE DE TAYIKISTÁN

En Asia Central, otra unidad militar fue, de nuevo, el instrumento al servicio del poder ruso en la región. La 201.ª División Motorizada de Fusileros Gatchina, dos veces condecorada con la Orden de la Bandera Roja, participó en 1979 en la invasión soviética de Afganistán. Luego pasó a Tayikistán, con su cuartel general en la capital del país, Dusambé. Los

rusos preveían retirar la división a Rusia, pero, en septiembre de 1992, estalló una guerra civil. Los rebeldes intentaron en varias ocasiones entrar en sus bases en busca de armas y suministros y muchos de los efectivos de la división, soldados de reemplazo de reclutamiento local, desertaron. A pesar de esto, sus oficiales, en su mayoría rusos, mantuvieron la unidad cohesionada, que, además, fue reforzada por *Spetsnaz*. Con el envío de fuerzas especiales, Moscú trataba de conservar la operatividad de la unidad, con el objetivo de apuntalar un régimen autoritario de época soviética contra minorías étnicas rebeldes y extremistas islámicos, entre ellos radicales de Afganistán.

Aunque sobre el papel era una unidad más de la fuerza de pacificación de la CEI, en la práctica, la 201.ª División se convirtió en el principal agente de Moscú en Tayikistán. A finales de 1992, Dusambé cayó por breve tiempo en manos de los rebeldes y la 201.ª desempeñó un papel clave en la reconquista, en diciembre, al proporcionar apoyo de fuego a las unidades de seguridad gubernamentales y a las milicias de la región de Kulob, principal apoyo del nuevo líder tayiko, Emomali Rahmon. En 1993, la 201.ª División fue reforzada por los helicópteros Mi-24 del 41.er Escuadrón Independiente de Helicópteros, el 2.º Batallón Independiente de Artillería a Reacción, dotado de lanzacohetes múltiples Uragan y un grupo de aviación con base en el aeropuerto de Dusambé. La potenciación de la unidad se debió al incremento de las misiones: además de combatir de forma directa a los insurgentes e interceptar cualquier intento de cruzar la frontera tayiko-afgana, ahora se dedicaría a escoltar convoyes vitales que transportaban víveres, medicinas y material militar a las ciudades periféricas. En 1992, un oficial de la 201.ª, que había servido en Afganistán, describió la situación como sigue: «tiene un inquietante parecido con *Afgan*, aunque sin los rebeldes… por el momento». Su cautela estaba justificada, pues la 201.ª se fue implicando cada vez más en los combates. En julio de 1993, unos 250 combatientes tayikos y afganos intentaron tomar el 12.º Puesto Avanzado de las Tropas de Fronteras, asignado a Tayikistán, en el que había 47 guardias de frontera y un civil que lograron contener a los atacantes durante once horas. El asalto finalizó tras la llegada de unidades del 149.º Regimiento Motorizado de Fusileros de la Guardia de la 201.ª

División. El saldo de los combates fue de 25 rusos y unos 70 rebeldes muertos.

La contienda civil se prolongó hasta 1997. Para entonces, la 201.ª volvía a disponer de los efectivos reglamentarios de una división —si bien esto se logró al reclutar tayikos para que sirvieran bajo mando ruso— y se había visto implicada en numerosas incursiones y escaramuzas. La paz se logró gracias a un proceso de mediación en el que participaron Washington y Moscú; sin embargo, cuando enmudecieron los cañones, fue Rusia la que consiguió mantener un papel determinante en el país. Rahmon permaneció en el poder y ahí continúa en el momento en que escribo estas líneas, dirigiendo un régimen autoritario y corrupto sostenido por una serie de procesos electorales dudosos.

La división, renombrada en 1994 201.ª Base Militar, sigue en la actualidad apoyando al gobierno de Dusambé y, por extensión, a la autoridad de Moscú en Asia Central. En 2012, el alquiler de la base fue prorrogado hasta 2042. Sus principales formaciones de combate son los 92.º y 149.º Regimientos Motorizados de Fusileros, el 2.º Batallón Independiente de Artillería a Reacción, un batallón de reconocimiento en Dusambé y el 191.er Regimiento Motorizado de Fusileros en Kurgan-Tyube. También hay en Dusambé un escuadrón de helicópteros y un grupo aéreo. Si se considera que la 201.ª Base cuenta en la actualidad con 7000 soldados, en su mayoría profesionales y equipados con el armamento más avanzado, y que el conjunto de las fuerzas armadas tayikas suma sobre el papel 9500 efectivos, es evidente que Moscú tiene un rol considerable en la seguridad regional. Una vez más, un despliegue militar en el extranjero se ha convertido en influencia, en este caso en apoyo de un régimen amigo, o, al menos, uno que sabe que vale la pena llevarse bien con Rusia.

INCURSIÓN BALCÁNICA

Durante la Guerra Fría, Yugoslavia fue durante mucho tiempo una piedra en el zapato de Moscú: un Estado teóricamente socialista que, sin embargo,

rehusaba reconocer la hegemonía soviética. Este país multiétnico se desintegró al mismo tiempo que la URSS, en especial, a partir de que un burócrata oportunista del Partido Comunista, Slobodan Milošević, se reinventó como líder nacionalista serbio. Entre protestas, huelgas y choques interétnicos, los nacionalistas se fueron haciendo con el control del país, hasta el estallido de la guerra civil, en 1991-1992.

Puede aducirse que, hasta cierto punto, nada de esto era asunto de Moscú. Rusia tiene profundos vínculos históricos y culturales con la región, en particular con los serbios ortodoxos, pero, por lo demás, no prestaba demasiada atención a los Balcanes. Al fin y al cabo, bastante tenía con su situación interna. Sin embargo, esto cambió en 1993. Ultranacionalistas como Vladímir Zhirinovski, jefe del Partido Liberal Democrático (que, como ya hemos observado, no era ni liberal ni democrático) aprovecharon la situación en los Balcanes para acusar al ejecutivo de Yeltsin de debilidad y de traicionar a sus aliados tradicionales a cambio del favor de los occidentales. Es más, el Kremlin empezaba a tener la sensación de que Occidente no los tenía en consideración. Yugoslavia era una oportunidad para demostrar que no estaban acabados.

Rusia participó en la UNPROFOR (United Nations Protection Force), la fuerza de interposición de la ONU que, en 1992-1995, trató de imponer una frágil paz en Bosnia y Herzegovina y Croacia, escenario de limpiezas étnicas y feroces combates que enfrentaban a vecinos contra vecinos. El contingente ruso inicial de 900 soldados se fue incrementando hasta una brigada aerotransportada de 1500 paracaidistas. Fueron asignados a la IFOR (Fuerza de Implementación) y a la SFOR (Fuerza de Estabilización), que reemplazó a la primera en 1996. Constituían el mayor contingente de un país ajeno la OTAN y resultaron útiles no solo sobre el terreno, sino también para reafirmar que, a pesar de todos los problemas, Rusia debía seguir siendo considerada un actor global de importancia. Cuando se establecieron la IFOR y la SFOR, se invitó a un general ruso a que asumiera el cargo de SACEUR (Supreme Allied Commander Europe [adjunto especial del comandante supremo aliado en Europa]), para resolver problemas de mando y control, así como símbolo de una relación más estrecha entre la OTAN y Rusia.

No obstante, durante la década de 1990, Rusia estaba cada vez más insatisfecha del trato recibido. Empezó a inquietarse de que Occidente se considerase a sí misma el *hegemon*, el banquero y el policía, todo en uno, del planeta. La expansión de la OTAN, que los rusos seguían viendo como una alianza contra Rusia, fue uno de los principales motivos de fricción. En mayo de 1995, el presidente estadounidense Bill Clinton visitó Moscú. Yeltsin declaró que la ampliación de la OTAN era «poco menos que una humillación» para su país y se oponía de forma categórica: «Si yo aceptase que las fronteras de la OTAN se expandieran hacia las de Rusia, estaría traicionando al pueblo ruso».[5] Sin embargo, la ampliación se produjo en cualquier caso: en 1999 acogió a Polonia, Hungría y la República Checa, además de ofrecer a otros nueve países planes de acción para incorporarse a la alianza. La desconfianza rusa se agudizó aún más durante la Guerra de Kósovo de 1998-1999. Esta región, de mayoría étnica albanesa, de lo que quedaba de Yugoslavia —por aquel entonces tan solo Serbia y Montenegro — se mostraba cada vez más rebelde. Los ataques terroristas del Ejército de Liberación de Kósovo provocaron una dura respuesta serbia que cruzó los límites entre la legítima contrainsurgencia y la limpieza étnica.

Una vez fracasaron las negociaciones de paz, la OTAN emprendió una campaña de bombardeos aéreos masivos en marzo y junio de 1999. Su objetivo declarado era «sacar a los serbios, introducir a las fuerzas de pacificación, devolver a los refugiados». Casi un millar de aviones ejecutaron más de 38 000 misiones de combate y se lanzaron 218 misiles Tomahawk. Primero golpearon la defensa aérea yugoslava y los objetivos militares de alto valor; luego, las unidades militares y los centros de mando. Era inevitable que hubiera bajas civiles y errores en la designación de blancos —el más importante de ellos, el bombardeo de la embajada china en Belgrado—, pero, en última instancia, Milošević tuvo que aceptar las condiciones de la OTAN: la retirada de sus efectivos de Kósovo y el despliegue de una fuerza multinacional de interposición.

Los rusos habían sido determinantes a la hora de convencer a Milošević de que se echase atrás e insistieron en participar en la fuerza de interposición. Daban por hecho que, como todas las otras grandes potencias, se les asignaría un sector propio, pero la OTAN, temerosa de que esto

crease en la práctica una región bajo control serbio, rechazó tal pretensión. Moscú decidió actuar por su cuenta. El primer día de paz, el 11 de junio de 1999, 250 paracaidistas rusos mandados por el coronel general Víktor Zavarzin marcharon a toda velocidad desde su base de la SFOR en Bosnia y llegaron los primeros al aeropuerto internacional de Prístina, la capital de Kósovo. Cuando los efectivos de la KFOR (Kosovo Force), la fuerza de interposición en Kósovo mandada por la OTAN, llegaron a la ciudad los rusos ya habían desplegado sus tropas.

Se produjo una situación tensa entre ambos bandos, que solo se rebajó un poco cuando el comandante de la KFOR, el teniente general Mike Jackson, del Ejército británico, se reunió con Zavarzin entre las ruinas de la terminal del aeropuerto. Ambos hombres compartieron una petaca de *whisky*. Jackson, que había cursado estudios rusos en la Universidad de Birmingham, no compartía la convicción del SACEUR, el general Wesley Clark, de que el destacamento ruso era una avanzada y el inicio de una ocupación. Este último pretendía que Jackson desafiase a los rusos y ocupase y bloquease las pistas del aeropuerto, a lo que, supuestamente, este respondió: «No voy a empezar la Tercera Guerra Mundial para usted».[6]

Jackson estaba en lo cierto. Había más fuerzas rusas en estado de alerta, aunque no tenían ningún plan para una invasión general. Los tres batallones restantes de las VDV solo habrían sido desplegados en caso de que la OTAN tratase de desalojar por la fuerza a los rusos. De hecho, Clark fue desautorizado por el general Hugh Shelton, presidente de la US Joint Chiefs of Staff (Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos). Se cerró un acuerdo para salvar las apariencias: las tropas de interposición rusas se desplegarían por todo Kósovo, pero no tendrían sector propio y se mantendrían al margen de la estructura de mando de la OTAN. Este fue, por tanto, un nuevo ejemplo del uso de Moscú del Ejército para transmitir una postura política, tanto dentro como fuera de sus fronteras. La «carrera por Prístina» animó a la opinión pública y a los militares rusos, ávidos de buenas noticias, y marcó la pauta de futuras intervenciones, que lo fiaban todo al empuje, la sorpresa y el engaño. Estas características eran muy del gusto del hombre que, en 1999, asumió el cargo de primer ministro de Rusia: Vladímir Putin.

SEGUNDA PARTE

Putin entra en escena

CAPÍTULO 6

Las prioridades de Putin

El 7 de mayo de 2000, un hombre gris, que caminaba algo encorvado, pasó entre las filas de la Guardia de Honor del Regimiento Presidencial. Su traje oscuro contrastaba con el azul brillante y las vueltas encarnadas de los uniformes ceremoniales. Era la toma de posesión del recién elegido presidente Vladímir Putin, un hombre que, hasta dos años antes, había sido un completo desconocido para la mayoría de los rusos. A pesar de ello, había obtenido una convincente victoria electoral en primera ronda, con un 53,4 por ciento del voto, a gran distancia de su rival más próximo, el comunista Guennadi Ziugánov, que obtuvo un 29,5 por ciento. [1]

Su discurso parecía ofrecer algo para todo el mundo. Celebró que, por primera vez en la historia de Rusia, se había producido un cambio pacífico de gobierno mediante las urnas (una afirmación no exenta de ironía, vistos sus futuros esfuerzos por aferrarse al poder) y prometió proteger y expandir la democracia (de nuevo una ironía), aunque también hizo la siguiente advertencia a la audiencia:

No debemos olvidar nada. Necesitamos conocer nuestra historia, tal y como es, extraer lecciones de ella, y recordar siempre a quienes crearon el Estado ruso, defendieron su dignidad y construyeron un Estado grande, poderoso y fuerte.[2]

En su momento, esto debió de sonar a retórica política. Sin embargo, veintidós años más tarde, estas palabras han adquirido todo su sentido en una Ucrania que Putin considera que ha desafiado la «dignidad» de Rusia. Nadie parecía saber quién era Vladímir Putin, pero todos querían

apropiárselo. Los políticos liberales de su ciudad natal, San Petersburgo, se declararon satisfechos porque «su hombre» hubiera llegado al cargo más importante de su país, mientras que otros, en cambio, señalaron que procedía del KGB y sugirieron que, antes que demócrata, era un defensor del aparato del Estado. Se iba a demostrar que estos últimos tenían razón.

¿QUIÉN ES VLADÍMIR PUTIN?

Hacia finales de los años noventa del siglo XX, la incapacidad de Borís Yeltsin para gobernar era cada vez más evidente. Cuando tenía un enemigo, podía ser efectivo y directo, pero carecía de un auténtico proyecto de futuro para Rusia. Había llegado al poder como el candidato de la oposición, al Partido Comunista, a Gorbachov, al Estado soviético… y, sin embargo, nunca quedó claro *para qué* era en realidad —si exceptuamos su apuesta demasiado frecuente por un generoso suministro de alcohol, que a veces utilizaba para remojar la medicación que le recetaban—. Una de sus borracheras más memorables tuvo lugar en 1994, durante una visita oficial a Washington D. C. en la que los agentes del servicio secreto lo encontraron bebido y en ropa interior por Pennsylvania Avenue en busca de pizza. En una visita a Estocolmo, en 1997, dijo de repente, con un marcado balbuceo, que las albóndigas suecas le recordaban la cara del célebre tenista Björn Borg. Yeltsin sufrió numerosos ataques cardíacos —en noviembre de 1996 le operaron de urgencia para insertarle un quíntuple baipás coronario— por lo que no es de extrañar que sus aliados y partidarios más cercanos —conocidos como la Familia— empezaran a buscar un sucesor leal y de confianza.

Lo hallaron en la figura de Vladímir Putin, quien, hasta su llegada a la presidencia, había representado el papel de fiel servidor de todo el mundo. Es sabido que, desde muy temprana edad, Putin quería entrar en el KGB, el servicio soviético de inteligencia y seguridad, e incluso, cuando aún era un crío, había visitado el cuartel general en San Petersburgo —entonces Leningrado—, a pesar de la siniestra fama de la *Bolshoi Dom* [Casa

Grande], que se remontaba a los tiempos de la antigua policía secreta estalinista de la década de 1930. El pequeño Putin le preguntó a un oficial qué tenía que hacer para entrar en el KGB y este, desconcertado, le espetó que desapareciera y que no volviera hasta que no se hubiera graduado en la universidad. Fue justo lo que hizo y, en 1975, ingresó en la organización.

Putin era un niño decidido. Nacido en una familia pobre, pasó su infancia entre las ruinas de la Leningrado de posguerra, la ciudad que había sufrido 872 días de bombardeos y hambre durante el asedio nazi de 1941-1944. No existen pruebas de que se incorporase al KGB para ser «la espada y el escudo del Partido Comunista», tal y como se definía este servicio, sino más bien porque ofrecía la posibilidad de ascender dentro del sistema y emular a los héroes de las películas y teleseries de espías soviéticos. Era, sin duda, entusiasta, aunque no era de los más aventajados. Empezó su carrera en la Segunda Dirección General del KGB, dedicado a la contrainteligencia, y, a pesar de que su alemán fluido le permitió ser transferido a la Primera Dirección General, el servicio de espionaje en el extranjero, la élite de la organización, no estaba destinado a ser un espía destacado en alguna embajada alrededor del mundo. En lugar de ello, lo enviaron a Dresde, donde ejerció de oficial de enlace con la Stasi (*Ministerium für Staatssicherheit*), el homólogo germanooriental del KGB. Los rumores de que estuvo implicado en operaciones encubiertas, tales como el envío de terroristas a Occidente, carecen de todo fundamento. Putin dedicaba la mayor parte del tiempo a cumplimentar informes para Moscú, a remitir documentos a sus contactos de la Stasi y a tramitar la burocracia cotidiana de la policía secreta.

Lo más parecido a entrar en acción que vivió Putin sucedió en 1989, durante el colapso del régimen de la Alemania del Este. En un incidente indudablemente tenso, tuvo que enfrentarse a una muchedumbre de manifestantes que se disponía a ocupar las oficinas del KGB mientras, en el interior del edificio, sus compañeros trataban de contactar por todos los medios con la guarnición soviética local. Los oficiales destacados en Alemania fueron obligados a regresar a la Unión Soviética y, poco después, Putin abandonó la organización, si bien no está claro si continuó formando parte de ella como reservista. En un país que se desmoronaba, Putin se

dedicó a buscar trabajo. Primero obtuvo un puesto en la Universidad Estatal de Leningrado —probablemente, gracias a sus contactos del KGB— y luego fue consejero del recién elegido alcalde de la ciudad, Anatoli Sobchak.

Fue en este cargo donde descubrió su talento como conseguidor. Se convirtió en el jefe de Asuntos Internacionales de Sobchak y luego en su segundo. Iba de un lado para otro cerrando acuerdos con todo el mundo, desde compañías extranjeras a la mafia. Prosperó, aunque también se aseguró de mantener las espaldas de Sobchak cubiertas. En 1996, el alcalde no logró ser reelegido y Putin se trasladó a Moscú. Cuando, al año siguiente, los investigadores empezaron a revisar la situación financiera de Sobchak, este le organizó un vuelo a Francia para que pudiera escapar antes de que se emitiera una orden de arresto. En Moscú, se convirtió en el subdirector del Departamento de Gestión de la Propiedad Presidencial —una de las secciones más corruptas de la administración de la presidencia— y más tarde fue subdirector de Administración Presidencial. Era discreto, eficiente, leal y sobrio, unas características que le hicieron ganarse la confianza de la Familia.

Hasta entonces, siempre había sido una figura modesta, que permanecía a la sombra de su protector de turno, pero, en 1998, Putin salió del anonimato. Yeltsin lo nombró director del FSB (*Federálnaya sluzhba bezopásnosti* [Servicio Federal de Seguridad]). Para un diligente, pero mediocre, miembro del KGB, constituía todo un hito en su carrera, aunque no pasó demasiado tiempo en las oficinas de la Lubianka, en el centro de Moscú. Transcurrido un año, en un mismo día se convirtió en uno de los tres primeros viceprimeros ministros del Gobierno y, después, en primer ministro. Era evidente que la Familia ya había elegido a su candidato.

En el sistema ruso, el primer ministro es más bien un administrador jefe, mientras que el auténtico poder ejecutivo recae en el presidente. No obstante, la constitución le asigna un rol particular: si este último queda incapacitado o renuncia, se convierte en presidente en funciones. El 31 de diciembre de 1999, menos de cinco meses después de que Putin asumiera el cargo de primer ministro, Yeltsin dimitió según lo previsto. El primer decreto que firmó el nuevo presidente en funciones concedía explícitamente

inmunidad a Yeltsin y a sus familiares ante cualquier cargo de corrupción que pudieran presentarse en el futuro. Putin sabía cuidar de sus padrinos. La dimisión de Yeltsin provocó la convocatoria de elecciones presidenciales anticipadas, previstas para marzo, y que cogieron por sorpresa a los rivales de Putin. Este, con el poder efectivo y el apoyo de toda la maquinaria del Kremlin a su favor, se impuso con facilidad. Por fin, ya no era el conseguidor o el segundón de nadie, sino el jefe. Ahora tenía el poder: ¿qué pensaba hacer con él?

PUTIN AL MANDO

Pronto quedó claro que Putin aspiraba a restablecer el poder del Estado, dentro y fuera de Rusia, por todos los medios que fueran necesarios. Los oligarcas multimillonarios que con Yeltsin habían dirigido el país desde la sombra fueron metidos en vereda, en particular el más rico de todos ellos, Mijaíl Jodorkovski, arrestado y encarcelado por no haber sabido ver que los días en que podía intervenir en política se habían acabado. Putin no tenía intención de ser la marioneta o el instrumento de nadie.

Por el momento, su primer foco de atención fue Chechenia, que se convirtió en una especie de campo de pruebas del nuevo orden. En septiembre de 1999, una serie de explosiones sacudió cuatro edificios de apartamentos en Moscú, Buinaksk —en la norcaucásica Daguestán— y Volgodonsk —en la región meridional de Rostov—. Hubo más de 300 civiles muertos y un millar de heridos. El atentado se atribuyó de inmediato a los yihadistas chechenos y la respuesta de la población, como era de prever, fue una mezcla de miedo e ira que reforzó el consenso de que el país necesitaba mano dura. Todavía hoy estos ataques terroristas están sujetos a la controversia. Existen sólidos indicios que permiten sospechar que fueron organizados por los partidarios de Putin dentro de los servicios de seguridad, con o sin su conocimiento, pero, de un modo u otro, la opinión pública, hasta entonces nada partidaria de reemprender la guerra en Chechenia, empezó a cambiar. Un mes antes, el señor de la guerra checheno

Shamil Basáyev y el yihadista saudí Samir Saleh Abdullah, alias Jattab, habían desencadenado una incursión militar contra Daguestán, una intentona que fue rechazada después de un mes de combates esporádicos, y el ataque parecía confirmar que Masjádov no podía o no tenía intención de controlar a los extremistas de Chechenia.

En octubre, como veremos con más detalle en el próximo capítulo, los rusos emprendieron la Segunda Guerra de Chechenia y era evidente que se habían estado preparando para entrar en acción. Al contrario que en la primera contienda, caracterizada por la improvisación, y a menudo la falta de entusiasmo, para esta guerra el Kremlin reunió una fuerza militar capaz y poderosa y, además, controló con firmeza el relato en la retaguardia. La invasión del Daguestán y las bombas contra los apartamentos les había proporcionado un sólido motivo para actuar y la invasión subsiguiente, emprendida cuando Putin era primer ministro, pero que se libró durante su presidencia, marcó la pauta de su modo de gobernar. El Estado ruso había vuelto: no toleraría desafíos ni en el interior ni en sus fronteras y protegería los intereses de la seguridad sin importar lo que pensara el mundo exterior.

Putin nunca ha sido otra cosa que un nacionalista convencido y lo dejó claro antes incluso de alcanzar la presidencia. En su opinión, «Rusia ha sido una gran potencia desde hace siglos y aún lo sigue siendo. Siempre ha tenido, y tendrá, zonas de interés legítimo […] No debemos bajar la guardia en este aspecto, ni tolerar que nuestra opinión sea ignorada».[3] No obstante, en un primer momento, parecía estar convencido de que esto podría lograrse genuinamente mediante algún tipo de entente con Occidente. De hecho, hacia el año 2000, incluso parecía estar convencido de que, algún día, Rusia se incorporaría a la OTAN.[4] Putin fue el primer líder mundial que llamó al presidente George W. Bush después de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 y se mostró muy dispuesto a cooperar con la «guerra global contra el terrorismo». Según el ministro de Defensa de la época, Serguéi Ivánov, cuando las fuerzas estadounidenses y de la OTAN invadieron Afganistán, a finales de ese mismo año, responsables talibanes contactaron con las Tropas de Fronteras en el límite tayiko-afgano, portando un mensaje para Moscú: le ofrecían una alianza antiestadounidense. En

palabras de Ivánov, «los rechazamos con la mundialmente famosa expresión […]: “que os follen”».[5]

El problema radicaba en que, desde el inicio, Occidente y Putin vieron su relación de un modo muy diferente. Este concebía la guerra en Chechenia como su propio frente de combate en esa lucha global, por lo que le indignó que desde la otra parte se criticasen las violaciones de derechos humanos sobre el terreno. Asimismo, consideraba que Rusia tenía un derecho absoluto a la hegemonía sobre los Estados sucesores postsoviéticos, así como una promesa —que Occidente negaba— de que la OTAN no se expandiría hacia el este. El ingreso en 2004 de siete países en una organización que Putin consideraba un club antirruso —entre ellos los tres Estados bálticos, que no solo habían formado parte del Pacto de Varsovia, sino también de la URSS— le enfureció. A la altura de 2006, tenía la sensación de que Rusia había sido explotada, engañada y marginada y, durante un discurso pronunciado en Múnich en febrero de 2007, sugirió que Estados Unidos buscaba crear un mundo «unipolar», en el que «hay un solo dueño, un soberano», que, mediante «un sobreuso casi ilimitado de la fuerza —fuerza militar— en las relaciones internacionales, está precipitando al mundo hacia el abismo de un conflicto permanente». Putin concluyó que «Rusia es un país con una historia que abarca más de mil años, [y que] casi siempre ha tenido el privilegio de llevar a cabo una política exterior independiente». También dejó claro que Moscú volvía a considerarse una gran potencia y que haría valer tales aspiraciones, sin preocuparse de si esto complace a Occidente.[6]

LOS MINISTROS DE PUTIN

Putin no podía hacer todo esto por sí solo y no lo hizo. Capítulos posteriores entrarán en detalle acerca de las distintas ramas de servicio de las fuerzas armadas y del carácter y las reformas asociados a cada uno de sus ministros de Defensa. Con todo, existe una trayectoria clara que muestra la evolución de su percepción de las necesidades de Rusia, así como de los retos que

implicaba introducir cambios en una organización tan grande, orgullosa y, a menudo, interesada.

Los ministros de Defensa de Putin

Periodo	Ministro de Defensa	Procedencia
1997-2001	Mariscal Ígor Serguéyev	Fuerzas armadas
2001-2007	Serguéi Ivánov	KGB/FSB
2007-2012	Anatoli Serdiukov	Director de la Agencia Tributaria Federal
2012-	Serguéi Shoigú	Ministro de Situaciones de Emergencia, gobernador de la región de Moscú

Putin heredó al mariscal Ígor Serguéyev, antiguo jefe de las Fuerzas de Misiles Estratégicos. Serguéyev había intentado tomar medidas de reorganización y modernización, en particular el cierre de varias academias militares y la agrupación de los distritos militares de Siberia y Transbaikal para mejorar su eficiencia. Asignó a algunas divisiones el estatus de «disponibilidad permanente», esto es, unidades con el equipamiento al completo y no menos del 80 por ciento de los efectivos reglamentarios. Sin embargo, es cuestionable que se consiguiera.

Putin pronto reemplazó a Serguéyev por uno de sus aliados más estrechos, Serguéi Ivánov, lo cual nos indica el gran interés del presidente en reconstruir el poder militar. Coetáneo del presidente, también era natural de Leningrado y había entrado en el KGB, donde ambos se conocieron. Sin embargo, si la carrera de Putin en la organización había sido más bien mediocre, Ivánov fue uno de los miembros aventajados, asignado a la Primera Dirección General, la sección de espionaje extranjero, de la que

pasó al FSB postsoviético. Durante los primeros años, escaseaban los recursos adicionales para el Ejército y los pocos que había los engullía la Segunda Guerra de Chechenia, en la que los rusos lograron la victoria, debido, sobre todo, a que evitaron repetir los errores del primer conflicto y no tanto a que expresamente demostraran una mayor capacidad.

Esta tenía que ser la misión de Ivánov, pese a que, en un principio, tuvo dificultades a causa de su limitada experiencia militar y la resistencia de los generales. Suponía una tarea titánica, después de años de abandono y mala gestión, y no cabe duda de que logró algunos progresos, en particular a la hora de reducir la dependencia del reclutamiento obligatorio. Ivánov limitó el servicio militar a doce meses, lo cual provocó la resistencia de muchos miembros del alto mando, que consideraban que Rusia debía contar con una reserva de millones de antiguos reclutas en caso de conflicto a gran escala y que dieciocho meses, y menos aún doce, eran insuficientes para que la tropa recibiera la instrucción adecuada y estuviera disponible más allá de unos pocos meses. A pesar de ello, Ivánov insistía en la necesidad de un Ejército más reducido, pero formado por una mayor proporción de profesionales voluntarios (*kontraktniki*) con contratos de larga duración. Logró convencer a Putin con el argumento de que unas fuerzas armadas de estas características serían más efectivas, aparte de que se trataba de una decisión popular entre la población del país.

No obstante, Ivánov tenía dos problemas fundamentales. El primero, que él mismo era una figura indispensable. Era uno de los asesores más influyentes de Putin en cuestiones de seguridad y asuntos exteriores y, en 2005, asumió el cargo de viceprimer ministro, responsable de la industria de defensa. El segundo, que no era ni militar ni financiero. Dependía del asesoramiento de los generales —los cuales, a menudo, se limitaban a pedir más de todo— y, aunque cada vez se invertía más dinero, a falta de un plan claro de reformas y adquisiciones por parte del alto mando, muchos de estos fondos se malgastaban en proyectos redundantes.

En 2007, Ivánov fue ascendido al puesto de primer viceprimer ministro. Para relevarlo, esta vez Putin eligió a un especialista en finanzas, Anatoli Serdiukov, con un historial de reformas institucionales que no tenía ningún inconveniente en enemistarse con el alto mando. Sus detractores —muy

numerosos— lo llamaban «el vendedor de muebles» porque en el pasado había trabajado en una compañía de menaje del hogar, aunque en su anterior cargo había dirigido y modernizado la disfuncional Agencia Tributaria Federal rusa. Contra todo pronóstico, Serdiukov logró reformar con éxito el Ejército gracias a tres elementos fundamentales: su jefe de Estado Mayor, Nikolái Makárov; la guerra de 2008 contra Georgia; y el hecho de que le importaba muy poco lo que pensaran de él sus generales. El pésimo rendimiento del Ejército en Georgia proporcionó a Serdiukov y a Makárov un pretexto para obligar al conservador alto mando a aceptar reformas a fondo. Serdiukov no tenía inconveniente en enemistarse con los generales, pues, mientras contase con el apoyo de Putin, no necesitaba nada más. Esto le permitió, a un *outsider* como él, sin vínculos con las tradiciones militares ni lealtad a un arma concreta, aunque con mucho que demostrar, embarcarse en una serie de reformas traumáticas y sistemáticas.

En octubre de 2008, anunció un plan que, según sus propias palabras, suponía el cambio más radical desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Con este programa pretendía crear unas fuerzas modernas y flexibles, dispuestas para toda clase de misiones, desde una guerra a gran escala a intervenciones exteriores. Durante los cuatro años siguientes, se suprimieron 200 000 efectivos aumentó el porcentaje de profesionales. El Ejército de Tierra (SV) dejó de basarse en divisiones y pasó a componerse de brigadas, más pequeñas y manejables, todas ellas —no solo el precioso 20 por ciento— disponibles para entrar en acción de inmediato. Estas brigadas debían someterse a una modernización constante, de modo que, hacia 2020, el 70 por ciento de todos los sistemas de armas fuera de última generación.

Mientras tanto, centró sus objetivos en el cuerpo de oficiales, que, según Serdiukov, «recordaba a un huevo, más ancho por el medio. Había más coroneles y tenientes coroneles que oficiales de rango inferior».[7] Se suprimieron 205 000 despachos de oficiales y el recorte de altos mandos resultó particularmente drástico, con el cese de 200 generales. En el otro extremo del escalafón, se emprendieron nuevos programas para reclutar, instruir y fidelizar a suboficiales profesionales, cuya escasez era una debilidad endémica de las fuerzas armadas rusas.

No es de extrañar, por tanto, que Serdiukov despertara tanta hostilidad entre los miembros del llamado «Distrito Militar de Arbat», los altos mandos que trabajaban en las dependencias del Ministerio de Defensa y del Estado Mayor situadas en las inmediaciones de la famosa calle moscovita. Sin embargo, lo que provocó su caída fue un escándalo sexual con implicaciones políticas. En ese momento, el programa de reformas apenas había empezado, pero la indignación y el resentimiento de los generales ya era evidente. Putin necesitaba a alguien que, además de saber conciliar grupos, también tuviera un historial de reformas institucionales exitosas y el mejor candidato era Serguéi Shoigú. La política rusa se caracteriza por su agresividad y faccionalismo, pero, a pesar de que Shoigú era uno de los cargos políticos de mayor antigüedad en el panorama nacional —anterior a Putin— tenía la singular distinción de haber llegado muy lejos sin haberse granjeado ningún enemigo acérrimo. En la década de 1990, se hizo cargo de una serie de servicios corruptos e ineficientes y los agrupó en el MChS (*Ministerstvo po chrezvychainym situatsiyam* [Ministerio de Situaciones de Emergencia]), que se convirtió en una de las entidades más operativas y mejor gestionadas de todo el país. A pesar de que acababa de asumir el puesto de gobernador de la región de Moscú, cuando Putin necesitó un nuevo ministro de Defensa Shoigú asumió el nuevo puesto sin queja.

Shoigú no será ministro para siempre. Circulan rumores de que podrían hacerle gobernador de Siberia, primer ministro e incluso, en un futuro, presidente, si el puesto quedara vacante, aunque la invasión de Ucrania de 2022 y el mediocre rendimiento de las fuerzas rusas están erosionando claramente su reputación. De todos modos, Shoigú y su terco jefe de Estado Mayor General, Valeri Guerásimov, han logrado crear un instrumento que ha dado a Putin una considerable autoridad en Rusia y en el exterior, al menos hasta que ha sido sometido a una prueba de importancia. Han sido años de conflicto, en Chechenia, en Crimea y en el Donbás, en Siria y, por último, en toda Ucrania. Algunas de estas guerras han proporcionado valiosas oportunidades de aprendizaje para los militares, pero la invasión de Ucrania de 2022 ha demostrado que queda mucho por reformar, así como que Putin se ha vuelto demasiado confiado precisamente a causa de los aparentes progresos de sus fuerzas armadas.

CAPÍTULO 7

La Segunda Guerra de Chechenia

El rebelde checheno Aslán Masjádov se convirtió en primer ministro de Chechenia y, en 1997, obtuvo una victoria arrolladora en las elecciones presidenciales. No obstante, derrotar a los rusos era más fácil que gobernar a su pueblo y culminar con éxito la endeble paz que siguió al Acuerdo de Jasaviurt de 1996.[1] Masjádov ganó la guerra, pero no la paz. Chechenia se hallaba en ruinas y los señores de la guerra que habían surgido en la primera contienda se negaban a hacerse a un lado. Peor aún fue el ascenso de los yihadistas. Aunque la mayoría de chechenos, al igual que Masjádov, eran musulmanes, pertenecían a una corriente relativamente moderada. Durante la primera guerra, los extremistas locales unieron sus

fuerzas con yihadistas foráneos, algunos de ellos vinculados al grupo terrorista al-Qaeda.

El más famoso de ellos era Thamir Saleh Abdullah al-Suwailem. Nacido en Arabia Saudí, asumió el alias guerrero de emir Jattab y combatió contra los soviéticos en Afganistán, donde conoció a Osama bin Laden y se convirtió en el «fontanero» de al-Qaeda. Después, combatió en Tayikistán, Azerbaiyán y en la antigua Yugoslavia. En 1995 entró en Chechenia haciéndose pasar por periodista y empezó a entrenar chechenos y a distribuir dinero y armas proporcionadas por al-Qaeda. Estableció una red de aliados locales, uno de los cuales era, quizá, el más célebre de los comandantes militares chechenos: Shamil Basáyev. Jattab no estaba comprometido con la independencia de Chechenia *per se*, sino con la organización de una yihad que abarcase todo el norte del Cáucaso, con el objetivo de expulsar a la Rusia cristiana y crear un califato islámico. La moderación de Masjádov, su pretensión de lograr una paz viable en lugar de empeñarse en una guerra permanente le granjearon la enemistad de Jattab y es probable que fuera él quien estuvo detrás de varios intentos de asesinarlo, aunque donde sí se hizo sentir su influencia fue en la organización de incursiones al otro lado de la frontera, en territorio ruso. En agosto de 1999, Jattab y Basáyev encabezaron una incursión en Daguestán con un destacamento combinado de unos 1500 chechenos, daguestaníes y árabes, que se hacía llamar «Brigada Islámica Internacional de Pacificación». Proclamaron el «Estado islámico de Daguestán» y marcharon hacia la localidad más próxima, Botlij.

Al parecer, esperaban ser recibidos como libertadores, pero estaban en un error. Partidas de lugareños bien armados convergieron sobre sus posiciones antes incluso de que llegaran las fuerzas federales. Un contingente combinado de la 102.ª Brigada de Tropas del Interior del MVD, la policía daguestaní y los *Spetsnaz* rusos, con apoyo aéreo, hizo retroceder a los yihadistas; en septiembre, esta fuerza rechazó un segundo intento de incursión. Estos asaltos hicieron el juego al Gobierno ruso, que estaba esperando una excusa para vengar su anterior derrota.

Aunque Masjádov condenó y desautorizó los ataques, los rusos desencadenaron una serie de incursiones aéreas punitivas, primero contra

las aldeas fronterizas donde se había concentrado la Brigada Islámica Internacional de Pacificación y después sobre Grozni. Mientras, Putin ordenó a sus generales que se preparasen para la guerra. Aunque todavía era primer ministro, buscaba una oportunidad que le permitiera demostrar su resolución y su capacidad para revertir la situación de Rusia. Sus mandos ya habían preparado planes de contingencia. Pese a que el Distrito Militar del Cáucaso Norte (SKVO) había sufrido, como todas las demás jurisdicciones, recortes provocados por la crisis presupuestaria y la elusión del servicio militar, su comandante, el teniente general Víktor Kazántsev, recibió órdenes de reforzar la capacidad de combate. Su amigo, protector y predecesor en el mando del SKVO, el general Anatoli Kvashnín, responsable del desastroso primer ataque contra Grozni en 1994, estaba decidido a compensar su anterior fracaso. En 1997, asumió el puesto de jefe del Estado Mayor General, desde el que remitió al SKVO todos los recursos que pudo. A principios de 1998, por ejemplo, un 20-30 por ciento de los efectivos del distrito eran *kontraktniki*, soldados voluntarios, una proporción relativamente elevada en una formación de esas características. Además, se reabrió el centro de instrucción militar de montaña de Daryal, en Osetia del Norte, que había sido abandonado en 1992. Se estaban preparando para una nueva contienda. En julio de 1998 organizaron unas grandes maniobras en el norte del Cáucaso en las cuales 15 000 soldados del Ejército y del MVD se ejercitaron en combate contra «terroristas».

SEGUNDO ASALTO

Los atentados de septiembre contra edificios residenciales que tratamos en el capítulo precedente y la incursión en Daguestán provocaron inquietud y rabia entre el pueblo ruso. Esto proporcionó a Putin una oportunidad para golpear y pronto dejó claras sus preferencias cuando empleó ante los medios la expresión «poner en remojo», en el sentido de liquidar, propio de la jerga criminal:

> Daremos caza a los terroristas donde quiera que estén […] si me lo permiten, si les pillamos en el baño, los *pondremos en remojo* en el baño, si hace falta. Vamos a poner remedio a todo esto.[2]

El 1 de octubre, Putin declaró ilegítimos a Masjádov y al Gobierno checheno y reafirmó la autoridad de la Federación Rusa sobre su descarriado súbdito, mientras la nueva Agrupación Conjunta de Fuerzas Federales (OGFV) completaba sus efectivos. Estos comprendían *Spetsnaz* y un regimiento de cada una de las siguientes formaciones: 2.ª, 3.ª, 20.ª, 27.ª y 34.ª Divisiones Motorizadas de Fusileros y la 4.ª División de Tanques de la Guardia, además de la 205.ª Brigada Motorizada Independiente de Fusileros, tres Brigadas Independientes de Designación Operacional de Tropas del Interior del MVD (21.ª, 22.ª y 23.ª), el 7.º Destacamento de Fuerzas Especiales Rosich de las VV y la policía antidisturbios del OMON.

El mando conjunto recayó en el teniente general Kazántsev. En lugar de un insensato ataque frontal como en la primera contienda, el comandante ruso optó por un plan despiadado y metódico que, en la primera fase, consistía en sellar, dentro de lo posible, las fronteras de Chechenia mientras se concentraban las fuerzas. En conjunto, estas sumaban unos 50 000 soldados regulares del Ejército y unos 40 000 efectivos de las VV del MVD y policías antidisturbios del OMON; es decir, el triple de hombres que en la invasión de 1994. Mientras Masjádov intentaba, inútilmente, persuadir a Moscú de que se atuviera a negociar la paz, la OGFV estableció primero un cordón sanitario a lo largo de la frontera septentrional de Chechenia y luego avanzó hasta el río Térek, con lo que ocupó el tercio norte del país: las tropas regulares encabezaban el avance y las fuerzas del MVD aseguraban la retaguardia.

La presencia de la policía antidisturbios del OMON, que, en origen, significaba *Otriad militsi osóbogo naznachéniya* [Destacamento de Policía de Designación Especial] ha sido un rasgo característico de las operaciones militares rusas, incluso en Ucrania. Formado en 1989, este cuerpo adquirió cierta reputación de fuerza de choque del Estado con fama de mano dura durante los años de declive de la URSS. También se empleaban en intervenciones policiales de alto riesgo, tales como incursiones contra

guaridas del crimen organizado. Durante la Primera Guerra de Chechenia, la búsqueda desesperada de fuerzas de combate llevó a recurrir al OMON, con su característico camuflaje de patrón atigrado color azul y boinas negras, que actuó como infantería ligera, en particular en las operaciones denominadas *zachistka* [limpieza], en las que rodeaban una aldea o vecindario y registraban todas las casas una a una. Los efectivos del OMON volvieron a emplearse en la Segunda Guerra de Chechenia, en particular en tareas de seguridad en la retaguardia y en operaciones urbanas. Estas unidades se reclutaban por toda Rusia, de ahí que su nivel de entrenamiento, pericia y disciplina fuera muy diverso. A algunas de ellas se las acusó de graves violaciones de los derechos humanos y otras solían mostrarse problemáticas a la hora de cooperar, lo que provocó graves incidentes de fuego amigo, el peor de los cuales sucedió en marzo de 2000 en Grozni. Miembros del OMON de Podolsk tomaron por insurgentes y emboscaron un convoy del OMON de Sérguiyev Posad que venía a rescatarlos y en el tiroteo subsiguiente murieron 24 agentes. En 2016 pasaron a formar parte de la nueva Guardia Nacional (seguían llamándose OMON, aunque las siglas pasaron a significar *Otriad mobilni osóbogo naznachéniya* [Destacamento Móvil de Designación Especial]). Sus cerca de 30 000 miembros, todos profesionales y la mayoría veteranos del Ejército, se siguen empleando en redadas por todo el norte del Cáucaso, además de en misiones habituales de seguridad pública.

La resistencia fue esporádica y localizada, en parte, porque muchos combatientes chechenos se retiraron a Grozni después de ver que sus adversarios ya no estaban tan dispuestos a dejarse emboscar como antes. Los rusos enviaban exploradores y helicópteros a reconocer las rutas, bombardeaban de forma preventiva los lugares propicios para las emboscadas y escoltaban a las fuerzas acorazadas con una vigilante cobertura de infantería. Registraban los pueblos y aldeas que iban conquistando y dejaban guarniciones del MVD para asegurar la retaguardia. El 12 de octubre, la OGFV franqueó el Térek y avanzó hacia Grozni por tres ejes. El Grupo Occidental marchó por el distrito de Nadterechni hasta alcanzar los suburbios del oeste de Grozni; el Grupo Septentrional siguió el

curso del Térek por Chervlionnaya, mientras que el Grupo Oriental sobrepasó Gudermés y se posicionó para flanquear Grozni por el este.

Mientras Masjádov declaraba la ley marcial y preparaba sus unidades, los rusos fueron cercando la ciudad poco a poco y la sometieron a bombardeos esporádicos pero intensos, que incluían el uso de misiles balísticos de corto alcance OTR-21 Tochka con ojivas convencionales. Kazántsev no tenía ninguna prisa por enviar sus efectivos mecanizados a las calles de Grozni. En lugar de ello, se dedicó a expandir lentamente el área bajo su control y a reforzarse con aliados locales. Años de luchas intestinas y el ascenso de los yihadistas habían erosionado la unidad de los chechenos y numerosas figuras y clanes poderosos que habían quedado relegados estaban dispuestos a pasarse al bando de Moscú. La ciudad de Gudermés, por ejemplo, cayó gracias a la defección de los Yamadáyev, la familia local dominante del clan Benói. La Dirección Principal de Inteligencia (GRU) los tomó bajo su protección y su contingente privado se convirtió en la base del Batallón Vostok [este]. Otro de los grupos que cambió de bando fue el de Ajmat Kadírov, seguidor de Dudáyev durante la primera guerra, cuyos partidarios, aunque al principio apenas sumaban varios centenares, en torno a 2003 habían crecido hasta los 3000 efectivos.

LA RECONQUISTA DE GROZNI

Las localidades que no se rendían eran sometidas a bombardeos y asedios en el crudo invierno del norte del Cáucaso. Argún cayó a primeros de diciembre y más tarde Urús-Martán. Esta estrategia, por otra parte, dio a los rebeldes tiempo para prepararse. De acuerdo con las enseñanzas de la primera contienda, fortificaron Grozni, excavaron trincheras, emplazaron minas y construyeron posiciones fortificadas en algunos edificios y trampas en otros. Sin embargo, los rusos también habían aprendido lecciones. En primer lugar, llevaron a cabo reconocimientos aéreos de la ciudad a gran altura y los puntos de resistencia identificados eran machacados por la aviación, la artillería o por misiles de largo alcance, Scud y OTR-21. En el

momento álgido de los bombardeos, los rusos llegaban a disparar cerca de 4000 proyectiles y cohetes diarios. Los chechenos temían en particular a los cohetes termobáricos de los TOS-1 Buratino, que liberan una nube de explosivo pulverizado capaz de derrumbar un edificio de apartamentos completo, por pocos que aún quedaran en pie.

A primeros de diciembre, solo quedaban unos 40 000 civiles entre las ruinas de una ciudad que en 1989 albergaba diez veces más habitantes. También había unos 2500 rebeldes, contra los cuales Kazántsev envió 5000 efectivos federales y unos 2000 del MVD y del OMON, así como un número similar de milicias chechenas promoscovitas (o, al menos, antirrebeldes) dirigidas por Beslán Gantemirov, un estafador convicto indultado por los rusos a cambio de combatir a los rebeldes. Reclutó un contingente de voluntarios, patriotas, mercenarios, oportunistas y criminales. Moscú no confiaba en absoluto en esta tropa —el MVD solo les entregó fusiles anticuados AKM-47 procedentes de sus *stocks* de reserva—, pero no cabía duda de que conocían la ciudad y de que eran tan violentos y adaptables como los hombres de Masjádov.

El 12 de diciembre, Kazántsev inició el asalto. En primer lugar, envió patrullas de reconocimiento y *Spetsnaz* que actuaron de observadores para los ataques aéreos y la artillería. A continuación, avanzó el grueso de sus fuerzas: el 506.º Regimiento Motorizado de Fusileros y dos brigadas de las VV del MVD. Primero tomaron la base aérea de Jankalá y luego empezaron a tantear el casco urbano. Era imposible evitar las emboscadas chechenas, como la que mató al general de división Mijaíl Maloféyev, comandante del Grupo Septentrional. Sin embargo, la OGFV operaba con mucha más cautela y el nuevo carro T-90 se mostró considerablemente más resistente a los RPG que el viejo T-80; uno de ellos incluso sobrevivió a siete impactos. Las tropas avanzaron de forma metódica, en busca de rebeldes ocultos en sótanos y tejados y asegurándose de que ninguna unidad se alejase demasiado de su apoyo. Los soldados portaban brazaletes identificativos para reducir el riesgo de incidentes de fuego amigo y se mejoraron las comunicaciones entre los efectivos del Ejército, el OMON y las VV. Los combates fueron feroces, aunque Kazántsev podía permitirse el lujo de relevar a sus soldados con tropas de refresco. Después de una semana de

lucha, cerca de la cuarta parte de los efectivos del 506.º habían muerto o estaban heridos, por lo que los retiró y envió en su lugar a una unidad descansada, el 423.er Regimiento Motorizado de Fusileros de la Guardia.

Hacia finales de enero, los comandantes rebeldes empezaban a quedarse sin hombres, sin espacio para retirarse y sin municiones. Optaron por abandonar la ciudad y reagruparse en la aldea de Aljan-Kalá, al sudoeste de Grozni. Desde allí, se dirigirían hacia las montañas, donde esperaban repetir las dinámicas de la anterior guerra, aunque muchos no lograron llegar: fueron capturados por los efectivos del OMON en las afueras de Grozni, cazados por los *Spetsnaz* o atrapados en campos de minas a las afueras de Aljan-Kalá.

El 6 de febrero, los rusos anunciaron la «liberación» formal de Grozni. La ciudad había quedado reducida a escombros y el OMON y la milicia de Gantemirov necesitaron un mes para limpiar los últimos reductos rebeldes. Hizo falta un año para localizar y enterrar a todos los cadáveres de la batalla. Los rusos habían conquistado Grozni y, al contrario que en la primera contienda, no tenían intención de volver a perderla. Inundaron la ciudad de unidades federales y aliados chechenos, mientras las patrullas terrestres y aéreas recorrían los suburbios para evitar una nueva infiltración. En 1996, los rebeldes volvieron a capturar Grozni el día de la toma de posesión del presidente reelecto Yeltsin. Cuando Putin asumió la presidencia el 7 de mayo de 2000, la fase principal de la contienda ya estaba decidida.

OPERACIÓN CAZA DEL LOBO

Mientras se sitiaba Grozni, las fuerzas federales consolidaron su control de las regiones del norte y del centro del país mediante la denominada Operación Caza del Lobo: la persecución de los rebeldes que escapaban de la capital chechena y, más tarde, de los restantes núcleos de resistencia. El MVD no se limitó a establecer una red de posiciones fortificadas y guarniciones de Tropas del Interior (VV) y del OMON, sino que emprendió

agresivas operaciones de busca y captura para localizar rebeldes, alijos de armas y casas seguras. Estas patrullas detenían, interceptaban y eliminaban a los rebeldes que trataran de huir de Grozni en dirección norte.

La siguiente prioridad fue tomar las indómitas montañas del sur, que en el pasado habían proporcionado refugio a las fuerzas rebeldes. En abril de 2000, el coronel general Guennadi Tróshev fue nombrado jefe de la OGFV. Procedente de las fuerzas blindadas, se trataba de un jefe aguerrido y vehemente. Como comandante durante la primera contienda, se hizo célebre por sus declaraciones, en las que proponía que Grozni no se reconstruyera como advertencia y que los rebeldes fueran ejecutados en público. «Así es como yo lo haría: reuniría a todo el mundo en la plaza y entonces colgaría al bandido y lo dejaría ahí, ¡para que todo el mundo lo pudiera ver!».[3] Sin embargo, su experiencia en aquel conflicto le hizo ver que conquistar Chechenia no era lo mismo que pacificarla y que esto era un objetivo a largo plazo.

Los rusos estimaban que todavía quedaban unos 2000 o 2500 rebeldes en activo. No obstante, era erróneo pensar que estaban demasiado dispersos como para plantear un problema grave. Aún podían formar unidades coherentes de varios centenares de efectivos y causar bajas de importancia a los rusos. Por ejemplo, en marzo se libró una de las últimas batallas de la contienda, en Komsomólskoye, una aldea al sur de Grozni, residencia del señor de la guerra Ruslán Geláyev. Una unidad del OMON de la región rusa de Yaroslavl le localizó en la aldea junto con sus hombres mientras se preparaban para escapar al amparo de la garganta de Argún y, una vez quedó claro el número —las estimaciones iban desde los 500 a los 1000 efectivos, aunque la cifra real estaba en torno a los 600— los cercó y solicitó apoyo. Fueron reforzados de inmediato por un regimiento de las VV y más unidades del OMON y fuerzas especiales de policía. Después de cuatro días de bombardeo casi constante, entre otros con aviones de ataque a tierra Su-25 y lanzacohetes TOS-1, los rusos asaltaron la aldea. La pacificación de Komsomólskoye requirió de una semana de combates y más bombardeos y, aun así, Geláyev, aunque herido, logró escabullirse de la aldea. A pesar de su tamaño, fue una de las batallas más sangrientas del conflicto: la cifra oficial de bajas fue de 552 chechenos y más de 50 rusos.

La aldea, por su parte, quedó arrasada, hasta el punto de que la periodista Anna Politkóvskaya la describió como «un conglomerado monstruoso de casas quemadas, escombros y tumbas recientes en el cementerio».[4]

Por lo general, los rebeldes se limitaron a organizar emboscadas e incursiones relámpago. Con 80 000 soldados y policías desplegados por todo el país, el territorio se estaba tornando cada vez más hostil para la rebelión. Aun así, era inevitable que lograsen algunos triunfos. El 19 de agosto de 2002, por ejemplo, un pequeño grupo insurgente derribó con uno de sus últimos misiles portátiles Igla (SA-16) tierra-aire un helicóptero de transporte Mi-26 durante la aproximación a la base aérea de Jankalá. Se trata de un modelo de aparato mastodóntico, con capacidad para 90 soldados más los 5 tripulantes, pero aquel en particular iba sobrecargado con 142 soldados para un relevo de tropas. En una casualidad siniestra, el helicóptero se estrelló en un campo de minas que protegía un puesto de mando ruso, de modo que, entre el impacto, el incendio del compartimento de la tripulación provocado por la fuga de combustible y las minas, perecieron 127 hombres. Fue el mayor desastre de la historia de la aeronáutica militar rusa.

No obstante, lo normal era que los éxitos fuesen menores y las represalias devastadoras, al tiempo que los comandantes rebeldes iban siendo, como decían los rusos, «neutralizados» uno por uno, víctimas tan a menudo de operaciones encubiertas como de las acciones bélicas directas. Jattab, a pesar de sobrevivir a la explosión de una mina y a un disparo en el estómago, fue eliminado en marzo de 2002 mediante una carta envenenada que le había hecho llegar un agente infiltrado del FSB. El autoproclamado presidente checheno en el exilio Zelimján Yandarbíyev huyó a Catar, pero, en febrero de 2004, agentes de la GRU lo mataron con la colocación de una bomba bajo su coche. Masjádov falleció en 2005 durante un ataque de las fuerzas del FSB contra un escondrijo en Tolstoi-Yurt, es probable que a manos de su sobrino y guardaespaldas, que tenía orden de dispararlo antes de permitir que lo capturasen. Basáyev voló por los aires en julio de 2006 cuando le explotó una mina que estaba inspeccionando.

LA CREACIÓN DEL «KADIROVSTÁN»

Mientras los remanentes de la rebelión se iban quedando sin líderes, desesperanzados y sin otro futuro que ser capturados o eliminados, Moscú trató de estabilizar el país por medio de sus aliados chechenos. En junio de 2000, Putin nombró a un antiguo insurgente, Ajmat Kadírov, jefe interino del Gobierno checheno. Kadírov había sido el gran muftí de Chechenia durante el periodo de entreguerras, pero había tenido diferencias con la rama extremista del islam, la wahabista, cada vez más predominante en el país. En 1999, él y su hijo Ramzán se pasaron al bando gubernamental. Su milicia personal, los llamados *kadírovtsi* [kadirovitas] eran, en origen, uno de los muchos contingentes leales, pero la creciente influencia de los Kadírov provocó que las demás se vieran en la tesitura incorporarse a esta milicia o ser disueltas.

Ajmat Kadírov tomó posesión oficial del cargo de presidente de Chechenia en 2003, aunque murió al año siguiente víctima de una bomba que los rebeldes detonaron bajo el palco del estadio Dinamo de Grozni durante el desfile anual del Día de la Victoria. Aunque Ramzán era demasiado joven para sucederlo, era evidente que se estaba considerando esta opción. La guerra se convirtió en una cuestión personal: él y sus *kadírovtsi* se entregaron con energía a la misión de barrer los últimos vestigios rebeldes y, ya de paso, a cualquier posible rival político. En 2007, poco después de su 30 cumpleaños, Ramzán fue proclamado presidente. Desde entonces, ha dominado Chechenia con implacable y caprichoso puño de hierro.

El 16 de abril de 2009, el Comité Nacional Antiterrorista de Rusia anunció el fin oficial de la «operación contraterrorista», lo cual equivalía a proclamar la victoria. Lo cierto es que, al igual que en la primera contienda, la insurgencia había recurrido al terrorismo para extender el conflicto a Rusia. El incidente más conocido tuvo lugar en octubre de 2002, en el teatro Dubrovka de Moscú, tomado por 40 terroristas que capturaron 850 rehenes. Después de dos días de negociaciones infructuosas, los rusos lanzaron gas narcótico al interior del edificio y, a continuación, lo asaltaron con un equipo de los comandos antiterroristas Alfa. Los terroristas murieron, pero

con ellos perecieron también 179 rehenes, casi todos ellos por culpa de una falta de comunicación, pues a los equipos sanitarios de emergencia no se les informó del tipo de gas que se había utilizado y, por tanto, no pudieron dar el tratamiento adecuado a las víctimas. En septiembre de 2004, 32 terroristas ocuparon la escuela número uno de Beslán, en Osetia del Norte, en la inauguración del curso escolar. La mayor parte de los 1100 rehenes eran niños. En el tercer día del secuestro, una de las bombas instalada por los terroristas estalló, lo que precipitó el asalto al edificio: murieron 334 rehenes, 186 de ellos menores. Si durante la primera contienda los rusos se habían mostrado dispuestos a negociar, con Putin el Kremlin adoptó una línea inflexible durante la campaña de Chechenia. Desde entonces, ha habido golpes aislados relacionados con este conflicto, muchos de ellos ataques suicidas, como el descarrilamiento del tren de alta velocidad Nevski Express Moscú-San Petersburgo, en el que fallecieron 27 personas, o la acción suicida de 2011 en el aeropuerto moscovita de Domodédovo, con un saldo de 37 víctimas mortales. Las autoridades se han cerrado a cualquier negociación con los terroristas, siguiendo el ejemplo de Putin que, tras los sucesos de Beslán, afirmó que, en el pasado, «nos habíamos mostrado débiles y los débiles son derrotados». Desde entonces, estos asaltos son infrecuentes. [5]

En la propia Chechenia la insurgencia fue irremisiblemente derrotada. Los pocos que seguían combatiendo eran, en su mayoría, extremistas islámicos —en 2007 declararon el «emirato del Cáucaso»— que trasladaron el centro de gravedad de la rebelión a otras repúblicas norcaucásicas. Las fuerzas rusas en Chechenia se han ido reduciendo de forma constante hasta los 10 000 soldados, encuadrados en la 46.ª Brigada de las antiguas Tropas del Interior del MVD (ahora forman parte de la Guardia Nacional) y los regulares de la 42.ª Brigada Motorizada de Fusileros. La mayoría de fuerzas desplegadas en Chechenia, aunque sobre el papel son de policía o de las VV, en realidad son *kadírovtsi*: el 141.er Regimiento de Policía para Misiones Especiales Ajmat Kadírov con base en Grozni, el 249.º Batallón Motorizado Independiente Especial de Policía Yug [sur] en Vedeno, la 424.ª Brigada IOD y el 359.º Batallón Motorizado Independiente Especial de Policía en Grozni, además de varios batallones independientes: el 360.º

(Shelkóvskaya), 743.er (Vedeno) y 744.º (Nozhai-Yurt). Estas unidades visten el uniforme regular de las VV y de forma nominal están subordinadas al cuartel general del Distrito Militar del Cáucaso Norte (SKVO) de la Guardia Nacional, con cuartel general en Rostov del Don, pero, en realidad, juran fidelidad personal a Kadírov y lo más probable es que su lealtad principal sea hacia él.

La paradoja de la situación es que, para sofocar la rebelión, el Kremlin ha tenido que conceder a Chechenia más autogobierno que en los dos siglos anteriores. Kadírov jamás deja de proclamar de forma efusiva su lealtad al presidente Putin, aunque, en la práctica, rige Chechenia como le place. Recibe generosos subsidios federales que dilapida en proyectos de prestigio (la mezquita Ajmat Kadírov de Grozni es una de las más grandes de Rusia), vive a lo grande y recompensa a sus compinches. De vez en cuando, el Gobierno parece perder la paciencia con su señor de la guerra checheno, como ocurrió en 2015, cuando sus hombres abatieron a tiros, literalmente, al líder opositor Borís Nemtsov en las puertas del Kremlin. Sin embargo, cada vez que esto ocurre, el ejecutivo se echa atrás ante el temor de que un intento de desbancarlo provoque una tercera guerra en Chechenia.

Por descontado, tal vez solo estén posponiendo un nuevo conflicto. Así era como lo veía el general Kvashnín en 1995, en plena Primera Guerra de Chechenia:

> Trituraremos a los chechenos, para que la generación actual quede tan aterrorizada que no vuelva a levantarse contra Rusia. Dejemos que los observadores occidentales vengan a Grozni y vean lo que hemos hecho con una de nuestras ciudades, para que sepan lo que les ocurrirá a las suyas si se ponen duros con Rusia. Pero, ya saben […] en 20-30 años, una nueva generación de chechenos que no ha visto en acción al Ejército ruso volverá a rebelarse y tendremos que aplastarlos una vez más.[6]

LECCIONES APRENDIDAS

Es evidente que los rusos aprendieron la lección de la anterior debacle, así como de la revancha. Extrajeron lecciones técnicas y tácticas, como el empleo de nuevas armas y equipos, desde blindaje corporal a drones de reconocimiento. Los carros y los vehículos blindados de transporte de personal tenían problemas para abrir fuego contra blancos situados en los pisos superiores de los bloques de viviendas: para disparar la ametralladora montada sobre la torreta, los comandantes de carros tenían que abrir la escotilla y exponerse al fuego enemigo. La solución al problema consistió en penetrar en la ciudad acompañados de camiones con montajes de piezas antiaéreas de 23 mm ZU-23 que podían barrer los tejados. Los carros, antes muy vulnerables a los golpes a quemarropa de los RPG, disponían ahora de blindaje reactivo y apoyo de infantería. Los rusos organizaron «destacamentos de asalto» especializados en combate urbano de unos 30-50 hombres cada uno, que solían dividirse en escuadras de 5 que incorporan un francotirador y un soldado equipado con un RPG o un lanzacohetes termobárico RPO-A Shmel. Los destacamentos antifrancotirador de los *Spetsnaz* utilizaron lanzagranadas y sus propios francotiradores para eliminar a los tiradores chechenos. Las fuerzas federales avanzaron de forma más metódica que durante la «carrera por Grozni» de la primera guerra, lo cual les permitió una coordinación mucho más efectiva.[7]

Rusia también extrajo enseñanzas políticas. El balance oficial de víctimas de la primera contienda fue de 5500 policías y soldados muertos; en la segunda perecieron 5200. Estas cifras han sido cuestionadas, entre otras cosas, porque omiten los fallecidos en los hospitales a causa de las heridas recibidas. Aun así, eran bajas relevantes que provocaron un fuerte rechazó al servicio militar obligatorio: en el año 2000, la insumisión aumentó un 50 por ciento. No obstante, las consecuencias políticas fueron limitadas, en parte porque el Kremlin se cuidó mucho de controlar el relato. Aunque seguía habiendo periodistas valientes que arriesgaban —y perdían — la vida para informar de la realidad sobre el terreno, las autoridades hicieron un uso sistemático de la censura, de periodistas «a sueldo» y de una cuidada narrativa según la cual las mafias chechenas y los yihadistas

habían obligado a Rusia a entrar en guerra y a librarla de la forma más expeditiva posible.

La «chechenización» de la contienda reforzó el relato. Los contingentes chechenos no solo encajaban considerables bajas que de otro modo habrían sufrido las fuerzas federales, sino que también aportaron conocimiento del terreno y un innegable gusto por la guerra, que aprovechaban para satisfacer deudas de sangre y conseguir posición política. La presencia de estas fuerzas permitió a los rebeldes desmoralizados o desafectos la alternativa de cambiar de bando antes que tener que combatir hasta la muerte. Asimismo, situar en el poder a los Kadírov hacía más plausible la pretensión del Kremlin de que estaba librando una guerra para restaurar el legítimo orden checheno.

La contienda fue importante, y no solo porque consolidara la reputación de Putin de hombre duro, implacable incluso, defensor de los intereses de Rusia, sino también porque reafirmó ciertas premisas en torno al uso de la fuerza. Su disposición a visitar el norte del Cáucaso y dejarse ver con las tropas, el uso de un lenguaje callejero para referirse a los chechenos, contribuyeron, sin duda, a reforzar su aureola de macho alfa. Por otra parte, la indignación despertada en Occidente por las despiadadas tácticas con las que sometió Chechenia modeló su visión geopolítica. En primer lugar, esto le pareció una muestra de hipocresía y mala fe, dado que, por su parte, no tenía inconveniente en que Washington librase su guerra contra al-Qaeda como mejor le pareciera. Consideraba que Chechenia era su frente en la «guerra global contra el terrorismo» y, al parecer, se sintió sinceramente ofendido al ver que los Gobiernos occidentales cuestionaban sus métodos. Sin embargo, también pudo comprobar cómo Occidente se limitaba a proclamar su repulsa y preocupación. Es posible que empezase a creer que, cuando se enfrentaran a hechos consumados y a una respuesta enérgica, los occidentales, con todo su poder económico y militar, carecerían de un factor determinante: la voluntad de luchar. Putin llegó a la conclusión de que esta era la ventaja estratégica de Rusia.

CAPÍTULO 8

Ivánov, el iniciador

Resulta paradójico que, a pesar de haber rearmado el país y de su evidente amor por dejarse fotografiar en la cabina de un caza, conduciendo un carro de combate o probando la última pistola reglamentaria, Vladímir Putin nunca sirvió en el Ejército. Eludió el servicio militar obligatorio con su ingreso en la Universidad Estatal de Leningrado y, a pesar de que los estudios universitarios conllevaban recibir instrucción como oficial de complemento —se graduó como teniente de la reserva, al mando de un pelotón de control de obuses—, las memorias de la época remarcan lo muy somera y mínima que era esta formación. Apenas unas pocas semanas al año de clases teóricas y de educación física, prácticas de

tiro, participar en rutinarias maniobras coreografiadas y unas semanas de verano como «voluntario» en la recolección de la cosecha.

Durante el tiempo que pasó en el KGB, Putin fue primero policía político en Rusia y luego gestor de inteligencia de bajo nivel en la Alemania del Este. Nunca tuvo mucho contacto con los militares y ninguno de sus amigos íntimos, aliados o padrinos lo fueron. Aunque sabía que quería un Ejército ruso poderoso —y consideraba que el país lo necesitaba— tendría que depender de otros para construirlo. Así, a pesar de que Yeltsin había empleado militares en la década de 1990, la costumbre dictaba que la posición de ministro de Defensa era un cargo en esencia político, cubierto por civiles de confianza que mantenían a raya a los militares al tiempo que defendían sus intereses. Hombres como Grachov y Rodiónov se consideraban primero soldados y después políticos; quizá esto explica por qué no tuvieron éxito. Putin necesitaba hombres en los que confiar, pero que también pudieran hacer frente a los desafíos de su tiempo.

MI NOMBRE ES IVÁNOV, SERGUÉI IVÁNOV

Como ya hemos señalado en el Capítulo 6, los tres hombres que eligió simbolizan, en gran medida, lo que Putin consideraba que necesitaba en cada momento: primero el espía, luego el contable y por fin el ingeniero. Su primer ministro de Defensa, Serguéi Ivánov, era un antiguo oficial de altos vuelos del KGB; en muchos aspectos, el espía de porte elegante, pero despiadado, el James Bond eslavo que Putin siempre había querido ser. Su labor consistió en reafirmar la línea política del nuevo Gobierno: Rusia estaba bajo amenaza y necesitaba ser fuerte para sobrevivir. Luego vino Anatoli Serdiukov, un contable que había dirigido la Agencia Tributaria Federal, que, en último término, no pudo quebrar la resistencia del conservador cuerpo de oficiales e imponerles las reformas, en un incómodo proceso que provocó divisiones. Lo reemplazó Serguéi Shoigú, un veterano gestor con habilidad para reformar instituciones disfuncionales y proporcionarles un verdadero espíritu corporativo. Si Putin es el padre de

las modernas fuerzas armadas rusas, es indudable que estos tres hombres fueron, como mínimo, sus matronas.

En cuanto a Serguéi Borísovich Ivánov, al igual que Putin, fue reclutado por el KGB en Leningrado, si bien estaba destinado a cargos muy diferentes. Después de una estancia en Londres en 1974 para aprender inglés en el Ealing Technical College, pasó de inmediato a formar parte de la Primera Dirección General del KGB, la elitista sección de inteligencia extranjera. Sirvió en Leningrado con Putin y luego se le destinó al extranjero con coartada diplomática, primero a Finlandia y después a Kenia, hasta que el desertor Oleg Gordievski lo dejo «expuesto» y tuvo que regresar a Rusia. Cuando la Unión Soviética se derrumbó, pasó de inmediato a formar parte del nuevo SVR (*Sluzhba vneshnei razvedki* [Servicio de Inteligencia Exterior]) ruso, con el cargo de primer subdirector del Departamento Europeo.

En 1998 ingresó en el FSB, donde asumió el puesto de subdirector y jefe del Departamento de Análisis, Pronóstico y Planificación Estratégica, en la misma época en la que Putin fue designado como responsable del FSB. Es posible que este último no dejase de sentir cierta satisfacción de que un «segundón» como él fuera ahora el jefe de Ivánov. Aun así, reconocía sus cualidades y, en particular, su rápida comprensión de las situaciones estratégicas complejas y su fría autoridad, incluso cuando trataba con figuras de mayor edad y rango. Fue la primera de ellas la que animó a Putin a elegirlo, en 1999, secretario del Consejo de Seguridad —un cargo, en muchos aspectos, equivalente al del consejero de Seguridad Nacional estadounidense— y a que, en 2001, reemplazara en la cartera de ministro de Defensa al mariscal Serguéyev, puesto que ocupó hasta 2007.

La antigua consejera de Seguridad Nacional y luego secretaria de Estado norteamericana, Condoleezza Rice, recordó una reveladora conversación: «El presidente [George W.] Bush le dijo a Putin:

“Tengo que saber en quién confía usted. ¿A qué persona debemos acudir si surgieran cuestiones sensibles entre nosotros?”, a lo que Putin respondió, “Serguéi Ivánov, el ministro de Defensa”».[1]

Puede que contase con la confianza de Putin, pero su misión no resultaba nada envidiable. En el momento de su nombramiento, Chechenia

dominaba la agenda ministerial y, pese a que iban ganando la guerra, tener que arrasar ciudades con la artillería y armar y empoderar a milicias locales para someter a una región tan pequeña seguía siendo un incómodo recordatorio de las carencias de las fuerzas armadas rusas. Después de lograr la victoria en el campo de batalla, surgirían enormes desafíos, como mitigar el riesgo de terrorismo y reparar la imagen dañada del Ejército. En un momento en que Putin se sentía cada vez más irritado por la supuesta hipocresía y hostilidad de Occidente, en particular por la expansión hacia el este de la OTAN —en 2004, el propio Ivánov afirmó que Rusia tomaría «medidas adecuadas» si esta seguía adelante—,[2] fue este el ministro de Defensa que supo formular las preguntas adecuadas, aunque no encontrara las respuestas.

EL ESPÍA Y LOS GENERALES

No cabe duda de que Ivánov era un profesional de asuntos exteriores capaz y competente. Condoleezza Rice (que, en cierta ocasión, hizo una escapada no oficial con Ivánov para ir al *ballet* de San Petersburgo) habla muy bien de él en sus memorias, en las que dice que «Serguéi era una persona difícil y desconfiaba un poco de Estados Unidos, pero era de fiar. Nunca me dijo que fuera a hacer algo que luego no hiciera». [3]

Sin embargo, Ivánov no era una persona más informada en asuntos militares que Putin. Tenía más presupuesto que gastar, es cierto, pero, aunque los generales recibían con satisfacción aumentos de sueldo y nuevos juguetes, no estaban dispuestos a embarcarse en las reformas estructurales necesarias para completar una auténtica transformación. Putin había encargado a Ivánov la creación de una maquinaria bélica capaz de defender la patria de una invasión a gran escala. El problema era que los generales se debatían entre dos imperativos. Por un lado, desde la Operación Tormenta del Desierto de 1991, la invasión de Irak, se habían dado cuenta de que las nuevas tecnologías, en particular las armas de precisión de largo alcance, habían revolucionado el arte de la guerra. Sadam Huseín disponía de un

ejército bastante curtido y bien adiestrado, construido con arreglo al modelo soviético y equipado con armamento de la misma procedencia razonablemente moderno. Los rusos achacaron el triunfo de la *Blitzkrieg* de la coalición —que sufrió 379 bajas mortales, ante las más de 20 000 de los iraquíes— a la ventaja decisiva que le proporcionaba la superior tecnología occidental. Más tarde, la experiencia de Yugoslavia confirmó la idea de que la guerra «sin contacto», librada con armas de precisión de largo alcance era el futuro, un futuro para el que Rusia no estaba preparada. La OTAN, por más que afirmase ser una alianza defensiva, tenía la capacidad y la voluntad de intervenir y reconfigurar naciones cuando convenía a sus intereses.

Por tanto, los mandos eran del todo conscientes de la necesidad de modernizarse. Sin embargo, al mismo tiempo, se aferraban a las nociones soviéticas del ejército de masas y eso significaba servicio militar obligatorio. El valor clave del reclutamiento, al fin y al cabo, es la creación de un depósito de reservistas entrenados (o parcialmente entrenados) que pudieran movilizarse en caso de conflicto bélico para crear el ejército de millones de combatientes que requería la defensa de la nación. En otras palabras, querían más soldados, pero también mejor material. Ivánov disponía de un amplio presupuesto, pero insuficiente para satisfacer ambos requisitos, de modo que el espía, que no dejaba de sentir cierto desprecio instintivo hacia los militares bajo su mando, empezó a exasperarse por esa pretensión de tenerlo todo.

La tradición dictaminaba que la tarea de convertir las decisiones políticas en programas militares, y de convencer al alto mando, recaía en el primero entre todos los soldados, el jefe de Estado Mayor General, pero Ivánov tuvo que lidiar con uno que consideraba que ningún civil debía imponer cambios en las fuerzas armadas. El general Anatoli Kvashnín llevaba en el cargo de jefe de Estado Mayor General desde 1997. Conocido por su dureza durante ambas guerras chechenas, también había sido uno de los principales artífices de la «carrera por Prístina» de 1999, la cual le granjeó el favor de Borís Yeltsin por haber, según un comentarista de la prensa, «metido un erizo en los pantalones del enemigo»[4] —una frase que se utiliza de vez en cuando desde 1962, cuando el líder soviético Jrushchov, siempre aficionado a las expresiones folclóricas, le preguntó a su ministro

de Defensa si había llegado el momento de «meter un erizo en los pantalones de los americanos» con el envío de misiles nucleares a Cuba—.[5] Kvashnín aspiraba al puesto de ministro de Defensa e incluso apeló a Yeltsin, puenteando a su jefe de Estado Mayor, Alexánder Volóshin, para tratar de conseguirlo. Cuando Serguéyev fue designado para el cargo, Kvashnín no ocultó su indignación e hizo todo lo posible por frustrar sus reformas, animó al aparato del Estado Mayor General a ponerle trabas y, cuando Ivánov lo reemplazó, consiguió revertir muchas de ellas.[6]

Con Ivánov tampoco fue un subordinado fácil. Dejó claro al ministro que lo consideraba un igual, no un superior, una interpretación que, por desgracia, era posible gracias a cómo estaba redactada la Ley de Defensa. Se mostró en abierto desacuerdo con la política oficial e incluso ordenó al aparato del Estado Mayor General que no cumpliera las instrucciones oficiales del ministro sin su confirmación, una conducta que podía tolerarse en la época de Serguéyev y Yeltsin, pero no con Ivánov y Putin. Aunque ministro y presidente coincidían en que era mejor evitar ambiciosas reorganizaciones de las fuerzas armadas mientras la Segunda Guerra de Chechenia estuviera en su apogeo, hacia 2003 la fase principal de los combates ya había finalizado y llegaba el momento de seguir adelante con las reformas.

LAS REFORMAS DE IVÁNOV

En enero de 2004, Ivánov dejó ver que se avecinaban cambios; aprovechó su discurso en la conferencia anual de la Academia de Ciencias Militares para criticar al Estado Mayor General, al que acusó de empantanarse en la administración cotidiana y pasar por alto la visión de conjunto. Poco después, se modificó la Ley de Defensa para reafirmar que el ministro era la autoridad principal. En julio, Kvashnín fue reemplazado por el coronel general Yuri Baluyevski, hombre con reputación de buen planificador estratégico y, lo más importante, no tan aficionado a comportarse como un elefante en una cacharrería.

En 2003, el documento titulado *Tareas urgentes para el desarrollo de las fuerzas armadas de la Federación Rusa* propuso un primer borrador de reformas, inspirado, en buena medida, en las experiencias de las dos guerras de Chechenia y en los problemas que estas habían revelado. La cuestión clave era la calidad: la guerra moderna requería soldados con habilidades y experiencias que no podían impartirse en un curso de instrucción para reclutas; las unidades tenían que trabajar y entrenar juntas, no estar sometidas al rutinario ciclo semestral del servicio militar. Dado que no era posible reclutar un ejército profesional lo bastante grande para cubrir las necesidades de seguridad de Rusia, la única opción viable era el modelo de Grachov: una fuerza dividida entre un ejército de masas con un elevado porcentaje de reclutas y un contingente más reducido y completamente profesionalizado. El inconveniente era que el alto mando lo quería todo. Pretendían mantener el servicio militar obligatorio y un ejército enorme que generase una gran reserva de efectivos, pero también contratar y reenganchar a un elevado número de *kontraktniki* con una remuneración digna. A pesar de que la postura oficial de Rusia era que no era probable una guerra generalizada contra la OTAN o China y que la verdadera amenaza procedía del terrorismo y de conflictos locales a menor escala, los generales —quizá conscientes de que un contingente de menor tamaño necesitaría menos altos mandos— seguían queriendo prepararse para el primer escenario.

También estaba el asunto de los arsenales y depósitos abarrotados de armamento de origen soviético cada vez más obsoleto. Estos, a pesar de su valor real en combate, muy cuestionable, tenían que ser inventariados, custodiados y mantenidos. La 5350.ª Base de Depósito de Armamento y Equipo de Abakán, Jakasia, por ejemplo, causó cierto escándalo cuando se supo que seguía almacenando piezas antiaéreas S-60 de 57 mm de la década de 1950, armas que habían sido reemplazadas por sistemas modernos y misiles tierra-aire en la década de 1970. No obstante, no solo era la inercia institucional lo que las había preservado: si Rusia tenía que movilizar en algún momento a millones de reservistas, necesitaría *stocks* enormes de armamento, por más viejo que fuera.

La cuadratura de este círculo requería tomar decisiones drásticas y un liderazgo fuerte para imponérselas al alto mando, pero Ivánov aún dependía demasiado de los generales y, además, le distraían otras cuestiones: seguía siendo uno de los miembros del círculo íntimo de Putin, principal consejero acerca de política exterior y seguridad, y, como ya se ha mencionado, en 2005 fue nombrado viceprimer ministro responsable de la industria de defensa. Se hallaba, por tanto, en la nada envidiable posición de estar a cargo de esta última —que reclamaba el mayor número de pedidos posible con grandes márgenes de beneficio— y ser, al mismo tiempo, su principal cliente. La consecuencia de esto fueron unas reformas lentas y parciales.

Se seleccionó un regimiento de la 76.ª División Aerotransportada de la Guardia para que sirviera de banco de pruebas de la fuerza profesional. Aunque los resultados fueron desiguales, en 2005 se decidió que el experimento había sido un éxito, con lo que más unidades empezaron a adoptar el modelo. Al mismo tiempo, Baluyevski trabajó en la racionalización de la estructura nacional de mando. Concentró los distritos militares (VO) existentes en tres agrupaciones regionales: el Mando Occidental, que incorporaba los distritos militares de Moscú y Leningrado, las flotas del Báltico y del Norte y el Mando Central Especial de la Fuerza y Defensa Aérea; el Mando Sur, que cubriría el norte del Cáucaso y parte de los distritos militares del Volga-Urales, la Flota del mar Negro y la Flotilla del Caspio; por último, el resto del país quedaría bajo control del Mando Oriental, que abarcaría los distritos militares de Lejano Oriente, Siberia y la mayor parte del de Volga-Urales, así como la Flota del Pacífico. Asimismo, se recortarían las funciones de los mandos generales de cada servicio —Ejército de Tierra, Armada, etc.—, para lo que se llevó a cabo una serie de experimentos con un nuevo OSK (*Operatívnoye strategicheskoye komandovaniye* [Mando Estratégico Operacional]) que chocó con la inevitable resistencia de los más conservadores, en particular con la de esos mandos generales.

EL TAMAÑO IMPORTA

Todas estas iniciativas tenían sentido, pero no abordaban la cuestión esencial: el tamaño de las fuerzas armadas. El problema era simple. No había dinero suficiente para rearmar, reorganizar y reemplazar a los reclutas por *kontraktniki*. Los soldados voluntarios firmaban por doce meses, pero sus condiciones eran malas, mientras que el sector civil, conforme prosperaba la economía rusa, ofrecía cada vez más oportunidades, por lo que una aplastante mayoría de ellos optaba por no reengancharse. Por ejemplo, en 2006, el 382.º Regimiento Motorizado de Fusileros de la 122.ª División Motorizada de Fusileros reclutó a 2700 *kontraktniki*, de los cuales, tan solo 400 continuaron después del primer año. A pesar de todo, el Gobierno siguió insistiendo con el proyecto. Pese a que en 2005 más de la mitad de todo el presupuesto de defensa se dedicó a contratar, alojar, pagar y retener a estos profesionales, lo cierto es que no funcionaba. Aún peor, el gran coste de esta quijotesca campaña estaba dificultando la modernización del conjunto de las fuerzas armadas. Las reformas de Baluyevski fueron canceladas, aunque en 2008 volvieron a resurgir en el seno del programa Ejército de «Nueva Imagen».

En última instancia, Ivánov logró negociar un compromiso. El servicio militar era muy impopular en el país y el ministro, al igual que muchos otros miembros de los organismos civiles de seguridad, no creían que sirviera de mucho. El caso de los terribles abusos sufridos por el recluta Andréi Sichov le proporcionó la munición política necesaria para abordar esta cuestión. En 2006, este soldado, destinado en la escuela de tanques de Cheliábinsk, se enemistó con su sargento, un tal Alexánder Siviakov. La víspera de Año Nuevo, este, borracho, le obligó a permanecer durante tres horas en una postura incómoda, sin otro motivo que el de humillarlo. Cada vez que Sichov intentaba moverse, Siviakov le golpeaba. Sufrió trombos en las piernas y la septicemia y la gangrena se extendieron. Cuando alguien se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y llamó a una ambulancia ya era demasiado tarde: Sichov sufrió la amputación de ambas piernas y de los genitales. Los mandos locales hubieran silenciado el asunto, pero uno de los doctores del hospital avisó a la sección local del Comité de Madres de

Soldados, una organización benéfica fundada, precisamente, para sacar a la luz y combatir tales abusos. La jerarquía castrense hizo todo lo que pudo por minimizar la historia, hasta que un periodista le preguntó a Ivánov acerca del caso en una conferencia de prensa. Este respondió despreocupadamente que «no había ocurrido nada grave —pues de lo contrario—, me habrían informado».[7] El ministro, un hombre que se preciaba de dominar las ruedas de prensa, quedó en evidencia. Se organizó a toda prisa una investigación criminal que acusó y sentenció a Siviakov y a dos cómplices por abuso grave de autoridad. El sargento fue condenado a cuatro años de prisión y los demás a uno cada uno, aunque estos últimos no llegaron a cumplir la sentencia.

El asunto Sichov provocó un agrio enfrentamiento entre Ivánov y el fiscal general militar, Alexánder Savenkov. Al parecer, ciertos generales habían amenazado a algunos testigos de la acusación para que retirasen los testimonios y cuando Savenkov advirtió de que las novatadas estaban aumentando, Ivánov trató de echar la culpa a la fiscalía y afirmó que esta institución estaba controlada por «sectores decididos a extraer un cuestionable capital político de los problemas presentes del Ejército».[8] Este caso es un ejemplo modélico de la personalización de la política en el régimen de Putin: Ivánov era uno de los aliados personales del presidente y Savenkov no, por lo que el primero continuó en su puesto y el segundo tuvo que apartarse. De todos modos, fue un espectáculo poco edificante que menoscabó la reputación del Ejército y es probable que influyera en que Ivánov no fuera el sucesor de Putin. Con respecto al malogrado recluta, después de pasar meses ingresado y sufrir insuficiencia renal, fue licenciado del Ejército y se mudó junto con su madre a una casa sufragada por el Ministerio de Defensa.

A pesar de las protestas de los generales, Ivánov anunció que el servicio militar se reduciría a doce meses. Esto no sirvió para solucionar los problemas de fondo, entre ellos la necesidad de acumular armamento para una enorme reserva que lo más probable es que no fuera nunca movilizada. Además, provocó las iras de aquellos quienes consideraban que este periodo no era suficiente para proporcionar una instrucción adecuada a los soldados y mantener el despliegue de tropas más allá de unos pocos meses. Sin

embargo, la medida liberó algo de dinero —puesto que, aunque a los reclutas se les pagaba una miseria, seguían necesitando armas, entrenamiento y alojamiento— y permitió reducir el tamaño de las fuerzas armadas, si bien de forma insuficiente.

Esto fue solo un pequeño paso y, aunque se estaban invirtiendo más recursos, es cuestionable que sirviera de mucho para fortalecer un Ejército que, en 2007, todavía contaba con 1,1 millones de efectivos. En última instancia, durante su mandato, Ivánov había sentado las bases intelectuales de la reforma, pero fue incapaz de imponerse a las reticencias del alto mando. Aunque Baluyevski no era Kvashnín, empezó a alinearse con sus generales contra los dirigentes políticos. Ivánov tenía el punto de mira en cuestiones más elevadas —en aquella época lo consideraban el sucesor potencial de Putin, que estaba llegando al fin de su segundo mandato presidencial— por lo que prefería no enfrentarse con ellos. De igual modo, sus otras responsabilidades lo tenían distraído y carecía de las cualidades necesarias para asegurarse de que el presupuesto que había recibido estuviera bien empleado. Había logrado un inicio, nada más.

En febrero de 2007, Ivánov cesó del cargo de ministro de Defensa y ascendió al puesto de primer viceprimer ministro. No obstante, nunca llegó a la presidencia. En esta época, Putin estaba cada vez más descontento con el lugar de Rusia en el orden mundial. La OTAN se estaba expandiendo. En 2004, ingresaron en la alianza siete nuevos miembros de pleno derecho: Bulgaria, Estonia, Letonia, Lituania, Rumanía, Eslovaquia y Eslovenia. En su discurso de Múnich de ese mismo mes, Putin anunció que Rusia no toleraría más lo que él consideraba intentos por parte de Occidente de negarle su legítimo estatus de gran potencia. Ese mismo año, Rusia suspendió su participación en el FACE (Tratado sobre Fuerzas Armadas Convencionales en Europa), que limitaba el despliegue de material militar pesado en el continente, con el argumento de que este había «dejado de responder a la moderna realidad europea y a nuestros intereses de seguridad», así como acusó a los Estados miembros de la OTAN de haber violado el espíritu y la letra del acuerdo.[9]

El Kremlin consideraba imprescindible hacer realidad la reforma militar. Esto requeriría de alguien dispuesto a enfrentarse al alto mando y

que supiera convertir los recursos que Putin pensaba asignar a las fuerzas armadas —entre 2001 y 2007, el presupuesto de Defensa casi se cuadruplicó— en cambios significativos. Además, también hizo falta, como se verá, una guerra chapucera en Georgia.

CAPÍTULO 9

Serdiukov, el ejecutor

En aquella época, resultaba muy difícil encontrar un oficial ruso que dijera algo bueno de Anatoli Serdiukov, el rechoncho exjefe de la Agencia Tributaria Federal que, en febrero de 2007, reemplazó a Ivánov en el cargo de ministro de Defensa. Le llamaban «el contable», o «el recaudador de impuestos» (¿a quién le gusta un recaudador de impuestos?) o, de forma más críptica, «el vendedor de muebles» porque, antes de 2000, año que se trasladó a la Agencia Tributaria Federal, había sido director general de una fábrica de mobiliario con sede en San Petersburgo. En 2021, nueve años después de que dejase el ministerio, seguía siendo difícil dar con ningún militar que hablara bien de él como persona, si bien reconocían

a regañadientes que las reformas que impuso fueron tan necesarias como exitosas.

EL RECAUDADOR DE IMPUESTOS ENTRA EN ESCENA

Serdiukov fue primero subdirector y luego responsable del Departamento de San Petersburgo de lo que entonces se conocía como Ministerio de Finanzas, donde sucedió a su suegro, Víktor Zubkov. Proceder de la ciudad natal del presidente y contar con protección familiar son, después de todo, dos vías muy sólidas para triunfar en la Rusia de Putin. Menos de cuatro años más tarde fue designado jefe de la Agencia Tributaria Federal, en la que se ganó una reputación de perfeccionista y de eficaz gestor financiero, cualidades que propiciaron que Putin lo designara ministro. Como dijo el propio Putin durante el nombramiento de Serdiukov, «para una gestión efectiva en condiciones modernas, para un gasto racional de enormes sumas de partidas presupuestarias, se necesita una persona con experiencia en los campos de la economía y las finanzas». [1]

Su llegada al cargo de ministro de Defensa cayó como una bomba. No tenía experiencia en el ámbito castrense, ni ningún interés especial en la materia y ni siquiera era conocido en el seno de los círculos de seguridad, entre los llamados *siloviki* [los hombres fuertes]. De hecho, esta fue una de las razones de su elección: no tenía vínculos con ninguna de las facciones del Ejército y su cargo dependía de satisfacer las exigencias del presidente, que quería resultados. Cada vez se invertían más sumas de dinero, pero no parecía que se estuvieran logrando los cambios decisivos necesarios para que Rusia estuviera segura dentro de sus fronteras y pudiera proyectar su dominio y poder más allá de estas.

Desde el primer momento, Serdiukov halló resistencia. Su jefe de Estado Mayor General, el general Yuri Baluyevski, no hizo mucho por ganárselo, pues sugirió en público que, antes de dar una sola instrucción, debía pasar un mes de «entrenamiento» para hacerse una idea de la tarea

«que tenía entre manos». Si Ivánov estaba demasiado ocupado con otras responsabilidades como para dedicar tiempo a su relación personal con los generales —dado que estaba bastante seguro del apoyo de Putin, no se tomaba demasiado en serio estas pullas ocasionales—, Serdiukov era un individuo más susceptible y además, sabía que tenía que demostrarle al jefe que estaba a la altura del nuevo cargo y que no se dejaría amedrentar por el alto mando.

LA PURGA DE SERDIUKOV

Puede que Serdiukov no supiera mucho de las fuerzas armadas, pero sí que tenía amplios conocimientos de burocracia y contabilidad. Ordenó una auditoría de las finanzas ministeriales y comprobó si los altos mandos cumplían con los mínimos obligatorios de aptitud física. Trajo a su propia gente, especialistas civiles de la Agencia Tributaria, para gestionar la administración del ministerio, entre los que figuraban su antiguo segundo, Mijaíl Mokretsov, jefe de su oficina política, y las viceministras Tatiana Shevtsova y Vera Chistova. Serdiukov desencadenó una especie de purga del alto mando. Cesó al general Vladímir Mijáilov, jefe de las VVS (*Voyenno-vozdushniye sili* [Fuerzas Aéreas Militares]), así como a los responsables de tres departamentos célebres por su despilfarro y corrupción: el coronel general Vladislav Polonski, de la Dirección Principal de Armamento (responsable de almacenes y mantenimiento); el general Ígor Bikov, de la Dirección Principal de Sanidad Militar, y el general Anatoli Grebenyuk, de construcción de instalaciones sanitarias. Finalmente, en junio de 2007, destituyó al general Baluyevski, al que relegó a un puesto en el Secretariado del Consejo de Seguridad, un cargo honorífico sin ninguna autoridad, y lo reemplazó en el puesto de jefe del Estado Mayor General por el general Nikolái Makárov. El recaudador de impuestos iba en serio y nunca olvidaba una afrenta.

A pesar de haber hecho correr tanta sangre —o puede que a causa de ello— el alto mando seguía sin aceptar las reformas radicales para las que

Serdiukov había sido nombrado. Es más, Putin se acercaba al final de su segundo mandato presidencial consecutivo, lo que significaba que, por ley, tenía que dejar el cargo. Había una incertidumbre considerable en torno a lo que iba a ocurrir; tal vez Putin pensaba modificar la constitución. En todo caso, esta cuestión ocupó los últimos meses de 2007 y el presidente carecía de tiempo o de consideración para transferir a Serdiukov mayor capital político. Por fin, el 10 de diciembre de 2007, Putin confirmó que dejaría el cargo y que su candidato para reemplazarlo era su primer ministro, Dmitri Medvédev. Fue más bien una mera formalidad, pues este dejó claro que, en realidad, solo era un intercambio de puestos en el que Putin se convertiría en su primer ministro, pero resultaba obvio que seguiría ejerciendo el poder en segundo plano. Los carteles electorales de la candidatura de Medvédev mostraban a ambos juntos con el eslogan: *Vmeste pobedim!* [¡Juntos venceremos!].

En marzo de 2008 fue elegido según lo previsto. Tomó posesión del cargo en mayo, aunque, en un primer momento, el estatus de los organismos de seguridad de la llamada «tandemocracia» no quedó claro. Según la constitución, estos obedecían al presidente, pero pronto resultó evidente que Putin, ahora cómodamente instalado en la Casa Blanca (rusa), seguía impartiéndoles órdenes. Así, por ejemplo, Baluyevski se quejó de que para que Medvédev pusiera en marcha la guerra contra Georgia (2008), largamente planificada, hizo falta que Putin —que, en ese momento, estaba de visita oficial en Pekín— le telefoneara para darle [a Medvédev] «una patada en el culo».[2] De un modo u otro, esto se tradujo en que, durante algunos meses, Serdiukov careció de un mandato inequívoco y algunos generales creyeron, pecando de optimismo, que Medvédev tal vez lo destituyera.

La realidad es que permaneció en el cargo cuatro años más y su caída no se debió a intrigas políticas o a la oposición de los militares, sino a un simple escándalo sexual. Se dijo que había estado implicado en una estafa: un contratista militar del Estado vendió activos a firmas privadas a un precio muy inferior al valor de mercado, con lo que el Gobierno perdió cerca de 3 billones de rublos (unos 52 millones de euros). Sin embargo, esto no era suficiente para cesarlo, por la sencilla razón de que no existe ningún

alto cargo del Gobierno ruso que no recurra a tretas similares para suplementar el salario. Pero había algo más serio. Los investigadores ordenaron un registro del piso de una sospechosa, la jefa del Departamento de Propiedades, Yevguénia Vasílieva. La policía entró al amanecer en su apartamento de Moscú, en el que hallaron dinero en efectivo, antigüedades y joyas por valor de más de un millón de euros… y a Serdiukov en bata. Cometer fraude es una cosa y otra bien distinta tener una relación extramatrimonial cuando estás casado con la hija de Víktor Zubkov, exprimer ministro, secretario del consejo de dirección de Gazprom, la mayor corporación del país, y uno de los principales aliados del presidente. Zubkov pidió la cabeza de Serdiukov, que tuvo que dejar el ministerio. En noviembre de 2012 fue cesado del cargo. A pesar de ello, Putin, a su manera, es leal a los suyos. El ministro de Defensa había cumplido con lo que se le había ordenado, por lo que le amnistió de una segunda condena por utilizar ingenieros militares para construir una carretera hasta la residencia veraniega de su yerno. Después, se le buscó una cómoda sinecura en la corporación armamentística Rostec (Vasílieva no gozaba de tal protección, por lo que la sentenciaron a cinco años de prisión).

Y MAKÁROV ENTRA EN ESCENA

A pesar de todo, Serdiukov logró ciertos progresos. Medvédev no estaba en posición de cesar a un ministro de Defensa nombrado por Putin, aunque hubiera querido. Sin embargo, aquel tampoco tenía el músculo político ni gozaba del respeto suficiente como para obligar al alto mando a aceptar el programa de reformas, de modo que el bloqueo se mantuvo mientras seguía perfilando sus planes. El programa se asocia a la figura de Serdiukov, pero fue Makárov, jefe de Estado Mayor General, quien lo impulsó. Nacido en 1949, Nikolái Makárov era un oficial de infantería que había servido en una gran variedad de destinos, desde el Grupo de Fuerzas Soviéticas en Alemania a la jefatura del Estado Mayor del dispositivo ruso en Tayikistán en 1993 y al mando, desde 2002, del gigantesco Distrito Militar de Siberia.

Su ascenso en el escalafón fue más rápido de lo habitual. En 1999, el ministro de Defensa Ígor Serguéyev lo elogió: «este general tiene un gran futuro».[3] No obstante, en 2005, fue nombrado viceministro de Defensa, en el nuevo rol de jefe de armamento, y algunos interpretaron que a Makárov se le estaba apartando de la carrera por los principales mandos militares y relegándolo a un papel administrativo. Puede que hubiera algo de verdad en ello, ya que había expresado su disconformidad con el lento ritmo de las reformas, lo cual sugería que muchos de sus colegas estaban tratando de ralentizarlas. Tal vez esto explique por qué Serdiukov lo eligió como jefe de Estado Mayor: era un oficial bien considerado, pero no formaba parte de la discreta oposición en el seno del alto mando.

Quizá lo que más inquietaba a sus pares era su condición de hombre con ideas. En 1996-1998, cuando estuvo al mando del 2.° Ejército de Tanques de la Guardia, se labró la reputación de innovador por sus sistemas de entrenamiento. Más tarde, como comandante del Distrito Militar de Siberia, defendió el uso de procedimientos de recluta menos formales y burocratizados, con el objetivo de atraer más voluntarios. Como jefe de armamento, cuestionó muchas decisiones ilógicas que respondían a necesidades políticas y clientelares, no a los requerimientos del Ejército, como por ejemplo la prohibición de adquirir equipos y componentes que no procedieran de Rusia o de otros Estados postsoviéticos. Así, por ejemplo, gracias a su apoyo, se logró dotar a los carros T- 90A con el sistema de visión térmica ESSA basado en la cámara de segunda generación Catherine-FC, diseñada por la compañía francesa Thales.[4]

Fue con esta iniciativa con la que se asoció la figura de Serdiukov. Si bien el Ejército ruso no se oponía del todo a adoptar material de manufactura extranjera, esto, por motivos de orgullo nacional, política y seguridad, solía evitarse siempre que fuera posible. Rusia seguía atrapada, hasta cierto punto, en la estructura del complejo militar-industrial soviético, el cual, a menudo, tendía hacia los fabricantes monopolistas, muchos de los cuales acabaron en otros Estados postsoviéticos. Por ejemplo, el complejo Antónov, dedicado a la construcción de aeronaves de transporte de gran tamaño, tenía su sede en Novosibirsk, en Rusia, pero fue trasladado a Kyiv, en Ucrania, en 1952. Aunque después de 1991 se siguió trabajando de

forma conjunta, la ocupación de Crimea en 2014 puso fin a toda colaboración. De igual modo, Zorya-Mashproyekt, en la ciudad portuaria ucraniana de Mykolaiv, fabricaba motores de turbina de gas para los buques rusos. Por lo general, las compras en el extranjero se limitaban a equipamiento especializado para fuerzas especiales (como los fusiles para los francotiradores de la escolta presidencial) y componentes de alta tecnología, como la cámara térmica Catherine-FC. Serdiukov, a modo de advertencia a las corruptas y acomodadas corporaciones rusas, y también para aumentar sus capacidades operativas, empezó a adquirir material en el extranjero, en particular en países a los que Moscú quería seducir. Dio luz verde a la compra a Italia de vehículos tácticos ligeros multifunción FIAT-Iveco M65 Lince (que entraron en servicio como Rys, «lince» en ruso), la mayoría de los cuales fueron ensamblados en Vorónezh. También adquirió dos buques de asalto anfibio franceses de clase Mistral y drones israelíes. El acuerdo de compra de los Mistral se malogró a causa de las consecuencias políticas de Crimea. En 2015, París canceló el contrato y reembolsó a Rusia el equivalente a los casi 600 millones de euros que había adelantado. Aunque algunos equipos en particular fueron bien recibidos, esta política tuvo escaso éxito y fue revertida tras el cese de Serdiukov. No obstante, los rusos siguieron comprando material extranjero para las fuerzas especiales —a veces saltándose sanciones y controles de exportación—, tales como fusiles de precisión TRG Sako de Finlandia o Accuracy International AX338 de Gran Bretaña.

Makárov tampoco temía poner el foco en los problemas del proceso de instrucción. Los reclutas se incorporan a filas en dos ciclos anuales, primavera y otoño, lo cual conlleva otros dos de entrenamiento, en verano y en invierno. En el invernal, los reclutas se dedican, sobre todo, a la instrucción básica individual y de unidad, mientras que las grandes maniobras conjuntas suelen programarse para el verano y principios del otoño, cuando la meteorología es más favorable. Sin embargo, este adiestramiento se basaba en una instrucción rutinaria y en ejercicios poco realistas o coreografiados. La tropa finalizaba el servicio militar en buena forma física y con una serie de capacidades individuales. Sin embargo, la preparación para trabajar conjuntamente en grandes unidades, así como la

capacidad de los mandos para hacer frente a situaciones realistas e impredecibles era —y sigue siendo— notablemente limitada. Una vez asumió el cargo de jefe del Estado Mayor General, Makárov no bajó el tono de sus comentarios. Con ocasión de la reunión anual de la Academia de Ciencias Militares, hizo una acerba crítica de unas fuerzas armadas en las que solo un 17 por ciento de los efectivos terrestres y 5 de los 150 regimientos de la fuerza aérea estaban preparados para el combate y la mitad de los buques de la Armada permanecían ociosos en sus bases.[5]

LA EXCUSA GEORGIANA

El empate político en el seno de las fuerzas armadas no se rompió desde arriba, sino por el propio transcurso de los acontecimientos. Moscú estaba cada vez más exasperado con su vecina Georgia, cuyo incendiario presidente, Mijeíl Saakashvili, ansiaba orientar a su país hacia Occidente. Los rusos apoyaban a sus peones en Georgia, los separatistas de Abjasia y Osetia del Sur. Durante el verano, hubo una escalada de violencia entre las fuerzas de seguridad georgianas y los sudosetios, probablemente instigada por Moscú. Saakashvili no era hombre que pasara por alto una provocación y, el 7 de agosto, sus tropas se adentraron en Osetia del Sur, atacaron la capital, Tsjinvali, y, durante la acción, entablaron combate con las fuerzas de interposición rusas, que sufrieron dos víctimas mortales.

Esto proporcionó a Moscú la excusa que necesitaba para recordar a los georgianos que se encontraban en su esfera de influencia y desplegaron las unidades que habían concentrado con antelación cerca de la frontera. Sin embargo, la operación llegó en un momento muy inadecuado para Moscú. Medvédev estaba de vacaciones y, como ya hemos mencionado, Putin asistía en China a la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos de Pekín. Es más, la Dirección General de Operaciones del Estado Mayor General, su organismo primario de planificación y coordinación, se hallaba en mitad de un traslado de oficinas. Es posible que esto magnificase los muchos errores que se cometieron, desde bombardear aeropuertos

abandonados a perder mandos a causa de fuego amigo o ver cómo vehículos averiados interrumpían los avances.

Como abordaremos en el Capítulo 11, los rusos obtuvieron una victoria indudable en esta implacable guerra de cinco días, si bien eso era algo más bien inevitable: el Ejército georgiano no tenía más de 30 000 efectivos en total y 2000 de sus mejores soldados estaban sirviendo en Irak con las fuerzas de la coalición. Los rusos empeñaron más del doble de efectivos, apoyados por miles de milicianos abjasios y sudosetios y un poder aéreo abrumador. La cuestión estriba en que el rendimiento de los rusos fue muy inferior a lo esperado. La prueba irrefutable que proporcionó a Serdiukov y Makárov la excusa que necesitaban para imponer sus reformas.

CAPÍTULO 10

Georgia, 2008 [I]: Tiflis mueve ficha…

¿De qué sirve un imperio que no puede imponer su voluntad a sus «súbditos?». Esta fue la pregunta, desafiante y retórica, que me hizo Irakli, un joven académico georgiano y aspirante a político, poco después de la crisis de Ayaria de 2004.[*] En la llamada «revolución de las rosas» de noviembre de 2003, las disputadas elecciones parlamentarias desencadenaron veinte días de protestas que, en última instancia, provocaron la dimisión del presidente Eduard Shevardnadze y la elección sin oposición de Mijeíl Saakashvili, un vehemente y combativo radical formado en Estados Unidos que aspiraba a integrar Georgia en las estructuras políticas, económicas e incluso militares de Occidente. Los dirigentes de Ayaria, una región del sudoeste de Georgia con cultura e

identidad propias, se negaron a reconocer el cambio de gobierno y la tensión política amenazaba con convertirse en un estallido de violencia, pues ambos bandos empezaron a concentrar fuerzas. Moscú, descontento con los acontecimientos en la capital georgiana, Tiflis, apoyó al líder de Ayaria, Aslán Abashidze. Por su parte, el Gobierno georgiano sometió a un bloqueo económico a la provincia y organizó cerca de sus fronteras las mayores maniobras militares que había realizado nunca, una demostración de fuerza tan amenazadora que los ayarios volaron los dos puentes principales sobre el río Choloki, que ejercía de límite de la región. Sin embargo, la respuesta al desafío de Abashidze llegó desde dentro, con protestas públicas y la deserción de muchos de sus soldados, y en mayo de 2004 su ejecutivo se vino abajo. «Aslán ha huido, Ayaria es libre», proclamó un exultante Saakashvili mientras su rival se exiliaba en Moscú.[1]

Para Irakli y sus amigos esto suponía un punto de inflexión. El Kremlin, decepcionado con la nueva orientación occidental de Georgia, había intentado su treta habitual: agitar una minoría para crear una cabeza de puente o un problema que solo los rusos podían solucionar, pero la maniobra fracasó y Georgia pudo trazar un nuevo futuro apartado de la sombra de Moscú. Con ello, estaba tentando al destino.

Aunque Moscú estaba satisfecho con que Ayaria fuera como una piedra en el zapato de Tiflis, no se había implicado demasiado en el conflicto y tampoco hizo nada por prevenir su caída. A pesar de ello, el derrocamiento de Abadshidze hizo saltar las alarmas en un Gobierno ruso al que no solo preocupaba el nuevo régimen georgiano, sino que tenía además un compromiso aún más firme con las otras dos regiones considerablemente más secesionistas dentro del país, como eran Abjasia y Osetia del Sur. Estas resultaban útiles para presionar a Tiflis cuando era necesario, pero, además, tenían el sincero convencimiento de que se trataba de dos pequeñas naciones que merecían ser defendidas, en especial si acudían a Moscú en busca de apoyo.

De este modo, en agosto de 2008, los rusos maniobraron con el objetivo de castigar a Saakashvili por su postura abiertamente prooccidental y recordar al resto de Estados incluidos en lo que Medvédev denominaba «esfera de intereses preferentes» que no debían desafiar a Moscú.

Provocaron a Tiflis para que atacase a los rebeldes de la región separatista de Osetia del Sur, mediante una ofensiva que llevaban planeando desde hacía cierto tiempo, y la acción del presidente Saakashvili sirvió de excusa para un ataque relámpago que diezmó las fuerzas georgianas en menos de cinco días. Las tropas rusas llevaron a cabo un espectacular avance con el que recorrieron la mitad del camino hasta Tiflis y, a continuación, se retiraron para dejar bien claro que, de haberlo querido, podrían haber ocupado la capital y el conjunto del país.[2]

Esta breve contienda no solo demostró la disposición de Rusia a emplear la fuerza en el extranjero, sino que también puso de manifiesto las carencias de sus tropas en aquel momento, lo cual proporcionó un necesario impulso definitivo para que Serdiukov y Makárov llevaran adelante su programa de reformas.

PRESAGIOS

Ya desde 1783, año del Tratado de Gueórguiyevsk, el primer acuerdo formal entre ambos países, las relaciones entre Rusia y Georgia han sido complejas. Anexionada por la primera en 1800, la segunda obtuvo su independencia durante la caótica Guerra Civil rusa (1918-1921), aunque las fuerzas bolcheviques al mando de Iósif Stalin la reconquistaron poco después. La volvió a recuperar en 1991, pero siguió sometida a las presiones de Moscú, que empleó coacciones comerciales y el apoyo a las regiones separatistas como palancas con las que mantener su autoridad sobre el país. Con una población de menos de 4 millones de habitantes ante los 147 de Rusia, se trataba de una competencia profundamente desigual, pese a que Tiflis compensaba con pasión sus carencias en casi cualquier aspecto.

Después de todo, Georgia, además de producir un excelente vino, gozar de una maravillosa tradición culinaria y poseer minas de cobre, también es un país rico en disputas étnicas y territoriales. La minoría abjasia de la costa occidental del país ya estaba enfrentada al Gobierno de Tiflis antes de que

se disolviera la URSS. En 1992, activistas de la región asaltaron los edificios gubernamentales en la capital, Sujumi y la respuesta de la policía, la Guardia Nacional y los paramilitares georgianos hizo que se desencadenara una cruel contienda civil en la que ambos bandos perpetraron atrocidades. Rusia, oficialmente neutral, medió en una serie de altos el fuego y acuerdos, pero no ocultó su apoyo a Abjasia. Además de hacer la vista gorda con la afluencia de voluntarios cosacos y de otras partes de Rusia en apoyo de los separatistas, también les proporcionó armas y ayuda humanitaria. En 1993, se llegó a acusar a Rusia de bombardear Sujumi mientras estaba ocupada por las fuerzas georgianas, a lo que el ministro de Defensa Grachov respondió con la inverosímil y ridícula teoría de que una serie de aviones georgianos pintados con distintivos rusos habían lanzado un ataque de provocación contra sus propias posiciones. En septiembre de 1993, la guerra finalizó con la reconquista de Sujumi por parte de los rebeldes, con lo que Abjasia pasó a ser independiente en la práctica, pero no *de iure*, en una situación que quedó sin resolver: Tiflis se negaba a reconocer su estatus y un cuarto de millón de georgianos tuvo que huir a causa de los combates y las represalias abjasias.

En la provincia georgiana de Osetia del Sur se produjo una dinámica similar. Su composición étnica es similar a la de la provincia rusa de Osetia del Norte, de la que le separa la cordillera del Gran Cáucaso. Durante los turbulentos años ochenta del siglo XX, la región revivió su larga tradición de disputas y rebeliones con el ascenso del nacionalismo osetio. En 1990, Tiflis revocó la escasa autonomía con que contaba Osetia del Sur, pero Moscú intervino y declaró el estado de emergencia. Los sudosetios expresaron su intención inequívoca de reunificarse con la región rusa de Osetia del Norte y se desencadenó una escalada de violencia contra los georgianos étnicos. La intervención de la policía estatal en Tsjinvali, la capital de la región, en enero de 1991, propició que la violencia se generalizara y, a pesar de que el alto el fuego alcanzado con la mediación de Rusia supuso la retirada georgiana de la ciudad, la tregua no duró mucho. Durante ese año, las unidades georgianas, una combinación de policía, milicias nacionalistas y la nueva Guardia Nacional, lanzaron una serie de asaltos contra la ciudad. Fue, al igual que en otras regiones, un feroz

conflicto caracterizado por limpiezas étnicas, represalias indiscriminadas y un flujo constante de refugiados hacia Osetia del Norte.

El Acuerdo de Sochi de junio de 1992 trajo una precaria paz a la región, sustentada en que los sudosetios obtuvieron la independencia *de facto*, bajo los auspicios de una fuerza de interposición conjunta formada por tropas rusas, georgianas y osetias, una rudimentaria entente que mantuvo la paz en el transcurso de la década siguiente al precio de una extensión de la anarquía en Osetia del Sur y las regiones georgianas limítrofes. Es más, no aportó una solución definitiva al problema, en tanto que los nacionalistas georgianos —entre los que se contaba Saakashvili— seguían considerando la secesión de Osetia del Sur una afrenta a la soberanía nacional aún peor que la de Abjasia. Esto fue la clave del desastre.

CÓMO PROVOCAR UNA GUERRA

Eduard Shevardnadze, presidente georgiano entre 1995 y 2003, había adoptado una política conciliatoria con Moscú, hasta el punto de que llegó a tomar medidas para bloquear el flujo de rebeldes y medios materiales hacia Chechenia por la garganta de Pankisi, una región que alberga una considerable población de chechenos étnicos. El declive de Shevardnadze coincidió con el ascenso de Vladímir Putin y una postura más asertiva en cuanto a lo que Rusia considera su esfera de influencia. La sustitución de Shevardnadze por Saakashvili tras la «revolución de las rosas» llevó al Kremlin a sospechar (sin auténticas evidencias) que la mano de la CIA estaba detrás, pero además le brindó la oportunidad de restallar el látigo y mostrar a Georgia, y a todos los demás Estados postsoviéticos, que Moscú había vuelto.

Donde Shevardnadze fue cauto, Saakashvili se mostró provocador. Desafió a Rusia y dejó clara su aspiración de que Georgia se integrase en la esfera de Occidente: su seguridad exigía ingresar en la OTAN, para lo que se embarcó en un programa de modernización militar que hizo aumentar el presupuesto de defensa hasta el 9,2 por ciento del Producto Interior Bruto (

PIB) del país, esto es, casi cinco veces superior al mínimo recomendado por la alianza atlántica. Durante la posguerra de la Operación Libertad Iraquí, Shevardnadze había contribuido con un pequeño grupo de 70 sanitarios y comandos a las fuerzas de interposición y Saakashvili expandió este contingente con el objetivo de ganarse el favor de Washington, de modo que, en 2008 se encontraban en Irak 2300 efectivos de la 1.ª Brigada de Infantería, además de un batallón de 550 soldados integrado en la Misión de Asistencia de Naciones Unidas. A cambio, Estados Unidos proporcionó entrenamiento y equipo, lo cual intensificó aún más los temores de Moscú de que Georgia se estuviera convirtiendo en un títere de los estadounidenses.

Las relaciones entre rusos y georgianos entraron en una espiral de confrontación. La nueva estrategia militar nacional consideraba amenazas no solo a los secesionistas osetios y abjasios, sino también a las fuerzas rusas de interposición. En 2006, el ministro de Defensa, Irakli Okruashvili, llegó a declarar que dimitiría si no podía celebrar el Año Nuevo en Tsjinvali.[3] En respuesta, Moscú intensificó las operaciones de inteligencia y, en 2006, Tiflis expulsó de forma pública a cuatro rusos a los que acusó de trabajar para la GRU. Al año siguiente Georgia afirmó, incluso, que había derribado un avión ruso sobre Abjasia, algo que Moscú negó, mientras que los rusos, por su parte, derribaron tres drones georgianos Elbit Hermes 450, de fabricación israelí. También en 2007, el Parlamento georgiano aprobó ampliar las fuerzas armadas de 28 000 a 32 000 efectivos, cifra que aumentó hasta los 37 000 en 2008. El populista Saakashvili parecía disfrutar de la confrontación, que empleaba para reforzar su capital político, cuando aseguró que las protestas de la oposición estaban provocadas por «altos cargos de los servicios especiales rusos», involucrados en «sucias tretas geopolíticas».[4]

A pesar de que en 2008 la OTAN se abstuvo de proporcionar a Georgia una hoja de ruta para convertirse en miembro de pleno derecho de la organización, el entusiasmo georgiano irritó a los rusos. Baluyevski advirtió de que Moscú «adoptaría medidas» para impedir que Georgia (u otros Estados postsoviéticos) ingresaran en la alianza; sin embargo, a pesar de todos los avisos que estaba recibiendo de Occidente, Saakashvili se mostró

convencido de que, si las cosas se torcían, la OTAN o Estados Unidos protegerían el país. La secretaria de Estado estadounidense en aquel momento, Condoleezza Rice, recuerda cómo «le comuniqué —en privado — al presidente georgiano Mijeíl Saakashvili que los rusos intentarían provocarlo y que, vistas las circunstancias sobre el terreno, no podía esperar una respuesta militar por parte de la OTAN»,[5] pero su advertencia, no obstante, cayó en saco roto.

Saakashvili no solo había adquirido un compromiso personal con el restablecimiento del control sobre las repúblicas rebeldes por parte de Tiflis, también tenía la sensación de que el momento de hacerlo se estaba esfumando. En febrero de 2008, Occidente reconoció la secesión unilateral de Kósovo, lo que indignó a los rusos, que lo consideraron un precedente peligroso y un descarnado alarde de favoritismo, dado que Serbia era aliada de Rusia. Esta respondió haciendo ruido: si Occidente podía convertir regiones secesionistas en países reales, ellos también. Tenían la impresión de que el reconocimiento formal de Abjasia y Osetia del Sur —lo cual implicaría garantías de seguridad— era solo cuestión de tiempo. Asimismo, Georgia no podía permitirse mantener a largo plazo esos niveles de gasto militar y era previsible que Saakashvili hubiera estimado que sería capaz de tomar consecutivamente las repúblicas secesionistas para, una vez logrado, reducir la inversión en defensa. De uno u otro modo, resultaba evidente que los georgianos tenían intención de actuar.

En ese momento, Putin había transferido oficialmente la presidencia a su primer ministro Dmitri Medvédev. Sin embargo, las pruebas apuntan a que en 2006 ya se había tomado la decisión de hacer algo con respecto a Saakashvili. A partir de ese año, el SKVO empezó a organizar maniobras militares cada vez más grandes y complejas que, como se vio más tarde, eran, a la vez, un ensayo de la invasión y la tapadera de una eventual concentración de tropas. Los rusos incrementaron su contingente de interposición en Abjasia hasta el límite autorizado de 3000 efectivos, con dos compañías de *Spetsnaz* y paracaidistas de la 7.ª División Aerotransportada, pero simularon descuidar Osetia del Sur porque, cuando Moscú atacara, necesitaba una excusa. Sabían que Georgia estaba

preparando una ofensiva para retomar la región y que Saakashvili era bastante impulsivo.

Osetia del Sur era un territorio propicio que los rusos podían reforzar a través del túnel de Roki, que atraviesa la cordillera del Gran Cáucaso, y cuyo dirigente, Eduard Kokoiti, exhibía una acérrima hostilidad a los georgianos. En 2004, estos habían tratado de recuperar la región, una intentona que dejó un legado de resentimiento y desconfianza mutuos. Los contingentes irregulares de Osetia del Sur, alentados y armados por Moscú, empezaron a atacar a civiles y militares georgianos a lo largo de la frontera en disputa, a lo que, en algunos casos, estos respondían. El 1 de agosto de 2008, los sudosetios bombardearon una serie de aldeas georgianas, en violación del acuerdo de alto el fuego de 1992, con la intención evidente de provocar a Saakashvili para que tomase alguna medida que sirviera de pretexto a los rusos, y la jugada funcionó. Tras una semana de declaraciones y desmentidos, treguas y emboscadas, el 7 de agosto, las fuerzas georgianas empezaron a bombardear Tsjinvali. Moscú ya tenía su guerra.

EL AVANCE GEORGIANO

Los georgianos preveían explotar su ventaja cualitativa. Planeaban destruir con rapidez el grueso de las fuerzas sudosetias, ocupar Tsjinvali y bloquear el túnel de Roki y la carretera de Transcaucasia para impedir la llegada de refuerzos, porque en esta fase esperaban enfrentarse a una variopinta colección de milicias voluntarias rusas, no a soldados regulares. Su plan era ocupar los principales asentamientos de la región en menos de cuatro días, lo cual les permitiría instalar una administración progeorgiana y delegar las tareas de limpieza a un contingente de reservistas y policías.

Conforme a este plan, la 4.ª Brigada debía ocupar la aldea de Jetagurovi, al oeste de Tsjinvali, mientras la 3.ª tomaba las alturas de Prisi al este de esta última, y ambas unidades se encontrarían en Gufti, al norte, y cercarían la ciudad. A continuación, avanzarían a toda velocidad por la carretera S10 hasta Djava y, desde ahí, al túnel de Roki. La conquista de

Tsjinvali recaería en contingentes del Ministerio del Interior, apoyados por un batallón de carros del Ejército, el Grupo de Operaciones Especiales y artillería. Junto con las reservas del segundo escalón y unidades de menor entidad enviadas a tomar otras localidades, Tiflis empeñó en el ataque a cerca de 12 000 soldados y 4000 efectivos del Ministerio del Interior, esto es, el grueso de las fuerzas operativas disponibles, dado que su formación de élite, la 1.ª Brigada, estaba en ese momento en Irak.

Se trataba de una campaña inteligente y bien preparada, aunque con un punto débil determinante: que los rusos también contaban con un plan. Tiflis dio por hecho que Moscú emplearía la diplomacia antes que la fuerza militar o, al menos, que necesitaría días para reunir un operativo de intervención considerable, con lo que los georgianos, que solo esperaban toparse con grupos de voluntarios con armamento ligero, no tomaron ninguna iniciativa reseñable para afrontar esa posibilidad. La fuerza organizada para el ataque carecía de defensas antiaéreas y lo que se esperaba era que Moscú se hallara ante un hecho consumado.

Los rusos desconocían el momento preciso en que Saakashvili haría su jugada, aunque sabían bien que se iba a producir. Después de sus últimas maniobras, Kavkaz-2008, habían dejado dos batallones reforzados de la 19.ª División Motorizada de Fusileros a 30 kilómetros de la frontera. Estas unidades, con un total de 1500 efectivos apoyados por 14 carros T-72B, 16 obuses autopropulsados 2S3 de 152 mm y una batería de 9 lanzacohetes múltiples BM-21, permanecían en estado de alerta y podían entrar en acción en Osetia del Sur en cuestión de horas. Además, había otras unidades adicionales preparadas, que incluían paracaidistas, dispuestas para intervenir en veinticuatro horas y se habían diseñado y distribuido planes de ataques aéreos contra los objetivos estratégicos georgianos.

Poco antes de la medianoche del 7 de agosto, los georgianos empezaron a bombardear Tsjinvali con más de 100 morteros y piezas de artillería y 30 lanzacohetes múltiples. Su intención era lanzar un ataque preciso sobre determinados puntos neurálgicos, pero, como siempre, la realidad resultó mucho más caótica. La puntería del tiro de los georgianos dejó mucho que desear y, además de los barrios civiles, los proyectiles alcanzaron el complejo de las fuerzas de interposición rusas, mandadas por el teniente

coronel Konstantín Timerman, algo que Tiflis quería evitar. Moscú declaró de inmediato que se trataba de un acto ilegítimo de agresión, pero, en todo caso, sus efectivos, que habían recibido la orden de intervenir alrededor de la 01:00 h del 8 de agosto, ya estaban en marcha. Una hora más tarde, un batallón del 693.er Regimiento Motorizado de Fusileros cruzó la frontera, seguido poco después de un segundo batallón del 135.º Regimiento Motorizado de Fusileros, con la misión de tomar y defender el túnel y la carretera de Tsjinvali y mantenerlos abiertos hasta la llegada de nuevas tropas, en proceso de movilización.

Más o menos en el mismo momento en que el segundo de aquellos batallones franqueaba la frontera, se había activado una importante fuerza operativa. Los rusos pusieron en estado de alerta a elementos de las 42.ª y 19.ª Divisiones Motorizadas de Fusileros y un BTG (*batalonnaya takticheskaya gruppa* [grupo táctico de batallón]) del 104.º Regimiento de la 76.ª División Aerotransportada y también despacharon contingentes de las 10.ª y 22.ª Brigadas de *Spetsnaz*. Aunque, como veremos en el siguiente capítulo, el mando y control de estas unidades estuvo menos definido y fue más problemático de lo esperado, los rusos habían ensayado y planificado esta contingencia y estaban preparados para entrar en acción.

LA BATALLA POR TSJINVALI

A primera hora de la mañana del 8 de agosto, las unidades georgianas se encontraban en las afueras de la ciudad. La escasa artillería a disposición de los osetios no había logrado ralentizar el avance y, a pesar de que los defensores recibieron el refuerzo de los norosetios del Batallón de Interposición Alaniya, no pudieron impedir el cerco de la ciudad. En otros sectores, no obstante, la situación no era tan favorable. Las fuerzas del Departamento de Seguridad Constitucional del Ministerio del Interior de Georgia fueron aniquiladas al intentar penetrar en la aldea de Kvaisa, en el este de Osetia del Sur, a pesar de que los defensores solo sumaban una sección, y se vieron obligados a retirarse al otro lado de la frontera a

lamerse las heridas. Por contra, la mayoría de los ataques secundarios de los georgianos tuvo relativo éxito, pero la clave era tomar Tsjinvali.

Cuando los efectivos del Ministerio del Interior se adentraron en la ciudad, empezaron a recibir fuego desde el complejo sur del destacamento de interposición ruso, que devolvieron las tropas georgianas con el apoyo de tres carros T-72. En la refriega murieron cinco rusos, pero uno de los carros quedó fuera de combate por el impacto de un RPG-7 y los otros dos tuvieron que retirarse. A pesar de que los georgianos lograron eludir la posición rusa y alcanzar las afueras de la ciudad, los 250 soldados del puesto avanzado ruso seguían constituyendo una amenaza: el fuego de más carros georgianos arrasó la enfermería y, a media mañana, el parque de vehículos estaba en llamas y los hombres se vieron obligados a refugiarse en búnkeres, sótanos y en la zona de calderas, mientras las tropas georgianas cercaban el complejo.

No obstante, las fuerzas de seguridad estaban teniendo dificultades para adentrarse en Tsjinvali. Los vehículos blindados de infantería Cobra, de fabricación turca, armados con ametralladoras de 12,7 mm y lanzagranadas de 40 mm, carecían de capacidad de fuego y de presencia para abrirse paso entre una defensa provista de RPG, granadas y cócteles molotov. Se envió a los 41.er y 42.º Batallones de Infantería Ligera de la 4.ª Brigada en apoyo de las unidades ministeriales y se prepararon tres de los escasos helicópteros artillados Mi-24 disponibles para proporcionar apoyo aéreo cercano. El renovado asalto de los georgianos hizo retroceder a las milicias ligeras que defendían la ciudad y logró alcanzar su cuartel general, situado en el centro, donde se habían concentrado las mejores fuerzas sudosetias al mando del general Anatoli Barankevich, secretario del Consejo de Seguridad, un contingente que opuso una resistencia mucho más decidida. El propio Barankevich disparó un RPG-7 que penetró el delgado blindaje de la parte trasera de la torreta de un carro, detonó el compartimento de la munición y el vehículo voló por los aires. Poco después, las milicias alcanzaron otros dos carros T-72.

Apenas se habían recuperado los georgianos de este revés inesperado cuando un par de Su-25 del 368.º Regimiento de Asalto Aéreo apareció sobre el cielo de Tsjinvali y barrieron con sus bombas y cohetes las

posiciones que el 42.º Batallón había establecido en los jardines de Dubovaya, al oeste de la ciudad. Perecieron más de veinte hombres y el resto huyó de la población presa del pánico, abandonando todo el material pesado y tres carros de combate. A medida que se difundía la noticia, esta se iba exagerando y pronto corrió el rumor de que todo el batallón había sido aniquilado. Pese a haber logrado tomar casi un tercio de la localidad, las fuerzas georgianas empezaron a retirarse, a menudo en desorden, y, a media tarde, prácticamente ya habían abandonado Tsjinvali.

Los georgianos enviaron a toda prisa tropas de refresco. La 2.ª Brigada regresó a la ciudad y se despachó uno de los batallones de la reserva, el 53.er de Infantería Ligera de la 5.ª Brigada. Sin embargo, desplegar tal número de efectivos requería tiempo. El presidente Saakashvili anunció un «alto el fuego humanitario» de tres horas para permitir que los civiles abandonaran el lugar y las milicias se rindieran, pero también para hacer balance y prepararse para la nueva situación. La llegada de los rusos lo había alterado todo.

EL AVANCE RUSO

Las avanzadillas rusas marcharon a toda velocidad para controlar el acceso a Tsjinvali. Alrededor de las 07:00 h, cuatro Su-25 georgianos atacaron a las fuerzas del 693.er Regimiento Motorizado de Fusileros mientras cruzaban un puente en la carretera que comunicaba Djava con la capital. Todas las bombas de 250 kg erraron el blanco, sin causar bajas ni dañar la infraestructura. Sin embargo, los pilotos georgianos pudieron informar de que había efectivos rusos allí donde el alto mando georgiano no esperaba que los hubiera. Dado que la prioridad fundamental era la velocidad, sus vanguardias no contaban con sus vehículos antiaéreos y tampoco disponían de cobertura aérea, por lo que no pudieron evitar que los pilotos reportaran su presencia a Tiflis. De todos modos, el apoyo aéreo no tardó en llegar: una hora más tarde, cazas del 4.° Ejército Aéreo entraron en el espacio aéreo sudosetio y esta noticia fue suficiente para que los Su-25 georgianos

permanecieran en tierra, pues resultaban presas fáciles, dispersados y camuflados para reducir el riesgo de que los destruyeran.

El destacamento, a pesar de un par de escaramuzas con enclaves georgianos o quizá unidades especiales, solo perdió un vehículo, un BMP-2 que se averió en el puente de Gufti y tuvo que ser arrojado al río para permitir el paso del resto del contingente. Mientras tanto, el poder aéreo ruso empezó a hacerse sentir. El golpe contra el 42.º Batallón solo había sido una de las diversas incursiones lanzadas contra las tropas gubernamentales en las inmediaciones de Tsjinvali. Los Su-25 y Su-24M también empezaron a bombardear blancos en la propia Georgia, como las bases de Gori, una localidad situada en la carretera Variani-Tiflis donde se concentraban los reservistas, y, después, pasaron a castigar las bases aéreas de Marneuli y Bolnisi. En las sesenta y tres salidas de ese primer día, solo perdieron un avión, un Su-25 derribado por fuego amigo.

En el mismo momento en que entraba en vigor el «alto el fuego» de Saakashvili, las piezas de 122 y 152 mm del 693.er Regimiento Motorizado de Fusileros y los BM-21 del 292.º Regimiento Mixto de Artillería pasaron a la acción. Ambas unidades empezaron a tirar contra las posiciones georgianas en las inmediaciones de Tsjinvali, lo cual acrecentó el pánico entre los georgianos, de tal modo que, a última hora de la tarde, la única fuerza gubernamental que resistía en la ciudad era el destacamento que rodeaba el complejo del destacamento de interposición ruso. Los georgianos esperaban que la 3.ª Brigada enderezara la situación, pero sus esperanzas quedaron frustradas cuando esta unidad también se vio sometida a los ataques aéreos y al fuego de la artillería, por lo que tuvo que reagruparse en la aldea de Eredvi, al este de Tsjinvali.

Después de un último intento fallido de asaltar la ciudad desde el sur durante la tarde de aquel primer día de guerra, Tiflis comprendió que el contingente ruso inicial de poco más de 3000 efectivos, aunque equivalía a una sola de sus brigadas, no era más que una avanzada. Además, contaba con un abrumador apoyo aéreo y el primer escalón de refuerzos se aproximaba: la compañía de reconocimiento del 135.º Regimiento Motorizado de Fusileros. Las tropas gubernamentales empezaron a retirarse de Osetia del Sur y levantaron el cerco del destacamento de interposición.

No obstante, Saakashvili no estaba dispuesto a aceptar la derrota. Con casi todo el Ejército georgiano desplegado al otro lado o en las inmediaciones de la frontera sudosetia (con la salvedad de la 1.ª Brigada, que continuaba en Irak), esa noche se trazaron planes apresurados para un segundo ataque.

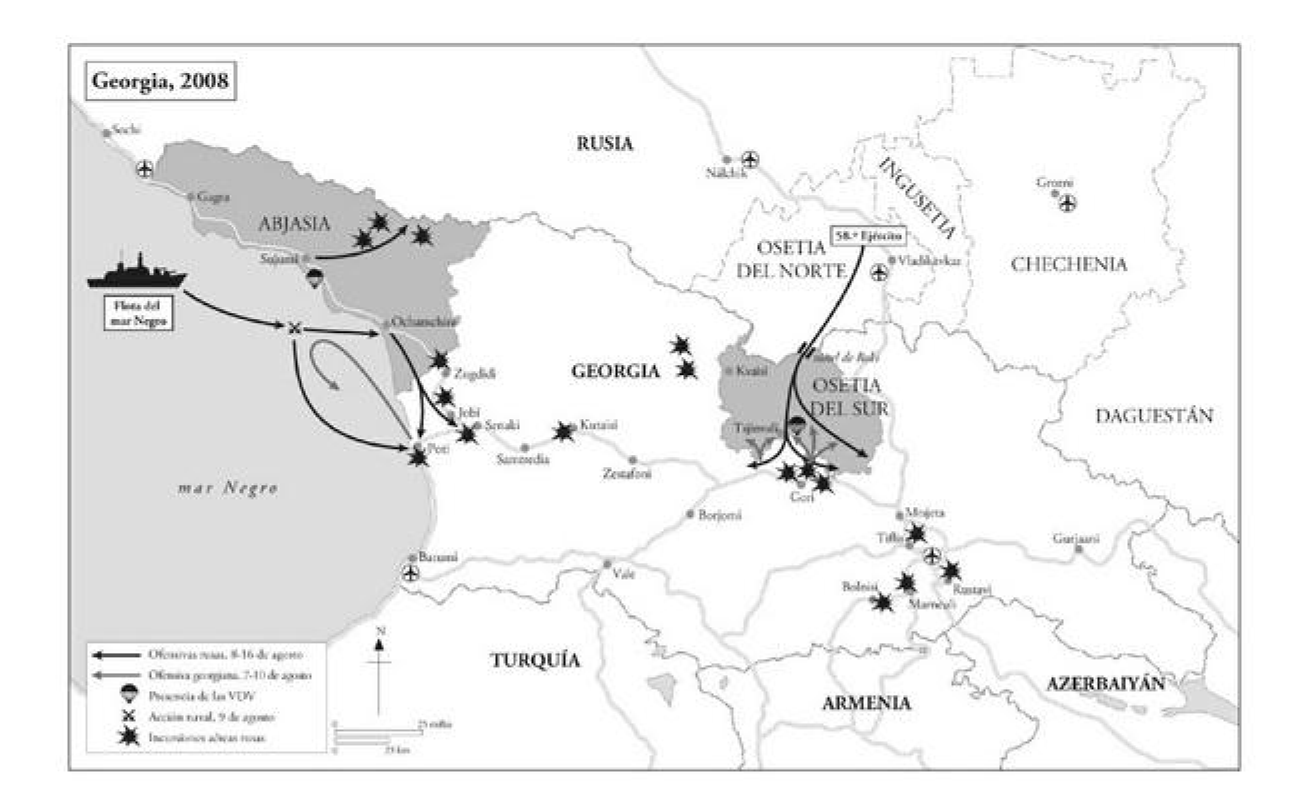
CAPÍTULO 11

Georgia, 2008 [II]: … y Moscú responde

Tiflis había confiado en la velocidad para hacerse con el control de Osetia del Sur antes de que Rusia pudiera reaccionar. Las fuerzas gubernamentales fracasaron en este primer intento, pero eran reacias a reconocer la derrota después de solo un día de lucha. El 9 de agosto volvieron al combate, aunque esta vez de forma cauta y metódica, todo lo contrario que el avance a la carrera del día precedente. Después de una breve preparación artillera en plena noche, al amanecer, la 2.ª Brigada encabezó una nueva ofensiva que arrebató la aldea de Jetagurovi, al sur de Tsjinvali, a una pequeña fuerza rusa de cobertura. Una vez ocupada Jetagurovi, avanzaron poco a poco en dirección norte hacia Zemo Nikozi, una aldea situada cerca de la ciudad, donde se reunieron con el 41.er

Batallón y se dispusieron a marchar sobre ella alrededor de las 14:00 h, mientras la artillería georgiana reemprendía el bombardeo de la capital.

Entretanto, las avanzadas rusas habían levantado el sitio de la fuerza de interposición. Dos compañías del 135.º Regimiento Motorizado de Fusileros acompañadas por el teniente general Anatoli Jruliov, jefe del 58.° Ejército y oficial de mayor graduación sobre el terreno, avanzaron sobre la ciudad, ignorantes de que los georgianos se disponían a atacar. El convoy ruso recibió fuego artillero, pero, aun así, continuó la marcha, por lo que —sin que ninguno de los dos bandos lo supiera— los rusos entraron en Tsjinvali por el oeste al mismo tiempo que los georgianos lo hacían por el sur. La compañía de reconocimiento de la 2.ª Brigada y una de las de Jruliov chocaron de repente y, aunque las fuerzas gubernamentales se retiraron, el general quedó herido de gravedad. A continuación, el grueso de ambos contingentes entabló combate y los georgianos, gracias a su superioridad numérica y a los carros, forzaron a los rusos a retirarse. Durante cierto tiempo, la posición de estos últimos, cercada y expuesta al fuego de mortero, parecía insostenible, pero los refuerzos estaban de camino. *Spetsnaz* y combatientes del Batallón Vostok de la GRU, una veterana unidad compuesta por chechenos al servicio de Moscú, se infiltraron en la ciudad para auxiliar a la avanzada rusa y, junto con el apoyo de aviación y artillería, lograron hacer retroceder a los georgianos. Pese a que la artillería rusa sufrió fuego de contrabatería, esta pudo descargar un intenso tiro gracias a la observación por parte de las fuerzas de interposición y de los *Spetsnaz* en primera línea, de modo que la artillería obligó a retirarse al 41.er Batallón, que había encabezado el asalto georgiano.



A última hora de la tarde, los georgianos volvieron a retirarse de la ciudad. Los bombarderos rusos se dedicaron durante todo el día a castigar objetivos tanto en la línea de frente como en la retaguardia. En estas incursiones participaron los aparatos Tu-22M del 52.º Regimiento de Bombarderos Pesados de la Guardia, uno de los cuales fue derribado por los georgianos, que provocaron el cierre de la base aérea de Kopitnari, en Kutaisi, y alcanzaron además la localidad de Gori. Aunque solo se efectuaron veintiocho salidas, con la pérdida de tres aviones (los dos nuevos derribos, una vez más, debidos a fuego amigo), la intervención de la fuerza aérea fue decisiva para evitar que los georgianos explotaran su asalto sobre Tsjinvali. Es más, estas incursiones, y el lanzamiento contra un contingente georgiano al oeste de Osetia del Sur de un misil balístico Tochka-U (SS-21) con una cabeza convencional de munición de racimo, cumplieron una función política: recordarle a Tiflis el alcance de Rusia. Aunque los duelos artilleros se prolongaron toda la tarde, el segundo día de campaña se había saldado con el fracaso de una nueva ofensiva y el Gobierno georgiano se sentía cada vez más desesperado, hasta el punto de solicitar a Estados

Unidos la organización de un puente aéreo de emergencia para repatriar de Irak a los 2000 soldados de su 1.ª Brigada.

LA INICIATIVA CAMBIA DE BANDO

La jugada de Saakashvili había fracasado y su pretensión de restablecer el control gubernamental sobre Osetia del Sur se había esfumado. Ahora, la iniciativa pertenecía a los rusos. Al día siguiente llegaron importantes refuerzos: 4500 soldados de la 42.ª División Motorizada de Fusileros, el 503.er Regimiento Motorizado de Fusileros, dos grupos tácticos de batallón (BTG) de la 76.ª División Aerotransportada de la Guardia, unidades de la 22.ª Brigada de *Spetsnaz* y diez helicópteros artillados Mi-24 y de transporte táctico Mi-8 del 487.º Regimiento de Helicópteros. El contingente era tan numeroso que provocó atascos de tráfico en la carretera de entrada a Tsjinvali. Al final del día 10 de agosto, los rusos habían consolidado el control de la ciudad y disponían de más de 10 000 efectivos en el teatro de operaciones.

Las fuerzas georgianas, algo desorganizadas, pasaron a la defensiva y se atrincheraron en toda la línea de frente. Tiflis anunció la cancelación oficial de la operación, aunque continuó habiendo duelos esporádicos de artillería, así como ataques aéreos por parte rusa. La noche del 10 al 11, estos intensificaron la actividad de la aviación con incursiones contra radares civiles y militares georgianos para cegar las defensas antiaéreas y dañar los aeródromos, lo cual no se trataba de un mero hostigamiento, sino de los preparativos para el contraataque ruso, primero para consolidar el control de Osetia del Sur y luego para seguir avanzando.

Organizaron una agrupación de tamaño brigada con el 693.er Regimiento Motorizado de Fusileros, el 70.º Regimiento Motorizado de Fusileros y el 234.º Regimiento Aerotransportado, que tenía la misión de hacer retroceder a las fuerzas gubernamentales e impedirles seguir bombardeando Tsjinvali. La mañana del día 11 pasaron al ataque y, pese a hallar cierta resistencia, a última hora de la tarde habían logrado tomar la

aldea de Variani, a unos 15 kilómetros en el interior de la frontera georgiana y una importante base de suministros del Gobierno. A la desesperada, los georgianos enviaron todos los helicópteros Mi-24 de que disponían, un total de seis aparatos, para actuar contra la progresión rusa, pero, aunque lograron regresar sanos y salvos a la base, apenas destruyeron dos camiones y nunca más volvieron a enviarlos al combate.

Los rusos, anticipando un contraataque, empezaron a atrincherarse en Variani. Pero las tropas gubernamentales se hallaban en estado de pánico y confusión. A nivel táctico, muchas unidades combatían con valor y destreza, pero su Ejército no había sabido instruir a una nueva generación de altos mandos que fuera capaz de coordinar operaciones a gran escala, una carencia que se estaba haciendo notar. Además, los dirigentes políticos no habían sabido manejar la crisis. En plena visita de Saakashvili a Gori, se avistó sobre la ciudad una serie de aparatos rusos y la escolta presidencial lo evacuó a toda prisa. Sus soldados decidieron que si el presidente podía retirarse, ellos también y, enseguida, el considerable contingente gubernamental en la ciudad inició la retirada, la mayoría a Tiflis y unos pocos hacia Kutaisi. Después de todo, los rusos estaban de camino y ahora disponían de alrededor de 14 000 efectivos. En la capital, el ambiente era tétrico: lo que había empezado como una campaña quirúrgica para imponer la autoridad en una región rebelde se había tornado en una lucha por la supervivencia nacional. Los georgianos intensificaron los esfuerzos para obtener apoyos internacionales, los cuales se vieron obstaculizados por una oleada de ciberataques procedentes, presuntamente, de Rusia, que lograron acceder a la página web y a los correos del Ministerio de Asuntos Exteriores e incluso a la página del propio Saakashvili, que se llenó de imágenes insultantes que lo comparaban con Adolf Hitler. Algunos de estos ataques, al parecer, procedían de organizaciones estatales rusas, pero otros eran obra de los llamados «*hackers* patrióticos» coordinados o incitados por el Kremlin para que operasen por cuenta propia.

Al día siguiente, los rusos reemprendieron la marcha, metódica y sin apenas oposición, en dirección a Gori que les permitió, a media mañana, ocupar las alturas que dominan la población. Esa misma jornada, lanzaron dos misiles balísticos de corto alcance Iskander (SS-26), uno contra la base

aérea de Marneuli y otro contra la plaza principal de la ciudad, que, en su momento, había servido de lugar de concentración de tropas, pero que ahora se hallaba vacía de soldados. Nueve civiles murieron en el embate. En su avance, los rusos fueron encontrando cada vez más material militar abandonado, desde fusiles de fabricación estadounidense M-16 (que se convirtieron en celebrados trofeos) a piezas de artillería. Mientras tanto, aterrizaron en el aeropuerto de Tiflis los primeros efectivos de la 1.ª Brigada y el Gobierno georgiano redobló las peticiones de apoyo internacional, diplomático o de otro tipo, para impedir el esperado golpe contra la capital. Las fuerzas georgianas, una vez reorganizadas, se dispusieron a defenderla.

Llegados a este punto, los rusos consideraron que ya habían transmitido su mensaje. Poco después del mediodía del 12 de agosto, el presidente Medvédev anunció que «la operación ha alcanzado su objetivo, se ha restaurado la seguridad de los civiles y de las fuerzas de interposición. El agresor ha recibido su castigo y ha sufrido pérdidas enormes».[1] Hacia las 15:00 h, los asaltos aéreos y artilleros cesaron y se puso fin a las hostilidades. Al día siguiente, los rusos ocuparon Gori, que había sido abandonada por las unidades gubernamentales, aunque el 15 de agosto, una vez firmado por parte de Saakashvili el acuerdo de paz alcanzado por mediación del presidente francés Nicolas Sarkozy, los rusos iniciaron la retirada. Por supuesto, no estaban dispuestos a irse sin confiscar todo el material que pudieran acarrear, así como sin destruir lo que no pudieran llevarse. Las fuerzas georgianas sufrieron unas 2000 bajas durante los combates —con 182 muertes de militares y 188 de civiles—, aunque las pérdidas de material a causa del saqueo de posguerra de almacenes y equipo excedieron a las sufridas en combate. Los georgianos perdieron docenas de carros de combate, vehículos blindados de infantería y de otro tipo, en su mayoría confiscados por los rusos. Las pérdidas encajadas fueron igualmente graves en el que, en muchos sentidos, fue el frente olvidado de la contienda: Abjasia.

EL FRENTE DE ABJASIA

Con Tiflis concentrada en Osetia del Sur, los abjasios —y los rusos— vislumbraron una oportunidad. En un principio, en Moscú y en la capital abjasia, Sujumi, se temía que Saakashvili planease matar dos pájaros de un tiro. Después de todo, la 2.ª y 5.ª Brigadas georgianas y las fuerzas del Ministerio del Interior desplegadas al oeste de Osetia del Sur hubieran podido marchar con facilidad al este, hacia Abjasia, de ahí que los rusos reforzaran su fuerza de interposición y que los abjasios declarasen el estado de emergencia en la mañana del 8 de agosto después del inicio de la operación georgiana. Mientras tanto, en Novorossíisk, en la costa del mar Negro, la 7.ª División Aerotransportada recibió orden de poner en estado de alerta tres grupos tácticos de batallón para enviar a Abjasia y, antes de que acabara el día, el primero de ellos ya navegaba hacia el sur en naves de desembarco escoltadas por dos corbetas, la Mirazh y la Suzdalets, y dos dragaminas. Además, se aprestó de urgencia el crucero lanzamisiles Moskvá, buque insignia de la Flota del mar Negro, para que proporcionase apoyo de fuego pesado. Cuatro batallones más de las VDV se despacharon por vía aérea hacia Sujumi y el resto de la 7.ª División se trasladó a dicha ciudad por ferrocarril, por una línea que los ingenieros ferroviarios rusos habían reparado durante la primavera anterior.

Pronto quedó claro que Tiflis concentraba sus esfuerzos en Osetia del Sur. Aun así, ni Moscú ni Sujumi querían desperdiciar la oportunidad de destruir la pequeña Armada georgiana, dificultar la campaña del adversario y expulsar a los georgianos de la estratégica garganta del Kodori, en disputa entre los abjasios y el Gobierno.

Para llevar a cabo el primer objetivo, los rusos revelaron la presencia de misiles Tochka-U en la localidad costera de Ochamchire. Esta unidad, emplazada en secreto el año anterior, lanzó dos misiles con munición de racimo contra la base naval de Poti, al sur. Aunque murieron cinco soldados, el principal objetivo parecía ser desorganizar la base y hacer que los buques patrulleros salieran de puerto y se refugiaran en la relativa

seguridad de la base de Batumi, más al sur, para evitar así que amenazara a la flotilla que transportaba paracaidistas e infantes navales a Ochamchire.

La tarde del 9 de agosto, Moscú anunció el cierre oficial de la costa abjasia a todo tráfico marítimo mientras el Moskvá, escoltado por el destructor Smetlivy, zarpaba de Sebastopol. Cuatro patrulleros georgianos trataron de acercarse a Ochamchire y a los buques de desembarco que aguardaban frente a la costa (resultaba que el puerto se había colmatado de sedimentos, lo que obligaba a la expedición rusa a desembarcar en la playa), momento en el que la Mirazh disparó misiles P-120 Malajit (SS-N-9) contra las naves georgianas. Tiflis lo desmintió, pero los rusos afirmaron haber hundido una. Es probable que se tratara del guardacostas armado Giorgi Toreli.

Fue en tierra donde tuvo lugar la maniobra decisiva. El día 10, los paracaidistas rusos franquearon la frontera abjasio-georgiana en el marco de las operaciones de la garganta del Kodori, que describiremos más adelante, y, dos días más tarde, un destacamento de fuerzas especiales del 45.º Regimiento Independiente Aerotransportado de Reconocimiento —los *Spetsnaz* de las VDV— entró en el puerto de Poti, donde seguía anclado el grueso de la flota georgiana. Los buques se encontraban abandonados porque las tripulaciones esperaban nuevas incursiones aéreas, de modo que los comandos no tuvieron dificultades para colocar explosivos y echar a pique seis de los barcos de la Armada y de la Guardia Costera, incluidas las lanchas de ataque rápido Tbilisi y Dioscuria, sus dos naves más poderosas.

No era mucho lo que podía hacerse para alterar la campaña osetia, si bien un ataque contra la base de la 2.ª Brigada en Senaki dificultó mucho la concentración de reservistas. En realidad, los rusos empeñaron la mayor parte de sus tropas en apoyo de la campaña del Kodori. Los abjasios desplegaron aquí el grueso de sus tropas (que, después de la movilización, sumaban unos 9000 efectivos), asistidos desde el aire por helicópteros y los tres últimos reactores de entrenamiento L-39 en condiciones de vuelo, armados con cohetes no guiados y bombas. Al mediodía del 9 de agosto las unidades estaban dispuestas. Tras una jornada de bombardeo artillero, la tarde del día 10 empezó el avance por la región en disputa y, ese mismo día, los paracaidistas de la 7.ª División se adentraron en la región de Zugdidi, al

sur de Abjasia. Dada su superioridad militar manifiesta, negociaron la ocupación no sangrienta de la zona y, al día siguiente, tomaron Senaki, donde la base de la 2.ª Brigada georgiana había sido evacuada. A continuación, una compañía reforzada giró al norte para cerrar el otro acceso a la garganta del Kodori, donde la mayoría de los policías y soldados georgianos, al verse copados, depusieron las armas y abandonaron el lugar con la aquiescencia de los rusos. Un día después, los abjasios peinaron la garganta y fueron eliminando los últimos reductos de resistencia, mientras el ministro georgiano del Interior, Eka Zhguladze, aseguraba que su retirada se trataba de «un gesto de buena voluntad».[2] Solo habían fallecido dos georgianos y un abjasio (este en un accidente). El 12 de agosto, la garganta estaba en manos de las autoridades de Sujumi, lo cual puso fin a esta pequeña guerra separada.

LA AUDITORÍA

El 26 de agosto, Moscú reconoció la independencia de Osetia del Sur y Abjasia, una decisión rechazada por la comunidad internacional, con lo que adquiría un protectorado militar que ocupaba una quinta parte del territorio georgiano, así como la posibilidad de causar más problemas a Tiflis, si así lo desea. En la actualidad, los límites de ambas regiones están vigiladas por puestos permanentes de las Tropas de Fronteras del FSB y Rusia mantiene presencia militar en ellas. En Abjasia estableció la 7.ª Base Militar, a las afueras de Gudauta, a partir de la 131.ª Brigada Motorizada Independiente de Fusileros, dotada de nuevos carros T-90A y sistemas de misiles antiaéreos S-300PS, mientras que la Flota del mar Negro opera con sus patrulleros desde el puerto de Ochamchire. En Osetia del Norte, el 693.er Regimiento Motorizado de Fusileros de la 19.ª División Motorizada de Fusileros, además de otras unidades, entre ellas una batería de lanzacohetes, constituyeron el núcleo de la 4.ª Base Militar.

A cambio, los rusos perdieron a lo sumo 74 muertos (las cifras son contradictorias; otras fuentes las rebajan a algo más de 60 bajas), mientras

que los georgianos acumularon más del doble de víctimas y la pérdida de grandes cantidades de material —incluidos vehículos Humvee proporcionados por Estados Unidos— y la mayor parte de su flota. Es más, Moscú había demostrado su voluntad y capacidad para utilizar breves dosis de fuerza para castigar a cualquier vecino que se pasase de la raya.

En cuanto a Saakashvili, como era de esperar, trató de convertir una derrota en algo parecido a una victoria, pues afirmó que «el 58.° Ejército ruso se había consumido combatiendo contra la 4.ª Brigada [georgiana]».[3] Carecía de fundamento, pero Moscú tampoco se mostraba exultante por la victoria. No era ninguna sorpresa que hubiera vencido a un país veinte veces más pequeño, ciñéndose a objetivos limitados y asumibles. Sin embargo, el alto mando se dio cuenta de inmediato de que ninguna de sus operaciones se aproximó siquiera a sus expectativas.

La coordinación de toda la operación dejó mucho que desear. Los rusos sabían que los georgianos golpearían en algún momento, pero no sabían con exactitud cuándo, y cuando se inició el ataque, la GOU (*Glávnoye operatívnoye upravléniye* [Dirección Principal de Operaciones]) del Estado Mayor General, el órgano principal de planificación y organización operacional, se encontraba en pleno traslado. Serdiukov desconfiaba del antiguo jefe de la GOU, el coronel general Alexánder Rukshin, pues lo consideraba demasiado vinculado al jefe de Estado Mayor General cesante, Baluyevski y, por extensión, tampoco se fiaba de la propia institución. En junio destituyó a Rukshin, aunque se tomó su tiempo para elegir un sucesor. Es más, impuso un recorte del 40 por ciento a la GOU y, lo que es peor, le obligó a trasladarse a unas dependencias más modestas. De ese modo, cuando las tropas georgianas se pusieron en marcha, la mayoría de sus archivos estaban embalados en cajas selladas y a bordo de una docena de camiones Kamaz, los teléfonos de línea segura de las antiguas instalaciones estaban cortados y los de las nuevas instalaciones todavía no habían sido conectados.

De repente, los rusos tuvieron que transmitir órdenes militares secretas por móviles civiles. Al jefe del Estado Mayor, Makárov, se le acusó de haber olvidado activar las fuerzas aéreas al mismo tiempo que ordenaba a las unidades terrestres entrar en acción, un error que no corrigió hasta que

alguien se lo advirtió, lo cual explicaría por qué las primeras vanguardias carecieron de cobertura aérea. Asimismo, las órdenes de la aviación no procedían de los oficiales en campaña, sino del coronel general Alexánder Zelin, jefe de Estado Mayor de la fuerza aérea, que las transmitía por teléfono desde su oficina. Por fortuna para Moscú, el plan operacional ya había sido preparado y distribuido —irónicamente, por la GOU—, y los jefes del SKVO, el coronel general Serguéi Makárov —sin ningún parentesco con el mencionado jefe de Estado Mayor— y del 58.° Ejército, el teniente general Anatoli Jruliov, eran hombres competentes, agresivos y experimentados, con predisposición y capacidad para tomar la iniciativa.

De todos modos, vale la pena observar que ni Serdiukov ni su jefe de Estado Mayor General sufrieron las consecuencias de esta desorganización, porque ganaron la guerra, pero también porque hubo responsabilidades e ineptitud por doquier. Makárov, por ejemplo, criticó con dureza la falta de personal de mando capacitado:

> Con el fin de encontrar a alguna persona con rango de teniente coronel, coronel o general capaz de mandar tropas con eficacia, fue necesario examinar una por una todas las fuerzas armadas, debido a que los jefes a tiempo completo que se dedicaban a dirigir «regimientos y divisiones teóricas» no estaban en condiciones de resolver los problemas que surgieron durante la guerra de los cinco días. Cuando les enviabas tropas y equipo, se mostraban confusos, y algunos se negaban incluso a ejecutar la tarea asignada.[4]

Es un comentario mezquino, aunque no del todo inexacto. Es cierto que en esta contienda las fuerzas rusas experimentaron graves problemas para la cooperación más elemental, lo cual las hacía vulnerables en extremo a las emboscadas y contraataques, como el que logró copar y herir de gravedad a Jruliov. Esta falta de coordinación se debía con frecuencia a unas comunicaciones obsoletas e improvisadas. En cierta ocasión, Jruliov tuvo que tomar prestado el teléfono satélite de un periodista para dar órdenes. Las unidades en tierra no podían comunicarse con los pilotos, lo cual provocó incidentes de fuego amigo, como la primera pérdida de la guerra,

un Su-25 derribado por misiles portátiles tierra-aire propios la tarde del 8 de agosto. Dado que los efectivos terrestres no habían sido informados de que disponían de apoyo aéreo, dieron por sentado que se trataba de un ataque georgiano. En conjunto, de los seis aviones que Rusia perdió en la contienda, tres Su-25, dos Su-24M y un Tu-22M3, la mitad cayó víctima de fuego amigo. Aparte, se perdieron dos helicópteros: el día 16, un Mi-8 de las fuerzas de frontera chocó en tierra contra un Mi-24 durante un aterrizaje nocturno.

¿SE HIZO ALGO BIEN?

Los sistemas de comunicación rusos sufrieron graves problemas de averías y funcionamiento incorrecto. Numerosos vehículos del 58.° Ejército nunca llegaron a Osetia del Sur porque no arrancaban o porque se averiaron por el camino. En teoría, los carros T-72M enviados a Georgia disponían de blindaje reactivo avanzado, con capacidad para repeler armas anticarro portátiles, pero en la práctica, los contenedores de explosivos que debían provocar la explosión prematura de los proyectiles se encontraban vacíos. La mitad de las bombas arrojadas sobre los aeródromos de Kopitnari y Senaki no estallaron. La letanía de errores es francamente larga.

El conflicto de Georgia fue testigo del primer uso operacional del dron Yakovlev Pchela [abejorro], aunque ya había sido empleado de forma limitada en Chechenia. Desarrollado al final de la era soviética, no había entrado en servicio hasta 1997. Este avión sin piloto despegaba de una rampa gracias al impulso de un cohete y podía permanecer en el aire hasta dos horas, durante las cuales transmitía imágenes en tiempo real desde las cámaras térmicas y de televisión ubicadas en una burbuja bajo el morro. Las primeras versiones empleadas en Chechenia lograron cierto éxito, pese a que su motor bicilíndrico de dos tiempos era ruidoso y no podía volar alto, lo cual le hacía vulnerable a los vientos cruzados de los pasos de montaña chechenos. Solo acometió ocho salidas de combate y el fuego antiaéreo rebelde derribó dos de ellos. Los rusos depositaron más esperanzas en la

versión Pchela-IT, diseñada en exclusiva para las VDV. No obstante, este no causó gran impresión al coronel de paracaidistas Valeri Yajnovets, responsable de probarlo en Georgia. Según sus propias palabras, «el primer dron se estrelló contra el suelo apenas despegó» y el segundo retransmitió unas imágenes tan borrosas que sus operadores no pudieron identificar ni a su propia columna de blindados de infantería. Además, «volaba tan bajo que habrías podido darle con un tirachinas y "gruñía" como un BTR». En suma, el coronel opinaba que «su eficacia es nula y las Fuerzas Aerotransportadas no lo necesitan».[5] Los futuros drones rusos iban a mostrarse notablemente más efectivos y fueron mejor recibidos por los usuarios; sin embargo, parece que hizo falta un estreno en combate desastroso para que los militares pudieran identificar qué funcionaba y qué no.

También hubo fallos elementales de preparación. A pesar de que las fuerzas desplegadas en Georgia eran profesionales, en la práctica no mostraron más capacidades ni aptitudes que los soldados de reemplazo. Sufrieron casi tantas bajas en accidentes de carretera o de otro tipo que las provocadas por la artillería georgiana. Los aviones no fueron los únicos en sufrir fuego amigo: hubo numerosos incidentes en los que las unidades se disparaban entre sí a causa de las malas comunicaciones o la deficiente disciplina de fuego. A propósito de esta última, algunas unidades gastaron toda la munición asignada en solo doce horas y, dado que el reabastecimiento era tan caótico como todo lo demás, en ocasiones tenían que ser relevadas a retaguardia. En mitad de la batalla, esto podía tener consecuencias desastrosas. El comandante de una sección de carros admitió haber perdido dos de sus T-72 en Zemo Nikozi porque «nos quedamos sin munición, y [los georgianos] nos rodearon con lanzagranadas».[6]

En suma: para un ministro que estaba buscando un garrote lo suficientemente grande y contundente como para someter al alto mando y obligarle a aceptar sus dolorosas reformas, la contienda georgiana fue justo el tipo de guerra que necesitaba Serdiukov.

CAPÍTULO 12

El Ejército de «Nueva Imagen»

Nueva York es como Londres: una de esas ciudades globales por las que todo el mundo pasa en una u otra ocasión. Yo me acababa de mudar a la ciudad para ocupar una plaza en la Universidad de Nueva York cuando, en 2010, se celebró un encuentro de antiguos agregados de defensa occidentales que habían estado destinados en Moscú, en el bar de un hotel tirando a sofisticado del Upper West Side, y tuve la suerte de que me invitasen. Era octubre y se cumplían exactamente dos años de que se hubiera hecho público el programa para un Ejército de «Nueva Imagen». Los detalles no eran sorprendentes de por sí: hacía años que se conocían las profundas reformas que necesitaban las fuerzas armadas rusas, lo que faltaba era la voluntad y la capacidad para llevarlas a cabo.

El tamaño del Ejército continuaría reduciéndose, con el correspondiente incremento del porcentaje de *kontraktniki*, al tiempo que se aligeraría el hipertrofiado cuerpo de oficiales, sobrecargado de altos mandos. Para ello, se pasaría de un modelo basado en divisiones de 10 000 efectivos a otro en el que la brigada de 6000 soldados constituiría el elemento de maniobra básico. La idea era crear una fuerza flexible, orientada a los conflictos locales y a las intervenciones en el exterior. La brigada del futuro tendría una potencia de fuego parecida a la de la antigua división, gracias a un programa de modernización exhaustivo que, para 2020, lograría que el 70 por ciento de todos los sistemas de armamento fueran de última generación y un mando y control renovado que optimizase la efectividad hasta niveles máximos. Se pondría fin a los días en los que los combates recaían en un puñado de fuerzas «en disposición permanente» —en teoría, el 20 por ciento del conjunto, pero en la práctica en torno al 12-15 por ciento—. Con el nuevo sistema, todas las brigadas serían aptas.

Se trataba de un proyecto ambicioso, en el que los resultados no estaban exentos de sacrificios. Divisiones con un orgulloso historial que se remontaba a la Gran Guerra Patriótica o incluso antes fueron divididas o reducidas a brigadas. De entre las 205 000 plazas de oficial suprimidas, se cesó a 200 generales y de los 365 000 mandos existentes en 2008 (uno de cada tres militares de un total de 1,13 millones) se debía pasar a solo 142 000 en 2022 (uno de cada seis o siete de un total de algo menos de un millón). Las 65 academias militares se racionalizaron y concentraron en 10 centros de formación. Se desmantelaron y destruyeron las existencias de munición obsoletas —algunas procedentes de los suministros para los carros T-34 de la época de la Segunda Guerra Mundial—, con lo que desaparecía la razón de ser de miles de cómodos puestos de trabajo necesarios para el inventario y gestión, por más inútiles que resultaran ahora.

Muchos de los presentes en el bar de aquel hotel se mostraban muy escépticos. Todos conocían estas reformas, pero no creían que el alto mando las llevase a término, o puede que prefirieran pensar que las fuerzas armadas rusas seguirían siendo un oso envejecido y con sobrepeso. Sin embargo, había un asistente algo más avispado, que procedía de un país

cuyas relaciones con Rusia eran algo mejores y que, por tanto, había podido tratar con oficiales rusos corrientes, no con soldados-diplomáticos, que advirtió a sus colegas de que no debían ser tan autocomplacientes. «Esta vez, la presión viene de arriba, no solo desde abajo. Los hombres que conozco, mayores y coroneles, están cansados, hartos de veinte años de declive. Están dispuestos… Van a darnos una sorpresa —el antiguo agregado apuró su bebida— y no nos va a gustar».

MANDO Y CONTROL: GESTIÓN UNIFICADA DE LA BATALLA

En la cúspide del sistema, Makárov logró por fin acometer la gran reforma de la estructura de distritos militares prevista por su predecesor Baluyevski (en realidad, estos cambios se remontaban a la década de 1990, pero, como tantos otros planes de aquel periodo, no llegaron a ninguna parte). El antiguo método soviético consistía en que, en caso de guerra, los distritos militares se dividían en dos elementos. Las fuerzas operativas se convertían en un frente y entraban en combate al mando del comandante del Distrito Militar (VO), mientras que el resto de los contingentes permanecía bajo el control de uno de sus subordinados, que desempeñaba la organización logística encargada de mantener la seguridad en retaguardia, generaba reservas y proporcionaba apoyo general al frente. Si, en época de paz, los VO estaban subordinados al alto mando del SV, una vez iniciada la guerra, los frentes pasaban a depender del Estado Mayor General. Por su parte, el Mando Central de la Armada controlaba las flotas en caso de conflicto, mientras que las Fuerzas Aéreas tenían su propia cadena de mando, aún más compleja.

Este esquema tenía mucho de anacrónico. Ivánov y Baluyevski trataron de suprimir esta estructura, que consideraban ineficiente e inservible para encarar las necesidades de una nueva era del arte de la guerra en la que las fuerzas terrestres, aéreas y navales tenían que cooperar como nunca antes.

No obstante, a pesar de las apelaciones a las reformas, en la práctica, se habían producido pocos cambios —un perenne problema de la década de 2000— pues siempre había otras prioridades, pero durante el mandato de Makárov se adoptó al fin una versión modificada del plan de Baluyevski por el que los seis VO y la región especial de Kaliningrado se reagruparon en cuatro distritos. Este cambio, en apariencia una mera reorganización del mapa organizativo, tuvo una importancia real, puesto que los nuevos distritos eran verdaderos mandos operativos conjuntos, con un control directo mucho más estrecho sobre sus fuerzas aéreas, terrestres y, a menudo, también navales. En caso de conflicto, los nuevos VO pasarían a ser Mando Estratégico Operacional (OSK), que dejaban de lado la vieja división entre frentes y VO y, además, asumían el control sobre otras unidades militarizadas de su área de operaciones, tales como las Tropas del Interior o de Fronteras.

El **ZVO** (*Západni voyenni ókrug* [**Distrito Militar del Oeste**]) concentra los antiguos distritos de Moscú y Leningrado. Dispone del 1.er Ejército de Tanques, el 6.° Ejército «Bandera Roja», el 20.° Ejército «Bandera Roja» de la Guardia, la Flota del Báltico y parte de la Flota del Norte. Además del nuevo Mando de Defensa Aeroespacial Operacional-Estratégico, que trataremos más adelante, este distrito controla el contingente operativo de 100 000 efectivos del enclave ruso de Kaliningrado, encuadrados en la 18.ª Brigada Motorizada de Fusileros de la Guardia, la 7.ª Brigada Independiente Motorizada de Fusileros y la 336.ª Brigada de Infantería Naval de la Guardia.

El **YuVO** (*Yuzhni voyenni ókrug* [**Distrito Militar del Sur**]), con cuartel general en Rostov del Don, controla los 48.º y 49.° Ejércitos, la Flota del mar Negro y la Flotilla del Caspio. La 102.ª Base desplegada en Armenia está subordinada al YuVO. La 102.ª tiene la doble misión de defender el espacio aéreo ruso y armenio, así como la de reafirmar la autoridad de Moscú en el Cáucaso.



El **TsVO** (*Tsentralni voyenni ókrug* [**Distrito Militar del Centro**]) cubre una extensión del país que va desde los Urales a Siberia occidental. Cuenta con el 2.° Ejército «Bandera Roja» de la Guardia y el 41.er Ejército. Con puesto de mando en Ekaterimburgo, controla la 201.ª Base en Tayikistán, con efectivos equivalentes a una brigada; su misión consiste en contribuir a la defensa de aquella república y su régimen en caso de insurgencia o de incursiones procedentes de Afganistán. El TsVO también controla un pequeño contingente destacado en la base de Kant, Kirguistán.

El **VVO** (*Vostochni Voyenni ókrug* [**Distrito Militar del Este**]) controla la Flota del Pacífico, los 5.º y 35.° Ejércitos «Bandera Roja», así como los 29.º y 36.° Ejércitos. Aunque este despliegue puede sonar apabullante, en realidad, el VVO está considerado un destino remoto, pues su principal enemigo potencial es China. Si bien el Estado Mayor General sigue actualizando los planes de contingencia para una guerra convencional en su flanco sudoriental, la constante modernización de las fuerzas armadas chinas, como veremos más adelante, hace inútiles estos planes. El VVO tiene su cuartel general en Jabárovsk, en la frontera china. Sus unidades están dispersas por una extensísima frontera de imposible defensa y el

abastecimiento depende de dos únicas líneas de ferrocarril muy fáciles de interceptar. En la práctica, un conflicto en esta región conduciría a una rápida escalada atómica, que implicaría, como mínimo, el uso de armas nucleares tácticas.

En 2014 los rusos crearon una quinta organización, el **Mando Norte o del Ártico**, pero no se trata de un distrito militar. Dado que su misión consiste en controlar el espacio aéreo y marítimo, está organizado sobre la base de la Flota del Norte y las unidades aéreas de apoyo. Sin embargo, también dispone de un reducido contingente del Ejército formado por dos Brigadas Mecanizadas Árticas. La primera fue la 200.ª Brigada Independiente Motorizada de Fusileros, con base en Pechenga. En 2015, Moscú demostró la gran rapidez con la que puede movilizar sus efectivos cuando, poco después de la creación de este nuevo mando, organizó unas enormes maniobras en el Ártico en las que participaron 80 000 efectivos.

Con respecto a los mandos generales de cada arma —Armada, Ejército de Tierra y Fuerzas Aéreas— que en el pasado desempeñaban un papel en la definición del modo de empleo de sus tropas, en la actualidad, han pasado a centrarse en la táctica, el equipamiento y el adiestramiento. En pocas palabras, el Estado Mayor General proporciona las líneas maestras, los distritos militares las convierten en planes operativos de campaña y los mandos generales se encargan de que tengan lo necesario para cumplir la misión. Por el contrario, las Fuerzas de Misiles Estratégicos (RVSN) han mantenido su función principal, si bien han quedado reducidas de 12 a 8 divisiones, y las Fuerzas Espaciales (KV) han pasado de 7 a 6 unidades, aunque esto, en realidad, no suponga ningún recorte de capacidades, sino una mera reorganización administrativa.

COMPOSICIÓN DE UNA BRIGADA MOTORIZADA DE FUSILEROS

Una brigada motorizada de fusileros estándar se compone de 3800 oficiales y clases de tropa organizados como se detalla abajo.
No obstante, ha habido y sigue habiendo considerables diferencias, en particular en las brigadas con misiones específicas, como por ejemplo la 200.ª Brigada Motorizada de Fusileros, configurada para la guerra ártica, o la 8.ª Brigada Motorizada de Fusileros de Montaña de la Guardia.
Por el contrario, los efectivos reglamentarios de la brigada de tanques, con tres batallones de carros y un batallón motorizado de fusileros, son más reducidos, de unos 3000.

1 Cuartel General de la brigada y compañía de mando
1 compañía de reconocimiento
1 pelotón de francotiradores
1 compañía de guerra electrónica
1 batallón de tanques (4 compañías de tanques)
3 batallones motorizados de fusileros (cada uno de ellos con 3 compañías y una batería de morteros)
2 batallones de artillería autopropulsada (cada uno de ellos con 3 baterías)
1 batallón de lanzacohetes (con tres baterías)
1 batallón contracarro (2 baterías de misiles contracarro, 1 batería de cañones contracarro)
2 batallones de defensa aérea (uno con 3 baterías de misiles antiaéreos, uno con dos baterías de misiles antiaéreos y una batería de cañones antiaéreos)
1 batallón de ingenieros
1 batallón de mantenimiento
1 batallón de transmisiones
1 batallón de apoyo material
1 compañía sanitaria
1 compañía NBQ (nuclear, bacteriológica, química)

LAS FUERZAS TERRESTRES: DE DIVISIONES A BRIGADAS

A pesar de las protestas del *establishment* castrense, estas reformas entraron en vigor. Antes, el Ejército de Tierra (SV) contaba con unos efectivos teóricos de 24 divisiones (3 de tanques, 5 de artillería y ametralladoras, 16 motorizadas de fusileros), 12 brigadas independientes y 2 «bases», nombre que reciben las fuerzas permanentes de Armenia y Tayikistán, aunque, en la práctica, solo 5 divisiones motorizadas de fusileros y quizá 1 de tanques contaban aproximadamente con los efectivos reglamentarios, mientras que las otras eran meras carcasas en espera de recibir reservistas en caso de guerra. Por otra parte, el sistema de movilización de estos últimos estaba sumido en el caos, con registros extraviados y sin que la mayoría de reservistas cumpliera con los ejercicios periódicos de instrucción. Incluso en caso de disponer de tres meses para la movilización, el cálculo oficial, ya de por sí optimista, estimaba que podrían disponerse de 9 divisiones, todavía muy por debajo de la cifra oficial de unidades.

En un gesto simbólico, la primera división que desapareció fue la 2.ª División Motorizada de Fusileros de la Guardia Tamanskaya, una de las formaciones de élite de la «Guardia de Palacio» de Moscú. Sus estandartes y distinciones en combate pasaron a la recién formada 5.ª Brigada Independiente Motorizada de Fusileros de la Guardia, mientras que otras de sus unidades fueron asignadas a la nueva 8.ª Brigada Independiente Motorizada de Fusileros de la Guardia. Menos de un año después, solo continuaba existiendo una de las 24 divisiones del SV: la 18.ª División de Artillería y Ametralladoras, una formación defensiva que protege las islas Kuriles, en el Lejano Oriente. Las demás fueron reemplazadas por 44 brigadas de maniobra: 4 de tanques, 4 aerotransportadas, 35 motorizadas de fusileros y 1 de cobertura (*vid*. Capítulo 28). También se crearon otras 41 de apoyo: 22 de misiles y artillería, 9 de defensa aérea, 1 de guerra electrónica y 9 de transmisiones. Esta transición no estuvo exenta de problemas. En 2012, la mayoría de brigadas de combate se hallaba un 20-30 por ciento por debajo de los efectivos reglamentarios y no más de 17 de las 44 brigadas de

combate estaban completas. No obstante, esto también fue cambiando con el tiempo. La reforma también sirvió para retirar mucho material obsoleto, incluidos 20 000 carros anticuados.

La 201.ª Base Militar en Tayikistán mantuvo su configuración, pues ya tenía efectivos equivalentes a una brigada (hasta 2004, había sido la 201.ª División Motorizada de Fusileros). Disponía de 3 regimientos: el 92.º Motorizado de Fusileros, el 149.º Motorizado de Fusileros de la Guardia y el 191.er Motorizado de Fusileros. Aparte, había otros dos despliegues en el extranjero: la 102.ª Base Militar en Armenia, establecida en 2010 sobre el núcleo de la 73.ª Brigada Independiente Motorizada de Fusileros, y el antiguo 14.° Ejército, que, en 1995, pasó a denominarse Grupo Operacional de Fuerzas Rusas en Transnistria. Este último ha ido reduciendo sus efectivos de forma constante. En la actualidad, cuenta con el equivalente a un regimiento, con los 82.º y 113.er Batallones Independientes Motorizados de Fusileros y el 540.º Batallón de Mando Independiente, con unidades de seguridad y apoyo. El conjunto suma alrededor de 1500 oficiales y clases de tropa.

LAS FUERZAS AÉREAS: RACIONALIZACIÓN

La reforma de las fuerzas aéreas implicó una reorganización en la cúspide y una reducción muy significativa sobre el terreno. Lo primero supuso la creación, en 2011, de las VVKO (*Voiská vozdushno-kosmicheskoi oboroni* [Fuerzas de Defensa Aeroespacial]), basadas en las antiguas Fuerzas Espaciales. Este nuevo mando agrupaba los dispositivos de alerta temprana y vigilancia espacial, el sistema de misiles antibalísticos basado en el radar de gestión de batalla Don-2N y 68 lanzadores, el sistema global de navegación por satélite GLONASS y el cosmódromo de Plesetsk, un puerto espacial situado al norte de la región de Arcángel. En 2015, las VVKO se fusionaron con la fuerza aérea en las nuevas VKS (*Vozdushno-kosmicheskiye sili* [Fuerzas Aeroespaciales]).

Asimismo, los rusos formaron el OSKVKO (*Operativno-strategicheskoye komandovaniye vozdushno-kosmicheskoi oboroni* [Mando Estratégico-Operacional de Defensa Aeroespacial]) a partir del antiguo Mando Aéreo de Misiones Especiales. Esta formación, en realidad, la defensa aérea de Moscú, se componía del 16.° Ejército Aéreo, dotado tanto de unidades de combate en primera línea, como del 237.° Centro de Pruebas de Tecnología Aérea de la Guardia, con sede en la base aérea de Kúbinka, al oeste de la capital, así como de defensas antiaéreas provistas del misil tierra-aire S-400, un sistema de notables capacidades. En esa línea, dos ejércitos aéreos especializados se designaron como mandos de pleno derecho: el 37.° Ejército pasó a ser el Mando de Aviación de Largo Alcance y el 61.er Ejército el Mando de Aviación de Transporte Militar.

Los rusos integraron los otros cuatro ejércitos en los nuevos VO: el antiguo 6.° Ejército Aéreo se convirtió en el 1.er Mando Aéreo y de Defensa Aérea del ZVO (Distrito Militar del Oeste), el 11.er pasó a ser el 2.º Mando Aéreo y de Defensa Aérea del VVO (Distrito Militar del Este), el 14.º el 3.er Mando Aéreo y de Defensa Aérea del TsVO (Distrito Militar del Centro) y los 4.º y 5.° Ejércitos se fusionaron en el 4.º Mando Aéreo y de Defensa Aérea del YuVO (Distrito Militar del Sur). De igual modo, las antiguas divisiones y cuerpos de defensa aérea se reorganizaron en 13 brigadas de defensa aeroespacial que fueron distribuidas entre los distritos militares y el OSKVKO.

En conjunto, las VVS se vieron sometidas al mismo proceso de racionalización que el resto de armas, lo que supuso la supresión de bases aéreas que existían para dar servicio a escuadrones que en la práctica no existían, no tenían capacidad de operar o eran meras unidades teóricas en espera de una imaginaria movilización futura. De un total de 242 bases permanecieron 52 y los 340 escuadrones nominales quedaron reducidos a 180. En este caso también se abolió la estructura divisionaria en favor de mandos operativos asignados a las bases que, a su vez, estaban subordinados a siete nuevos mandos de aviación.

Se hizo especial hincapié en el uso de municiones guiadas de precisión y en el despliegue de plataformas —y de pilotos entrenados— capaces de utilizarlas, como una de las lecciones extraídas de las dos contiendas en

Chechenia y de la observación de las operaciones occidentales en Oriente Medio y los Balcanes. De igual modo, su preocupación por las campañas aéreas masivas de Occidente —que los analistas denominan MRAU (*Massirovanni raketno-aviatsionni udar* [Ataque de misiles y aviación en masa])— queda en evidencia tanto por la creación de la VKKO, como por sus reflexiones teóricas en torno a cómo sobrevivir a esta *Blitzkrieg* aérea.

LA ARMADA: INTEGRADA AL FIN

Con respecto a la Armada, esta sufrió también drásticos recortes. Pasó de 240 a 123 buques y submarinos, de nuevo en aras de la modernización y la operatividad. Muchas de las naves, tal vez la mayoría, no disponían de tripulaciones completas o ni siquiera estaban en condiciones de hacerse a la mar, pero el objetivo de la reforma era que todos los buques que permanecieran activos recibieran las reparaciones y el mantenimiento necesarios. Asimismo, se adoptó un ambicioso plan de adquisiciones que preveía para 2020 la compra de 100 nuevas naves (aunque esto no quería decir que estuvieran construidas y menos aún en servicio), en particular submarinos y buques de menor porte, más polivalentes. Entre otros, el programa incluía 35 corbetas, 15 fragatas y 20 submarinos.

Por otra parte, la Armada temía que la subordinación de las cuatro flotas a los nuevos VO la situase bajo el dominio del SV. Sin embargo, esto fue menos una causa que un efecto. Como veremos más adelante, la idea de que la Marina rusa pudiera mantener su estatus de arma capaz de operar de forma autónoma estaba en entredicho desde hacía tiempo. En realidad, ya hacía bastante que se había convertido en poco más que una fuerza de defensa costera que llevaba a cabo demostraciones fuera de sus aguas por motivos de prestigio y diplomacia, pero una integración más estrecha con las fuerzas terrestres aumentaría la credibilidad y la utilidad de la Marina.

Los efectivos de la Infantería Naval experimentaron una reducción más limitada, en parte debido a la conciencia de que Rusia seguía necesitando tropas de élite y del hecho de que habían confiado en la Infantería Naval en

las dos guerras de Chechenia, por alejada que se encontrara del mar. La 55.ª División de la Flota del Pacífico, que desde hacía mucho tiempo estaba muy por debajo de los efectivos reglamentarios, se convirtió en la 155.ª Brigada Independiente de Infantería Naval (cuyas unidades principales de maniobra eran el 59.º Batallón Independiente de Infantería Naval y el 47.º Batallón Independiente de Asalto Aéreo de Infantería Naval). La 61.ª Brigada Independiente de Infantería Naval de la Flota del Norte pasó a ser un regimiento (aunque en 2014 recuperó su condición de brigada). La 77.ª Brigada de la Flotilla del Caspio, otra «unidad fantasma» fue desactivada, pero el 810.º Regimiento Independiente de la Flota del mar Negro recobró su estatus de brigada, que había perdido en 1998, en parte porque ahora tenía la misión de proporcionar infantes navales a la Flotilla del Caspio.

LAS FUERZAS AEROTRANSPORTADAS: SUPERVIVENCIA

El trato que se dio a las tropas aerotransportadas, dotadas de una proporción muy elevada de profesionales, refleja el énfasis en las unidades de élite con capacidad de proyección de fuerza. Se llevaba largo tiempo debatiendo si mantener las VDV como mando separado era un capricho caro y estéril, así como si los 35 000 paracaidistas serían de más utilidad integrados en las fuerzas terrestres regulares o como reserva de los VO. En última instancia, al Estado Mayor General le gustó la idea de mantener un arma aerotransportada separada como activo estratégico, a lo que contribuyó el peso del «*lobby* paracaidista» en el seno del «Distrito Militar de Arbat» y en los círculos políticos en general.

Aunque el plan original preveía canibalizar las cuatro divisiones de las VDV para formar 7 u 8 brigadas aerotransportadas, no se dio prioridad a este cambio. En 2009, con la llegada del combativo y enérgico teniente general Vladímir Shamánov al mando del cuerpo, los recortes propuestos se convirtieron en realidad en forma de plan de expansión. Se tomó la decisión de que cada VO tendría una brigada aeromóvil de respuesta rápida, aunque

las VDV conservarían sus divisiones, cada una de las cuales dispondría de 5 batallones compuestos en su totalidad por *kontraktniki*, que servirían de fuerza de reacción rápida para despliegues en el extranjero. Esto último planteaba más problemas de lo esperado, ya que los paracaidistas tenían que competir con las restantes armas para conseguir voluntarios.

Según Shamánov, a mediados de 2011, la disponibilidad de las unidades estaba por debajo de las cifras previas al inicio de las reformas. Tan solo un 31 por ciento de la fuerza era profesional y las unidades de reacción rápida solo disponían de un 70 por ciento de *kontraktniki*. El objetivo de Shamánov era que al menos la mitad de las VDV lo fuera, algo que requeriría años, pero al menos garantizó que los paracaidistas, junto con los *Spetsnaz* (que también tenían sus propias disputas políticas, *vid*. Capítulo 24) seguirían siendo en el futuro la «punta de lanza» de Rusia.

Es indudable que las reformas crearon unas fuerzas armadas mucho más ágiles, efectivas y flexibles. En 2014, por ejemplo, los rusos desplegaron unos 40 000 efectivos en la frontera ucraniana siete días después del inicio de su intervención en la región del Donbás, en el sudeste, cuando en 1999 habían necesitado el triple de tiempo para enviar un contingente similar a Chechenia. La pregunta era, ¿qué haría el Kremlin con este nuevo ejército? Como predijo el veterano agregado de defensa, una Rusia rearmada sería un vecino incómodo para el «exterior cercano» y un complejo desafío político para Occidente.

TERCERA PARTE

La nueva Guerra Fría

CAPÍTULO 13

Shoigú, el reconstructor

El desfile del 9 de mayo, Día de la Victoria, se ha convertido en una de las festividades más sagradas del régimen de Putin, aunque el presidente no es el único que se ha beneficiado de este alarde coreografiado de triunfalismo y poder militar. Durante la parada de 2015, el ministro de Defensa Serguéi Shoigú hizo detener su vehículo bajo la puerta de la torre Spasskaya, o del Salvador, y se persignó. Este momento televisado es un ejemplo perfecto de su sentido político: el gesto sintonizaba a un tiempo con la Iglesia ortodoxa y con la historia y las tradiciones del país. En época de los zares, la costumbre dictaba que quienes pasaran por esa puerta debían descubrirse y rendir homenaje al icono situado sobre la entrada. Incluso los zares lo hacían y cuenta la

leyenda que, cuando Napoleón, de modo arrogante, atravesó la puerta en 1812, después de que sus ejércitos ocupasen la ciudad, una súbita ráfaga de viento le arrebató el sombrero de la cabeza.

Shoigú es uno de los pesos pesados del régimen, un político astuto que, a pesar de proceder de la remota región siberiana de Tuvá, donde la mayoría de los habitantes abraza una corriente budista, se ha ganado un apoyo público generalizado y entusiasta. Antes de la invasión de Ucrania de 2022 se hablaba de su posible nombramiento como plenipotenciario presidencial del Distrito Federal de Siberia —en esencia, virrey de Siberia— aunque también se decía que podía llegar a ser primer ministro e incluso se comentaba, en voz muy, muy baja, que podía llegar a ser presidente. Esta popularidad se debió a que había logrado, en apariencia, continuar el proceso de reformas, además de ganarse al alto mando, escéptico y reticente después de la era Serdiukov. No obstante, en la actualidad, se cuestiona hasta qué punto fue tan solo un logrado ejercicio de relaciones públicas.

¿QUIÉN ES SERGUÉI SHOIGÚ?

Shoigú ha demostrado una gran pericia y una habilidad casi única: ascender en un sistema político competitivo y fagocitador sin granjearse enemigos y ejerciendo de lo que, en términos de empresa, se denomina un gestor de reestructuración, es decir, alguien que reforma organismos disfuncionales y logra que funcionen. No cabe duda de que las fuerzas armadas necesitaban de su talento después de los cinco años y medio de Serdiukov y de las drásticas (y, para los generales, impopulares) reformas impulsadas tras la Guerra de Georgia. Sin embargo, para él no era nada nuevo. Nacido en 1955 de padre tuvano y madre ruso-ucraniana, Shoigú era un muchacho atlético y aventurero, cuya afición a las travesuras peligrosas, como saltar entre las placas de hielo del río Yeniséi, le hicieron ganarse el apodo de Shaitan [Satán], aunque también era un buen estudiante y llegó a graduarse como ingeniero civil. Después de trabajar una década en la construcción, ocupó un puesto en la organización del Partido Comunista. En 1990 llegó

su gran oportunidad: fue nombrado vicepresidente del Comité Estatal de Arquitectura y Construcción, lo que significaba tener que mudarse a Moscú, donde tendría que asumir responsabilidades en materia de vivienda y otros proyectos de edificación en un momento en que el presupuesto era minúsculo, la administración un caos y el Estado se derrumbaba.

A pesar de ello, Shoigú se ganó de inmediato la reputación de alguien que sabía mantener la cabeza fría en momentos de crisis y sacar el máximo rendimiento de los recursos disponibles. En 1991, le asignaron la jefatura del Cuerpo de Rescate, un nombramiento que más parecía un castigo: este organismo, notorio por su ineficiencia, corrupción y baja moral y que se encargaba de numerosas tareas, desde búsqueda y rescate a protección civil, se componía de un batiburrillo de agencias y responsabilidades. El cargo parecía el fin de su carrera, pues hacía a Shoigú responsable, en la práctica, de cualquier desastre que ocurriera en el país. No obstante, Shoigú hizo de la necesidad virtud y reorganizó el cuerpo, que se convirtió en 1994 en el Ministerio de Situaciones de Emergencia (MChS). Racionalizó la administración, ordenó estrictas auditorias para eliminar la corrupción e implementó medidas que fomentaban un espíritu corporativo inexistente hasta entonces, tales como vestir elegantes uniformes.

Shoigú nunca dejaba de hacer acto de presencia cuando sucedía una catástrofe, como el terremoto que en 1995 devastó la localidad petrolífera de Neftegorsk, en Sajalín, que mató a más de la mitad de sus habitantes; o el accidente del vuelo 352 a Vladivostok, en 2001, que se estrelló cuando se disponía a aterrizar en Irkutsk. Lejos de ser un heraldo de desgracias era una presencia reconfortante que consolaba a los afligidos, coordinaba operaciones de rescate y atendía a la prensa. Igualmente, sabía jugar la partida burocrática entre bambalinas, pues convirtió el cuerpo en un ministerio y a él mismo en ministro; en 2001, consiguió arrebatarle el servicio estatal de bomberos al Ministerio del Interior (MVD). Shoigú demostró que sabía dirigir un organismo. Cuando dejó el cargo, en 2012, había convertido el MChS en una de las entidades públicas más eficientes e incluso honestas de Rusia.

Nada de esto escapó a la atención del Kremlin. En 1999 lo condecoraron con la medalla de Héroe de Rusia; es más, fue designado para

presidir Unidad, el nuevo partido político concebido para proporcionar una base de poder al próximo presidente de Rusia, Vladímir Putin. Borís Yeltsin llegó a denominarlo «nuestra mayor estrella».[1] Se trataba un intento descarado de aprovechar su popularidad, pero, aun así, aceptó y, en 2001, Unidad se fusionó con el movimiento Patria-Toda Rusia para formar Rusia Unida, que sigue constituyendo la base del orden político de Putin.

Con todo, era evidente que Shoigú no tenía mucho interés por la política electoral. Era consciente de que en el firmamento solo había espacio para una «estrella». En lugar de eso, empezó a construir una relación con Putin y le regaló (el presidente es un entusiasta de los perros) una perra labrador negra, *Koni*, de la que se dice que es su favorita y, además, sirvió de arma psicológica: en 2007, dejó que se pasease delante de la canciller alemana, Angela Merkel, cuya aversión a los canes es igualmente conocida. Jugador agresivo y entusiasta, Shoigú es un fijo en el equipo del propio Putin en la «liga nocturna de hockey sobre hielo» y también ha invitado al presidente a pasar largas estancias de vacaciones en su Tuvá natal. No obstante, Shoigú tiene siempre presente su situación política, pues se retira a un segundo plano cuando el presidente se hace fotografiar con el torso desnudo mientras recorre la tundra, o en algún otro alarde de su condición de macho alfa. Es así como ha logrado ser el único miembro del círculo íntimo de Putin que no es un excolega de sus días en el KGB o de Leningrado/San Petersburgo.

En 2012, Shoigú dejó el MChS (aunque quedó en manos de su círculo de confianza) para postularse, y obtener, el cargo de gobernador de la relevante región de Moscú. En esta ocasión, tampoco está claro si fue por propia iniciativa o si le impulsaron a asumir el puesto. De todos modos, se entregó de inmediato a la labor de iniciar nuevos proyectos de infraestructuras, desbrozar las instituciones y desmantelar tramas corruptas que estaban exprimiendo los fondos estatales a unos niveles inaceptables incluso para los estándares del momento. Transcurridos apenas seis meses, Putin empezaba a necesitar un nuevo ministro de Defensa que continuase el proceso de reformas, pero también que lograse convencer al alto mando. Una vez más, Shoigú dio un paso al frente.

«UN SERVIDOR DEL ZAR, UN PADRE PARA LOS SOLDADOS»

Shoigú fue nombrado ministro el 6 de noviembre de 2012 y aplicó de inmediato su característica combinación de relaciones públicas e impulso administrativo. Por un lado, trató de hacer ver a los generales que estaba de su lado. Si Serdiukov siempre llevaba traje, Shoigú, en un gesto simbólico, vestía uniforme de general (esto se consideraba aceptable, dado que tenía rango militar tras su paso por el MChS). Revirtió algunos de los recortes más dolorosos, pero menos relevantes, en particular entre las filas de los *Suvórovtsi* y *Najímovtsi*, los cadetes adolescentes de la Academia Militar Suvórov y la Escuela Naval Najímov, cuna de la siguiente generación del cuerpo de oficiales. Si Serdiukov remarcaba las carencias de los militares en sus declaraciones públicas, Shoigú las debatía en privado con sus generales, para convencerlos del brillante futuro que tenían por delante.

Cabe admitir que podía permitirse ser conciliador, pues los aspectos más sensibles del programa de reformas, en particular la reducción de efectivos, ya se había conseguido. No obstante, el ministro dejó claro que no tenía intención de revertir el proceso. Aunque se volvieron a crear las prestigiosas divisiones de la «Guardia de Palacio», la Tamanskaya y la Kantemirovskaya, la brigada continuó siendo la unidad básica del Ejército. Shoigú se entregó a la labor de tomar la estructura militar que había heredado y —como ya hizo con el MChS— hacer que funcionase.

La frecuencia, escala y realismo de las maniobras militares empezó a aumentar. En su exhaustivo estudio sobre este aspecto, Johan Norberg, del FOI (Totalförsvarets forskningsinstitut [Instituto de Investigaciones para la Defensa]) sueco, señaló que «hasta 2009, Rusia tuvo que lidiar con guerras y conflictos armados locales. Desde entonces, las maniobras militares demuestran una ambición y unas capacidades más propias de conflictos regionales» que, según la nomenclatura militar rusa, podría incluir uno contra la OTAN.[2] Se trataba de ejercicios serios, en los que las nuevas unidades ejecutaban maniobras que ya no eran, como antaño, meras teatralizaciones destinadas a transmitir un mensaje tranquilizador a los

dirigentes políticos. Al contrario, representaban auténticos desafíos, combinados con inspecciones sorpresa que podían consolidar o romper la carrera de un oficial. Mientras, Shoigú respetó e incluso incentivó las medidas de Serdiukov de emplear contratistas civiles y subcontratas para mejorar las condiciones de vida de la tropa y proporcionarles de todo, desde alimentos a limpieza.

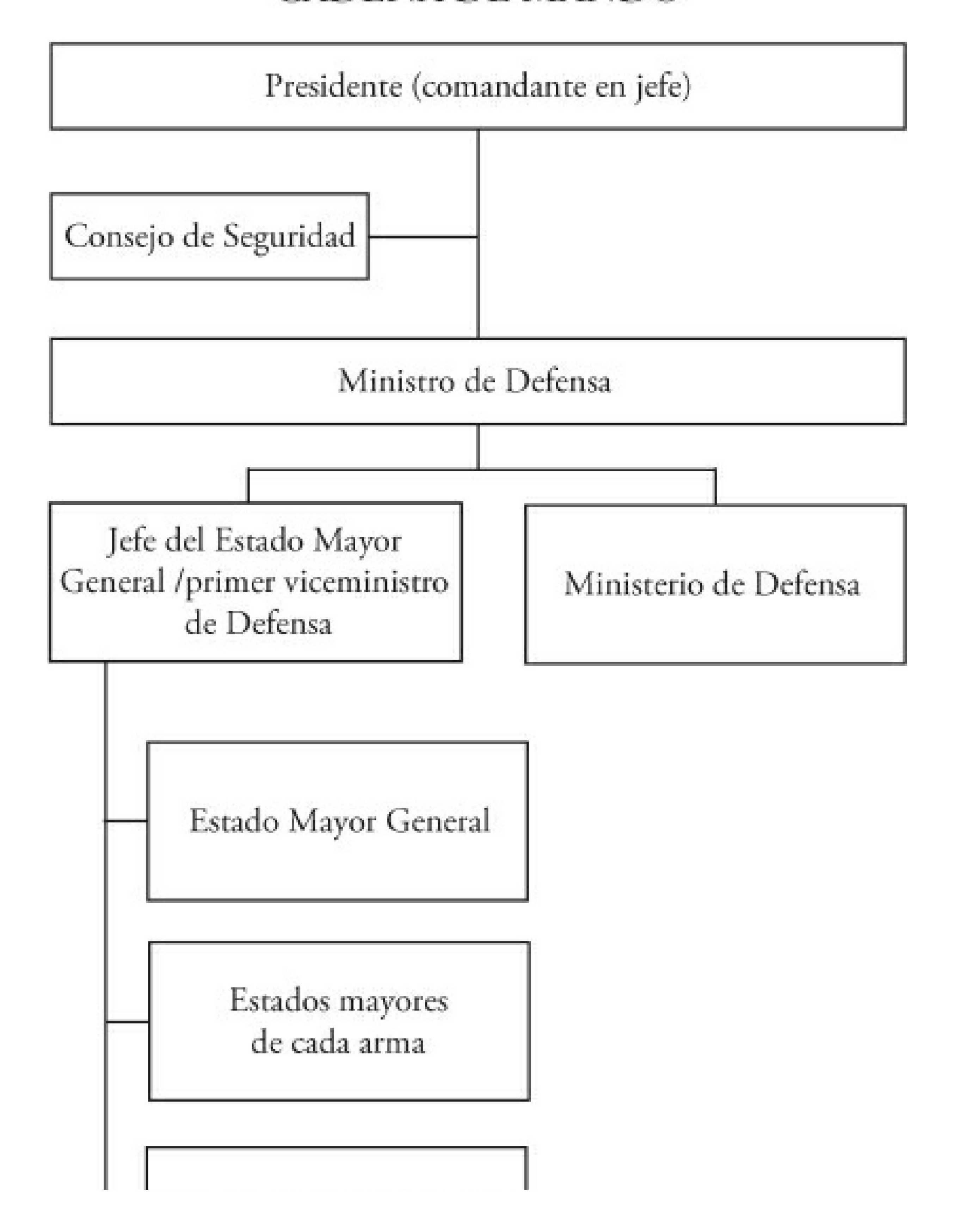
Un simple par de calcetines se convirtió en el símbolo de la nueva tendencia modernizadora y de sentido común. Hasta 2013, los soldados rusos —al igual que sus antecesores soviéticos e incluso zaristas— no utilizaban calcetines, sino que se envolvían los pies con unas piezas de tela rectangular denominadas *portianki*. En enero de 2013, Shoigú convocó al alto mando a una videoconferencia —otra innovación en sí misma— en la que declaró que, «a final de año, debemos olvidar la palabra "*portianki*"».[3] Y así fue. Esta medida, por más trivial que parezca, fue muy apreciada por los sufridos soldados, pues demostraba que el ministro era capaz de cambiar las cosas y que se preocupaba por ellos. Fue un gesto de relaciones públicas tan necesario como brillante. Recuerdo haber oído decir a unos soldados que quemarían sus *portianki* tan pronto como llegasen los nuevos calcetines reglamentarios, de modo que no es de extrañar que la gente empezara a recitar un pasaje del poeta decimonónico Mijaíl Lérmontov para referirse a Shoigú: «Un servidor del zar, un padre para los soldados».[4]

EL GENERAL GUERÁSIMOV

El jefe de Estado Mayor General Makárov era casi tan impopular en el seno del alto mando como el propio Serdiukov, y lo que Shoigú necesitaba no era tanto un pensador como él, sino un capataz, un duro soldado capaz de modelar al Ejército de «Nueva Imagen», por lo que lo reemplazó de inmediato por el coronel general Valeri Guerásimov, a quien describió con acierto como «un militar de los pies a la cabeza».[5] Antiguo cadete de la Academia Suvórov, Guerásimov provenía de la clase trabajadora. Un oficial de fuerzas acorazadas que fue ascendiendo en el escalafón desde abajo:

primero, con la 90.ª División de Tanques de la Guardia en la Polonia del Pacto de Varsovia, luego en la 29.ª División Motorizada de Fusileros del Distrito Militar del Lejano Oriente y, más tarde, al mando de la 144.ª División Motorizada de Fusileros de la Guardia. En 2001-2003 dirigió el 58.° Ejército de Armas Combinadas en Chechenia y después estuvo al mando de la Dirección Principal de Instrucción de Combate… el antiguo puesto de Makárov. Después de estar destinado al frente del Distrito Militar de Leningrado y luego del de Moscú, ascendió al cargo de subjefe del Estado Mayor General, luego comandante del recién creado TsVO y, al fin, regresó al Estado Mayor General, ahora como mano derecha de Shoigú.

CADENA DE MANDO



En su discurso de aceptación formal del cargo de manos de Putin, manifestó:

> Considero que todas las actividades del Estado Mayor General deben ir encaminadas al logro de un objetivo principal: mantener la efectividad de combate de las fuerzas armadas, de modo que puedan cumplir con todas las tareas encomendadas. Haré todo lo que esté en mano para lograr ese objetivo.[6]

Hablaba en serio. Guerásimov fue en gran medida el impulsor de la campaña para lograr que las nuevas fuerzas estuvieran dispuestas para el combate. El ciclo de maniobras se aceleró hasta niveles desconocidos desde la época soviética. Cuando Siria, aliada de Rusia, empezó a experimentar disturbios de gravedad, los rusos establecieron un destacamento naval permanente en el Mediterráneo oriental, extraído en su mayor parte de unidades en rotación de la Flota del mar Negro. Por supuesto, era inevitable que persistieran los errores y las equivocaciones. Durante unos ejercicios realizados por el TsVO en febrero de 2013, por ejemplo, la coordinación entre unidades aéreas y terrestres continuaba siendo un problema y los fallos provocados por el deficiente mantenimiento y el material obsoleto provocaron momentos embarazosos, como cuando tres helicópteros artillados Mi-24 no arrancaron y dos vehículos blindados de infantería BMD-2 se averiaron durante la primera fase de la maniobra. A pesar de esto, el conjunto de las fuerzas armadas empezó a demostrar el nivel de predisposición para el combate al que aspiraba el Kremlin desde hacía mucho tiempo e incluso presentaba un aspecto moderno.

En 2014, cuando los «hombrecillos verdes» —tropas de operaciones especiales que no portaban insignias— se desplegaron por toda la península de Crimea, hubo un detalle del equipamiento que llamó mucho la atención de los medios y las redes sociales: las rodilleras. Un elemento que se da por descontado en el uniforme del soldado moderno, hasta entonces nunca había formado parte de la panoplia de los rusos y, en muchos aspectos, eran una metáfora de lo muy «occidentalizados» que parecían estos invasores, desde el camuflaje digital y las protecciones corporales a los equipos que

portaban, entre ellos radios tácticas con auriculares y armas personalizadas. Cuando se le preguntó a Putin si se trataba de comandos rusos, este respondió, con deliberada ironía, que seguramente habían estado de compras en tiendas de artículos militares de segunda mano. En realidad, se trataba de la primera aparición en campaña del nuevo sistema de combate de infantería *Ratnik* [guerrero], un conjunto de uniforme y equipo personal que debía situar en el siglo XXI a los soldados rusos.

La idea es mejorar el *Ratnik* con el tiempo, pero ya se está trabajando en un ambicioso sustituto. La base del futurista sistema *Sotnik* [centurión, a falta de una traducción mejor] será un blindaje corporal lo bastante duro como para resistir una bala de ametralladora pesada y un revestimiento que oculte la firma térmica del soldado, además de disponer de camuflaje camaleónico «electrocrómico» que puede cambiar de color con solo tocar un botón. El soldado contará con microdrones que le transmitirá imagen de vídeo y un exoesqueleto con motor con el que transportar cargas pesadas o desplazarse a gran velocidad sin agotarse. Todo esto resulta muy ambicioso, pero, para ser sinceros, lo más probable es que, en los próximos años, *Sotnik* tan solo sea un ejercicio experimental de conceptos tecnológicos más que el nuevo uniforme estándar.[7] De todos modos, simboliza la pretensión de Moscú —aunque no la capacidad— de alcanzar el estatus de potencia militar puntera.

REARME Y RECLUTAMIENTO

Mientras tanto, Shoigú empezó a impulsar el rearme. Serdiukov había tratado de suprimir el despilfarro, a la vez que endurecía las negociaciones con la industria de defensa. Sin embargo, hasta 2008, la cantidad de nuevo armamento de última generación adquirido y recibido por las fuerzas armadas fue insignificante. Había obligado a los proveedores de defensa a incrementar los controles de calidad y reducir los márgenes de beneficio e incluso empezó a adquirir sistemas extranjeros, en parte a modo de advertencia, pero si hemos de ser justos, aunque algunos de los llamados

«devoradores de metal» se avinieron a las condiciones de Serdiukov, otros tenían graves dificultades para modernizarse, de modo que tales exigencias no solo lo convirtieron en un personaje impopular entre los empresarios industriales, sino que también ralentizó el suministro, pues las compañías tenían que revisar sus procedimientos.

En 2011, Serdiukov se quejó al presidente Medvédev de las carencias de la industria, a la que responsabilizó del incumplimiento del GOZ (*Gosudarstvenni oboronni zakaz* [Pedido de Defensa del Estado]) de 2010, y afirmó que los responsables de algunas compañías debían recibir un correctivo (esto tampoco le ayudó a hacer amigos). Este procedió a criticarlos en público: «Es una situación inaceptable que se tomen decisiones al más alto nivel, que se hayan asignado fondos y que, aun así, la producción no sea entregada».[8] Llegó incluso a preguntar: «¿quién ha sido castigado por esto y cómo?» y, evocando el tiempo de los campos de trabajo del gulag, añadió: «Sin duda, son ustedes conscientes de que, en otra época, la mitad de los aquí presentes ya estaría haciendo trabajos forzados a la intemperie». Sonaba a discurso beligerante, pero, pocos meses más tarde, Medvédev anunció que apoyaría el retorno al Kremlin de Putin, con lo que se convirtió de inmediato en un presidente interino y su capacidad para imponer cambios a los poderosos empresarios de la industria de defensa —algunos de los cuales tenían vínculos con Putin—, si ya era limitada, paso a ser nula.

Shoigú recurrió a su característica combinación de palo y zanahoria. Retomó la vieja política de solo comprar equipamiento a proveedores rusos, con algunas excepciones tradicionales (tales como motores navales ucranianos o elementos particulares para las fuerzas especiales) y adoptó una actitud más flexible en cuanto al cumplimiento de los contratos. Aunque no tenía inconveniente para llamar la atención a las compañías que no cumplían con los estándares de calidad acordados, puede decirse que estableció una alianza con los «devoradores de metal». Dado que tenía más dinero que gastar, gracias a los recortes de personal y al aumento del presupuesto de defensa —en 2010, Putin anunció un plan de compra de armamento de 19,4 billones de rublos (unos 688 millones de euros) para el

periodo 2011-2020— podía valerse de los suculentos pedidos para incentivar que los productores se portaran bien.

Aunque solo un 16 por ciento del equipamiento ruso se consideraba «moderno», en 2010 se adoptó el Programa Estatal de Armamento a diez años vista que aspiraba a incrementar ese porcentaje al 70 por ciento para 2020. La noción de «moderno», aunque difusa, significaba que estuviera fabricado en la última década o sometido a una significativa actualización, lo que conllevaba una campaña de adquisición sostenida y sustancial. Aun así, la cifra se alcanzó.

Aunque sobre el papel las fuerzas armadas tenían unos efectivos nominales de un millón, en realidad disponían de 220 000 oficiales, 186 000 *kontraktniki* y 296 000 reclutas, esto es, algo más de 700 000, con casi tantos oficiales como reclutas. Esto era un problema, en particular debido a la rotación constante de tropas de reemplazo que se limitaban a cumplir doce meses de servicio militar y a los recurrentes problemas para contratar y reenganchar a los *kontraktniki*. La demografía también era un obstáculo: durante las décadas de 1980 y 1990 hubo un notable descenso de la tasa de natalidad, en parte a causa de las penurias económicas de aquellos años, lo que iba en detrimento del número de reclutas disponible. En 2011, por ejemplo, las fuerzas armadas necesitaban 440 000 conscriptos para las incorporaciones de primavera y otoño, pero, gracias a las prórrogas (en su mayoría por estudios), las exenciones médicas (muchas de las cuales podían comprarse a médicos corruptos) y al descenso de población apta para el servicio, era cada vez más difícil cumplir estos objetivos. A partir de 2009, las *voyenkomati*, las juntas de reclutamiento, empezaron a aceptar reclutas con antecedentes penales.

Para solucionar el problema, Shoigú hizo todo lo que pudo para fomentar el atractivo del servicio profesional, con aumentos de sueldo y mejores condiciones. Mientras, revirtió otra de las reformas de Serdiukov/Makárov. El Ejército ruso contaba con el rango de *práporshchik*, o suboficial mayor (*michman*, en la Armada), soldados profesionales de largos periodos de servicio quizá comparables a los sargentos de los ejércitos occidentales. En 2009 habían empezado a ser retirados gradualmente, pues se esperaba reemplazarlos por sargentos *kontraktniki*.

En total, había unos 142 000, pero la mayoría carecía de formación para ser oficiales y, como era de esperar, no estaban dispuestos a aceptar la pérdida de antigüedad y paga que conllevaba el grado de sargento. Cerca de 20 000 ingresaron en el cuerpo de oficiales, pero casi todos los demás abandonaron una institución como el Ejército que necesitaba con desesperación profesionales experimentados. Shoigú anuló de inmediato esta desastrosa iniciativa y volvió a contratar a 55 000 antiguos *praporshchiki* y *michmani*.

DISPUESTOS PARA LA ACCIÓN

Era inevitable que hubiera más transformaciones, sobre todo a medida que empeoraban las relaciones de Rusia con Occidente. Las brigadas eran muy útiles para conflictos locales flexibles y móviles, pero la posibilidad de grandes choques convencionales llevó, en 2013, a un retorno parcial a la división, una estructura mucho más resistente y poderosa, apta para ambiciosas operaciones mecanizadas. Asimismo, la nueva fuerza modular de combate que emergió era el grupo táctico de batallón generado por las brigadas, que fueron puestos a prueba en el conflicto del Donbás. En 2014, la Flota del Norte se separó del ZVO y formó el Mando Estratégico Conjunto de la Flota del Norte (*Obedinionnoye strategichéskoye komandovaniye «Severni flot»*), que, en 2021, se convirtió en un nuevo distrito militar, el del Norte (SVO, *Severni voyenni ókrug*), responsable del flanco ártico. Abordaremos estas modificaciones más adelante, pero, en resumen, podemos decir que Shoigú y Guerásimov completaron la maquinaria bélica que Serdiukov y Makárov habían empezado a construir.

Esto fue una suerte para el Kremlin, donde las políticas de Putin se estaban volviendo cada vez más autoritarias y nacionalistas. Consideraba que las protestas contra el amaño de las elecciones parlamentarias de 2011 y su retorno al poder en 2012 habían sido atizadas por Occidente. Poco después, el levantamiento popular contra el Gobierno en la vecina Ucrania condujo a la anexión de Crimea y la intervención en el Donbás, lo cual, a su vez, provocó nuevas críticas y sanciones occidentales. En 2015, ante el

aislamiento diplomático y la posible caída de otro régimen satélite de Moscú, las unidades rusas intervinieron en Siria. Cada uno de estos conflictos no solo empeoraron las relaciones entre Moscú y Occidente, también aportaron nuevos desafíos y nuevas enseñanzas a los que las fuerzas armadas debían adaptarse y responder. Asimismo, proporcionaron al Ejército ruso una vasta experiencia militar, extraída de todo un abanico de teatros de operaciones.

En octubre de 2014, con la nueva guerra fría avecinándose, Shoigú declaró que «la soberanía de Rusia, garantizada por el Ejército y la Armada, siempre ha sido el obstáculo contra el que, durante los 1152 años de existencia de Rusia, se han partido los dientes muchos gobernantes occidentales».[9] En 2000, Putin heredó un país con unas fuerzas armadas apenas operativas, pero en un lapso relativamente corto se ha dotado de unidades capaces de combatir y vencer en una amplia gama de conflictos, desde intervenciones breves y contundentes a brutales guerras de contrainsurgencia lejos de sus fronteras. En muchos aspectos, esto puede culminar o quebrar el sueño putiniano de una Rusia resurgente, lo cual también es válido para su ministro de Defensa. Shoigú es un político que ha construido su imagen con gran esmero y que ha establecido alianzas con todo tipo de organismos, desde los «generales combativos» con experiencia bélica real, a la Iglesia ortodoxa. Sabe calibrar la grandilocuencia y hablar a Rusia sin exponerse demasiado a los focos, de modo que no parezca que está desafiando al presidente. Lo paradójico es que, la primera de las conflagraciones de la nueva era, la que ha consolidado la reputación de Shoigú de nuevo guardián de Rusia y figura representativa de sus fuerzas armadas, es la que menos entusiasmo le ha despertado desencadenar: la ocupación de Crimea en 2014.

CAPÍTULO 14

Crimea, 2014

Tenía mi residencia en un piso de la calle Valovaya, una de las avenidas del cinturón ajardinado que rodea el centro de Moscú. El apartamento estaba muy bien situado, aunque era algo ruidoso, pues daba a una autovía de ocho carriles. La noche del viernes 21 de marzo de 2014 apenas pude dormir. Fue el día del retorno oficial de Crimea a Rusia y durante toda la madrugada circularon coches y más coches entre toques de claxon, soflamas nacionalistas y ondear de banderas. Fue un estallido extraordinario de euforia patriótica que unió por igual a putinistas militantes y a la mayoría de figuras de la oposición. Abundaban los memes de la rápida y decisiva captura de la península, desde grafitis que proclamaban «Crimea es nuestra» a camisetas impresas a toda prisa con una de las fotografías más difundidas por la prensa, en la que podía verse una «persona educada» que le entregaba su gato a un niño («Persona educada» es el nombre que se dio en Rusia a los «hombrecillos verdes», los miembros de las fuerzas especiales que desempeñaron un papel tan decisivo en la operación).

Los militares, aunque no lo manifestasen en público, estaban igualmente eufóricos. Un oficial retirado al que conocía, veterano de la invasión soviética de Afganistán y de la Primera Guerra de Chechenia (desencantado, había dejado el Ejército dos años atrás), se mostró exultante después de la primera cerveza: «No pensaban que pudiéramos lograr algo así y hacerlo tan bien. ¡Se lo hemos demostrado, se lo hemos demostrado a todos!». La segunda le provocó un arrebato de sentimentalismo; recordó los buenos tiempos que había vivido en el Ejército y se olvidó de las terribles historias que me había contado en el pasado. Con la tercera cerveza,

empezó a inquietarse: «Pero, ¿qué va a ocurrir ahora? Me temo que nuestros dirigentes no sabrán dónde parar». Desde luego.

La toma de Crimea fue, sin lugar a dudas, una demostración impresionante de las nuevas capacidades de las fuerzas armadas rusas… una operación ejecutada con bisturí, no con el mazo habitual de otras épocas. Cuando las unidades rusas, bien armadas, pero despojadas de insignias, se desplegaron por toda la península, no solo conquistaron un territorio estratégico que Moscú consideraba propio por razones históricas, sino que también inauguraron un nuevo capítulo de una compleja relación arraigada en parentescos y diferencias, de historia compartida y políticas divergentes. Estaban prendiendo un fuego que ha ido calentando gradualmente la incipiente guerra fría entre Rusia y Occidente, hasta el estallido de 2022 en Ucrania.

RUSIA Y UCRANIA

Aunque el nombre del país, Ucrania, procede de la palabra «frontera», este puede considerarse, con toda justicia, el corazón y manantial de origen del Rus, el antecesor de los Estados modernos de Bielorrusia, Rusia y Ucrania.[1] Su capital, Kyiv, dominó política y culturalmente a las demás ciudades-Estado hasta que fue invadida y saqueada por los mongoles en 1240. Durante los años de aquella dominación, una pequeña localidad dirigida por una dinastía despiadada y oportunista, los ruríkidas, prosperó y ocupó la posición de Kyiv: se trataba de Moscú. La Moscovia ortodoxa y los polaco-lituanos católicos se disputaron Ucrania hasta 1654, año en que esta quedó por fin bajo dominio ruso. Ucrania, en parte ortodoxa y en parte católica, se integró en el Imperio ruso durante los tres siglos y medio siguientes, a pesar de los alzamientos periódicos o las atrocidades como el de Holodomor, la hambruna con la que el dictador soviético Iósif Stalin destruyó la resistencia ucraniana a su dominación en la década de 1930.

El nacionalismo resurgió en Ucrania durante la década de 1980, durante el declive final de la Unión Soviética. El 24 de agosto de 1991, el país

declaró su independencia formal, aunque, en la práctica, el proceso requirió meses. De todos modos, la decisión fue ratificada por un referéndum en el que más del 90 por ciento de los votantes respaldó la independencia, antes incluso de la disolución oficial de la Unión, que tuvo lugar a finales de año.

Ucrania, al igual que muchos otros Estados postsoviéticos que se vieron convertidos en países independientes de la noche a la mañana, atravesó graves problemas económicos, sociales y políticos. La inflación se disparó y la economía se contrajo. A pesar de las protestas sociales contra los gabinetes corruptos y las promesas vacías —en particular la «Revolución naranja» de 2004-2005, provocada por el amaño de unas elecciones—, Ucrania continuó dividida entre la aspiración de construir una democracia liberal de economía dinámica y una realidad caracterizada por la corrupción sistémica, la ineficiencia y el declive económico.

En 2013, el presidente Víktor Yanukóvich cometió el grave error de renunciar al tratado con la Unión Europea. Al igual que muchos otros políticos vinculados a la llamada «mafia de Donetsk» del este del país, Yanukóvich recibía apoyo y beneficios económicos de la ascendente Rusia de Putin. Moscú había dictaminado que el país debía seguir formando parte de su esfera de influencia, pero el sentimiento nacional, en particular en la parte occidental del país, apostaba por una relación más estrecha con Europa. De ese modo, en 2013, Yanukóvich apoyó el acuerdo de asociación con la Unión Europea, pero se echó atrás en cuanto Moscú manifestó su hostilidad, en particular porque los términos del acuerdo impedían a Ucrania formar parte de la Unión Económica Euroasiática, el bloque alternativo de Putin.

Las primeras protestas comenzaron en la plaza de la Independencia, en el centro de Kyiv. Las autoridades intentaron dispersarlas, pero solo sirvió para galvanizar a la oposición y hacer que se unieran más manifestantes al levantamiento. El Gobierno trató de utilizar la fuerza para poner fin a las manifestaciones del «Euromaidán», aunque con una mezcla de brutalidad e incoherencia que lo único que hizo fue empeorar la situación. El 22 de febrero de 2014, Yanukóvich, ante el peligro de ser destituido y con su ejecutivo desmoronándose, huyó a Rusia, dejando tras de sí 130 muertos y un país que estaba repensando su lugar en el mundo. Moscú, alarmado por

la posibilidad de que el nuevo ejecutivo ucraniano pretendiera liberarse de su influencia, empezó a trazar sus propios planes.

«DEVOLVER CRIMEA A RUSIA»

La situación era particularmente compleja en Crimea, una península situada en la costa meridional del país que seguía siendo la base de la Flota del mar Negro. Hasta 1954 había formado parte de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, pero en ese año el líder soviético Nikita Jrushchov, de origen ucraniano, la transfirió a Ucrania, una decisión que en aquel momento no parecía tener importancia, pues las dos repúblicas, la rusa y la ucraniana, pertenecían a una misma Unión Soviética. Sin embargo, buena parte de la población era de cultura rusa, entre otros motivos porque numerosos oficiales de la Flota del mar Negro se retiraban allí para disfrutar del clima cálido y los muchos atractivos de la península.

En 1990, mientras que casi la totalidad de los ucranianos votó por la independencia, esta opción recibió un refrendo mucho más tibio en Crimea, con apenas el 56 por ciento del voto, y desde entonces, sus habitantes se han sentido, en muchas ocasiones, olvidados por Kyiv.

El Kremlin temía que el colapso del régimen de Yanukóvich y el ascenso de un nuevo gabinete dispuesto a establecer relaciones más próximas con Occidente —incluso a integrarse en la OTAN— pusiera en peligro sus posiciones estratégicas en la península. El tratado de 1997 entre Rusia y Kyiv que autorizaba a aquella a mantener la base de la Flota del mar Negro y un máximo de 25 000 militares en la península no expira hasta 2042, pero, a pesar de ello, muchos en Moscú no estaban dispuestos a confiar en un nuevo régimen que consideraban ilegítimo y nacionalista. En 2008, la Declaración de Bucarest había afirmado que Georgia y Ucrania «serían miembros de la OTAN». Contemplada con realismo, se trataba de una declaración política, no el inicio de un proceso de integración, y muy pocos en Occidente pensaban honestamente que ninguno de los dos países fuera a ingresar en la alianza, al menos durante la siguiente década. No

obstante, el Kremlin, cada vez más paranoico, consideró del todo posible que su Flota del mar Negro fuera expulsada y sustituida por un escuadrón de la OTAN.

Aparte de todo esto, el presidente Vladímir Putin, que había disfrutado la mayor parte de su mandato de amplísimos índices de aprobación, estaba perdiendo popularidad. En la década de 2000, los rusos habían estado dispuestos a aceptar sin reticencias un simulacro de democracia porque estaban aliviados al contemplar el final del caos de la década de 1990 y el rápido aumento de su nivel de vida, pero ahora ya no estaba tan reciente en la memoria la era Yeltsin y la economía apenas se había recuperado del *crac* económico de 2009. Putin sabía muy bien que la mayoría de rusos tenía la convicción de que Crimea había sido entregada a Ucrania de forma injusta y que formaba parte de su país. Aparentemente cada vez más convencido de su propio mito y en busca de fijar su lugar en la historia como el hombre que «hizo grande a Rusia de nuevo», los intereses políticos, militares y estratégicos parecían converger.

Por supuesto, los rusos disponían desde hacía mucho tiempo de planes de contingencia para ocupar Crimea. Al fin y al cabo, el trabajo de los estrategas de la Dirección General de Operaciones del Estado Mayor General es prever todas las posibilidades, por si acaso. Aunque nunca he podido obtener una respuesta concluyente, intuyo que empezaron a desarrollar estos planes a mediados de los años noventa del siglo XX, como tarde, pero esto no quiere decir que lo considerasen una posibilidad real antes de 2014, sino que, más bien, dada la inestabilidad de la política ucraniana, no debía descartarse en un futuro.

No cabe duda de que el 18 de febrero, mientras 20 000 manifestantes chocaban con la policía en el centro de Kyiv y Yanukóvich instauraba un estado de emergencia *de facto*, los rusos ya estaban revisando dichos planes. Dos días más tarde, Vladímir Konstantínov, portavoz del Consejo Supremo de Crimea —el Parlamento regional— empezó a especular en público, durante una visita a Moscú, acerca de la posibilidad de separarse de Ucrania. Tuvo lugar una reunión, que se alargó toda la noche del 22 al 23 de febrero, con respecto a cómo evacuar a Yanukóvich y, según el propio Putin, «cuando nos estábamos marchando les dije: debemos empezar a

trabajar en devolver Crimea a Rusia».[2] Esto, probablemente, no es cierto, pues la cronología de los hechos sugiere que la decisión de conquistar la península ya había sido tomada. Putin hizo numerosas consultas, pero, en el momento de adoptar una decisión, se reunió con círculo más íntimo: Nikolái Pátrushev, secretario del Consejo de Seguridad; Alexánder Bórtnikov, director del FSB; Serguéi Ivánov, jefe de la Administración Presidencial; y Serguéi Shoigú, ministro de Defensa. La mayoría de ellos eran halcones que suscribían la idea con entusiasmo. No obstante, según informes sin confirmar, aunque persistentes, la única voz discordante fue la de Shoigú, preocupado, al parecer, por las consecuencias a largo plazo. De todos modos, se trata de un político y de un superviviente, que sabía que era mejor no mostrar su oposición frontal a la decisión y se limitó a declarar que estaba dispuesto a obedecer órdenes. Es revelador que no fueran invitados a la reunión ni el ministro de Exteriores, Serguéi Lavrov, ni otros que pudieran plantear objeciones, como el propio primer ministro Medvédev.

Al parecer, la decisión, aunque provisional, fue adoptada el 20 de febrero, dos días después de que Yanukóvich huyera del país y resulta irónico que esta fecha haya quedado corroborada por el propio Ministerio de Defensa de forma inconsciente a través de la condecoración concedida a todos los que participaron en la operación. La medalla por la Recuperación de Crimea, con su característica cinta, una combinación de la tricolor rusa con el negro y naranja de la Orden de San Jorge, muestra las siguientes fechas: del 20 de febrero al 18 de marzo. En todo caso, los planificadores no tenían tiempo que perder, pues la *Vremya Cha* —la hora cero—, había sido establecida para el 27 de febrero.

LA TOMA DE CRIMEA

Sobre el papel, las fuerzas presentes en la península parecían bastante equilibradas. Los rusos disponían de unidades pertenecientes a la 510.ª Brigada de Infantería Naval con base en Feodosia y la 810.ª Brigada

Independiente de Infantería Naval en Simferópol, así como los *Spetsnaz* del 431.er Puesto Independiente de Reconocimiento Naval de Designación Especial (OMRPSN *Otdelni morskoi razvedivatelni punkt spetsiálnogo naznachéniya*) de la Flota del mar Negro. El resto del personal militar eran marineros. Por su parte, Ucrania desplegaba en las bases de Crimea la décima parte de sus efectivos militares, unos 22 000 en total. No obstante, la mayoría también era personal de la Armada y ninguna de las unidades tenía un grado de operatividad particularmente alto. Con la salvedad de 15 000 efectivos de las fuerzas navales y los misiles de la defensa costera, y una brigada aerotransportada y tres regimientos de misiles antiaéreos, la defensa de la península recaía en la Infantería Naval (MP). Esta disponía de cuatro unidades en Crimea: la 36.ª Brigada Independiente Mecanizada de Defensa Costera en Perevalne, los 1.er y 501.er Batallones Independientes de Infantería Naval con base en Feodosia y Kerch y el 56.º Batallón Independiente de la Guardia en Sebastopol. Estas formaciones, aunque bien entrenadas en comparación con los estándares militares ucranianos, venían padeciendo la desorganización y la desmoralización provocadas por años de financiación insuficiente. Además de estos contingentes, había tres brigadas y dos batallones de Tropas del Interior, con un total de 2500 paramilitares, subordinados al MVS (*Ministerstvo vnutrennei bezopasnosti* [Ministerio de Seguridad Interna]) y un batallón de Tropas de Fronteras. Dado que la misión primordial de estas unidades se limitaba a tareas de policía y seguridad, su papel en la defensa nacional era secundario. En todo caso el factor determinante fue la falta de órdenes claras y, según algunas fuentes, el hecho de que oficiales hostiles al nuevo régimen provocaran una confusión premeditada en la cadena de mando una vez que los rusos movieron ficha.

Las fuerzas rusas se pusieron en estado de alerta en secreto la semana precedente a la operación. Algunos destacamentos salieron de sus bases a hacerse con el control de aeródromos y depósitos de armas, mientras en toda Rusia se movilizaban con discreción las unidades de operaciones especiales, al amparo de supuestas «inspecciones sorpresa», muchas de las cuales se aerotransportaron a la base aérea de Anapa y el apostadero naval de Novorossíisk, instalaciones situadas en el mar Negro y próximas a

Crimea. En la noche del 22 al 23 de febrero, los *Spetsnaz* de las VDV, el 45.º Regimiento Independiente, fueron movilizados y trasladados desde su base de Kúbinka, cerca de Moscú. Por su parte, los oficiales del servicio de inteligencia militar (aunque en 2010 fue renombrado (*Glávnoye upravléniye* [Dirección Principal]), todo el mundo sigue llamándole GRU) y los agentes del FSB se dedicaron a cerrar acuerdos con simpatizantes locales, entre ellos grupos de crimen organizado, y voluntarios de toda Rusia, de modo que, cuando se iniciase la operación, hubiera en las calles «grupos de autodefensa local» bien armados.

El 23 de febrero, las protestas contra el nuevo Gobierno de Kyiv concentraron a decenas de miles de manifestantes. La mayoria mostraba una sincera indignación contra el supuesto «golpe» y reclamaban que Moscú los apoyase, mientras coreaban «Putin es nuestro presidente». La decisión del nuevo ejecutivo de revocar la ley de cooficialidad del ruso en ciertas regiones, Crimea entre ellas, les parecia un presagio muy alarmante. Sin embargo, también hay pruebas evidentes de la presencia de agentes rusos que animaban estas actividades, en particular la formación de «pelotones de autodefensa civil». En menos de un dia, empezaron a afluir personas extrañas procedentes de Rusia, como cosacos, moteros de la organización nacionalista Lobos Nocturnos, veteranos de la guerra de Afganistán, entre otros. En parte, era un proceso espontáneo y genuino, aunque también es evidente que Moscú hizo todo lo posible por fomentarlo, hasta el punto de organizar traslados a Crimea en algunos casos.

Por otro lado, la Flota del mar Negro empezó a tomar posiciones en Sebastopol y en el aeropuerto de Simferópol con el pretexto de proteger las instalaciones rusas, lo que parecía indicar una misteriosa clarividencia, pues el 26 de febrero estallaron disturbios violentos en la capital de la península entre los partidarios de la incorporación a Rusia y sus detractores, en su mayoría procedentes de la minoría tártara de Crimea. Algunos de los primeros fueron identificados más tarde como miembros de los *Salem* y los *Bashkaki*, las bandas de crimen organizado más poderosas de la región, que, en situaciones normales, no habrían cooperado entre ellas, pero, al parecer, el FSB las había reclutado para cumplir tal misión. Cundió la sensación de caos inminente. Ese mismo día, Putin ordenó inspecciones sorpresa de las

unidades de los ZVO y TsVO, lo que no era más que una cortina de humo de los preparativos finales para la ocupación de la península.

Hacia las 04:30 h de la madrugada del 27 de febrero, un grupo de hombres armados con una variopinta colección de uniformes mimetizados (aunque todos ellos equipados con protecciones corporales y una panoplia de armamento sospechosamente moderna y variada) ocupó el Parlamento local e izó la bandera rusa. Este contingente, que se hacía llamar «fuerza armada de autodefensa de Crimea» representaba una mezcla de tropas. El núcleo central lo componían los soldados del recién formado KSSO (*Komandovaniye sil spetsialnij operatsi* [Mando de Fuerzas de Operaciones Especiales]) apoyados por *Spetsnaz* de otras unidades e infantería naval, pero también participaron otros «voluntarios» que resultaron ser poco más que saqueadores, aunque con alguna excepción, como una unidad de la policía antidisturbios ucraniana, los *Berkut*, que se pasó al bando anti-Kyiv, o la milicia *Rubezh*, compuesta por veteranos. Estas formaciones, pese a su escasa utilidad operacional, proporcionaron a los rusos una cobertura política mientras sus efectivos armados, bien entrenados y pertrechados, con los uniformes desprovistos de todo distintivo, ocupaban toda la península.

LOS «HOMBRECILLOS VERDES» ENTRAN EN ESCENA

En el transcurso de los siguientes días y semanas, los rusos coparon a las tropas ucranianas en Crimea, cerraron el acceso terrestre a la región para impedir la llegada de refuerzos y establecieron un gobierno títere. La afirmación de que los soldados no eran rusos —recuérdese el memorable comentario de Putin de que debían de haber comprado sus uniformes *Ratnik* y su equipo en tiendas de segunda mano— bastó para introducir una nota de incertidumbre en la situación. Durante esas primeras horas, corrieron en Kyiv y Occidente toda clase de conjeturas descabelladas: ¿se trataba de una operación por cuenta y riesgo de los comandantes de la Flota del mar

Negro? Esos «hombrecillos verdes», ¿eran mercenarios? La verdad, por supuesto, era mucho más simple, aunque fue suficiente para ralentizar toda respuesta significativa, lo que dio a los rusos el tiempo necesario para sellar Crimea.

Al mismo tiempo, Moscú apoyó el despliegue de sus efectivos mediante lo que se denomina una «guerra híbrida» (si bien este concepto es algo problemático, como trataremos en el Capítulo 26). Los ciberataques rusos paralizaban las comunicaciones ucranianas; agentes y simpatizantes de Moscú abandonaban las posiciones, a veces después de sabotear los equipos; en internet, agitadores y agentes encubiertos difundían rumores disparatados y cuestionaban la realidad de la situación. Mientras tanto, Yanukóvich celebró una conferencia de prensa en Moscú en la que declaró que cualquier acción militar sería «inaceptable» y que él, como legítimo (desde su punto de vista) presidente de Ucrania, ni solicitaría ni consentiría una intervención por parte de Rusia.[3] Es posible que se tratara de un intento de recuperar cierta credibilidad, pero es más probable que fuera otra maniobra de distracción, ya que, en ese momento, Yanukóvich ya era, en esencia, un peón del Kremlin. Además, tal y como los rusos habían aprendido en Georgia, estas operaciones encubiertas de información pueden ser cruciales para socavar la voluntad de lucha de un adversario y destruir su cohesión en el momento decisivo.

La velocidad y profesionalidad de la operación, sumadas a la situación caótica entre las filas gubernamentales (Kyiv no dispuso de ministro de Defensa hasta la tarde del 27), explican por qué, en un primer momento, un puñado de miembros de las fuerzas especiales rusas —es probable que no más de 2000 durante los primeros días—, junto con aliados locales de dudosa eficacia, lograran contener a unos efectivos ucranianos mucho más numerosos. De inmediato, los rusos empezaron a enviar equipamiento más pesado a Crimea: artillería, unidades mecanizadas y de defensa aérea.

Al principio, los refuerzos llegaron con cuentagotas. La tarde del 27 de febrero, el gran buque anfibio Azov, de la clase Ropucha, atracó en Sebastopol y desembarcó 300 soldados del 382.º Batallón Independiente de Infantería Naval. A la mañana siguiente, 3 transportes Mi-8 escoltados por 8 helicópteros artillados Mi-35 (la versión más avanzada del Mi-24, capaz de

operar tanto de día como de noche), descargaron contingentes de *Spetsnaz* en el aeropuerto de Kacha, al norte de Sebastopol. Por la tarde, empezaron a aterrizar aviones de transporte Il-76 en el aeropuerto de Gvardéiskoye, en Simferópol, y comenzaron a converger sobre la península más buques de desembarco con tropas y material pesado.

Los mandos ucranianos parecían perplejos. A pesar de que se tomaron medidas para que el puñado de Su-27 en condiciones de vuelo interceptase la llegada de más transportes de tropas, los rusos frustraron metódicamente todas sus iniciativas. El 28 de febrero, un patrullero lanzamisiles bloqueó el puerto de Balaclava. Mientras, la Infantería Naval ocupó el aeródromo de Belbek, base de la 204.ª Brigada de Aviación Táctica ucraniana, con lo que neutralizó sus 45 cazas MiG-29. Sin embargo, en ese momento, las unidades rusas se encontraban muy dispersas y tenían que fiarlo todo a la confusión y al engaño (en Kerch, 20 infantes navales lograron contener a un batallón completo), así como a la fluidez de la situación. No es cierto que las tropas ucranianas no pudieran resistir, ni que Crimea estuviera aislada por completo del continente. De hecho, el parlamentario ucraniano y futuro presidente Petró Poroshenko logró llegar a Simferópol para negociar un acuerdo, pero los manifestantes le bloquearon el paso.

El 1 de marzo ya habían llegado efectivos suficientes por mar, en particular los *Spetsnaz* de la 10.ª Brigada y del 25.º Regimiento Independiente, que, acompañados de voluntarios de lo más variopinto, hicieron acto de presencia por toda la península, ocuparon estaciones de radar y bloquearon las posiciones militares ucranianas. Algunos lograron zafarse. Aunque todo el contingente naval con base en Crimea se rindió, desertó o fue capturado, la mayoría de los buques de menor porte de la Guardia Costera escapó gracias a que eran rápidos y a que actuaron con rapidez. El 1 de marzo, tras observar la llegada de un convoy de tropas rusas a las puertas de su base de Balaclava, el 5.° Escuadrón de la Guardia Costera se hizo a la mar —según todos los indicios, se habían estado preparando para una situación como esa— y un total de 23 embarcaciones logró huir. De igual modo, el 3 de marzo escaparon de la base de Novofedorivka, sometida al bloqueo ruso, 4 helicópteros y 3 aviones de la

5.ª Brigada de Aviación Naval, sin que se tomara ninguna medida para intentar derribarlos.

Sin embargo, las oportunidades de evacuación eran cada vez más escasas. El 2 de marzo, el comandante de la Armada y oficial ucraniano de mayor rango en la región, el contraalmirante Denís Berezovski, juró lealtad al «pueblo de Crimea» y, más tarde, lo nombraron vicecomandante de la Flota del mar Negro, posición desde la que empezó a alentar a los buques a la deserción. Pese a que en un principio nadie se prestó a ello, los rusos estaban dispuestos a darles cierto margen e incluso, en algunas bases, reemplazaron las unidades sitiadoras por milicias locales. Mientras, el equilibrio de fuerzas en la península estaba cambiando: el 6 de marzo, los rusos trajeron casi 2000 efectivos de refuerzo, en su mayoría *Spetsnaz*.

No obstante, la correlación de fuerzas podía volver a cambiar. El 2 de marzo, Kyiv envió hacia el istmo de Perekop un contingente que incluía unidades mecanizadas y artillería y que podía plantear graves problemas a los comandos y a la MP rusa, cuyo armamento era mucho más ligero. En parte, esta fue la causa de la concentración de unos 10 000 efectivos rusos en las fronteras orientales de Ucrania, con la que se pretendía forzar a Kyiv a desplegar lejos de Crimea una parte de sus escasos efectivos disponibles.

«CRIMEA ES NUESTRA»

El 6 de marzo, se presentó en el Parlamento crimeo una moción para unirse a Rusia y la fecha del referéndum de ratificación se fijó para el día 16. Durante las siguientes jornadas se vivió una tensa calma en la península. Los rusos seguían bloqueando a las fuerzas ucranianas que continuaban en el territorio, pero sin presionarlos; permitían a los ucranianos entrar y salir de las bases siempre que lo hicieran desarmados y vestidos de paisano e incluso se jugaron partidos de fútbol entre infantes navales ucranianos y rusos. El crucero lanzamisiles Moskvá, que había estado cerrando la salida de las 12 naves de la 5.ª Brigada de Buques de Superficie en el lago de Donuzlav, se retiró, aunque lo reemplazaron por un pecio que hundieron

para bloquear el canal que conecta con el mar. Los ucranianos seguían atrapados, pero de una forma menos beligerante.

Mientras tanto, empezó a llegar el armamento pesado del que carecían los atacantes. El 727.º Batallón Independiente de Infantería Naval y la 18.ª Brigada Independiente Motorizada de Fusileros del Ejército, ambos con su dotación de artillería y blindados al completo, llegaron por mar procedentes de Kerch, y la segunda de estas formaciones marchó de inmediato a proteger el istmo de Perekop. Los sistemas tierra-aire S-300PS controlaban el espacio aéreo y los misiles de defensa costera Bastion-P mantenían a raya cualquier posible incursión de las fuerzas navales ucranianas (de todos modos, a Kyiv tampoco le quedaban apenas buques para utilizar). Pronto se descartó la posibilidad de que Ucrania pudiera volver a imponer su control sobre Crimea.

Tras una campaña manejada con sumo cuidado, el referéndum se saldó, como era de esperar, con un voto del 97 por ciento favorable de la unión con Rusia. La votación se produjo a la sombra de los cañones rusos, en la que las opiniones contrarias fueron boicoteadas los medios y las figuras opositoras hostigadas y silenciadas, lo cual hizo que la comunidad internacional rechazara el resultado. La paradoja de este referéndum, no obstante, es que, de haber sido una consulta limpia, no hay ninguna duda de que el resultado, aunque no tan espectacular, habría sido una victoria incontestable de los partidarios de la anexión. Al día siguiente, el Kremlin reconoció la independencia de Crimea… y, un día después, la acogió en la Federación Rusa.

Lo que vino después, fue, en esencia, una operación de limpieza. Las fuerzas rusas empezaron a entrar en los cuarteles e instalaciones que todavía resistían, por lo general sin violencia. Las desmoralizadas tropas ucranianas, que ahora se enfrentaban a unidades rusas con armamento mucho más pesado, aceptaron de buena gana el salvoconducto que les ofrecían para volver a casa. De hecho, muchos optaron por unirse a los rusos, que ofrecían reconocer rango y antigüedad a quienes se alistasen como *kontraktniki*. Dos tercios del 501.er Batallón Independiente de Kerch, por ejemplo, aceptaron esta oferta. Los buques empezaron a arriar la

bandera ucraniana y a izar la rusa; el primero fue el Donbás, un buque de mando de clase Amur.

Allí donde la diplomacia y la deserción fracasaban se optó por la fuerza. La unidad *Rubezh*, una de las pocas milicias locales con un mínimo de capacidad de combate real (estaba formada en exclusiva por antiguos miembros de la Infantería Naval y los *Spetsnaz*) tomó al asalto las corbetas Ternopil y Jmelnitski y el buque anfibio Konstantín Olshanski. Comandos apoyados por seis transportes blindados de personal BTR-82A entraron en tromba en las instalaciones de la 204.ª Brigada de Aviación Táctica en Belbek y los obligaron a rendirse fusil en mano. La unidad más problemática era el 1.er Regimiento, en Feodosia, una formación de élite. Para forzar su rendición, los rusos optaron por una demostración de fuerza. Soldados del KSSO desembarcaron en la plaza de armas desde helicópteros Mi-8 bajo la cobertura aérea de dos Mi-35 y procedieron a acribillar los barracones con granadas de humo y aturdidoras mientras disparaban al aire. Aunque hubo algunos altercados, en menos de dos horas los ucranianos se habían rendido, sin que se produjeran más que algunos hematomas y algún que otro hueso roto.

La captura del dragaminas Cherkassy, abordado la noche del 25 de marzo por los *Spetsnaz* navales desde dos Mi-35, fue el colofón que puso punto final a la resistencia ucraniana. Más de 9000 militares ucranianos habían optado por unirse a los rusos, mientras que el resto fue repatriado con su equipo durante las jornadas siguientes. Aunque Moscú no tenía ningún inconveniente en devolver los tanques, los aviones o la artillería, en un primer momento sí se planteó quedarse algunos o todos los buques capturados. Sin embargo, cuando comprobaron las malas condiciones en que se hallaban, decidieron devolverlos.

LA AUDITORÍA DE LA OPERACIÓN

Crimea se convirtió de inmediato en un bastión militarizado. A principios de 2020, las tropas rusas en la península habían aumentado hasta una cifra

estimada de 31 500 efectivos, encuadrados en el XXII Cuerpo de Ejército, que nominalmente forma parte de la Flota del mar Negro, conforme al nuevo énfasis en los mandos conjuntos. Se compone de la 127.ª Brigada Independiente de Reconocimiento, la 15.ª Brigada de Artillería de Cohetes de Defensa Costera, el 8.º Regimiento de Artillería, el 1096.º Regimiento Independiente de Misiles Antiaéreos y los infantes navales de la 126.ª Brigada Independiente de Defensa Costera. También está la 810.ª Brigada de Infantería naval y los cerca de 900 *Spetsnaz* del 431.er Punto de Reconocimiento Naval de Designación Especial y los paracaidistas del 171.er Regimiento Independiente de Asalto Aéreo de la 7.ª División. El 39.º Regimiento de Helicópteros, con base en Dzhankói, cuenta con 38 helicópteros artillados de los modelos Mi-28, Mi-35 y Ka-52.

Estas unidades están protegidas por un sistema de defensa aérea integrado multicapa dotado de los nuevos misiles tierra-aire S-400 Triumf, apoyados por Buk-M3 (SA-27) de medio alcance y camiones de cañones y misiles Pantsir-S1 (SA-22). La 31.ª División de Defensa Aérea, con cuartel general en Sebastopol, agrupa dos regimientos de misiles tierra-aire y otro radiotécnico (guerra electrónica). La aviación naval del mar Negro comprende el 43.er Regimiento Independiente, estacionado en la base aérea en Saki y equipado con bombarderos Su-24M y cazas Su-30SM. Con respecto a la fuerza aérea, esta cuenta con el 37.º Regimiento Mixto de Aviación, con base en Gvardéiskoye, con un escuadrón de bombarderos Su-24M y otro de aviones de ataque a tierra Su-25SM y con el 38.º Regimiento de Aviación de Caza, con base en Belbek. Este último dispone de aparatos Su-27 y Su-30.

A los misiles Bastion-P de la defensa se les han sumado los complejos de lanzamiento de misiles de crucero Bal-E (SSC-6), capaces de dominar las aguas que circundan la península y la Flota del mar Negro también se ha reforzado, en concreto con buques equipados con modernos misiles de crucero de largo alcance Kalibr (SS-N-27). De este modo, además de obtener un gran respaldo popular por parte del Kremlin —el índice de aprobación de Putin se disparó del 60 por ciento a más del 80—, Rusia ha consolidado su dominio del mar Negro.

Cuando Putin comentó «¿cómo hubiéramos podido rechazar tomar bajo nuestra protección Sebastopol y Crimea?», no era solo una pregunta retórica.[4] Al igual que tantas otras de las recientes aventuras imperiales de Rusia, esta ha estado motivada a un tiempo por los planes de Moscú, pero también por las intrigas, intereses y actuaciones de grupos locales, desde políticos ambiciosos que vieron una oportunidad para medrar, a rusos étnicos que sentían un sincero temor por su futuro bajo el nuevo Gobierno de Kyiv, y fueron todas estas fuerzas, complejas y confusas, las que dieron lugar a un nuevo tipo de conflicto.

Crimea supuso un triunfo militar extraordinario. A pesar de la muerte de dos soldados ucranianos y un voluntario cosaco, no hubo bajas rusas y apenas se entablaron combates. El nuevo mando de operaciones especiales, el KSSO (*vid*. Capítulo 24) tuvo un debut muy exitoso. La combinación de fuerza militar, milicias armadas, desinformación, engaño y caos con la mezcla justa de planes exhaustivos e improvisación sobre el terreno dio un resultado muy superior a las expectativas de Moscú. En mayo de 2014, uno de mis contactos entre los militares, un exparacaidista, me comentó que aún no podía creérselo: «este no es el ejército que recuerdo de Chechenia». Por supuesto, era un campo de batalla muy diferente y fue una operación llevada a cabo en buena medida por tropas de élite. Aun así, Crimea parecía confirmar la validez de las reformas de Serdiukov/Makárov, perfeccionadas por Shoigú y Guerásimov.

Esta crisis desencadenó una oleada de sanciones económicas occidentales, la cual, sumada a la caída de los precios del petróleo, propició una crisis financiera en Rusia que resultó dolorosa para Moscú, pero que en modo alguno paralizó al país. No obstante, la anexión de Crimea, que debía ser una maniobra excepcional para aprovechar una oportunidad particular y proteger una baza estratégica esencial, solo fue el inicio de un nuevo ciclo de empeoramiento de las relaciones entre Moscú, Kyiv y Occidente. En parte, esto se debió a que la operación fomentó en ciertos círculos del Gobierno ruso una confianza rayana en la arrogancia. No obstante, también ponía de manifiesto los inconvenientes de este tipo de operaciones, libradas y justificadas por actores locales (*proxies*) con intereses propios. Los entusiastas voluntarios, los delincuentes y los mercenarios que integraban

los grupos locales de autodefensa ya no tenían nada que hacer en Crimea, pues los rusos disolvieron las milicias o las invitaron a que se incorporaran a la policía o al Ejército. Algunas de ellas, no obstante, fueron a parar al Donbás, donde participaron en el siguiente capítulo de la confrontación entre Moscú y Kyiv.

CAPÍTULO 15

El Donbás, 2014-…

Uno de los aspectos más llamativos del conflicto no declarado y mal definido que estalló en el sudeste de Ucrania poco después de la anexión de Crimea es que, en un principio, lo libraron sobre todo tropas irregulares, nacionalistas, patriotas y entusiastas.[1] El hombre que más hizo por, según sus propias palabras, «apretar el gatillo» de la guerra, fue Ígor Guirkin, más conocido por su nombre de guerra, Strelkov [tirador], un antiguo oficial del FSB que, en abril de 2014, cruzó la frontera ucraniana en cabeza de un variopinto grupo de hombres armados. Al parecer, no es solo que actuase sin órdenes, sino que lo hizo *en contra* de las instrucciones recibidas. De igual modo, durante aquellas confusas y apremiantes primeras semanas del conflicto en la región del Donbás (la cuenca del Donetsk), la mayoría de los combatientes que lucharon para mantener la región bajo el dominio de Kyiv no fueron soldados del Gobierno, sino voluntarios organizados en milicias, a veces patrocinadas por oligarcas locales. Algunos ni siquiera eran ucranianos, como fue el caso del antiguo comandante checheno rebelde Isá Munáyev, que viajó desde su exilio en Dinamarca para formar el Batallón Dzhojar Dudáyev, compuesto en su mayoría por antiguos rebeldes.

Con el tiempo, la situación se fue normalizando. Este confuso enfrentamiento, mitad genuina guerra civil, mitad conflicto atizado desde Rusia, acabó por enfrentar a las fuerzas armadas ucranianas contra rebeldes apoyados y armados por Moscú, comandados por oficiales del Ejército ruso y respaldados por tropas regulares. Sin embargo, al contrario que la de

Crimea, la guerra del Donbás no fue ninguna operación planificada con antelación.

En junio de 2014, cuando ya era evidente que las actividades de Moscú en el sudeste de Ucrania no marchaban según lo previsto, un antiguo oficial del Estado Mayor ruso me comentó que «si los ucranianos hubieran combatido por Crimea, ahora no estaríamos peleando por el Donbás». La facilidad con la que habían conquistado la península y la desorganización que reinaba en Kyiv animaron a Putin y a sus asesores a extender las operaciones al Donbás. Crimea era un caso único: una península en la que Rusia ya tenía una posición militar, cuya población, en su mayoría, estaba descontenta con el tratamiento recibido de Kyiv durante años y que la mayoría de los rusos consideraba que les pertenecía por pleno derecho. Después de aquello, hubo quienes, incluso en el Kremlin, empezaron a salirse del guion original y plantearon una acción militar limitada, y que pudiera ser negada, en el este de Ucrania, una región de mayoría étnica rusa. En esta ocasión, el objetivo no era la conquista territorial, sino ejercer presión política para convencer a Kyiv de que Moscú tenía la capacidad y la voluntad de castigar cualquier avance hacia una mayor integración en Occidente. En aquel momento se pensó que esto intimidaría a Ucrania y la obligaría a aceptar que formaba parte de la esfera de influencia de Rusia. Fue un grave error de cálculo.

En el este del país, base de poder del depuesto presidente Yanukóvich y con una gran proporción de rusoparlantes que sentían una sincera preocupación por las implicaciones que tendría el nuevo ejecutivo, se produjeron protestas y profundas muestras de inquietud. Sin embargo, esta población, más que la independencia, a lo que aspiraba era al autogobierno. Los medios de Moscú magnificaron de inmediato esta situación y no tardaron en calificar al nuevo gabinete de «junta fascista». Entretanto, en las ciudades del este hubo intentonas de provocar levantamientos que, en unos casos, respondían a iniciativas locales y, en otros, estaban respaldados por personajes que actuaban desde el interior de Rusia por cuenta propia. La mayoría fracasó, ya fuera por la falta de apoyo real o por la labor efectiva y oportuna de las fuerzas de seguridad, pero en las ciudades de Donetsk y Lugansk los manifestantes consiguieron asaltar algunos edificios

gubernamentales e hicieron llamamientos a la celebración de referéndums de autodeterminación e incluso a la unión con Rusia, al parecer inspirados por el ejemplo de Crimea. Por su parte, el presidente ucraniano en funciones, Alexánder Turchinov, amenazó de forma airada con aplicar «medidas contraterroristas». Una simple chispa haría estallar todo.

LA CHISPA DE STRELKOV

Esa chispa la encendieron los 52 voluntarios y mercenarios de Crimea mandados por Ígor Guirkin, más conocido como Strelkov, como hemos comentado. Ardiente nacionalista ruso con una trayectoria en el FSB (si bien otras fuentes afirman que en realidad perteneció a la GRU), Guirkin es un antiguo oficial de artillería aficionado a la recreación histórica con dos décadas a sus espaldas de participaciones en distintas contiendas civiles. Apoyó a los separatistas rusos de Moldavia en 1992 y a los serbios en la Guerra de Bosnia de 1992-1995, además de combatir a los rebeldes chechenos en 1999-2005; en muchos de estos conflictos ha sido acusado de violaciones de los derechos humanos. Sin embargo, su pasión por la causa de Rusia y de los rusos es innegable.

El 12 de abril de 2014, Strelkov, tras esquivar a los guardias de frontera rusos y ucranianos, se infiltró en Ucrania con su heterogéneo destacamento. Optó por dirigirse a la localidad de Sloviansk, donde los manifestantes habían empezado a hacerse con el control de la situación. Una vez allí, asumió el mando de la milicia local y, juntos, rechazaron la intervención del SBU (*Sluzhba bezpeky Ukrayiny* [Servicio de Seguridad de Ucrania]). Mientras Kyiv trataba de reunir fuerzas más temibles, la rebelión se iba expandiendo. Tanto en Lugansk como en Donetsk los rebeldes capturaron y vaciaron arsenales con los que empezaron a formar milicias. Tal acción no estaba coordinada y no todos eran partidarios de Moscú, es más, el Kremlin no acababa de decidirse en cuanto a si quería verse involucrado. Después de todo, ya tenía Crimea, el trofeo que más ansiaba.

No obstante, en Moscú empezó a cundir muy pronto la impresión de que no podía permitir que este levantamiento fracasara, entre otros motivos, para evitar una protesta nacionalista en la propia Rusia. Además, les proporcionaba una oportunidad. Ciertas personalidades en el Kremlin consideraban que las protestas de los opositores en el este de Ucrania se expandirían de forma natural, mientras que otros pusieron el acento en la aritmética del poder. Desde marzo, el Gobierno apenas había podido reunir quizá unos 6000 efectivos capaces de combatir entre todo el Ejército, y además tenían que proteger las fronteras y el istmo de Perekop, de modo que con una mínima ayuda, ¿podría la revuelta sobrevivir el tiempo necesario para obligar a Kyiv a mostrarse razonable? En aquella época, un profesor ruso con contactos en el Ministerio de Exteriores me comentó que «La junta ucraniana ha abarcado demasiado. Pero saben, sin duda, que necesitan la amistad y el comercio con Rusia. Una vez entren en razón, podremos hablar».

En Moscú, muchos lo veían de igual modo: no tenían interés alguno en anexionar el Donbás, sino que era tan solo un tratamiento de choque necesario para hacer que el nuevo gabinete revolucionario de Kyiv «entrara en razón». Todas las personas dentro del sistema con los que hablé en Moscú en aquella época me garantizaban que era cuestión de seis meses: llegado el verano, Kyiv se daría cuenta de que no podía romper con Moscú y todo volvería a la calma. Como se demostró después, todos ellos estaban equivocados.

UNA GUERRA DE CONTINGENTES IRREGULARES

Ninguno supo comprender la naturaleza de la crisis. Dieron por hecho que la legítima preocupación que el nuevo ejecutivo suscitaba entre la población rusoparlante del este de Ucrania los impulsaría a apoyar de forma activa la rebelión. Sin embargo, para la mayoría, esto era ir demasiado lejos y tampoco supieron ver que muchos ucranianos corrientes, incluso los

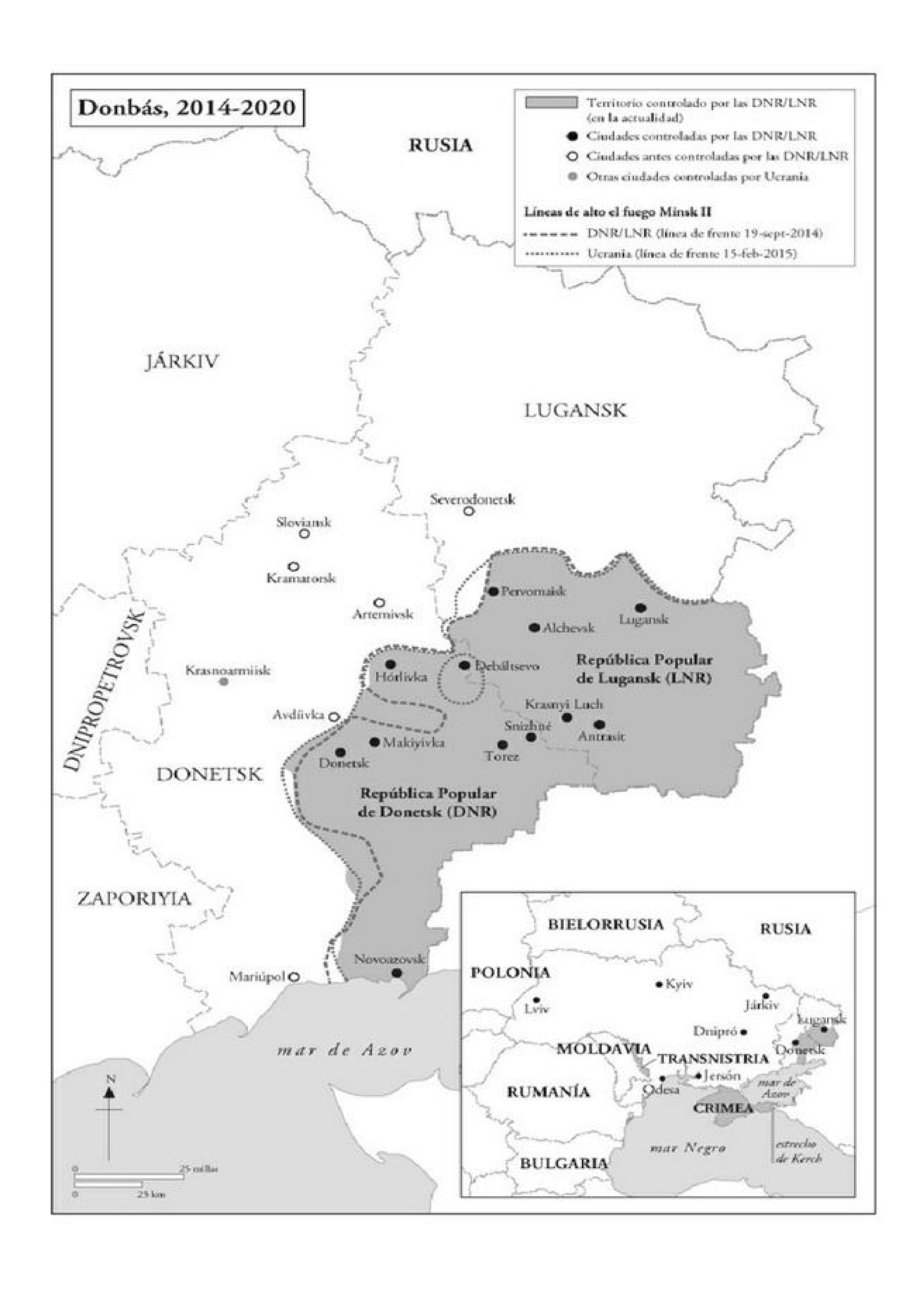
miembros de la comunidad rusoparlante, estaban dispuestos a tomar las armas para defender la soberanía nacional.

Las tropas gubernamentales eran escasas y en su mayoría estaban mal equipadas y poco motivadas. Numerosas unidades en teoría de élite rehusaban combatir a los rebeldes. Hubo un caso muy embarazoso en el que unos paracaidistas de la 25.ª Brigada Aerotransportada dejaron que los rebeldes capturasen, sin combatir, cinco vehículos de combate de infantería aerotransportados BMD y un mortero autopropulsado Nona, mientras que los mandos de otra de sus columnas entregó de forma sumisa sus fusiles a una muchedumbre «de hombres que consumían cerveza y mujeres que les lanzaban pullas y los insultaban».[2] En otra ocasión, efectivos del Ministerio del Interior vendieron a los rebeldes, en presencia de un periodista extranjero, armas y municiones a cambio de cerveza artesanal y lonchas de *salo*, un tocino de cerdo curado.

En consecuencia, durante los primeros meses de conflicto, fueron las milicias progubernamentales las que soportaron el peso de los combates. En algunos casos se trataba de una especie de voluntarios de autodefensa, como el Batallón Donbás; en otras, eran poco menos que contingentes privados de poderosos oligarcas ucranianos que las financiaban, como en el caso del Dnipro-1, el batallón reclutado por el millonario Íhor Kolomoiski, al que Kyiv nombró gobernador de la región de Dnipropetrovsk, mientras que algunas de las milicias más controvertidas procedían de movimientos políticos, como los neonazis del Batallón Azov. Esta unidad fue una de las más efectivas durante los primeros compases de la guerra, aunque sus combatientes han arrastrado desde entonces acusaciones de crímenes de guerra y supremacismo blanco (que llevaron al Congreso estadounidense a estipular que el Azov no podía recibir ayuda militar estadounidense destinada a Ucrania).

A estas fuerzas se enfrentaba un grupo igualmente heterogéneo de milicias separatistas, algunas formadas por lugareños, otras de mercenarios y voluntarios procedentes de Rusia, a menudo apoyadas, armadas y supervisadas por Moscú. Muchos de sus integrantes eran también desertores del bando gubernamental: hacia el verano de 2015, según el fiscal jefe de las fuerzas armadas ucranianas, 5000 policías y 3000 soldados se habían

unido a los rebeldes. Estas formaciones carecían de estándares de tamaño, origen o estructura. Había unidades de cierta efectividad, como el Batallón Somalia, de Mijaíl «Givi» Tolstij (se supone que les dieron este nombre porque sus combatientes eran «valientes como somalíes»), o el Batallón Sparta, de Arseni «Motorola» Pávlov, así como unidades de nombre grandilocuente aunque con pocos efectivos, como el Ejército Ortodoxo Ruso (reclutado en su mayoría entre los cosacos ucranianos) y el Batallón Hooligan,[*] de memorable nombre. Rostov del Don, capital de la región rusa de Rostov y una importante ciudad portuaria y nudo de comunicaciones terrestres, se convirtió en la base logística de la guerra no declarada de Moscú. Además de disponer de arsenales desde donde se enviaba material en apoyo de los rebeldes, también acogía una notable presencia de miembros de la GRU. Los aspirantes a voluntarios y mercenarios eran depurados, armados y concentrados en esta ciudad.



Donbás, 2014-2020
Territorio controlado por las DNR/LNR (en la actualidad)
Ciudades controladas por las DNR/LNR
Ciudades antes controladas por las DNR/LNR
Otras ciudades controladas por Ucrania
Líneas de alto el fuego Minsk II
DNR/LNR (línea de frente 19-sept-2014)
Ucrania (línea de frente 15-feb-2015)
RUSIA
JÁRKIV
LUGANSK
Severodonetsk
Sloviansk
Kramatorsk
Artemivsk
Pervomaisk
Alchevsk
Lugansk
DNIPROPETROVSK
Krasnoarmiisk
Hórlivka
Debáltsevo
República Popular de Lugansk (LNR)
Krasnyi Luch
Avdíivka
Snizhné
Antrasit
Makiyivka
Donetsk
Torez
DONETSK
República Popular de Donetsk (DNR)
ZAPORIYIA
Novoazovsk
Mariúpol
mar de Azov
N
25 millas
25 km
BIELORRUSIA
RUSIA
POLONIA
Kyiv
Lviv
Járkiv
Lugansk
Dnipró
Donetsk
MOLDAVIA
TRANSNISTRIA
Jersón
Odesa
RUMANÍA
mar de Azov
CRIMEA
mar Negro
estrecho de Kerch
BULGARIA

Era una contienda sucia y caótica en la que ambos bandos fueron acusados, con razones fundadas, de abusos contra los derechos humanos, en parte debidos a la ausencia de una cadena de mando nítida. A pesar de la creación de las «repúblicas populares» rebeldes y del Ejército del Sudeste, una coalición de milicias organizada por Ígor Guirkin, eran estructuras muy endebles. Sus líderes políticos solían ser oportunistas aficionados, de modo que Strelkov nunca pudo monopolizar las milicias, ante la voluntad de muchos prohombres y señores de la guerra locales de conservar su independencia. De hecho, algunos de estos contingentes eran poco más que partidas de bandidos, más interesadas en saquear y extorsionar que en cualquier otra causa.

En mayo, los líderes de las autoproclamadas repúblicas populares de Donetsk y Lugansk, la DNR (*Donetskaya narodnaya respublika* [República Popular de Donetsk]) y la LNR (*Luganskaya narodnaya respublika* [República Popular de Lugansk]), declararon la independencia frente a Ucrania y el establecimiento de una confederación a la que denominaron *Novor*óssiya [Nueva Rusia] con Strelkov en el cargo de ministro de Defensa. Sin embargo, esto nunca llegó a ninguna parte: Moscú no tenía intención de respaldar y financiar un nuevo país. En cuanto al Kremlin, el plan era obligar a Kyiv a aceptar el retorno del Donbás, en el marco de un acuerdo político que mantuviera a Ucrania dividida y alineada con los intereses de Rusia. Strelkov fue destituido en agosto y, a su regreso a Rusia, se convirtió en un vehemente crítico de Putin y su gabinete, a los que acusaba de ser inconsistentes y débiles en la defensa de los intereses de Rusia y de los residentes rusos en el extranjero.

Strelkov era un comandante implacable y bastante competente, pero ahora era algo más que un elemento políticamente incorrecto: se había convertido en un activo tóxico, debido a su papel en el derribo del vuelo MH17 de Malaysia Airlines. El 17 de julio de 2014, el vuelo MH17 seguía la ruta prevista de Ámsterdam a Kuala Lumpur cuando fue alcanzado por un misil cuando sobrevolaba el este de Ucrania. El avión se estrelló y todos los ocupantes, 283 pasajeros y 15 tripulantes, perecieron. Moscú dio varias explicaciones alternativas, pero un estudio exhaustivo de un equipo de investigación con dirección neerlandesa concluyó que había sido derribado

por un misil tierra-aire Buk M1 SA-11 disparado desde territorio controlado por separatistas. El sistema en cuestión, perteneciente a la 53.ª Brigada de Misiles Antiaéreos rusa, estaba cedido a los rebeldes, lo más probable que con las dotaciones correspondientes. A juzgar por el comentario en redes sociales de Strelkov, que posteriormente borró («en la región de Torez ha sido derribado un avión AN-26 en algún punto cerca de la mina "Progreso". Les advertimos de que no volasen "en nuestro cielo". He aquí el vídeo de prueba de otro "pájaro caído"»), los rebeldes pensaron que su objetivo era un avión de transporte ucraniano AN-26. La presencia de sistemas pesados como el Buk pone de manifiesto lo rápido que Moscú había apoyado a los rebeldes y, en concreto, el suministro de misiles antiaéreos explica por qué Ucrania no pudo emplear a fondo las unidades aéreas. Por otra parte, no hay pruebas de que los mandos militares rusos estuvieran implicados en la decisión de disparar, lo cual indica que los señores de la guerra en los que delegaban actuaban con relativa autonomía.

«VIENTO DEL NORTE»

El 1 de mayo, Kyiv volvió a adoptar el servicio militar obligatorio, mientras se preparaba para aislar y luego reconquistar las regiones bajo control rebelde. Ucrania lanzó ofensivas a pequeña escala contra las localidades controladas por la República Popular de Donetsk, como Sloviansk, Mariúpol y Kramatorsk, entre otras. El 5 de julio, después de sufrir ataques reiterados y violentos bombardeos artilleros, Strelkov y sus fuerzas se retiraron de la primera de ellas en dirección a la última, lo que pareció provocar el colapso generalizado de la moral de las unidades rebeldes, pues Kramatorsk y Artemivsk cayeron poco después, seguidas de Mariúpol. Mientras tanto, rebeldes y partidarios del Gobierno combatían por el aeropuerto internacional de Donetsk, a un breve trayecto de distancia en coche desde el cuartel general de la República Popular de Donetsk.

Hasta ese momento, Moscú había tratado de limitar su participación. Estaba dispuesta a permitir la entrada de voluntarios rusos para unirse a los

rebeldes y, además, había proporcionado módicas cantidades de armas pesadas, tales como misiles antiaéreos portátiles y, después, sistemas defensivos más pesados para contrarrestar el poder aéreo gubernamental (en aquel momento, Kyiv había reducido su empleo tras la pérdida de varios helicópteros y aviones), así como cierto número de carros y obuses. Se envió incluso una unidad de milicias, el Batallón Vostok, reclutado por la GU con veteranos chechenos y abjasios de la Guerra de Chechenia. Esta unidad fue destinada a Donetsk para galvanizar la resistencia y convertirse en el instrumento de Moscú sobre el terreno, si fuera necesario. Los rusos que asumieron puestos de mando en las fuerzas de las dos repúblicas populares eran, probablemente, oficiales «voluntarios» enviados para tratar de revertir las retiradas.

Pero no funcionó. En agosto, las áreas controladas por los rebeldes se iban reduciendo. Es más, las tropas gubernamentales parecían estar cada vez más cerca de recuperar el control de la frontera con Rusia, lo cual les permitiría cortar el suministro de combatientes, armas y municiones, además de insertar una cuña entre la República Popular de Donetsk y la de Lugansk. Esto significaría el fin de los rebeldes; de hecho, ya había señales de que estos estaban tratando de huir a Rusia o de alcanzar un acuerdo con Kyiv y en ese escenario Moscú tenía dos opciones: la escalada bélica o la retirada. Optó por la primera, una vez abandonó toda esperanza de que unas milicias locales con mínimo apoyo pudieran resistir contra la alianza, cada vez más segura de sí misma, de efectivos del Gobierno y milicias. El Kremlin no había iniciado la rebelión, aunque, una vez que decidió controlarla, no estaba dispuesto a permitir que cayera derrotada.

El 7 de agosto, unidades mecanizadas y aerotransportadas gubernamentales, con el apoyo de varios batallones de milicias, se lanzaron al asalto para recuperar Ilovaisk, un nudo ferroviario situado al este de Donetsk, que se hallaba en manos rebeldes desde abril. En un primer momento lograron hacer retroceder a las fuerzas de la República Popular de Donetsk y para el 18 de agosto se habían abierto paso hasta el centro de la ciudad, con lo que solo parecía cuestión de limpiar los últimos focos de resistencia. Sin embargo, el día 24, un repentino contraataque llevado a cabo por 4000 soldados regulares rusos, paracaidistas y carros T-72B3 de la

6.ª Brigada de Tanques que habían cruzado la frontera en apoyo de los rebeldes, tomó por sorpresa a las tropas gubernamentales y las dejó copadas en el interior de la ciudad.

La 92.ª Brigada Mecanizada atacó para romper el cerco y abrirse paso hasta las demás unidades del Gobierno en Ilovaisk, pero los rusos la sometieron a un intenso y preciso fuego artillero, y después atacaron con paracaidistas que obligaron a la brigada a retirarse. En cuestión de días, la situación táctica había cambiado por completo. Las tropas cercadas intentaron negociar la evacuación. En un reconocimiento implícito del papel de Rusia, Putin reclamó el 29 de agosto la apertura de un «corredor humanitario» para que las fuerzas gubernamentales pudieran abandonar la ciudad; el primer ministro de la República Popular de Donetsk, Alexánder Zajárchenko, aprobó la iniciativa a toda prisa. El plan preveía que las tropas gubernamentales debían abandonar las armas pesadas y los vehículos blindados.

Cuando comenzó el repliegue de los 1600 efectivos, surgieron disputas en cuanto a qué ruta seguir y también por la pretensión de los gubernamentales de retener los vehículos blindados. Estas discusiones, fueran o no un ardid deliberado para justificar la ruptura del alto el fuego, provocaron choques a pequeña escala que desencadenaron bombardeos de la artillería rusa. La disciplina de los ucranianos se rompió y varios centenares fueron hechos prisioneros. El 1 de septiembre, Ilovaisk volvía a estar en manos de los rebeldes, más de 350 milicianos y soldados gubernamentales habían muerto y se había iniciado una nueva etapa de la contienda: el «Viento del Norte», esto es, la intervención directa de Moscú, había empezado a soplar.

EL CONFLICTO SE ENQUISTA

En agosto de 2014, los rusos intervinieron en Ucrania con un contingente estimado entre 3500 y 6500 efectivos, que alcanzó su cifra máxima de cerca de 10 000 a finales de año. Ya habían empleado pequeños destacamentos de

las 2.ªy 10.ª Brigadas de *Spetsnaz*, la 106.ª División Aerotransportada de la Guardia y el 45.º Regimiento Aerotransportado de *Spetsnaz* de la Guardia. A continuación, se envió a elementos de las 9.ª y 18.ª Brigadas Motorizadas de Fusileros a preparar el terreno. La primera oleada de unidades regulares de combate supuso el bautismo de fuego de los grupos tácticos de batallón (BTG) compuestos a partir de diez unidades de maniobra completas: la 17.ª, 18.ª, 21.ª y 33.ª Brigadas Motorizadas de Fusileros, la 31.ª Brigada Aerotransportada de la Guardia, la 2.ª Brigada de *Spetsnaz*, los 104.º y 247.º Regimientos de Asalto Aéreo y los 137.º y 331.er Regimientos Aerotransportados. Llegados a este punto, el momento de la llamada «guerra híbrida», en la cual la desinformación, las operaciones políticas cuestionables y otros medios no cinéticos resultan, como mínimo, tan importantes como los combates en el campo de batalla, había llegado a su fin. Ahora, el conflicto era mucho más parecido a una conflagración convencional, aunque no declarada, en la que ambos bandos desplegaban una combinación de fuerzas regulares y milicias en choques esporádicos pero brutales.

Las unidades del Gobierno habían obtenido sus victorias contra unas milicias rebeldes mal disciplinadas y coordinadas, pero no se hacían ilusiones con poder resistir contra las fuerzas rusas. Tras la entrada de Moscú en la guerra, en septiembre, Kyiv se vio obligada a aceptar el protocolo de paz de Minsk, aunque el alto el fuego era más bien ilusorio. Se siguieron dando combates esporádicos, seguidos por una acción de mayor envergadura, la segunda batalla del aeropuerto de Donetsk, en la cual las tropas de la República Popular de Donetsk trataron de desalojar a las gubernamentales de su última posición en la ciudad. Fueron necesarios casi cuatro meses de enfrentamientos —durante los cuales los defensores se ganaron el apodo de cíborgs por su tenacidad sobrehumana—. A pesar de ello, a finales de enero de 2015, el aeropuerto se hallaba en manos de los rebeldes.

Gracias al apoyo de los rusos, los rebeldes pudieron hacer progresos, como por ejemplo en la estratégica ciudad de Debáltsevo. Situada entre los territorios bajo control de las dos repúblicas populares, era un nudo ferroviario y de carreteras clave en la ruta hacia Artemivsk y Sloviansk. Los

rebeldes la habían tomado en abril de 2014, pero las tropas de Kyiv la reconquistaron en julio. Esto dejó la localidad en el corazón de un saliente en manos gubernamentales encajado entre las dos regiones en poder de los rebeldes. En enero de 2015, en pleno invierno ucraniano y tras una fuerte preparación artillera, estos últimos emprendieron una ofensiva para capturar la ciudad. Las fuerzas gubernamentales resistieron y en el duelo artillero subsiguiente pereció un número significativo de soldados y civiles. Mientras los rebeldes iban cerrando el cerco de Debáltsevo, las negociaciones para un alto el fuego por parte de las unidades en el exterior de la bolsa no llegaban a nada. Los intentos de Kyiv de levantar el cerco de los 6000 soldados del Gobierno atrapados en este «caldero» quedaban abortados en la práctica a consecuencia de la intensidad del fuego artillero desplegado. Pronto se comprobó que buena parte del mismo procedía de un contingente ruso extraído de las 8.ª y 18.ª Brigadas de Fusileros de la Guardia y de la 232.ª Brigada de Artillería de Cohetes, mientras que el 25.º Regimiento de *Spetsnaz* proporcionaba los efectivos de asalto y los observadores de artillería. También participó en las operaciones de cierre del corredor a la ciudad un BTG formado a partir de la 136.ª Brigada Motorizada de Fusileros de la Guardia. Esta formación sufrió tantas bajas que tuvo que ser reemplazada por un segundo BTG compuesto por elementos de la 27.ª Brigada Motorizada de Fusileros de la Guardia y el 217.º Regimiento Aerotransportado de la Guardia (de la 98.ª División Aerotransportada de la Guardia). El 18 de febrero, las fuerzas ucranianas se vieron obligadas a retirarse bajo un intenso fuego. Dejaron atrás una ciudad devastada, testimonio del grado de implicación ruso y de su capacidad para inclinar el fiel de la balanza.

Mientras tanto, visto el fracaso manifiesto del protocolo de Minsk, los negociadores trabajaron en una nueva iteración denominada, en un alarde de imaginación, Minsk II, aunque el acuerdo, firmado el 12 de febrero de 2015, no tuvo más éxito que el primero. Preveía un alto el fuego inmediato, elecciones en las áreas bajo control rebelde, su reintegración en Ucrania con un estatus especial que les concediera un grado considerable de autogobierno y su retorno al control del Gobierno. En la práctica, el alto el fuego fue temporal y desigual, Kyiv consideró ilegítimas las elecciones

celebradas por las autoridades rebeldes, estos consideraron insuficientes las leyes sobre el estatuto especial de estas regiones aprobadas por el Parlamento ucraniano y las dos repúblicas populares continuaron en rebeldía.

Desde 2015, la dinámica de la guerra tendió hacia la consolidación. El conflicto se fue asentando, aunque no en el sentido de resolverse, sino de quedar congelado en el tiempo. El Gobierno hizo grandes progresos en la reconstrucción de las fuerzas armadas. En 2022, contaba con más de un cuarto de millón de hombres y mujeres. Las milicias progubernamentales se incorporaron a la nueva Guardia Nacional y aunque algunas de ellas, en particular las vinculadas a movimientos ultranacionalistas, seguían siendo difíciles de controlar, en general puede decirse que las fuerzas ucranianas lograron encauzar con éxito el patriotismo manifiesto de las unidades de voluntarios de 2014.

PUNTO MUERTO

La guerra asumió una nueva pauta. Para el Gobierno del expresidente ucraniano Petró Poroshenko era una ATO (*Antiterroristichna operatsiya* [Operación Antiterrorista], mientras que para el Kremlin ni siquiera se trataba de una guerra: hasta diciembre de 2015, Putin no admitió que había rusos en el Donbás «resolviendo varias cuestiones», pero, incluso entonces, negó que fueran unidades de combate.[3] Siempre que pudo, Moscú continuó empleando milicias locales, aunque su mando recaía cada vez más en oficiales rusos. No obstante, a pesar de los intentos de convertirlas en un auténtico ejército convencional, a menudo adolecían de indisciplina o de una inferioridad de medios, de modo que, cada vez que las fuerzas gubernamentales parecían estar a punto de lograr un avance notorio, los rusos enviaban a sus grupos tácticos de batallón a revertir la situación.

Durante los primeros años del conflicto, las líneas de frente fluctuaron y localidades como Debáltsevo cambiaron de manos varias veces. Sin embargo, a medida que las fuerzas gubernamentales ganaban en

competencia y confianza, la capacidad de los rebeldes de conquistar terreno fue disminuyendo. El año 2016 fue, de hecho, el primero en el que Kyiv no perdió terreno. En enero de 2017, los rebeldes lanzaron una ofensiva sobre la localidad de Avdíivka que recordaba a las grandes operaciones de 2014, con bombardeos artilleros masivos y combates a muy corta distancia, pero, pese a todo, los efectivos gubernamentales aguantaron en las posiciones. En 2018, Kyiv adoptó una nueva terminología: empezó a denominar a las áreas rebeldes «territorios bajo ocupación temporal» y reemplazó el concepto ATO por «Operación de Fuerzas Conjuntas».

Este cambio, que bien pudiera parecer un inocente juego de palabras, tenía su importancia, puesto que coincidió con una línea más agresiva de las fuerzas gubernamentales. En 2017, estas empezaron a avanzar sus posiciones de forma gradual. Se adentraron en la llamada «zona gris», la tierra de nadie que se extendía a lo largo de la línea de contacto. De todos modos, eran conscientes de que no podían acometer un intento serio de hacer retroceder las posiciones rebeldes sin que ello provocara una respuesta de Rusia. De forma inversa, aunque Moscú seguía apoyando a los rebeldes, mantenía fuertes contingentes preparados para intervenir y desplegaba otro tipo de activos, tales como destacamentos de francotiradores del Ejército y del FSB, sabía perfectamente que romper el empate requeriría una escalada bélica abierta y de gran magnitud, con todos los costes políticos que ello implicaría. Así pues, se consolidó una pauta de treguas intermitentes, guerra de trincheras, combates esporádicos localizados, fuego ocasional de tiradores y de artillería y de recriminaciones mutuas. Todo ello hasta el año 2022, cuando Putin decidió que había llegado el momento de deshacer el punto muerto.

CAPÍTULO 16

Las enseñanzas de la Guerra del Donbás

Era el año 2020. Me encontraba en una sesión informativa acerca de la Operación Orbital, la misión británica de asesoramiento militar en Ucrania que, desde 2015, llevaba instruyendo a los ucranianos en una amplia gama de capacidades militares básicas, desde mando y planificación a colocación de explosivos o sanidad de campaña. Como es inevitable en un ejército occidental moderno, hubo una presentación en *PowerPoint* del todo prescindible (aunque los auténticos reyes de la diapositiva siguen siendo los estadounidenses), con montones de datos, cifras y bonitos mapas. No obstante, después de la presentación, uno de los ponentes, un capitán de infantería, observó que su misión no era un proceso unidireccional: «seamos honestos, nosotros también podríamos aprender de los ucranianos.

Nadie más tiene experiencia en combate contra un rival moderno de su mismo nivel en una guerra convencional». Hizo una pausa. «He entrado en acción en Irak y Afganistán; he estado bajo el fuego. Pero nunca me he enfrentado a un carro de combate».

Por más atención que recibieron las operaciones en la «zona gris» o «híbridas» en Ucrania —ciberataques y sabotajes electrónicos, propaganda y subversión, presión económica y política— la Guerra del Donbás de 2015-2022 era, sobre todo, un conflicto convencional en el que los ataques de francotiradores y los duelos artilleros precedían a batallas en campo abierto libradas con toda la panoplia de la guerra moderna. No es de extrañar que los ejércitos occidentales, cuya experiencia reciente se limitaba a polvorientas guerras de contrainsurgencia contra tropas irregulares dispersas, estuvieran ansiosos por aprender de la experiencia ucraniana. De igual modo, el Donbás proporcionó a los rusos la oportunidad de probar teorías y extraer enseñanzas de un conflicto más prolongado que la breve campaña georgiana y menos específico que el de Siria.

Después de todo, aunque los rusos nunca implementaron el cambio radical al modelo de «pequeñas guerras» que se hizo en Occidente, las reformas del Ejército de «Nueva Imagen» llevaban implícita la noción de que todas las operaciones concebibles en el futuro serían intervenciones limitadas en la Eurasia postsoviética. Su arquitecto, el general Makárov, lo remarcó en un discurso ante la Academia de Ciencias Militares: «es importante comprender que la zona de combate no está muy alejada hacia occidente o hacia oriente, sino en las fronteras de la Federación Rusa, en los países de la CEI».[1] Tales conflictos primarían la rapidez en movilizar las agrupaciones de fuerzas, no la simple masa. Sin embargo, la contienda en el Donbás, y el empeoramiento consiguiente de las relaciones con Occidente, hicieron recordar al alto mando y al Kremlin el riesgo de conflictos de mayor envergadura. Esto llevó, por ejemplo, al retorno parcial a la división. En términos más generales, la pugna del Donbás puso de manifiesto una serie de fortalezas y debilidades de las fuerzas rusas.

LAS DIFICULTADES DEL MANDO Y CONTROL EN UNA GUERRA DELEGADA

Alexéi Mozgovói era un nativo de Lugansk que encontró en la rebelión su pasión y su muerte. Sargento mayor en el Ejército ucraniano y luego cocinero en San Petersburgo, a principios de 2014 regresó a su ciudad y el inicio del conflicto le hizo descubrir un nuevo talento: el de señor de la guerra. Formó una milicia denominada Batallón Prizrak [fantasma] y, pese a reconocer la autoridad de Strelkov, Mozgovói mantuvo al *Prizrak* separado del Ejército del Sudeste, así como de la estructura de mando de la milicia popular de la República Popular de Lugansk. Se labró una reputación de brutalidad no exenta de efectividad, hasta el punto de incluso atraer a voluntarios extranjeros, muchos de los cuales se integraron en la Unidad Continental, de mayoría francófona, y la Unidad 404, un destacamento de combatientes comunistas foráneos también conocida como la Unidad Biriukov-Markov.

Podríamos decir que, una vez que había logrado ser «alguien», Mozgovói no estaba dispuesto a compartir el protagonismo o a plegarse. Tenía enfrentamientos constantes con los demás comandantes de milicias y, en al menos una occasion, llegó a amenazar con un arma a uno de sus supuestos aliados. También se aficionó a tomarse la justicia por su mano. En octubre de 2014 organizó un simulacro de juicio en el que el sospechoso, acusado de violación, fue ejecutado de acuerdo con una sentencia decidida por el voto a mano alzada del público presente. Al igual que Kyiv trataba de controlar las unidades de voluntarios, al encuadrarlas en la Guardia Nacional, Moscú intentó en 2015 forjar una estructura de mando unificada en el seno de los dos cuerpos de ejército rebeldes, el I (Donetsk) y el II (Lugansk). Mozgovói se negaba a subordinarse, por lo que, en un principio, las autoridades de la República Popular de Lugansk y los rusos lo presionaron con una reducción de los víveres y la munición que recibía el *Prizrak*. Aunque él reaccionó doblando la apuesta: estableció su propio partido político, *Narodnoye Vozrozhdeniye* (Renovación Nacional), y solicitó su inscripción oficial en Kyiv.

Dos semanas más tarde, el 23 de mayo de 2015, Mozgovói regresaba a su base de operaciones en Alchevsk tras una reunión en Lugansk, acompañado de su jefe de prensa y seis guardaespaldas, repartidos en tres coches. La escolta estaba muy bien armada, pues un par de meses antes se había producido un intento de atentado contra su jefe, aunque esta vez no tuvieron ocasión de emplearlas. Unos desconocidos habían colocado seis minas direccionales de fabricación rusa MON-50 conectadas por un cable de control, en un tramo de carretera a las afueras de la aldea de Mijailivka. Cuando la comitiva de Mozgovói pasó junto a las minas, las hicieron estallar; cada una de ellas proyectó 540 bolas de acero hacia el blanco. Él, su chófer y dos guardaespaldas perecieron al instante. A continuación, los asaltantes acribillaron los coches con fusiles de asalto AKM y ametralladoras RPK para rematar a los demás, antes de esfumarse en la noche.

Las autoridades de la República Popular de Lugansk, al igual que el nuevo comandante del *Prizrak*, atribuyeron de inmediato el ataque a las fuerzas especiales ucranianas, aunque los aliados más cercanos de Mozgovói responsabilizaron a los *Spetsnaz* rusos del asesinato. Después de todo, aunque Kyiv no iba a lamentar demasiado su muerte, no existen pruebas de que los ucranianos dispusieran de la clase de «ninjas» que hacían falta para infiltrarse en áreas bajo control rebelde, ejecutar una operación tan precisa (que requería conocimiento previo de los movimientos) y desaparecer. Todo ello sin dejar rastro. Además, todos los comandantes de milicias que se enfrentaban a los dirigentes locales o a Moscú parecieron sufrir una extraña sucesión de desgracias. Al igual que Mozgovói, jefes conflictivos como Alexánder «Batman» Bednov y Pável «Batia» [papá] Drémov perecieron en 2015, al igual que «Motorola» Pávlov en 2016. La mayoría murió víctima de bombas, trampas explosivas o emboscadas. El asesinato más impactante fue el de Alexánder Zajárchenko, que dirigió la República Popular de Donetsk desde agosto de 2014 hasta su fallecimiento en agosto de 2018.

A pesar de que la versión oficial siempre ha sostenido que se trataba de asesinatos perpetrados por agentes de Kyiv, no se ha hallado ninguna prueba que corrobore esta teoría. Por el contrario, las sospechas han recaído

más bien en las fuerzas especiales rusas, en el Grupo Wagner (*vid*. Capítulos 18 y 26) o, en unos pocos casos, en bandas criminales rivales, como los responsables de la muerte de Yevguéni Zhilin, comandante de la Brigada Oplot, abatido a tiros en 2016 en un restaurante moscovita. En 2016, al antiguo primer ministro de la República Popular de Lugansk, Guennadi Tsipkalov, acusado de orquestar un golpe contra Ígor Plotniski, dirigente de la república en aquel momento, lo encontraron ahorcado en prisión, en un supuesto caso de suicidio.

En suma, Moscú ha tenido que asumir que, aunque las fuerzas irregulares locales son bastante asequibles, lo barato sale caro. Estas milicias se componen de individuos que pueden ser valerosos o, en ocasiones, incluso efectivos en el campo de batalla, pero, en la mayoría de los casos, se trata de matones oportunistas, mediocres en el campo de batalla e indisciplinados lejos de este. Como veremos en el Capítulo 26, la mejor forma de comprender el pensamiento ruso moderno en relación con operaciones por debajo del umbral de la guerra a gran escala no es la «zona gris», o el conflicto «híbrido», sino la «guerra política»; es decir, el uso de todos los medios a disposición del Estado, lícitos o encubiertos, a excepción de las operaciones militares directas, para lograr unos determinados fines políticos. Este pareció ser el enfoque del Kremlin en la primera y más confusa fase del conflicto del Donbás, hasta que vio cómo esa amalgama fortuita de indeseables, nacionalistas, arribistas, cosacos e idealistas no podía resistir contra las fuerzas gubernamentales, con lo que Moscú debía elegir entre intervenir o apartarse.

A falta de medios formales para imponer la disciplina y destituir a los comandantes, los rusos optaron por otros cauces informales cruentos. En un principio, trataron de establecer sus propios contingentes milicianos, como el Batallón Vostok, y, más tarde, recurrieron a los mercenarios del Grupo Wagner, aunque también trataron de retener el control de los recursos más poderosos. Cuando Moscú envió, a regañadientes, seis lanzacohetes de munición termobárica TOS-1A Solntsepiok, se aseguró de que las dotaciones fueran rusas y de que tuvieran que solicitar autorización para utilizar los cohetes. En 2019, a pesar de que la mayor parte de los soldados del I y II Cuerpos eran originarios del Donbás (aunque apoyados por un

puñado de cosacos y otros voluntarios rusos), la estructura de mando superior se componía, en su gran mayoría, de oficiales rusos regulares, algunos de los cuales se ocultaban tras nombres falsos u otras identificaciones. Según Kyiv, por ejemplo, el coronel general Andréi Serdiukov, futuro comandante de las VDV, el cuerpo paracaidista, dirigía en 2015 las operaciones del Donbás con el nombre en clave de Sedov. Estos oficiales están supeditados a la jerarquía castrense convencional. El 8.° Ejército de la Guardia, reformado en 2017, tiene su base al sur de Rostov del Don, en Novorossíisk. Si bien el 20.° Ejército de la Guardia, con base en Vorónezh, más al norte, también ha desempeñado un papel, el 8.º parece ser el núcleo operacional del despliegue de unidades en el Donbás, además de erigirse en la principal amenaza convencional contra Ucrania.

LA GUERRA DE INFORMACIÓN ES UN PODEROSO FACTOR MULTIPLICADOR

Por otra parte, los rusos saben muy bien que las operaciones políticas pueden servir para apoyar la acción cinética, así como que los sistemas de información y comunicaciones no son solo los factores multiplicadores de fuerza del futuro, sino también campos de batalla en sí mismos. Avdíivka es una ciudad industrial en la periferia del norte de Donetsk que cayó en manos de los rebeldes y que luego fue recuperada por las tropas gubernamentales en julio de 2014. La denominada «zona industrial» al este de la ciudad, llamada Promzona, fue designada como sector neutral debido a su proximidad a la autovía M04 que sale de Donetsk. Aun así, en marzo de 2016, fuerzas gubernamentales empezaron a establecer posiciones allí, lo cual suponía una amenaza potencial contra la carretera. Los choques esporádicos se sucedieron todo el año y, en enero de 2017, se intensificaron hasta convertirse en combates a gran escala. Ambos bandos se recriminaron mutuamente el inicio de las hostilidades, aunque parece que el auténtico detonante fue la decisión del Gobierno de construir una posición, denominada Almaz-2, que cortaba la autovía.

En respuesta, los rebeldes empezaron a bombardear la ciudad, lo que provocó una crisis humanitaria, ya que los cerca de 17 000 habitantes que todavía permanecían en Avdíivka se quedaron en pleno invierno sin apenas calefacción o suministro eléctrico. Las jornadas siguientes, las fuerzas rebeldes lanzaron reiterados asaltos contra los defensores, en su mayoría efectivos de la 72.ª Brigada Mecanizada, y, aunque rompieron las líneas en varias ocasiones, no pudieron concentrar suficientes efectivos para explotar el éxito. Todo ello a pesar de un poderoso ataque rebelde procedente de la aldea de Spartak, al sur de Avdíivka: una columna acorazada circunvaló la ciudad para asaltarla por el noroeste y tratar de capturar la importante planta química de coque. El 4 de febrero los combates empezaron a amainar y se acordó un alto el fuego en el sector. Al día siguiente, los sufridos residentes de la ciudad volvieron a tener suministro de calefacción y electricidad.

Esta batalla fue una de las más encarnizadas desde 2014-2015 y demostró lo mucho que había progresado la reconstrucción del Ejército ucraniano. No obstante, una de las innovaciones más llamativas en este caso concreto fue que, en pleno combate, los móviles de las tropas ucranianas empezaron a recibir una serie de mensajes de texto desconcertantes, tales como «nadie necesita que dejes huérfanos a tus hijos», «encontrarán tu cadáver cuando se deshiele la nieve», «para tus jefes, solo eres carne», que, en algunos casos, parecían proceder de los teléfonos de sus camaradas.

Ya había habido noticia de este tipo de mensajes falsos durante la contienda, pero nunca con tal densidad ni con ese origen. Al parecer, fue gracias al sistema de guerra electrónica RB-341V Leer-3 ruso, un dispositivo de tecnología avanzada instalado en un camión que controla un simulador de repetidor de telefonía móvil acoplado a un dron. Cuando este sobrevuela el campo de batalla, puede capturar hasta 6000 conexiones telefónicas en un área de seis kilómetros de diámetro. En otras ocasiones, se había empleado para localizar terminales telefónicos para dirigir con precisión el fuego de la artillería contra las posiciones ucranianas, aunque en Avdíivka se utilizó para desmoralizarlos. Desde entonces, las operaciones de información han sido aún más avanzadas e imaginativas.

LOS DESMENTIDOS INVEROSÍMILES ENCUENTRAN SU SITIO

Cuando el MH17 fue derribado sobre el Donbás, en Moscú la maquinaria para dominar el relato pisó a fondo el acelerador. Se enviaron investigadores para controlar en la medida de lo posible los restos del avión y retirar las pruebas relativas a un misil de fabricación rusa, mientras los medios de comunicación afines, también los encubiertos, se afanaron en fabricar explicaciones alternativas del accidente con distintos grados de verosimilitud: desde que el derribo había sido obra de un Su-25 ucraniano, a pesar de que se trata de un avión de ataque a tierra, a la extraordinaria revelación de que las personas que iban a bordo ya estaban muertas y que todo era un sofisticado montaje orquestado por la CIA para ensuciar la reputación de Rusia.

A pesar de las toneladas de informes acerca de la presencia de hombres y medios rusos en el Donbás, las investigaciones en fuentes abiertas que georreferenciaban las imágenes con lugares concretos de la región, e incluso los imprudentes selfis que los soldados rusos compartían en las redes sociales, en los que podían apreciarse placas callejeras y puntos de referencia en segundo plano, Moscú siguió negando estar implicado en la contienda.

El propósito, en parte, era confundir y engañar a Occidente. Sin embargo, aunque siempre hay quien prefiere creer a Putin antes que a su propia prensa y sus dirigentes, este relato perdió toda credibilidad hace mucho tiempo. Ya en 2015, durante la Conferencia de Seguridad de Múnich, el ministro de Exteriores Serguéi Lavrov trató de reiterar la línea oficial ante una audiencia de expertos y funcionarios, que recibieron sus explicaciones con risas burlonas. En general, el engaño continuado, al igual que la necesidad de depender del empleo por delegación de milicias locales y mercenarios, lo que reflejaba era más bien el intento por parte del Kremlin de ocultar a su propio pueblo la verdadera naturaleza y la magnitud del conflicto.

Una parte significativa de los soldados de las fuerzas armadas rusas son civiles que cumplen su servicio militar, lo cual plantea problemas políticos y operacionales. Por ley, los reclutas, a no ser que se presenten voluntarios, no pueden servir en operaciones militares en el extranjero si no hay una declaración formal de Guerra. Incluso si se presentan voluntarios, solo están incorporados a filas doce meses, con lo que, tras recibir la instrucción básica, solo se les considera útiles para tres, o cuatro, a lo sumo, meses de servicio. Además, el Kremlin temía, y con razón, que si empezaban a morir reclutas en una guerra que, en teoría, no se estaba librando, podría haber una fuerte reacción del ciudadano corriente. De aquí el uso de grupos tácticos de batallón formados por *kontraktniki* de una o varias brigadas, una práctica que se ha convertido en el método estándar de proyección de fuerza, pero que puede decirse que surgió como una solución provisional en el Donbás. Sin embargo, esto tiene unos costes importantes. Para obtener los cerca de 42 000 soldados que han rotado en el servicio en el Donbás o en sus inmediaciones, los rusos han tenido que emplear efectivos de unas 117 unidades de combate y apoyo.

Esta guerra, por otra parte, ha consolidado el imperativo de tratar de dominar en lo posible el relato de las contiendas en que Rusia participa. En la Primera Guerra de Chechenia no lo hizo y pagó un precio por ello, por lo que se aseguró de presentar la de Georgia de 2008 como la respuesta a la «agresión» de Tiflis. Sin embargo, es la del Donbás la primera contienda prolongada en el extranjero que ha tratado de gestionar de este modo.

LOS DRONES SON EL FUTURO

El 11 de julio de 2014, dos brigadas mecanizadas ucranianas, la 24.ª y la 72.ª, junto con un batallón de la 79.ª Brigada Aeromóvil y algunos guardias de frontera, se concentraron en las afueras de la localidad de Zenopillia, al sur de la región de Lugansk, y se dispusieron a atacar a las tropas rebeldes situadas al norte. Ignoraban que los rusos habían monitorizado sus movimientos vía satélite y por medios electrónicos y que habían emplazado

artillería en Rovenki, en su lado de la frontera, aunque a tan solo 15 kilómetros de distancia. Poco después de las 04:00 h, dos drones Orlan-10 sobrevolaron las posiciones gubernamentales para transmitir la posición detallada del objetivo, al tiempo que se interferían sus comunicaciones. Sistemas de cohetes Tornado-G, de 122 mm (más avanzados que los anticuados BM-21 entregados a los rebeldes) empezaron a disparar precisas salvas, 40 en total, que, en cuestión de minutos, convirtieron el campamento ucraniano en un infierno de fuego y metralla. Perecieron 37 soldados, más de un centenar resultó herido y sobre el terreno quedaron los camiones, los vehículos blindados e incluso carros T-64 en llamas. El 1.er Batallón de la 79.ª Brigada, una unidad de élite, quedó tan mermado que tuvo que ser reconstruido y tanto la 24.ª como la 72.ª fueron retiradas de primera línea, pues se consideraba que ya no estaban en condiciones de combatir. Incluso en la era de la «guerra híbrida», la artillería sigue siendo el «argumento definitivo de los reyes» y este caso fue un ejemplo modélico del poder del fuego concentrado cuando se emplea con precisión… y también del uso de drones para dirigir el tiro.

El uso de drones ha sido muy notable en el Donbás. Los rusos han recuperado mucho terreno con respecto a los estándares occidentales. Además del Orlan [águila], para misiones de observación y control de fuego, han utilizado los modelos Granat-1 y Granat-2, el Forpost, el Eleron 3SV, el Zastava y el ZALA-421-08, este último lanzado a mano. En buena medida, esto compensó la decisión de no utilizar la considerable superioridad aérea rusa, en parte para preservar un mínimo de credibilidad en sus desmentidos, pero también porque estaban seguros de que sus unidades sufrirían pérdidas.

Además de utilizar drones, los rusos también han aprendido la necesidad de combatirlos. Ucrania dispone de una cantidad bastante modesta, pero las veces que la OSCE (Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa) ha tratado, a menudo en vano, de monitorizar las violaciones de los acuerdos de Minsk y de las numerosas y efímeras treguas, se ha encontrado con que los drones cuadricópteros que utiliza para tal fin son abatidos o inutilizados mediante señales electrónicas: en abril de 2021, más de la mitad de sus vuelos experimentó interferencias. Los drones

ucranianos se enfrentaron a los mismos problemas. El sistema ruso R-330Zh Zhitel puede interferir el sistema de navegación satélite GPS que utilizan muchos de ellos y también existen informes que sugieren ensayos en el Donbás con el «rifle» de intercepción de drones Pishchal.

LA GUERRA NO TENDRÁ UN DESENLACE RÁPIDO

En 2017, el jefe de Estado Mayor ucraniano, el general Víktor Muzhenko, comentó que podía recuperar el Donbás en solo diez días, aunque a un coste de 3000 militares caídos, 7000-9000 heridos y unos 10 000 civiles muertos.[2] Tanto si estaba defendiendo la necesidad de emprender esta ofensiva, como si no —y, como veremos más adelante, en Kyiv ya se hablaba de reconquistar algún día el Donbás por la fuerza—, Moscú seguía conservando el dominio de la escalada, con abundantes modos de introducir más fuerzas en la región o de atacar Ucrania desde otras direcciones.

Con el fin de aprovechar al máximo esta situación de bloqueo, en 2017-2018, los ucranianos adoptaron la táctica de lograr pequeños progresos graduales por la «zona gris» o tierra de nadie situada frente a la línea de contacto, para ocupar posiciones más defendibles o que tuvieran mejor campo de tiro y, de paso, hacer avanzar un poco la frontera. Difícilmente podían vencer por medio de esta «táctica del salami», pero, al menos, demostraban su determinación de restaurar, en algún momento, su dominio sobre las regiones en disputa.

Al fin y al cabo, la intervención en el Donbás, lejos de provocar la rendición de Kyiv, generó un sentido de identidad nacional sin precedentes. En 2017 se estrenó *Cíborgs: los héroes nunca mueren*, una película acerca de la segunda batalla por el aeropuerto de Donetsk que fue un éxito de taquilla inmediato. Mientras tanto, Moscú no solo se veía obligado a subsidiar a los pseudo-Estados no reconocidos de la región, sino que también tenía que defenderlos, en un conflicto que no era ni reconocido ni popular.

Subyace la tragedia humana. A finales de 2021, se estima que la guerra ha provocado más de 14 000 muertos y casi 2 millones de desplazados internos.[3] La región del Donbás, urbanizada e industrializada, en el pasado había albergado casi un 15 por ciento de la población de Ucrania y generaba un porcentaje similar de producto interior bruto, pero las economías de las repúblicas populares de Donetsk y Lugansk se han desplomado. Según el Consejo Nacional de Seguridad y Defensa de Ucrania, Moscú ha dedicado al mantenimiento de las repúblicas unos 3000 millones de dólares anuales y una partida semejante para sufragar las operaciones militares. Las partes de la región que no están bajo control rebelde sufren graves trastornos económicos debido a la presencia de refugiados y a que están atravesadas por una línea de frente de 420 kilómetros de longitud. Aunque Kyiv ha sabido explotar su condición de víctima de la agresión rusa para ganar más apoyos de Occidente, su gasto en defensa nacional es enorme: un 5,95 por ciento del PIB en 2022. En realidad, el objetivo era convertir Ucrania en un enemigo lo suficientemente duro como para que nadie la amenace a la ligera. Sin embargo, tal vez a Putin esta posibilidad le empezaba a parecer demasiado real, de modo que, en 2021, Rusia empezó a concentrar una cantidad de unidades sin precedentes alrededor del país y, tras casi un año de escalada retórica, las ha lanzado contra su vecino en una guerra sin cuartel que se cernía en el horizonte desde hacía casi ocho años.

CAPÍTULO 17

Siria, 2015 [I]: la intervención inesperada

Visto y no visto. En septiembre de 2015, el presidente estadounidense Barack Obama se encontró con Putin para una foto improvisada durante la Asamblea General de Naciones Unidas. Fue una de las más breves de la historia: apenas trece segundos y medio en los que se estrecharon la mano de la forma más fría y protocolaria posible. Por tanto, puede parecer sorprendente que un profesor y analista ruso de la línea dura, de los que asesoran con regularidad al Gobierno o firman artículos en la prensa en torno al declive inminente del «imperio americano», tuviera una foto del encuentro enmarcada en su despacho. Cuando le pregunté al respecto, su rostro severo esbozó una maliciosa sonrisa: «Esa fue la reunión

que Obama no quería tener, pero la hicimos. Le demostramos que Rusia no puede ser ignorada».

Existen diversas razones por las que las fuerzas rusas intervinieron ese año en la cruel y sangrienta Guerra Civil siria, pero esta fue, sin duda, la principal. En aquella época, Washington estaba tratando de propiciar el aislamiento diplomático de Rusia como castigo a su aventura en Ucrania. En respuesta, el Kremlin estaba decidido a implicarse en un conflicto que era importante para los estadounidenses y que les dejara claro que no podían eludir el trato con Rusia y sus intereses… por lo que una foto embarazosa era un ejemplo delicioso de esta situación. La ironía era que, cuanto más descontentos se mostraban Obama y su equipo, más satisfechos estaban los rusos, puesto que habían logrado imponer su presencia a los estadounidenses y, en un principio, con tan solo 50 aviones.

UNA GUERRA LARGA Y SANGRIENTA

La crisis siria se remontaba a 2011. Ese año, las manifestaciones contra el régimen autoritario del presidente Bashar al-Asad, que se enmarcaban en las protestas generalizadas del mundo árabe de ese mismo año, fueron reprimidas con una brutalidad desmesurada y ambos bandos se embarcaron en una escalada de violencia. Los rebeldes emprendieron una serie de levantamientos coordinados en las principales ciudades, que llevaron al Gobierno a lanzar al Ejército contra las zonas urbanas. Hacia finales de mayo, se estimaba que habían perecido un millar de civiles y 150 miembros de las fuerzas de seguridad. La mano dura del régimen, lejos de acallar las protestas, solo sirvió para exacerbar la crisis: las manifestaciones pacíficas pronto dieron paso a una insurrección armada y las deserciones en masa de las fuerzas armadas condujeron a la formación del movimiento rebelde del ELS (Ejército Libre Sirio) y más tarde de otros grupos, como las FDS (Fuerzas Democráticas Sirias), formadas por kurdos y árabes, el Estado Islámico de Irak y Levante y una sucesión de grupos yihadistas vinculados con al-Qaeda.

A mediados de 2012, el ELS recibía un apoyo considerable de Estados Unidos y, en menor medida, del Reino Unido y Francia. Con el ascenso del Estado Islámico, combatir esta organización pasó a ser una prioridad de Washington comparable a la lucha contra Damasco, por lo que, de forma intermitente, empezó a apoyar a los kurdos y al ELS en su lucha contra ellos. En 2016, los estadounidenses desplegaron de forma encubierta fuerzas especiales para combatir y para adiestrar a los kurdos y, al año siguiente, el papel de los norteamericanos se hizo más evidente: tras el empleo de armas químicas por parte de las unidades gubernamentales contra la localidad rebelde de Jan Sheijun, donde un mínimo de 89 civiles murieron y otros 540 resultaron heridos, los destructores USS Ross y USS Porter de la US Navy dispararon en represalia 59 misiles Tomahawk contra la base aérea de Shairat, de donde procedió el ataque químico. Turquía, por su parte, era un participante aún más activo en la contienda. Desde el inicio había apoyado y, junto con Arabia Saudí y Catar, armado al ELS. En este caso, se trataba, ante todo, de ejercer presión sobre los kurdos, ya que era inevitable que el Gobierno de Ankara considerara a las FDS una amenaza, si se tiene en cuenta el largo conflicto interno con los kurdos en la propia Turquía.

Rusia, que desde hacía mucho tiempo era aliada y proveedora de armamento de Siria, se mostró en un principio mucho más moderada en su apoyo inicial a al-Asad. Le proporcionó armas —en buena medida pagadas al contado— y asesoramiento técnico, en particular en materia de defensa aérea del país. En 2014, los transportes de la Flota del Báltico eran tan regulares (un convoy de siete buques hacía diez viajes de ida y vuelta cada año) que eran conocidos como el «expreso de Siria». Rusia también ofreció préstamos y ayuda financiera, aunque su papel principal consistía en proporcionar cierta cobertura política, sobre todo en Naciones Unidas, e incluso intentó en repetidas ocasiones, sin éxito, mediar entre Damasco y ciertos grupos rebeldes para alcanzar algún acuerdo. No obstante, hasta septiembre de 2015, Irán y el movimiento libanés Hezbolá fueron los más firmes sostenedores del régimen. Teherán no solo proporcionaba apoyo político y financiero; también enviaba asesores y especialistas del Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica iraní y, algo más importante,

financiación y apoyo logístico para las unidades de las milicias de Hezbolá que combatían al lado del Gobierno de Damasco.

A pesar de toda esta ayuda, a mediados de aquel año, el régimen de al-Asad se hallaba en una posición delicada. La mayor parte del país estaba en manos de diversos grupos rebeldes, algunos distritos de Damasco eran zonas vetadas a las fuerzas gubernamentales y el aeropuerto internacional de la ciudad sufría bombardeos regulares. El régimen había perdido el control sobre la mayoría de los pozos petrolíferos del país, por lo que se estaba quedando sin los recursos necesarios para sufragar los efectivos que le quedaban. Existía un temor muy real a que el régimen se desmoronase en cualquier momento, para lo que bastaría un revés más que desencadenara una cascada incontenible de deserciones y defecciones. Tiempo después, Guerásimov describió la situación con toda crudeza:

> Si no hubiéramos intervenido en Siria ¿qué habría ocurrido? Mire, en 2015, solo permanecía en poder gubernamental poco más del 10 por ciento del territorio. Un mes o dos más y, a finales de 2015, Siria habría quedado bajo el dominio del ISIS [Estado Islámico].[1]

UN AMIGO EN APUROS

Implicarse en un embrollo así parecería, en el mejor de los casos, un acto quijotesco, o más bien una estupidez, en el peor. Rusia jamás había intervenido a gran escala en ningún conflicto lejos de sus fronteras (y existían serias dudas de su capacidad de sostener semejante empresa). Además, daba la impresión de que se unía al bando perdedor. Sin embargo, desde el punto de vista de Moscú, existían buenos motivos para involucrarse. Por supuesto, pesaba el deseo manifiesto de hacer comprender a Occidente que, si trataba de aislarla y marginarla, Rusia podía causarle problemas en teatros muy alejados de su patio trasero. El apoyo al ELS y otras fuerzas les parecía un ejemplo más de la estrategia occidental de

derrocar dirigentes que escaparan a su control, primero por medio de *proxies* sobre el terreno y, después, mediante acciones militares decisivas.

En Moscú, muchos veían en este conflicto una repetición del caso de Libia. Allí, las protestas contra el régimen del arbitrario y autoritario líder Muamar el Gadafi acabaron derivando en una contienda civil, en la que los ataques aéreos de la OTAN contribuyeron a que los rebeldes se alzaran con la victoria y que Gadafi acabara siendo ejecutado de forma sumaria en octubre de 2011. El Kremlin estaba convencido de que Occidente había engañado al presidente Medvédev para que no vetase la resolución de la ONU que aprobaba el uso de asaltos aéreos como último recurso para proteger a la población civil, que luego la OTAN empleó como justificación para machacar a las fuerzas de Gadafi. De igual modo, existía la sospecha de que Libia había sido el laboratorio de un nuevo tipo de «guerra híbrida» al estilo occidental: provocar disturbios y luego aprovecharlos para derribar regímenes que no eran de su gusto y que, además, a menudo eran los que mantenían buenas relaciones con Rusia. Para el Kremlin, era necesario vengar este engaño y derrotar este método en el futuro.

Más allá de eso, y de forma más específica, Rusia pretendía proteger a un aliado, uno de los pocos con los que contaba, al fin y al cabo. Si Moscú se mostraba reticente a prestar su ayuda, entonces Damasco no tendría otra alternativa que depender del todo de Teherán, la otra potencia que estaba dispuesta a apoyarle. Irán, a fin de cuentas, podría caracterizarse como el «amienemigo» de Rusia: comparten ciertos intereses, en particular en lo que se refiere a reducir la influencia estadounidense en Oriente Medio, pero, por lo demás, compiten por ganar crédito en la región.

Por fin, existía la convicción de que los rusos podían. Las fuerzas armadas estaban en contacto con sus homólogos sirios desde hacía mucho tiempo y habían observado de cerca el conflicto, de lo que concluyeron que una intervención con poca presencia, basada ante todo en el poder aéreo, podría revertir la situación. Es más, aunque resulte paradójico, la distancia entre Siria y Rusia, si bien planteaba un desafío logístico, hacía la apuesta más segura. Moscú estaba decidido a implicar un número muy reducido de efectivos, que podía retirar con igual facilidad. Al contrario que la invasión soviética de Afganistán o la intervención en Ucrania y otros Estados

postsoviéticos, las posibilidades de que la situación les explotase en la cara eran muy pocas. Por decirlo de una forma muy descarnada: aunque Siria se hundiera en una sangrienta anarquía, estaría sucediendo a una distancia segura de las fronteras de Rusia.

Asimismo, existía el temor —auténtico, aunque quizá demasiado sobreactuado, de cara a la escéptica opinión pública rusa, para dotar de sentido a la contienda— de que, si caía Damasco, lo haría en manos de los islamistas radicales, lo que animaría a los grupos terroristas más próximos a sus fronteras. Siguiendo de nuevo a Guerásimov:

> [Si Damasco hubiera caído] el ISIS habría acelerado su avance, se habría expandido por países vecinos. Hubiéramos tenido que enfrentarnos a estas fuerzas en nuestro propio territorio. Habrían operado en el Cáucaso, Asia Central y en la región del Volga [en Rusia].[2]

RUMBO A JMEIMIM

En julio, Bashar al-Asad presentó una solicitud formal de asistencia militar. El 26 de agosto se firmó un acuerdo que proporcionaba a Moscú el libre uso de la base aérea Basel al-Asad, llamada por los rusos Jmeimim, a unos 50 kilómetros al norte del modesto apostadero naval de Tartús, que, en aquel momento, disponía de poco más que un par de muelles y algunos almacenes. Según la terminología militar rusa, no era ni siquiera una base, sino un simple punto de apoyo técnico-material. En ese momento, los preparativos estaban avanzados, por lo que lo más probable es que la decisión se hubiera tomado a primeros de mes, aunque, como de costumbre, no existe ningún relato definitivo de cómo se llegó a tal decisión. Al igual que en el caso de Crimea, Putin convocó a una reunión a un restringido círculo de sus allegados de más confianza, entre los que, al parecer, se encontraban Ivánov, jefe de la Administración Presidencial; Pátrushev, secretario del Consejo de Seguridad; y Shoigú, ministro de Defensa. Si en

2014 este último se había mostrado reticente a embarcarse en la aventura militar de Crimea, esta vez mostró más entusiasmo, en particular porque Guerásimov le garantizó que las fuerzas armadas podían manejar la situación.

Desde el principio, el Estado Mayor General consideró que la intervención requeriría un trabajo concienzudo para solucionar problemas de mando y control, no tanto porque se fuera a combatir muy lejos de la madre patria, sino por la naturaleza caótica del conflicto. Al fin y al cabo, iban a encontrarse un Ejército desorganizado, múltiples fuerzas gubernamentales (entre las que figuraban el Ejército Árabe Sirio,[*] las formaciones de élite de la Guardia Republicana y otros contingentes paramilitares), además de milicias controladas y apoyadas por Irán y Hezbolá. Por tanto, el Estado Mayor General inauguró el nuevo NTsUO (*Natsionalni tsentr upravléniya oboronoi* [Centro Nacional de Control de la Defensa]), descrito en el Capítulo 29, que a finales de 2014 ya estaba completamente operativo. En su seno se formó un GBU *(gruppa boyévogo upravléniya* [grupo de gestión de combate]), que debía proporcionar directrices y apoyo generales al comandante táctico que operaría desde la base de Jmeimim. El primer jefe de la futura GVS (*Gruppirovkam voisk v Sirii* [Agrupación de Fuerzas en Siria]) fue el coronel general Alexánder Dvórnikov, jefe de Estado Mayor del TsVO, un hombre que ya entonces tenía reputación de imaginativo y flexible.

A mediados de septiembre, los aviones rusos empezaron a volar hacia Siria a través del espacio aéreo de Irán e Irak (con su autorización) y el día 30, fecha en la que el Parlamento ruso refrendó, en una mera formalidad, el permiso para emplearlos en operaciones de combate, ya había 33 aviones en el teatro de operaciones: 12 bombarderos Su-24M2, 12 Su-25SM/UB de ataque a tierra, 4 bombarderos Su-34, 4 cazabombarderos multipropósito S-30SM y un avión de reconocimiento Il-20M. Asimismo, disponían de un ala de helicópteros con 12 Mi-24P de ataque y 5 Mi-8AMTSh de transporte. Protegían las bases efectivos de la 810.ª Brigada de Infantería Naval, apoyados por una compañía de carros T-90A y una batería de misiles tierra-aire de largo alcance S-300V4, a la que, más adelante, se

complementó con una segunda para extender al este de Siria la cobertura de defensa aérea.

El contingente fue aumentando y reduciéndose en función de las necesidades de la campaña. En noviembre, después de que Turquía derribara un Su-24, recibió 4 modernos cazas de superioridad aérea Su-35, 4 Su-34 y helicópteros cañoneros Mi-35. Pronto quedó claro que las tropas sirias necesitaban algo más que apoyo aéreo, por lo que se enviaron unidades de artillería y *Spetsnaz*, en particular del Mando de Operaciones Especiales, el KSSO, para la designación de blancos y otras misiones. Asimismo, la red de asesores rusos en el seno de la estructura de mando siria —en algunos casos, dirigían ellos mismos las unidades— se expandió de forma constante.

En aquella época, muchos observadores occidentales se cuestionaron si Rusia era capaz de soportar una operación semejante. Recuerdo que un analista de Washington predijo que, a final de año, «los aviones se averiarán por un mantenimiento deficiente, pero esto no tendrá demasiada importancia, probablemente, porque para entonces ya se habrán quedado sin municiones de precisión, o incluso sin combustible». No cabe duda de que, en otra época, habría tenido razón, pero el Ejército ruso había avanzado mucho con respecto, digamos, a 2008. Las aeronaves rotaban o recibían un mantenimiento adecuado y los suministros seguían llegando. Dado que los rusos disponían de un número limitado de buques de desembarco para mantener el «expreso de Siria», estos optaron por adquirir cargueros a Turquía con los que complementar su capacidad de transporte marítimo. En 2018, por ejemplo, hicieron llegar a Siria 1 608 000 toneladas de suministros y equipo en 342 viajes de abastecimiento por mar y 2278 por aire.

EL MARTILLO DE JMEIMIM

Las fuerzas de las VKS desplegadas en Siria hicieron sentir de inmediato su presencia en el campo de batalla. Pocas horas después de la aprobación parlamentaria, empezaron a desencadenar golpes aéreos. Ese mismo día,

hicieron 20 salidas contra las posiciones del ELS y del Estado Islámico y durante las jornadas siguientes continuaron nuevas incursiones, concentradas contra las unidades y centros de mando del Estado Islámico. Esta oleada de asaltos aéreos (con una media de unas 30 salidas diarias durante la primera semana) se coordinó con una ofensiva de las fuerzas sirias contra la ciudad de Al-Qariatain, en manos del Estado Islámico, en la disputada provincia de Homs, y los rusos extendieron las operaciones a Raqqa, de la que el ISIS había hecho su capital oficiosa en Siria. El 8 de octubre, tras un ataque con misiles navales Kalibr, el ritmo de operaciones aumentó a más de 60 salidas cada 24 horas, que martillearon a los rebeldes con todo tipo de municiones, desde cohetes no guiados a bombas de precisión KAB-500KR, de las que se afirmó que habían acabado con dos líderes y más de 200 combatientes de Estado Islámico en un único ataque. El objetivo estaba claro. Hacer una demostración devastadora y convincente de que estaban allí y venían en serio: a infundir ánimo a los aliados sirios, a desmoralizar a los rebeldes y a advertir a Occidente.

Con el tiempo, además de hacer rotar en Siria a la mayoría de sus aviadores, los rusos desplegaron una amplia gama de aparatos, desde el moderno caza furtivo Su-57 (en febrero de 2018, dos de ellos permanecieron dos días en Siria implicados en ensayos de combate), hasta la plataforma de recopilación de inteligencia Tu-214R. En el momento álgido, entre mediados de 2016 y finales de 2017, el contingente aéreo de la GVS comprendió un máximo de 44 reactores, con las versiones más modernas del Su-34 y del Su-35, además de helicópteros, transportes y aparatos de reconocimiento. Asimismo, durante la campaña aumentó aún más la fascinación de los rusos por los drones que, en lugar de emplearlos para atacar, como suele suceder en la doctrina occidental, los usaban para localizar unidades enemigas y dirigir contra ellas fuegos aéreos y de artillería, a menudo con efectos devastadores. Emplearon para ello, sobre todo, el Orlan-10, que transmite vídeo en tiempo real a los operadores. Esto les permitió localizar con rapidez al tripulante superviviente del Su-24 abatido por los turcos en noviembre, con lo que pudo ser rescatado por un destacamento de reacción rápida de infantes navales antes de que los rebeldes pudieran matarlo o capturarlo.

Además del poder aéreo, la GVS empleó una cantidad sustancial de artillería, que, en ocasiones, contaba con dotaciones sirias y oficiales rusos. En diferentes momentos, los rusos llegaron a desplegar toda su gama artillera, desde los descomunales lanzacohetes termobáricos TOS-1A Solntsepiok y los obuses Msta-B de 152 mm, a los omnipresentes lanzacohetes múltiples Grad de 122 mm. También emplearon misiles balísticos de corto alcance Iskander (SS-26) para golpear objetivos de alto valor, tales como puestos de mando y depósitos de munición. A estos ataques se le sumaban de vez en cuando los efectuados con misiles de crucero navales, lanzados desde buques y submarinos, Kalibr (SS-N-27/SS-N-30A), que tenían tanto la finalidad de probar y exhibir este armamento, como de proseguir la guerra. El primero de ellos, una andanada de 26 misiles lanzada desde una fragata y tres corbetas de la Flotilla del Caspio el 7 de octubre de 2015, alcanzó objetivos del ELS y del Estado Islámico. En noviembre de 2016, uno de los sistemas de defensa costera Bastion-P con base en Tartús, es probable que para disuadir a los occidentales de posibles intentos de interferir el «expreso de Siria», disparó dos misiles supersónicos Oniks contra depósitos de munición rebeldes situados tierra adentro.

No obstante, pronto se vio que los rusos no podían limitarse a proporcionar potencia de fuego de largo alcance. A lo largo de 2015-2017, la debilidad de las fuerzas armadas sirias les impedía operar por sí mismas. Aunque era impensable despachar grandes unidades terrestres, tenían que hacer algo, además de enviar asesores, para proporcionarles ciertas capacidades técnicas (en particular observadores de artillería y asaltos aéreos y guerra electrónica), potenciar la columna vertebral del Ejército sirio y crear una fuerza de asalto para operaciones más complejas, como la conquista de ciudades defendidas.

CAMBIO DE RUMBO

Esta fue —y sigue siendo, en el momento en que escribo estas líneas— una contienda confusa y desconcertante, en la que una multiplicidad de

movimientos rebeldes se combina y se divide, o combaten entre sí del mismo modo que lo hacen contra el Gobierno, y describir los altibajos de la misma desde la intervención rusa hasta mediados de 2022 requeriría otro libro. Aunque en el capítulo siguiente examinaremos a fondo ciertas batallas concretas para ilustrar algunas de las lecciones aprendidas hasta la fecha, el transcurso general de la contienda fue el que sigue.

Después de la intervención de Moscú, 2015 y 2016 fueron años de escalada de la intervención rusa, que empezó con ataques aéreos y el despliegue de pequeñas unidades terrestres, en particular fuerzas especiales y mercenarios del Grupo Wagner, que combatían junto con las unidades iraníes y de Hezbolá. En noviembre de 2015, un ataque terrorista del Estado Islámico destruyó un avión civil ruso que volaba de Sharm el-Sheij, Egipto, a San Petersburgo. Perecieron los 224 pasajeros y tripulantes que iban a bordo. En respuesta, los rusos centraron su atención contra el Estado Islámico. Además de las fuerzas destacadas en Jmeimim, emplearon bombarderos estratégicos Tu-160 y Tu-95MS procedentes de Rusia que lanzaron misiles de crucero de largo alcance y aparatos Tu-22M3 más pequeños que descargaron bombas convencionales. Además de los blancos militares, los rusos bombardearon sobre todo las instalaciones de producción, refinado y transporte de petróleo, lo que infligió un golpe devastador a la economía del Estado Islámico. La campaña fue devastadora pero breve y, muy pronto, los rusos se volvieron contra los denominados «rebeldes moderados», esto es, las facciones que recibían apoyo estadounidense y que eran las que constituían un peligro más inmediato para el régimen. A finales de 2016, el régimen parecía más estabilizado, gracias a la reconquista de numerosos territorios, entre ellos la ciudad clave de Alepo, que cayó tras una larga y brutal ofensiva en la que las fuerzas del Gobierno utilizaron al parecer armas químicas. Mientras tanto, Turquía desencadenó una serie de ofensivas contra las fuerzas kurdas en el interior de Siria, en esencia, para ocupar la franja de territorio a lo largo de la frontera y en la esquina nororiental del país, que controlaban por medio de rebeldes árabes suníes, muchos de ellos con inclinaciones yihadistas.

La situación seguía siendo compleja, en particular porque muchos de los enclaves en poder del Gobierno estaban dentro de regiones dominadas por

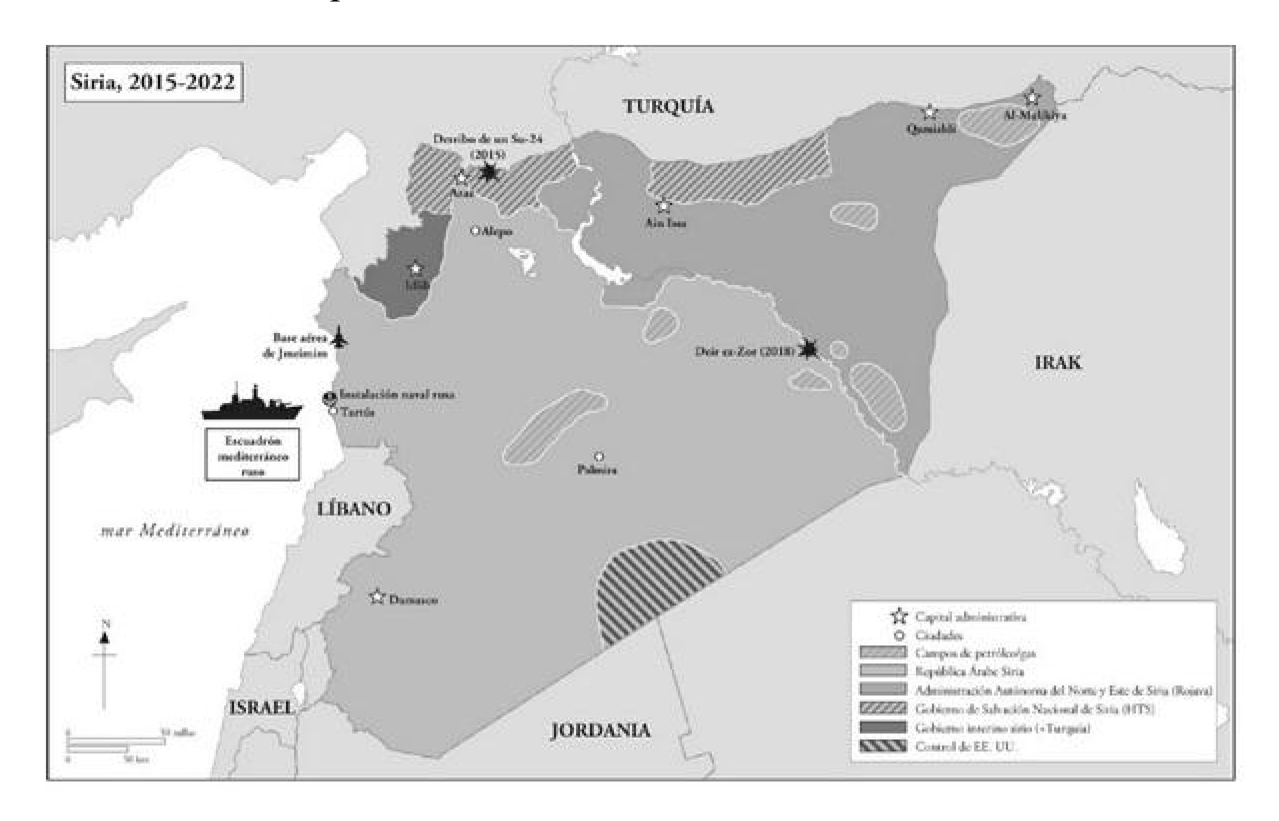
los rebeldes o en las que su autoridad no era efectiva. Las tropas gubernamentales dedicaron el año 2017 a conectar algunos de estos lugares para así poder proyectar con más fuerza el poder de al-Asad. Damasco era uno de ellos, pues ciertos suburbios del sur y del nordeste estaban en manos rebeldes desde 2013. No obstante, a mediados de 2018 habían sido recuperados.

Mientras tanto, las FDS kurdas, con apoyo estadounidense, estaban logrando hacer retroceder al Estado Islámico. En octubre de 2017 tomaron su capital, Raqqa, al tiempo que las fuerzas rusas y gubernamentales emprendían una campaña para expulsarlo del desierto central más allá de Deir ez-Zor, en el río Éufrates, la mayor ciudad del oriente de Siria, cosa que lograron en noviembre. El Estado Islámico, que durante breve tiempo había parecido imparable, fue derrotado en Siria y quedó reducido a una vigésima parte de sus antiguos dominios.

En cuanto a los rebeldes, estaban siendo expulsados de Guta, al este de Damasco. En julio de 2017, una ofensiva gubernamental arrebató al ELS la ciudad de Daraa, lugar donde había empezado el levantamiento. El retorno de más y más ciudades al control del Gobierno convirtió en un nuevo motivo de fricción a la antigua capital provincial de Idlib, en el noroeste del país. Idlib era, desde hacía mucho, un bastión rebelde. Los gubernamentales la retomaron en 2012, pero fueron expulsados en 2015 por el Ejército de la Conquista, encabezado por el Frente al-Nusra. En cierto modo, Idlib había servido de útil válvula de seguridad, de refugio de civiles y rebeldes a los que Damasco expulsaba de otras zonas y dejaba escapar hasta allí. Ante la posibilidad de que esta situación cambiase, Turquía —que temía la llegada de millones de refugiados si caía la ciudad— empezó a hacer gestos beligerantes, pero Damasco los ignoró. No obstante, Rusia no quería arriesgarse a tener que combatir contra Turquía, de modo que, en septiembre de 2018, medió en un acuerdo de desarme que impuso, en la práctica, un punto muerto en la región. Esto, de momento, satisfacía a los rusos, aunque anunciaba posibles problemas en el futuro.

A finales de 2018, el presidente estadounidense Donald Trump anunció que, dado que el Estado Islámico había sido derrotado, todas las fuerzas estadounidenses se retirarían de Siria. La presión de sus asesores le forzó a

hacer una rectificación parcial, pero desde ese momento quedó claro que Washington ya no era uno de los actores principales de la contienda. En octubre de 2019, ante la inminente ofensiva turca contra las áreas dominadas por los kurdos de las FDS, la mayoría de los efectivos estadounidenses que quedaban se retiró y abandonó a estos últimos a su suerte. Privados de la cobertura aérea que les habían brindado hasta ahora los norteamericanos, las FDS eligieron el mal menor y cerraron un acuerdo con los rusos: permitieron la entrada en su territorio de unidades sirias y rusas a cambio de protección ante Ankara.



Mientras los turcos proseguían su guerra contra la facción kurda, rusos y sirios continuaron la limpieza de los últimos reductos del ELS. En la segunda mitad de 2019, una serie de ofensivas permitió expulsarlos más hacia el norte aún, donde la crisis humanitaria estaba alcanzando tales dimensiones que Ankara volvió a temer una oleada de refugiados. Asimismo, el acuerdo de Idlib se desmoronó, ya que las fuerzas sirias —con apoyo ruso— trataron de tomar la ciudad, mientras que Turquía, por su parte, incumplía su compromiso de desarmar y desmovilizar a los grupos

yihadistas de la región. Una vez más, parecía inminente un choque ruso-turco, pero los dos bandos optaron de nuevo por el diálogo. Después de semanas de combates entre sus peones sobre el terreno, en marzo de 2020 ambos países acordaron un nuevo alto el fuego que preveía la formación de patrullas conjuntas y la creación de un corredor de seguridad a lo largo de la importante autovía M4, que comunica las ciudades de Alepo y Latakia, controladas por el Gobierno.

UNA SUERTE DE VICTORIA

Desde entonces, y en lo que respecta hasta principios de 2022, el *statu quo* se ha mantenido. Damasco domina la mayoría de las ciudades y unas dos terceras parte del país (en 2014 controlaba menos de un tercio). Ha habido intentos de crear un remedo de normalidad, como por ejemplo con las elecciones de 2021 (amañadas, por supuesto) en la que al-Asad fue reelegido. Sin embargo, el país está destrozado. Las diversas conversaciones de paz —las organizadas por la ONU en Ginebra y el «proceso de Astaná» patrocinado por los rusos— no han logrado nada. Más de 12 millones de sirios —alrededor de la mitad de la población previa a la guerra— son refugiados: 5,5 millones en el extranjero y 6,7 desplazados internos.

A pesar de ello, desde la perspectiva de Moscú —y la de al-Asad—, la intervención ha sido una victoria: el régimen vuelve a parecer un Estado funcional; sus fuerzas armadas, aunque muestran todavía las cicatrices de derrotas pasadas, han recuperado parte de su capacidad y de su moral; el Estado Islámico ha sido derrotado en este campo de batalla, Turquía ha quedado confinada al norte y Estados Unidos se ha retirado. Aunque Irán sigue siendo un socio significativo y sus *proxies* de Hezbolá siguen desempeñando un significativo papel, Rusia es el patrocinador incuestionable del régimen, lo que le ha permitido adquirir nuevos intereses en Oriente Medio y también en el Mediterráneo oriental. Incluso ha logrado preservar sus relaciones con Israel, pese a que esta bombardease a sus

aliados y un avión ruso cayera abatido en el fuego cruzado. Después de todo, resultaba inevitable que la alianza obligada con Irán y Hezbolá implicase a Damasco en el conflicto entre Teherán y Jerusalén, pero Moscú, por el contrario, no tenía ningún deseo de verse salpicado. De hecho, no ha tenido ningún inconveniente en que los israelíes, con los cuales los rusos mantienen buenas relaciones, se lo hayan hecho pasar mal a los iraníes. Cuando los israelíes, de tanto en tanto, lanzaban asaltos aéreos contra las fuerzas iraníes y de Hezbolá, primero se lo notifican a los rusos, quienes desconectan los sistemas de defensa aérea y se mantienen al margen. El 17 de septiembre de 2018, un aparato Il-20M Coot-A de inteligencia electrónica volaba sobre el Mediterráneo oriental, de regreso a Jmeimim, cuando cuatro F-16 israelíes lanzaron un ataque contra objetivos en Latakia. Los sirios dispararon sus misiles S-200 (SA-5), un diseño de la década de 1960, y uno de ellos alcanzó al Il-20M, derribándolo y matando a toda su tripulación. A pesar de las insinuaciones de que los israelíes lo habían utilizado de pantalla, parece ser que los sirios dispararon casi a ciegas a causa de las interferencias provocadas por los israelíes, o bien que el sistema IFF (*Identification Friend or Foe* [identificación amigo/enemigo]) que debería haber reconocido al avión espía, no funcionó. Israel presentó una disculpa y Putin consideró el derribo el resultado «de una cadena de trágicas circunstancias accidentales».[3] No obstante, los rusos proporcionaron a continuación a los sirios misiles del modelo S-300 más modernos que, de ser más efectivos, es más probable que no repitan errores semejantes.

Moscú había demostrado que podía protagonizar una proyección de poder lejos de sus fronteras: sus aviones habían revertido el curso de la contienda; Tartús, que en el pasado había sido poco más que un par de muelles con algunos depósitos, se amplió con instalaciones de mantenimiento y reparación, incluso con un dique flotante, y los buques rusos empezaron a dejarse ver con frecuencia por la región. Sin embargo, tan importante como todo ello, como veremos a continuación, fueron las lecciones que aprendieron los rusos de esta guerra.

CAPÍTULO 18

Siria, 2015-. [II]: las lecciones de la campaña de Siria

La Guerra de Siria ha sido, más aún que la de Chechenia o la del Donbás, una oportunidad de aprendizaje para los rusos.[1] Muchos militares, incluida la mayor parte de los comandantes de mayor rango del Ejército de Tierra (SV) y más de la mitad de los jefes de brigada o regimiento, sirvieron en ella durante un periodo de tres a cuatro meses y, desde principios de 2022, la mayoría de los pilotos de las VKS cuentan con experiencia de combate real en sus cielos. La contienda ha permitido a los rusos probar y perfeccionar tácticas, en especial, los sistemas de mando y control, además de someter a nuevos desafíos a sus cadenas logísticas. Han

tenido ocasión de exhibir nuevo armamento, como es el caso del misil de crucero Kalibr, así como experimentar con el uso de otros, desde municiones de precisión a drones. Buena parte de todo esto bebe de la evolución de las fuerzas armadas rusas que hemos visto a lo largo de los capítulos anteriores; sin embargo, una serie de combates nos va a servir para ilustrar lecciones muy precisas de lo que les ha proporcionado esta campaña.

EL PODER AÉREO NO ES (POR LO GENERAL) SUFICIENTE

En mayo de 2015, el Estado Islámico conquistó la histórica, y estratégica, ciudad de Palmira en el transcurso de la mayor ofensiva conocida hasta el momento en Siria. Allí impuso un sangriento reinado del terror por el que decenas de supuestos simpatizantes del Gobierno fueron ejecutados. En julio, las fuerzas sirias trataron de reconquistar Palmira, pero fueron rechazadas. Por su parte, antes de emprender un objetivo de mayor envergadura, como era la conquista de Alepo, el coronel general Alexánder Dvórnikov, primer comandante de la GVS, tenía intención de probar los efectivos a su disposición. Además, en breve tenía que regresar a Rusia, de modo que es posible que estuviera deseando anotarse una victoria resonante antes de viajar. Sea como fuere, tomó la decisión de recuperar Palmira.

El plan inicial consistía en que fueran las unidades sirias las que desencadenasen la ofensiva con apoyo aéreo por parte rusa. No obstante, Palmira era un objetivo muy exigente, protegido por un cinturón de trincheras y puntos fortificados defendidos por más de 2000 combatientes del Estado Islámico. A pesar del optimismo del mando central de Damasco, los comandantes de Dvórnikov no confiaban en que las unidades sirias, con la excepción de ciertas formaciones de élite como el Regimiento de Infantería de Marina de la Guardia Republicana o la Fuerza Tigre de la inteligencia de las Fuerzas Aéreas, tuvieran agallas para librar un combate urbano casa por casa, ni creían tampoco que las tropas de reconocimiento

pudieran proporcionarles la información precisa y puntual que necesitaban para que sus ataques tuvieran un verdadero impacto.

En consecuencia, los rusos enviaron en secreto a su fuerza «pseudomercenaria», el llamado Grupo Wagner, a la que, llegado el caso, podrían no reconocer, para que sirvieran de reserva de choque para el asalto, mientras que los equipos de fuerzas especiales del KSSO ejercerían de observadores avanzados para la aviación y la artillería. Aunque en su momento se restó importancia a su papel, entre otros motivos para salvar la cara a Damasco, algunos oficiales que participaron en las operaciones en Siria han confirmado que los rusos fueron decisivos para inclinar la balanza. Uno de ellos aseguró que «no era una cuestión de potencia de fuego, sino de determinación. Mantuvieron las posiciones en un momento en que una pequeña retirada podría haber desencadenado una desbandada».

La operación se inició el 9 de marzo de 2016 con bombardeos de cohetes y artillería y numerosos asaltos aéreos, a razón de 15-20 salidas diarias durante las primeras jornadas. Después de tres días debilitando las defensas, los sirios empezaron a golpear puntos fortificados por tres lados de la ciudad y en las alturas dominantes. Pese a que no avanzaron con rapidez, sí lograron tomar los objetivos, favorecidos por la confusión creada por el impacto de un cohete ruso en el cuartel general del «emir» de la ciudad, Jalil Mohamed, que acabó con su vida y con la de parte de su Estado Mayor. Hasta ese momento, los sirios habían podido concentrar efectivos contra objetivos aislados, pero, conforme se iban aproximando a Palmira, ya no habría más victorias fáciles. El 17 de marzo, una repentina tormenta de arena proporcionó al Estado Islámico la oportunidad de contraatacar. Aunque los yihadistas fueron rechazados, el contragolpe desmoralizó a los gubernamentales. Se envió a toda prisa a primera línea a infantes de Marina sirios y a las veteranas milicias de Hezbolá, pero, en ese momento, Dvórnikov decidió emplear a los efectivos del Grupo Wagner, además de ordenar a los destacamentos del KSSO que se situasen más cerca de la ciudad para coordinar bombardeos contra nuevos ataques islamistas. El comandante ruso temía, según relató un miembro de su Estado Mayor, que una nueva salida de los yihadistas provocase una desbandada entre los

sirios. También incrementó el ritmo de ataques aéreos, que llegaron a alcanzar las 25 misiones diarias.

El ritmo metódico continuó, pues Dvórnikov consideraba que no podía esperar de los sirios nada más audaz. Los asaltos aéreos estaban teniendo un impacto significativo en el Estado Islámico, sobre todo, gracias a los observadores del KSSO, que se situaban en los puestos más peligrosos. Uno de estos soldados era el teniente Alexánder Projorenko, de 25 años de edad, quien, el 17 de marzo, tras separarse del resto de su escuadra, se encontró con unos combatientes islamistas que se retiraban después de un contraataque fallido. Rodeado y sin escapatoria, la muerte parecía inevitable, por lo que, en su última orden, solicitó un ataque aéreo sobre su posición, para que así sus enemigos perecieran con él. Recibió a título póstumo la medalla de Héroe de Rusia.

A pesar de ello, llegados a esta fase, los bombarderos y la artillería rusa lo único que podían conseguir era desorganizar al enemigo, pero la batalla se iba a decidir sobre el terreno. Mientras tanto, llegaron más refuerzos del bando gubernamental: milicias de la Fuerza de Defensa Nacional y chiíes patrocinados por Irán. Si se quería ayudar a las fuerzas sirias a recuperar la confianza, esta campaña debía finalizar con una victoria, y Dvórnikov y el mando central estaban dispuestos a empeñar todo lo que hiciera falta.

El 24 de marzo, los atacantes se hallaban a las puertas de la ciudad y, aquella misma noche, empezaron a adentrarse en Palmira. La ofensiva derivó en una serie de golpes contra objetivos estratégicos bien defendidos, tales como la prisión de Palmira y el Hotel Semiramis, en los que destacaron los veteranos del Grupo Wagner. Los combates fueron feroces y, dado que ni Damasco ni Moscú querían que se les acusase de poner en peligro las ruinas históricas del oeste de la ciudad, limitaron el apoyo artillero y aéreo a otros distritos urbanos. El día 27, a falta de algunas operaciones de limpieza, Palmira volvía a estar en manos gubernamentales, con enormes daños y centenares de minas terrestres sembradas por el Estado Islámico que los ingenieros rusos y sirios tardaron más de un mes en retirar.

El 5 de mayo, en un acto simbólico, la orquesta del Teatro Mariinski y el célebre violonchelista (y viejo amigo de Putin) Serguéi Rolduguin dieron

un concierto en el anfiteatro romano de Palmira dedicado a la memoria de Projorenko. No obstante, en diciembre de 2016 el Estado Islámico reconquistó la ciudad y la retuvo hasta el año siguiente. La victoria de marzo en Palmira demostró a los rusos que no podían fiarlo todo a la potencia de fuego «sin contacto», mientras sus aliados no fueran capaces de explotar esta ventaja sobre el terreno. Por otra parte, confirmó su idea de que una cantidad relativamente pequeña de hombres adecuados en el lugar correcto podía tener un impacto desproporcionado. Se emplearon más de 7000 efectivos en el ataque, de los cuales apenas 300 pertenecían al Grupo Wagner. A pesar de ello, su presencia al frente del asalto permitió mantener el impulso necesario para tomar la ciudad.

De igual modo, estuvo presente en Palmira algo menos de un centenar de *Spetsnaz*, algunos de ellos francotiradores, la mayoría como observadores avanzados de aviación y artillería. Su actuación permitió que los asaltos aéreos resultaran mucho más precisos y efectivos de lo que lo hubieran sido de otro modo. Gracias a ellos, pudieron bombardear lo más cerca posible de las valiosas ruinas de Palmira. En suma, aunque ya existía anteriormente en Moscú y en Jmeimim el consenso de que el poder aéreo, por sí solo, no era capaz de decidir una guerra como esta, como explicó un oficial en 2017, «esta batalla demostró a algunos de los partidarios más acérrimos de la “guerra sin contacto” las limitaciones de este modelo». En su opinión, esto tuvo una consecuencia paradójica: tanto el SV como el VKS sacaron sus propias conclusiones. Los «cavatrincheras» insistieron en que seguían siendo el elemento central del campo de batalla, mientras que los pilotos achacaban sus errores a que los primeros no les proporcionaban información lo bastante precisa de sus objetivos.

EL PAPEL DE LOS MERCENARIOS TIENE SU MOMENTO, PERO TIENEN QUE SABERLO

El 7 de febrero de 2018, un contingente de unos 500 sirios de la denominada unidad de «cazadores de ISIS» del V Cuerpo de Ejército, junto

con otras milicias adiestradas por Irán y mercenarios del Grupo Wagner se dirigieron contra un puesto avanzado de las FDS situado cerca de la localidad de Jasham, en la ruta de Deir ez-Zor, que estos habían arrebatado al Estado Islámico el año anterior. Las tropas gubernamentales cruzaron el Éufrates y empezaron a bombardear el puesto. Sin embargo, los estadounidenses tenían una notable presencia en la zona y fuertes vínculos con las FDS locales, hasta el punto de que, en aquel puesto, había efectivos de las fuerzas especiales. Por descontando, el reconocimiento norteamericano llevaba días monitorizando la concentración y el avance del contingente sirio y cuando se aproximaron a Jasham utilizaron la línea telefónica directa con Jmeimim y consultaron con su oficial de enlace de la GVS en Deir ez-Zor, para averiguar qué estaba sucediendo. ¿Se trataba de tropas rusas? No tienen nada que ver con nosotros, les respondieron, de modo que los estadounidenses se sintieron libres de hacer un alarde de toda la potencia de fuego de que disponían. En respuesta al ataque, el contingente sirio fue el blanco de todo tipo de armamento, desde bombarderos B-52 y F-15E Strike Eagle, a cohetes de artillería y misiles disparados desde helicópteros AH-64. El golpe pulverizó la incursión en el lapso de cuatro infernales horas. El contingente sirio sufrió más de 200 bajas, entre ellos, quizá, dos decenas de mercenarios del Grupo Wagner. Un soldado de las FDS resultó herido en el asalto inicial y ningún estadounidense sufrió daño alguno.

¿Se trató de un error por parte de los rusos? ¿El mando de Jmeimim no se atrevió a reconocer la presencia de miembros del Grupo Wagner? En realidad, lo que parece que sucedió es que, si en 2015 y 2016 la GVS necesitaba a los mercenarios, en 2017 estos ya habían cumplido su función. Las fuerzas armadas sirias estaban en mejores condiciones, por lo que ya no requerían contratistas bravucones y demasiado bien pagados (puede que cobraran dos o tres veces más que los regulares de la GVS y no tenían ningún recato en ir proclamándolo).

En su punto álgido, Wagner disponía de un contingente de unos 2500 mercenarios en Siria, en cuatro unidades de tamaño batallón a tres compañías cada una, una compañía de carros T-72, un batallón de artillería, una compañía de reconocimiento y otros elementos de apoyo. Sufragar este

contingente era costoso, por lo que, en 2017, los pagos del Ministerio de Defensa cesaron o empezaron a disminuir (las fuentes no se ponen de acuerdo al respecto). Pese a ello, el Kremlin quería mantenerlo, por si lo necesitaba en otros lugares, de modo que el empresario Yevguéni Prigozhin, encargado de esta materia, hizo recortes y buscó nuevas oportunidades de negocio. Todos los informes coinciden en que, a partir de 2017, la calidad de las nuevas incorporaciones y del equipo empezó a decaer, pues ya no podían permitirse los mismos sueldos. Es más, en enero de 2018, el Ministerio de Energía de Siria y EvroPolis, otra de las compañías de Prigozhin, cerraron un acuerdo que concedía a esta última la cuarta parte de los beneficios del petróleo y del gas extraído en las zonas que el Grupo Wagner reconquistó para el Gobierno. Y Deir ez-Zor es rico en ambos recursos. Esta guerra era un negocio y Prigozhin estaba tratando de cuadrar los balances.[2]

La GVS no tenía nada que ver con esto y no parecía disgustado por el hecho de que los estadounidenses dieran una lección a aquellos arrogantes mercenarios. Después de Deir ez-Zor, aunque Wagner actuó en una amplia gama de conflictos, desde Libia a Venezuela, su papel en Siria experimentó una reducción espectacular. Las fuerzas armadas rusas habían aprendido la lección de que las compañías militares privadas pueden ser instrumentos valiosos tanto para llevar a cabo operaciones cuestionables como para lograr una rápida mejoría de la capacidad. De hecho, crearon su propia compañía privada. No obstante, también comprendieron lo importante que era evitar el peligro de, por así decirlo, que «la cola menee al perro»:[*] los mercenarios necesitan saber quién está al mando.

LA BRUTALIDAD FUNCIONA, PERO TAMBIÉN LOS CORAZONES Y LAS MENTES

Alepo, la mayor ciudad de Siria, llevaba dividida desde 2013, con los gubernamentales al oeste de la ciudad y el ELS en el este, pero, en julio de 2016, una vez desactivada la amenaza inmediata del Estado Islámico, los

primeros deshicieron el punto muerto: primero, rodearon los sectores en manos de los rebeldes, con lo que les cortaron sus líneas de abastecimiento, y, después de rechazar una serie de intensos contraataques, en noviembre pasaron a la ofensiva y obligaron a los rebeldes a evacuar la ciudad el mes siguiente.

La conquista del este de Alepo fue una demostración del brutal pragmatismo de las técnicas de asedio modernas. Los gubernamentales cortaron las rutas de suministro y bloquearon la llegada de ayuda humanitaria a los 300 000 civiles que residían en los distritos controlados por los rebeldes. Aunque no era una tarea fácil en absoluto, en septiembre habían logrado estrechar el cerco y, a pesar de una nueva contraofensiva, consiguieron hacerlos retroceder poco a poco, hasta el punto de que, a finales de octubre, controlaban cerca de la mitad de la parte oriental de la ciudad.

Uno de los factores que permitió avanzar a las fuerzas de al-Asad fue una campaña de ataques aéreos constantes y masivos que combinaba incursiones de precisión y bombardeos indiscriminados. Las unidades de las VKS eran más precisas, aunque existen sólidas sospechas de que no solo castigaban objetivos militares, sino también hospitales y puestos de primeros auxilios para hacer insoportable la vida en la Alepo sitiada. Los sirios eran aún más despiadados. Además de emplear en dos ocasiones gas cloro —prohibido por la legislación internacional— hicieron un uso generalizado de las «bombas de barril», un arma rudimentaria, que no consiste en otra cosa que bidones de gasolina o similares rellenos de explosivos y fragmentos de metal, que dejaban caer desde helicópteros. Eran las bombas más simples de todas, pero también las más sanguinarias: las de mayor tamaño contienen una tonelada de TNT y metralla. Estas armas terroristas no se utilizaban contra blancos militares, sino sobre viviendas y comercios, mezquitas y hospitales, escuelas y refugios. En el momento álgido de las hostilidades caían sobre Alepo no menos de 1500 al mes. El 19 de septiembre de 2016, helicópteros sirios atacaron, con una combinación de cohetes y bombas de barril un convoy de Naciones Unidas y la Media Luna Roja que se dirigía a Alepo, así como una clínica en una localidad próxima a la ciudad dominada por los rebeldes. No obstante, lo

habitual era dejarlas caer cerca de objetivos estratégicos, con la premisa de que, aunque la mayoría no alcanzara el blanco, al menos le daría a «algo» y propagaría el terror y la masacre entre las líneas rebeldes. Como manifestó un superviviente, Alepo se convirtió en un «círculo del infierno», cuyas calles «están cubiertas de sangre».[3]

Hacia mediados de diciembre, la mayor parte de la ciudad estaba en manos del Gobierno o, en realidad, de nadie, con la excepción del barrio de Sheij Maqsud, un distrito de mayoría kurda controlada por sus propias milicias del YPG (*Yekineyen parastina gel* [Unidades de Protección Popular]). Esta organización, aunque en teoría formaba parte del conglomerado del ELS, en la práctica se había limitado a defender su territorio y, en ocasiones, había combatido indistintamente al Gobierno como a los rebeldes. En todo caso, en este momento, el objetivo de rusos y sirios era expulsar a lo que quedaba de estos últimos y a sus posibles simpatizantes civiles. Tras un par de comienzos en falso, alternados con intensos bombardeos, se establecieron «corredores humanitarios» para permitir la huida de combatientes y civiles, en su mayoría hacia la provincia rebelde de Idlib, donde todavía resistía un arco de fuerzas guerrilleras que iban desde el ELS a grupos yihadistas. El 22 de diciembre de 2016 la evacuación había finalizado y Damasco anunció el control completo de la ciudad… o, al menos, de lo que quedaba de ella, cubierta por los cadáveres de los cerca de 31 000 hombres, mujeres y niños que habían muerto en cuatro años de asedio.

Era necesario tomar Alepo con la mayor rapidez posible, motivo por el que se emplearon aquellas tácticas despiadadas. Aun así, los rusos eran conscientes de que, en una compleja contienda civil como la siria, las operaciones para ganarse los corazones y las mentes también son vitales, de ahí que proporcionaran paquetes de alimentos, que desminaran las barriadas civiles (además de establecer con rapidez estaciones de atención médica y primeros auxilios) y que restablecieran el orden en zonas que habían sufrido el terror de los bandidos y los yihadistas. Enviaron ingenieros a acometer misiones de limpieza de minas (y, a partir de 2017, a instruir a los zapadores sirios en los nuevos centros de formación de Alepo y Homs), además de tender puentes, despejar carreteras y, en general, asistir a la

movilidad de las fuerzas sirias y aliadas. Es más, la expansión de las áreas bajo control gubernamental aumentó la necesidad de contar con unidades implicadas en misiones de seguridad en la retaguardia, humanitarias y de desarme a medida que se iban negociando los ceses de las hostilidades en distintos frentes.

Desde diciembre de 2016 este ha sido el principal cometido de un importante contingente de la VP (*Voyennaya polítsiya* [Policía Militar]) rusa, un cuerpo que no entró en servicio hasta 2014. Con sus características boinas y brazaletes rojos, se han convertido en el rostro oficial de la GVS sobre el terreno. En 2020, la mayoría de los integrantes del cuerpo había tenido ocasión de servir en Siria. Es más, para aumentar la sensación de cercanía con los habitantes, en 2016 se crearon dos batallones especiales de la VP, cada uno de 600 efectivos reclutados en las regiones de predominio musulmán de Tartaristán y el norte del Cáucaso. Según informes no confirmados, al menos uno de estos batallones estaba compuesto por *kadírovtsi*, la guardia personal del autócrata checheno Ramzán Kadírov. Aunque sobre el papel son miembros de la Guardia Nacional, estos efectivos fueron transferidos de forma temporal a la VP como parte de la «penitencia» de Kadírov por haber ordenado o autorizado el asesinato, en febrero de 2015, del destacado opositor —e incansable crítico de Kadírov— Borís Nemtsov. De todos modos, estas medidas, a su manera, demuestran una sofisticación creciente de las operaciones rusas para ganarse «los corazones y las mentes».

LOS «AMIENEMIGOS» PUEDEN CHOCAR EN EL CAMPO DE BATALLA

El 24 de febrero de 2015, dos bombarderos rusos Su-24M regresaban a Jmeimim después de una salida contra los rebeldes del norte de Siria. Los pilotos que hacían esta ruta acostumbraban a atravesar un breve tramo del espacio aéreo turco, sobrevolando un pequeño saliente que se proyecta hacia el norte de Siria. Dos F-16 turcos, que patrullaban a baja altura de

forma deliberada, atacaron a los aviones rusos diecisiete segundos después de cruzar la frontera y uno de ellos fue alcanzado por un misil AIM-120 AMRAAM. Los dos tripulantes se eyectaron: el piloto fue acribillado por combatientes de las brigadas turcomanas sirias mientras descendía en paracaídas, aunque el oficial de armas pudo ser evacuado por infantes navales en misión de busca y rescate a bordo de dos helicópteros Mi-8AMTSh. Sin embargo, uno de los rescatadores murió en la operación.

Las incursiones rusas habían irritado de forma evidente al hombre fuerte de Turquía, Recep Tayyip Erdoğan, porque se estaba bombardeando de forma repetida a grupos rebeldes apoyados por los turcos. Este fue el motivo de esta emboscada aérea. Putin, visiblemente contrariado, ordenó sanciones contra los productos turcos, pero Erdoğan se mostró más putinista que Putin, se negó a recular y, a su debido tiempo, los rusos transigieron. Al fin y al cabo, a pesar de su divergencia de intereses en Siria, Rusia ha establecido con Turquía una de las relaciones más interesantes de los últimos años; un miembro de la OTAN, pero que, hasta cierto punto, se siente abandonado y menospreciado, en particular por la reticencia de la Unión Europea a aceptar su ingreso. (Los turcos comentan a menudo que los europeos «están dispuestos a que los turcos combatan para ellos, a que trabajen para ellos, pero no a que se unan a ellos»).

Erdoğan ambiciona una esfera de influencia en los Balcanes y Oriente Medio, lo cual le convierte en un rival regional de Rusia, como puso de relieve la Guerra de Nagorno Karabaj de 2020 (*vid*. Capítulo 28), pero, por otra parte, Ankara y Moscú comparten ciertos intereses comunes y, sobre todo, una misma forma de enfocar la geopolítica. Como me comentó un antiguo dirigente ruso, «con los turcos no podemos estar de acuerdo en todo, pero con ellos siempre se puede hablar».

Turquía ha apoyado a sus «propios» rebeldes desde por lo menos 2013. Ha sufragado elementos del ELS tales como las brigadas turcomanas, pues desconfiaba de los kurdos étnicos del nordeste de Siria, que constituyen un 10 por ciento de la población total del país. Temían que, si lograban establecer sus propias milicias y una nación *de facto*, se convertirían en aliados y una fuente de inspiración para los rebeldes kurdos en Turquía. En consecuencia, Ankara no solo se mostraba hostil a Damasco, sino también a

las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS), en particular, porque el YPG era su formación más efectiva. Además de combatir contra el Estado Islámico, las FDS chocaban a menudo con los rebeldes patrocinados por Turquía, de tal forma que, en ocasiones se daba una relación compleja de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo», entre Moscú, Damasco y las FDS… y entre Ankara y el Estado Islámico.

De igual modo, turcos y rusos lograron establecer un cierto entendimiento después de la ruptura del acuerdo de desescalada de Idlib, en diciembre de 2019. La tregua había sido quebrantada por la Operación Amanecer de Idlib 2, una descomunal campaña de bombardeos por parte de la aviación ruso-siria contra los últimos reductos rebeldes. Los turcos, ya de por sí descontentos por la llegada en masa de refugiados a su lado de la frontera, perdieron en febrero de 2020 a 33 soldados víctimas de una incursión aérea siria contra uno de sus puestos militares de frontera. En respuesta, Turquía desencadenó la Operación Escudo de Primavera, una serie de ataques de artillería, aviación y drones contra las tropas gubernamentales en la que se estima que fallecieron más de 300 efectivos del Gobierno y de Hezbolá, y que fueron abatidos varios aparatos sirios. Por su lado, Turquía perdió más de 40 hombres y cuatro drones. Existía el riesgo de que Rusia se viera arrastrada al enfrentamiento, por lo que los presidentes Erdoğan y Putin se reunieron en Moscú, donde suscribieron un acuerdo de desescalada más sólido, con patrullas conjuntas ruso-turcas que monitorizarían el alto el fuego.

En cierto modo, era de esperar que dos autócratas ambiciosos y agresivos alcanzasen un acuerdo pragmático. Para Moscú, sin embargo, fue igualmente chocante saber que, en palabras de un miembro del Ministerio de Exteriores ruso, «los norteamericanos también pueden ser inteligentes», con lo que, en realidad, estaba queriendo decir pragmáticos. Dado que uno de los motivos de la intervención había sido el intento de Washington de aislarlos en la esfera diplomática, no es ningún motivo de sorpresa que Rusia y Estados Unidos chocasen a menudo. De igual modo, por más contrapuestos que pudieran sus objetivos —en 2016, el presidente Obama advirtió que «el régimen de al-Asad no puede basar su legitimidad en una serie de masacres»—[4] ambos países evitaron con sumo cuidado entrar en

conflicto directo. Después del brutal ataque contra Alepo, por ejemplo, Washington abandonó las conversaciones para compartir información contra el Estado Islámico, aunque mantuvo abiertas líneas de comunicación oficiales y oficiosas con los rusos para evitar choques accidentales. En 2017, mientras las fuerzas apoyadas por Estados Unidos avanzaban contra el Estado Islámico al este del Éufrates, y las fuerzas respaldadas por Rusia progresaban desde el este, Washington y Moscú establecieron acuerdos permanentes de desescalada. El único fracaso del proceso, el incidente de Deir ez-Zor que hemos tratado con anterioridad, en realidad no fue un fallo en absoluto: no es que los rusos no estuvieran implicados, sino que se lavaron las manos con respecto a Wagner.

UNA GUERRITA FAVORECE LOS NEGOCIOS

Siria había servido de escaparate para exhibir el armamento más reciente, sin duda, con vistas a conseguir ventas. Ígor Kozhin, asistente presidencial de cooperación técnico-militar, vinculó el aumento del interés por la tecnología rusa con este conflicto, ya que observó que «los países de Oriente Medio quieren comprar nuestras armas, las cuales han demostrado su efectividad» en Siria.[5]

Es evidente que no todas estas demostraciones funcionaron. Los rusos enviaron el portaaviones Kuznetsov a machacar a los rebeldes y ondear la bandera, pero también perdió dos aviones: un MiG-29K que cayó al mar cuando se quedó sin combustible y un Su-33 que se estrelló a causa de un fallo del cable de parada que debía haber ralentizado su aterrizaje. Mientras se hacían reparaciones, el ala aérea del portaaviones tuvo que establecerse en Jmeimim.

Por otra parte, la guerra ha resultado muy provechosa para los militares profesionales. Si bien no debe exagerarse el impacto de los periodos de servicio de cuatro meses, puesto que, como dijo el especialista en seguridad Pável Baev, «un vuelo de ida y vuelta [a Jmeimim] no es suficiente para convertir al Su-57 en un caza probado en combate»,[6] estos han servido

para dar experiencia a la oficialidad, purgar a los mandos incapaces de enfrentarse a una acción real y crear un verdadero espíritu de cuerpo. Los más capaces han ascendido más rápido, se han probado nuevos métodos de mando y control y, por encima de todo, se ha demostrado que Rusia es capaz de acometer una intervención lejos de sus fronteras, en un campo de batalla complejo, con éxito. Todo esto constituye un testimonio del acierto de las reformas en todas las armas de las fuerzas rusas que analizaremos en los siguientes capítulos.

CUARTA PARTE

El rearme de Rusia

CAPÍTULO 19

Ruido de rublos[*]

La pregunta del público era la de siempre: «¿Cómo puede Rusia, con un presupuesto de defensa parecido al del Reino Unido, permitirse un Ejército de un millón de hombres?». Aunque esto sucedió en un acto en la Real Academia Militar de Sandhurst, he respondido variantes de la misma cuestión en muchos lugares, desde la base naval de Norfolk, Virginia, a la Führungsakademie der Bundeswehr de Hamburgo. Y parece una pregunta muy apropiada. Según la proyección prevista para 2019 (antes de que el COVID-19 pusiera patas arriba los planes de gasto de todo el mundo), Rusia preveía asignar en 2020 3,1 billones de rublos (que, al cambio, son unos 47 700 millones de dólares), 3,24 billones de rublos (50 000 millones de dólares) en 2021 y 3,3 billones (51 300 millones) en

2022. En conjunto, la dotación presupuestaria para la defensa nacional suponía un total del 2,4 por ciento del PIB en 2020, del 2,7 por ciento en 2021 y del 2,6 por ciento en 2022.[1]

Esto parece una cifra moderada: según datos del Tesoro, el gasto británico en defensa en 2019-2020 fue de 54 500 millones de libras, esto es, unos 72 500 millones de dólares, lo cual supone casi un 50 por ciento más que Rusia. [2] Sin embargo, las fuerzas armadas de este país, aunque no suman un millón —la cifra está más cercana a los 900 000 efectivos—, empequeñecen a los 153 000 militares en activo del Reino Unido. Es más, se han modernizado a una enorme escala, desde los nuevos submarinos de misiles nucleares Boréi a una nueva pistola que reemplaza al arma reglamentaria Makárov, un venerable diseño de la década de 1950 con escasa potencia. ¿Cómo consigue Rusia sacar tanto provecho de los rublos?

CUANDO LAS COMPARACIONES NO SIRVEN DE NADA

Este es el típico caso en el que las comparaciones directas no sirven. En la práctica, el presupuesto militar ruso equivale, quizá, a tres o cuatro veces su valor nominal. En primer lugar, muchos gastos relacionados con las fuerzas armadas quedan ocultos en otras dotaciones presupuestarias, desde educación a ciencia y tecnología, lo que es fácil de detectar, pero muy difícil de cuantificar. En 2007 se recuperó, sufragado por el Ministerio de Deportes, el programa nacional «Preparado para el trabajo y la defensa», una iniciativa de época soviética que buscaba, además de mejorar la salud nacional, hacer que los reclutas se incorporaran a filas en buena forma. Numerosos estudios de investigación y desarrollo militar se llevan a cabo bajo los auspicios de proyectos con financiación a cargo de presupuestos civiles. Ciertos transportes de tropas por ferrocarril son, en la práctica, asumidos por subvenciones presupuestarias al RZhD, la red ferroviaria nacional. En caso de guerra, las Tropas del Interior de la Guardia Nacional quedan integradas en el mando militar. Sin embargo, dado que, de forma

nominal no se trata más que de un cuerpo de seguridad interna, sus miembros, a pesar de haber participado en Siria, están incluidos en otra partida presupuestaria. Y así sucesivamente. Cuando el Estado está tan implicado en sus tareas de defensa nacional —aun cuando la «defensa» suponga la proyección de fuerzas lejos de sus fronteras—, entonces, aunque no lo hagan con intención de confundir a los observadores externos, las misiones militares quedan imbricadas en otros muchos aspectos de la actividad del Gobierno.

Mucho más importante es el impacto de la rudimentaria y mecánica conversión del rublo a su precio de mercado. Para empezar, la moneda rusa ha sido, durante buena parte de su historia, una divisa inestable (recuerdo viajes en los que con una libra compraba 65 rublos al principio de mi visita y 100 al final) y las equivalencias varían mucho en función del momento del ciclo de ascenso y caída del valor de mercado en que se calculan. Es más, Rusia es, en esencia, autosuficiente en temas militares. Todo, desde investigación y desarrollo de nuevos sistemas al suministro de equipos, o la adquisición de provisiones para la tropa y combustible para los vehículos, sucede en el país y se paga en rublos, no en dólares, libras o euros. Así pues, es mejor emplear las tasas de cambio de la PPA (paridad de poder adquisitivo), que tienen en cuenta la diferencia de costes entre países. Esto explica, por ejemplo, por qué los rusos están dispuestos a ser profesionales de las fuerzas armadas. Los llamados *kontraktniki* ganan 62 000 rublos al mes, que, en el momento en que escribo, equivalen a unas 700 libras, esto es, una suma muy inferior a los emolumentos de un soldado raso británico, que rondan las 1700 libras. Por otra parte, el coste medio de la vida en Rusia es de alrededor de 450 libras mensuales (casi dos terceras partes del salario de un *kontraktniki*) mientras que en el Reino Unido es de 1250 libras (casi tres cuartas partes del sueldo del soldado raso). Por tanto, aunque el soldado ruso parece ganar mucho menos, en términos relativos cobra lo mismo que su homólogo británico.

Es obvio que la economía nacional es algo más compleja, aunque el principio básico sigue siendo el mismo. De hecho, el Kremlin tiene ventajas adicionales como, por ejemplo, su capacidad de ser más implacable con su industria de defensa, si así lo decide, para reducir sus beneficios, así como

el hecho de que sigue empleando los asequibles reclutas procedentes del servicio militar obligatorio. En suma, cuando se compara mediante la PPA, el gasto militar ruso se mantiene estable en torno a los 110-130 000 millones de libras (150-180 000 millones de dólares) anuales, esto es, dos veces y media el presupuesto de defensa del Reino Unido. Y estas solo son las cifras oficiales. Si se suma el gasto encubierto, entonces la cifra se acercaría a los 145 000 millones de libras (200 000 millones de dólares).[3] Esto convierte a Rusia en el cuarto país en gasto militar del mundo, solo superado por Estados Unidos, China e India (este mismo problema de equivalencias entre el gasto real y las tasas comparativas de mercado también nos lleva a subestimar considerablemente el rearme chino, algo de lo que todos deberíamos ser conscientes).

Cada año, el Gobierno emite su Pedido del Defensa del Estado (GOZ), un plan presupuestario de adquisiciones enmarcado en el GPV (*Gosudarstvennaya programma vooruzheniya* [Programa Estatal de Armamento]) plurianual, que es fruto de penosas, y a veces agrias, disputas entre las diversas armas, los ministerios de Defensa y Finanzas y los *lobbies* de distintas regiones e industrias, presididas por el poderoso Secretariado del Consejo de Defensa. De igual modo, cada año hay recriminaciones y excusas por el incumplimiento de los objetivos o los estándares. Debe admitirse que esto no es en absoluto una característica exclusiva de Rusia, pero recalca, en cualquier caso, las limitaciones del sistema: tener los medios y la voluntad política no siempre es suficiente para obtener los resultados que el Kremlin desea.

Al fin y al cabo, el dinero siempre está ahí. El presupuesto de defensa se ha mantenido bastante constante, con alzas ocasionales causadas por la liquidación de deudas con la industria de armamento, no por aumentos reales. Además, el Kremlin es consciente de la necesidad de limitar el gasto militar desbocado que llevó a la bancarrota de la Unión Soviética (aunque, si hemos de ser francos, su economía planificada, corrupta, desvencijada y poco ágil se encaminaba de todos modos hacia el colapso). En cualquier caso, el grueso de las adquisiciones previstas por el programa modernizador de Putin, necesarias para conducir a las fuerzas armadas al siglo XXI, ya se había completado. Aunque, como veremos más adelante, es probable que

rematar esta tarea llegue más tarde y sea más difícil, es innegable que se han logrado progresos impresionantes.

«EXPORTEMOS, AUNQUE PASEMOS HAMBRE»

No es muy habitual escuchar a un consultor de una empresa citar a ministros de finanzas de finales del siglo XIX. Sin embargo, en 2012, durante mi visita a una feria de exportación de armamento, uno de ellos añadió a su discurso una referencia al ministro Iván Vishnegradski. Este, en 1891, dijo la frase, tristemente célebre, de «exportemos, aunque pasemos hambre», en el nombre de la modernización industrial de Rusia, a pesar de que la inanición devastaba el campo. La situación, obviamente, no era tan grave en 2012 como por aquel entonces. La comparación, en este caso, era que las fuerzas armadas rusas estaban «pasando hambre» —algo exagerado, todo hay que decirlo— porque las empresas armamentísticas se dedicaban a exportar con entusiasmo. En otras palabras, los pedidos de exportación que generaban divisas extranjeras se saltaban la fila y provocaban el retraso de los encargos nacionales.

Por supuesto, esto no es en absoluto sorprendente, dados los escasos márgenes que el Estado impone a las compañías armamentísticas cuando venden dentro del país. Los beneficios de la exportación cubren buena parte del capital de I+D y la modernización de las fábricas. Los rusos cuentan con tres ventajas: montones de buenos productos, abundancia de productos baratos y, por lo general, están dispuestos a vender (casi) de todo a (casi) todo el mundo, cosa que han explotado a fondo. En 2021, solo Estados Unidos le superó en el mercado internacional de exportación de armamento. Según el SIPRI, el Instituto Internacional de Estudios para la Paz de Estocolmo, en el periodo 2016-2020 a Rusia le correspondía el 20 por ciento del total (a Estados Unidos el 37 por ciento), esto es, casi el equivalente a la suma de los cuatro siguientes (Francia, Reino Unido, Alemania y China).[4]

Estos resultados son más impresionantes aún cuando se toma en consideración el estado de la infraestructura industrial-militar del país. Putin, desde su primer año en la presidencia, invirtió recursos importantes y mucho capital político en la reforma de las fuerzas armadas, para que estas dejaran de ser una versión cercenada del Ejército Rojo y se convirtieran en una organización moderna y capacitada, apta para proyectar poder lejos de las fronteras de Rusia. Y lo ha conseguido, a pesar de algunos obstáculos notables.

Desde 2014, por ejemplo, la industria rusa ha tenido que superar la pérdida del acceso a las industrias de defensa de Ucrania (que producía componentes esenciales, tales como los motores de turbina de gas destinados a las nuevas fragatas rusas), así como ciertas tecnologías occidentales. Las industrias rusas han conseguido superar estos desafíos tecnológicos, si bien esto ha tenido un coste en tiempo y dinero. Consideremos, por ejemplo, el caso del Proyecto 22350, un diseño muy importante que tenía que reemplazar las fragatas de época soviética de las clases Neustrashimi y Krivak. En un principio, el plan preveía equiparlas con motores marinos combinados de diésel y gas (CODAG) fabricados por la empresa ucraniana Zorya-Mashproyekt. El primero de estos buques, el *Admiral Gorshkov*, de hecho, recibió su planta motriz antes del conflicto y entró en servicio en 2018, pero entonces empezaron los problemas. El segundo buque de una serie prevista de quince, el *Admiral Kasatonov*, fue equipado con motores de doble turbina de gas. Hasta 2018, la Corporación Unida de Motores de Rusia no estuvo en condiciones de suministrar el primero de los dos motores M55R CODAG a los astilleros Sévernaya Verf para el tercer buque de la clase, el Admiral Golovko. El cuarto, el *Admiral Isákov*, no recibió su planta motriz hasta 2021. Para ser justos, resulta casi imposible encontrar hoy un proyecto relevante de construcción militar que cumpla los plazos previstos. Aunque los sistemas de los buques tuvieron los inevitables problemas de rodaje, el retraso de la entrada en servicio de estos modelos relativamente pequeños suscitó, como veremos más adelante, dudas con respecto al plan de construcción de naves de mayor porte, portaaviones incluidos.

LOS «DEVORADORES DE METAL»

En todo caso, las carencias estructurales del sector que el antiguo dirigente Nikita Jrushchov denominó los «devoradores de metal» eran aún más importantes. En aquella época circulaba un chiste que decía que la Unión Soviética no «tenía» un complejo militar-industrial, sino que lo «era». Aquellos «devoradores de metal» tenían un poder inmenso y casi todos los aspectos de la economía se encauzaban hacia el poder militar y la producción armamentística. Desde los camiones y tráileres con designación *avtokolomka*, que significaba que podían ser movilizados en caso de conflicto, a las compañías de defensa, que tenían prioridad para elegir materiales y componentes. Esta preeminencia ya no existe en la actualidad. El sector conocido en la actualidad como *oboronka* (del ruso *oborona*, defensa) proporciona empleo directo a más de 2,5 millones de personas, esto es, a uno de cada cinco trabajadores fabriles. Aunque hay algunos destellos de eficiencia e innovación, por lo general son conocidos por sus hábitos soviéticos, tales como la inflexibilidad, la corrupción o la estrecha vinculación con el aparato del Estado. No solo dependen del Gobierno para vender productos y de la agencia Rosoboronexport para exportar al extranjero: la mayoría son propiedad total o parcial de Rostec, Tecnologías Rusas, un acrónimo para aludir a la engorrosa Corporación Estatal Rostec para la Asistencia al Desarrollo, Producción y Exportación de Productos Industriales de Tecnología Avanzada. Como su nombre indica, es un *holding* de propiedad estatal que invierte en empresas de importancia estratégica, en particular en los sectores de alta tecnología y defensa. Del conglomerado Rostec forman parte colosos industriales como Uralvagonzavod (fabricante de los carros T-80 y T-14, además de otras líneas de producto, como material ferroviario), la Corporación Unida de Aviación (que cuenta con marcas como MiG, Sujoi y Tupolev), Helicópteros Rusos y Kalashnikov. Su consejero delegado es Serguéi Chemezov, un antiguo oficial del KGB que trabajó con Putin en la Alemania del Este en la década de 1980 y que sigue siendo uno de los miembros de su círculo más íntimo.

No es de extrañar, por tanto, que el Kremlin pueda exprimir a los «devoradores de metal», que se ven obligados a aceptar el importe que quieran pagarles. Las ventas, ya sean de exportación o para uso nacional, acostumbran a basarse en precios más bajos. Un T-80 es mucho menos capaz que un M1A1 estadounidense, pero cuesta la mitad; el F-22 Raptor norteamericano tiene más capacidades que el Su-35 Flanker-E de los rusos, aunque, si el primero cuesta 150 millones de dólares la unidad, el segundo se vende por 85 millones. El problema de vender equipos (más) baratos es que dejan menos margen para I+D, que, en la actualidad, tiene un coste exorbitante. Por ello, la industria de defensa depende tanto de la asistencia como de las ventas del Estado. Además, el Gobierno suele pagar tarde o de forma parcial y exige nuevo material que fuerza al límite los proyectos de investigación de las compañías. Sin embargo, difícilmente pueden decir que no.

Esto ha provocado una deuda que va en aumento, pues el Estado paga con retraso o de forma incompleta a las fábricas, que tienen, a su vez, que solicitar préstamos para cubrir el déficit. En 2016, el Gobierno amortizó impagos por valor de 800 000 millones de rublos (10 500 millones de dólares) y otros 200 000 millones (2600 millones de dólares) al año siguiente. En 2020, saldó o reestructuró 750 000 millones más (9800 millones de dólares). A pesar de ello, al finalizar ese año, Yuri Borísov, el viceprimer ministro responsable del sector de la defensa, admitió que la deuda total alcanzaba los 3 billones de rublos (39 500 millones de dólares) .[5] Algunas de estas compañías están gastando alrededor de la décima parte de su deuda solo para sostenerla y pagan intereses de unos préstamos que lo más probable es que nunca sean liquidados. Se ha llegado a sugerir que una de cada diez empresas industriales del sector de la defensa está al borde de la bancarrota y que solo se mantienen a flote gracias a nuevos préstamos o quitas periódicas de deuda por parte del Gobierno. De este modo, lo que este último ahorra por un lado, lo pierde por el otro.

Este ineficiente modelo, además, dificulta el desarrollo. Uno de los motivos del retraso de la entrada en servicio del nuevo caza furtivo Su-57, por ejemplo, fueron las dificultades de la compañía fabricante, la Fábrica de Aeronaves de Komsomolsk del Amur (KnAAZ), para obtener los

componentes necesarios. Tuvieron que ser las fuerzas armadas las que costearan el precio de las piezas (puesto que los proveedores trataron a su vez de cubrir parte de sus deudas), para que por fin pudieran recibir su avión.[6] También resultó problemático que se tratara de un diseño nuevo y no de una evolución de modelos de época soviética, lo cual no significa que estos últimos no fueran excelentes sistemas. La fuerza aérea, por ejemplo, es mucho más efectiva gracias a sus nuevos cazas Su-30 y Su-35 y sus cazabombarderos Su-34, a pesar de que todos se basan en el Su-27 Flanker, cuyo armazón se probó por primera vez en 1977 y entró en servicio en 1985. De igual modo, el T-72B3 y el T-90 son versiones modernizadas de carros más viejos, pero, a pesar de ello, han demostrado sus cualidades. Mucho más lentos y menos satisfactorios han sido los programas de producción y entrada en servicio de nuevos sistemas, como el carro de combate T-14 Armata (el plan inicial era adquirir 2300 hacia 2020; no se espera la entrega de los primeros 100 hasta 2022), el caza multipropósito de quinta generación Su-57 (en 2020 debía haber en servicio 52 y 150-160 en 2025, pero a finales de 2021, si exceptuamos los ejemplares experimentales, solo se disponía de uno), o el submarino diésel-eléctrico de cuarta generación Lada (debían botarse de cuatro a seis antes de 2015, pero, en 2020, solo estaba operativo el prototipo).

Parte del problema es la habitual fascinación del Kremlin por el gigantismo, por contar con unas pocas megacorporaciones, supeditadas al poder político, que dominen el sector. En la década de 2000, la industria de defensa que, en puridad, necesitaba una importante racionalización, estaba concentrada en menos de veinte líderes nacionales. Contaban con logos llamativos y anuncios dinámicos, pero, en el fondo, seguían siendo muy soviéticos en el modo jerárquico y burocrático de hacer negocios. Sin embargo, ya no formaban parte de aquella economía planificada, de modo que hallaban graves problemas para operar en un entorno en el que sus suministradores de maquinaria y componentes podían cobrarles lo que el mercado dictase. En época soviética, por ejemplo, la fama de los televisores que se vendían al cliente medio era infame porque las fábricas que producían tubos de rayos catódicos estaban obligadas por ley a enviar su mejor *stock* a la industria armamentística para el ensamblaje de equipos de

radar, mientras que las plantas del sector civil se conformaban con el resto. Ahora, en cambio, si las compañías de defensa querían componentes —así como cualquier requisito especial— tenían que pagarlos.

COMPRADOR: TENGA CUIDADO

En lugar de ser capaces de producir los mejores equipos o de proveerse de los componentes más adecuados, estas industrias a menudo tenían que recurrir al poder político. Después de todo, en realidad, tenían mayor influencia que los propios generales. No es algo desconocido en Occidente que las decisiones de compra se adopten en función de si una fábrica o astillero se encuentra en tal o cual circunscripción, o de la cantidad de presupuesto que destine el fabricante a hacer *lobby*. Esto también es válido para Rusia. De hecho, la práctica se remonta a la época soviética y a menudo se traducía en que las fuerzas armadas acababan desplegando, quisieran o no, gamas paralelas de armamento —como los carros T-64 y T-72, o los T-80 y T-90-. Hoy también abundan estas duplicidades. Cuando el Ejército anunció el concurso para el diseño del Taifun, un nuevo transporte blindado de personal a prueba de minas, tanto la corporación Ural como la Kamaz presentaron sus versiones y ambos modelos, diseñados exactamente para la misma función, están en la actualidad en servicio.

Un ejemplo muy bueno de esto es el carro T-14 Armata, muy ensalzado. En 2015, después de un coloquio de asuntos militares particularmente aburrido celebrado en Moscú (en el cual, por cierto, los dos ponentes rusos expresaron los habituales deseos de cooperación y amistad con Occidente, a pesar de que habían saltado chispas con respecto al tema de Ucrania), tuve la oportunidad de tomar una copa con unos oficiales de la División Kantemir. Su nombre oficial es 4.ª División de Tanques de la Guardia Kantemirovskaya, Orden de Lenin, Orden de la Bandera Roja, que lleva el nombre de Yuri Andrópov, y se trata de una de las unidades de élite de la «Guardia de Palacio» acantonada en las inmediaciones de Moscú. En 2009

se transformó en una brigada, pero, a principios de 2015, volvió a recuperar su condición de división completa, para alivio de todos ellos.

La conversación, como era inevitable, derivó en los tanques. La unidad estaba equipada con T-80U, pero ese año se había anunciado que sería una de las primeras en recibir algunos de los 2000 carros T-14 que el Ministerio de Defensa tenía previsto adquirir a Uralvagonzavod. El T-14 es el primer tanque ruso de nueva generación, una supuesta maravilla de la electrónica moderna, con una torreta no tripulada armada con el cañón automático de alta potencia 2A82-1M de 125 mm y una cápsula acorazada en el interior del casco para sus tres tripulantes. ¿Les excitaba aquella perspectiva? La conversación siguió los derroteros habituales a cuando un británico entrometido empieza a hacer ese tipo de preguntas. Primero, la línea oficial: era un honor, el Armata era el carro más avanzado de su tipo, una demostración de la evolución de la tecnología militar rusa. Sin embargo, al cabo de un rato, empezó a surgir una perspectiva más matizada. ¿No sería demasiado caro? ¿Hacía falta? Y, sobre todo, ¿no era demasiado sofisticado y, por tanto, demasiado delicado para el campo de batalla real?

Existía el dicho de que los vehículos soviéticos se averiaban con rapidez, aunque se reparaban a la misma velocidad. Hasta cierto punto, esta imagen era una reminiscencia de la Segunda Guerra Mundial, cuando los vehículos soviéticos, simples pero robustos, podían repararse en el campo de batalla con medios improvisados y con los conocimientos que un tanquista podía haber adquirido arreglando una cosechadora en una granja colectiva, pero existe sin duda algo de verdad en todo ello. ¿Qué ocurriría con el T-14 Armata, con toda su electrónica moderna? Los rusos temían que cuando sufriera algo más grave que una cadena desencajada o un cañón atascado, lo único que podrían hacer sería remolcarlo a unas instalaciones especializadas, por lo que concluyeron que no era el tanque que necesitaba el Ejército, sino el que Uralvagonzavod quería venderles.

El T-14 parece impresionante sobre el papel y, además, la firma Uralvagonzavod emplea a muchos trabajadores. En 2011, durante las airadas protestas contra la reelección de Putin, un capataz de la planta de carros de Nizhni Tagil propuso ir a Moscú «con los muchachos» para encargarse de los manifestantes. Pronto se convirtió en algo así como un

fenómeno mediático, sobre todo porque incidía en la línea del Kremlin de presentar a los opositores como una clase media elitista desconectada de la «Rusia real». Aquel capataz, llamado Ígor Jolmanskij, llegó a ser representante presidencial y Uralvagonzavod se llevó el contrato del Armata. Putin sabe premiar la lealtad.

Puede que los oficiales de la Kantemir tuvieran algo de razón. Se supone que tendrían que haber recibido los T-14 en 2018, pero, en el momento en que escribo estas líneas, a mediados de 2022, siguen empleando T-80U y el proyecto no solo acumula retrasos, sino que también está excediendo el presupuesto: el precio del nuevo carro ha pasado de 250 a 450 millones de rublos (de 2,5 a 4,4 millones de libras) por unidad, lo que, en parte, ha motivado que el pedido se haya reducido de las 2300 unidades de 2020 a 100 a finales de 2022. Poco después del coloquio, durante los ensayos del desfile del Día de la Victoria, uno de los ocho T-14 que se presentaban por primera vez en aquella ocasión ante las cámaras se averió. No fue posible remolcarlo, pero al menos lograron, después de quince minutos de reparaciones frenéticas, arrancarlo. El presentador de la ceremonia aseguró que se trataba de un ensayo previsto, pero nadie se lo trago.

LA MODERNIZACIÓN DE LAS FUERZAS ARMADAS

A pesar de todo, el sistema, aunque a su manera, funciona. En 2021, según el Ministerio de Defensa, el 71 por ciento de todos los buques, submarinos y aviones, el 85 por ciento de helicópteros, el 79 por ciento de piezas de artillería, el 82 por ciento de vehículos blindados, el 85 por ciento del equipamiento de las fuerzas terrestres y el 100 por cien de los sistemas de misiles terrestres se consideraban «modernos» según los criterios oficiales. Por ramas de servicio, el desglose era del 85 por ciento para las fuerzas terrestres, del 80 por ciento para las aéreas y del 85 por ciento para las navales.[7] Uno puede preguntarse qué significa todo esto, pues buena parte

de este equipamiento «moderno» no es más que versiones actualizadas de diseños de la era soviética, aunque no hay duda de que supone una respuesta impresionante a la crisis que atenazaba a las fuerzas armadas rusas.

Al fin y al cabo, la mayoría de fuerzas armadas está en constante renovación, mediante la reparación, modernización y, por fin, el reemplazo de medios que, en tales circunstancias, pueden seguir operativos durante décadas. El caza estadounidense F-15 entró en servicio en 1976, pero, gracias a las sucesivas mejoras, hoy sigue en activo. A finales de los años ochenta del siglo XX, el complejo de I+D soviético estaba en crisis por falta de financiación y por la política de desarme de Gorbachov. En la década siguiente, no hubo apenas programas relevantes de modernización o adquisición de armamento, ni tampoco los recursos o el interés para garantizar un mantenimiento básico. Incluso cuando Putin llegó al poder en 2000 la prioridad inicial recayó en los recursos humanos. El resultado de todo ello fue años de abandono, de modo que cuando, en 2008, la poderosa Rusia se enfrentó a la minúscula Georgia, más de la cuarta parte de los vehículos blindados se averió antes incluso de llegar al campo de batalla.

Había tanto material desfasado que ya no resultaba ni práctico ni económico repararlo o reacondicionarlo, por lo que a nadie sorprende que la modernización se convirtiera en la gran prioridad de toda una sucesión de ministros de Defensa. Ya no se trataba de distinguir entre el material de primera línea y el meramente operativo, sino la brecha abierta entre lo utilizable y lo inservible. Por supuesto, existen armas con una vida útil mucho más larga. Aunque está previsto que el fusil AK-74, que entró en servicio, como su nombre indica, en 1974, sea reemplazado por el AK-12, en la práctica, continuará en uso durante los años venideros. Esto, sin embargo, no es ningún contratiempo relevante, pues el modelo posterior, AK-74M (en servicio desde 1991) sigue siendo un arma muy efectiva. Sin embargo, los avances de toda clase, desde la munición de precisión a los sistemas de sensores e identificación de blancos, hacen que reemplazar los materiales más venerables y vulnerables se convierta en una prioridad; y, en gran medida, los rusos lo han logrado. Como estudiaremos en los siguientes capítulos, gracias a las profundas reformas organizativas, doctrinales y

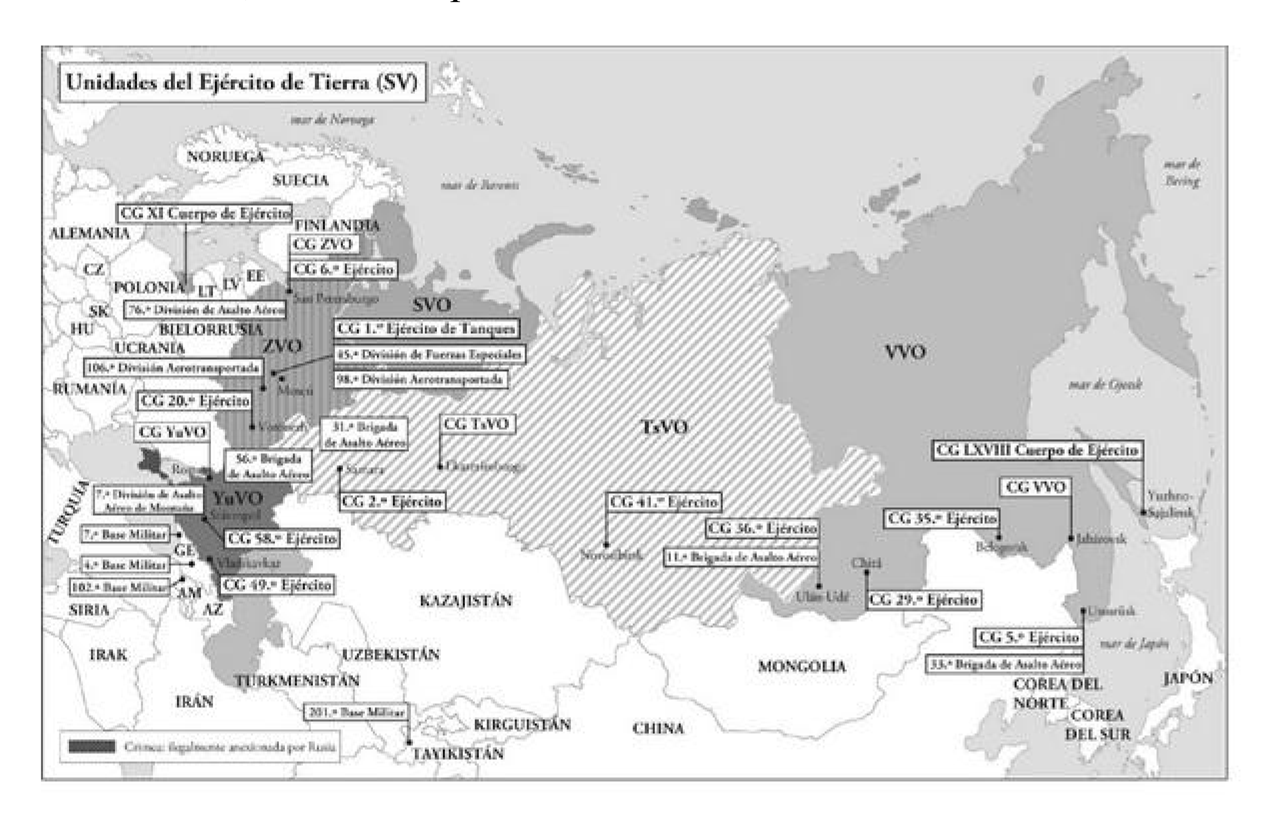
materiales, la orgullosa afirmación de Guerásimov de que «las fuerzas armadas están alcanzando un nuevo nivel de disposición para el combate» no parece fuera de lugar, o, al menos, no hasta que una auténtica guerra a gran escala en Ucrania la ha puesto a prueba.[8]

CAPÍTULO 20

Armiya Rossii

Por más surrealista que pueda parecer, casi frente a la embajada estadounidense en el bulevar Novinski, en el bullicioso anillo ajardinado de Moscú, hay una tienda de alta costura denominada *Armiya Rossii*, [Ejército de Rusia]. El establecimiento, perteneciente a Voyentorg, proveedor oficial de vestuario y alimentos de las fuerzas armadas, vende *leggings* de camuflaje y camisetas decoradas con el rostro del ministro de Defensa Serguéi Shoigú, versiones muy bien empaquetadas de raciones de campaña e incluso cazadoras vaqueras con distintivos «Team Putin». Todo ello a precios prohibitivos. Esta tienda forma parte de la campaña de Shoigú de presentar al Ejército y la carrera militar como algo *chic* y atractivo. De igual modo, llama la atención que su nombre se refiera

al Ejército y no a las fuerzas armadas o algo por el estilo y es que, por más que dependa de la disuasión nuclear o de las nuevas capacidades de las Fuerzas Aerospaciales (VKS), el país siempre ha sido una potencia terrestre. El Ejército sigue siendo, sin discusión, el corazón de sus fuerzas armadas. Si la Royal Navy es el «servicio de mayor antigüedad» en el Reino Unido, puesto que es anterior a la existencia de un ejército permanente (que, en esencia, se inició con Oliver Cromwell en el siglo XVII), en el caso de Rusia los *Streltsí* [mosqueteros] de Iván el Terrible de mediados del siglo XVI se anticiparon por más de una centuria a la creación de la Armada, establecida por Pedro el Grande en sus reformas de 1696.



El Ejército de Tierra (SV) ruso dispone de bandera propia, dos espadas cruzadas de oro y una granada llameante sobre fondo rojo, y una festividad (el 31 de mayo, que conmemora la formación de los *Streltsí*), un santo patrón (Alexánder Nevski, célebre vencedor de los caballeros teutónicos en el siglo XIII) y un lema privativo: «*Vpered pejota!*», esto es, «¡Adelante la infantería!». También son, a principios de 2022, el servicio más numeroso

de las fuerzas armadas, con cerca de 280 000 oficiales y soldados (algunos de los cuales son mujeres).

En teoría, todo este contingente está subordinado al Mando Superior del SV. Sin embargo, este es, en esencia, un órgano administrativo del Ministerio de Defensa, encargado de la instrucción, la táctica y la gestión administrativa. El mando operacional real reside en el Estado Mayor General y en los distritos militares (o en los mandos estratégicos conjuntos en época de guerra). En 1997, se suprimió el Mando Superior del SV, reemplazado la Dirección Principal del Ejército de Tierra, la Dirección de Fuerzas de Misiles y Artillería, la Dirección de Defensa Aérea Militar y la Dirección de Aviación del Ejército, todas ellas dependientes del Ministerio de Defensa. No obstante, esta reforma no sirvió de mucho, pues desdibujaba los límites entre las funciones ministeriales y las estructuras militares de mando, de modo que, en 2001, Putin decretó la creación del Mando Superior del SV. En el momento en que escribo estas líneas, el comandante en jefe del SV es el general Oleg Saliukov, del arma acorazada, aunque, en vista de su edad, 66 años, se acerca el momento de ceder el cargo a un sucesor.

EL GRUPO TÁCTICO DE BATALLÓN (BTG)

Pese a que la división, como explicaremos más adelante, ha protagonizado un retorno parcial, en general, el Ejército sigue estructurado en unidades más pequeñas, las brigadas, una de las innovaciones esenciales del Ejército de «Nueva Imagen» de Serdiukov y Makárov. No obstante, esta sigue siendo una formación bastante grande. La mayoría está compuesta por una mezcla de *kontraktniki* y reclutas y estos últimos, por ley, no pueden servir fuera de las fronteras del país, salvo en caso de guerra. En consecuencia, antes incluso de que el conflicto del Donbás hiciera necesarias estas unidades, las fuerzas terrestres ya habían empezado a proporcionar medios para la creación de grupos tácticos de batallón, unidades modulares combinadas a partir de elementos de las brigadas existentes que estuvieran

completamente integradas por voluntarios. Al principio, en el Donbás, los BTG tuvieron que recurrir a efectivos de más de una única brigada, lo cual planteaba a efectos de coordinación que los soldados, desacostumbrados a combatir juntos, tenían que adaptarse a la nueva estructura. La necesidad de hacer rotaciones de profesionales para cubrir bajas, reabastecer y dar los permisos necesarios, fue un quebradero de cabeza para los mandos y el personal de logística, pues había que traer soldados de toda Rusia. Sin embargo, los BTG permitían desplegar contingentes operativos de un tamaño considerable, compuestos exclusivamente por profesionales. Muy pronto casi todas las brigadas pudieron generar sus propios BTG, que, además, acaparaban la mayor parte de los elementos de apoyo de la unidad. Esta es una forma muy poderosa de generar con rapidez fuerzas operativas compuestas de *kontraktniki* en tiempos de paz, aunque, por otra parte, como se vio en la invasión de Ucrania, significa que solo pueden desplegarse uno o dos batallones de cada brigada, para lo cual es necesario canibalizar el resto de la unidad.

La estructura de los BTG puede variar en función de las necesidades operacionales y del personal disponible. Por lo general, son batallones mecanizados de un máximo de 900 oficiales y soldados. Disponen de entre dos y cuatro compañías mecanizadas o de tanques, además de secciones de artillería, reconocimiento, ingenieros, guerra electrónica y apoyo de retaguardia. Por ejemplo, el BTG organizado por la 19.ª Brigada Motorizada de Fusileros del 58.° Ejército con base en Vladikavkaz, Osetia del Norte, se compone de una compañía mecanizada con vehículos blindados de infantería BMP-3, una segunda con BTR-82A, otra de carros T-90, una batería de cañones autopropulsados Msta-S, otra de lanzacohetes múltiples Tornado-G, una compañía de drones y una sección de fusileros reforzada procedente de otra brigada. Es un ejemplo más ligero que la mayoría de unidades de su tipo, reflejo del terreno montañoso en el que opera. Por tanto, la estructura y los efectivos de cada BTG pueden variar de forma considerable de una unidad a otra, hasta el punto de que, en la invasión de Ucrania, algunos solo alcanzaban los 250 efectivos. El resultado es una unidad de combate terrestre autosuficiente con un apoyo de fuego y logístico desproporcionados. Son, en cierto modo, una versión a

escala reducida de las brigadas que representan la formación básica del Ejército.

EL RETORNO DE LA DIVISIÓN

La adopción de una estructura con la brigada como referencia durante el mandato de Serdiukov se justificó con la idea de que las únicas guerras en las que Rusia se vería envuelta serían intervenciones en el exterior a pequeña escala; es decir, el mismo planteamiento que ha dado forma a la mayoría de ejércitos de la OTAN en la era de la posguerra fría. Durante el mandato de Shoigú, con el estallido de la guerra no declarada en Ucrania y el empeoramiento de relaciones con Occidente, el Ejército ruso empezó a plantearse la posibilidad de una conflagración a gran escala contra un adversario de igual o similar poder militar, en sus fronteras o cerca de ellas.

Este tipo de conflicto no solo requiere fuerzas pesadas, sino también estructuras superiores que puedan integrar, comandar y abastecer en campaña batallones de otros distritos militares. Los rusos temían que el hecho de tener que gestionar docenas de nuevas brigadas y de BTG transferidos de toda Rusia pudiera desbordar al comandante de un ejército o de un distrito militar. Por ello, al mismo tiempo que se creaban fuerzas ligeras de alta movilidad, también hubo un retorno parcial a la división. Cuando Shoigú restableció las prestigiosas divisiones de élite Taman y Kantemir no solo estaba satisfaciendo a los generales, también estaba dando inicio al proceso de retorno a la división. A finales de 2021, el Ejército de Tierra (SV) había restablecido nueve de ellas: ocho mecanizadas y una de tanques. Además, en 2014 se reactivó el 1.er Ejército de Tanques. La gran mayoría de estas grandes formaciones está acantonada en el oeste del país, en concreto, en las inmediaciones de Ucrania, mientras que no hay ninguna en el TsVO.

Divisiones del Ejército en 2021

ZVO

- 1.er Ejército de Tanques de la Guardia
  - 2.ª División Motorizada de Fusileros
  - 4.ª División de Tanques
- 20.º Ejército de Armas Combinadas de la Guardia
  - 3.ª División Motorizada de Fusileros
  - 144.ª División Motorizada de Fusileros

YuVO

- 20.º Ejército de Armas Combinadas de la Guardia
  - 3.ª División Motorizada de Fusileros
  - 144.ª División Motorizada de Fusileros
- 58.º Ejército de Armas Combinadas
  - 19.ª División Motorizada de Fusileros
  - 42.ª División Motorizada de Fusileros

VVO

- 5.º Ejército de Armas Combinadas de la Guardia
  - 127.ª División Motorizada de Fusileros
- 68.º Ejército de Armas Combinadas
  - 18.ª División de Artillería y Ametralladoras

Este cambio refleja, en cierto modo, la evolución del pensamiento militar y las enseñanzas de las operaciones de Rusia en el Donbás. En este conflicto, el Ejército tuvo que crear grupos tácticos de batallón ad hoc con profesionales de las brigadas de todo el país, lo que, a menudo, generaba graves problemas de coordinación, como hemos dicho, ya que tuvieron que entrar en combate soldados que no habían entrenado juntos. Estas unidades solían salir victoriosas de sus acciones individuales contra las fuerzas ucranianas gracias a una mayor potencia de fuego y superior tecnología, pero muchas veces no podían explotar estos triunfos con eficacia. Las nuevas divisiones, por tanto, no solo servirían de elementos defensivos de respuesta rápida, sino también de núcleo de formaciones de armas combinadas capaces de ejecutar con rapidez golpes devastadores. Es decir, un retorno a la versión soviética de la *Blitzkrieg*.

Esto no significa que Rusia vaya a abandonar la brigada, sino, más bien, que va a desplegar una combinación de ambas, estas más orientadas a la proyección de poder en «pequeñas guerras», mientras que las divisiones lo harán en grandes conflagraciones. De igual modo, el tamaño de estas últimas es diverso, desde el equivalente a la tradicional estructura rusa de cuatro regimientos, a otras más pequeñas de dos o tres, que, en muchos aspectos, son más parecidas a una brigada reforzada, si bien con una mayor capacidad de mando y apoyo. Por tanto, la mayoría de las divisiones disponen de entre 6000-7000 efectivos (las antiguas divisiones motorizadas de fusileros y de tanques contaban, respectivamente, con 13 000 y 10 000 soldados).

Por otro lado, resulta mucho más sencillo anunciar el establecimiento de una división y otorgarle su bandera de combate que conseguir que disponga de plena capacidad operativa. En noviembre de 2014, por ejemplo, los rusos informaron de la creación de una división motorizada de fusileros en Yelnia, al este de Smolensko. La nueva formación emplearía la base de la antigua 144.ª División Motorizada de Fusileros, una unidad retirada a principios de la década de 1990 de la Alemania del Este y licenciada en 1998. En julio de 2015 se anunció que la división estaría dispuesta en menos de dos años, a partir de una brigada ya existente, la 28.ª Motorizada Independiente de Fusileros de Ekaterimburgo. En realidad, si bien la 144.ª ya estaba en

servicio a finales de 2017, en lugar de los cuatro regimientos de maniobra previstos en un principio, tres motorizados de fusileros y uno de tanques, en 2020 solo disponía de tres: todavía le faltaba uno motorizado de fusileros. Encontrar efectivos, reorganizar mandos y redistribuir fuerzas requiere tiempo.

HEAVY METAL

Si hay dos clases de medios que simbolizan las fuerzas militares rusas esos son los carros de combate y la artillería. Los ejércitos occidentales, en particular los europeos, han ido reduciendo sus reservas de los primeros, de escasa utilidad en los polvorientos conflictos de contrainsurgencia que creían constituirían el principal desafío de los años venideros. No obstante, para los rusos, el carro sigue siendo un elemento esencial de su forma vertiginosa y agresiva de hacer la guerra. El T-72, diseñado en los años sesenta del siglo XX y en servicio desde 1970, continúa siendo uno de los vehículos principales. Gracias a las sucesivas actualizaciones, los cerca de 2000 T-72B3 en servicio son, hoy, un importante recurso en el campo de batalla moderno. El modelo posterior T-80 tiene un historial con más altibajos, pero, al igual que el T-90/T-90M —que no es más que un T-72 modernizado— permanecerá en activo en el futuro inmediato a causa de los retrasos y los recortes del proyecto T-14 Armata.

Históricamente, la artillería ha sido siempre el «dios de la guerra» ruso. Aunque todos los ejércitos utilizan potencia de fuego de largo alcance —la función de las restantes unidades de maniobra es localizar y fijar al enemigo lo suficiente para que la artillería lo pueda destruir—, los rusos disponen de ella en enormes cantidades. Así, por ejemplo, un típico grupo táctico de batallón cuenta con dos o tres baterías con una combinación de cañones autopropulsados de 122 mm y 152 mm, artillería de cohetes y secciones de morteros, mientras que el batallón estadounidense estándar tan solo dispone de una sección de estos últimos. No obstante, no es una comparación del todo justa, pues el BTG es un contingente especializado que controla el

grueso de los elementos de apoyo de la brigada que lo genera, mientras que el modelo estadounidense concentra la artillería en niveles superiores de mando para apoyar a los regimientos de campaña. Sin embargo, incluso a nivel de brigada, una mecanizada rusa completa cuenta con dos batallones de artillería y uno de lanzacohetes, mientras que su homóloga norteamericana dispone de un único batallón de artillería.

Todo esto nos transmite la prioridad por parte rusa de desplegar sobre el terreno gran cantidad de bocas de fuego y también explica (además de para solicitar mejores cañones para sus fuerzas) las palabras del general Mark Milley, jefe del Estado Mayor Conjunto estadounidense, ante el Comité de Servicios Armados del Senado. Interrogado acerca de un hipotético enfrentamiento con Rusia, el general Milley, por aquel entonces jefe de Estado Mayor del Ejército, declaró que «no nos gustaría, no queremos que pase, pero sí, técnicamente, nos superan en alcance y potencia de fuego sobre el terreno».[1] El primer punto es importante: el cañón autopropulsado estándar de Estados Unidos, el M109 de 155 mm, llega a 21 kilómetros de distancia (30 kilómetros con un proyectil asistido por cohete). El nuevo cañón ruso 2S25 Koalitsiya, que está entrando en servicio en estos momentos, tiene un alcance —eso sí, no confirmado— de 40 kilómetros (80 kilómetros con un proyectil asistido por cohete). Los rusos disponen de lanzacohetes múltiples que pueden impactar en blancos a 90 kilómetros de distancia, además del misil balístico Iskander (SS-26), con una autonomía de 500 kilómetros, que puede ser armado con una serie de ojivas convencionales tales como municiones de racimo, termobáricas e incluso pulsos electromagnéticos que destruyen los sistemas eléctricos dentro de su onda expansiva. El alcance no lo es todo: todo cuenta, desde la cadencia de tiro a la precisión, la fiabilidad o la capacidad de supervivencia sobre el terreno. A pesar de ello, es indudable que este es uno de los puntos fuertes de los rusos.

FUERZAS ESPECIALIZADAS PARA OPERACIONES ESPECIALIZADAS

La adopción de la estructura en brigadas también permitió al Mando Superior del SV una mayor experimentación con contingentes especializados adaptados a entornos de combate particulares. Las guerras de Chechenia propiciaron el resurgimiento de unidades entrenadas y equipadas para la guerra de montaña. De igual modo, se prestó particular atención a las operaciones en climas fríos por parte de las unidades del Extremo Norte ártico. No obstante, una vez que Putin empezó a plantear operaciones en nuevos teatros de operaciones, esto se convirtió en una práctica más formal y exhaustiva.

La última unidad especializada soviética, la 68.ª Brigada Motorizada Independiente de Fusileros (de Montaña) fue licenciada en 1991 y la ausencia de este tipo de unidades supuso un problema durante las campañas en Chechenia. En consecuencia, en 2004, Putin anunció la creación de dos brigadas especiales de montaña en el norte del Cáucaso, nutridas de *kontraktniki* y el Ministerio de Defensa se comprometió a que estarían operativas en 2005, aunque hubo que esperar hasta finales de 2007 para que la 33.ª y la 344.ª Brigadas Motorizadas Independientes de Fusileros estuvieran preparadas, la primera acantonada en Botlij, Daguestán (más tarde en Maikop) y la segunda en Zelenchúkskaya, en Karacháyevo-Cherkesia. Cada una de estas unidades disponía de alrededor de 2000 efectivos, aunque existen dudas de que tengan las capacidades y la preparación física necesarias para su misión.

En el pasado, Rusia ha aprovechado su capacidad para combatir en condiciones de frío tanto en ataque como en defensa. En la actualidad, Moscú considera el Extremo Norte un teatro estratégico, por lo que está formando y equipando tropas adaptadas al Ártico. En gran medida, esto es responsabilidad de las Fuerzas Aéreas y de la Armada. Han creado nuevas instalaciones militares, tales como el innovador *Arkticheski Trilistnik* [trébol ártico] en la Tierra de Alexandra, situada en el archipiélago de Francisco José, la base más septentrional de Rusia. Esto requiere contingentes

terrestres capaces de operar en entornos árticos extremos. La 200.ª Brigada, acantonada en Pechenga, y la 80.ª Brigada Independiente, en Alakurtti, tienen la designación de unidades árticas, disponen de equipo especial… y también han recuperado soluciones poco sofisticadas, como trineos tirados por renos o perros, muy útiles para tareas de reconocimiento encubierto e incursiones, debido a que son relativamente silenciosos. Esto, por descontado, no es una simple cuestión de medios. Estas fuerzas entrenan cada vez con más frecuencia y realismo en el entorno implacable del Extremo Norte.

En la década de 1920, los soviéticos combatieron a los rebeldes *basmachi* de Asia Central y sus operaciones solía encabezarlas la caballería roja. En la actualidad, la experiencia siria ha llevado a los rusos a experimentar con fuerzas mecanizadas ligeras, el homólogo moderno de la caballería del pasado. En 2009, la 56.ª Brigada Independiente de Asalto Aerotransportado montó unidades en *jeeps* UAZ-31512 Cazador. Estos vehículos, pese a que demostraron el potencial de las fuerzas mecanizadas «superligeras», eran demasiado pequeños para ser útiles; no podían portar armas pesadas y suministros adecuados, por lo que la brigada fue primero reequipada con camiones GAZ-66 y luego retornaron a los blindados de transporte de personal convencionales. En 2016, sin embargo, los rusos proporcionaron al Ejército Árabe Sirio *pickups* UAZ Patriot armadas para escoltar convoyes y contrarrestar los numerosos *technicals*, camiones armados improvisados, muchos de ellos a partir de los omnipresentes Toyota Land Cruiser y Toyota Hilux, que empleaban los distintos grupos rebeldes. Esto suscitó un mayor interés en tales vehículos. En 2017 se decidió equipar con UAZ Patriot a uno de los cuatro batallones de la 30.ª Brigada Motorizada de Fusileros, que tiene su base en Samara, en la Rusia central, que no es en absoluto un territorio desértico, sino más bien una región de estepas, bosques y montañas. El UAZ Patriot puede alcanzar velocidades de 150 kilómetros por hora y tiene un consumo de combustible mucho más eficiente que los vehículos blindados, más pesados y acorazados. Al parecer, la idea es probar si una fuerza de estas características puede acometer incursiones de alta movilidad y servir de fuerza de reacción en entornos difíciles, desde desiertos a zonas boscosas,

donde los BTR-80 del resto de la brigada, mucho más grandes, tendrían problemas o se verían obligados a moverse más lentamente.

LOGÍSTICA

El viejo dicho de que «los aficionados hablan de táctica, los profesionales estudian logística» sigue siendo del todo válido e, históricamente, los rusos han dedicado más recursos a los «dientes» que a la «cola».[*] Sin embargo, esto no debe tomarse al pie de la letra, pues sus predecesores soviéticos dedicaban ímprobos esfuerzos a los preparativos. Sin embargo, sus tanques y aviones, sobre todo en el pasado, estaban más optimizados para la velocidad y potencia de fuego que para la comodidad y la supervivencia, de ahí que dieran menos prioridad a cuidar de sus soldados y que esperasen más averías y fallos materiales.

Hacia finales de la era soviética esto cambió. El alto mando comprendió las exigencias que la guerra moderna impone a los soldados y que los combatientes experimentados son demasiado valiosos para derrocharlos. En la Guerra de Afganistán se empleó un aparato médico-militar sin precedentes, como la ambulancia aérea Mi-8MB Bisektrisa [bisector] para la evacuación de bajas en el campo de batalla, o los vuelos de transporte sanitario An-12 e Il-18 que llevaban los casos más graves a la Unión Soviética y al hospital militar de Tashkent. En los años noventa del siglo XX toda esta experiencia no se perdió, aunque no se pudo aplicar: un médico militar que sirvió en Afganistán y luego en Chechenia me explicó que, en este último conflicto, tenía que utilizar como torniquetes correas de ventilador robadas de un taller mecánico porque no había suministros disponibles. Sin embargo, tan pronto como volvió a haber presupuesto, se aplicaron de nuevo las lecciones aprendidas, ante todo porque la profesionalización y la recluta y reenganche de voluntarios exigía mayores atenciones hacia la tropa.

Sin embargo, la logística sigue siendo el talón de Aquiles de las fuerzas rusas. Tampoco ayuda que Putin, dada su escasa experiencia militar, siga

mostrándose más interesado por los «dientes» que por la «cola» y, por tanto, que no ejerza presión política para solucionar los problemas de este ámbito. En el Donbás, en 2014-2022 —donde la necesidad de negar la presencia rusa, con pocos visos de verosimilitud, limitó sin duda las operaciones— las campañas de alta intensidad de los BTG se detenían a veces al cabo de pocos días debido a que los suministros, en particular de munición, se consumían a un ritmo mucho más alto del que se recibían. Al fin y al cabo, una de las consecuencias de contar con brigadas y BTG con mucha más artillería y defensa aérea que sus homólogos occidentales es que necesitan más abastecimiento, a pesar de que su «cola» logística no sea comparable a la de estos. Las operaciones a gran escala en Ucrania durante 2022 no han tardado en poner de manifiesto el desafío logístico que supone sostener ambiciosas operaciones de combate.

Se supone que cada ejército debe disponer de una brigada de apoyo técnico-material, pero no todos la tienen… o solo existe sobre el papel. Las grandes operaciones siguen dependiendo, en gran medida, de la red de ferrocarril, de ahí que las fuerzas armadas rusas dispongan de tropas ferroviarias: diez brigadas especializadas encargadas de la construcción, reparación, vigilancia y mantenimiento de vías e instalaciones (el material rodante es responsabilidad del RZhD y de las demás compañías del sector del país). Sin embargo, Rusia utiliza vías más anchas que Europa occidental, solo compatibles con Finlandia, el este de Eslovaquia y algunos tramos cortos en Polonia y Hungría, lo que tendría consecuencias de gravedad en caso de una invasión por parte de Rusia más allá de los límites de la antigua URSS, donde este ancho sigue siendo la norma. Los suministros que deban pasar de las vías de «ancho ruso», de 1520 mm, a las de «ancho Stephenson», de 1435 mm, mucho más comunes, tendrían que cambiar de vagón o utilizar material rodado con capacidad de ajustar el eje de los juegos de ruedas. Pero las locomotoras no pueden hacer eso, por lo que harían falta máquinas a uno y otro lado del trayecto. En todo caso, esto añadiría tiempo y complejidad adicionales al proceso de abastecimiento en un momento en el que las estrechas vías serían objetivo prioritario de la artillería, la aviación y los partisanos. Puede que las tropas ferroviarias

conozcan su oficio, pero tener que reparar el tendido viario a todas horas ralentizaría aún más las operaciones.

Lejos de las terminales ferroviarias, y cuando los trenes no funcionan, los rusos tienen que emplear camiones. Incluso movilizando vehículos y conductores comerciales, es dudoso que tengan los suficientes para sostener operaciones de envergadura. Según un cálculo verosímil, no pueden abastecer operaciones de ritmo elevado a más de 150 kilómetros de sus bases de suministro. A su vez, establecer depósitos en territorio hostil es un proceso lento y difícil. Veamos un ejemplo concreto:

> Aunque cada ejército es diferente, cada uno de ellos suele disponer de entre 56 y 90 sistemas de lanzacohetes múltiples. Recargar cada lanzador requiere una caja de camión completa. Si el ejército de armas combinadas dispara una sola andanada, requiere de 56 a 90 camiones solo para reponer la munición de cohetes. Esto es, necesita aproximadamente la mitad de los vehículos de la flota de carga seca de la brigada técnico-material solo para reemplazar una salva de cohetes.[2]

Es más, esto es solo en cuanto a los lanzacohetes de un ejército. No tenemos en cuenta los entre seis y nueve batallones de artillería, ni todos los morteros, los cañones de los tanques, los misiles antiaéreos y anticarro, las granadas y las balas que gastaría; ni todo el combustible, la comida o el agua. En otras palabras, el Ejército ruso no puede emprender ni sostener operaciones de combate a gran escala lejos de sus fronteras y de su red ferroviaria.

CAPACIDADES

Todo esto, ¿cómo se traduce en términos de capacidad real de proyección de fuerza más allá de las fronteras de Rusia? Un informe de 2020 del instituto de investigación RAND planteó una serie de escenarios, desde una escalada bélica en Ucrania a una operación de estabilización para proteger

el Gobierno de Venezuela, al otro lado del mundo.[3] En cada uno de los escenarios propuestos se consideró el nivel de tensión que supondría para las fuerzas armadas rusas reunir unidades, trasladarlas al teatro de operaciones, ya sea por tierra, mar o aire, y luego abastecerlas. Con la excepción del escenario ucraniano —que los autores consideraban impredecible y atípico— solo había un supuesto que no provocara una «tensión excesiva» en una u otra de las variables: un caso de insurgencia del Estado Islámico en la vecina Tayikistán y el despliegue, con aprobación del ejecutivo local, de un batallón de *Spetsnaz* y seis BTG regulares, además de otros elementos de apoyo. Aun así, esto sometería a la capacidad de transporte aéreo de Rusia a una tensión moderada. Como veremos en el siguiente capítulo, este factor es una limitación significativa para despliegues rápidos o lejanos.

Los otros cinco escenarios, desde el envío de un contingente de rescate a Siria a un choque con China por Kazajistán, sometían a una tensión excesiva algún aspecto de las capacidades de transporte ferroviario, aéreo o naval. La primera, de hecho, excedió la capacidad prevista de formar un contingente (18 batallones de maniobra, una décima parte de las fuerzas totales) en el espacio de tiempo requerido. Después de todo, incluso el movimiento por tren en el interior de Rusia y los países aledaños requiere un esfuerzo logístico enorme. El transporte de una sola división conlleva el uso, por ejemplo, de entre 1950 y 2600 vagones, esto es, unos 50 trenes completos.

La conclusión es que las fuerzas terrestres rusas son poderosas en teatros de operaciones cercanos a su infraestructura militar en el oeste y el sudoeste —como bien saben, para su desgracia, georgianos y ucranianos—, pero no están en disposición de proyectar, y sobre todo de sostener, grandes contingentes a escala global; incluso en sus confines meridionales y orientales tendrían problemas para avanzar con rapidez. Con esto no queremos menospreciar a las fuerzas armadas rusas. Tienen capacidades muy reales, en particular cuando se utilizan para lo que están diseñadas. Proporcionan a Moscú toda una gama de opciones estratégicas, desde una «diplomacia *heavy metal*»[4] creíble, —esto es, diplomacia coercitiva— hasta operaciones cinéticas, como veremos a continuación.

No obstante, este no es el Ejército Rojo. La idea de que se lance algún día a tumba abierta por Europa occidental hasta el canal de la Mancha o incluso que emprenda un avance rápido por la costa báltica, no se sostiene a juzgar por sus especificaciones técnicas de estructura de fuerzas, logística y transporte. De hecho, que la invasión de Ucrania en 2022 se haya empantanado de forma tan rápida evidencia los desafíos relativos a la logística, pero también que Putin y sus comandantes no han sabido calibrarla de forma correcta. Los estudios como los del RAND se basan, en esencia, en capacidades estructurales y materiales: número de carros, volumen de oleoductos, autonomía de los aviones de transporte. No pueden tener en cuenta todos los intangibles, tales como el entrenamiento, la moral, la disciplina y el mando. Como veremos más adelante, en estos aspectos —y se ha evidenciado en Ucrania con toda claridad— los progresos no han sido tan impresionantes como nos ha hecho creer (a nosotros, pero también a Putin) la máquina de relaciones públicas de Shoigú.

CAPÍTULO 21

¡El cielo es de Rusia!

Tuvo que ser duro para los aviadores. Con el giro nacionalista de Rusia, empezó la producción en serie de películas acerca de hazañas bélicas —algunas bastaste buenas, otras malas de solemnidad— protagonizadas por heroicos ingenieros o infantes, marinos o *Spetsnaz*. Aunque las Fuerzas Aéreas no habían disfrutado de ningún éxito de taquilla. En Crimea desempeñaron un papel del todo secundario, en los cielos del Donbás brillaron por su ausencia y los bombardeos de alfombra contra ciudades chechenas, habitadas por supuestos ciudadanos rusos, carecían del *glamour* necesario. Siria cambió todo esto. El gran estreno de 2021 fue *Nebo* [Cielo], más o menos inspirado en el derribo, en 2015, de un bombardero Su-24M por un caza turco. Aquí está muy claro quiénes son los buenos de la película, pues se salvan los dos tripulantes del avión abatido. El filme, aunque tiene demasiada emotividad eslava para ser la respuesta rusa a *Top Gun*, es sofisticado y pirotécnico y, gracias al apoyo del Ministerio de Defensa (parte del rodaje se hizo en Siria), emplea aviones y localizaciones originales con gran efectismo. Hasta tiene un doble de Shoigú que refunfuña: «Nosotros no abandonamos a nuestra gente».

Después de una década de declive y otra de permanecer en un segundo plano, la era tardoputiniana, y en particular la intervención en Siria, proporcionó a las Fuerzas Aeroespaciales (VKS) rusas la oportunidad, por así decirlo, de desplegar sus alas. Alrededor del 90 por ciento de sus dotaciones de aviones de ataque a tierra, bombarderos, interceptores y transporte ha cumplido, como mínimo, un periodo de servicio en Siria. Algunos han efectuado en ese país unas 150-200 salidas, lo cual equivale a

las horas de vuelo anuales de muchos de sus homólogos occidentales.[1] En ese tiempo, tres cuartas partes de la flota de aeronaves se pueden considerar modernas o modernizadas.

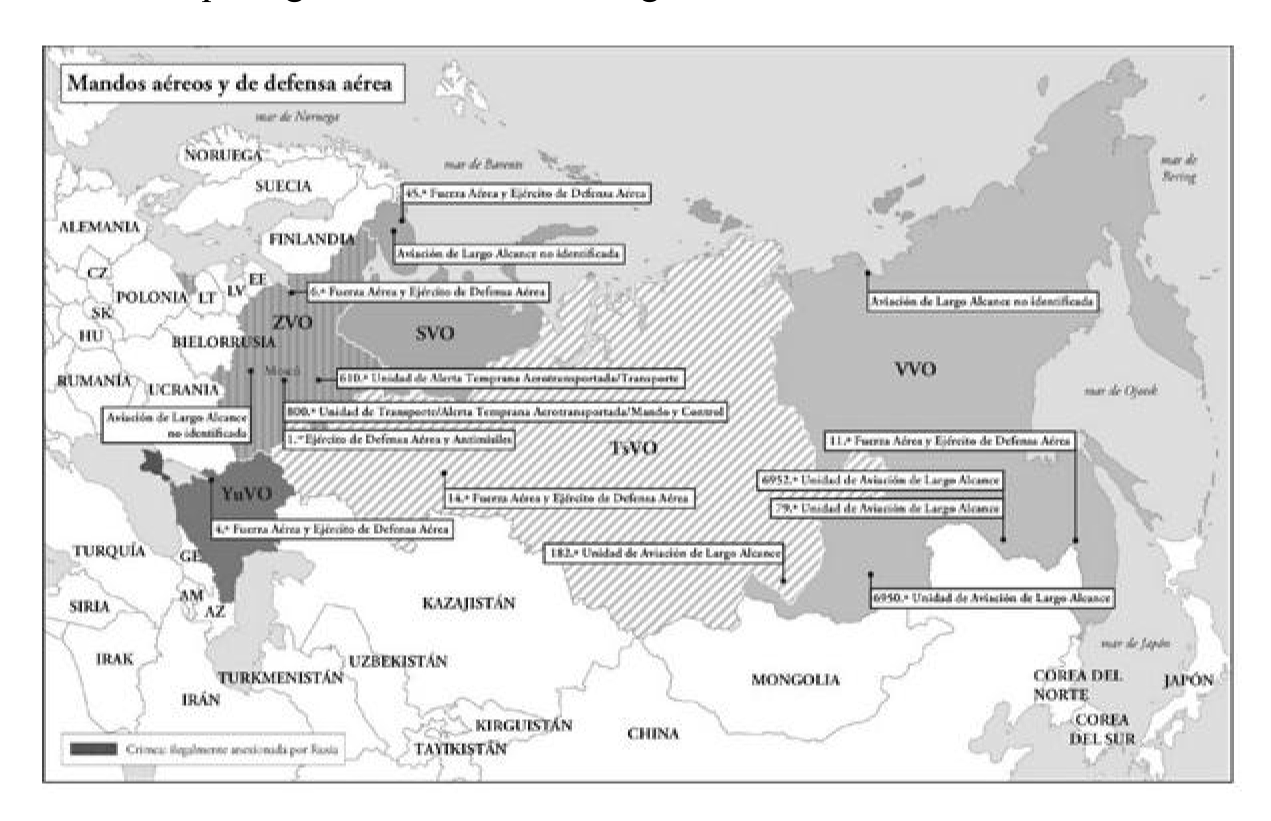
SIEMPRE EN TRANSICIÓN

Rusia cuenta con fuerzas aéreas desde 1912. La aviación imperial desempeñó un papel importante en la Primera Guerra Mundial. En 1918 le sucedió la Flota Aérea Roja de Obreros y Campesinos y después la fuerza aérea del Ejército Rojo. Buena parte de lo que entonces se conocía como las VVS (*Voyenno-vozdushniye sili* [Fuerzas Aéreas Militares]) fue arrasada en 1941 durante los primeros días de la invasión alemana, la mayoría en tierra gracias a que Stalin se negó a creer, como le aseguraban sus espías y generales, que la guerra era inminente. Las fuerzas aéreas, reconstruidas a gran velocidad durante aquella apocalíptica confrontación, continuó reinventándose, desarrollándose y expandiéndose en los años de la Guerra Fría. En 1980 eran las mayores del mundo, con alrededor de 10 000 aparatos de todo tipo, encuadrados en tres secciones diferenciadas: los bombarderos estratégicos de la DA (*Dálnyaya aviátsiya* [Aviación de Largo Alcance]), los interceptores y aparatos de ataque a tierra de la FA (*Frontovaya aviátsiya* [Aviación de Primera Línea]) y la VTA (*Voyenno-transportnaya aviátsiya* [Aviación de Transporte Militar]).

Aparte de esto, existía —y existe— una AV-MF (*Aviátsiya voyenno-mórskogo flota* [Aviación Naval]) independiente. La defensa antiaérea, en un principio una división dentro del arma de artillería y más tarde, en 1941, la Dirección Principal de Defensa Aérea del Ejército Rojo, se convirtió en 1954, una vez finalizada la Gran Guerra Patriótica, en una rama de servicio: las PVO (*Voiská protivovozdushnói oboroni* [Fuerzas de Defensa Aérea]), divididas entre las Fuerzas de Misiles Antiaéreos, la Aviación de Caza y las Tropas de Ingenieros de Radio.

Cuando se disolvió la URSS, Rusia mantuvo la estructura y retuvo la mayor parte de los efectivos aéreos soviéticos: alrededor del 65 por ciento

del personal y el 40 por ciento de los aparatos. Sin embargo, se trata de un arma muy vulnerable a periodos de inacción y descuido: los pilotos que no vuelan las horas suficientes experimentan una merma de sus capacidades; las aeronaves que no reciben un mantenimiento regular, son poco seguras o no pueden volar; las flotas aéreas no modernizadas se quedan obsoletas con rapidez. En consecuencia, la década de 1990 fue muy dura para las VVS y las PVO. En 1995, la Aviación de Primera Línea (FA) había quedado reducida a menos de la mitad de sus 5000 aviones originales y, de esta cantidad, dos terceras partes estaban cerca de la obsolescencia, un patrón similar al que siguió el resto de contingentes aéreos.



En 1998, las PVO se integraron en las VVS, si bien ciertos aspectos de la defensa estratégica del país recayeron en las nuevas Fuerzas Espaciales, establecidas en 2001, y que fueron, a su vez, la base de las Fuerzas de Defensa Aeroespacial (VKKO), un arma independiente creada en 2011. No obstante, este juego de sillas musicales todavía no había finalizado: en 2015, las VVKO se fusionaron con las VVS en las Fuerzas Aeroespaciales

que lo abarcaban todo, desde los helicópteros artillados a los sistemas de misiles antibalísticos.

LAS FUERZAS AEROESPACIALES (VKS)

Las VKS disponen en la actualidad de alrededor de 148 000 efectivos, de los cuales unas tres cuartas partes son profesionales. A principios de 2021, incorporaban unos 1709 aviones de combate de ala fija y en torno a 1500 helicópteros. Entre ellos se cuentan 380 cazas Su-27 y 267 MiG-29, 131 interceptores MiG-31 y los cinco primeros cazabombarderos avanzados MiG-35. También cuentan con 274 bombarderos Su-24 y 125 Su-34, así como 193 reactores de ataque a tierra Su-25. La Aviación de Largo Alcance dispone de 16 bombarderos Tu-160, 42 Tu-95 y 66 Tu-22M. A estos se suman las 91 aeronaves de la Aviación Naval: 22 MiG-29, 43 Su-27/33, 22 Su-24 y 4 Su-25. La aviación de transporte, reconocimiento y mando dispone de los 16 aviones de alerta temprana y control Beriev A-50 del 144.º Regimiento de Alerta Temprana Aerotransportada, con su gigantesco rotodomo característico situado sobre el fuselaje. La flota aérea operacional cuenta con 650 helicópteros, aunque el total nominal de la misma es de más de 850, y está previsto que el número de aparatos operacionales aumente a medida que los helicópteros heredados de época soviética vayan siendo enviados al desguace o puestos en reserva y nuevos modelos entren en servicio.

Se trata de un importante contingente aéreo, solo superado por el de Estados Unidos, si bien todavía depende de modelos de época soviética y, mientras que muchos de ellos son susceptibles de una modernización exhaustiva, los intentos de crear nuevos diseños, como el caza furtivo Su-57, han sufrido, como ya hemos comentado, problemas de importancia. No obstante, Moscú está decidido a reforzar sus fuerzas aéreas, tanto para defender a la madre patria como para proporcionar apoyo a las fuerzas terrestres en acciones ofensivas y defensivas. Una muestra del énfasis en esta integración vertical de las fuerzas es que por mucho que en el momento

que escribo estas líneas el comandante en jefe de las VKS, el general Serguéi Surovikin, vista ahora con el azul de las Fuerzas Aéreas (VVS), hasta 2017 fue un oficial del Ejército de Tierra. Ese año comandó el contingente ruso en Siria y, hasta entonces, su ascenso en el escalafón se había producido en el seno de la infantería mecanizada, con la que combatió en Afganistán, en Tayikistán y en la Segunda Guerra de Chechenia, en la que resultó herido en combate. Surovikin tiene fama de militar duro e inflexible —en 2004, uno de sus subordinados se suicidó en la oficina después de que lo censurase—, pero también de persona resolutiva capaz de dar con soluciones creativas. Durante un tiempo fue el responsable de la Dirección Principal de Operaciones del Estado Mayor General, un puesto que suelen asumir oficiales elegibles para los principales cargos del alto mando. En 2012 ya demostró su capacidad para innovar cuando asumió la misión de crear la nueva Policía Militar (VP). Su carrera no ha estado exenta de controversias, aunque, hasta ahora, ha podido sobreponerse a ellas. Así, por ejemplo, sufrió siete meses de arresto a consecuencia del golpe de agosto de 1991 (tres manifestantes murieron en choques contra el batallón que mandaba Surovikin) y, en 1995, le condenaron por robar y vender un arma reglamentaria (los cargos fueron anulados). No obstante, se le considera la persona que mejor combina la firmeza con una visión de futuro en relación con lo que necesitan las fuerzas armadas. El hecho sin precedentes de que lo enviasen por segunda vez en 2019 a dirigir el contingente en Siria es otro indicio de que es un hombre al que seguir la pista y es posible, incluso, que sea un futuro jefe del Estado Mayor General.

Las PVO-PRO (*Voiská protivovozdushnoi i protivoraketnoi oboroni* [Fuerzas de Defensa Aérea y Antimisiles]) se dividen en cuatro ejércitos aéreos y de defensa aérea, uno por cada distrito militar —el 6.º para el ZVO , el 4.º para el YuVO, el 14.º para el TsVO y el 11.º para el VVO— y disponen de una combinación de interceptores, bombarderos tácticos, aviones de reconocimiento y sistemas de misiles tierra-aire. El 6.° Ejército Aéreo y de Defensa Aérea, por ejemplo, tiene su sede en San Petersburgo y despliega la 105.ª División Mixta de Aviación de la Guardia, con tres escuadrones de interceptores, uno de cazabombarderos y otro de reconocimiento; las 2.ª y 32.ª Divisiones de Defensa Aérea, con siete

regimientos de misiles tierra-aire, y una serie de elementos navales con base en el enclave de Kaliningrado: el 4.º Regimiento Independiente de Aviación Naval de Ataque, el 689.º Regimiento de Aviación Naval de Caza y la 44.ª División de Defensa Aérea. En conjunto, un total de doce escuadrones de aviones de combate, nueve regimientos de misiles tierra-aire y otros cinco radiotécnicos. También cuenta con tres regimientos de helicópteros y uno de aparatos de transporte. Es indudable que el ZVO es un teatro de operaciones prioritario, pues recibe el apoyo de una formación especial, el 1.er Ejército de Defensa Aérea y Antimisiles, encargado de Moscú. Cuenta con dos divisiones (nueve regimientos) de misiles antiaéreos y la 9.ª División de Defensa de Misiles Antibalísticos, la cual controla el radar de gestión de batalla Don-2N de matriz de antenas en fase con sede en Sofrino, al nordeste de la capital, así como cinco instalaciones de lanzamiento con un total de 68 misiles interceptores de corto alcance 53T6 (ABM-3), cuya misión es la de detener un ataque de misiles balísticos mediante la explosión de una cabeza termonuclear de 10 kilotones en la estratosfera sobre Moscú: son, sin duda, el último recurso. Aunque el ZVO esté particularmente bien reforzado (más allá de que el 6.º trabaje con uno de los lemas más aburridos: «Protegemos de forma segura el cielo del noroeste de Rusia»), nos permite, de todos modos, hacernos una idea del tipo de efectivos con los que cuenta cada una de estas formaciones.

La Aviación de Largo Alcance sigue siendo independiente. Opera unos 60 veteranos turbohélices TU-95MS de largo radio de acción, 50 Tu-22M3 Blinder, supersónicos y de menor tamaño, y 16 de los más recientes Tu-160M2 Blackjack, bombarderos de ala de geometría variable. Aunque están subordinados al comandante en jefe de las VKS y se emplean en misiones convencionales, como fue el caso, por ejemplo, de la campaña siria, donde han intervenido todos, también forman parte de la triada nuclear de Rusia, de ahí que los estudiemos más adelante, en el Capítulo 25, junto con las Fuerzas Espaciales (KV), que no están subordinadas a los distritos militares, sino al Mando Aeroespacial con sede en Moscú.

LA DEFENSA DE LA MADRE PATRIA

Algunos planificadores estratégicos occidentales (en particular estadounidenses) se sienten cada vez más alarmados por lo que consideran un problema que va a más: el A2/AD ruso, que son las siglas de «Antiacceso y Negación de Área» (A2/AD, Anti-Access and Area Denial), cuyo concepto básico es que, gracias a una combinación de misiles antibuque y antiaéreos de largo alcance, los rusos pueden contrarrestar la libertad de movimientos y la superioridad tecnológica y de movilidad de los occidentales en un área determinada. Como ocurre con muchas otras noticias alarmistas en cuanto a «nuevas formas de hacer la guerra», esto es una exageración que evidencia, además, la incomprensión de la doctrina rusa. Como explica Michael Kofman:

> Las «capacidades de A2/AD» rusas también se han exagerado de una forma enorme. A menudo, se representan en los mapas bidimensionales como una suerte de burbujas defensivas o zonas prohibidas. Los gráficos acerca del radio de alcance de las defensas aéreas o de los misiles popularizadas por los medios han reducido a menudo el análisis de las fuerzas armadas rusas al mero estudio de círculos rojos con aspecto amenazante sobre un mapa.[2]

No cabe duda de que Moscú ha desarrollado notables capacidades antibuque y, sobre todo, antiaéreas, pero la idea de que los rusos se limitarían a permanecer al amparo de una burbuja semejante es errónea y revela una forma equivocada de interpretar tanto la impenetrabilidad de los sistemas de defensa aérea por modernos e integrados que sean (algunos ataques lograrían penetrar), como del estilo ruso de hacer la guerra (que se basa en su capacidad activa de mermar al enemigo y contraatacar).

Al contrario, lo que más preocupa a Moscú es la amenaza de un Ataque de misiles y aviación en masa (MRAU), en el que la OTAN aproveche su fuerza numérica y su superioridad tecnológica en el aire para iniciar un conflicto con un golpe devastador que destroce sus estructuras de mando y control, desgaste sus fuerzas de maniobra y, en suma, pretenda ganar el

conflicto con el primer golpe. Sin embargo, esto también se trata de una exageración. Por cada alarma que salta en Occidente ante un posible nuevo enfoque conceptual que proporcione a los rusos una ventaja temible, estos últimos también suelen sobrestimar las capacidades de la tecnología militar occidental. En todo caso, esto confiere mayor urgencia a las tareas de defensa aérea de las VKS. Es significativo que las últimas ediciones de las grandes maniobras Zapad, celebradas cada cuatro años en el oeste de Rusia y en Bielorrusia, empiecen simulando un MRAU «azul» que los defensores «rojos» deben resistir, derrotar, o, en el peor de los casos, capear, para, a continuación, pasar al contraataque.

Las unidades del SV cuentan con su propia defensa aérea integrada, mientras que las formaciones de las PVO-PRO no son una baza operacional, sino estratégica. Disponen de interceptores y sistemas de misiles de largo alcance S- 350, S-400 y S-500, complementados por sistemas de corto radio de acción como el Pantsir-S1 (SA-22), un vehículo que dispone de radar propio, dos piezas de 30 mm y 12 misiles. En el MRAU inicial, su misión es garantizar que las estructuras de mando capaces de concentrar y coordinar los contingentes en el campo de batalla sobrevivan el tiempo suficiente para revertir el conflicto a su favor, una vez que el enemigo empiece a quedarse escaso no solo de misiles, aviones y pilotos, sino también de los recursos de información necesarios para lanzar los asaltos, desde redes de comunicación a radares.

Para tal fin, la flota de caza rusa está sometida a una campaña de modernización constante. El pilar principal de la misma son los ágiles Su-30M2 y Su-35S, evoluciones del Su-27 Flanker, una aeronave probada en combate, apoyados por cazas ligeros MiG-35. No obstante, esta versión modernizada del MiG-29 Fulcrum no parece despertar mucho entusiasmo: la demanda actual de estos cazas parece buscar, más que otra cosa, mantener operativa a la oficina de diseño Mikoyan-Gurevich. En un futuro entrará en servicio el caza furtivo Su-57, del que hay un pedido de 76 unidades. No obstante, se ignora si en 2025 lograrán cumplir el objetivo de tener en servicio un regimiento completo de 24 aparatos.

EL PUÑO DE LA MADRE PATRIA

Los rusos, además de ser conscientes de la amenaza de la fuerza aérea occidental, también han dedicado denodados esfuerzos a desarrollar sus capacidades ofensivas. Su modelo de uso de estas unidades está arraigado, en gran medida, en el pensamiento soviético. El concepto de la batalla en profundidad, introducido en la década de 1920 por el mariscal Mijaíl Tujachevski, consideraba que el camino hacia la victoria no solo se hallaba en la línea de frente, sino en la destrucción y desorganización de las fuerzas enemigas en toda la profundidad del campo de batalla. En esencia, se trataba de romper sus líneas de mando y abastecimiento para desbordar su capacidad de coordinación y respuesta. Esto explica, por ejemplo, el entusiasmo soviético por los paracaidistas, capaces de tomar tierra mucho más allá de la línea de contacto. En un principio, la batalla en profundidad debía lograrse por medio de grandes ataques terrestres que penetrasen en territorio enemigo. Sin embargo, en la década de 1970, el mariscal Nikolái Ogarkov, otro pensador militar innovador, consideró que los misiles de largo alcance, la munición de precisión y los golpes aéreos podían complementar sobre el terreno al grupo de maniobra operacional, una formación del tamaño de un cuerpo de ejército.

Los soviéticos no tenían capacidad para fabricar munición de precisión en calidad y cantidad suficientes como para que esta idea arraigase, por lo que, en lugar de ello, lo fiaban todo (y, en cierto modo, Rusia todavía lo hace) a cantidades copiosas de aviación táctica y artillería. Sin embargo, en 1991, la tecnología proporcionó a la coalición una ventaja decisiva en la Operación Tormenta del Desierto, lo cual evidenció la enorme importancia de este tipo de armamento. Durante toda la década de 1990 los tratadistas militares escribieron acerca del poder de la guerra «sin contacto» de largo alcance, pero las fuerzas armadas carecían de fondos y de liderazgo para hacer gran cosa al respecto. Desde entonces, los rusos han tratado de ponerse al día y, aunque buena parte de todo esto tiene que ver con los sistemas de largo alcance, como el misil táctico Iskander o el de crucero lanzado desde el aire Kh-101, también remarca la importancia continuada de la aviación táctica.

Las capacidades de apoyo aéreo cercano de las VKS están muy bien representadas por el reactor Su-25, un aparato anticuado, pero todavía efectivo, así como por una amplia gama de modelos de helicóptero. El Su-25 Grach [grajo], a pesar de las sucesivas actualizaciones, empieza a acusar su edad, pero, aun así, sigue siendo un avión duro y combativo, digno descendiente del legendario Il-2 Sturmovik de la Segunda Guerra Mundial. Aunque se especula con que va a ser reemplazado por un nuevo avión de ataque a tierra, por el momento, son los helicópteros los que acometen esta misión. El viejo caballo de batalla es el helicóptero artillado y de transporte de tropas Mi-24/35 Hind, un auténtico tanque volador, aunque el rol de ataque a tierra recae ahora en aparatos más ágiles y especializados como el Mi-28 Havoc y el Ka-50/52, con sus característicos rotores coaxiales contrarrotativos.

De los bombarderos estratégicos hablaremos más adelante. En cuanto a la flota de medio alcance, el modelo estándar soviético, el Su-24 Fencer, está siendo reemplazado poco a poco por el Su-34 Fullback, un cazabombardero supersónico todo tiempo basado en la estructura del caza Su-27, que ha demostrado sus capacidades en Siria, con una aviónica notablemente superior a la del Su-24, y con capacidad para transportar ocho toneladas de bombas, cohetes y misiles. El Su-24 aún seguirá en servicio bastante tiempo, si bien, dada la falta constante de municiones de precisión y de los sistemas necesarios para utilizarlas con efectividad, los rusos han hallado una interesante solución alternativa: han equipado el Su-24 con el nuevo dispositivo de tiro SVP-24, que tiene en cuenta velocidad, altitud, viento y otros factores similares, lo que permite lanzar asequibles bombas «tontas» casi con la misma precisión que las «listas».

EL TRANSPORTE PESADO

Puede que no resulten tan interesantes como los interceptores de gran altura, los aviones de ataque a tierra cargados de cohetes y los devastadores bombarderos, pero los cerca de 225 aviones de transporte de la VTA son

esenciales para la movilidad estratégica a lo largo de este enorme país, además de desempeñar un papel determinante en la proyección de poder por parte de Moscú. En los momentos álgidos transportaban 2000 toneladas diarias de material a Siria.[3] En enero de 2022, el presidente de Kazajistán, que se enfrentaba a protestas generalizadas que, según su poco convincente excusa, estaban organizadas por terroristas extranjeros, solicitó la intervención de un contingente de interposición de la OTSC (Organización del Tratado de Seguridad Colectiva), el intento de Moscú de crear un homólogo eurasiático de la OTAN. El que los paracaidistas rusos se pusieran en marcha en cuestión de horas es testimonio de su preparación, pero también de la VTA. Es más, los aviones de transporte también trasladaron a los pequeños contingentes bielorrusos y armenios que formaron parte de la fuerza de interposición.

La VTA, conocida hasta 2009 como el 61.er Ejército Aéreo del Mando Supremo, incorpora los elementos de transporte estratégico que antes pertenecían a la Armada y a las Fuerzas de Misiles Estratégicos y cuenta con una flota que se basa en cuatro modelos. El An-26 es un transporte táctico turbohélice bimotor que puede alojar a 40 personas o algo menos de 6 toneladas. El cuatrimotor An-12, de mayor tamaño, tiene capacidad para 100 paracaidistas o 20 toneladas de carga. En la guerra afgano-soviética adquirió una reputación siniestra: lo llamaban «tulipán negro» porque se encargaba de la repatriación de los cadáveres de los soldados muertos. El Il-76 es el transporte pesado estándar, un robusto reactor de largo alcance capaz de transportar 126 paracaidistas con todo su equipo, 145 soldados o 50 toneladas de carga. Sin embargo, resulta minúsculo en comparación con los diez An-124 Ruslán que continúan en servicio, cuyo amplio fuselaje puede transportar 880 soldados o 120 toneladas.

Por otra parte, la VTA, al igual que los demás componentes de las VVS rusas, empieza a acusar la tensión. La cifra de 225 aviones incluye solo los aparatos en condiciones de vuelo, pero hay quizá otros 100 en los registros que no están operativos y que lo más probable es que estén siendo canibalizados para obtener recambios. Puede que existan 90 Il-76 en servicio, 40 An-26 y 56 An-12, así como 3 turbohélices An-22 obsoletos. De hecho, la mayor parte de la flota de la VTA está envejeciendo y

mantenerla en servicio resulta complicado, entre otras cosas porque los Antónov estaban fabricados en Ucrania y obtener nuevos componentes es hoy un reto singular. Es más, el Il-76 no es muy útil para la proyección de fuerzas de importancia. Un An-124 puede transportar hasta tres carros de combate en su cavernosa bodega, pero para cargar en un Il-76 cualquier otra cosa más grande que los vehículos de los paracaidistas, de diseño bajo, es necesario desmontarlo. Está previsto que el nuevo Il-112V reemplace a los An-26, cada vez más desfasados, en el rol de transporte ligero estándar. Sin embargo, el primer prototipo se estrelló en agosto de 2021, con lo que la situación del proyecto está en entredicho. En 2018 empezó a entrar en servicio una versión modernizada del Il-76, el IL-76MD-90A, que es algo más eficiente y cuenta con mayor autonomía, aunque no es más grande. Por tanto, la VTA tendrá que utilizar de forma exhaustiva sus preciosos An-124 en caso de que, en el futuro, quiera emprender operaciones de envergadura lejos de Rusia y de su red de ferrocarriles.

DRONES

Puede que Rusia haya comprendido tarde las cualidades de los drones, pero, actualmente, es una incondicional convencida. Dispone de más de 500, que van desde pequeños exploradores a vehículos de combate aéreo no tripulados armados con misiles. Sus primeros modelos eran, como mínimo, de calidad mediocre, pero tras observar los drones Hermes 450 fabricados en Israel que Georgia empleó en 2008, Moscú optó por comprar producto de esta procedencia. En 2009, adquirió 14 drones Bird-Eye 400, I-View Mk 150 y Searcher Mk II y, al año siguiente, cerró un contrato de 400 millones de dólares para la producción bajo licencia del primero y el último de esos modelos con los nombres respectivos de Zastava y Forpost (los dos se traducen como «puesto avanzado», lo cual resulta confuso). Asimismo, esto se aprovechó para galvanizar la producción interna. Desde entonces, los drones rusos han dirigido el tiro de la artillería sobre las fuerzas ucranianas en el Donbás, han rastreado caravanas de abastecimiento rebeldes en Siria y

han constituido una presencia regular en los exaltados programas del canal de televisión Zvezda [estrella], propiedad del Ejército. En cierta ocasión, en 2021, tuve ocasión de ver tres programas consecutivos de *Voyennaya Priyomka* («recepción militar», aunque quizá sea mejor traducirlo como «estándar militar») que incluían secciones en las que se ensalzaban las capacidades de los nuevos drones de Rusia.

Tras el breve conflicto de 2020 entre Armenia y Azerbaiyán, en el que los azerís machacaron con sus drones Bayraktar TB-2 de fabricación turca a las tropas armenias, equipadas por Moscú (aunque sin los correspondientes sistemas de defensa aérea integrada que protegerían a un contingente ruso), los rusos trataron de demostrar capacidades similares o superiores. No solo se trataba de que los drones como el Forpost y el Orlan-10 de reconocimiento o los UCAV Inojodets-RU [trotón] y Orion pudieran lanzar bombas o misiles contra un blanco, sino otras capacidades nuevas. En fechas recientes, los rusos difundieron imágenes de un Orion derribando otro dron con un misil aire-aire, lo cual abre una nueva era de combates aéreos entre este tipo de aparatos.

Dicho esto, los rusos siguen tratando de ponerse al día, en buena medida, a causa de las carencias y deficiencias de sus sistemas electrónicos y de aviónica. Su dron de reconocimiento estratégico de largo alcance, el Altius, es la respuesta de Moscú al RQ-4 Global Hawk[*] estadounidense. Sin embargo, mientras que este último lleva operativo desde 2001, el modelo ruso, en el momento en que escribo estas líneas, apenas acaba de entrar en servicio. De igual modo, el nuevo Sujoi S-70 Ojotnik [cazador], un vehículo de combate no tripulado de tipo furtivo pesado, aunque impresionante en teoría, todavía está en fase de prototipo. Esto se debe a los problemas perennes de estos proyectos, con el añadido adicional de nuevas capacidades y características, como una tobera plana más silenciosa para el motor. La idea es que pueda operar en red con el Su-57 o de forma independiente, aunque el tiempo que tardará en estar disponible no está mucho más claro que en el caso de los cazabombarderos furtivos tripulados de Sujoi.

CAPÍTULO 22

La disputa por el mar

El *Admiral Kuznetsov* es el mayor buque de la Armada rusa y su único portaaviones. Una poderosa unidad de combate que, además de embarcar un ala de 18 cazas de superioridad aérea Su-33 Flanker D, 6 MiG29K Fulcrum-D multipropósito y una combinación de helicópteros Kamov Ka-27 y Ka-31, dispone de 12 misiles de crucero antibuques de largo alcance P-700 Granit (SS-N-19). También parece ser el barco más gafado de toda la Armada rusa.

El *Kuznetsov* entró en servicio en época soviética, aunque no estuvo operativo hasta 1995, y su nombre sirve de guía de los cambios políticos del periodo. Primero tenía que haberse llamado Riga (Riga), en homenaje a la capital de, la por aquel entonces, República Socialista Soviética de Letonia, y después Leonid Brézhnev, en honor del difunto líder soviético, pero los usos corruptos y conservadores de este personaje, criticados durante los años de Gorbachov, hicieron que se le cambiara el nombre por Tbilisi (Tiflis), la capital de Georgia. Dado que el colapso de la Unión Soviética parecía cada vez más plausible, se decidió que designarlo como una ciudad que podía dejar de estar bajo control de Moscú era tentar al destino, de modo que el buque fue renombrado *Admiral Flota Sovétskogo Soyuza N. G. Kuznetsov*, en honor del respetado almirante y comisario de la Armada durante toda la Segunda Guerra Mundial.

El *Kuznetsov* tiene las características líneas agresivas de un buque soviético. Había sido diseñado para una misión diferente a la de los superportaaviones estadounidenses. No es una nave de «aguas azules», de alta mar, dedicada a proyectar poder por el mundo, sino que su función

principal es proporcionar apoyo aéreo en defensa de las aguas de la madre patria… y hundir a sus homólogos de la OTAN, aunque su historial está lejos de resultar impresionante. Una y otra vez se avería o sufre problemas graves, desde fallos de motor a evaporadores estropeados, hasta tal punto que cuando sale en misión le acompaña, por si acaso, un remolcador. Su imagen tampoco se beneficia del hecho de que sus turbinas de vapor consumen *mazut*, un fuel pesado y de baja calidad que emite una densa nube de humo negro, de modo que siempre parece tener problemas incluso cuando navega a toda máquina.

Dos años después de que se incorporara a la flota, se le envió de vuelta al dique para reparaciones de relevancia y, desde entonces, ha estado entrando y saliendo constantemente de los astilleros, si bien en algunos casos para simples mejoras. En 2016-2017 participó en la Guerra de Siria, donde sus aviones llevaron a cabo, según se reportó, 420 misiones de combate, en las que alcanzaron 1252 blancos hostiles. Por otra parte, como ya hemos indicado anteriormente, perdió dos aparatos a causa de accidentes y, durante cierto tiempo, sus aeronaves tuvieron que operar desde Jmeimim. En 2017 navegó de regreso a su base en el cuartel general de la Flota del Norte en Severomorsk para someterse a mantenimiento y nuevas modernizaciones, pero estaba el problema de que había sido construido en los astilleros de Mykolaiv, en la costa ucraniana del mar Negro, adonde no podía acudir a causa del estado de guerra no declarado entre Moscú y Kyiv. Rusia carecía de un dique seco apto para la tarea, de modo que la única opción disponible era el dique seco flotante PD-50, situado en Rosliákovo, cerca de Múrmansk.

El 30 de octubre de 2018, mientras el *Kuznetsov* salía del PD-50, este se hundió de repente y una de las grúas del dique flotante se precipitó contra la pista de vuelo del portaaviones y la atravesó. En 2019 se iniciaron los trabajos para unir dos diques secos y crear uno que pudiera acomodar sus 305 metros de eslora. En diciembre de ese mismo año, se declaró un aparatoso incendio en el buque mientras trabajaban en él; dos personas murieron y la nave recibió nuevos daños que necesitaban ser reparados. Está previsto que el barco, accidentes, errores y actos divinos mediante, vuelva a estar operativo a finales de 2023, con nueva aviónica, planta

motriz y es posible que misiles, por lo que uno puede sospechar que más de un almirante e ingeniero naval estará cruzando los dedos con fuerza.

En cierto modo, los (in)fortunios del *Kuznetsov* demuestran que la Armada rusa es un tigre de papel (o tal vez una orca soluble en agua); es decir, una fuerza cuyas ambiciones están muy por encima de sus posibilidades. Si hemos de ser sinceros, los buques de todo el mundo sufren averías y necesitan actualizaciones regulares, pero no con la sorprendente frecuencia de esta nave. Por otra parte, su característico diseño y su misión nos permiten deducir muchas cosas. También es muy reveladora la insistencia de Moscú en repararlo, a pesar de que se ha sugerido que sería mejor recortar gastos, retirarlo del servicio y ponerlo en venta. Al fin y al cabo, esto es lo que ocurrió con su gemelo, el *Varyag*, vendido por los ucranianos a los chinos, que lo hicieron entrar en servicio con el nombre de *Liaoning*. En cierto modo, la saga del *Kuznetsov* ilustra la particular visión que Rusia tiene para su Marina, una percepción arraigada en la geografía, la historia y sus ambiciones presentes.

NUNCA FUE UNA POTENCIA NAVAL

Rusia nunca ha sido una notable potencia naval, como cabe esperar de un país que la mayor parte de su historia no ha dispuesto de puertos de aguas cálidas y que abarca una extensión significativa de Eurasia. En el siglo XVII, Pedro el Grande fue el primer zar que dio prioridad a la Armada, primero porque Rusia despuntaba como potencia en el Báltico y en el mar Negro, y también por su fascinación personal por los barcos. La nueva flota era, en parte, un proyecto de prestigio, que, tras la muerte del rey en 1725, quedó encallado hasta mediados del XVIII, momento en que la rivalidad con el Imperio otomano volvió a reactivarlo. Con la dirección del legendario almirante Fiódor Ushakov, al cual los turcos llamaban con respeto Ushak Pachá, Rusia no perdió ninguno de los 43 combates que dirigió este almirante, con lo que la Armada imperial incrementó su poder y su prestigio (Ushakov, por cierto, fue canonizado en 2001 por la Iglesia

ortodoxa rusa y declarado santo patrón de la flota de bombarderos estratégicos).

A principios del siglo XIX, la Armada imperial contaba con las flotas del Báltico y del mar Negro, así como con las flotillas del Caspio, del mar Blanco y Ojotsk, y sus marinos habían circunnavegado el globo. Sin embargo, la Guerra de Crimea de 1853-1856 no solo evidenció el desfase del Ejército ruso en comparación con sus homólogos británicos y franceses, sino que también puso de manifiesto el retraso de la Armada, que no hizo intento alguno de disputar el mar y cuyos marineros se emplearon como infantería. Hubo varios intentos de modernizar la flota, siempre limitados por la falta de fondos y tecnología, pero, sobre todo, por la pregunta clave: ¿qué prioridad debía darse a la Marina en comparación con el Ejército?

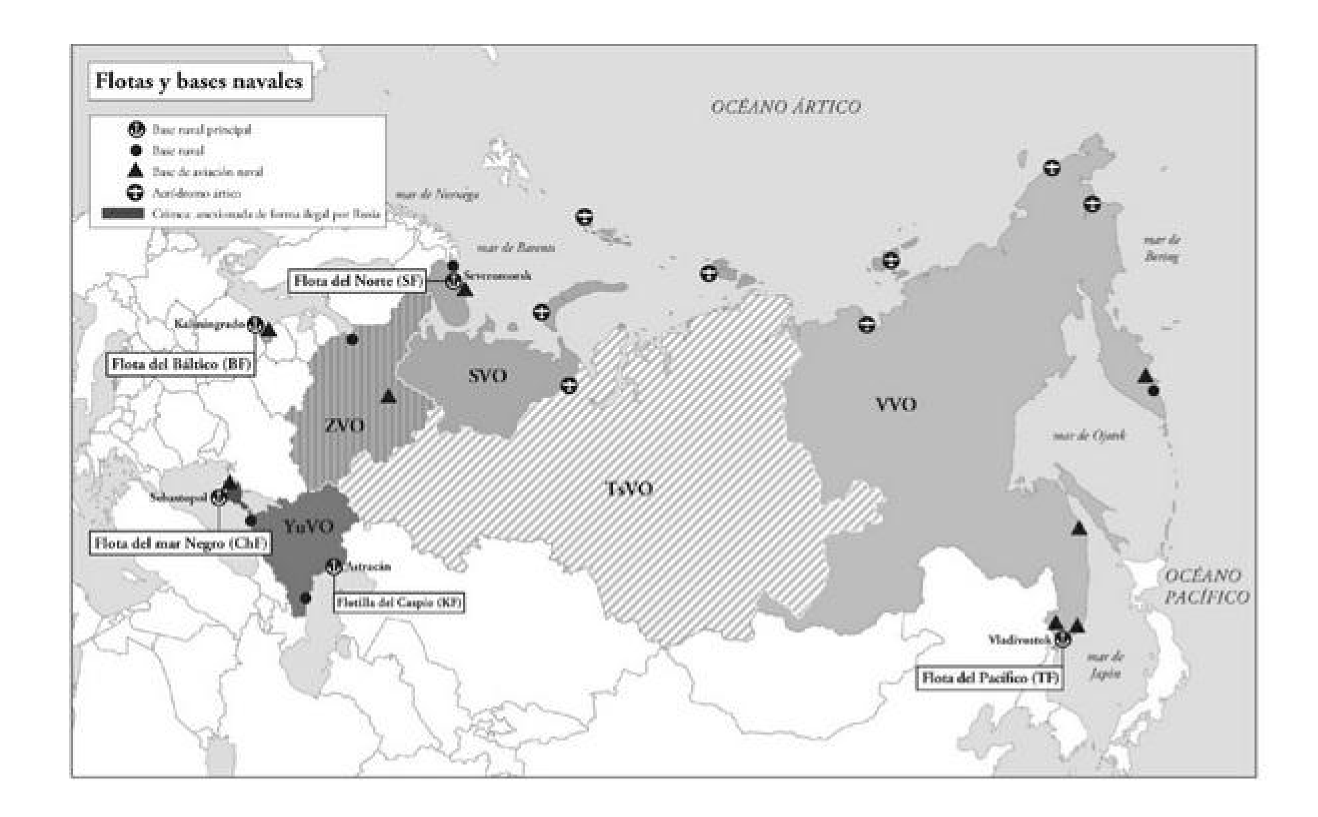
En esencia, la Armada rusa estaba condenada a ser una fuerza regional, no global, cuyas misiones principales consistían en la defensa de costas y la proyección de poder hacia las aguas adyacentes a la madre patria y esto continuó siendo así durante la época soviética. De hecho, en los primeros y desesperados días de la Gran Guerra Patriótica, muchos marineros tuvieron que combatir como infantería y el jefe de Estado Mayor de la Flota del mar Negro, el contraalmirante Yeliséyev, fue el primero que ordenó disparar contra los aviones alemanes. Después de la guerra, el nuevo estatus de superpotencia global de la Unión Soviética, hizo que se renovasen los esfuerzos para incrementar el alcance de la Flota Roja, aunque siguió siendo una tarea secundaria.

Resulta revelador que la primera prioridad fuera construir una flota submarina, con el objetivo primordial de impedir el acceso a las aguas soviéticas, primero, y desorganizar las operaciones y las líneas de suministro navales enemigas, después. El comandante en jefe de la Armada durante la mayor parte de la posguerra (1956-1985) fue el almirante Serguéi Gorshkov, un jefe reflexivo y enérgico. Firme defensor de expandir por igual la rama de superficie y la submarina, quería desarrollar una flota de superficie oceánica, de «aguas azules», pero el líder soviético Nikita Jrushchov, se oponía a estos designios, que consideraba ostentosos e inasequibles; de hecho, la Armada se vio sometida a recortes en la década de 1960. Sin embargo, Gorshkov era insistente y con el sucesor de

Jrushchov, Leonid Brézhnev, sus planes encajaban con las aspiraciones del Kremlin de proyectar el poder soviético por todo el mundo, en concreto, disputar a la US Navy el dominio de los océanos. Por supuesto, este propósito nunca resultó viable debido a la desproporción entre las dos economías, así como la preeminencia del poder terrestre en los planes de Moscú. Aun así, en 1985, año en que se retiró Gorshkov, la flota soviética estaba en su apogeo, con más de 1500 buques, desde los cruceros de propulsión nuclear de clase Kírov a los submarinos de misiles balísticos clase Akula [tiburón], ambos los buques más grandes del mundo en su categoría.

HERRUMBRE Y RECONSTRUCCIÓN

A finales de los años ochenta del siglo XX, y durante toda la década de 1990, hubo profundos recortes y un declive generalizado provocado por el mal uso y el abandono, así como una cuestión particular que, en 2014, pasó factura a Moscú y a Kyiv: el destino de la Flota del mar Negro (ChF, *Chernomorski flot*). En 1992, el reparto del grueso de la Armada soviética fue bastante sencillo: se acordó que los buques quedasen adscritos al nuevo país donde tuvieran su base (con la excepción de las unidades nucleares, que veremos más adelante) y la mayor parte de la flota ya había abandonado los países bálticos cuando estos se declararon independientes. La excepción fue la Flota del mar Negro, una de las más importantes, que tenía su cuartel general en Sebastopol, en la península de Crimea. La mayoría de sus marinos querían ser rusos y, además, Moscú tampoco estaba dispuesto a ceder lo mejor de la flota a una Ucrania que, para ser francos, no podía permitirse mantenerla. Más aún, perder todos los apostaderos de la Flota del mar Negro en Crimea hubiera supuesto dejar a Rusia casi sin unidades navales en estas aguas. Se produjeron tensiones en el seno de la escuadra entre los leales a Moscú y los partidarios de unirse a la nueva Armada ucraniana, lo que empezó a agitar sentimientos nacionalistas rusos en Crimea, un hecho que anunciaba acontecimientos futuros.



Después de dilatadas negociaciones y del establecimiento, durante un breve e incómodo periodo de tiempo, de una escuadra conjunta (aunque mandada por un almirante ruso), en 1997 se acordó por fin la partición de la flota. El grueso pasó a manos de Moscú, que además alquiló las instalaciones portuarias de Crimea y los terrenos adyacentes. En un principio esta situación solo se iba a prolongar hasta 2017, aunque luego se amplió el plazo hasta 2042, con opción de prórrogas adicionales. De todos modos, esto siempre fue una solución provisional e incómoda. Los nacionalistas ucranianos, no sin razón, no veían con buenos ojos albergar bases extranjeras en su territorio y a los rusos, también con buenos motivos, no les agradaba la idea de tener que depender de la buena voluntad de un Gobierno con el cual no siempre mantenían buenas relaciones. Podría decirse que las semillas de 2014 se sembraron en 1997… e incluso en 1991.

En todo caso, la era de Putin ha sido una etapa de reconstrucción… hasta cierto punto. Es evidente que la Armada no fue una de sus primeras prioridades, a pesar de que su padre había servido en un submarino soviético. En la década de 2000, la mayor parte del presupuesto de construcción naval fue asignado a consolidar la capacidad nuclear: el

desarrollo del submarino de clase Boréi y el misil balístico R-30 Bulavá [maza]. En la siguiente década se dedicó a la Armada un porcentaje mayor del presupuesto de adquisición de nuevos equipos: un 25 por ciento del total, en comparación con el 15 por ciento de las fuerzas terrestres. No cabe duda de que esto constituyó un gran impacto en la industria, pero construir buques lleva tiempo, sobre todo si se tiene en cuenta que la escuadra languidecía desde hacía años y que los resultados no empezaron a notarse hasta finales de la década. Asimismo, problemas como la pérdida de los motores de turbina de gas de fabricación ucraniana ralentizaron el progreso de los buques de mayor porte.

El Programa Estatal de Armamento de 2011-2020 preveía la entrega de 54 buques y 24 submarinos durante ese lapso, pero, en realidad, solo se consiguió entregar la mitad y la producción se centró, fundamentalmente, en naves menores. Para ser sinceros, esto también se debió a que se estaban construyendo los barcos cabezas de serie de algunos diseños completamente nuevos, que suelen necesitar más tiempo que sus gemelos posteriores. Sea como fuere, es indudable que este ambicioso programa lleva retraso. Además, el Kremlin desconfía de los planes de sus altos mandos navales, ambiciosos en exceso. En 2012, por ejemplo, el almirante Víktor Chirkov, por aquel entonces comandante en jefe de la Armada, definió sus objetivos para 2050 y el plan incluía no uno, sino varios portaaviones de cubierta de vuelo completa, que constituirían el núcleo de las escuadras oceánicas, aunque, en el momento en que escribo estas líneas, los dirigentes rusos siguen posponiendo esta idea.

ORGANIZACIÓN

La Armada se divide en cuatro flotas y una flotilla, cada una de ellas subordinada a sus correspondientes distritos militares, así como la Flota del Norte, que, en 2014, pasó a ser un mando estratégico conjunto de pleno derecho debido a la importancia creciente del Extremo Norte.

La **Flota del Báltico** (BF, *Baltiiski flot*) con cuartel general en Kaliningrado, forma parte del Distrito Militar del Oeste (ZVO). Es la más pequeña de todas, lo cual es posible que se deba a que, en caso de conflicto, se encontraría muy expuesta al operar en aquel mar. Esto ha determinado su modelo de reconstrucción, basado en naves de menor porte: corbetas y patrulleros lanzamisiles, como la clase semifurtiva Karakurt que, pese a medir solo 67 metros de eslora, dispone de ocho tubos para Kalibr o misiles antibuque supersónicos Onik, así como una plataforma de lanzamiento para un dron Orlan-10. Asimismo, dado que Kaliningrado se ha ido configurando como una base avanzada de las fuerzas armadas rusas, no es sorprendente que la Flota del Báltico disponga de un poderoso contingente de defensa aérea y de costas. El primero cuenta con una división de misiles tierra-aire S-400 más la 34.ª División Mixta de Aviación Naval, con interceptores y aviones de ataque. El segundo se compone de una brigada de misiles antibuque con sistemas Bal y Bastion, la 336.ª Brigada Independiente de Infantería Naval y una unidad de *Spetsnaz* de la Armada. Kaliningrado también alberga al XI Cuerpo de Ejército, compuesto por la 18.ª División Motorizada de Fusileros de la Guardia, el 7.º Regimiento Motorizado Independiente de Fusileros de la Guardia y dos brigadas de artillería.

La **Flota del mar Negro** (ChF, *Chernomorski flot*) mantiene su cuartel general en Sebastopol, Crimea. Forma parte del Distrito Militar del Sur (YuVO) y tiene la misión de proyectar poder militar tanto en el mar Negro como en el Mediterráneo. Para tal fin, desde 2013, incluye la Formación Operacional Permanente de la Armada rusa en el mar Mediterráneo, que, para alivio de todo el mundo, suele conocerse por el nombre abreviado de Escuadrón Mediterráneo. Este contingente está compuesto, sobre todo, de buques de la Flota del mar Negro, aunque también incluye de forma regular naves de otras escuadras, para aliviar la carga que recae sobre aquella y para proporcionar experiencia a buques de otras formaciones. En un principio disponía de 15 unidades —al menos 6 de combate y el resto de apoyo— aunque su tamaño fluctúa entre los 10 y 20 buques. El conflicto sirio ha supuesto un estímulo para la expansión de este escuadrón, que tiene su base en las importantes instalaciones de Tartús, en la costa de Siria. La Flota del

mar Negro ha entrado en acción en numerosas ocasiones: en la guerra de 2008 contra Georgia envió buques a la costa de Abjasia y desembarcó tropas, desempeñó un papel decisivo en la anexión de Crimea en 2014, apoyó la intervención en Siria y ha combatido en la Guerra de Ucrania en 2022, en la que su buque insignia, el crucero lanzamisiles Moskvá, fue hundido en combate.

La **Flotilla del Caspio** (KF, *Kaspiiskaya flotiliya*) también está subordinada al YuVO. Aunque pequeña en comparación con las demás, con 9 corbetas y 15 patrulleros y dragaminas, es la formación naval más poderosa del mar Caspio, cuyas aguas Rusia comparte con Azerbaiyán, Irán, Kazajistán y Turkmenistán. Las corbetas de la flotilla han lanzado misiles Kalibr a objetivos distantes en Siria y sus dos divisiones de misiles antibuque le permiten controlar el Caspio a su antojo. En el marco de la modernización general de esta escuadra, su cuartel general se trasladó en 2020 de Astracán a Kaspiis, y su regimiento de infantería naval recibió nuevos carros T-72B3.

La **Flota del Pacífico** (TF, *Tijookeanski flot*), con cuartel general en Vladivostok, forma parte del Distrito Militar del Este (VVO). Durante la década de 1990 fue la que padeció con más crudeza la falta de recursos y el abandono, pues era la que menos importancia estratégica tenía en la época. Hasta la década de 2010 apenas podía operar como escuadra, pero, desde entonces, ha recibido una serie de nuevos buques. Resulta irónico que gracias al grado de abandono a la que se vio sometida, esto le haya convertido ahora en una de las formaciones más modernas, ya que muchas de las naves estaban tan obsoletas que ni siquiera podían modernizarse. Pese a todo, sigue fundamentada en barcos de menor porte. Su mayor unidad es su buque insignia, el Varyag, un crucero lanzamisiles de clase Slava, cuenta con un solo destructor y tres fragatas, pero con 16 corbetas y 32 naves lanzamisiles, patrulleras y dragaminas, así como con buques anfibios y de apoyo. También dispone de cuatro submarinos de misiles balísticos de propulsión nuclear, cinco submarinos nucleares de ataque y ocho submarinos diésel. Dada la extensión de su área de operaciones, así como la necesidad de patrullar las aguas de Kamchatka y de las disputadas islas Kuriles, la Flota del Pacífico ha sido una de las primeras en utilizar

drones para reconocimiento marino desde la base de Yelízovo, en Kamchatka.

La **Flota del Norte** (SF, *Severni flot*), como ya hemos comentado, conforma el núcleo del Distrito Militar del Norte (SVO). Con cuartel general en Severomorsk, en el mar de Barents, dispone de contingentes terrestres y aéreos (el XIV Cuerpo de Ejército y la 45.ª Fuerza Aérea y Ejército de Defensa Aérea). Es responsable de las regiones de Múrmansk y Arcángel, así como de la República de Komi y del Distrito Autónomo de Nenets. Su misión principal es apoyar a la flota rusa de submarinos de misiles nucleares en aguas septentrionales —esto es, mantener lejos de sus «bastiones» de submarinos lanzamisiles balísticos a los submarinos de ataque extranjeros— y, más en general, proteger los (cada vez menos) gélidos mares de las fronteras septentrionales del país.

La Flota del Norte también emprende un número desproporcionado de misiones de prestigio, dado que cuenta con dos de los escasos buques de superficie de propulsión nuclear de Rusia, los más aptos para misiones de larga distancia: los cruceros de batalla de clase Kírov, Piotr Veliki [Pedro el Grande] y Admiral Najímov, así como el portaaviones Kuznetsov. No obstante, su auténtico poder reside en su contingente submarino. Cuenta con 28 buques en cuatro divisiones (11.ª, 18.ª, 24.ª y 31.ª), más otros 8 en construcción. De estos, 9 son submarinos nucleares armados de misiles balísticos atómicos, entre los que figuran el Dmitri Donskói, cabeza de serie de la gigantesca clase Akula [tiburón, la OTAN la denomina clase Taifun] que sirvió de banco de pruebas del nuevo misil balístico RSM-56 Bulavá [maza]. Dispone de 4 submarinos de propulsión nuclear armados con misiles de crucero, 10 submarinos nucleares de ataque y 5 submarinos diésel, más silenciosos, pero de menor autonomía. En conjunto, constituyen una poderosa fuerza de ataque, aunque debe decirse que muchos de sus buques lanzamisiles se están quedando anticuados y pronto será necesario reemplazarlos.

PERO ¿CUÁL ES SU PROPÓSITO?

Con todos sus nuevos buques y una renovada actividad, es importante ser conscientes de las limitaciones que, todavía hoy, tiene la Armada rusa. Sus misiones oficiales son, por orden de prioridad:

- Impedir el uso o la amenaza de fuerzas militares contra Rusia;
- Afirmar su soberanía nacional en aguas interiores y territoriales, así como el derecho de Rusia a su zona económica exclusiva y su libertad en alta mar;
- Garantizar la seguridad de la actividad económica marítima en los océanos;
- Mantener una presencia naval en los mismos por medio de misiones de prestigio y de demostración de sus capacidades militares;
- Participar en acciones militares de pacificación y humanitarias llevadas a cabo por la comunidad internacional que encajen con los intereses del Estado.

Es una declaración de misiones que destaca por su notable —y explicito— énfasis en la defensa. Si bien la postura de seguridad «ofensivo-defensiva» de Rusia podría obligar a la Armada a desencadenar operaciones agresivas de disuasión o protección de la madre patria, el lenguaje empleado deja claro que la nueva Marina rusa ni busca ni tiene la capacidad de desempeñar el mismo papel que la US Navy. No va a convertirse en una fuerza de alta mar que dispute los océanos y carece de la red global de bases navales que tal cosa requeriría. En la actualidad solo dispone de Tartús, en Siria, y, si bien tiene derechos de atraque y reabastecimiento en otros puertos, es cuestionable que pueda mantenerlos en caso de conflicto. Por otra parte, carece del número necesario de buques modernos de largo alcance para formar contingentes operativos autónomos de importancia.

De hecho, en caso de conflicto a gran escala, es más probable que la Armada, o al menos sus combatientes de superficie, quede encerrada por la amenaza de la OTAN y se vea obligada a mantenerse al amparo de los misiles de costa y de la aviación. Recuerdo que, en cierta ocasión, un oficial

de la Armada rusa, que ejercía como agregado militar en el extranjero, me reconoció con pesar que «sin superioridad aérea, la Marina italiana —que, debemos reconocer, es bastante amplia y eficiente— podría impedirnos el acceso al Mediterráneo». Lo máximo a que pueden aspirar los rusos es a bloquear cuellos de botella como los que representan los tres estrechos daneses que conectan el Báltico con el mar del Norte y mantener a las fuerzas de la OTAN —sobre todo a los norteamericanos— lejos de sus costas rusas. Esto se debe a que, dentro de la preocupación general por la amenaza del MRAU, el ataque masivo de misiles y aviones, los rusos sienten particular temor a que llegue desde el mar una oleada de misiles, como por ejemplo el imparable Tomahawk. El escenario de pesadilla de la Armada rusa es una salva de misiles lanzada por submarinos estadounidenses y flotas protegidas por defensas de misiles que, desde una distancia a salvo de las defensas integradas aéreas y de superficie de Rusia, castiguen con impunidad las infraestructuras civiles y militares del país.

Esto explica algunas de sus prioridades. Rusia cuenta con un arsenal enorme de minas, muy útiles para negar amplias extensiones de mar a un enemigo demasiado confiado. Sus misiles de largo alcance supersónicos e incluso hipersónicos pueden hundir buques de alto valor, lo cual puede obligar al enemigo a mantenerse alejado. Los submarinos, algunos de los cuales son bastante avanzados y cuentan con buenas tripulaciones, no solo constituyen una amenaza directa contra el tráfico marítimo del enemigo; su presencia *hipotética* basta para alterar sus planes y movimientos.

Con Putin, Rusia ha construido lo que se conoce, de manera informal, como una Armada de «aguas verdes». No es una Armada de «aguas marrones», confinada a zonas litorales poco profundas; sin embargo, los sueños de tener una flota de «aguas azules», es decir, de alta mar, que proyecte su poder por los océanos son poco realistas. Rusia es capaz de dominar sus aguas costeras y operar en los mares abiertos cercanos, pero no tan lejos ni con tanta confianza. Pueden formar parte de operaciones multinacionales contra la piratería en el cuerno de África, pasear su bandera por el Pacífico y el Atlántico y dárselas de potencia naval global, pero los rusos no se hacen ilusiones de poder competir con la OTAN en este terreno.

CAPÍTULO 23

Proyección de poder: boinas negras y boinas azules

Sin duda, era habitual que cada 2 de agosto la policía rusa se apuntara muchas horas extra y es probable que siga sucediendo. Se trata de la fecha del *Dien vozdushno-desantnie voiská*, el Día de las Tropas Aerotransportadas, y, tanto si estás en la plaza del Palacio de San Petersburgo, en el parque Gorki de Moscú o en otras plazas y monumentos conmemorativos de la guerra por toda Rusia (y también en muchos Estados postsoviéticos) cada año se ven grupos de paracaidistas en activo y, sobre todo, veteranos con sus boinas azul cielo y sus camisetas *telniashka* a rayas azules y blancas; charlan, cantan, chapotean en fuentes públicas, recuerdan

los viejos tiempos y, por supuesto, beben. Ese día es la ocasión de honrar a los valientes, llorar a los caídos y recorrer la ciudad en coches decorados con banderas azules y verdes e incluso con alguna que otra torreta falsa.

Suele ser una celebración bastante alborotada, rematada con choques con los antidisturbios del OMON, aunque desde hace unos años resulta más tranquila porque el Estado la ha reconocido y la ha hecho propia. Ahora se ve a esposas y novias, muchas vestidas con sus correspondientes *telniashki*; es posible comprar peleles de bebé con sus rayas reglamentarias y ropa para perros a juego. La sandía, a menudo distribuida gratis por las autoridades locales es, por algún motivo insondable, un ingrediente indispensable de la fiesta. Si hay algo que hace menos intimidante a un grupo de exparacaidistas fornidos, vociferantes y algo bebidos es verlos acarrear enormes sandías.

Rusia tiene un día para todo tipo de profesiones y armas de sus ejércitos y son celebraciones sentidas, no simples artimañas de marketing para justificar la venta de banales tarjetas de felicitación. A pesar de ello, no se ven conductores de trenes (1 de agosto) ejercitándose en las fuentes públicas, trabajadores sociales (8 de junio) buscando pelea con los antidisturbios o inspectores fiscales (21 de noviembre) que esperen que les den fruta gratis. Es más, cada elemento de las fuerzas armadas tiene su jornada especial, desde los submarinistas (19 de marzo) a las tropas de guerra electrónica (15 de abril). Sin embargo, el de los paracaidistas es diferente. No solo es especial por ser la expresión del culto ruso a la hipermasculinidad, reforzado en la época de Putin por sus alardes soberano-nacionalistas a pecho descubierto, ni tampoco por el espíritu de cuerpo machista y exclusivista de estas unidades. Lo es porque las tropas aerotransportadas —y las otras fuerzas de proyección de poder que, en ocasiones, operan más allá de las fronteras del país— son consideradas la auténtica expresión del estatus de gran potencia del país.[1]

Cuando Putin llegó al poder, su prioridad era, por encima de todo, conservar lo que quedaba de Rusia y defender la madre patria, ya fuera de los insurgentes chechenos o de amenazas que vinieran de más allá de las fronteras. Aunque las armas nucleares constituyen la última garantía, estas son demasiado burdas, un instrumento demasiado peligroso contra todo lo

que no constituya una amenaza a la existencia misma del país. Por ello, era esencial reformar las fuerzas convencionales. No obstante, las ambiciones de Putin aumentaron progresivamente: ya no se trataba de defender el país, sino de reafirmar los intereses de Rusia más allá de sus fronteras. Desde la Guerra de Georgia de 2008 y las operaciones contra la piratería en las aguas del Cuerno de África iniciadas ese mismo año, hasta la toma de Crimea, la intervención en el Donbás en 2014, la expedición siria de 2015 y la invasión de Ucrania de 2022, Moscú ha demostrado una creciente predisposición a proyectar su poder en el extranjero.

Consolidar el estatus de potencia mundial, *hegemon* regional y garante de la seguridad en la mayor parte de la Eurasia postsoviética requiere unas fuerzas de intervención sustanciales: las Fuerzas Aerotransportadas (VDV), la MP (*Mórskayapejota* [Infantería Naval]) y las fuerzas especiales o *Spetsnaz* (junto con un conglomerado de compañías militares privadas opacas y ambiguas, mitad estatales, mitad privadas, que va en aumento). Estas unidades, las mejor equipadas y más profesionalizadas, compuestas en su mayor parte por voluntarios, constituyen la punta de lanza de las fuerzas armadas rusas. En el pasado, se emplearon —y se derrocharon de forma grotesca— como infantería ligera en Chechenia y en otros lugares, por la simple razón de que su adiestramiento y espíritu combativo las convertía en las únicas unidades en las que se podía confiar. Ahora que los demás elementos terrestres son cada vez más competentes, los rusos pueden emplear los contingentes de élite en las misiones para los que están concebidos: proyección de poder, respuesta rápida y sembrar el caos tras las líneas enemigas.

«¡NADIE, SALVO NOSOTROS!»

Niktó, krome nas!, «¡Nadie, salvo nosotros!», es la divisa de las VDV, un lema pomposo, adecuado para un cuerpo que puede jactarse de ser uno de los primeros de su clase. Los soviéticos fueron pioneros de las operaciones de paracaidistas. Si los *Fallschirmjäger* alemanes no se crearon hasta 1936

y el regimiento paracaidista británico hasta 1940, los soviéticos organizaron sus primeros saltos experimentales ya en 1930. Al año siguiente, establecieron un destacamento de aterrizaje de aviación motorizada y, en 1932, contaban con una brigada aerotransportada completa. Sus operaciones, aunque algo primitivas en un principio —para saltar, primero tenían que subirse a las alas del avión— encajaban muy bien en el estilo agresivo de la doctrina de la «batalla profunda» desarrollada por pioneros del pensamiento militar, como el mariscal Mijaíl Tujachevski, y que se basaba en la idea era que las unidades aerotransportadas golpeasen a retaguardia del frente enemigo, cortaran las líneas de suministros, atacasen sus cuarteles generales y sembraran el caos y el desaliento.

Esta función se mantuvo durante la posguerra, en la que las VDV se convirtieron en instrumento político del Kremlin en el extranjero. Los paracaidistas, por ejemplo, encabezaron la Operación Torbellino, dirigida a sofocar la revolución antisoviética de 1956 en Hungría; así como la Operación Danubio, la invasión de Checoslovaquia de 1968 que puso fin a la apertura que suponía la Primavera de Praga. En Afganistán desempeñaron una función esencial, no solo en la invasión inicial de 1979, sino también durante los diez años de contienda. Allí, de los 65 combatientes que recibieron la medalla de Héroe de la Unión Soviética por su servicio en el país, más de la tercera parte pertenecía a las VDV.

En la década de 1990, aunque el ministro de Defensa Grachov era uno de los suyos, las VDV volvieron a tener que asumir una carga desproporcionada tanto en la Primera Guerra de Chechenia como en las intervenciones en los Balcanes. A pesar de ello, se vieron sometidas a unos recortes tales que empujaron a Alexánder Lébed, antiguo paracaidista y secretario del Consejo de Seguridad (aunque por breve tiempo), al borde del amotinamiento. Durante su corto mandato en el Ministerio de Defensa, el general Ígor Rodiónov trató de racionalizar el Ejército, para lo cual propuso una reorganización que, en la práctica, subordinaba los paracaidistas al SV. Lébed se presentó hecho una furia en el Estado Mayor de las VDV, dijo que ese plan «equivalía a un crimen» y se comprometió a bloquearlo. Entonces, los oficiales presentes se pusieron en pie y gritaron «¡Gloria al Ejército! ¡Gloria a Rusia!». Durante algún tiempo se llegó a temer que Lébed

utilizase su prestigio en las fuerzas armadas para organizar un golpe,[2] de modo que se le arrinconó de inmediato y al poco tiempo fue cesado. Había supuesto un recordatorio muy directo del quisquilloso espíritu de cuerpo de los paracaidistas. De todos modos, Rodiónov no duró mucho en el cargo y los paracaidistas, aunque sufrieron algunos recortes, siguieron siendo un cuerpo autónomo.

Las VDV han prosperado durante el mandato de Putin, a pesar de las sucesivas reorganizaciones que implicaron que divisiones como la 104.ª Aerotransportada de la Guardia quedara primero reducida a una brigada para ser más tarde reorganizada de nuevo con efectivos divisionarios. No obstante, siempre ha suscitado cierta ambigüedad el rol de la llamada «infantería con alas» como cuerpo independiente de pleno derecho. A lo largo de la historia, las divisiones de las VDV se han considerado fuerzas estratégicas a disposición del Estado Mayor General, mientras que las unidades de asalto aéreo de tamaño brigada o regimiento eran contingentes operacionales a disposición de los distritos militares. Sin embargo, este plan estaba orientado a una guerra convencional de grandes dimensiones. Es más, el lanzamiento en masa de paracaidistas no era la única idea controvertida: la Aviación de Transporte Militar (VTA) carece de la capacidad de lanzar, en el mejor de los casos, más de dos regimientos de paracaidistas de forma simultánea, lo que significa que transportar una división completa requeriría que toda la flota de la VTA hiciera dos salidas y media. De igual modo, la necesidad de mantener su capacidad de inserción paracaidista o como mínimo por helicóptero conlleva toda una gama de medios especializados, desde la familia de vehículos blindados ligeros aerotransportables BMD o una versión propia, más ligera, del blindaje corporal estándar.

Al parecer, en 2009-2010 el ministro de Defensa Serdiukov y el jefe de Estado Mayor Makárov se plantearon suprimir las VDV como cuerpo de combate independiente y transferir todos los efectivos al Ejército. Pero no se hizo y no solo porque ambos personajes tuvieran asuntos más urgentes que tratar, sino porque, en aquel momento, el Kremlin estaba definiendo una política exterior más asertiva, para la cual necesitaba una reserva móvil con la que intervenir en conflictos regionales o distantes. Este

planteamiento fue profético: los paracaidistas estuvieron en primera línea en la toma de Crimea en 2014, intervinieron en el subsiguiente conflicto del Donbás y, en 2021, proporcionaron el grueso del contingente internacional de pacificación enviado a Kazajistán y que estuvo, además, dirigido por el comandante en jefe de las VDV, el coronel general Serdiukov. Es presumible que este cuerpo siga bastante ocupado en adelante.

Serdiukov —que no comparte parentesco con el exministro de Defensa — no solo ha demostrado ser un comandante duro y exigente; también es un competente defensor de los intereses y del papel futuro de las VDV. Como manifestó uno de sus antiguos subordinados, el general «suda azul», en alusión al color característico de las boinas e insignias de los paracaidistas, y siempre ha formado parte del cuerpo: se alistó como oficial cadete y se licenció en la Escuela Superior de Mando Paracaidista de Riazán. De inmediato le pusieron al mando de una sección de reconocimiento, lo cual indica que sus instructores veían en él una iniciativa y una determinación especiales. Tenían razón. Ascendió con rapidez en el escalafón y se distinguió tanto en la Primera Guerra de Chechenia como en Yugoslavia, donde formó parte del batallón mixto de las VDV asignado la fuerza multinacional de paz y que protagonizó la «carrea por Prístina» que se adelantó a las tropas de la OTAN en el aeropuerto de Kósovo. En 2002, Serdiukov se incorporó un breve tiempo al Ejército de Tierra, donde dirigió una brigada en la Segunda Guerra de Chechenia. En 2004 asumió el mando de la 106.ª División Aerotransportada de la Guardia y, después, se le encomendaron puestos más elevados, primero en el 5.° Ejército de Armas Combinadas y luego como jefe de Estado Mayor de todo el YuVO, lo que le permitió participar en la anexión de Crimea. Según algunos informes, llegó incluso a mandar tropas rusas en el Donbás con el nombre clave de «Sédov».

En 2016, Serdiukov alcanzó la comandancia de las VDV, pero, al año siguiente, se vio implicado en un accidente de tráfico que le provocó lesiones de gravedad en la cabeza y una fractura de columna. No obstante, con su determinación característica, volvió al servicio activo y, a pesar de que los planes de que asumiera el mando del contingente en Siria se demoraron, en 2019 cumplió allí un periodo de servicio durante seis meses,

en el cual fue condecorado con la medalla de Héroe de la Federación Rusa. Serdiukov ha participado en todas las operaciones militares rusas, declaradas o encubiertas, desde 1991, por lo que no solo tiene una enorme experiencia práctica atesorada, sino que también ejerce una gran autoridad en el seno de las VDV y en el conjunto del cuerpo de oficiales.

EN PARACAÍDAS, AVIÓN O SOBRE ORUGAS

Así pues, las VDV lograron salvarse. Pero no solo eso, el cuerpo está siendo remozado y, según el plan previsto, expandiéndose. Sigue siendo una reserva estratégica y, aunque cada distrito militar cuenta con una brigada, en la práctica, estas suelen estar dirigidas desde el cuartel general de las VDV en Moscú. También trabajan en estrecha colaboración con la inteligencia militar, un hecho que resultó muy palpable en 2014 en el Donbás, donde las fuentes del Gobierno ucraniano identificaron elementos de todas sus divisiones. Las VDV suponen la matriz de las nuevas unidades aeromóviles, pero en modo alguno van a abandonar el paracaídas; en esto, los rusos son una excepción, puesto que siguen empleando los lanzamientos a gran escala. En las maniobras Vostok-2018, en el Lejano Oriente ruso, se ensayó el lanzamiento de un batallón completo con 50 vehículos desde unos 25 transportes pesados Il-76MD y en las más recientes Zapad-2021, en el oeste de Rusia y Bielorrusia, se llevó a cabo el primer salto nocturno de escala batallón de la época postsoviética. Alrededor de 600 soldados y 30 vehículos blindados aerotransportables BMD-2K-AU y BMD-4M del 234.º Regimiento de la 76.ª División se lanzaron a retaguardia de un enemigo simulado y, a continuación, ocuparon un aeropuerto para permitir la llegada de refuerzos pesados de manera más convencional.

De todos modos, las unidades paracaidistas aisladas —incluso las mecanizadas— son relativamente frágiles cuando se despliegan sin apoyo, por lo que es probable que tales operaciones sean raras en los campos de batalla actuales, poblados de misiles tierra-aire. Las VDV se están organizando como un contingente de intervención multiplataforma,

preparado para la inserción por medio de helicópteros y aviones, y para acometer misiones estratégicas sobre el terreno, que pueden abarcar desde operaciones especiales (desde 1992 tienen su propia unidad de comandos, la 45.ª Brigada Independiente de Reconocimiento de la Guardia, convertida en regimiento en 2015) hasta grandes ofensivas. En esencia, el concepto es que este cuerpo sea capaz de generar fuerzas de proyección que le permitan intervenir sin el apoyo del SV. Como me dijo en 2019 un oficial de paracaidistas, «las VDV van a ser el equivalente ruso del Cuerpo de Marines de Estados Unidos […] un pequeño ejército separado, dispuesto a intervenir allí donde se le necesite». No cabe duda de que esta comparación es inexacta y algo fanfarrona: aun cuando está previsto que alcancen los 60 000 paracaidistas, nunca podrá rivalizar con los 180 000 efectivos del USMC (United States Marine Corps) y menos aún adquirir unas capacidades aéreas y navales comparables.

Por otra parte, esto delata las ambiciones de Putin. Las VDV son una de las formaciones consideradas prioritarias para la recepción de nuevos medios, desde el fusil AK-12 al BMD-4M, y se las está dotando de nuevos vehículos de alta movilidad, desde los *buggies* Sarmat-2 a los *quads* AM-1 o los transportes de personal 4 x 4 Taifun-VDV.[3] Si hay algo que transmite la importancia que Moscú concede a las VDV es la amplia gama de vehículos especializados diseñados en exclusiva, como el BMD-4M Sadovnitsa [jardinero]. Se trata de un transporte de personal tan bien armado que se le podría considerar un carro de combate de bolsillo, aunque su blindaje resulta demasiado liviano cuando las cosas se ponen feas. Como las propias VDV, se trata de un vehículo ligero, rápido, que cuenta con una buena pegada y puede ser lanzado en paracaídas, incluso con la tripulación en el interior (lo cual debe de ser terrorífico o muy emocionante, según el gusto de cada uno), pero es vulnerable en un combate regular. Dado que la misión futura de las VDV no se reducirá solo a conquistar terreno, sino también a defenderlo, se han vuelto a proveer de auténticos carros de combate, los T-72B3, que no serán lanzados desde el aire, sino que operarán por tierra o serán desembarcados en aeropuertos para apoyar el despliegue.

En todas las brigadas y divisiones de las VDV se están formando unidades aeromóviles que se desplazarán en helicóptero, para lo que se está

organizando una brigada de aviación propia con 4 escuadrones de helicópteros, con lo que ya no tendrán que depender de elementos externos. Contará con 12 enormes transportes pesados Mi-26T2, 24 transportes de asalto Mi-8AMTSh y 12 helicópteros artillados Mi-35M con capacidad de operaciones diurnas y nocturnas.

En 2016, las VDV sumaban 45 000 paracaidistas encuadrados en 4 divisiones, 4 brigadas y 1 brigada de operaciones especiales, aunque el plan consiste en disponer de 60 000 efectivos en 5 divisiones, 2 brigadas y 1 brigada de fuerzas especiales. Se cree que la nueva división será la 104.ª División de Asalto Aéreo de la Guardia, formada a partir del núcleo de la 31.ª Brigada Independiente de Asalto Aéreo de la Guardia con base en Uliánovsk, con lo que se revivirá una unidad disuelta en los años noventa del siglo XX. Por supuesto, este plan dependerá de los recursos y no solo del dinero para adquirir equipamiento, sino también de que se disponga de efectivos para ocupar esas plazas: hombres, aunque también mujeres, ya que las VDV las está reclutando en un número cada vez mayor, si bien no para misiones de combate en primera línea. Los paracaidistas se componen en la actualidad de un 70 por ciento de *kontraktniki* y el general Serdiukov ha expresado su intención de elevar este porcentaje hasta el 80 por ciento o más, si es posible. Sin embargo, faltan voluntarios aptos. Mientras se mantengan los estándares actuales para el reclutamiento de boinas azules, no está claro que se puedan alcanzar estos objetivos en un futuro previsible, en un momento en que todas las armas compiten por reclutar profesionales.

Orden de batalla de las VDV (proyección para 2025)

38.ª Brigada de Mando de la Guardia	Medvezhye Ozera, región de Moscú
7.ª División de Asalto Aéreo de la Guardia	Novorossíisk
58.º Regimiento de Asalto Aéreo de la	Feodosia

Orden de batalla de las VDV (proyección para 2025)

Guardia	
108.º Regimiento de Asalto Aéreo de la Guardia	Novorossíisk
247.º Regimiento de Asalto Aéreo de la Guardia	Stávropol
1141.er Regimiento de Artillería de la Guardia	Anapa
76.ª División de Asalto Aéreo de la Guardia	Pskov
104.º Regimiento de Asalto Aéreo de la Guardia	Cherioja
234.º Regimiento de Asalto Aéreo de la Guardia	Pskov
237.º Regimiento de Asalto Aéreo de la Guardia	Pskov
1140.º Regimiento de Artillería de la Guardia	Pskov
98.ª División de Asalto Aéreo de la Guardia	Ivánovo
217.º Regimiento de Asalto Aéreo de la Guardia	Ivánovo
331.er Regimiento de Asalto Aéreo de la Guardia	Kostroma
1065.º Regimiento de Artillería de la Guardia	Veseli Kut
104.ª División de Asalto Aéreo de la Guardia	Uliánovsk
N/A	

Orden de batalla de las VDV (proyección para 2025)

106.ª División de Asalto Aéreo de la Guardia	Tula
51.er Regimiento de Asalto Aéreo de la Guardia	Tula
137.º Regimiento de Asalto Aéreo de la Guardia	Riazán
1182.º Regimiento de Artillería de la Guardia	Naro-Fominsk
11.ª Brigada independiente de Asalto Aéreo de la Guardia	Ulán-Udé
83.ª Brigada Independiente de Asalto Aéreo	Ussuríisk

LOS BOINAS NEGRAS

A finales de la década de 1980, conocí un *morpej*, contracción de *Mórskaya pejota* (MP) o Infantería Naval, que había servido en Afganistán. Tan desesperado estaba el alto mando soviético por enviar soldados más motivados y mejor adiestrados y preparados que el recluta estándar, que enviaron unidades de MP de todas las flotas a aquel país carente de mar. El *morpej* me contó historias espeluznantes de cuando su unidad fue enviada a defender un «nido de águilas» —un puesto de observación en la cima de una montaña— que, durante todo un mes, fue alcanzada a diario por fuego de morteros o francotiradores, o experimentó la tensión de escoltar un convoy por la autovía de Salang, donde nunca sabías si a la vuelta de la esquina esperaba una emboscada o una mina. A pesar de ello, hablaba bien del tiempo que sirvió allí y tenía una larga lista de camaradas por todo el país con los que todavía mantenía el contacto. «De todas clases: infantes navales, del Ejército, un par de ingenieros, algunos guardias de frontera,

incluso un par de pilotos de helicópteros». «¿Paracaidistas?», cometí el error de preguntar. Su rostro se ensombreció ante la idea de tener amigos entre esos «jodidos *chestoliubtsi*» («buscamedallas», sería la traducción más aproximada), a los que reprochaba que recibían un trato especial porque se esperaba de ellos que combatieran bien, mientras que a los de MP se les trataba igual que al resto de soldados.

LOS «DIABLOS NEGROS»

En realidad, Rusia cuenta con una segunda fuerza de intervención: los «boinas negras» de la Infantería Naval (MP). Aunque se remontan al siglo XVIII, sus victorias a lo largo del XX son tan relevantes como sus glorias pasadas. Muchos marinos fueron partidarios devotos de los bolcheviques en la revolución de 1917 y durante la guerra civil subsiguiente la 1.ª División Expedicionaria Naval de Fusileros intervino en muchas de las victorias de la Guardia Roja (el futuro Ejército Rojo), en particular en Ucrania, contra los «blancos» del general Piotr Wrangel. Finalizada la contienda civil, muchas unidades de infantería naval se desmovilizaron, pero, en julio de 1939, se creó la 1.ª Brigada Especial Independiente de Fusileros de la Flota del Báltico, más tarde renombrada 1.ª Brigada Especial de Infantería Naval. Durante la Gran Guerra Patriótica se formaron nuevas unidades, que se enviaban a la desesperada a combatir como infantería para contener el avance del Eje. En total, se organizaron 10 divisiones y brigadas, 10 regimientos y 34 batallones, con unos efectivos totales de más de 120 000 hombres, muchos de ellos reservistas de la Armada que no tenían buques en los que servir. La mayor parte combatió con tenacidad y se ganó el apodo de «diablos negros» por parte de sus homólogos germanos.

Tras el fin de la contienda, las unidades de MP volvieron a ser desmovilizadas. La Flota Roja no era una prioridad acuciante, pues en aquella época era, en esencia, una fuerza de defensa costera. No obstante, a medida que las capacidades soviéticas fueron en aumento, y con ellas también sus ambiciones, se volvió a tener en cuenta la valía de este cuerpo.

En 1963 se organizó un primer regimiento de Infantería Naval, de nuevo en la Flota del Báltico, al que siguieron otros más. Al igual que las VDV, la MP se empleó en la Segunda Guerra Mundial sobre todo como infantería, si bien también fueron pioneros en la participación en operaciones especiales y conforme la Armada soviética de posguerra empezó a operar en lugares más alejados, la MP adquirió nuevas funciones. No obstante, la Unión Soviética —al igual que la Rusia de hoy— nunca fue una potencia naval de «aguas azules» demasiado convincente, con lo que la MP no tuvo las mismas oportunidades que las VDV para refinar sus cualidades y labrarse una reputación durante la Guerra Fría.

Aún hoy, siguen estando a la sombra de los paracaidistas, que son más numerosos, cuentan con mayor prestigio y se echa mano de ellos con más frecuencia en las intervenciones con las que Rusia se hace valer en la actualidad (en la actualidad, todavía comentan con rabia los infantes navales que las famosas *telniashka* de las VDV, las camisetas de rayas azules, son una copia de las suyas de rayas negras). Tal vez sea injusto sugerir que el conjunto de la MP padece de un resentimiento hacia el prestigio de las VDV, pero al menos la operación de Crimea y la intervención en Siria han servido para demostrar sus cualidades. Su anterior comandante en jefe, el teniente general Alexánder Kolpachenko, un antiguo paracaidista veterano de Afganistán, luchó por conseguir para la MP el mismo grado de consideración y su sucesor, el teniente general Víktor Astápov, también transferido de las VDV, ha podido cosechar los frutos. En 2021, la MP obtuvo una nueva bandera y emblema, con una granada flameante en oro y un ancla entrelazada con una cruz negra y roja sobre campo blanco.

Esto, aunque parezca trivial, refleja el nuevo estatus de la Infantería Naval que, a pesar de seguir formando parte de las tropas de costa, que a su vez dependen del Estado Mayor de la Marina, empieza a ser tratada como un arma independiente de pleno derecho. Es más, la nueva bandera vino acompañada de más recursos y el cuerpo ha recibido nuevo material: carros de combate, vehículos blindados de infantería y buques anfibios de nueva generación. La única división de la MP que ha perdurado hasta la década de 2000, reducida a brigada en 2009, fue la 55.ª División de la Flota del

Pacífico, que no parece que vaya a recuperar su estatus en un futuro próximo, aunque los efectivos de las brigadas siguen aumentando, de modo que, tarde o temprano, la MP se expandirá, al igual que sucede con las VDV.

«¡DONDE ESTAMOS NOSOTROS, ESTÁ LA VICTORIA!»

Tam gdié mi, tam pobeda!, «¡Donde estamos nosotros, está la victoria!», reza su lema y, desde el colapso de la Unión Soviética, la MP ha tenido más actividad que en ningún otro momento posterior a la Gran Guerra Patriótica. Sirvieron en las dos guerras de Chechenia y en 2008 tomaron el puerto de Ochamchire, al sur de Abjasia. Desde ese mismo año, participa en operaciones contra la piratería frente a las costas de Somalia, aunque no sin controversia, porque la actuación de la Armada rusa y de la MP en Somalia ha reforzado la reputación que tiene Rusia de, por así decirlo, no andarse por las ramas en las operaciones policiales. En mayo de 2010, piratas somalíes abordaron el MV Moscow University, un petrolero ruso de bandera liberiana, lo que obligó a la tripulación a hacerse fuerte en la bodega del buque. El destructor Marshal Sháposhnikov envió un destacamento de abordaje. Apoyado por un helicóptero artillado Ka-27 (que respondió al fuego de los somalíes y mató a uno de ellos), el destacamento interceptó el petrolero, redujo a los piratas y liberó a la tripulación. Los infantes navales desarmaron a los diez piratas supervivientes y los abandonaron a la deriva a unas 300 millas náuticas (560 kilómetros) de la costa en un bote neumático con provisiones, pero sin ningún equipo de navegación. Aunque se desconoce qué fue de los piratas, lo más probable es que perecieran en el mar.

Desde entonces, la MP ha encabezado la ocupación de Crimea en 2014, además de participar en las operaciones subsiguientes en el Donbás y en la invasión de 2022. En 2015 intervino en Siria en apoyo de la campaña aérea rusa para impedir el desplome del régimen de al-Asad. Una de las contadas

bajas reconocidas por Rusia, de hecho, fue un infante naval que falleció en la operación de rescate de los dos aviadores del Su-24 derribado por cazas turcos en 2015.

En total, hay algo menos de 13 000 infantes navales. Como reflejo de su condición, a pesar de emplear indumentaria de combate similar a la del Ejército, desfilan con sus uniformes negros de la Armada y los soldados rasos son denominados *matros* [marinero]. El grueso de la MP se organiza conforme al modelo del SV. Cada flota cuenta, al menos, con una brigada de tamaño variable: en general, cada una de ellas encuadra de dos a cuatro batallones, más uno de carros de combate, otro de reconocimiento, una compañía de francotiradores y unidades de apoyo, entre las que ahora se incluye una compañía de drones. Muchas de estas brigadas disponen de un batallón de asalto aéreo instruido para realizar inserciones paracaidistas.

Orden de batalla de la Infantería Naval (MP)

Flota del Báltico	336.ª Brigada Independiente de la Guardia	Baltisk
Flota del mar Negro	810.ª Brigada Independiente de la Guardia	Sebastopol
	382.º Batallón Independiente	Temriuk
Flotilla del Caspio	177.º Regimiento	Kaspiisk
Flota del Norte	61.ª Brigada Independiente	Sputnik

Orden de batalla de la Infantería Naval (MP)		
Flota del Pacífico	155.ª Brigada Independiente	Vladivostok
	40.º Regimiento Independiente	Petropávlovsk-Kamchatski

LOS CENTINELAS SUBMARINOS

Dado que la MP forma parte de las fuerzas costeras de la Armada, esta incluye destacamentos antisabotaje muy especializados, unas unidades que reciben el indigesto nombre de OSNB PDSS (*Otriad spetsiálnogo naznachéniya borbi s podvodnimi diversionnimi silami i sredstvami* [Destacamentos de Designación Especial para Combatir Fuerzas y Medios Submarinos Subversivos]). Son los homólogos de los buzos de combate *Spetsnaz* que analizaremos en el capítulo siguiente, esto es, tropas entrenadas para contrarrestar las operaciones enemigas de sabotaje de buques e instalaciones costeras y que se reclutan en su mayoría entre la Infantería Naval, seleccionados en función de la resistencia, estabilidad emocional y la habilidad para nadar y bucear.

Existen 12 compañías de OSNB PDSS de tamaños muy diversos en función de la amenaza potencial de su zona. Es evidente que la Flota del mar Negro, por ejemplo, es susceptible de sufrir intentos de sabotaje ucranianos (u occidentales) contra su base de Sebastopol, de ahí que la 102.ª OSNB PDSS sea la de mayor tamaño: cuenta con dos secciones de nadadores de combate, una sección de buzos (también entrenados para desactivar explosivos) y una sección radioelectrónica (encargada de la detección y perturbación de comunicaciones y señales de detonación del enemigo). En total, son 120 hombres, mientras que las demás compañías pueden ser mucho más reducidas, algunas de tan solo 30 efectivos. Están equipados con armamento ligero convencional y la característica panoplia

rusa de armas submarinas, como la pistola cuádruple de arpones SPP-1 y la DP-64 Nerpriadva, «lanzagranadas antisabotaje», un arma de doble cañón que suele cargarse con un proyectil pirotécnico para mostrar la posición de un enemigo (el proyectil flota hasta la superficie y arde con una llama roja brillante) y un proyectil de alto explosivo para una respuesta más contundente. Como suele decirse, cree el ladrón que todos son de su condición: es muy indicativo que los rusos tomen tantas medidas para combatir el sabotaje, pues esta es una de las especialidades de sus *Spetsnaz*.

CAPÍTULO 24

Los *Spetsnaz*

Las fuerzas especiales de casi todos los países insisten en la preparación física, la determinación y la agresividad[1] y los *Spetsnaz* rusos no son ninguna excepción, a pesar de que no parecen tan dados a los alardes públicos de las VDV, para los que un día no parece completo si no rompen una viga de madera con la cabeza o arrojan una *sapiorka* afilada —la zapa característica de los rusos— mientras saltan por encima de un círculo de fuego. Como me dijo en cierta ocasión un *Spetsnaz* veterano, «la precisión y el silencio siempre son mejores que la fuerza y el coraje». Yo le pregunté si estaba menospreciando el valor y él hizo una pausa y después dijo que los *Spetsnaz* preferían siempre la determinación: «el coraje es estar dispuesto a

caer para conseguir el objetivo; la determinación es encontrar la forma de lograrlo sin morir».

Mucho se ha escrito y se ha dicho acerca de los *Spetsnaz*, aunque es mucho menos lo que realmente se sabe. Hay toda una industria de libros en lengua rusa al respecto, desde memorias a manuales de supervivencia, pero muchas de estas obras se limitan a tratar su historia y algunas otras son pura fantasía; la mayoría no explica quiénes son los *Spetsnaz* y, aún más importante, cuál es su propósito.

La mitología que rodea a los *Spetsnaz* es tan extensa como engañosa. En Occidente, buena parte del mito se remonta a los escritos del desertor soviético Vladímir Rezun, que escribió una serie de supuestas revelaciones con el pseudónimo Víktor Suvórov. Al hablar de los *Spetsnaz*, los presenta como una amenaza implacable y letal contra la OTAN, con numerosos y fascinantes detalles: que ponen a prueba sus cualidades para el combate sin armas empleando criminales convictos a los que han de matar; que disponen de botas con huellas invertidas para que parezca que van en la dirección contraria, o que emplean un cuchillo con un poderoso muelle que proyecta la hoja contra el enemigo. Muchas de estas afirmaciones han sido desmentidas, bien por no ser del todo ciertas (a veces utilizan el NRS-2, «cuchillo balístico», que no lanza una hoja, sino que incorpora una pistola de un solo disparo en la empuñadura), o bien por ser completamente falsas. Aun así, la imagen del implacable *terminator* soviético suscitó un tremendo interés.

GENTE ESPECIAL PARA MISIONES ESPECIALES

La evolución de las fuerzas especiales rusas ha estado determinada por el hincapié que se ha hecho en la guerra de masas y por la primacía de una estrategia generada desde la cúspide del sistema, no por la capacidad individual de los hombres situados en la base. Su nombre es el acrónimo de *Spetsiálnoye naznachéniya*, esto es, «designación especial» o «propósito

especial», lo cual es un detalle muy significativo, puesto que no son «fuerzas especiales» en el sentido occidental del término, donde prima el carácter «especial» de sus miembros, sino que lo que los distingue es la naturaleza de la función que se asigna a estas tropas. Al fin y al cabo, hasta hace poco, muchos, por no decir casi todos, los *Spetsnaz* eran reclutas y, si bien eran «más especiales» que los soldados regulares, e incluso que los paracaidistas y similares, no están en absoluto en la misma categoría que las fuerzas de élite de Occidente con las que se comparan de forma errónea, como el SAS británico y los SEAL y boinas verdes estadounidenses.

Otra fuente de confusión es que muchas otras unidades reciben la denominación, formal o informal, de *Spetsnaz*, desde los comandos antiterroristas del TsSN (*Tsentr spetsiálnogo naznachéniya* [Centro de Designación Especial del FSB]), una verdadera formación de élite, a las unidades, no tan impresionantes, de respuesta rápida de la Agencia Forestal Federal. Entre las más reconocidas figura la unidad Zaslon [pantalla] del Servicio de Inteligencia Exterior, cuya misión principal es la protección de personalidades e instalaciones diplomáticas en entornos de alto riesgo, así como operaciones encubiertas en el extranjero. También encontramos otros contingentes que se solapan de forma mucho más clara con los *Spetsnaz*, como es el caso del 33.er Destacamento de Designación Especial Peresvet, de las Tropas del Interior de la Guardia Nacional, y una serie de unidades del SOBR (*Spétsialni otriad bistrovo reagirovaniya* [Destacamento Especial de Respuesta Rápida]) de índole local, que cumplen misiones de respuesta armada policial, aunque, al igual que las VV, también se desplegaron en Chechenia y Ucrania. Sabemos que los rusos enviaron a Siria efectivos del TsSN del FSB. En febrero de 2020, murieron cuatro hombres a causa de una mina en una emboscada cerca de Latakia —resultaron ser miembros del Departamento S (contraterrorismo) y del Departamento K (operaciones en el norte del Cáucaso)—, que estaban explorando un posible lugar de reunión entre comandantes turcos y sirios. De igual modo, en Siria han servido miembros de la Guardia Nacional y de la unidad Zaslon. En febrero de 2020, el Gobierno ucraniano difundió un vídeo de comandos del TsSN en el Donbás.

La principal función de los *Spetsnaz* son misiones de reconocimiento y sabotaje, exploración del campo de batalla y operaciones tras las líneas enemigas contra las cadenas de mando y las líneas de abastecimiento, sobre todo contra armas tácticas nucleares de la OTAN. Los *Spetsnaz* modernos son, al fin y al cabo, un producto de la Guerra Fría recreado en 1957 en el seno de la GRU: unidades de tamaño batallón capaces de infiltrarse en la retaguardia de la OTAN para localizar y, de ser posible, destruir armas tales como el misil balístico de alcance medio Matador, que podía amenazar objetivos a 1120 kilómetros. Sin embargo, conforme se introducían nuevos sistemas, el abanico de misiones de los *Spetsnaz* aumentó, del mismo modo que lo hacía la distancia a la que debían infiltrarse en Europa. En 1962, los cinco batallones se convirtieron en seis brigadas y, en 1968, empezaron a contar con campos de entrenamiento propios.

A medida que se expandían sus ambiciones imperiales, Moscú empezó a requerir contingentes que pudieran proyectar poder por todo el globo y dar una respuesta quirúrgica a los problemas que surgieran en su «imperio». Los *Spetsnaz* entrenaron a las fuerzas de élite cubanas, protegieron de saboteadores sudafricanos el tráfico marítimo soviético con destino a Angola y desempeñaron una función decisiva al sofocar en 1956 el alzamiento contra el régimen títere húngaro, así como durante la Primavera de Praga de 1968. En 1979 dirigieron el golpe de Estado que derrocó al líder afgano Hafizulá Amín e instauró un nuevo régimen, además de atacar columnas de abastecimiento rebeldes, perseguir misiles tierra-aire Stinger proporcionados por los estadounidenses, proteger las visitas de personalidades y, en ocasiones, combatir como simple infantería. [2] No obstante, el hecho de ser mejores que la mayor parte de las deficientes unidades soviéticas formadas por reclutas no les convertía en auténticas fuerzas especiales. Fue precisamente la necesidad de contar con soldados de élite lo que obligó a los soviéticos a improvisar unidades compuestas por especialistas en sabotaje del KGB (los cuales formaron el Comando Zenit, protagonista de la misión destinada a asesinar a Amín) y, más tarde, otros elementos *ad hoc* integrados por suboficiales profesionales y oficiales de los *Spetsnaz* a los que se pudiera encargar misiones particularmente complejas.

Esto volvió a suceder en la década de 1990, cuando los *Spetsnaz* volvieron a ser, una vez más, malgastados como infantería en Chechenia. Se crearon de forma apresurada destacamentos de soldados profesionales para ciertas misiones concretas. Sin embargo, reclutar y reenganchar buenos soldados era cada vez más difícil. Algunas unidades lograron mantener en cierta medida su antiguo espíritu de cuerpo, pero otros respondieron a los años de sueldos bajos, promesas rotas y corrupción de los mandos con conductas propias de criminales y con indisciplina, como tuvo ocasión de sufrir en su propia persona el periodista Dmitri Jólodov mientras investigaba los rumores de que algunos *Spetsnaz* se dedicaban a trabajar para la mafia (*vid*. Capítulo 3). No obstante, con Putin su recuperación ha sido relativamente rápida y se han beneficiado de forma notable de los esfuerzos para reclutar *kontraktniki*, de modo que, a la altura de 2020, tan solo un 20 por ciento de los *Spetsnaz* eran reclutas. Esta proporción no solo continúa declinando, sino que, además, sus soldados de reemplazo son de lo más selecto, en su mayoría jóvenes atletas y graduados de programas de instrucción militar para escolares (de los cuales la mitad se convierte en profesional al final del servicio militar obligatorio).

LA PUNTA DE LANZA

Los *Spetsnaz* han cubierto tradicionalmente el vacío existente entre las fuerzas regulares de reconocimiento y las unidades y destacamentos de búsqueda de información de los servicios de inteligencia y seguridad. Por otra parte, su función de sabotaje, en un mundo moderno de «medidas activas» y «guerra política», ha adquirido una dimensión mucho más amplia. Ahora son el instrumento político-militar preferido por el Kremlin, que los considera un arma flexible (a veces incluso susceptible de ser negada) que puede emplear por igual para combatir guerrillas en un lugar y para apoyar a la insurgencia en otro; la punta de lanza de sus nuevas aventuras: combatieron en Georgia; en Crimea encabezaron la operación; en el Donbás proporcionaron capacidades especiales decisivas a los

insurgentes; en Siria contribuyeron a que las Fuerzas Aéreas rusas alcanzasen sus objetivos. En el confuso y conflictivo entorno del siglo XXI, un centenar de *Spetsnaz* bien entrenados puede ser más útil y efectivo que una brigada acorazada completa.

Suman unos 17 000 efectivos que cumplen un rol similar, aunque algo más encubierto, que los integrantes de las VDV y de la MP (vale la pena recordar que los paracaidistas cuentan con su propia unidad de *Spetsnaz*, la 45.ª Brigada Independiente de Designación Especial, Orden de Kutúzov, Orden de Alexánder Nevski). No se puede considerar que sea un cuerpo de fuerzas especiales de primera categoría, sino que quizá sería más adecuado definirlo como una infantería ligera de choque, más o menos equivalente al 75.º Regimiento de Rangers estadounidense, la 16.ª Brigada de Asalto Aéreo británica o la Legión Extranjera francesa. Por otra parte, los rusos establecieron en 2012 un nuevo Mando de Fuerzas de Operaciones Especiales (KSSO) que, en este caso, sí es comparable con otros contingentes formados por «los mejores de entre los mejores».

Por esto mismo, los *Spetsnaz* han sido motivo de discordia en las rivalidades interarmas que siempre han caracterizado a los rusos. Después de la Guerra de Georgia de 2008 la posición política de la GRU era débil, pues se le achacaba (de forma bastante injustificada) la deficiente actuación de Rusia, de modo que, en 2011, el Ejército logró hacer una opa hostil. El 24 de octubre del año anterior —el mismo día que los *Spetsnaz* celebraban su 60.º aniversario— el subjefe de Estado Mayor de Reconocimiento de las Fuerzas Terrestres, el coronel Vladímir Mardusin, anunció que los *Spetsnaz* dejaban de formar parte de la reserva estratégica de la GRU (o GU, nombre que tenía en este momento) y quedaban subordinados a los distritos militares, con la idea de que la GU se concentrase en el espionaje y los *Spetsnaz* en las operaciones en el campo de batalla. Los espías, no obstante, no estaban dispuestos a tolerar tal pérdida de categoría. A principios de 2011, el achacoso responsable de la GU fue reemplazado por el teniente general Ígor Sergún, un oficial con mucho más vigor y cualidades políticas, que, de inmediato, empezó a presionar para recuperar el antiguo *statu quo*. Mientras tanto, la GU desencadenó una acción burocrática de retaguardia: de forma nominal transfirió a los *Spetsnaz* al Ejército de Tierra, pero, en la

práctica, demoró aquella transferencia por medio de toda clase de argucias prácticas y de procedimiento. En este sentido, el nombramiento de Shoigú y Guerásimov resultó decisivo, porque ambos consideraban que estas unidades debían formar parte de la reserva estratégica para su uso en operaciones político-militares. En 2013, los *Spetsnaz* volvieron a pertenecer a la GU de forma oficial (si es que alguna vez habían dejado de hacerlo).

LOS *SPETSNAZ* DE PUTIN

Los *Spetsnaz* comprenden siete brigadas regulares de tamaños diversos que, en total, constituyen unas 19 unidades de tipo batallón denominadas OOSN (*Otdelni otriad spetsiálnogo naznachéniya* [Destacamento Independiente de Designación Especial]), cada uno con 500 efectivos. La 22.ª Brigada, más pequeña, cuenta con tan solo dos OOSN, el 173.º y el 411.º, mientras que la 114.ª, más grande —responsable de todo el VVO— despliega cuatro destacamentos completos: 282.º, 294.º, 306.º y 314.º. Cada OOSN se divide en una compañía de mando y Estado Mayor y tres unidades de tipo compañía de unos 140 efectivos, a su vez divididos en cuatro unidades de 14 hombres, un equipo de mando y numerosos elementos de apoyo con personal sanitario y técnico. El Puesto Independiente de Reconocimiento Naval de Designación Especial (OMRPSN), el equivalente a brigadas de la Infantería Naval (MP), requieren un apoyo técnico mayor debido a que emplean todo tipo de medios de despliegue, desde embarcaciones ligeras a trineos submarinos. Se componen de tres compañías algo más grandes (también con cuatro destacamentos de 14 hombres cada uno). La primera está optimizada para misiones en tierra, la segunda para reconocimiento costero y los terceros son los «buzos de combate» para el sabotaje submarino de buques e instalaciones del enemigo.

Estas brigadas dependen de la Quinta Dirección de la GU (reconocimiento operacional), si bien en campaña están subordinadas a los comandantes de campo. Además de todo esto, hay otros tres contingentes de *Spetsnaz*. El primero, la 100.ª Brigada Independiente, que suele servir como

banco de pruebas de nuevas ideas y medios materiales. En 2011-2012 se crearon dos unidades más para desempeñar funciones de seguridad durante los Juegos de Invierno de Sochi, en el sudoeste de Rusia: el 25.º Regimiento Independiente, que recibe adiestramiento y equipo específicos para operar en el turbulento norte del Cáucaso, y la 346.ª Brigada, una verdadera formación de élite de un tamaño más cercano a un OOSN, que acabó constituyendo el elemento operativo principal de un nuevo mando de operaciones especiales.

Spetsnaz	
Mando de Fuerzas de Operaciones Especiales (KSSO)	346.ª Brigada (Kúbinka-2)
***Spetsnaz* del Ejército**	
	2.ª Brigada (Pskov)
	3.ª Brigada de la Guardia (Toliatti)
	10.ª Brigada (Molkino)
	14.ª Brigada (Ussuríisk)
	16.ª Brigada (Moscú)
	22.ª Brigada de la Guardia (Stepnoi)
	24.ª Brigada (Irkutsk)
	100.ª Brigada (Mozdok)
	25.º Regimiento Independiente (Stávropol)
VDV	
	45.ª Brigada Independiente de Designación Especial de la Guardia (Kúbinka-2)

Spetsnaz	
Armada	
	42.º Punto Independiente de Reconocimiento de la Armada (Vladivostok, Flota del Pacífico)
	420.º Punto Independiente de Reconocimiento de la Armada (Severomorsk, Flota del Norte)
	431.er Punto Independiente de Reconocimiento de la Armada (Sebastopol, Flota del mar Negro)
	561.er Punto Independiente de Reconocimiento de la Armada (Kaliningrado, Flota del Báltico)

Los reclutas deben medir un mínimo de 160 cm, pesar alrededor de 75-80 kilogramos y tener buena vista, oído y equilibrio. Unos requisitos que se ponen a prueba en una serie de exigentes acciones que incluyen una marcha forzada de 30 kilómetros con una carga de 30 kilogramos. Los Spetsnaz de la Armada, además, deben reunir unos requisitos adicionales: demostrar que pueden nadar a través de un espacio angosto que simula un tubo lanzatorpedos o probar su temple quitándose la máscara una vez sumergidos para que el casco se les llene de agua y luego volver a ponérsela y extraer el líquido del interior del casco por medio de una válvula especial antes de poder regresar a la superficie. La prueba puede llegar a ser tan estresante que los aspirantes tienen dos oportunidades para superarla.

A pesar de que los *Spetsnaz* no están tan obsesionados por la fortaleza física como las VDV, mantienen en todo caso un intenso programa de preparación, con las habituales marchas con equipo y atalajes al completo y rondas de ejercicios salpimentadas con sesiones regulares de combate cuerpo a cuerpo. También se instruyen en el *Sambo*, un peculiar arte marcial ruso cuyo nombre es el acrónimo de *Samozashchita Bez Oruzhiya* [autodefensa sin armas] que, en su variante militar, se ha convertido en una especie de arte marcial mixta en la que los luchadores emplean las extremidades, pero también armas o cualquier otra cosa que tengan a su

alcance. Por descontado, también se instruyen en el empleo de una amplia gama de armamento, además de familiarizarse con el que utilizan sus enemigos potenciales, tales como la familia de fusiles estadounidense M-16.

Los *Spetsnaz*, además de ser los primeros que reciben nuevas armas y equipos, también se han ganado el privilegio de personalizar los medios y el uniforme, así como de experimentar con nuevas ideas y vehículos. Suelen utilizar los blindados y transportes de infantería estándares del Ejército, si bien cada vez hacen mayor uso del *jeep* UAZ Patriot y otros modelos ligeros, como por ejemplo *buggies* y *quads* que han acogido con entusiasmo. Es más, corre el rumor no confirmado, pero sí persistente, de que están buscando plataformas individuales de combate que, según una fuente, podrían ser una especie de «*segway* todoterreno».

No todos los *Spetsnaz* cuentan con formación paracaidista, aunque alrededor de un tercio de los mismos, una compañía por OOSN, tiene capacidad de inserción desde el aire. Todos reciben capacitación para operar desde helicópteros, que incluye descenso mediante rápel. En cuanto a los *Spetsnaz* navales, se supone que deben ser capaces de acometer las mismas misiones que sus camaradas de tierra, además de observación de bombardeos de artillería naval, exploración y sabotaje de instalaciones costeras enemigas, operaciones de desembarco y minado naval, de ahí que reciban entrenamiento adicional para acciones de ese tipo.

EL MANDO DE OPERACIONES ESPECIALES (KSSO)

La mayor profesionalización de los *Spetsnaz* y las misiones cada vez más especializadas que se les exigía llevaron por fin al establecimiento de un mando de operaciones especiales propiamente dicho, en el marco del programa de «Nueva Imagen» de Serdiukov/Makárov. La GRU contaba desde hacía tiempo con un campo de entrenamiento denominado Senezh (que recibe el nombre de un lago cercano, aunque a menudo se la conoce

también por su código postal militar, V/ch o Unidad 92154) en Solnechnogorsk, al noroeste de Moscú, y en 2009 se decidió que sería la sede de la nueva unidad de fuerzas especiales. Dado que en esta época la agencia había caído en desgracia, el nuevo mando no estaría subordinado a la GRU, sino al Estado Mayor General, de modo que el primer comandante encargado de implantar la unidad fue el general de división Ígor Medóyev, que fue reemplazado poco después por el teniente general Alexánder Miroshnichenko. Resulta revelador que ambos fueran veteranos de la unidad rival, el comando antiterrorista Alfa del FSB.

La idea era que Senezh se convirtiera en la base del nuevo KSSO, que tomaría como base un OOSN externo a la estructura regular de brigadas y dotado de elementos aéreos propios. Sus misiones irían de las operaciones contraterroristas en época de paz —en particular con vistas a los Juegos de Invierno de Sochi de 2014— al sabotaje y la eliminación de altos cargos en caso de conflicto. Cuando Shoigú y Guerásimov asumieron el control de las fuerzas armadas, se temió que el proyecto del KSSO no continuase o que el rol de los veteranos del FSB hiciera que el contingente fuera supeditado a esta última organización. Aunque no tenían de qué preocuparse. En marzo de 2013, Guerásimov dejó entrever en una reunión con agregados militares extranjeros que se aceleraría el proyecto, siguiendo las prácticas de otros países.[3]

A finales de año, ya se había erigido el KSSO, a partir de la 346.ª Brigada, que se había mantenido por debajo de sus efectivos reglamentarios de forma deliberada (en la práctica, solo sumaba un OOSN y medio) para que solo contase con los soldados profesionales más selectos de los *Spetsnaz*. Senezh pasó a ser un centro de mando operacional y el KSSO recibió instalaciones de entrenamiento adicionales en Kúbinka-2, al oeste de Moscú, donde también está acantonada la 45.ª Brigada de las VDV. El KSSO tiene prioridad para solicitar un escuadrón de transportes pesados Il-76, así como un escuadrón mixto de helicópteros de ataque y transporte de la base aérea de Torzhok, muchos de cuyos pilotos son instructores del 344.° Centro de Entrenamiento de Combate de la Aviación de Ejército cuando no participan en misiones para el KSSO.

El primer uso operacional del KSSO tuvo lugar en Crimea y, desde entonces, se le ha visto en el Donbás, en Siria y en Ucrania. Han aumentado sus efectivos, desde los 500 miembros originales a unos 2000 o 2500, una cifra que, no obstante, incluye instructores, personal de apoyo y unos 1000 efectivos de combate reales. La unidad de mando (Unidad 99450) tiene su base en Senezh y hay otros tres destacamentos operacionales (unidades 01355, 43292, 92154) que operan sobre todo desde Kúbinka-2, así como una formación naval con sede en Sebastopol (Unidad 00317) auspiciada por el 561.er Centro de Rescate de Emergencia. Cada uno comprende unos 200 o 300 comandos. El KSSO sigue siendo un recurso estratégico directamente subordinado al Estado Mayor General, no a la GU. Pese a ello, comparte con los *Spetsnaz* regulares su orientación hacia las operaciones en el campo de batalla y las «medidas activas» político-militares. Ciertos miembros del KSSO, por ejemplo, han pasado a la Unidad 29155 de la GU, la formación especializada en la eliminación de altos cargos y actividades subversivas. Esta conexión —similar a las unidades especiales de otras agencias de inteligencia, como el Centro de Designación Especial del FSB y la más pequeña unidad Zaslon [pantalla] del SVR—, pone el acento en su papel como contingente encubierto de subversión y sabotaje. A pesar de que las analogías pueden ser engañosas, esto los haría comparables a la Actividad de Apoyo a la Inteligencia del US Army, el grupo de operaciones especiales de la CIA o el Escuadrón E del Special Air Service británico. Es indudable que el KSSO tiene reservado un papel decisivo en los turbios conflictos en la «zona gris» del futuro.

CAPÍTULO 25

El seguro nuclear

En marzo de 2018, poco antes de presentarse —una vez más— a la reelección, Putin leyó su discurso anual del estado de la nación. El momento preciso de su alocución tal vez explique por qué el presidente concluyó el acto, que suele rematarse con una serie de promesas improbables y una soporífera andanada de hechos y cifras, con una pomposa retahila ultrapatriótica y tecnomilitarista. Mientras mostraba una serie de presentaciones audiovisuales (algunas de dudoso gusto), mencionó seis nuevos sistemas de armas que, a partir de entonces, empezaron a conocerse como los «seis mágicos».[1] Algunos de ellos ya habían superado la fase de diseño, como el Avangard, una cabeza nuclear que puede esquivar los misiles defensivos, «precipitándose sobre su objetivo como un

meteorito, como un bólido de fuego». Estaba el misil hipersónico lanzado desde el aire Kh-47M2 Kinzhal [puñal], con un alcance de 2000 kilómetros, capaz de maniobrar a más de diez veces la velocidad del sonido, y una cabeza nuclear o convencional. También el sistema de láser antimisil y antiaéreo Peresvest montado en un camión o un vagón de tren. Presentó el submarino nuclear no tripulado Poseidon, un dron sumergible armado con una bomba nuclear «sucia» que podría liquidar un grupo de portaaviones o hacer explotar e irradiar un puerto. Mencionó a su vez el misil de crucero de propulsión nuclear Burevestnik [petrel] que puede dar la vuelta al mundo, si bien dejando a su paso una estela de radioactividad, lo que lo convierte, según el propio Putin, en un arma «inmune a todos los sistemas de defensa antimisiles y de aeronaves presentes y futuros», aunque eso mismo garantiza que probablemente nunca llegue a entrar en servicio.

Durante el discurso presentó también el SS-28 Sarmat, un misil balístico intercontinental superpesado conocido por sus siglas en inglés ICBM (Intercontinental Ballistic Missile), armado con Avangard, señuelos y un máximo de 15 ojivas nucleares con capacidad para alcanzar otros tantos objetivos diferentes, que en pocos años estará en fase de realizar vuelos de prueba. Las animaciones que acompañaban a Putin mientras se jactaba de las capacidades del nuevo ICBM mostraban un lanzamiento desde la estepa rusa. Después, los misiles trazaban un arco alrededor del mundo y descargaban una serie de cabezas nucleares contra un territorio muy parecido a Florida. De hecho, parecía que apuntaban a Mar-a-Lago, la mansión residencial del entonces presidente estadounidense Donald Trump.

Puede que fuera una coincidencia, porque, años antes, los rusos ya habían difundido imágenes de un ataque contra Florida, aunque también podía no haberlo sido. El caso es que el vídeo desencadenó una avalancha de comentarios en Occidente, lo cual, en cierto modo, era lo que Putin buscaba con su desafiante escenificación. El arsenal estratégico de Rusia no es solo el garante final de la defensa nacional, sino también un muestrario de los avances tecnológicos e industriales del país. Del mismo modo, su objetivo es garantizar la condición de potencia mundial incuestionable, cuyas prioridades e intereses deben tomarse en serio. «Nadie ha conseguido contener a Rusia», dijo Putin y concluyó que, en el pasado, «nadie quería

hablar con nosotros […] y nadie quería escucharnos, de modo que háganlo ahora».

EL ARMAGEDÓN POSTSOVIÉTICO

Rusia heredó de la URSS una triada nuclear completa, compuesta por misiles lanzados desde tierra, mar y aire. Los soviéticos disponían de un arsenal que, aunque algo anticuado, podía acabar con el planeta: algo más de 40 000 cabezas individuales, desde misiles tácticos al ICBM más reciente, el RT-2PM Topol (SS-25), que puede instalarse en un camión. Antes del fin de la Unión Soviética, la proliferación era un problema grave: los militares llevaban quizá un año trasladando con discreción armas tácticas y ciertos sistemas de mando a territorio ruso y Bielorrusia, Kazajistán y Ucrania, las únicas tres repúblicas en las que quedaban armas nucleares, estaban satisfechas o al menos conformes de que se los llevasen. Después de todo, tener capacidad nuclear operativa es algo extremadamente caro en términos de mantenimiento, seguridad y sistemas de mando y dirección de tiro. Es más, Occidente estaba dispuesto a pagar bien para que se deshicieran de estos dispositivos nucleares errantes.

En julio de 1991, Mijaíl Gorbachov firmó con Estados Unidos el START (Strategic Arms Reduction Treaty [Tratado de Reducción de Armas Estratégicas]), que preveía que ambas partes reducirían sus arsenales de largo alcance a no más de 6000 cabezas nucleares cargadas en un máximo de 1600 bombarderos e ICBM. En mayo de 1992 se añadió una adenda, el llamado Protocolo de Lisboa, por la cual Rusia, Bielorrusia, Kazajistán y Ucrania se comprometían a cumplir los compromisos adquiridos por la URSS. Estos tres países entregaron sus armas atómicas a Rusia, que procedió a retirar del servicio las que excedieran los límites acordados. En Bielorrusia y Ucrania hubo cierta resistencia y hubo quien pidió que se retuviese una mínima capacidad nuclear, pero ninguno de los dos podía permitirse mantenerla y, en todo caso, era Moscú quien seguía disponiendo de los códigos electrónicos necesarios para lanzar o armar las bombas.

A cambio, los dos países aceptaron compensaciones económicas y políticas. En el Memorando de Budapest de 1994, Estados Unidos, el Reino Unido y la Federación Rusa (algo que resulta irónico en vista de los recientes acontecimientos), dieron a Bielorrusia, Kazajistán y Ucrania garantías de integridad territorial y soberanía política. A finales de 1996, todas las armas nucleares soviéticas estaban en manos de los rusos.

Durante los años noventa del siglo XX, Estados Unidos y Rusia (gracias, en gran medida, al dinero y los expertos estadounidenses) lograron retirar del servicio las que excedían los límites planteados en el START y ese escenario de pesadilla de «armas nucleares perdidas» y de fuga de conocimientos técnicos atómicos nunca se hizo realidad (*vid*. Capítulo 3), por más que proporcionara valiosos argumentos para el cine y la literatura de acción. START expiró en diciembre de 2009, si bien Rusia y Estados Unidos acordaron seguir respetando sus términos hasta que se concluyera un nuevo tratado. Uno de los puntos más espinosos era la pretensión estadounidense de emplazar sistemas antimisiles en Europa central, ante la posibilidad (no muy creíble) de ataques de misiles iraníes, no rusos. El presidente Medvédev amenazó, en una jugada muy recurrente, con desplegar misiles tácticos Iskander —que pueden alojar ojivas atómicas o convencionales— en el enclave de Kaliningrado, pero, a pesar de todo, las negociaciones dieron lugar a un nuevo tratado, que recibió el imaginativo nombre de Nuevo START. El acuerdo reducía el techo del despliegue de cabezas nucleares estratégicas a 1550 (aunque, en la práctica, puede superarse en varios centenares, pues solo se cuenta una cabeza nuclear por bombardero, cuando en realidad cada uno puede transportar varias). Es más, limita la cifra total de bombarderos estratégicos y lanzadores marítimos y terrestres a 800. El acuerdo, firmado en Praga en 2010, entró en vigor en 2011 y se ha prorrogado en 2021 (incluso en una etapa de tensión política máxima, ni Moscú ni Washington quieren tentar al destino) hasta el año 2026. No obstante, ya en 2009, los rusos dejaron claro que, a pesar de que dispongan de menos armas atómicas, están dispuestos a invertir lo necesario para asegurarse de que sean las mejores.

FERROCARRILES, CARRETERAS Y SILOS

Los misiles lanzados desde tierra suelen ser grandes, pero son intrínsecamente vulnerables en comparación con los submarinos que operan desde las profundidades del mar y los bombarderos que lo hacen desde las alturas. Es por esto que Rusia dispone de una gama de plataformas diferentes: emplaza misiles en silos acorazados, pero también en transportes pesados que pueden desplazarse por carretera a nuevos puntos de lanzamiento. En el pasado contaban también con ICBM montados en vagones especiales de tren, pero se retiraron del servicio conforme a las provisiones del tratado START II de reducción de armas nucleares firmado en 1993 entre Rusia y Estados Unidos. No obstante, en la actualidad, su relevo, el BzhRK Barguzin está en fase de diseño. Todos estos misiles son responsabilidad de las Fuerzas de Misiles Estratégicos (RVSN), un arma independiente de unos 60 000 efectivos, subordinada al Estado Mayor General, y que, desde su centro de mando situado en un profundo búnker en la ciudad militar cerrada de Vlasija, al noroeste de Moscú, controla una cantidad estimada de 320 misiles que pueden lanzar un máximo de 1181 cabezas.

Fuerzas de Misiles Estratégicos (RVSN)

Puesto de mando central RVSN. Unidad 95501 (Vlasija)

27.º Ejército de Misiles de la Guardia (Vladímir)

7.ª División de Misiles de la Guardia (Ozerni)

14.ª División de Misiles (Yoshkar-Olá)

28.ª División de Misiles de la Guardia (Kozelsk)

54.ª División de Misiles de la Guardia (Krasni Sosenki)

Fuerzas de Misiles Estratégicos (RVSN)

60.ª División de Misiles (Svetli)

31.er Ejército de Misiles (Oremburgo)

8.ª División de Misiles (Pervomaisk)

13.ª División de Misiles (Yasni)

42.ª División de Misiles (Svobodni)

33.er Ejército de Misiles de la Guardia (Omsk)

29.ª División de Misiles de la Guardia (Irkutsk)

35.ª División de Misiles (Sibirski)

39.ª División de Misiles de la Guardia (Gvardeiski)

62.ª División de Misiles (Solnechni)

Cosmódromos y campos de pruebas de misiles

Kapustin-Yar

Sary Shagan (Kazajistán)

Cosmódromo de Yasni

El grueso de estos misiles corresponde a ICBM pesados del tipo RS-24 Yars (SS-27 Mod 2), equipados con un máximo de cuatro ojivas separadas con vehículos de reentrada de objetivos múltiples e independientes, conocidos por sus siglas en inglés MIRV (Multiple Independently Targetable re-entry vehicle) de 500 o 150 kilotones de potencia cada uno. Los rusos disponen de 149 de este tipo: 14 en silos en Kozelsk, en la Rusia europea centrooccidental, y 135 móviles. También cuentan con 60 RT-2PM2 Topol-M (SS-27) en silos y 18 móviles por carretera, de bastante precisión y una sola cabeza nuclear de 800 kilotones, 45 misiles del modelo

RT-2PM Topol, más antiguo, y los últimos 46 R-36M (SS-18) con un máximo de 10 MIRV, si bien está previsto que sean reemplazados por el Nuevo SARMAT. Algunos informes indican que las RVSN todavía disponen de 2 RS-18A (SS-19) en la 13.ª División de Misiles, aunque lo más probable es que solo se utilicen como banco de pruebas del Avangard.

Conforme a lo estipulado en el Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (INF) de 1987, Rusia ya no dispone de misiles balísticos terrestres de alcance intermedio (IRBM), esto es, dispositivos de un alcance de entre 3000-5500 kilómetros, ni de medio (MRBM, Medium Range Ballistic Missile) con un radio de acción de entre 1000-3000 kilómetros. En 2018-2019, Estados Unidos se retiró del tratado alegando que Rusia había ensayado con misiles que violaban los términos del acuerdo. Moscú negó este extremo y respondió que la decisión de Washington de desplegar sistemas de defensa de misiles en Europa constituía, en sí misma, una ruptura del tratado. De un modo u otro, en la actualidad, Rusia no despliega ningún misil terrestre de esas características, pero, como veremos más adelante, podría hacerlo en un futuro y no contra su adversario tradicional, la OTAN, sino contra un potencial enemigo que se cierne en el horizonte: China.

Todos estos sistemas están protegidos por medio de tropas especializadas de la 12.ª Dirección Principal del Ministerio de Defensa (12 GU MO), una organización de élite bastante hermética que controla no solo las unidades de protección de las bases nucleares de las RVSN, sino también los grupos tácticos especiales responsables del traslado de cabezas nucleares por el país y de proteger los misiles que operan por carretera. Estos efectivos carecen de insignias propias (suelen llevar distintivos de artillería) y tienen orden de no decirle a nadie, ni siquiera a la familia, a qué se dedican. Disponen de transportes especiales para su misión, como el vehículo de combate antisabotaje Taifun-M, provisto de un preciso equipo electroóptico, un dispositivo de escucha que permite a un operador bien entrenado distinguir los pasos de una persona de los de un animal e incluso de un pequeño dron Eleron-3SV.

BAJO LAS OLAS

Por el contrario, la fuerza nuclear submarina de Rusia pertenece a la Armada, si bien tiene estructuras propias de mando y comunicaciones y unos criterios de reclutamiento estrictos. Además de por tradición, esto se debe a la necesidad de proteger a las naves lanzamisiles de buques de superficie y submarinos de ataque, para evitar que sean localizadas y hundidas antes de lanzar sus misiles. Por tanto, deben trabajar en estrecha colaboración con su flota respectiva. Al fin y al cabo, la ventaja decisiva de la flota submarina estratégica es la represalia. Es una fuerza disuasoria: un enemigo puede confiar en destruir los misiles desplegados en tierra, incluso la flota de bombarderos, pero es improbable que pueda destruir todos los submarinos ocultos bajo los océanos o la banquisa ártica, que tienen la capacidad de desencadenar un contragolpe devastador.

En la actualidad, los rusos tienen 11 submarinos lanzamisiles de propulsión nuclear, 7 en la Flota del Norte y 4 en el Pacífico, que pueden transportar un total de 144 misiles armados con un total teórico de 656 cabezas —menos, en la práctica, en cumplimiento de los límites del Nuevo START-. La Flota del Norte dispone en sus refugios protegidos de Gadzhíyevo, en la península de Kola, de 6 naves clase Delfin (Delta IV), —aunque uno de estos, el Yekaterinburg, será retirado en 2022— y 2 submarinos de la nueva clase Boréi. La clase Delfin es un diseño robusto que cuenta con misiles R-29RMU2.1 Lainer (versiones modernizadas del SS-N-23A), con un máximo de 4 cabezas de 500 kilotones o 12 de 100 kilotones. El nuevo Boréi, pese a ser más grande y más rápido, es un submarino más furtivo. Puede portar 16 misiles RSM-56 Bulavá [maza], cada uno de ellos con entre 6 y 10 MIRV de 100-150 kilotones. Su desarrollo fue un proceso lento y en ocasiones problemático con notables problemas que resultaron embarazosos, como el test fallido que provocó la «espiral anómala de Noruega», un haz de luz azul rematado por una espiral gris que pudo verse desde el norte de Noruega y Suecia. La 25.ª División de Submarinos de la Flota del Pacífico, con base en la bahía de Krasheninnikov, alberga un único submarino clase Kalmar (Delta III) de la

década de 1980, con 16 misiles R-29R (SS-N-18), y 3 naves de la clase Boréi.

AVIACIÓN DE LARGO ALCANCE (DA)

La Aviación de Largo Alcance (DA) es una variación del mismo tema; en este caso, un mando separado que forma parte de las Fuerzas Aeroespaciales. Despliega quizá unos 66 bombarderos estratégicos en condiciones de vuelo, si bien muchos de los Tu-95MS más antiguos es probable que se encuentren al final de su vida operativa, sobre todo, si se tiene en cuenta el hábito, adquirido recientemente, de Moscú de provocar a la OTAN al enviarlos a merodear cerca del espacio aéreo europeo (y, en ocasiones, a entrar por un breve lapso), lo que obliga al protocolario despegue de cazas para escoltarlos fuera del espacio aéreo —un juego bastante innecesario y costoso por ambas partes, porque no es cuestión de que los bombarderos vayan a aprovechar para empezar una guerra si no se les intercepta—.

La DA tiene desplegadas dos divisiones operacionales y varias unidades de apoyo con escuadrones de aparatos cisterna y regimientos de aviación mixta cuya misión principal es transportar personal y recambios entre bases. En conjunto cuenta con 16 bombarderos supersónicos Tu-160 Blackjack (7 de la configuración Tu-160M, más reciente) y 48 turbohélices Tu-95MS (Bear-H).

Además, dispone de 52 Tu-22M3 (Backfire-C), que son, en esencia, bombarderos de ataque capaces de portar armas nucleares tácticas. Por lo general, están equipados con bombas o misiles convencionales, de ahí que no se les considere fuerzas estratégicas.

Aviación de Largo Alcance (DA)

Aviación de Largo Alcance (DA)

Mando de la Aviación de Largo Alcance (Unidad 44402) (Moscú)

63.er Centro de Comunicación Independiente Mitavsky (Smolensk)

22.ª División de Bombarderos Pesados de la Guardia (Engels)

21.er Regimiento de Bombarderos Pesados de la Guardia (Engels): 7 Tu-160M, 9 Tu-160

184.º Regimiento de Bombarderos Pesados de la Guardia (Engels): 18 Tu-95MS

52.º Regimiento de Bombarderos Pesados de la Guardia (Shaikovka): 23 Tu-22M3

203.er Regimiento Independiente de Aviones Cisterna de la Guardia (Riazán): 12 Il-78M, 6 Il-78

40.º Regimiento Mixto de Aviación (Visoki): 2 An-12, 3 Mi-26, 8 Mi-8MT

326.ª División de Bombarderos Pesados (Ukrainka)

79.º Regimiento de Bombarderos Pesados de la Guardia (Ukrainka): 14 Tu-95MS

182.º Regimiento de Bombarderos Pesados de la Guardia (Ukrainka): 16 Tu-95MS

200.º Regimiento de Bombarderos Pesados de la Guardia (Sredni): 15 Tu-22M3

444.º Regimiento de Bombarderos Pesados de la Guardia (Sredni): 14 Tu-22M3

181.er Regimiento Mixto de Aviación (Sredni): 2 An-12, 3 An-30, 2 An-26

43.er Centro de Aplicación de Combate y Recapacitación de Personal de Vuelo de la Aviación de Largo Alcance de la Guardia (Riazán)

49.º Regimiento de Instrucción de Bombarderos Pesados (Riazán): 6 Tu-95MS, 6 Tu-22M3, 1 Il-78, 1 Tu-134AK, 2 Mi-8MT

27.º Regimiento Mixto de Aviación (Támbov): 2 An-12, 8 An-26, 10 Tu-134UBL

El gigantesco Tu-95MS es una mole cuya envergadura casi equivale a cuatro autobuses londinenses, de dos pisos, solo superado por el poderoso B-52 Stratofortress. Aunque todavía se fabricaba en 1991, es un diseño que se remonta a principios de la década de 1950, famoso por el zumbido ensordecedor que generan las puntas de sus cuatro turbohélices dobles contrarrotatorias al romper la barrera del sonido. Sin embargo, su edad no importa tanto, porque, en esencia, se trata de una plataforma de misiles de crucero de largo alcance capaz de transportar 6 Kh-55, Kh-101 o Kh-102 en un lanzador de tambor interno (algunos pueden llevar hasta diez más debajo de las alas, si bien a costa de una pérdida importante de alcance y velocidad). El Kh-101 y el Kh-102 son versiones furtivas y modernizadas del Kh-55, el primero con una cabeza convencional y el segundo con una ojiva nuclear y un alcance de 4500 kilómetros. Dado que el Tu-95MS tiene una autonomía de vuelo de combate de 7500 kilómetros, si no se le intercepta, un avión del 184.º Regimiento de Bombarderos Pesados con base en Engel, Rusia meridional, puede alcanzar sin dificultades la capital de Estados Unidos.

El elegante, y también gigantesco, Tu-160 es un reactor supersónico de geometría variable, aunque, en este caso, más grande que su homólogo estadounidense, el B-1B, con capacidad para transportar 12 misiles de crucero Kh-55, Kh-101 o Kh-102 en dos tambores internos. A pesar de que entró en servicio en 1987, no combatió por primera vez hasta la campaña de Siria, para dirigir misiles Kh-555 y Kh-101 de carga convencional contra objetivos del Estado Islámico. En la actualidad los rusos están volviendo a fabricar una versión modernizada de este aparato.

LAS FUERZAS ESPACIALES (KV)

Disponer de una capacidad nuclear ofensiva de alcance global no solo requiere armas y plataformas, sino que son necesarias, además, cadenas de

mando, control y comunicaciones con las que guiarlas y dirigirlas. Del mismo modo que detectar y (con suerte) abortar los ataques del enemigo exige de una extensa infraestructura. En este caso, esta tarea recae, en buena medida, en las KV (*Kosmicheskiye voiská* [Fuerzas Espaciales]) que, desde 2015, suponen una nueva sección de las Fuerzas Aeroespaciales. Las KV son responsables de efectuar los lanzamientos espaciales militares, manejar la constelación de satélites militares con los que cuenta Rusia y detectar amenazas espaciales, desde misiles balísticos a detritos que podrían dañar a algún satélite.

Su principal elemento operacional es el 15.° Ejército Aeroespacial de Designación Especial, con cuartel general en la localidad militar cerrada de Krasnoznamensk, al sudoeste de Moscú. Una ciudad secreta —el término técnico es ZATO (*Zakritiye administrativno-territorialnoye obrazovaniye* [Entidad Administrativa-Territorial Cerrada])— es una reliquia de los tiempos soviéticos destinada a albergar bases militares de especial importancia, industrias de defensa, centros de investigación y similares. En el pasado, la mayoría ni siquiera aparecía en los mapas oficiales, ni tenía nombres propios, sino que se les conocía por el nombre del centro más cercano, aunque las 38 que persisten hoy tienen nombre y son de conocimiento público. Por ejemplo, Oziorsk, ciudad en la que la planta química Mayak produce plutonio, se denominaba Cheliábinsk-40 y Snézhinsk, sede del Instituto Panrruso de Investigación Científica de Física Técnica Zababajin (VNIITF, *Vserossiyskiy nauchno-issledovatel'skiy institut tekhnicheskoy fiziki*), donde se diseñan armas atómicas, era antes Cheliábinsk-70. Del mismo modo, el cuartel general de las RVSN en Vlasija y las bases de la mayoría de sus divisiones están en este tipo de poblaciones ZATO. Algunas, como es el caso de Krasnoznamensk, están cercadas y protegidas y solo se puede acceder con un pase especial, pero, incluso en las más accesibles, la policía suele detener y pedir documentación a todo aquel que no parezca del lugar.

El 15.° Ejército dirige el Centro Principal de Pruebas G. S. Títov que, a pesar del nombre, también controla naves espaciales no tripuladas; el 820.° Centro Principal de Alerta de Ataques de Misiles, que monitoriza a todas horas los datos procedentes de diez radares de alerta temprana con base en

tierra, así como satélites que vigilan posibles puntos de lanzamiento; y el 821.er Centro Principal de Reconocimiento de la Situación Espacial, que sigue y vigila el espacio orbital. Las KV tienen un puerto espacial propio, el cosmódromo de Plesetsk, en la región septentrional de Arcángel, y, en órbita, Rusia dispone de una amplia gama de satélites: plataformas de alerta temprana, comunicaciones y espionaje óptico y electrónico, así como la constelación de apoyo del GLONASS, el equivalente ruso del sistema de navegación GPS. Por todo ello, las KV resultan determinantes no solo para las capacidades ofensivas nucleares de Rusia, sino también para su limitado sistema de misiles antibalísticos.

MODERNIZACIÓN Y MAGIA

Como puso de manifiesto en su discurso de 2018, Putin está orgulloso de convertir al país en una potencia puntera en tecnología militar, aunque algunos de sus proyectos no parecen demasiado realizables. Se ha hablado mucho, por ejemplo, del sistema láser Peresvet —se ha informado de ensayos sobre el terreno en Siria—, pero la ausencia de vídeos acerca del experimento resulta sospechosa. El experto en defensa Ígor Korotchenko observó con sarcasmo que esta tecnología podría funcionar bien contra drones, pero solo «cuando no hubiera niebla, ni tormentas de arena, ni lluvia, esto es, en condiciones ideales».[2] Esto encaja, quizá, con el hecho de que se llame así, Peresvet, elegido por votación popular, que hace referencia a un monje guerrero medieval, que se batió en duelo personal en la decisiva batalla de Kulíkovo contra los tártaro-mongoles… un personaje que es bastante probable que nunca existiera. Hay también mucha mitología moderna.

No obstante, una enorme modernización, menos impredecible y, sin duda, mucho más importante, está en proceso. Pável Baev, del Instituto de Investigación para la Paz (*Institutt for fredsforskning*) de Oslo, lo concibe como un proceso «impulsado por la interacción entre los rasgos burocráticos y de exhibición armamentística de la cultura

estratégico-militar». En otras palabras, significa que el gasto viene condicionado tanto por el interés de cada departamento como por el afán de teatralización del propio Kremlin. Sin embargo, estos costes han acabado influyendo sobre el pensamiento estratégico real.[3] Por decirlo sin tapujos, los generales se dieron cuenta de que si de todos modos se iba a dedicar una parte tan grande del presupuesto de defensa a las fuerzas nucleares, no debían malgastarlo, de modo que idearon formas de emplear estas nuevas armas (aunque la fijación de Putin con sus seis «armas mágicas» provocó una notable distorsión de los planes originales del Programa Estatal de Armamento de 2027).

Así pues, el programa del submarino de clase Boréi continúa, con el objetivo de producir 14 naves que reemplacen a los Delfin y al último Kalmar. La obsesión por penetrar unas defensas antimisiles estadounidenses que, en realidad, no existen, podría deberse a un intento de anotarse puntos políticos de una forma sencilla, aunque es cierto que el misil Sarmat cubre una necesidad. En lo que respecta al dron submarino Poseidon, es, en esencia, otra arma apocalíptica: además de proporcionar una capacidad determinada, también aporta cierto grado de teatralidad.

POR QUÉ LAS ARMAS NUCLEARES SON TAN IMPORTANTES

Lo que hemos comentado puede ser parte de la explicación del motivo por el que Putin hace tanto hincapié en las fuerzas estratégicas. El arma nuclear, no cabe duda, tiene una función práctica: el de ser el garante final de la seguridad nacional, así como la protección contra un chantaje nuclear. En cierta ocasión mantuve una larga conversación con un experto ruso en defensa que tenía unas opiniones bastante nacionalistas. Para mi sorpresa, sostenía que un país sin capacidades nucleares adecuadas podía ser obligado, bajo amenaza de aniquilación de una de sus ciudades, a desmilitarizarse e incluso a ceder parte de su territorio, con independencia de la fortaleza de sus fuerzas convencionales. Esto me pareció una situación

QUINTA PARTE

El futuro

CAPÍTULO 26

GUERRA POLÍTICA

Tenga cuidado con las frases ingeniosas, porque pueden volverse en su contra. En 2013, el general Guerásimov impartió una conferencia en un seminario militar que luego se publicó en un medio muy especializado, el *Voyenno-Promishlenni Kurier* [Correo Industrial-Militar].[1] No era gran cosa: cada año, el jefe del Estado Mayor General pronuncia un discurso en esas conferencias, que lo más probable es que se lo redacte alguien de su oficina. Sin embargo, en este caso, hizo algunas observaciones interesantes, por lo que publiqué la traducción de Robert Coulson, de Radio Free Europe/Radio Liberty en mi blog, *In Moscow's Shadows* [A la sombra de Moscú], junto con mis reflexiones y notas, y, para

darle un poco más de interés, lo titulé, medio en broma, «La "Doctrina Guerásimov" y la guerra no lineal rusa».[2]

Grave error. Acababa de despertar a un monstruo. A pesar de que especifiqué en el texto que ni era una doctrina ni se trataba necesariamente del pensamiento de Guerásimov, el título, con el guiño deliberado a los taquillazos y los gruesos novelones de aeropuerto, adquirió vida propia, se citó en todas partes e incluso llegó a los discursos políticos y a los manuales militares en Occidente. El problema era que estábamos en la época de la anexión de Crimea y el conflicto del Donbás, con lo que la gente estaba predispuesta a creer que Rusia tenía un «nuevo modo de hacer la guerra» magistral. La verdadera ironía de todo esto estriba en que Guerásimov hablaba precisamente de lo que él consideraba el «nuevo modo» occidental, en el cual «los conflictos no se declaran y han empezado a seguir un patrón inusual» que comienza con «medios militares de carácter encubierto, como ataques informáticos y operaciones de fuerzas especiales». De este modo, «un Estado floreciente puede convertirse, en cuestión de meses e incluso de días, en el escenario de un feroz conflicto armado, víctima de una intervención extranjera, y hundirse en una espiral de caos, catástrofe humanitaria y guerra civil». En Occidente se interpretó que este era el plan de Rusia para el Donbás, aunque, en realidad, Guerásimov se refería a las revueltas de la primavera árabe, la Guerra Civil siria e incluso las «revoluciones de colores» de otros Estados postsoviéticos, que consideraba que habían sido instigadas por Occidente.[3]

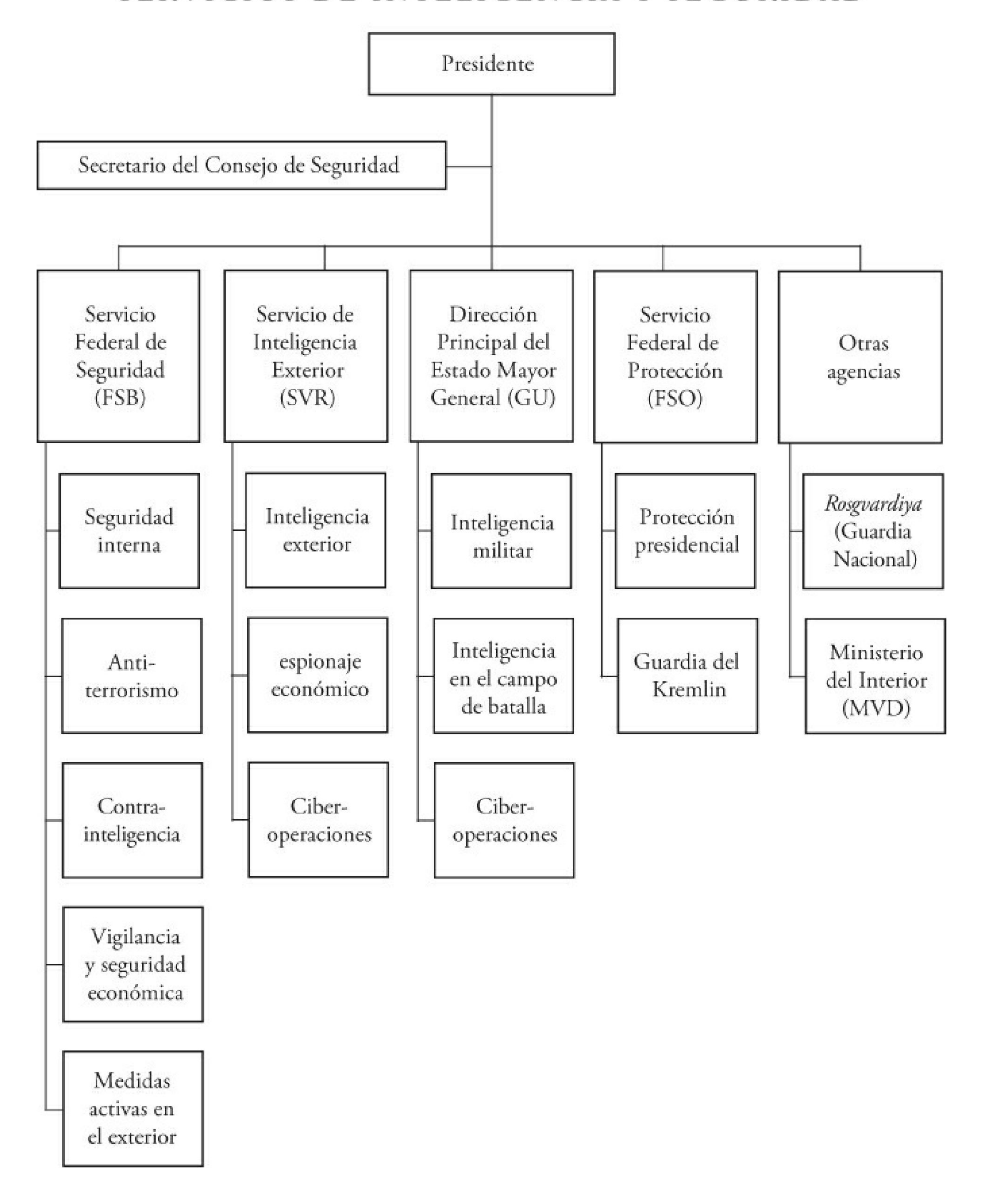
EL ASCENSO DE LOS ESPÍAS

La guerra se ha ido transformando: las nuevas tecnologías han ofrecido mayores oportunidades para operaciones relacionadas con la información, la interdependencia comercial ha aumentado la importancia de las sanciones y el precio del conflicto, en términos de riesgo económico y político, se ha disparado. Aunque el Kremlin sigue convencido de que sus aliados y satélites caen por culpa de la CIA (del mismo modo que siguen pensando

que Gran Bretaña desempeña un cierto papel sutil y siniestro), una idea casi tan ilusoria como la «doctrina Guerásimov», este nuevo contexto es innegable. Por otra parte, dado que Rusia es una potencia más débil que Estados Unidos (y aún más en comparación con el conjunto de Occidente) esta tiene más motivos para optar por una «guerrilla geopolítica» y usar medios no convencionales para llevar el conflicto a dominios en los que considera que tiene diversas ventajas.

El aumento del interés en el empleo de medios no militares, tales como la subversión y la desinformación, como complemento de las operaciones de combate real refleja el poder creciente de los servicios de inteligencia y de seguridad rusos. Vladímir Putin era, como es bien sabido, un oficial del KGB y dirigió por breve tiempo el Servicio Federal de Seguridad, el FSB, entre 1998 y 1999. Muchos de sus aliados y asesores más estrechos proceden de este tipo de agencias. El cargo más próximo que existe en el sistema ruso a un consejero nacional de seguridad es el secretario del Consejo de Seguridad, un puesto que, desde 2008, ha ocupado Nikolái Pátrushev, un oficial de carrera del KGB que sucedió a Putin en la dirección del FSB y del que se tiene constancia de que ha llegado a afirmar que a Estados Unidos «le encantaría que Rusia no existiera como país».[4] Además de abogar por una línea de confrontación con Occidente, Pátrushev se asegura de que buena parte de la visión que se forma Putin acerca del exterior provenga de las agencias de inteligencia.

SERVICIOS DE INTELIGENCIA Y SEGURIDAD



A fin de cuentas, lo primero que hace Putin al comenzar la jornada es recibir tres informes: uno, del Servicio de Inteligencia Exterior (SVR), en relación con sucesos en el extranjero; otro acerca de la situación nacional, que se lo proporciona el FSB; y el tercero, recabado por el FSO (*Federálnaya Sluzhba Ojrani* [Servicio Federal de Protección]), le pone al día en torno a lo que sucede dentro de su propia élite. He escuchado a más de un diplomático ruso quejarse de que Putin da más valor a las evaluaciones de sus espías que a las de su propio ministro de Exteriores. Las agencias de seguridad tienen un acceso casi sin precedentes al Cuerpo, nombre por el que conoce a Putin su propio gabinete. Los directores del SVR y del FSB tienen reuniones semanales individuales (Shoigú se encarga de hacerle llegar los informes del jefe de la GU) y es sabido que el Secretariado del Consejo de Seguridad —que suele gestionar el flujo de reportes y papeles relacionados con la seguridad que llegan a la mesa de Putin— da prioridad a los documentos generados por las agencias.

Los presupuestos de estas instituciones están más garantizados aún que el del Ministerio de Defensa y, conforme aumenta la confrontación con Occidente, su papel es cada vez más capital en los planteamientos y en la política del Kremlin. Al fin y al cabo, al contrario que sus equivalentes occidentales, su función nunca se ha limitado a recabar datos que pudieran utilizarse, sino que, por el contrario, son agencias propias de tiempos de guerra, que no solo deben reunir información, sino también extraer sus propias conclusiones, influir en la política gubernamental y ejecutar acciones directas. El SVR, por ejemplo, un servicio centrado en la obtención de inteligencia de fuentes humanas[*] que dispone de una capacidad de ciberespionaje que va en aumento, se compara a menudo con la CIA o el SIS (MI6), pero es mucho más adecuado hacerlo con aquellas organizaciones que actuaban durante la Segunda Guerra Mundial, como la OSS (Office of Strategic Services [Oficina de Servicios Estratégicos]) estadounidense y el SOE (Special Operations Executive [Ejecutivo de Operaciones Especiales]) británico, establecido en 1940 con el objetivo específico de «incendiar Europa».

Muy pocas formaciones demuestran mejor la mentalidad bélica de las agencias de inteligencia rusas que la Unidad 29155 de la GU. Desde la

creación, en 1918, de la *Registrupr*, la inteligencia militar rusa siempre ha tenido una unidad encargada de eliminar altos cargos y de hacer sabotajes, lo que se conoce como «trabajo húmedo» (porque es sangriento). La Unidad 29155, creada en torno a 2009-2010, ha participado en una serie de operaciones. En 2014, sus miembros colocaron explosivos en el depósito de armas de Vrbětice, en la República Checa, en un cargamento de armas con destino a Ucrania y en 2015, trataron de envenenar al intermediario búlgaro responsable de la venta. Se cree que participaron en el intento de golpe de Estado de Montenegro en 2016, así como en el asesinato frustrado del oficial de la GRU reclutado por el MI6, Serguéi Skripal, al que intentaron liquidar en 2018 con gas nervioso Novichok en Salisbury, Reino Unido. Se estima que la unidad dispone de unos 20 miembros implicados en misiones en el extranjero y la mayoría procede de los *Spetsnaz*. También cuentan con unos 200 efectivos de apoyo, si bien puede solicitar la asistencia de otros departamentos de la GU. Tiene su base en el 161.er Centro de Entrenamiento para Propósitos Especiales, al este de Moscú. La tendencia maniquea a la hora de valorar a los elementos de la Unidad 29155 hace que se les presente bien como superespías rusos, bien como unos incompetentes criminales, dado que muchas de sus operaciones han provocado la muerte de víctimas inocentes y han dejado ver la mano de Rusia, aunque lo cierto es que no son ni una cosa ni otra. Su relativa notoriedad es fruto tanto de la naturaleza agresiva de su misión como de la propia cultura interna de la GU , donde la mala publicidad y la exposición son menos importantes que alcanzar el objetivo: un éxito parcial es mejor que nada.

HÍBRIDA, AMBIGUA, NO LINEAL, POLÍTICA

Las agencias de inteligencia, poderosas, beligerantes y con una querencia como institución hacia las operaciones encubiertas y políticas, han contribuido a definir la noción rusa de la guerra moderna y, para definirla, se han utilizado etiquetas de todo tipo, aunque ninguna acierta del todo. «Guerra híbrida», porque combina medios militares y no militares, pero, en

realidad, ¿qué guerra no lo hace? «Guerra ambigua», por el uso de tácticas encubiertas y el hábito de mantenerse en el límite difuso entre la guerra y la no guerra (un ciberataque cuya fuente última no puede ser demostrada al cien por cien, ¿es un acto de guerra?), aunque, en general, los rusos son cualquier cosa menos ambiguos. «Guerra no lineal», porque tiende a utilizar medios y objetivos asimétricos, a pesar de que, también en esto, pueden llegar a ser muy lineales.

En parte, este problema se debe a que, en realidad, en Moscú operan dos corrientes. Para los militares, las nuevas formas de guerra «no cinética» —subvertir la moral, la cadena de mando, la cohesión y la efectividad del enemigo— no son más que factores multiplicadores de fuerza que se aplican, sobre todo, antes de que empiecen los tiros, lo que en Occidente se suele denominar «conformar las operaciones», esto es, establecer las condiciones necesarias para que una acción militar tenga éxito. Por su parte, el conglomerado de seguridad nacional civil, de Pátrushev para abajo, ve en estas operaciones algo más que un simple preludio de la contienda; una alternativa viable, una forma de imponer la voluntad de Rusia sin recurrir al combate, que resulta arriesgado y costoso. En todo caso, esta idea parece más próxima a lo que el veterano académico y diplomático estadounidense George Kennan definió en 1948 como «guerra política»:

> […] la aplicación lógica de la doctrina de Clausewitz en tiempo de paz. En su definición más amplia, la guerra política es el empleo de todos los medios a disposición de una nación, excepto la guerra, para lograr sus objetivos políticos. Tales operaciones son tanto manifiestas como encubiertas, desde acciones abiertas, tales como alianzas políticas, medidas económicas […] y propaganda «blanca» a operaciones clandestinas de apoyo a elementos extranjeros «afines», guerra psicológica «negra» e incluso el fomento de la resistencia clandestina en Estados hostiles.**[5]**

Como insistiremos en el capítulo siguiente, mientras que los espías practican la guerra política, los soldados de Rusia se adiestran, se dotan de medios, se preparan y planifican ante todo para conflictos militares

convencionales, desde intervenciones localizadas a una guerra a gran escala contra un adversario de similares características. Los servicios de inteligencia y una amplia gama de otros instrumentos de guerra política, como los medios de comunicación estatales en idiomas extranjeros o los operativos políticos encubiertos, continuarán librando una campaña subversiva, pero eso es materia para otro libro.[6] Por otra parte, esto no quiere decir que sean muy conscientes de la utilidad de emplear medios no cinéticos en conflicto y, dada la ventaja tecnológica que Occidente continúa teniendo en la mayoría de sectores, del valor de hallar contramedidas contra estas capacidades.

COMBATIENTES SUBCONTRATADOS

Las agencias de inteligencia utilizan todo tipo de elementos subcontratados, que van desde mafias coaccionadas o contratadas para extorsionar o ejecutar asesinatos (el hombre que en 2019 mató a tiros al combatiente georgiano-checheno Zelimján Jangoshvili en pleno Berlín, por ejemplo, era un asesino a sueldo reclutado por el FSB) a empresarios que apoyan a políticos extranjeros favorables al Kremlin. A veces, la subversión puede lograr lo que el poder militar no consigue y existe un ejemplo concreto de esta fusión del negocio, la guerra y la geopolítica: el uso cada vez más frecuente por parte del Kremlin de mercenarios —o, más bien, una extraña combinación, muy a la rusa, de soldados de fortuna y combatientes no reconocidos—.

El ejemplo más (tristemente) célebre es Wagner, una unidad que empezó en el Donbás, sirvió en Siria y, desde entonces, ha aparecido en una larga serie de conflictos, sobre todo en África. Su mayor virtud, en lo que concierne al Kremlin, es que se puede negar toda relación, no tanto ante Occidente (si bien les mantienen en la incertidumbre con respecto al nivel de implicación o interés por parte de Rusia en un conflicto determinado), sino de cara a su propia población. Con la salvedad de la anexión de Crimea, las guerras en el extranjero no son populares en el país. El

Gobierno presentó la operación en Siria como una tecnoguerra a larga distancia, en la que la implicación rusa se limitaba al uso de aviones que volaban alto y posiciones de artillería muy alejadas de las líneas de frente. Sin embargo, al menos en 2015-2016, había una necesidad evidente de tropas terrestres efectivas que encabezaran los asaltos y galvanizasen a los sirios. El envío de efectivos regulares era algo inaceptable, pues en cuanto empezasen a volver a Rusia como «cargo 200», nombre que reciben los muertos en combate, era muy probable que el estado de ánimo de la opinión pública cambiase rápido y a peor.

Wagner era, por tanto, la respuesta. En 2013, Moscú hizo un primer experimento con mercenarios cuando estableció el Cuerpo Eslavo, una compañía tapadera con sede en Hong Kong que buscaba veteranos para proteger las instalaciones energéticas sirias ofreciendo un sueldo que, según los estándares rusos, resultaba espléndido: 5000 dólares al mes. En octubre de ese mismo año había en Siria 267 mercenarios, divididos en dos compañías, pero el despliegue resultó ser una farsa: el material avanzado prometido no llegó y no recibieron los T-72 esperados, sino autobuses protegidos por un blindaje improvisado. En ruta hacia las refinerías de Deir ez-Zor, chocaron con un helicóptero sirio, que se estrelló mientras volaba a baja altura sobre el convoy. A su llegada, en lugar de cumplir misiones de protección, recibieron orden de reforzar la guarnición del Ejército sirio. Fueron atacados por un contingente mucho más numeroso de rebeldes islamistas y se vieron obligados a retirarse al amparo de una oportuna tormenta. Tuvieron suerte de no perder ningún hombre —solo tuvieron seis heridos—, pero la fortuna se les agotó al volver a Rusia, donde fueron arrestados porque, según la legislación rusa, es ilegal combatir como mercenario. A pesar de que el Gobierno estaba tras la formación del Cuerpo Eslavo, no quería tener nada que ver con estos fracasados.

Sin embargo, el Grupo Wagner es bastante diferente. Surgido en la guerra del Donbás, era una unidad bastante competente de soldados profesionales al mando de un antiguo *Spetsnaz*, el teniente coronel Dmitri Utkin, y el grupo tomó el nombre del indicativo radio de su jefe: Wagner. Utkin había formado parte del Cuerpo Eslavo, pero escapó al castigo, en 2014 apareció en Lugansk y al año siguiente regresó a Siria. Para entonces,

la unidad era ya una entidad de marcado carácter comercial, registrada en Argentina para eludir la legislación rusa. Según las autoridades estadounidenses, británicas y de la Unión Europea, forma parte del grupo Concord, cuyo dueño y director es Yevguéni Prigozhin, más conocido como el «chef de Putin», no tanto por sus habilidades culinarias, sino porque sus firmas tienen numerosos contratos de catering con el Gobierno. Como hombre cuya riqueza depende del Kremlin, Prigozhin se ha convertido en uno de esos peones susceptibles de no ser reconocidos que hacen lo que sea necesario, desde organizar «granjas de *trolls* » en redes sociales a gestionar mercenarios.

Wagner adquirió una base en los terrenos de entrenamiento de la 10.ª Brigada de *Spetsnaz* en Molkino, así como fondos con los que reclutar algunos de los mejores hombres de las fuerzas especiales, paracaidistas e infantes navales. En octubre de 2015 viajaron a Siria en buques de la Armada. La existencia de Wagner permitía a Moscú enviar soldados de élite a Siria sin necesidad de dar reconocimiento oficial a su papel, hasta el punto de que cuando uno de estos mercenarios cayó en combate, no hubo declaración oficial ni funeral castrense, se trataba solo de un «contratista privado» que, en teoría, trabajaba para Damasco. Sin embargo, en diciembre de 2016, Putin condecoró en persona a Utkin con la Orden al Valor.

El fiasco de Deir ez-Zor descrito en el Capítulo 18 puso fin a la primacía de Wagner en Siria. No obstante, desde entonces, sus miembros han aparecido en numerosos destinos. En 2017 empezaron a entrenar tropas y a proteger minas de oro en Sudán. En 2018 se desplegaron en la República Centroafricana, donde ocuparon el vacío dejado por la retirada francesa de 2016. En ese país, al igual que en Madagascar y Libia, Wagner se implicó en una brutal contienda civil. En 2019 intervinieron brevemente en Venezuela para proteger instalaciones de empresas rusas. En 2019-2020 combatieron en Cabo Delgado, Mozambique, pero se retiraron después de algunos reveses y tensiones con el Ejército mozambiqueño. En 2021 pasaron a Malí, también para apoyar al Gobierno local después de la reducción de efectivos franceses que habían ayudado a combatir a los islamistas.

¿Se trata de un caso de temeridad de Estado bajo un denso velo de no reconocimiento o tal vez de una iniciativa privada, dado que Prigozhin rentabiliza su contingente militar? Pues ni una cosa ni la otra y ambas a la vez. Rusia es un Estado híbrido, donde los límites entre lo público y lo privado son muy permeables y Wagner parece operar en ambos terrenos. En Siria empezó como una sección de los militares, pero una vez estos los abandonaron se convirtió en una organización mercenaria «de verdad» impulsada por la búsqueda de beneficios. Pese a que es obvio que nunca emprenderían ninguna aventura sin la aprobación del Kremlin, solo parecen haber operado en nombre del Gobierno en Libia y Venezuela. En otros lugares, sus miembros son soldados de alquiler —a menudo a cambio de un porcentaje del oro local o de otras industrias—, aunque con la condición de que el Kremlin pueda, en cualquier momento, controlarlos o retirarlos. Con la aparición de nuevas compañías militares privadas, con nombres tales como Schchit [escudo] y Patriot, por lo general próximas al Ministerio de Defensa, estas organizaciones mercenarias híbridas parecen ser una característica del futuro.

GUERRA DE INFORMACIÓN

En 2017, Shoigú anunció la creación de VIO (*Voiská informatsionnij operatsii* [Fuerzas de Operaciones de Información])[7] especializadas que muchos interpretaron en clave de ciberataques y aspectos similares, pero, ante todo, se trata de expertos en propaganda y guerra psicológica. Aunque en Siria han empleado métodos tradicionales, como octavillas y mensajes por megafonía, tienen capacidad para hacer interceptaciones electrónicas para difundir sus mensajes, como el caso ya mencionado de los mensajes desmoralizadores que recibían los soldados ucranianos en sus móviles (*vid*. Capítulo 16).

Esto se combina con un terreno de particular interés para Rusia en estos momentos: la perturbación o interceptación de las comunicaciones, los dispositivos de tiro y la navegación de los medios occidentales (así como

localizar sus fuentes, para darle a la artillería algo contra lo que disparar). Dado el grado en que el GPS se emplea para la navegación, las comunicaciones avanzadas para coordinar sus fuegos y los drones de reconocimiento y ataque, esto no debería ser ninguna sorpresa. Como dijo el responsable ruso de guerra electrónica, estas capacidades son «medidas asimétricas que anulan los beneficios de los sofisticados sistemas y medios de combate armado del enemigo». [8] En la práctica, estas capacidades operan por igual contra enemigos convencionales e irregulares. En Jmeimim, por ejemplo, los rusos emplearon medios antiaéreos, aunque también de guerra electrónica contra un asalto rebelde con drones comerciales armados. En enero de 2018, estos atacaron con trece drones para desbordar las defensas y seis de ellos fueron abatidos por medio de sistemas de guerra electrónica. En el otro extremo del espectro tecnológico, los sistemas GPS de los misiles de crucero son, al parecer, vulnerables; en 2017, los estadounidenses lanzaron un golpe con misiles Tomahawk contra Siria como castigo por el uso de armas químicas, pero un número desconocido de ellos fue abatido por el sistema de guerra electrónica Krasuja-4, desplegado en Jmeimim, a más de 100 kilómetros de distancia. Según los rusos, derribaron 36, pero esta cifra ha sido cuestionada y, además, resulta difícil de demostrar. En la actualidad, cada brigada de maniobra cuenta con una compañía de guerra electrónica y todas las formaciones principales de tierra, mar y aire disponen de elementos especializados en este terreno. Asimismo, cada distrito militar tiene una brigada de guerra electrónica (dos en el caso del ZVO).

Cualquiera que consulte el mapa en su *smartphone* cerca del Kremlin verá que le indica que se encuentra en el aeropuerto de Vnúkovo, a unos 25 kilómetros al sudoeste. No debe sorprendernos que los militares rusos hayan elevado la perturbación de la señal de GPS y otros sistemas de navegación a la categoría de arte. Unas veces lo usan para engañar a los drones o los misiles; otras, para hacer propaganda. En junio de 2021, por ejemplo, el destructor británico *HMS Defender* y la fragata neerlandesa *HNLMS Evertsen* se encontraban en el mar Negro y los rusos interceptaron el sistema automático de identificación para mostrar que se dirigían directos a la base naval de Sebastopol, en un supuesto acto de agresión, a pesar de

que las cámaras de vídeo en directo evidenciaban que ambos buques estaban atracados en Odesa.

En muchos aspectos, todo esto es una prolongación de una de las fortalezas tradicionales de los rusos, la *maskírovka*, que podría traducirse como engaño, disfraz o a veces camuflaje. Es obvio que los rusos, al igual que los demás ejércitos, utilizan camuflaje en los uniformes, vehículos e instalaciones y también que están tratando de ponerse al día en el terreno de las tecnologías furtivas. No obstante, el concepto de *maskírovka* es mucho más amplio, pues implica el uso de engaños, tretas y subterfugios. El ejemplo más reciente y más célebre fueron los «hombrecillos verdes» que tomaron Crimea mientras Moscú negaba toda implicación y el uso de *proxies*, peones locales, cuando fuera necesario, desde las milicias del Donbás a los mercenarios. Estos suelen ser menos efectivos en el campo de batalla, pero, proporcionan cierta cobertura política y dejan a los observadores externos en la incertidumbre acerca de sus objetivos y misiones reales. La *maskírovka* forma parte de todo aspecto del arte militar ruso, desde el campo de batalla a la estrategia nacional. El contingente que invadió Ucrania en 2022, al fin y al cabo, se estuvo concentrando durante casi un año y, aun así, a pesar de los informes de la inteligencia occidental acerca de las intenciones de Putin, seguía reinando la incertidumbre generalizada de si el Kremlin no estaría yendo de farol, enorme y muy detallado. Esta es la esencia del engaño estratégico.

CAPÍTULO 27

Guerra de nueva generación

En mis treinta años de interactuar con soldados —soviéticos, rusos, de la OTAN, de donde sea— siempre me ha llamado la atención que tienden a ser prácticos y realistas. Si se les ordena combatir, lo harán, cueste lo que cueste, pero muy rara vez muestran la alegre bravuconería o la beligerancia que a veces uno halla en políticos que nunca han combatido ni han sido militares. Hace algunos años, estaba conversando con un par de capitanes rusos, uno era piloto de helicóptero y el otro un infante. Una vez superada la inevitable desconfianza de hablar con un occidental, pronto quedó claro que Putin les inspiraba reverencia y desdén al mismo tiempo.

Lo consideraban un líder nacional fuerte y capaz, el hombre que había salvado a Rusia de caer en el olvido y la irrelevancia, aunque su imagen de

hombre de acción les incomodaba. Sí, es cierto que en la universidad Putin hizo el servicio militar obligatorio como oficial de reserva en la artillería, pero esto era muy superficial y tan pronto como se incorporó al KGB quedó exento de la instrucción de refresco. A ninguno de los dos le gustaba en absoluto las instantáneas de Putin dentro de una cabina o conduciendo un carro de combate, no estaban convencidos de que comprendiera las realidades de su mundo y tampoco estaban seguros de que él, como comandante en jefe, entendiera de verdad en qué consiste una guerra o incluso la propia doctrina militar rusa. De hecho, uno de ellos recurrió a una original metáfora: «no me gustaría que alguien virgen me dijera qué tengo que hacer en mi noche de bodas».

Si se toma en consideración cómo se ha desarrollado la invasión de Ucrania, esta frase, como veremos en el penúltimo capítulo, resultó profética y también examinaremos hasta qué punto los imperativos militares han sido secuestrados por los instintos de Putin. Rusia, al fin y al cabo, tiene un enfoque muy intelectual y concienzudo del arte militar. Sus fuerzas armadas son, en la jerga actual, una «organización en proceso de aprendizaje» y, en consecuencia, su pensamiento militar es complejo y evoluciona de manera constante.[1] La doctrina militar rusa considera seis tipos diferentes de guerra o conflicto, cada uno de ellos con características propias. El peligro y la amenaza militares son, básicamente, desafíos potenciales que pueden evitarse o neutralizarse por medios diplomáticos o militares. Luego está el conflicto armado, un choque limitado entre Estados o entre rivales de una contienda civil. Una guerra local es una conflagración librada por objetivos político-militares específicos y limitada a los Estados en guerra. Cuando implica a más de dos países se convierte en una guerra regional, mientras que una a gran escala es la que involucra a coaliciones de Estados o potencias globales con «objetivos político-militares radicales» y que, por tanto, exigen la «movilización de todos los recursos materiales disponibles y fortaleza moral por parte de los Estados participantes».[2]

GUERRAS PEQUEÑAS

La noción rusa de la guerra pequeña no se mide solo en función del número de soldados implicados o del tamaño del país, sino que se refiere a peligros y amenazas militares de baja intensidad que pueden resolverse mediante la disuasión, la coerción, los ataques quirúrgicos o el recurso a fuerzas locales (*proxies*). Incluso los amorfos «conflictos armados» o ciertas contiendas locales siguen representando operaciones de menor escala. Siria supuso una primera prueba práctica de cómo reaccionarían los rusos a estas circunstancias, a la que denominan «estrategia de acciones limitadas», donde se evita la escalada y se mantiene el uso de la fuerza y la impronta de Moscú dentro del mínimo posible o necesario. Según Guerásimov:

> Las condiciones más importantes para la implementación de esta estrategia son obtener y mantener una superioridad en materia de información, en previsión de preparar los sistemas de mando y control y un apoyo exhaustivo, así como el despliegue encubierto de la agrupación [de fuerzas] necesaria. [3]

Lo ideal es resolver las amenazas por medio de maniobras diplomáticas de tipo coercitivo: la movilización abierta, a modo de intimidación, de fuerzas y el ensayo de escenarios ofensivos en el marco de maniobras sorpresa. Si es necesario desplegar fuerzas, se crea un grupo de gestión de combate (GBU) en el seno del nuevo Centro Nacional de Control de la Defensa (NTsUO). Inaugurado en 2014, este último está considerado, con toda justicia, un gran paso adelante para el mando y control. Soterrado en los sótanos del edificio del Ministerio de Defensa situado en el malecón de Frunze, emplea a más de mil civiles y militares que operan las veinticuatro horas del día con ayuda de uno de los superordenadores militares más poderosos del mundo. Los comandantes del centro pueden seguir en tiempo real el desarrollo de ciberataques o visionar vídeo en *streaming* desde una cámara portada por un soldado en el campo de batalla. El NTsUO no es solo un centro de mando. También dispone de una sala de situación y una serie de estancias más pequeñas para responder ante acontecimientos potenciales

y menos urgentes. Igualmente, es un centro de fusión de datos y análisis de fuentes militares y de inteligencia, pero también de todo el Gobierno. Puede coordinar operaciones con la policía, la Guardia Nacional y otros organismos, en respuesta a los eclécticos retos de la «guerra de nueva generación» multidominio.

Los GBU que se organizan en el seno del centro están orientados a misiones concretas y existen mientras dura una crisis, desde unos pocos días a —como en el caso de Siria— ya más de siete años. Los GBU están comandados por oficiales del Directorio Principal de Operaciones del Estado Mayor General, aunque también emplean personal adicional del NTsUO o de cualquier otra organización que necesiten, tanto de las fuerzas armadas como de organismos externos. El GBU que ha coordinado en 2022 el despliegue en Kazajistán, por ejemplo, contaba con numerosos oficiales paracaidistas, pues las VDV aportaban las tropas, pero también incorporaba oficiales de enlace tanto del Servicio de Inteligencia Exterior como del Ministerio de Exteriores. Al parecer, la elección de la sala que se escoja del Directorio Principal de Operaciones transmite una idea de la escala y la prioridad de la misión. Cada uno de los siete salones principales del NTsUO recibe el nombre de célebres comandantes rusos, pero hay muchas otras habitaciones y estancias, del todo funcionales, aunque mucho menos impresionantes. Por lo visto, si se concede a un GBU acceso exclusivo a una de las salas más amplias y solicitadas (en lugar de tener que disputarse otros salones), eso quiere decir que el alto mando prevé que sea una misión relevante.

De un modo u otro, un GBU no es una estructura de mando operacional. Por el contrario, su rol principal es organizar la fuerza operativa necesaria para una misión y después determinar la estrategia, monitorizar el progreso y hacer que los comandantes sobre el terreno tengan todo lo necesario para cumplir su misión, «acumulando y evaluando datos de situación, analizando las decisiones del mando de la agrupación y planeando acciones adicionales».[4] El mando operacional de todo aquello que no suponga un esfuerzo general del país recae en un distrito militar (mando operacional conjunto), en un cuartel general de ejército para crisis que se producen en el interior —o adyacentes a las fronteras— o en los KPGV (*komandni punkt*

gruppirovki voisk [puestos de mando de agrupaciones de fuerzas]) para intervenciones en el extranjero. Así, por ejemplo, hasta el momento de la invasión, el despliegue (desmentido por las autoridades) para la invasión del Donbás lo dirigió el YuVO, cuyo 8.° Ejército gestionó las operaciones, mientras que el contingente sirio es un ejemplo evidente de un KPGV.

DESPLIEGUES LIMITADOS

A veces, las intervenciones militares cumplen una misión exclusivamente política. En enero de 2022, por ejemplo, estallaron violentos disturbios en el país centroasiático de Kazajistán. El aumento de los precios del combustible fue la chispa que prendió el descontento latente contra la corrupción y los treinta y tres años de gobierno del Elbasy, o «padre de la nación», Nursultán Nazarbáyev. El presidente, Kassym-Jomart Tokáyev, elegido a dedo por el propio Nazarbáyev, vio en los altercados la oportunidad de dar un golpe palaciego. Kazajistán, miembro de la OTSC (Organización del Tratado de Seguridad Colectiva), pidió ayuda. Dado que la carta fundacional de la OTSC solo prevé enviar apoyo en caso de agresión externa, Tokáyev afirmó, con pruebas muy poco sólidas, que las protestas estaban instigadas por islamistas extranjeros, aunque, en realidad, no necesitaba apoyo adicional porque Kazajistán cuenta con más de 100 000 soldados y casi 50 000 miembros de las fuerzas de seguridad. Lo que estaba solicitando era la aprobación tácita de Moscú para derrocar a Nazarbáyev, de 81 años de edad, de modo que la élite —incluida la policía y los generales del Ejército — se pasaran a su bando.

Moscú aceptó y, en una demostración impresionante de su capacidad de desplegar efectivos con rapidez, en menos de veinticuatro horas aerotransportó a Kazajistán a casi 2000 paracaidistas de la 98.ª División y de la 45.ª Brigada de *Spetsnaz*, un destacamento que se complementó con contingentes limitados de otros países de la OTSC como Armenia, Bielorrusia, Kirguistán y Tayikistán, que volaron a bordo de aviones de la VTA rusa (esto requirió la mayor parte de los transportes pesados, en

particular los An-124). El contingente no tuvo que disparar ni un solo tiro y se retiró al cabo de una semana, pero cumplió su misión política. Nazarbáyev «se apartó de forma voluntaria» del puesto de responsable del poderoso Consejo de Seguridad, Tokáyev consolidó su posición y Moscú demostró a sus aliados su predisposición y capacidad de proporcionarles seguridad inmediata.

Otras veces, el concepto de «acciones limitadas» requiere el empleo de milicias locales para las tareas más exigentes, mientras las fuerzas rusas proporcionan estrategia, mando y control y las capacidades militares que necesitan sus *proxies*. El Donbás y Siria, son, cada uno a su modo, ejemplos de este enfoque. En ambos casos, Moscú limitó su implicación directa, aunque ejerció el mando conjunto en cuanto a la estrategia. Los peones locales —milicias en el Donbás, mercenarios, milicias y fuerzas gubernamentales en Siria— suelen ser de una calidad mediocre, aunque también resultan para Moscú baratas y útiles desde el punto de vista político. En el Donbás, el apoyo ruso limitaba la capacidad de Kyiv de emplear su superioridad militar para aplastar a los rebeldes, además de aportar armas pesadas e inteligencia, mientras que en Siria contribuyó con poder aéreo y pequeños contingentes de la Policía Militar que pueden ejercer un papel más neutral para mantener un alto el fuego o una línea de pacificación.

GUERRAS GRANDES

Tenemos una idea bastante clara de cómo intentarían afrontar los rusos un conflicto regional o a gran escala, incluso una guerra localizada de mayor envergadura. Después de todo, lo han debatido en incontables artículos técnicos, lo han ensayado en enormes maniobras y lo han codificado en las decisiones que adoptan acerca de los despliegues, el adiestramiento y la adquisición de materiales. Los ejercicios, por supuesto, siempre se presentan como operaciones defensivas, pero los pensadores militares rusos trabajan sobre esquemas de naturaleza ofensiva. Desde el combate en

retirada de 1812 que llevó a Napoleón a Moscú, a la respuesta inicial a la Operación Barbarroja de 1941, los rusos siempre han tenido que explotar su profundidad defensiva. Sin embargo, no es así como pretenden o esperan combatir en el mundo actual, caracterizado por la potencia de fuego de largo alcance y los despliegues rápidos. Por el contrario, si es factible y necesario, prefieren golpear primero, a ser posible mientras el enemigo se moviliza. En palabras de Guerásimov: «La base de nuestra respuesta es una estrategia de defensa activa, que, dada la naturaleza defensiva de la doctrina militar de Rusia, proporciona una serie de medidas para neutralizar de forma proactiva las amenazas contra la seguridad del Estado».[5]

Esto no significa necesariamente operaciones militares a gran escala. Podría implicar iniciativas diplomáticas, maniobras intimidatorias o golpes precisos para transmitir resolución o mermar capacidades. Estas medidas forman parte de una fase previa al conflicto en la que se utilizan medios no militares para debilitar al enemigo, tales como la subversión y la guerra psicológica. Si esto falla, se da por hecho que, en caso de combate contra Occidente, los rusos deberán enfrentarse a una ofensiva masiva de misiles y aviación en la que tanto confía la OTAN, como ya hemos comentado, para desorganizar a los rusos e infligirles daños decisivos. El objetivo de Rusia, por tanto, es prevenir, contener y superar este golpe para frustrar las esperanzas estadounidenses de una victoria rápida y obtener y mantener con ello la iniciativa.

Esto significa operaciones de carácter estratégico que, a su vez, impongan consecuencias a ese mismo nivel al enemigo que mermen su capacidad y su voluntad de seguir combatiendo. Tanto si el objetivo es controlar una escalada como poner fin a un conflicto, siempre será un proceso de esencia política, ejecutado por medios militares. Para ello, el alto mando ruso ha adaptado el viejo concepto soviético de «batalla profunda» al mundo moderno y, ya sea en un teatro de operaciones marítimo concreto, en una órbita próxima o en el espectro electromagnético, con el mismo objetivo: quebrar, por medio de operaciones coordinadas, la capacidad del enemigo de operar de forma conjunta y no solo en ese territorio o dominio particular.

¿Qué quiere decir esto en realidad? Sobre el terreno, los rusos consideran que habrá muchas operaciones bélicas «sin contacto», en la que las unidades rara vez verán al enemigo. La artillería será el arma decisiva (como siempre lo ha sido, en particular para los rusos). Dominarán el campo de batalla complejos de «ataque-reconocimiento» y «fuego-reconocimiento» con elementos integrados de inteligencia, vigilancia y reconocimiento y sistemas automatizados de mando y control, al tiempo que distintos sensores, desde drones a observadores, dirigirán con rapidez y exactitud un fuego devastador sobre el objetivo; armas de precisión los primeros, concentraciones de artillería o cohetes los segundos. Al fin y al cabo, los rusos cuentan con montones de cañones pesados y lanzacohetes múltiples. Como afirmaron Les Grau y Charles Bartles, «el Ejército ruso es un contingente de artillería con muchos carros».[6] Además, esta artillería es móvil; es el arma principal con la que romper unidades, pues arrebata al enemigo la libertad de maniobra —crea espacios en los que es demasiado peligroso entrar— al tiempo que se la concede a los rusos.

No se trataría de una guerra de enormes formaciones semejantes a las de la Segunda Guerra Mundial, con líneas de frente definidas, sino de un campo de batalla fluido y rápido (tanto sobre tierra como por mar y aire) en el que lo importante no es capturar terreno, sino desorganizar y neutralizar al enemigo a la vez que se preservan las propias unidades. Después de todo, los estrategas rusos no dan por hecho que tendrán superioridad numérica aplastante y, además, es probable que las municiones de precisión occidentales sean más numerosas y más precisas, con lo que los rusos las consideran una amenaza seria. Puede que hayan pasado treinta años desde la Operación Tormenta del Desierto, pero esta sigue siendo un doloroso ejemplo de cómo una fuerza mecanizada, en apariencia poderosa y competente, pero que no comprende la naturaleza de la guerra moderna, puede ser triturada por un enemigo de tecnología más avanzada. En este sentido, las operaciones «ofensivas» no significan necesariamente contraatacar en territorio del enemigo; más bien se trata de emplear el ataque para mermar su capacidad de combate. Por otra parte, los campos de batalla invisibles del espectro electromagnético y del ciberespacio serán, a su manera, disputados con igual ferocidad que los dominios físicos.

ESCALADA, DESESCALADA Y APOCALIPSIS MENORES

Es posible que Rusia crea que tiene más voluntad de combatir que la OTAN , aunque no puede darlo por sentado, y también trabaja con la hipótesis de que no puede ganar una guerra de desgaste contra una alianza con más población, más soldados y economías de mayor tamaño. Si minar la unidad y voluntad de Occidente, si demostrar que no puede ser derrotada con rapidez por una *Blitzkrieg* de aviones y misiles, si una defensa rápida, activa y coordinada no pone un fin rápido a una guerra importante, ¿qué ocurre entonces? Es en ese momento cuando, de forma inevitable, entra en escena la cuestión de las fuerzas nucleares.

Existe el mito, muy extendido, de que Moscú tiene una estrategia agresiva de «escalar para desescalar», que consistiría en lanzar una ofensiva, hacer algunos progresos y luego iniciar o amenazar con un ataque nuclear limitado para detener el contragolpe y congelar el conflicto en un punto favorable. Esta creencia no tiene bases sólidas: los rusos son muy conscientes de los peligros de iniciar una escalada nuclear y sostienen de forma muy clara que consideran las armas nucleares como herramientas de naturaleza defensiva.

Dicho esto, también ven en las armas nucleares tácticas una herramienta para gestionar una escalada en una guerra regional o a gran escala, en la que las fuerzas convencionales rusas no son capaces de poner fin al conflicto o evitar los avances enemigos. Sin embargo, con armas de largo alcance como el misil de crucero Kalibr, el balístico lanzado desde el aire Kinzhal y el Iskander, todas ellas capaces de portar poderosas cargas convencionales, existe también la creencia de que su uso, en combinación con ciberataques y guerra electrónica, bastarían para desorganizar el mando y control y las infraestructuras nacionales esenciales del enemigo, lo que provocaría daños equivalentes sin tener que recurrir a la opción nuclear.

En lo relativo a las fuerzas nucleares estratégicas, su función es detener un ataque nuclear enemigo, lanzar un contragolpe de represalia si esto falla o usarse en caso de amenaza a la existencia de la madre patria. Dicho esto,

uno se pregunta qué ocurriría si Rusia se viera envuelta en una conflagración a gran escala, no con la OTAN —una constelación de Estados democráticos que viven cómodamente instalados en la opulencia— sino con China, un Estado autoritario en ascenso. Este es uno de los frustrantes temas de los que nunca he conseguido hablar con ningún militar ruso. Existe un plan de contingencia para un conflicto con China —como es de esperar, ya que la misión de los planificadores militares es prever cualquier contingencia (razonable) a la que podrían enfrentarse—. Es probable que exista al menos un CONPLAN, lo que los occidentales denominan un plan de contingencia, para una invasión alienígena o para la secesión de Siberia. Sin embargo, siendo realistas, ¿cómo puede defenderse Rusia al este de los Urales de forma convencional, dado que las escasas unidades allí desplegadas dependen de dos líneas de ferrocarril —el Transiberiano y la línea Baikal-Amur Magistral— que pueden cortarse de una forma fácil y rápida? Cabe sospechar que un conflicto de estas características experimentaría una rápida escalada, primero hacia las armas nucleares tácticas y luego a las estratégicas.

CAPÍTULO 28

Desafíos del futuro

¿Es plausible una guerra en el futuro con China teniendo presente que, por el momento, Vladímir Putin y Xi Jinping insisten en la amistad de sus respectivos países y su solidaridad contra los supuestos intentos estadounidenses de mantener un poder hegemónico «unipolar» en el mundo? Por el momento, no lo parece. Sin embargo, los estrategas militares no deben pensar en el mundo de mañana, ni en el de pasado mañana, sino a décadas vista, dado el tiempo que necesitan los nuevos sistemas de armas para pasar del concepto a la puesta en servicio, así como dada la necesidad de tenerlo todo en cuenta, desde las pautas demográficas a la sucesión de los dirigentes.

En 1991 me encontraba en Moscú acabando mi investigación para mi tesis doctoral. Aunque ya corrían rumores por la ciudad, volé de regreso a Londres el viernes antes del «golpe de agosto» encabezado por los partidarios de la línea dura. Aún hoy me duele habérmelo perdido y tengo la irracional sensación de que Rusia «me debe» un golpe. En todo caso, ese mismo lunes tenía una reunión con alguien del Ministerio de Defensa británico y pensé que al menos podría tener una opinión autorizada acerca de lo que estaba pasando, pero cuando le pregunté, me miró algo avergonzado: «Las intercepciones todavía no han llegado de Cheltenham —sede del GCHQ (Government Communications Headquarters), la agencia de inteligencia electrónica del Reino Unido—, por lo que estamos mirando la CNN».

Era descorazonador y reconfortante a la vez descubrir que, en aquel preciso instante, los Gobiernos sabían lo mismo que el resto de nosotros (por supuesto, muy poco después supieron mucho más), pero también revelaba que los planificadores de la defensa viven constreñidos entre los dominios olímpicos de las tendencias geopolíticas a largo plazo y la tiranía constante de los hechos de cada día. Suele decirse que Putin ha sabido jugar bien una mano de cartas mediocre y también que Rusia tiene una posición fuerte en el mundo. En muchos aspectos, esto es cierto; sin embargo, a largo plazo, el Kremlin debe enfrentarse a desafíos sociales, políticos, económicos e incluso demográficos. Los riesgos potenciales a lo largo de sus fronteras también son profundos y están creciendo. Es más, al igual que en 1991, estos vendrán de direcciones o de modos inesperados. En este contexto, el trabajo de un planificador de defensa ruso no va a ser fácil en absoluto.

EL FLANCO OCCIDENTAL

Estos no son los tiempos más felices para Ucrania, Bielorrusia y Moldavia, atrapadas entre Rusia y Occidente. Los tres países, cada uno a su manera, sienten el peso de las aspiraciones de Moscú de ser una gran potencia —de

ahí que esta crea que necesita Estados tapón y que merece una zona de influencia—, pero también plantean desafíos diferentes para Rusia.

Bielorrusia, dirigida desde hace mucho tiempo por Alexánder Lukashenko, ha logrado mantener su independencia al confrontar a Rusia con Occidente. Aunque forma parte desde 1997 del Estado de la Unión de Rusia y Bielorrusia, esto no significa nada salvo cierta coordinación comercial y de visados y la presencia de unidades de defensa aérea rusas: una estación de radar en Gantsevichi, el centro de comunicaciones navales de Vileika y el centro de entrenamiento conjunto de la fuerza aérea y la defensa aérea de Baránavichi. En agosto de 2020, en respuesta a la manipulación descarada de los resultados de las elecciones generales, estalló una oleada masiva de protestas pacíficas por todo el país a la que las fuerzas de seguridad respondieron con violencia. Occidente protestó y Lukashenko se vio obligado a solicitar a Putin ayuda política, económica y militar. Aunque se trata de un astuto gestor que ha logrado mantener cierto grado de autonomía, en la actualidad es, en esencia, un satélite de Rusia. Entre otras cosas, esto ha provocado un incremento de la presencia militar rusa en Bielorrusia, algunas de cuyas unidades abrieron un frente separado contra Ucrania en 2022.

Sin embargo, esta presencia plantea nuevos desafíos a Rusia. Aunque las protestas han sido contenidas, el régimen ha perdido su legitimidad. Es más, algunos miembros del aparato de seguridad están descontentos con la situación y, aunque muchos mantengan su lealtad a Lukashenko, si algún día Moscú considera que debe imponer un líder menos tóxico y más maleable es posible que se resistan. De igual modo, si vuelven a estallar las protestas, y estas son violentas, Moscú considerará entonces que no tiene otra alternativa que proporcionar la asistencia que el régimen necesita para sobrevivir, tropas incluidas, para evitar que asuma el poder la oposición proclive a Occidente, como ocurrió en Ucrania.

Con respecto a Ucrania, es difícil no ver que la cruzada personal de Putin para mantenerla en la órbita de Rusia ya está perdida. La aventura del Donbás fue un error muy caro y, desde 2014, la amenaza rusa ha empujado a Kyiv a reformar sus fuerzas armadas con impresionante velocidad y efectividad, aparte de que unió a las comunidades ucranianas, antes

enfrentadas, y atrajo más ayuda occidental. En 2022, Ucrania disponía de un Ejército de poco menos de 150 000 efectivos, muchos de ellos con una amplia experiencia en combate convencional de la que carecen sus homólogos de la OTAN, a pesar de que su equipamiento esté desfasado. Además de los 45 000 combatientes de la Guardia Nacional, dependiente del Ministerio del Interior, cuenta con una gran reserva que, una vez movilizada, puede formar 150 batallones de Defensa Territorial. No es de extrañar, por tanto, que los halcones de Kyiv hayan soñado con lograr algún día una solución «a la croata» en el Donbás. En 1992, Croacia perdió, en parte gracias a la implicación serbia, la autoproclamada «República Serbia de Krajina», aunque se reorganizó y la retomó en 1995. En febrero de 2022, Putin decidió imponer una solución militar al estancamiento y, al parecer, dio por sentado que el Gobierno ucraniano era tan débil y fácil de derribar como en 2014, pero, como veremos en el capítulo siguiente, se hallaba en un peligroso y penoso error.

Por último, dediquemos un momento a la olvidada Moldavia, entre Ucrania y Rumanía. Es el país más pobre de Europa, que, además de tener que soportar en su frontera oriental la presencia de un pseudoestado no reconocido, pero apoyado por Moscú, como es Transnistria, se ve sometido de forma periódica a las presiones de Moscú, sobre todo porque depende del suministro de gas ruso. En 2020, Maia Sandu, una antigua economista del Banco Mundial partidaria de emprender reformas y acercarse a la Unión Europea, fue elegida presidenta del país y, en respuesta, Rusia recurrió a su «arma energética»: redujo los suministros en un tercio y se negó a prorrogar el contrato existente. A pesar de que se llegó a un nuevo acuerdo, Moscú trata de frustrar todos los intentos de los países de la región de acercarse a la Unión Europea, lo cual es una fuente obvia de conflicto. En el caso moldavo, también es el motivo del mantenimiento de una presencia militar en Transnistria que pueda servir de instrumento de presión en el futuro.

EL TURBULENTO NORTE DEL CÁUCASO…

No todos los desafíos de Rusia se encuentran fuera de sus fronteras. Chechenia ha sido pacificada de forma oficial, aunque a cambio de aceptar su práctica autonomía. Está dirigida por un líder imprevisible y violento que, además de reclamar territorios de las repúblicas vecinas del norte del Cáucaso, hace que Moscú costee su contingente personal, sus grandiosos proyectos de prestigio y el fastuoso estilo de vida de Kadírov y sus cómplices (el líder checheno tiene una residencia más grande que el Palacio de Invierno de los zares y una flota de coches que incluye uno de los veinte Lamborghini Reventón que existen en todo el mundo). Cada vez que se le vincula con algún asunto comprometedor, sus muchos enemigos en Moscú le dicen a Putin que hay que hacer algo para cortarle las alas e incluso derrocarlo, pero el presidente —a quien Kadírov ha prometido lealtad personal— o no quiere actuar, o considera que no puede.

Al fin de cuentas, existe el temor cierto de que, sin Kadírov, la violencia vuelva a estallar en Chechenia y nadie quiere una tercera contienda en aquella región. Incluso en la actualidad, bajo su severo régimen, sigue habiendo alguna que otra acción terrorista ocasional en el país. Puede que sea más serio el peligro de conflictos intestinos entre la élite chechena, que enfrenten a los numerosos hombres fuertes y señores de la guerra locales por el cargo de Kadírov y el control del enorme flujo de recursos que llega desde Moscú.

La victoria a medias en Chechenia, por otra parte, no pacificó por completo la región. Existe un problema continuado y esporádico de terrorismo e insurgencia por todo el norte del Cáucaso, en general perpetrado por grupos yihadistas que explotan la profunda pobreza de la población y la indignación provocada por unas administraciones corruptas o poco sensibles. La violencia de baja intensidad es un problema constante y existe el peligro de que esta dé lugar a grupos insurgentes o terroristas islamistas (*jamaat*) más organizados, lo que explicaría por qué Moscú continúa manteniendo un nutrido dispositivo militar y de seguridad en la región. El 58.° Ejército del YuVO (Distrito Militar del Sur) tiene su base en Vladikavkaz, en Osetia del Norte, y sus principales elementos de maniobra

son la 19.ª División Motorizada de Fusileros (Vladikavkaz), la 42.ª División Motorizada de Fusileros de la Guardia (Jankalá, Chechenia), la 136.ª Brigada Motorizada Independiente de Fusileros (Buinaksk, Daguestán) y la 100.ª Brigada de *Spetsnaz* (Mozdok, Osetia del Norte). Aparte de esto, el Distrito de la Guardia Nacional del Cáucaso septentrional dispone de la 2.ª División Independiente de Tropas del Interior de Designación Especial en Krasnodar, además de siete brigadas, cinco regimientos y ocho batallones de las VV y otros ocho de policía motorizada y cuatro unidades de fuerzas especiales. Hasta el redespliegue de formaciones alrededor de la frontera ucraniana, el norte del Cáucaso contaba con la mayor densidad de efectivos del país.

… Y EL SUR DEL CÁUCASO, TAMBIÉN TURBULENTO

Tras la contienda georgiana de 2008, el sur del Cáucaso parece haber entrado en un largo periodo de relativa calma desde el punto de vista de Moscú. Georgia estaba muy descontenta con el *statu quo* de posguerra, aunque, en la práctica, no podía hacer nada por temor a las represalias directas o encubiertas de Rusia. En 2019, por ejemplo, la visita de un político ruso provocó protestas en las calles y, en respuesta, Moscú suspendió los vuelos directos entre ambos países, para lo que alegó motivos de seguridad. También sometió a controles regulatorios las importaciones de vino y agua mineral de Georgia, dos de sus principales bazas exportadoras.

Por otra parte, aunque las relaciones entre Armenia y Azerbaiyán han seguido siendo hostiles, desde la perspectiva de Moscú esto no parece malo, puesto que le ha permitido ejercer cierta influencia sobre ambos países. Rusia se mantuvo neutral cuando una serie de protestas pacíficas llevó al derrocamiento del Gobierno del líder de toda la vida Serzh Sargsián y abrieron el camino para que el centrista Nikol Pashinián asumiera el puesto de primer ministro. Aunque había trabajado muy bien con Sargsián, este

último dejó claro que, aunque pensaba acometer reformas internas, no tenía intención de cambiar la orientación de Armenia hacia Rusia.

En septiembre de 2020, estalló de nuevo la guerra entre Azerbaiyán y Armenia, una contienda fruto de una implacable y prolongada rivalidad que cuenta con raíces profundas y generales, pero que, en este caso, se centró en la disputa por el territorio de Nagorno Karabaj. Azerbaiyán es un país más grande y rico, que, desde la última conflagración en 2016, ha invertido ingentes sumas en sus fuerzas armadas. Por añadidura, ha contado con el respaldo de Turquía, que, además de venderle drones de ataque Bayraktar TB-2, le proporcionó asesores e incluso mercenarios contratados en Siria. A pesar de que la guerra apenas se prolongó hasta el 9 de noviembre, cuando entró en vigor un alto el fuego, las fuerzas armenias fueron destruidas de forma gradual por la artillería azerí (los drones servían de observadores para esta), las municiones merodeadoras (esto es, drones kamikaze) y los misiles disparados desde drones. Se llegó a decir que esta contienda había demostrado que el dron era el rey del campo de batalla, pero tales afirmaciones son prematuras: Armenia no se había preparado de forma adecuada. En particular, no habían desarrollado un sistema de defensa aérea integrada, lo cual permitió a las aeronaves no tripuladas de Azerbaiyán operar con total libertad.

Este conflicto suponía una intrusión turca sin precedentes en lo que Moscú consideraba su esfera de influencia. A pesar de ello, el Kremlin no estaba dispuesto a intervenir del lado armenio, lo que hubiera conllevado una intervención militar sustancial, enemistarse con el líder azerí, Ilham Alíyev, y, además, correr el riesgo de entrar en confrontación directa con Turquía. En lugar de intervenir, Rusia medió un alto el fuego que permitió a Azerbaiyán consolidar sus ganancias territoriales, así como establecer una fuerza rusa de interposición de unos 2000 efectivos, en un principio de la 31.ª Brigada Independiente de Asalto Aéreo de la Guardia, y un número similar de guardias de frontera. El contingente mantiene separados a ambos bandos, en Nagorno Karabaj y en el corredor de tránsito pactado.

Desde hace mucho tiempo, el Kremlin considera el sur del Cáucaso una parte de su esfera de influencia, de su «exterior cercano», no tanto en el sentido de un imperio, sino como una región en la que ejerce de *hegemon*.

No obstante, Rusia fue incapaz de controlar esta guerra de seis semanas y se vio forzada a aceptar la intervención activa de Turquía, lo que ha supuesto un viraje radical. Alíyev, en su discurso de aceptación del alto el fuego, aunque mencionó a Putin, agradeció con efusividad a «mi querido hermano Recep Tayyip Erdoğan». Es más, en 2022, la compañía turca Bayraktar, la misma que suministraba drones TB-2 a Azerbaiyán, anunció que iba a abrir una fábrica en Ucrania, la cual había empezado a adquirir estos drones. Moscú, al situarse en la posición de pacificador, ha recuperado algo de la relevancia y la autoridad perdidas en el sur del Cáucaso, pero esto ha tenido un coste.

El que Moscú haya tenido que aumentar su compromiso para mantener las posiciones en su flanco sur nos revela que lo que está haciendo es tratar de contener su declive en la zona, más que mantener el dominio. Es una pauta parecida a la que experimenta en Asia Central —donde Moscú conserva signos externos de hegemonía mientras Pekín domina el escenario entre bastidores gracias a su poder económico. Al igual que en el sur del Cáucaso, Rusia tiene que aceptar la presencia de nuevos actores en lo que antaño había sido su patio trasero incuestionable.

ASIA CENTRAL: INESTABILIDAD Y YIHAD

Sigamos recorriendo las fronteras de Rusia. El Asia Central postsoviética continúa sólidamente instalada en la esfera de influencia rusa. No obstante, en esta región existe un riesgo de inestabilidad y de rivalidades incipientes. La experiencia imperial —zarista y soviética— sigue muy presente. Los cinco países, en mayor o menor medida, son un mosaico de etnias y grupos lingüísticos con unos límites bastante arbitrarios. Aunque la mayoría de los 75 millones de habitantes de la región son, al menos sobre el papel, musulmanes, los ejecutivos son laicos, de ahí que exista un temor permanente de movilización del islam contra estos Gobiernos. Esto, combinado con las tensiones inevitables suscitadas por la pobreza y la

corrupción generalizadas, a menudo ha provocado alzamientos desde abajo y gabinetes autoritarios y mano dura desde arriba.

Con la excepción de Kirguistán, que ha logrado mantener una endeble democracia a pesar de levantamientos periódicos y oleadas de protestas, la región se caracteriza por autoritarismos corruptos y personalistas. En Kazajistán, como ya hemos mencionado, el presidente Tokáyev usurpó hace poco el poder al longevo líder Nursultán Nazarbáyev (que había hecho cambiar el nombre de la capital del país en su honor). No obstante, está por ver si aquel podrá consolidarse en su posición. En Turkmenistán, el presidente vitalicio, Saparmurat Niyázov, dirigió el país con una extravagancia totalitaria hasta 2006, cuando falleció. Rebautizó el mes de abril con el nombre de su madre y erigió una estatua gigante de sí mismo chapada en oro que rotaba para orientarse hacia el sol. Le sucedió su segundo, Gurbangulí Berdimujamédov, que ha demostrado ser un digno sucesor. Prohibió los coches negros en la capital, Asjabad, porque «traen mala suerte», y levantó una estatua ecuestre (también cubierta de láminas de oro), en su honor. Uzbekistán, al igual que Kazajistán, fue gobernado por otra reliquia de la era soviética, Islam Karímov, hasta su muerte en 2016. Su sucesor, Shavkat Mirziyóyev, ha intentado emprender algunas reformas, pero el país sigue marcado por la corrupción y el déficit de libertades. Por último, el Tayikistán del presidente Emomali Rahmon sigue siendo uno de los países más inestables de la región: empobrecido y vulnerable al tráfico de drogas, así como a la influencia yihadista de la vecina Afganistán.

Esto plantea a Moscú un problema concreto. El aparato de seguridad de Rusia, al fin y al cabo, siempre se ha concentrado en la lucha contra los militantes islamistas del norte del Cáucaso, que han supuesto la principal fuente de acciones terroristas, como la toma de rehenes en un teatro de Moscú en 2002 o los ataques suicidas del metro de Moscú en 2010 y del aeropuerto de Domodédovo en 2011. Muchos de estos grupos, con cierta vinculación con el Estado Islámico o al-Qaeda, han sufrido una fuerte represión por parte de los efectivos de seguridad. Sin embargo, el Kremlin está cada vez más preocupado por las consecuencias del yihadismo en Asia Central y su posible propagación entre los más de 400 000 migrantes y trabajadores temporeros centroasiáticos que residen en Rusia (de los cuales

al menos la mitad son ilegales). En 2017, por ejemplo, un uzbeko étnico de Kirguistán se hizo volar en el metro de San Petersburgo y mató a 14 personas.

La pretensión de Moscú de ejercer cierta autoridad sobre la región no solo se fundamenta en aspiraciones y vínculos históricos. Rusia sigue constituyendo un relevante socio comercial —Tayikistán depende, en buena medida, de las divisas enviadas por los tayikos que trabajan en Rusia—, pero, sobre todo, es un garante de su seguridad. En sus fronteras occidentales, a Rusia se le considera, en general, un intruso y un matón, pero en Asia Central, a pesar de las inevitables quejas contra los prepotentes rusos (si bien las encuestas revelan que son más populares que los estadounidenses o los chinos), Moscú es un protector bienvenido. Cuando Afganistán cayó en manos de los talibanes, Tayikistán solicitó apoyo. Rusia reforzó su 201.ª Base con carros modernizados T-72B3M y misiles tierra-aire S-300 y, a continuación, organizó maniobras conjuntas con el Ejército del país para escenificar su compromiso con la seguridad tayika. Al mismo tiempo, el Parlamento de Kirguistán ratificó el acuerdo que permitía a Rusia desplegar drones en su base de Kant, que empezó a recibir ejemplares del Orlan-10 y otras actualizaciones, como nuevos helicópteros y defensas aéreas.

Es Moscú, en definitiva, el que ha actuado de poder en la sombra en Kazajistán y la indigna y desestabilizadora retirada estadounidense de Afganistán, en agosto de 2021, ha alimentado la impresión general de que los rusos son el único garante de seguridad fiable de la región. Esto le proporciona beneficios netos, puesto que le concede la autoridad de gran potencia que aspira a ejercer en su vecindario estratégico. No obstante, también implica ciertos desafíos potenciales.

En primer lugar, no puede subestimarse la inestabilidad de la región: está plagada de rivalidades étnicas, históricas, entre clanes y entre facciones. La trágica paradoja de todo esto es que los autoritarismos violentos acostumbran a ser seguros, mientras que si figuras como Tokáyev y Mirziyóyev tratan de implementar reformas significativas, lo más probable es que generen inestabilidad, al menos a corto plazo. Combinado con el riesgo de contagio yihadista de Afganistán, ya sea en forma de

incursiones físicas (como ha ocurrido en el pasado) o por una simple difusión de ideas radicales, Moscú podría verse obligado a intervenir en la zona con más frecuencia de lo que le gustaría (aunque sería necesaria una amenaza extraordinaria para conseguir que vuelva a entrar en Afganistán).

Existe también una importante dimensión china. Hasta el momento, China ha estado dispuesta a dejar que los rusos interpreten el papel de *hegemon* estratégico y garante de seguridad mientras ella se ceñía a su agenda económica: invertir y, sobre todo, desarrollar proyectos de infraestructuras de la Iniciativa de la Franja y la Ruta destinados a la construcción de la «nueva ruta de la seda» que conecte China con las economías de Europa, África y Oriente Medio. Esto significa que el país espera que Moscú cumpla con sus compromisos, pero si la inestabilidad regional se torna en un problema, Pekín empezará a presionar a los rusos para que actúen, o quizá decida actuar por sí misma —algo más peligroso aún para la estabilidad regional—.

China, al fin y al cabo, se muestra cada vez más proactiva en todos los frentes. Puede que considere que tiene que proteger sus intereses por sí sola, o incluso valerse de Asia Central para mostrar músculo. Dispone de una pequeña base militar en Tayikistán, cerca de la frontera afgana. En 2020, acordó financiar una base para el Grupo de Reacción Rápida —las fuerzas especiales del Ministerio del Interior de Tayikistán— en la remota provincia autónoma de Gorno Badajshán. Se aseguró en un principio que no habría personal chino en la base, aunque diversos observadores han cuestionado tal afirmación. Dushanbe, después de todo, tiene que tener mucho cuidado con Pekín. En 2011 ratificó un acuerdo de 1999 de cesión de territorios chinos en la cordillera del Pamir, con lo que puso fin a una disputa de 130 años. China renunció de forma oficial a reclamar más territorios; sin embargo, en 2020, la prensa de este país empezó a publicar historias que reclamaban la reapertura de esta cuestión. Moscú y Dushanbe protestaron y Pekín afirmó que solo eran especulaciones oficiosas y no autorizadas. Sin embargo, dado el grado de control del Estado chino sobre los medios, persiste el temor de que vuelva a insistir en el tema, si en algún momento quiere ejercer influencia sobre Tayikistán.

CHINA, EL GRAN «AMIENEMIGO»

La reciente ley antiterrorista china incorpora una cláusula que permite a sus fuerzas desplegarse allende las fronteras, lo que se ha interpretado como una señal de que Pekín se dispone a proyectar su influencia militar en el exterior, y sus recientes gestos en Taiwán y en el mar de la China Meridional apuntan en esta misma dirección. Asia Central podría ser donde empiece a poner en práctica su nueva fortaleza.

Los líderes occidentales se han mostrado preocupados por la incipiente alianza militar chino-rusa, el «oso y dragón». En octubre de 2021, por ejemplo, el secretario general de la OTAN, Jens Stoltenberg, advirtió de que «China se está acercando a nosotros —y criticó— la misma idea de que debamos vigilar a Rusia o a China […] porque los dos van juntos».[1] Esto no solo quiere decir que la OTAN tenga que operar en un único entorno global de seguridad, sino, más en concreto, que China y Rusia están cooperando y coordinando sus acciones. Putin y Xi Jinping han hablado sin complejos de su frente unido, porque comparten una desconfianza mutua hacia Occidente y también porque saben que ese lenguaje despierta su atención.

Sin embargo, recuerdo una conversación que mantuve en 2013 con un oficial ruso retirado, un antiguo planificador del Directorio Principal de Operaciones del Estado Mayor General. En abierto contraste con la idea de un eje chino-ruso inamovible, me dio una opinión muy cruda: «En el plazo de veinte años, Rusia o tendrá algún tipo de alianza con Occidente, o será vasallo de China». No era el único que sostenía esa opinión en ese momento y, aunque resulta difícil imaginar qué alianza podría tener Rusia con Occidente en el contexto actual, todavía hay muchos que piensan del mismo modo.

Existe un acercamiento indudable, impulsado por la desconfianza y el resentimiento compartidos hacia Occidente, así como por intereses económicos comunes. No obstante, la relación es del todo asimétrica: Moscú necesita a Pekín más que a la inversa y, por lo que respecta a China, cualquier cosa que necesite de Rusia, petróleo, gas, armas o lo que sea, solo tiene que comprarlo. A pesar de todo, son despiadadamente pragmáticos: en

2014, China y Rusia cerraron un acuerdo de venta de gas por valor de 400 000 millones de dólares. Los chinos sabían que los rusos necesitaban el acuerdo por motivos políticos y económicos y se aprovecharon sin contemplaciones. Como reconoció con tristeza el propio Putin, «nuestros amigos chinos son negociadores duros y difíciles».[2]

Consideremos, por otra parte, las maniobras militares Vostok-2018 [Este-2018]. En este enorme ejercicio participaron, según datos oficiales, 300 000 soldados, 36 000 carros y demás vehículos, 80 buques y 1000 aviones, todos ellos desplegados en la mitad oriental de Rusia. Por ponerlo en contexto: esta cifra es el equivalente a una tercera parte de las fuerzas armadas rusas (si bien es probable que la cifra de 300 000 fuera exagerada), o el doble de las fuerzas armadas británicas, y también era dos veces superior a la de la edición anterior, Vostok-2014. Sin embargo, la atención extranjera se centró en la presencia de un contingente chino en los ejercicios, que los medios se apresuraron a anunciar como el inicio de una nueva alianza militar.

Nadie se fijó en que aquellas fuerzas apenas sumaban 3200 efectivos y 30 aviones, en que estuvieran excluidas de las decisiones a nivel estratégico, las de más alto nivel, del ejercicio, ni tampoco en que no estuvieran involucradas en la parte naval —motivo por el que enviaron, sin invitación previa, un buque espía de clase Dongdiao a seguir las maniobras —. En ese mismo momento, en un ejercicio premeditado de escenificación coreografiada, Putin y Xi Jinping celebraban una cumbre en Vladivostok en la que se comprometieron a incrementar su cooperación política y comercial, pero, en lo que respecta a la militar, hubo mucha menos de lo que sugirieron los titulares.

En gran medida, se trató de una jugada geopolítica deliberada, una operación de información en la que ambos países teatralizan su relación para preocupar a Occidente y mejorar su posición. Sin embargo, existen buenas razones para creer que, a largo plazo, las cosas podrían ser menos amistosas. En primer lugar, China reclama extensiones de territorio en el Lejano Oriente ruso, conquistados durante las fases de expansión imperial rusa. Aunque las últimas disputas fronterizas se resolvieron de forma oficial en 2008, siempre existe la posibilidad de revisar los tratados de Aigun de

1858 y de Pekín de 1860, que transfirieron vastas regiones a Rusia. Las fuerzas del Lejano Oriente ruso están lejos de poder considerarse de élite y muchas son más bien estáticas. A lo largo de sus más de 4000 kilómetros de frontera con China, Moscú despliega unidades de carácter defensivo, cuyo propósito es detectar y detener incursiones o retrasar el avance enemigo para dar tiempo a la llegada de refuerzos.

Así, por ejemplo, la 18.ª División de Artillería y Ametralladoras es la unidad principal de la defensa de las islas Kuriles, el archipiélago que se extiende desde la península de Kamchatka hasta el norte de Japón. Estas islas fueron anexionadas al final de la Segunda Guerra Mundial y Japón sigue reclamando las cuatro más meridionales, que incluyen Iturup y Kunashir, dos de las tres más grandes. Aunque se trata de una disputa de naturaleza política, la seguridad de las Kuriles tiene una prioridad desproporcionada, aunque plantee desafíos concretos, los cuales se reflejan en la composición de esta gran unidad, con cuartel general en la isla de Iturup y una base adicional en Kunashir. Dispone de dos batallones de artillería y ametralladoras, un batallón anticarro, un batallón de misiles y cañones antiaéreos, una batería de lanzacohetes múltiples y, para la defensa móvil, un único batallón motorizado de fusileros dotado de transportes de alta movilidad MT-LB y una compañía de T-72B. Incluso con la adición de misiles tierra-mar K-300P Bastion-P, no se cuenta con que la división resista más allá de cuatro días en el improbable caso de un ataque nipón a gran escala. Sin embargo, los rusos consideran que es tiempo suficiente para reforzarla, emplear la diplomacia para reducir la presión o plantear una amenaza alternativa contra Japón.

De igual modo, la 69.ª Brigada Independiente de Cobertura (la traducción más fácil de la palabra rusa *prikritiya* es «cobertura» o, en un sentido más figurado, «fortificación») está encuadrada en el 35.° Ejército del VVO. Con cuartel general en Babstovo, en la Región Autónoma Hebrea (en origen, la aldea era una villa fortificada cosaca en la frontera china), comprende tres batallones de ametralladoras, un batallón de cañones autopropulsados de 152 mm 2S19 Msta-S, uno de cañones antiaéreos y uno de misiles tierra-aire, así como un único elemento móvil, un batallón de T-

80BV. Salvo perecer en combate, es muy poco lo que podría hacer en caso de una incursión china de consideración.

En todo caso, es inevitable que el ascenso de China distorsione la relación con Rusia. Uno de los muchos motivos por los que el ultranacionalista Partido Liberal Democrático obtiene buenos resultados en el Lejano Oriente es que existe la sensación de que las inversiones chinas vienen con una mochila política. También existe una creciente inquietud entre el aparato de seguridad. El FSB colabora con sus homólogos asiáticos, pero se muestra cada vez más preocupado por el espionaje de Pekín, ciberespionaje incluido. Ahora se juzgan en público casos que antes se trataban con discreción. ¿Qué ocurrirá cuando Pekín presione a Moscú para que venda una tecnología que este no está dispuesto a exportar, o quiera que conceda a China un contrato que preferiría asignar a algún otro? Los rusos no temen una ruptura repentina y catastrófica, sino más bien una acumulación de pequeñas molestias. ¿Qué pasará cuando Pekín, cada vez más seguro de sí mismo, empiece a tratar a Rusia como el socio menor de la alianza?

El problema más inmediato es qué sucederá si uno de los dos países entra en guerra con Occidente. Pekín ha indicado que, aunque comparte la preocupación de Moscú por la expansión de la OTAN y ve con simpatía su posición en relación con Crimea, no tiene intención de implicarse en un conflicto por Ucrania (sobre todo, cabe sospechar, porque está invirtiendo bastante en este país, que es su principal proveedor de maíz). De hecho, China nunca reconoció la anexión de Crimea. No es ninguna sorpresa que Rusia, al menos de forma oficiosa, no esté nada satisfecha con la respuesta de Pekín a su intervención en Ucrania. Por otra parte, si China y Estados Unidos chocan por Taiwán, entonces Pekín pretendería recibir de Moscú apoyo político y de inteligencia y tal vez algo más sustancial. Esto dejaría al Kremlin en una difícil situación: si no proporciona a China todo lo que quiere —lo cual supondría un inevitable empeoramiento de las relaciones con Occidente— se abriría una falla a lo largo de sus 4000 kilómetros de frontera con un vecino poderoso y cada vez mejor armado, una posibilidad que incomoda de forma notable a los estrategas rusos.

CAPÍTULO 29

Ucrania 2022: ¿la última guerra de Putin?

En 2018 estuve en Kyiv para hablar en un acto de temas de industria y defensa y aproveché para celebrar en paralelo algunas reuniones con gente del mundo de las fuerzas armadas y la seguridad. En cierto momento, me abordó un oficial de las fuerzas especiales de Ucrania. Vestía uniforme de paseo cubierto de condecoraciones, medía 15 centímetros más que yo, era unos 15 centímetros más ancho y, sin duda, conocía 15 formas diferentes de matarme con sus propias manos, por lo que no me moví de mi sitio mientras se dedicaba a sermonearme, dado que yo era el representante de Occidente que tenía más a mano. ¿Por qué éramos tan negativos, tan derrotistas? ¿Acaso no veíamos que, en su debido momento, Ucrania retomaría lo que le habían robado y expulsaría a los rusos? ¿Es que no

habíamos visto lo que había ocurrido en Croacia en 1995, cuando, en menos de cuatro días, los croatas recuperaron la quinta parte de su territorio, ocupado por los serbios, después de cuatro años de preparativos? Eso se quedaría en nada comparado con lo que haría Ucrania, muy pronto.

Para ser honestos, pensaba que este hombre desbarraba. Es más, lo que decía era peligroso, pues gente como él podía provocar un enfrentamiento contra un país mucho más poderoso que Serbia, cuyo líder nunca olvida una afrenta y siente un placer evidente en la venganza. Estaba del todo de acuerdo con la aspiración de Kyiv de retomar los territorios perdidos, pero, en aquel momento, no veía cómo alguien podía plantear en serio una acción militar unilateral.

En cierto modo, tenía razón. Ucrania no podía hacerlo sola. Necesitaría mucha ayuda de Occidente, aunque también de cierta persona. En 2022 quedó claro cuál era el arma secreta de Kyiv: Vladímir Putin.

EL SUEÑO DE LA «OPERACIÓN MILITAR ESPECIAL»

En la primavera de 2021, Rusia empezó a acumular tropas a lo largo de la frontera ucraniana. En un principio, la respuesta de Occidente fue bastante tranquila, pues lo consideraban un alarde de «diplomacia *heavy metal*»,[1] un intento de intimidar más que el preludio de una invasión, aunque en invierno las cosas ya no pintaban tan bien. Los rusos habían reunido unos 140 000 efectivos. En concreto, empezaban a desplegar los elementos de «cola» para complementar los «dientes» (*vid*. N. del T., pág. 223) que serían necesarios para una operación de importancia, desde camiones cisterna con combustible a puentes de barcas. Londres y Washington, de acuerdo con sus informes de inteligencia, empezaron a advertir de que la guerra era una posibilidad real, a pesar de que la mayoría de Gobiernos europeos seguía dudando que Moscú fuera a ser tan temerario.

Al fin y al cabo, el sentido común desaconsejaba una invasión y, Putin, de hecho, estaba ganando una guerra sin derramamiento de sangre en aquel

momento. La amenaza de las tropas rusas estaba espantando a los inversores y Ucrania había perdido el acceso a los mercados financieros internacionales. El estrecho de Kerch que separa Crimea de la Rusia continental era el escenario de una guerra económica no declarada: en noviembre de 2018, buques de las Tropas de Fronteras del FSB interceptaron y capturaron tres naves de la Armada ucraniana. En abril de 2021, los rusos impusieron un «bloqueo suave» a los puertos de Mariúpol y Berdiansk, en el mar de Azov: retrasaban e incautaban los barcos que pasaban por el estrecho, lo que aumentaba la asfixia de la economía ucraniana.

Mientras tanto, una sucesión de dignatarios extranjeros acudió a Moscú a encontrarse con Putin y tratar de reducir la tensión. Todo esto le situaba donde quería estar: en el corazón del mundo geopolítico. Entre bastidores, algunos gabinetes europeos llegaron incluso a sugerir al presidente ucraniano Volódimir Zelenski que hiciera algunas concesiones a Putin en favor de la paz. En diciembre, Putin exigió una serie de «garantías de seguridad» que, además de imponer neutralidad y vulnerabilidad a Ucrania, también obligaría a la OTAN a hacer concesiones sustanciales: el retorno, *de facto*, a la situación previa a su expansión hacia el este en 1997. Eran unas exigencias ridículamente ambiciosas que, con toda probabilidad, tan solo constituyeran el inicio de un regateo: dicho sin ambages, la eficaz e implacable estrategia de negociación de Moscú es pedir todo el pastel para luego conformarse con comerse la mitad. Por su parte, si bien Occidente había rechazado de entrada semejantes exigencias, al mismo tiempo estaba discutiendo con discreción qué porción bastaría para satisfacer el apetito de Putin.

El presidente ruso estaba ganando, pero si de verdad fuera ese astuto maestro de ajedrez de la geopolítica que muchos afirman que es, habría sabido explotar la situación y obtener el máximo beneficio. A pesar de las advertencias —siempre poco directas— de Estados Unidos y el Reino Unido, no parecía que Putin tuviera ningún motivo para abandonar su cautela habitual y romper su racha victoriosa. Si he de ser sincero, debo confesar que, a primeros de febrero de 2022, estimé que las probabilidades de que estallara la guerra no eran superiores al 30-40 por ciento.

El problema es que lo que parecía de sentido común para cualquier observador externo, no lo era para Putin. Durante años, el presidente ha vivido en una burbuja informativa cada vez más y más reducida. Como ya vimos en el Capítulo 26, solo escucha lo que le dice el secretario del Consejo de Seguridad, Nikolái Pátrushev, y sus jefes de inteligencia y estos, por su parte, han aprendido que, para ganarse el favor de Putin, tienen que decirle lo que quiere escuchar, no lo que necesita oír.

Solo podemos hacer especulaciones en relación con el estado de ánimo de Putin durante el confinamiento por la pandemia, que vivió en un régimen de extraordinaria bioseguridad, es probable que a causa de problemas de salud subyacentes: se ha hablado de toda clase de trastornos, desde Parkinson a cáncer. Las personas que querían reunirse con él tenían que pasar dos semanas en unas dependencias gubernamentales protegidas y luego atravesar un pasillo para ser bañadas en rayos ultravioleta antigérmenes y rociadas por una nube de desinfectante. En tal opulento aislamiento, Putin reflexionó acerca de Ucrania y del futuro e incluso escribió un extraño ensayo sin fundamento histórico que trataba de demostrar que este país es, en realidad, una parte de Rusia.[2] Pontificó, amenazante, que Ucrania se convertiría en una avanzada de la agresión de la OTAN, mientras sus secuaces y sus serviles funcionarios le aseguraban que los propios ucranianos estaban inquietos con un Gobierno dominado por los estadounidenses y que recibirían a sus libertadores con los brazos abiertos. Es igualmente posible que pensara que su reloj iba más rápido de lo esperado, que su salud le daba menos tiempo para alcanzar su objetivo final de ascender al panteón de los grandes héroes de Rusia, de los constructores del Estado ruso. Fuera cual fuese el motivo, Putin decidió pasar a la acción.

NO ES LA GUERRA DE LOS GENERALES

La paradoja es que los mismos analistas occidentales que estaban seguros de que Rusia iba a desencadenar la invasión, también estaban convencidos

de que vencería y que lo lograría con rapidez. El consenso general era que las fuerzas armadas ucranianas serían destruidas en dos semanas y que el país quedaría en manos de Moscú, a pesar de cierta resistencia guerrillera, pero no ha sucedido así en absoluto.

En parte, esto se ha debido a la combatividad y a las capacidades de los propios ucranianos. Llevaban ocho años esperando una invasión, por lo que han meditado, planificado y practicado cómo hacer frente a los rusos. Los ucranianos han empleado la defensa en profundidad por parte de las motivadas unidades de la Defensa Territorial, mientras pequeños grupos de regulares con mucha movilidad golpeaban las largas líneas de suministro de los invasores para privarlos de los víveres, del combustible y de la munición que necesitaban para combatir. Desde fontaneros a catedráticos, los ucranianos han tomado las armas y el presidente Zelenski, que muchos nacionalistas tachaban de «payaso» y «endeble», ha estado a la altura del reto con humor y aplomo hasta el punto de convertirse en una referencia para sus ciudadanos y en un poderoso promotor del apoyo de Occidente.

Sin que esto signifique minusvalorar el esfuerzo ucraniano, debemos comentar la extraña estrategia inicial de los rusos. Como vimos en el Capítulo 27, los militares rusos tienen un proceso muy concreto e ideas muy claras de cómo combatir una guerra terrestre de importancia, como es la invasión de un país con una población de más de 44 millones de habitantes y más de 200 000 soldados (antes de la movilización nacional). El procedimiento estándar sería establecer, con mucha antelación, un grupo de gestión de combate para coordinar los preparativos. Este organizaría una agrupación de unidades que, a las órdenes de un único comandante operacional, debería lograr, a ser posible, una superioridad militar local de tres a uno sobre los defensores. La guerra se iniciaría con un MRAU para destrozar todas las pistas de despegue ucranianas, suprimir las defensas aéreas, romper las líneas de comunicaciones y desorganizar y desmoralizar a las tropas, en combinación con devastadores ciberataques. A continuación, los rusos lanzarían al otro lado de la frontera una operación de armas combinadas muy bien coordinada.

¿Qué ocurrió el 24 de febrero? El bombardeo preparatorio fue limitado y poco intenso, con lo que Ucrania pudo preservar una fuerza aérea y un

sistema de defensa aérea con la que disputar los cielos, cosa que hizo de inmediato. Al bombardeo le siguieron asaltos a pequeña escala, como la incursión aerotransportada en el aeropuerto de Hostómel (también conocido por el nombre de Antónov) en las afueras de Kyiv, en el que unos centenares de paracaidistas rusos tomaron las instalaciones a pesar de la tenaz resistencia ucraniana. Aunque recibieron refuerzos, pronto quedaron rodeados y se vieron obligados a retirarse, aunque lo retomaron brevemente algún tiempo después. Aun así, toda la operación parecía basarse en la extraña suposición de que los ucranianos apenas resistirían y que un par de compañías de las Fuerzas Aerotransportadas bastarían para marchar sobre Kyiv y detener al ejecutivo.

Existen infinidad de indicios que apuntan a que este no fue el tipo de guerra que hubiera librado el Estado Mayor General. Durante las seis primeras semanas de contienda, hubo, según diversas estimaciones, tres, quizá cinco, comandantes operacionales independientes a cargo de los diversos frentes. Sin movilización previa, los rusos estaban empleando unidades con efectivos de tiempo de paz, por lo que carecían de infantería suficiente; la imagen de carros sin apoyo destruidos por emboscadas ucranianas se convirtió en un cliché del conflicto. No había suministros suficientes para sostener un combate prolongado. El GBU que debería haberse encargado de poner remedio a todo esto no se creó con meses de antelación (como habría hecho el Estado Mayor General según el procedimiento estándar), sino un día antes de la invasión. Cuando llegaban a la zona de combate refuerzos o suministros, los diversos jefes de operaciones se los disputaban. No había una visión clara de las prioridades operacionales.

UNA INTERVENCIÓN POLICIAL, NO UNA GUERRA

Parece evidente que la estrategia inicial la pergeñaron Putin y su círculo íntimo, en el que nadie cuenta con auténtica experiencia militar y en el que

todos creyeron —o no se atrevieron a contradecir— la suposición, equivocada por completo, de que los ucranianos carecían de espíritu combativo. Denominó la invasión «operación militar especial», no guerra, aunque no por motivos de propaganda, sino porque así era como lo veía. Se trataba más bien de una intervención policial: arrestar a Zelenski y a su ejecutivo «neonazi», imponer un régimen títere y pasar una semana o dos acallando pequeñas resistencias y dispersando algunas manifestaciones. Quizá la mitad occidental del país, al otro lado del río Dniéper, no aceptaría el nuevo orden, pero la mayoría de Ucrania, desde su punto de vista, caería con rapidez.

Dado que Bielorrusia dependía del apoyo ruso desde que su dirigente dictatorial, Alexánder Lukashenko, reprimió con brutalidad la resistencia a su régimen, los tres grandes pueblos de lo que Putin considera el «mundo ruso» volverían a estar reunidos. Es indudable que ucranianos y bielorrusos se ven de una forma bastante diferente, pero a un nacionalista como es Putin, esto le parecía un colofón digno para su carrera.

El presidente ruso llevaba considerando la idea de la invasión desde hacía meses. No obstante, parece que no tomó la decisión final hasta el último momento; de hecho, muchos de sus comandantes no supieron que iban a invadir Ucrania hasta pocos días antes de hacerlo. Fue muy revelador un mensaje de voz interceptado entre el líder checheno Ramzán Kadírov y uno de sus secuaces, Daniil Martínov, comandante del contingente de la Guardia Nacional chechena en Ucrania. Este último conocía el secreto y explicaba satisfecho la consternación —y el desaliento— de los demás mandos cuando se les había reunido la semana previa a la invasión y escucharon («con ojos que se salían de las órbitas») lo que estaba a punto de ocurrir.[3] Tenían motivos para estar preocupados: muchas de esas formaciones de la Guardia Nacional sufrirían pérdidas graves cuando se enfrentasen a tropas de primera línea en lugar de a manifestantes ucranianos. Uno de estos comandantes escribió con rabia en una red social empleada por guardias nacionales retirados y en activo: «nos mandaron a la trituradora, como si fuéramos carne de cañón». A su unidad del OMON, entrenada para el control de multitudes y operaciones urbanas a pequeña escala, se la destinó cerca de Járkiv en camiones ligeros. Recibieron el

asalto de artillería ucraniana de 122 mm y luego les dispararon a máxima distancia unos carros de combate, cuando ellos de lo único de lo que disponían era de lanzacohetes RPG-29 Vampir, de 800 metros de alcance y, por tanto, incapaces de alcanzar a sus hostigadores. No es de extrañar que estuviera furioso y se han dado otras muchas manifestaciones de ira, tanto entre los soldados como por parte de las tropas de seguridad.

DE KYIV AL DONBÁS

Es evidente que, al principio, los rusos esperaban hacer rápidos progresos en todos los frentes. Desde suelo ruso y bielorruso, sus formaciones avanzaron hacia Kyiv por el norte, mientras desde las «repúblicas populares» del Donbás y desde Rusia se marchaba hacia la segunda ciudad más grande de Ucrania, Járkiv, en el nordeste, y por la costa de Azov, en el sudeste. El objetivo de estas últimas parecía ser cercar a los ucranianos de la Operación de Fuerzas Conjuntas atrincherados a lo largo del frente del Donbás y enlazar con los batallones que habían salido en tromba desde Crimea, tanto en dirección este, hacia Mariúpol, como hacia el oeste, para tomar el gran puerto de Odesa. Mientras tanto, las unidades navales bloquearon la costa del mar Negro y tomaron posiciones para lanzar un posible asalto contra esta última ciudad.

En lugar de concentrarse, las fuerzas rusas se dispersaron demasiado, en operaciones preparadas de forma inadecuada y ejecutadas por unos soldados que no esperaban entrar en guerra. El avance sobre Kyiv quedó paralizado en un convoy de 65 kilómetros de unos 15 000 efectivos atascados a unos 20 kilómetros a las afueras de la ciudad. El colapso no solo se debía a los golpes propinados por los ucranianos con drones Bayraktar TB-2 y destacamentos contracarro armados con los poderosos Javelin y NLAW, proporcionados, respectivamente, por Estados Unidos y Gran Bretaña; también contribuyeron la desorganización, las averías y la falta de combustible. A mediados de marzo, el convoy se dispersó y pronto quedó claro que Moscú había descartado la idea de tomar la capital, cada

vez mejor defendida. Para finales de mes, las unidades rusas ya habían abandonado la región de Kyiv. En la retirada, dejaron pruebas de las terribles atrocidades infligidas a la población civil, de las que las más notorias fueron las cometidas en la localidad de Bucha, donde se cree que ejecutaron a más de 400 civiles, algunos de ellos niños.[4]

Con el abandono del saliente de Kyiv, las fuerzas rusas se concentraron en el este, al parecer con intención de controlar la región del Donbás y abrir un corredor terrestre hasta Crimea. Aunque la batalla por Járkiv estaba resultando incierta, a finales de mayo, parecía que la ciudad estaba en manos del Gobierno y, a pesar de que los rusos estaban consiguiendo ganar terreno en las regiones de Donetsk y Lugansk, la encarnizada resistencia ucraniana hacía que el avance resultara lento. Por cada dos pasos que progresaban, retrocedían uno. A mediados de mayo, la ofensiva estaba logrando progresos lentos, pero reales, aunque fueran de uno o dos kilómetros diarios. Sin embargo, en el momento en el que escribo, parece improbable que puedan sostener la ofensiva durante todo el verano. Empiezan a escasear las reservas de municiones de precisión —los rusos han llegado a emplear misiles antibuque para atacar blancos terrestres— y, a pesar de sus desesperados intentos de reclutar nuevos *kontraktniki*, tales como ofrecer a los reclutas una considerable prima si se alistan al término del servicio militar obligatorio, están teniendo dificultades para reconstituir las unidades diezmadas en los combates.

Solo en el sur han conseguido avances reales. A pesar de que la ofensiva hacia Odesa fue contenida, las unidades de Crimea lograron tomar con rapidez Jersón y el canal del norte de Crimea, con lo que reabrieron el suministro de agua a la península, que estaba bloqueado desde 2014. Luego, marcharon hacia el este y se encontraron con las fuerzas del Donbás en la ciudad portuaria de Mariúpol, que se convirtió en el escenario de un sitio apocalíptico que redujo la ciudad a un montón de escombros. Un puñado de defensores se hizo fuerte en la gigantesca fundición de hierro y acero de Azovstal, un complejo industrial que estaba preparado para servir de refugio nuclear, y logró resistir durante semanas, aunque tuvo que rendirse en mayo. Con esto, Rusia logró por fin su «corredor de Crimea» en la costa

septentrional del mar de Azov que conectase la península con la Rusia continental.

El 8 de abril, se anunció que el coronel general Alexánder Dvórnikov, comandante del YuVO y primer jefe del contingente de Siria, asumiría el mando conjunto de la invasión (algo que, según la práctica estándar rusa, tenían que haber hecho antes de que se iniciase la operación). Era cada vez más evidente que los generales estaban recibiendo más libertad para dirigir la contienda a su manera. Sin embargo, para entonces, sus efectivos estaban muy desgastados y agotados, las armas occidentales afluían a Ucrania y Occidente había emprendido una guerra económica sin precedentes contra Rusia. Los invasores seguían combatiendo a lo largo de un frente de 500 kilómetros contra un ejército que, una vez movilizado, igualaba e incluso superaba en número al ruso. Sin embargo, ahora se percibía una clara sensación de mayor realismo y profesionalismo, aunque desde un punto de partida muy precario. La guerra se convirtió en una contienda de duelos artilleros, un campo en el que los rusos siguen teniendo ventaja —al menos hasta que los ucranianos reciban suficientes cañones y sistemas occidentales de contrabatería— y de progresos lentos y metódicos, en lugar de maniobras arriesgadas.

El objetivo decisivo parece ser establecer una línea de frente defendible antes de que la ofensiva, por decirlo en la jerga castrense, «culmine» o, en otras palabras, que pierda fuelle. Al parecer, Dvórnikov planea atrincherase y dejar que sean los ucranianos los que traten de hacerlos retroceder, lo cual concedería a los rusos la ventaja de combatir a la defensiva. En el momento en que escribo estas líneas, esta estrategia parece plausible, aunque no hay garantías de que tenga éxito. Sin embargo, está a un mundo de distancia del plan inicial de tomar toda o la mayor parte de Ucrania y en dos semanas. Además, también podría llevar a una guerra inconclusa que se prolongaría durante largo tiempo.

CÓMO LA SOBERBIA HA DESTRUIDO ARMADAS

Es evidente que subyacen profundas deficiencias en la maquinaria bélica rusa, desde la indisciplina y la corrupción al descuido en el mantenimiento más elemental. Las unidades carentes de efectivos reglamentarios no han podido proporcionar infantería de apoyo a los carros de combate, lo cual los ha hecho vulnerables a los misiles ucranianos. Está claro que los soldados no han recibido adiestramiento en combate urbano, pues han sido víctimas de emboscadas una y otra vez. Un fraude en la adquisición de materiales hizo que las unidades recibieran, en lugar de neumáticos militares de gran resistencia, ruedas chinas baratas que se rasgaban y reventaban. Las bombas, mal fabricadas o muy viejas, no explotaban al impactar. Los soldados recibían raciones de campaña caducadas hacía mucho tiempo, por lo que se dedicaban a saquear casas y comercios, lo cual ha generalizado una cultura del bandidaje. La nueva Policía Miltar (VP), cuya misión era impartir disciplina y supervisar un ejército que solía carecer de ambas cosas, no ha intervenido, ni para prevenir masacres como la de Bucha ni para detener el saqueo extensivo por parte de las fuerzas rusas.

No obstante, los generales no ignoraban muchos de estos problemas de base y han promovido estructuras y estrategias para combatirlos. Aunque solo han podido aplicarlas cuando han dispuesto de tiempo y autoridad para ello. Al enviar a sus generales a combatir a un enemigo poderoso sin preparación adecuada, ni logística, y con una estrategia fundamentada en prejuicios políticos, no en los hechos sobre el terreno, Putin ha conseguido que no se implemente ninguna. Es más, el Estado Mayor General siempre había asumido que una gran contienda terrestre como esta se libraría con unidades reforzadas con, como mínimo, una movilización parcial, no con el número de efectivos de tiempos de paz.

Es imposible exagerar el impacto tan devastador que ha tenido todo esto. Podríamos decir que veinte años de un elevado gasto militar se despilfarraron en veinte días. A primeros de junio, aunque las cifras no están claras, es innegable que los rusos han sufrido más de 15 000 «cargo

200», o, lo que es lo mismo, más muertos que en los diez años de guerra en Afganistán. Si se aplica la ratio habitual de un conflicto armado, eso supone no menos de 45 000 heridos. Muchas de estas bajas afectan a los mejores, porque la invasión la han llevado a cabo, sobre todo, los *kontraktniki* y, en concreto, las Fuerzas Aerotransportadas (VDV) y los *Spetsnaz*. Asimismo, el Ejército ha perdido enormes cantidades de su material más moderno (y más caro): más de 800 carros de combate en dos meses y medio de combates, entre ellos su modelo más reciente, el T-90M Proryv [ruptura]. Vale la pena observar que el fabuloso T-14 Armata no se ha dejado ver aún en Ucrania. Esto no solo se debe a que hay muy pocos en servicio, también podría deberse a que Moscú quiera evitar el mal trago de que alguno quede fuera de combate. Por otra parte, casi la mitad de los carros han sido abandonados o capturados. El espectáculo de unos agricultores ucranianos llevándose a remolque vehículos blindados rusos se ha convertido en poco menos que un meme de la guerra. El abandono de vehículos indica el grado de desplome de la moral y la disciplina. Se han reportado casos de deserción y algunos se han negado abiertamente a ir a Ucrania. También se han dado casos de resistencia encubierta: algunos soldados vacían los depósitos de combustible de sus vehículos para no tener que ir al frente.

En el aire, los rusos han cometido el inexplicable error de no golpear las defensas aéreas ucranianas, lo que ha provocado que los rusos tengan que utilizar con cautela su superioridad numérica y además están sufriendo ataques desde el cielo. En los primeros tres meses perdieron una cantidad estimada de 200 aparatos. En el mar, el exceso de confianza provocó la pérdida del Moskvá, buque insignia de la Flota del mar Negro, hundido por misiles antibuque en un incidente particularmente humillante. Rusia ha tenido que recurrir a misiles de largo alcance como los Iskander o los Kalibr para machacar Ucrania, en particular el oeste del país —los rusos parecen reacios a enviar aviones demasiado cerca de las fronteras de la OTAN— aunque las reservas de este tipo de medios parecen estar agotándose. Gracias a las sanciones occidentales que afectan al acceso a la electrónica avanzada, los rusos tendrán cada vez más difícil reponer estos sistemas de precisión, que debían constituir el futuro de la guerra «sin contacto».

Existe, sin duda, una tradición entre los rusos de «dirigir desde el frente». Sin embargo, los generales se han visto obligados a abandonar sus cuarteles generales en la retaguardia para ver la situación sobre el terreno o resolver problemas en persona, lo cual los ha hecho vulnerables. Gracias sobre todo a la intercepción electrónica —los sistemas rusos de comunicación de la nueva era no parecen funcionar sin señal de 3G o 4G, por lo que tienen que utilizar medios no seguros— los ucranianos han adoptado la costumbre de matar generales rusos: es posible que a una docena en tres meses. Corre incluso el rumor de que el jefe del Estado Mayor General, Guerásimov, resultó herido a finales de abril mientras visitaba Izyum, en la región de Járkiv, para comprobar por sí mismo la situación sobre el terreno.

PUNTO MUERTO

En el momento en que escribo, a principios de junio, incluso aunque Putin reconozca que su «operación militar especial» es una auténtica guerra y ordena una movilización total o parcial de sus reservas, no parece fácil que pueda tomar y defender todo el Donbás y mucho menos otros territorios. Una medida semejante implica un grave riesgo político, que provocaría la reacción inevitable de la población, a la que se le dice que este es un conflicto limitado. Decenas de miles de rusos ya han sido arrestados por protestar contra la contienda y ha habido una serie de ataques incendiarios contra oficinas de reclutamiento. Es más, aunque en teoría hay más de un millón de reservistas en los registros, los militares tendrían considerables problemas para reunir, entrenar, armar y desplegar más de 100 000 o 150 000 hombres, lo cual requeriría unos tres meses una vez se tomase la decisión. Aunque la mayoría de estos efectivos estarían descontentos, en baja forma, mal entrenados y equipados —en mayo, los rusos empezaron a sacar de los parques carros T-62 de la década de 1960 para enviarlos al combate— no cabe duda de que un número tan elevado de soldados de

refresco se haría notar en el campo de batalla. Sin embargo, también sufrirían enormes bajas, de ahí que Putin continúe, por ahora, titubeando.

Es incluso posible que, como anhelaba aquel oficial de las fuerzas especiales, Ucrania pueda retomar sus territorios perdidos por medios militares. Sin embargo, los problemas de recursos humanos de las fuerzas armadas rusas derivan del hecho de que su Ejército combate con efectivos de tiempo de paz contra un país movilizado. Mientras que Kyiv ha desplegado todo su capital, Moscú todavía tiene opciones, pues cuenta con tres veces más población y recursos todavía por explotar. Si bien es difícil que recuperen el ímpetu perdido al inicio, sería un error dar por derrotados a los rusos tan pronto. Parece más probable que la guerra quede estancada en un largo y desagradable punto muerto: ningún bando es lo bastante fuerte como para ganar, pero tampoco lo bastante débil como para perder. Siempre es peligroso hacer predicciones, temerario, incluso, pero, si damos por hecho que los ucranianos continúan dispuestos a combatir (lo cual parece bastante cierto) y que Occidente mantiene su voluntad de apoyar a Kyiv (algo no tan claro, pero bastante probable) entonces la verdadera pregunta es durante cuánto tiempo y a qué coste Moscú está dispuesto a continuar esta campaña fútil y autodestructiva.

Es posible que Putin llegue un día a aceptar la derrota, lo cual sería su último y definitorio acto como líder. Ha tratado de achacar el fracaso de su plan inicial a la OTAN. En su discurso del Día de la Victoria, el 9 de mayo, presentó su operación como un «ataque preventivo contra la agresión», en respuesta a los intentos occidentales de utilizar Ucrania como peón contra Rusia.[5] Ha aprovechado la guerra para liquidar los últimos vestigios de oposición y medios independientes: llamar «guerra» a la «operación militar especial» se castiga con penas de cárcel de hasta quince años. De igual modo, Putin está buscando cualquier cosa que pueda ser presentada como una victoria. Es posible que anexione las repúblicas populares de Donetsk y Lugansk e incluso Osetia del Sur y Abjasia en Georgia. En la Ucrania meridional conquistada podría establecerse una nueva «República Popular de Jersón». Todo esto sería la prueba del triunfo de Moscú y del deseo de estas regiones de unirse al abrazo de la madre patria.

Tales triunfos, no obstante, además de ser ilegítimos ante la comunidad internacional, tendrán un enorme coste. Cuanto más territorio controlen los rusos —en algunos casos ante una creciente resistencia guerrillera— más presión tendrán que soportar sus dispersas unidades. Además de incorporar estas regiones al sistema administrativo ruso, también habrá que reconstruir ciudades devastadas por el conflicto por un tesoro que ya tiene que encarar los costes de guerra y las sanciones. Aunque nadie puede hacer predicciones fiables al respecto, es probable que la economía rusa experimente una contracción de una cuarta parte solo en 2022, por lo que lo que se gaste en Mariúpol o Jersón no podrá emplearse en Moscú o Kaliningrado, o en ayudar a quienes padecen situación de desempleo, el aumento del precio de los alimentos o el aislamiento internacional.

Tras haberse comparado con figuras históricas como Pedro el Grande, Putin se arriesga a parecerse a Nicolás II, el último zar, que pensó que la Primera Guerra Mundial podía ser la oportunidad de renovar la legitimidad para él y su régimen, pero que acabó llevando a su país a una contienda que no podía ganar y se condenó a sí mismo y a su dinastía. Es posible que quien le suceda, quienquiera que sea y cuando esto ocurra, deberá tomar las drásticas decisiones necesarias para poner fin a esta guerra.

CAPÍTULO 30

Conclusiones: ¿la Esparta euroasiática?

En 2016 abrió sus puertas *Park Patriot*, en Kúbinka, al oeste de Moscú, cerca del principal campo de pruebas del país (donde tuvo lugar la final de los juegos militares que expliqué en el Capítulo 1). Con el nombre oficial de Parque Militar-Patriótico de Cultura y Recreo de las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa (*Voyenno-patrioticheskogo parka kultury i otdykha Vooruzhennykh Sil Rossiyskoy Federatsii «Patriot»*), se ha aludido a sus 19 kilómetros cuadrados como el «Disneyland militar» y es un ejemplo asombroso de la campaña de Serguéi Shoigú para conectar las fuerzas armadas con el conjunto de la sociedad. Dispone de una hilera tras otra de carros de combate, aviones y vehículos militares de todo tipo, más de 600 en total. Hay hasta un ICBM y un submarino. Cuenta con una aldea

partisana, que recrea la resistencia de la Gran Guerra Patriótica, y con un Centro de Juegos Tácticos Militares, donde toda la familia puede ponerse unas gafas protectoras y reproducir un combate urbano con láser tag, y pronto dispondrá de una réplica del Reichstag berlinés para tomarlo al asalto, como en 1945. Hay polígonos de tiro, simuladores de carros y barcos, una cantina donde se sirven raciones militares, abrumadoras exposiciones de la intervención en Siria y, desde 2020, la enorme catedral principal de las Fuerzas Armadas, con sus torres de color caqui rematadas por cúpulas doradas y sus vidrieras de la bóveda, que representan condecoraciones del Ejército Rojo. Desde lo alto, los ángeles contemplan las hazañas de los soldados rusos, desde «llevar la paz a Georgia» en 2008 a «combatir el terrorismo internacional» en Siria. El suelo está hecho de metal fundido procedente de armas y carros germanos capturados durante la Gran Guerra Patriótica. Podría seguir describiéndolo un rato largo.

Hasta Ucrania, era fácil tomar la Rusia de Putin al pie de la letra como una sociedad militarizada que apoya a un guerrero global, contundente y seguro de sí mismo, paladín de la nación. Existe el ritual, organizado, pero sin duda popular, del Día de la Victoria. Los coches lucen adhesivos con el rótulo «¡A Berlín!» y en la trampa para turistas que es la calle Arbat de Moscú puede verse un mural del mariscal Zhúkov, héroe de la Gran Guerra Patriótica (es enorme; cubre todo el costado de un edificio). Los grupitos de voluntariosos miembros del *Yunarmiya*, el «joven ejército», son, con sus uniformes pardos y sus boinas rojo brillante, un elemento indispensable en toda conmemoración patriótica. La DOSAAF (*Dobrovólnoye obshchestvo sodeistviya armii, aviatsii i floti* [Sociedad Voluntaria de Ayuda al Ejército, la Aviación y la Armada]), una reliquia de época soviética revivida, proporciona a chicos y chicas una amplia gama de cursos y formación de utilidad para el servicio militar, desde tiro a orientación, salto en paracaídas o radioelectrónica, de modo que decenas de miles de jóvenes rusos se incorporan al servicio militar con un entrenamiento elemental. Aunque no sigan el canal de televisión del Ministerio de Defensa, Zvezda, existe un abundante menú de películas bélicas, historias modernas de hazañas de soldados y espías, reportajes que ensalzan las nuevas armas o las maniobras más recientes y un tipo de tertulia geopolítica característica de Rusia, más

cercana a un espectáculo de gladiadores que a un análisis serio, donde, entre ruidosas voces, cada tertuliano compite por hilar una teoría conspirativa en torno a Occidente más paranoica aún que la del invitado anterior.

Sin embargo, en ocasiones, el volumen es producto de la inseguridad, no de la confianza. Antes de su pobre actuación en Ucrania, existían motivos para cuestionar si Rusia era de verdad la nueva Esparta del siglo XXI y hasta dónde estaba dispuesta a llegar para reafirmar, de forma duradera, su estatus de gran potencia con arreglo a sus supuestas capacidades militares y a su evidente voluntad de emplearlas. En todo caso, el Kremlin parece haberse dejado seducir por este teatro. Además de sobrevalorar sus capacidades en relación con Ucrania, no supo ver que las antiguas métricas del poder —la cifra de soldados, carros y aviones, lo bien que desfilaban por la Plaza Roja— cada vez tienen menos importancia en la nueva era de municiones de precisión, fuerzas espaciales, «guerra mosaico», computación cuántica e inteligencia artificial.

¿UNA NACIÓN EN ARMAS?

No cabe duda de que la guerra contra Ucrania ha demostrado que había un desequilibrio entre las ambiciones militares del Kremlin y las fuerzas que podía desplegar en época de paz. Existe una línea argumental que afirma que esto solo puede ir a peor, que Rusia y sus fuerzas armadas chocarán pronto con un grave desafío demográfico o, dicho más claro, que no habrá jóvenes suficientes. Antes incluso de la disolución de la URSS, Rusia estaba experimentando una crisis demográfica, con elevadas tasas de mortalidad (debida, en particular, a la mala sanidad y a un profundo problema de alcoholismo), que no hizo sino empeorar durante la década de 1990 y, si bien la situación ha mejorado desde entonces, su efecto será duradero. Según un informe de Naciones Unidas, por ejemplo, en 2020 se preveía que habría 14,25 millones de hombres de 20 a 34 años, pero que esta cifra descendería a 11,55 en 2025 y continuaría cayendo hasta la década de 2030, momento en que volvería a remontar. Esto supone una reducción del 20 por

ciento de efectivos movilizables durante la década de 2020, antes incluso del impacto del COVID-19. Como si esto no supusiera un quebradero de cabeza suficiente, los rusos étnicos tienen menos hijos que los demás grupos, así que una proporción cada vez mayor de esos jóvenes procederá del sur de cultura musulmana, del norte del Cáucaso, origen de los mayores riesgos potenciales de seguridad.

Dado que el Kremlin sigue pretendiendo mantener el tamaño actual de las fuerzas armadas —lo cual requiere un servicio militar obligatorio—, pero también reclutar y reenganchar *kontraktniki*, esto plantea una serie de dilemas de política de defensa. ¿Elevar los salarios para hacer más atractivo el Ejército profesional? Es posible, pero caro. ¿Volver a los dos años de servicio nacional? Esto tendría sentido desde el punto de vista militar, pero sería muy impopular desde el político. Los rusos han tomado otras iniciativas, como reclutar mujeres (hay en la actualidad unas 45 000 en las fuerzas armadas, todas ellas profesionales) o hacer limpieza en las *voyenkomati*, los comités de reclutamiento, famosos por su corrupción, puesto que aceptaban sobornos para eximir del servicio. Sin embargo, todas estas medidas son insuficientes para resolver el problema.

Sin embargo, esto es quizá exagerado. La elusión del servicio militar ha caído (pero es muy probable que la posibilidad de ser enviado a combatir a Ucrania haga que aumente) y, aunque las fuerzas armadas siguen teniendo problemas para conseguir todos los *kontraktniki* que le gustaría, en muchos aspectos han obtenido resultados sorprendentemente buenos. Es más, han dedicado una notable atención al deteriorado sistema de movilización, que proporciona entrenamiento regular a exreclutas y exprofesionales para que mantengan cierto nivel de preparación para el combate. En 2022 se ha estimado que la nueva BARS (*Boyevoi armeiski rezerv strani* [Reserva del Ejército de Combate del País]), creada apenas un año antes, es capaz de movilizar no menos de 100 000 reservistas, a cambio de una pequeña remuneración. No ha habido una movilización nacional oficial, pero el sistema de BARS se activó en la primavera de 2022 para restituir las bajas sufridas en Ucrania por los grupos tácticos de batallón, lo cual evidencia su efectividad, pese a que enseguida hubo casos de soldados que se negaron a incorporarse a filas.

¿EL MITO MILITAR?

La inclinación de los jóvenes rusos, tanto hombres como mujeres, a servir en el Ejército depende de la predisposición de las autoridades a perseguir a los que eluden el servicio militar, cosa que sucede, y de los salarios y pensiones que reciben los *kontraktniki*, así como de la consideración de si servir en las fuerzas armadas es una vocación valiosa y honorable. En la época tardosoviética, esto suponía un gran problema. Todo el que podía esquivar el servicio militar, ya fuera por medio de contactos o de corruptelas, lo hacía. Las historias de horror y penurias que llegaban de Afganistán, al igual que la mayor transparencia en cuanto a la indisciplina, los abusos y el acoso entre la tropa, exacerbaron una aversión que ya existía previamente.

Durante el mandato de Putin, el servicio militar ha mantenido sus aspectos más oscuros y sus miserias innecesarias. La *dedovschina*, el violento y abusivo rito de iniciación del Ejército ruso, continúa existiendo. Según el diario *Nóvaya Gazeta*, en el periodo 2016-2020 se celebraron casi 4000 juicios militares.[1] Igualmente, siguen dándose casos de indisciplina causada por el alcohol, como el caso de un soldado borracho que tomó prestado un vehículo de combate de infantería BMP-2 para ir por tabaco. Lo hundió en una zanja, por lo que fue a por un segundo BMP-2 para remolcar el primero, pero no lo apagó correctamente y se incendió. El soldado provocó daños por valor de más de 1,8 millones de rublos.[2]

Ha habido una campaña, en particular durante el mandato de Shoigú, parar mejorar la reputación de las fuerzas armadas y fomentar el atractivo de la vida castrense. El *Yunarmiya*, o juventudes militares, tiene, según cifras oficiales, un cuarto de millón de miembros y más de 100 000 participan cada año en alguna actividad, desde montar guardia ceremonial en los memoriales de la Gran Guerra Patriótica a actos deportivos. Aún más llamativa es la alianza entre el Ministerio de Defensa y la Iglesia ortodoxa rusa. Dado que la Gran Guerra Patriótica se ha convertido en un acontecimiento casi religioso, de importancia capital para la identidad del nuevo Estado ruso, esto ha llevado a que Estado, Iglesia y Fuerzas Armadas

estén cada vez más entrelazadas. Si bien algunas figuras eclesiásticas se sienten incómodas, el patriarca Kirill y el resto de la alta jerarquía apoyan esta alianza, de buena fe o porque la consideran inevitable. En 2009 volvió a haber capellanes castrenses en el Ejército (no todos ortodoxos; también hay algunos rabinos e imanes). No obstante, la Iglesia puso el límite en las sotanas de camuflaje. Los sacerdotes bendicen carros y misiles, aunque, en 2020, Kirill les prohibió consagrar armas nucleares. Sin embargo, los submarinos lanzamisiles clase Boréi cuentan con una minúscula capilla (y también una pequeña *bania*, o sauna, pero eso ya es otra cuestión).

Todo esto ha tenido su impacto. Serguéi Shoigú se ha mantenido mucho tiempo entre las personalidades más valoradas por la sociedad, solo superado por Putin. No cabe duda de que la actitud de la opinión pública hacia las fuerzas armadas ha mejorado: las encuestas las situaban como la segunda institución mejor valorada, por detrás de la presidencia e incluso por encima de la Iglesia.[3] Por otra parte, Shoigú era una figura popular y respetada antes incluso de ser ministro de Defensa y la imagen del Ejército ha mejorado, aunque también es cierto que el punto de partida inicial era francamente bajo. En una encuesta realizada en 2020, solo el 18,4 por ciento de los estudiantes moscovitas consideraba que el servicio militar es un «sector prometedor», muy por debajo de la tecnología (49,7 por ciento) y la jurisprudencia (29 por ciento), aunque por encima de la sanidad (12,8 por ciento), por ejemplo, y muy por encima de las artes (8,9 por ciento).[4] En todo caso, todo esto fue antes de la invasión de Ucrania. Aunque la respuesta inmediata fue, como era de prever, un alarde de patriotismo, atizado por la estridente propaganda estatal, una vez que se empiecen a conocer las realidades de la guerra y las noticias acerca de los abusos cometidos por los soldados rusos es probable que la reputación de las fuerzas armadas sufra el mismo desplome que experimentó en época soviética después de la contienda afgana. La llegada de «cargo 200» suele cambiar con gran rapidez el estado de ánimo de la opinión pública.

¿UN ESTADO POLICIAL?

Por otra parte, el respeto hacia las fuerzas armadas no quiere decir de modo necesario apoyar al régimen; mucho menos a su política exterior militarizada. Desde el retorno de Putin a la presidencia en 2012, Rusia ha experimentado un desencanto creciente e incluso protestas activas, a pesar del ascenso temporal de sus índices de popularidad tras la anexión de Crimea. Esto ha supuesto una dependencia proporcional del aparato de seguridad del Estado, además de aumentar el uso del FSB y del SK (*Sledstvenni komitet*) [Comité de Investigación], que no solo vigilan lo que hacen los rusos, sino también lo que dicen y lo que piensan. Igualmente, esto ha dado lugar a un mayor interés en unas fuerzas de seguridad militarizadas que puedan operar fuera de las fronteras de Rusia.

En primer lugar, y ante todo, estas fuerzas constituyen la Guardia Nacional, también conocida como *Rosgvardiya*, abreviatura de su nombre completo: FSVNG RF (*Federálnaya sluzhba voisk natsionalnói gvardii rossiiskoi federatsii* [Servicio Federal de Tropas de la Guardia Nacional de la Federación Rusa]). No se trata de un contingente militar de reserva comparable a su homólogo estadounidense, sino de una fuerza militarizada de seguridad y orden público. Aunque la idea de establecer un organismo de estas características se discutió en las décadas de 1990 y 2000, no se creó hasta 2016. Se trataba, en esencia, de una maniobra burocrática y política. Las formaciones que hasta entonces habían dependido del Ministerio del Interior fueron transferidas a la nueva agencia, dirigida por el general Víktor Zólotov, antiguo jefe de la escolta personal de Putin, famoso por su lealtad y su celo brutal. La *Rosgvardiya* se compone de las siguientes formaciones: las Tropas del Interior (VV), la policía antidisturbios del OMON y el SOBR de la policía, además de la corporación estatal FGUP Ojrana, el principal proveedor de seguridad privada del país. El motivo de esta reorganización parece residir en que los policías que dirigían el ministerio estaban cada vez más desencantados con su papel de tropas de choque del Estado. Putin quería estar seguro de que, si tenía que recurrir a la represión de masas, las unidades necesarias para ello estuvieran a las

órdenes de un hombre que las obedeciera sin cuestionarlas (o que no se preocupase demasiado por las sutilezas legales y constitucionales).

Las VV cuentan con alrededor de 170 000 efectivos, de los cuales quizá la mitad son destacamentos estáticos que protegen toda clase de localizaciones, desde prisiones a ciudades cerradas. La otra mitad, las llamadas unidades de designación operacional, son fuerzas ligeras mecanizadas de seguridad. La mayor parte está encuadrada en brigadas o formaciones menores, pero la unidad que sirve de escaparate del cuerpo es la 1.ª División Independiente de Designación Especial, con base en Moscú, una formación de élite todavía conocida hoy por su nombre de época soviética: División Dzerzhinski. Dispone de 15 000 efectivos, con tres regimientos mecanizados equipados con carros de combate y artillería, así como del 604.° Centro de Misiones Especiales, una unidad de operaciones especiales formada en 2008 por la unión de dos comandos ya existentes, el Vitiaz y el Rus. También incorpora unos 32 000 antidisturbios del OMON y 6000 oficiales del SOBR.

En Chechenia, las VV desempeñaron un papel muy importante tanto en misiones de seguridad como de primera línea. En Siria, muchas de las unidades de «policía militar» son, al parecer, Tropas del Interior, procedentes en un alto porcentaje de Chechenia y otras nacionalidades norcaucásicas. Estas no están entrenadas ni equipadas para la guerra mecanizada a gran escala que han tenido que librar en Ucrania, donde han sufrido pérdidas terribles. Sus conversaciones en foros de internet revelan un resentimiento que va en aumento por el hecho de ser utilizados, dicen, como «carne de cañón». Hubo un caso conocido en el que doce guardias nacionales de Krasnodar se negaron en redondo a ir a Ucrania. Se les expulsó, pero estos respondieron llevando a los tribunales a sus comandantes. ¿Quién sabe cuántos casos similares hay, aunque menos conocidos? ¿Cuántos oficiales se han limitado a dimitir para no ser enviados a la picadora de carne? Enemistarse de esta forma con su guardia pretoriana podría constituir un grave error político por parte del Kremlin.

¿UNA MALA MANO DE CARTAS BIEN JUGADA?

El estrecho control personal que Putin ejerce sobre el aparato de seguridad solo es uno de los motivos, aunque muy relevante, por los que este parece retener el poder de forma incontestable. Durante mucho tiempo, se ha considerado que ha «sabido jugar bien una mala mano». Rusia no puede ni siquiera plantearse igualar a Estados Unidos en el viejo juego del estatus global. Es posible que el poder naval, aéreo, blando y económico estadounidense esté flaqueando en su predominio absoluto ante el ascenso de China. No obstante, los estadounidenses siguen estando muy por encima de los rusos. De hecho, intentar mantenerse a su mismo nivel provocó la bancarrota de la Unión Soviética. Puede que el estilo de «guerra política» de Putin no le haya permitido definir el nuevo orden mundial, pero le ha proporcionado una influencia desproporcionada sobre los países limítrofes, así como ha obligado a Occidente a abordar las cuestiones que este pretendía debatir.

Sin embargo, Putin parece no haber sabido ver que esto no se debió a la fortaleza rusa, sino a las circunstancias del momento particular. Entre finales de la década de 2010 y principios de la de 2020 hubo tensiones trasatlánticas e intraeuropeas, la crisis del COVID creó nuevas presiones económicas y sociales y Estados Unidos seguía intentando pivotar hacia Asia. La invasión de Ucrania logró, de un solo golpe, unir a Occidente (al menos por el momento), galvanizar la OTAN (y darle dos nuevos miembros, Suecia y Finlandia), recordar a Washington la importancia de Europa y socavar la libertad de maniobra en la que se basan los juegos de «guerra política» de Putin.

Es más, aunque Rusia haya logrado una ventaja provisional en ciertas tecnologías, tales como armas hipersónicas, esta superioridad tecnológica tiende a reducirse a medida que los rivales se ponen al día o las superan con nuevos avances. La inteligencia artificial reducirá de forma espectacular la «cadena de muerte» [*kill chain*], esto es, el tiempo que transcurre desde que se designa un objetivo hasta que se destruye, y permitirá gestionar

enjambres de drones mucho más complejos. La computación cuántica superará a la informática convencional y posibilitará romper todo tipo de claves e interceptar todas las comunicaciones. Los nuevos sistemas de impresión 3D producirán munición y equipo donde quiera y cuando quiera que se necesite. Nos espera todo tipo de avances propios de la ciencia ficción, pero, antes incluso de que se le impusieran sanciones, resultaba difícil concebir cómo podría Rusia ponerse al día y, más aún, mantenerse en este aspecto. Aunque dan una enorme importancia al dron, y están trabajando en todo tipo de nuevos proyectos, desde exoesqueletos individuales que permiten a los soldados transportar a gran velocidad pesadas cargas, a robots terrestres autónomos para reabastecimiento en primera línea y servicios de vigilancia y combate, estos no constituyen avances decisivos capaces de remodelar el modo de hacer la guerra.

Es más, ¿dispone Rusia de la flexibilidad, la redundancia y el mando y control sin fisuras necesarios para responder a amenazas futuras como la «guerra mosaico»? Esta última es un nuevo modelo bélico que está siendo debatido en círculos militares estadounidenses. Se trata de desbordar y desorganizar al enemigo por medio de una amplia, numerosa y asimétrica gama de amenazas, cada una de las cuales opera a su manera, como las teselas individuales de un mosaico. En lugar de poner el foco sobre los sistemas más capaces, la guerra mosaico se centra en lo pequeño, ágil, fluido y escalable. Es mejor tener muchas plataformas innovadoras, cada una de ellas con sus propias ventajas. Por cada F- 35 desproporcionadamente caro, Estados Unidos podría, quizá, desplegar media docena de drones con diferentes características y armamentos que crearían un entorno de combate de confusa complejidad. ¿Será el alto mando ruso del futuro capaz de enfrentarse a este nuevo método de hacer la guerra? ¿Se sentirá cómodo cuando sean ellos el blanco de la innovación teórica?

De igual modo, después de Ucrania, las fuerzas armadas rusas no podrán conservar su supuesta ventaja en Europa. En el pasado se han beneficiado del ingente gasto armamentístico de Putin y de las reticencias del alto mando a dejar de poner el foco en las «guerras grandes». Con la contienda de Ucrania, y el consiguiente estancamiento económico, Rusia ya

no podrá seguir invirtiendo de la misma manera. A su vez, Occidente ha redescubierto la «guerra grande». Los líderes occidentales son remisos a renunciar al «dividendo de la paz» que comportó el fin de la Guerra Fría. Todavía en 2021, 19 de los 29 miembros de la OTAN no cumplían la cantidad mínima del 2 por ciento del PIB de gasto en defensa. Es más, la atención de sus fuerzas armadas se había vuelto hacia las «guerras pequeñas», las intervenciones en Oriente Medio o África, donde la movilidad, la flexibilidad y las operaciones para ganar «los corazones y las mentes» son más importantes que la masa y donde el enemigo carece del poder aéreo, los blindados y el resto de la panoplia de un adversario de igual entidad.

Sin embargo, esto empezó a cambiar antes incluso de que estallara el conflicto de Ucrania. En 2011, por ejemplo, el Ejército neerlandés retiró todos sus carros de combate para reducir costes, pero más tarde se dio cuenta del error y alcanzó un acuerdo con Alemania que le permitió formar un escuadrón de 18 modernos carros Leopard 2A7, con tripulaciones mixtas germano-neerlandesas. Con respecto al Reino Unido, después de cierto debate en el que parecía que abandonaría el carro de combate —demasiado pesado y poco fiable en las «guerras pequeñas», aunque de valor incalculable en las de mayor envergadura— en 2021 decidió actualizar 148 de sus viejos Challenger 2 al estándar Challenger 3. Es fácil afirmar que esto era demasiado poco, pero, de todos modos, el retorno al *heavy metal* indica un cambio de actitud en cuanto a las amenazas a las que se enfrenta la OTAN.

¿DESPUÉS DE PUTIN?

Rusia, pionera en tantos aspectos en el uso de métodos de guerra asimétricos y encubiertos para complementar el combate regular, se enfrenta al dilema de cómo superar las amenazas no convencionales. Ucrania la está superando en la guerra de información y las fuerzas de seguridad interna no pueden detener la campaña de subversión antibélica en

el interior de Rusia. La contienda conlleva que regresen a casa cada vez más bajas y aunque el Kremlin ha sometido a presión a los últimos medios periodísticos independientes, no podrá amordazarlos para siempre, sobre todo en la era de las redes sociales. Por otro lado, el conflicto también va a significar, gracias a las sanciones occidentales, inflación, desempleo y carestía. Estas dos fuentes de malestar podrían combinarse de forma impredecible y peligrosa.

En el momento de publicación del presente libro, Putin tiene 70 años. Aunque, según la constitución, puede gobernar hasta 2036, momento en que habrá cumplido 84, existen motivos para creer que se siente cada vez más cansado del cargo y de sus exigencias e incluso es posible que padezca una enfermedad grave. En este sentido, toda su élite de seguridad siente el peso de los años. El secretario del Consejo de Seguridad, Nikolái Pátrushev, y el director del FSB, Alexánder Bórtnikov, van a cumplir 71 años. El responsable del Servicio de Inteligencia en el Extranjero, Serguéi Narishkin, tiene 68. Aunque Shoigú y Guerásimov van a alcanzar los 67 años de edad, ninguno de los dos parece muy cómodo en el cargo a causa de los constantes reveses sufridos en Ucrania.

De un modo u otro, en algún momento se producirá una transición política y emergerá una nueva generación de líderes políticos y militares. Estos nuevos dirigentes, aunque no tienen por qué ser menos nacionalistas, al contrario que sus predecesores no estarán marcados por el trauma del colapso del poder soviético y el dramático retroceso sufrido por su país. Parecen más pragmáticos, menos emotivos en su relación con Occidente y más conscientes del peligro del ascenso de China. También han aprendido una objetiva lección de qué ocurre cuando el Kremlin va demasiado lejos, por lo que ven menos alicientes en la confrontación. Es más, aunque Rusia no es una democracia auténtica, tendrán que tener en cuenta el aguante y los puntos de vista de la opinión pública.

Desde 2014, Putin ha impuesto un relato legitimador sustentado en la necesidad de obligar al resto del mundo a aceptar la condición de Rusia de gran potencia, fuera cual fuese el coste en sangre y dinero. Sin embargo, las encuestas del Centro Levada, la compañía demoscópica independiente más respetada de Rusia, revelaron en 2021 que, a la pregunta de qué tipo de país

debería ser Rusia, un 66 por ciento de los encuestados respondió que uno «con un elevado nivel de vida, pero no uno de los países más fuertes del mundo». Solo un 32 por ciento dijo que tenía que ser «una gran potencia que los demás países respeten y teman». Es más, el porcentaje de encuestados que cree que la calidad de vida es más importante que el estatus nacional no ha dejado de crecer desde 2015.[5]

Por descontado, el contexto inmediato de la guerra en Ucrania ha enturbiado la situación. Algunos consideran que deben defender su país; otros temen decir algo que pudiera causarles problemas. No obstante, en el momento en el que escribo, mediados de 2022, no existe una auténtica voluntad nacional de sacrificar lo que haga falta para construir un imperio a base de sangre y bayonetas. Puede que Putin creyera que estaba fundando una Esparta euroasiática y no cabe duda de que ha construido una maquinaria bélica capaz de proyectar su poder tanto en las inmediaciones de Rusia como más allá. Sin embargo, al igual que esta ha fracasado en 2022, golpeada entre el yunque de la resistencia ucraniana y el martillo de su propia soberbia, también es posible que la realidad rompa los sueños que alberga para Rusia. ¿Podrá el país mantener su fuerza expedicionaria en Siria? ¿Seguirá siendo el garante de la seguridad en Asia Central? ¿Podrá permitirse reemplazar todo el material despilfarrado en Ucrania? ¿Se volverán contra Putin, en su debido momento, los coroneles y los generales, e incluso quizá los espías y la policía secreta, aunque no tanto por tratar de someter a Kyiv a su voluntad, sino por hacerlo tan mal?

La presidencia de Putin se divide en dos mitades muy nítidas. Sus dos primeros mandatos, durante la década de 2000, se caracterizaron por un éxito sorprendente. Sin embargo, muchos de los avances logrados se malgastaron o se derrocharon a partir del decenio siguiente. El Ejército ruso se salvó del colapso; Chechenia fue pacificada, aunque por métodos brutales, y Moscú volvió a ser una potencia en los asuntos globales. De haberse conformado con erigir una nación fuerte dentro de sus propias fronteras en lugar de perseguir fantasías imperiales, es posible que Putin fuera recordado como un acertado edificador del Estado ruso. Por el contrario, durante los próximos años, y puede que décadas, incluso con su futuro sucesor, Rusia tendrá que recuperarse del daño causado por su

ambición excesiva. Sus fuerzas armadas, por descontado, pero también su economía y su sociedad, arrostrarán durante largo tiempo las profundas y dolorosas cicatrices de las guerras de Putin.

Bibliografía

Albats, Y., 1994: *KGB. The State Within a State*, London, IB Tauris.

Antipov, A., 1998: *Lev Rokhlin: Zhizn i smertgenerala* [Lev Rojlin: vida y muerte de un general], Moskva, Eksmo.

Arutunyan, A., 2022: *Hybrid Warriors. Proxies, Freelancers and Moscow's Struggle for Ukraine*, London, Hurst.

Babchenko, A., 2009: *One Soldier's War*, New York, Grove Press.

Billingsley, D., 2013: *Fangs of the Lone Wolf: Chechen Tactics in the Russian-Chechen Wars 1994-2009*, Solihull, Helion Press.

Brown, A., 2020: *The Human Factor: Gorbachev, Reagan, and Thatcher, and the End of the Cold War*, Oxford, Oxford University Press.

Campbell, D., 2020: *Soviet Airborne Forces 1930-91*, Oxford, Osprey.

Clark, M., 2021: *The Russian Military's Lessons Learned in Syria*, Washington, D.C., Institute for the Study of War.

Cooper, T., 2018: *Moscow's Game of Poker: Russian Military Intervention in Syria, 2015-2017*, Solihull, Helion Press.
Connable, B. *et al*., 2020: *Russia's Limit of Advance*, Santa Monica, Rand Corporation.
Cornell, S. y Starr, S. F., 2009: *The Guns of August*, London, Routledge.
Fédosov, Y., 2004: *Polveka v Aviatsii: zapiski akademika* [Medio siglo de aviación: apuntes de un académico], Moskva, Drofa.
Fisher, T., 2004: *The Napoleonic Wars*, Oxford, Osprey.
Fremont-Barnes, G., 2014: *The Soviet-Afghan War 1979-89*, Oxford, Osprey.
Fridman, O. (ed.), 2021: *Strategiya: The Foundations of the Russian Art of Strategy*, London, Hurst.
Galeotti, M., 1995: *The Age of Anxiety*, London, Routledge.
Galeotti, M., 2013: *Russian Security and Paramilitary Forces Since 1991*, Oxford, Osprey
Galeotti, M., 2014: *Russia's Wars in Chechnya 1994-2009*, Oxford, Osprey.
Galeotti, M., 2015: *Spetsnaz. Russia's Special Forces*, Oxford, Osprey.
Galeotti, M., 2017: *The Modern Russian Army, 1992-2016*, Oxford, Osprey.
Galeotti, M., 2019: *Armies of Russia's War in Ukraine*, Oxford, Osprey.
Galeotti, M., 2019b: *Kulikovo 1380: The Battle that Made Russia*, Oxford, Osprey.
Galeotti, M., 2019c: *Russian Political War*, London, Routledge.
Galeotti, M., 2020: *We Need to Talk About Putin*, London, Ebury Press [ed. en esp.: *Tenemos que hablar de Putin*, M. Bofill Abelló (trad.), Madrid, Capitán Swing, 2022].
Galeotti, M., 2020b: *Combat Vehicles of Russia's Special Forces: Spetsnaz, Airborne, Arctic and Interior Troops*, Oxford, Osprey.

Galeotti, M., 2021: *Storm-333. KGB and Spetsnaz Seize Kabul, Soviet-Afghan War 1979*, Oxford, Osprey.
Galeotti, M., 2022: *The Weaponisation of Everything*, New Haven, Yale University Press.
Grau, L. y Bartles, Ch., 2017: *The Russian Way of War*, Fort Leavenworth, Foreign Military Studies Office.
Hamilton, R., Miller, Ch. y Stein, A. (eds.), 2020: *Russia's War in Syria. Assessing Russian Military Capabilities and Lessons Learned*, Philadelphia, Foreign Policy Research Institute.
Harvey, N., 2022 (2018): *The Modern Russian Navy*, 2.ª ed., London, Routledge.
Herspring, D., 2006: *The Kremlin and the High Command: Presidential Impact on the Russian Military from Gorbachev to Putin*, Lawrence, University Press of Kansas.
Hill, F. y Gaddy, C., 2015: *Mr. Putin: Operative in the Kremlin*, Washington, D.C., Brookings Institution Press.
Howard, C. y Pukhov, R. (eds.), 2015: *Brothers Armed. Military Aspects of the Crisis in Ukraine*, 2.ª ed., Minneapolis, EastView.
Jones, S., 2021: *Three Dangerous Men*, New York, WW Norton.
Jonsson, O., 2019: *The Russian Understanding of War: Blurring the Lines between War and Peace*, Washington, D.C., Georgetown University Press.
Jukes, G., 2002: *The Russo-Japanese War 1904-1905*, Oxford, Osprey.
Kanet, R. (ed.), 2021: *Routledge Handbook of Russian Security*, London, Routledge.
Kilcullen, D., 2020: *The Dragon and the Snakes*, London, Hurst.
Kofman, M. *et al.*, 2017: *Lessons from Russia's Operations in Crimea and Eastern Ukraine*, Santa Monica, Rand Corporation.
Kofman, M. *et al.*, 2021: *Russian Military Strategy: Core Tenets and Operational Concepts*, Arlington, Center for Naval Analyses.

Lieven, A., 1998: *Chechnya: Tombstone of Russian Power*, New Haven, Yale University Press.
Marples, D. (ed.), 2022: *The War in Ukraine's Donbas: Origins, Contexts, and the Future*, Budapest/New York, Central European University Press.
McNab, Ch., 2019: *The Great Bear at War: The Russian and Soviet Army, 1917-Present*, Oxford, Osprey.
Miller, C., 2019: *The Death of the Gods*, London, Windmill Books.
Norberg, J., 2018: *Training for War*, Stockholm, Totalförsvarets forskningsinstitut [Instituto Sueco de Investigaciones para la Defensa].
Oliker, O., 2001: *Russia's Chechen Wars 1994-2000: Lessons from Urban Combat*, Santa Mónica, Rand Corporation [**https://www.rand.org/pubs/monograph reports/MR1289.html**].
Plokhy, S., 2015: *The Last Empire: The Final Days of the Soviet Union*, London, Oneworld [ed. en esp.: *El último imperio*, P. Sauras (trad.), Madrid, Turner, 2015].
Politkovskaya, A., 2003: *A Small Corner of Hell: Dispatches from Chechnya*, Chicago, University of Chicago Press [ed. en esp.: *Una guerra sucia: una reportera rusa en Chechenia*, C. Martínez (trad.), Barcelona, RBA Libros, 2003].
Pukhov, R. (ed.), 2010: *The Tanks of August*, Moskva, Centre for Analysis of Strategies and Technologies.
Renz, B., 2017: *Russia's Military Revival*, Cambridge/Malden, Polity.
Rice, C., 2012: *No Higher Honour*, London, Simon & Schuster.
Sutyagin, I. y Bronk, J., 2017: *Russia's New Ground Forces*, London, Routledge.
Sweetman, J., 2001: *The Crimean War*, Oxford, Osprey.
Volkov, A., 2012: *Lev Rokhlin. Istoriya odnogo ubiystva* [Lev Rojlin. Historia de un asesinato], Moskva, Algorithm.
Zaloga, S., 2018: *T-90 Standard Tank*, Oxford, Osprey.

Zubok, V., 2021: *Collapse: The Fall of the Soviet Union*, New Haven, Yale University Press.
Zygar, M., 2017: *All the Kremlin's Men: Inside the Court of Vladímir Putin,* New York. PublicAffairs.



Este libro se terminó de imprimir en octubre de 2022, 77 años después de que la Unión Soviética derrotara a la Alemania nazi, 28 años después de que se librase la Primera Guerra de Chechenia, 24 años después del fin de la Segunda Guerra de Chechenia, 14 años después de la contienda en Georgia, 8 años después de los primeros conflictos en Crimea y en el Donbás y en el año en que nadie sabe si Rusia volverá a modificar las fronteras del este de Europa.





Final del biatlón de tanques en los Juegos Militares de 2018: el carro T-72B3 en primer plano lleva el logo de su fabricante, Uralvagonzavod (Mark Galeotti).



Tropas leales a Borís Yeltsin se ponen a cubierto cerca de la Casa Blanca durante el «golpe de octubre» de 1993 (Héctor Mata/AFP vía Getty Images).



Uno de los últimos ejemplares del *ekranoplano* A-90 Orlionok [aguilucho] soviético. Un innovador vehículo que, gracias al efecto suelo, se desplazaba a pocos metros sobre el mar (Mark Galeotti).



Primera Guerra de Chechenia. Tropas del OMON de patrulla por el norte de la región (Mark Milstein/Alamy Stock Foto vía Age fotostock).



Un Mi-24 dispara una salva de cohetes no guiados (MO RF).



Puesto de control ruso cerca del aeropuerto de Prístina, durante la misión en Kósovo (Dino Fracchia/Alamy Stock Foto vía Age fotostock).



Un guardia nacional checheno, uno de los llamados *kadírovtsi*, en un vehículo blindado de transporte decorado con el retrato del expresidente checheno Ajmat Kadírov (Alexánder Neménov/AFP vía Getty Images).



Helicóptero artillado Mi-24P armado con lanzadores de cohetes y cañones automáticos de doble tubo GSh-20-2K a los lados (MO RF).



Una columna de carros de combate rusos avanza hacia la ciudad georgiana de Gori en agosto de 2008 (Eddie Gerald/Alamy Stock Photo vía Age fotostock).



Una unidad de esquiadores es remolcada en Siberia por un BMP-2 (MO RF).



Ingeniero de combate con su equipo completo de desactivación de explosivos (MO RF).



Un «hombrecillo verde» (para los rusos, una «persona educada») con su equipo *Ratnik*, junto a un simpatizante en el aeropuerto de Simferópol (Iliá Varlamov, CC BY-SA 4.0).



Rebeldes prorrusos del Donbás con un carro de combate y un BM-21 capturados a las fuerzas gubernamentales (Pierre Crom/Getty Images).



El ministro de Defensa Serguéi Shoigú en Jmeimim, Siria, a principios de 2022 (MO RF).



El piloto de un Sujoi Su-25 desplegado en Siria se prepara para regresar a Rusia (TASS/ Alamy Stock Photo).



Desfile de un T-14 Armata. Moscú, 2019 (Mark Galeotti).



Un dron Orlan-10 preparado para el lanzamiento. El soldado en primer plano empuña un fusil antidron REX-1 que interfiere la señal de control de los drones (TASS/Alamy Stock Photo).



Obús autopropulsado Msta de 152 mm (Mark Galeotti).



Dos helicópteros artillados Mi-28 del Distrito Militar del Oeste (MO RF).



En su afán por contar con más *kontraktniki*, las fuerzas armadas están reclutando un número creciente de mujeres, como esta teniente de la 38.ª Brigada de las Fuerzas Aerotransportadas (VDV), que está configurando el sistema de comunicaciones de un *jeep* GAZ Tigr (TASS/Alamy Stock Photo).



Sistema tierra-aire S-300V SAM en posición de tiro (MO RF).



Un Su-34 descarga bombas KAB-500S sobre Siria (MO RF).



Pruebas en el mar del portaaviones Admiral Kuznetsov (MO RF).



El crucero lanzamisiles de clase Slava Marshal Ustinov. Pueden verse con claridad los enormes tubos de lanzamiento de sus misiles antibuque P-500 Bazalt (SS-N-12 Sandbox) (Royal Navy, OGL v1.0).



Las fragatas Admiral Essen y Admiral Grigórovich, de la clase Krivak IV, lanzan desde el Mediterráneo misiles de crucero Kalibr contra objetivos del Estado Islámico en Siria, 2017 (TASS/Alamy Stock Photo).



El crucero lanzamisiles Moskvá, buque insignia de la Flota del mar Negro, zarpa de Sebastopol. Esta nave fue hundida en abril de 2022 por misiles ucranianos (ZUMA/Alamy Stock Photo).



Un patrullero de clase Raptor navegando a toda máquina (Nikolái Vinokurov/Alamy Stock Photo).



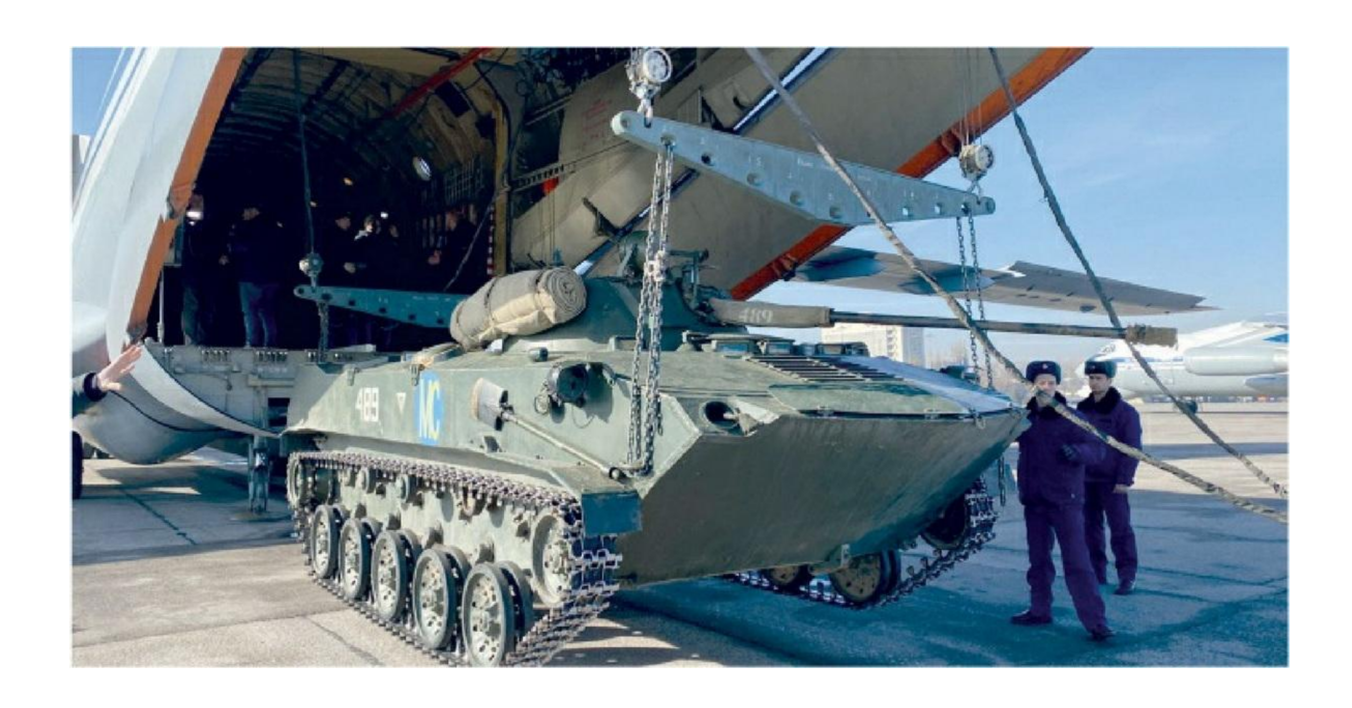
Un bombardero estratégico Tupolev Tu-95, junto con un avión cisterna Il-78 y una escolta de cazas MiG-29 (CSP loskutnikov/Fotosearch LBRF vía Age fotostock).



Un misil balístico intercontinental RS-24 Yars móvil por carretera de la 54.ª División de Misiles de la Guardia (TASS/Alamy Stock Photo).



Jura de bandera de los nuevos reclutas de la 106.ª División Aerotransportada de la Guardia (MO RF).



Carga de un vehículo de combate de infantería BMD-2 en un Il-76 con destino a Kazajistán, 2022 (MO RF).



El aerodeslizador Mordoviya, de clase Zubr, se adentra en una playa para desembarcar infantería naval (TASS/Alamy Stock Photo).



Spetsnaz con un fusil de tirador con silenciador VSS Vintorez (MO RF).



Policía militar en Jmeimim, Siria, con el nuevo uniforme ruso de camuflaje del desierto (MO RF).



Patrulla conjunta con tropas turcas de la Policía Militar rusa a bordo de un BTR-80A y, tras él, un transporte de personal Kamaz Taifun-K (Serguéi Levánenkov/TASS/Sipa USA vía Age fotostock).



Una columna de carros nuevos T-72B3 llega a la 201.ª Base en Tayikistán (MO RF).



La letra *Z* se convirtió en el símbolo de la invasión rusa de Ucrania. Estos carros que vemos salir de Mariúpol han sido decorados profusamente con este símbolo (SOPA Images/Alamy Stock Photo).



Soldados de la 1.ª Brigada de Ingenieros de la Guardia se entrenan en combate urbano (MO RF).



El poder espiritual y el poder nuclear, frente a frente: un sacerdote bendice un ICBM Yars en Teikovo, región de Ivánovo (TASS/Alamy Stock Photo).



Escudo de las Fuerzas Armadas en la verja que rodea el edificio del Estado Mayor General, en la calle Znamenka de Moscú. Adoptado en 1997, es un

homenaje premeditado al escudo zarista de 1800 (Mark Galeotti).



MARK GALEOTTI (Reino Unido, 1965) es un reconocido especialista en política, historia, seguridad y crimen organizado en Rusia. Escritor, profesor y columnista, su trabajo ha servido como referencia para entender la guerra de Ucrania.

Tres de sus libros se han traducido al castellano en el último año: *Las guerras de Putin*, *Una breve historia de Rusia* y *Tenemos que hablar de Putin*.

Educación: Cambridge University, London School of Economics, Tiffin School, Robinson College.

notas

[1] Mark Galeotti, «The International Army Games are Decadent and Depraved», *Foreign Policy*, 24 de agosto de 2018. <<

[2] Galeotti, M., 2019b. <<

[3] Fisher, T., 2004. <<

[4] Sweetman, J., 2001. <<

[5] Jukes, G., 2002. <<

[6] Galeotti, M., 2021. <<

[7] Fremont-Barnes, G., 2014. <<

[8] Galeotti, M., 2014. <<

[9] Galeotti, M., 2019. <<

[*] N. del A.: En la década de 1980, morían cada año, de forma directa o indirecta, unos 40 000 soviéticos en accidentes de carretera. <<

[1] Para estudios acerca del final de la URSS, *vid*. Brown, A., 2020; Galeotti, M., 1995; Plokhy, S., 2015; Zubok, V., 2021. <<

[2] Albats, Y., 1994, 276-277. <<

[3] *Argumenti i fakti* [Argumentos y hechos], 5 de mayo de 2018. <<

[1] *Moskovski Komsomolets* [Komsomolets de Moscú], 20 de junio de 1994. <<

[2] *Ibid.*, 16 de octubre de 2019. <<

[3] Benjamin Lambeth, «Russia's Wounded Military», *Foreign Afairs*, v. 74, n.º 2, 1995. <<

[4] Interfax, 7 de septiembre de 1995. <<

[5] *Trud,* 15 de marzo de 2001. <<

[6] BBC, 18 de octubre de 1999. <<

[7] *Patriot*, septiembre de 2007. <<

[1] Partes de este capítulo están adaptadas de la obra del autor: *Russia's Wars in Chechnya 1994-2009* (Galeotti, M., 2014); para otros buenos estudios, *vid*. Babchenko, A., 2009; Billingsley, D., 2013; Lieven, A., 1998. <<

[2] NTV, 11 de agosto de 1994. <<

[3] *Svobodnaya Pressa* [Prensa Libre], 29 de diciembre de 2009. <<

[4] Fédosov, Y., 2004, 387. <<

[5] Antipov, A., 1998. <<

[1] Volkov, A., 2012, 57. <<

[2] Pavel Felgenhauer, «Russian Military Reform: Ten Years of Failure», Actas de una Conferencia celebrada en la Naval Postgraduate School los días 26 y 27 de marzo de 1997. <<

[3] «Presidential Address to the Federal Assembly», 25 de abril de 2005. <<

[4] *Japan Times*, 8 de octubre de 2001. <<

[5] «NATO Expansion-The Budapest Blow Up 1994», US National Security Archive, 21 de noviembre de 2021. <<

[6] BBC, 9 de marzo de 2000. <<

[1] Para estudios acerca de Putin, *vid*. Galeotti, M., 2020; Hill, F. y Gaddy, C., 2015; Zygar, M., 2017. <<

[2] «Vistuplenie na tseremonii vstupleniya v dolzhnost’ Prezidenta Rossii» [Discurso en la ceremonia de investidura del presidente de Rusia], [Kremlin.ru], 7 de mayo de 2000 [http://kremlin.ru/events/president/transcripts/21399]. <<

[3] Interfax, 16 de agosto de 1999. <<

[4] «Interview with David Frost», BBC, 5 de marzo de 2000. <<

[5] *Putin, Russia and the West*, episodio 1, BBC, 19 de enero de 2012. <<

[6] «Speech and the Following Discussion at the Munich Conference on Security Policy», [Kremlin.ru], 10 de febrero de 2007. <<

[7] *Kommersant-Vlast* [Poder Empresarial], 20 de octubre de 2008. <<

[1] Este capítulo se basa en el libro del autor: *Russia's Wars in Chechnya 1994-2009* (Galeotti, M., 2014). <<

[2] RIA Nóvosti, 24 de septiembre de 1999. <<

[3] [Lenta.ru], 4 de junio de 2001. <<

[4] Politkovskaya, A., 2003. <<

[5] «Address by President Vladímir Putin», [Kremlin.ru], 4 de septiembre de 2004. <<

[6] Pavel Felgenhauer, «Degradation of the Russian Military: General Anatoli Kvashnín», *Perspective*, v. 15, n.º1, octubre-noviembre de 2005. <<

[7] Quizá el mejor estudio de la forma en que los rusos aprendieron las lecciones de la guerra (y que a veces fracasó) es Oliker, O., 2001 [https://www.rand.org/pubs/monograph reportsZMR1289.html]. <<

[1] Rice, C., 2012. <<

[2] *Nezavisimaya Gazeta* [Periódico independiente], 26 de marzo de 2004. <<

[3] Rice, C., *op. cit.* <<

[4] BBC, 15 de noviembre de 1999. <<

[5] «Yozh v stanakh amerikantsev» [Cuchillos en países americanos], *Regnum*, 19 de octubre de 2017. <<

[6] *Lenta*, 13 de julio de 2000. <<

[7] *Kommersant-Vlast* [Poder Empresarial], 6 de febrero de 2007. <<

[8] *Krasnaya Zvezda* [Estrella Roja], 12 de febrero de 2007. <<

[9] «Russia Suspends Participation in CFE Treaty», *RFE/RL*, 12 de diciembre de 2007. <<

[1] NTV, 15 de febrero de 2007. <<

[2] En el documental: *Poterianni den: vsia pravda o Voine 08.08.08g* [El día que se perdió: toda la verdad sobre la guerra 08.08.08] (2012). <<

[3] *Kommersant-Vlast* [Poder Empresarial], 4 de junio de 2008. <<

[4] *Vid.* Zaloga, S., 2018. <<

[5] Reuters, 16 de diciembre de 2008. <<

[1] Mtavari TV, 7 de mayo de 2021. <<

[2] Para buenos estudios acerca del conflicto, *vid*. Cornell, S. y Starr, S. F., 2009; Pukhov, R. (ed.), 2010. <<

[3] *Kavkaz Uzel* [Nudo caucásico], 2 de mayo de 2006. <<

[4] *The Guardian*, 8 de noviembre de 2007. <<

[5] *Washington Post*, 8 de agosto de 2018. <<

[*] N. del A.: Irakli es un pseudónimo. Poco después, Irakli asumió un puesto en el organigrama del Consejo de Seguridad Nacional de Georgia. <<

[1] RIA-Novosti, 12 de agosto de 2008. <<

[2] *Bloomberg*, 12 de agosto de 2008. <<

[3] *Gruzia Online* [Georgia en línea], 28 de noviembre de 2008. <<

[4] Reuters, 16 de diciembre de 2008. <<

[5] *Krasnaya Zvezda* [Estrella Roja], 1 de agosto de 2009. <<

[6] *Moskovski Komsomolets* [Komsomolets de Moscú], 28 de agosto de 2008. <<

[1] *The Economist*, 7 de noviembre de 2015. <<

[2] Norberg, J., 2018. <<

[3] Interfax, 14 de enero de 2013. <<

[4] El verso es de *Borodino* (1837), el poema de Lérmontov acerca de esta épica batalla de la invasión de Rusia por parte de Napoleón en 1812. <<

[5] Interfax, 9 de noviembre de 2012. <<

[6] *Ibid.* <<

[7] Comunicado de prensa de Rostec, 26 de junio de 2019. <<

[8] [Kremlin.ru], 10 de mayo de 2011. <<

[9] 9. [Mil.ru], 16 de octubre de 2014. <<

[1] Este capítulo está basado y desarrollado a partir de la obra del autor: *Armies of Russia's War in Ukraine* (Galeotti, M., 2019). Entre los buenos estudios de la anexión destacan Howard, C. y Pukhov, R. (eds.), 2015 y Kofman, M. *et al.*, 2017. <<

[2] Declaraciones de Vladímir Putin en el documental: *The Path to the Motherland*, BBC, 9 de marzo de 2015. <<

[3] *Sputnik*, 8 de marzo de 2014. <<

[4] *Ibid*. , 23 de diciembre de 2021. <<

[1] Este capítulo está basado y desarrollado a partir de la obra del autor: *Armies of Russia's War in Ukraine* (Galeotti, M., 2019). Para buenos estudios acerca de este conflicto emergente, *vid*. Arutunyan, A., 2022 y Marples, D. (ed.), 2022. <<

[2] *New York Times*, 17 de abril de 2014. <<

[3] [Kremlin.ru], 17 de diciembre de 2015. <<

[*] N. del T.: El nombre en ruso de la unidad era батальон Хулиган, transliteración al cirílico del término inglés *Hooligan*. <<

[1] «Tezisi vistupleniya nachal'nika General'nogo shtaba Vooruzhennij Sil Rossiiskoi Federatsii-pervogo zamestitelia Ministra oboroni Rossiiskoi Federatsii generala armii N.E. Makárova» [Resúmenes del discurso del jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa-primer viceministro de Defensa de la Federación de Rusia general de ejército N.E. Makárov], *Vestnik Akademi voyennij nauk* [Boletín de la Academia de Ciencias Militares], vol. 1, n.º 26, 2009, 21. <<

[2] *Ukrayinska Pravda* [La Verdad de Ucrania], 6 de octubre de 2017. <<

[3] International Crisis Group, *Conflict in Ukraine's Donbas: A VisualExplainer* (2021) [https://www.crisisgroup.org/content/conflict-ukraines-donbas-visual-explainer]. <<

[1] *Komsomolskaya Pravda* [La Verdad del Komsomol], 26 de diciembre de 2017. <<

[2] *Ibid*. <<

[3] *Times of Israel*, 18 de septiembre de 2018. <<

[*] N. del T.: Nombre oficial de las fuerzas armadas sirias del régimen de Bashar al-Asad. <<

[1] Para análisis útiles, *vid*. Clark, M., 2021; Hamilton, R., Miller, Ch. y Stein, A. (eds.), 2020. <<

[2] Para una buena visión general de las complejas operaciones financieras, *vid*. «Russian mercenary army financier made an oil deal with Syria just before clash with U.S. troops», *The Bell*, 21 de febrero de 2018 [https://thebell.io/en/russian-mercenary-army-financier-made-oil-deal-syria-just-clash-u-s-troops/]. <<

[3] «The Circle of Hell: Barrel bombs in Aleppo, Syria», *Amnesty International* 18 de mayo de 2020. <<

[4] CNN, 16 de diciembre de 2016. <<

[5] *Kommersant-Vlast* [Poder Empresarial], 2 de julio de 2018. <<

[6] Pável Baev, «The Interplay of Bureaucratic, Warfighting, and Arms-Parading Traits in Russian Military-Strategic Culture», Marshall Center Security Insights, abril de 2019. <<

[*] N. del T.: En el original *the tail Wagnering the dog*, el autor construye un juego de palabras con la expresión en inglés y el nombre del Grupo Wagner. En castellano, el significado equivalente es «donde hay patrón, no manda marinero». <<

[1] TASS, 1 de octubre de 2019. <<

[2] UK National Statistics, MOD Departmental Resources 2020, 10 de diciembre de 2020. <<

[3] Michael Kofman y Richard Connolly, «Why Russian Military Expenditure is Much Higher than Commonly Understood (As Is China's)», *War On The Rocks*, 16 de diciembre de 2019. <<

[4] «Trends in International Arms Transfers, 2020», SIPRI Fact Sheet, marzo de 2021. <<

[5] [Riafan.ru], 21 de diciembre de 2020. <<

[6] Alexander Golts, «Skol’ko stoit khvastovsko Shoigu» [¿Cuál es el precio del jactancioso Shoigu?], [Republic.ru], 19 de julio de 2021. <<

[7] «Osnashchenie sovremennimi obraztsami vooruzheniya, voyennoi i spetsial’noi tejniki» [Equipar con armas modernas, equipos militares y especiales], [Mil.ru], sin fecha. <<

[8] *Voyenno-Promishlenny Kurier* [Mensajero Militar-Industrial], 15 de marzo de 2017. <<

[*] N. del T.: Con el título original del capítulo, *Rumble for Ruble*, el autor hace un juego de palabras relativo a los rublos con *Bang for the Buck*, frase hecha en inglés que hace relación a sacar el máximo partido del dinero. <<

[1] *Defense News*, 7 de abril de 2016. <<

[2] Alex Vershinin, «Feeding the Bear: A Closer Look at Russian Army Logistics and the *Fait Accompli*», War On The Rocks, 23 de noviembre de 2021. <<

[3] Connable, B. et al., 2020. <<

[4] Mark Galeotti, «Heavy Metal Diplomacy: Russia's Political Use of its Military in Europe Since 2014», *ECFR*, 19 de diciembre de 2016. <<

[*] N. del T.: Hace referencia a la *tooth-to-tail ratio*, que, en el mundo anglosajón, alude a la proporción de recursos que se asigna a los elementos de combate, los «dientes» [*teeth*], y a los de apoyo, la «cola» [*tail*]. <<

[1] *Moskovski Komsomolets* [Komsomolets de Moscú], 22 de septiembre de 2019. <<

[2] Michael Kofman, «It's Time to Talk About A2/AD: Rethinking the Russian Military Challenge», *War On The Rocks*, 5 de septiembre de 2019. <<

[3] *Moskovski Komsomolets* [Komsomolets de Moscú], 22 de septiembre de 2019. <<

[*] N. del T.: El RQ-4 Global Hawk será retirado del servicio en 2027. <<

[1] Véase también Campbell, D., 2020. <<

[2] *Moskovski Komsomolets* [Komsomolets de Moscú], 11 de julio de 2021.
<<

[3] *Vid*. Galeotti, M., 2020b. <<

[1] Este capítulo está basado en la obra del autor: *Spetsnaz: Russia’s Special Forces* (Galeotti, M., 2015). <<

[2] *Vid.* Galeotti, M., 2021 y Fremont-Barnes, G., 2014. <<

[3] RIA Novosti, 6 de marzo de 2013. <<

[1] Esta y las siguientes citas provienen de: «Presidential Address to the Federal Assembly», 1 de marzo de 2018, [Kremlin.ru]. <<

[2] RIA Novosti, 19 de octubre de 2018. <<

[3] Pável Baev, «The Interplay of Bureaucratic, Warfighting, and Arms-Parading Traits in Russian Military-Strategic Culture», George Marshall Center Strategic Insights, abril de 2019. <<

[1] «Tsennost Nauki v Predvidenii: Noviye vizovi trebuyut pereosmislit formit i sposobi vedeniya boyevij deistvi» [El valor científico de la previsión: los nuevos desafíos requieren un replanteamiento de las formas y métodos de guerra], *Voyenno-Promishlenni Kurier* [Mensajero Militar-Industrial], n.º 8, 2013. <<

[2] «The “Gerasimov Doctrine” and Russian Non-Linear War», en *Moscow’s Shadows*, 6 de julio de 2014 [https://inmoscowsshadows.wordpress.com/2014/07/06/the-gerasimov-doctrine-and-russian-non-linear-war/1. <<

[3] Para otras fuentes acerca de los temas de este capítulo, *vid*. Galeotti, M., 2019c; Jonsson, O., 2019; Kilcullen, D., 2020. <<

[4] *Kommersant-Vlast* [Poder Empresarial], 22 de junio de 2015. <<

[5] George Kennan, «The Inauguration of Organized Political Warfare», 4 de mayo de 1948, en State Department Office of History online collection [https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1945-50Intel/d2691. <<

[6] Por ejemplo, Galeotti, M., 2022; Jones, S., 2021; Miller, C., 2019. <<

[7] Interfax, 22 de febrero de 2018. <<

[8] *Krasnaya Zvezda* [Estrella Roja], 14 de abril de 2014. <<

[*] N. del T.: Se trata de inteligencia HUMINT, elaborada a partir de información recogida o suministrada por personas. Se consideran diversos tipos: contacto, informador, colaborador, agente. La información obtenida de fuentes humanas es muy útil porque puede proporcionar datos imposibles de obtener por otros medios. <<

[1] Para buenos estudios, *vid*. Grau, L. y Bartles, Ch., 2017; Kofman, M. *et al*., 2021. <<

[2] *Voyennaya doktrina Rossiiskoi Federatsii* [Doctrina Militar de la Federación Rusa] (2014), párrafo 8. <<

[3] *Voyenno-Promishlenni Kurier* [Mensajero Militar-Industrial], 11 de marzo 2019. <<

[4] «Na forume “Armiya-2017” obsudili itogi operatsi Vooruzhennij Sil Rossii v Siriiskoi Arabskoi Respublike» [Los resultados de la operación de las Fuerzas Armadas Rusas en la República Árabe de Siria discutidos en el foro “Armiya-2017”], [Mil.ru], 25 de agosto de 2017. <<

[5] *Krasnaya Zvezda* [Estrella Roja], 4 de marzo de 2019. <<

[6] Lester W. Grau y Charles K. Bartles, «The Russian Reconnaissance Fire Complex Comes of Age», Oxford Changing Character of War Centre, mayo de 2018. <<

[1] *Financial Times*, 18 de octubre de 2021. **<<**

[2] Reuters, 21 de mayo de 2014. <<

[1] *Vid.* Mark Galeotti, «Heavy Metal Diplomacy: Russia's Political Use of its Military in Europe since 2014», *ECFR*, 19 de diciembre de 2016. <<

[2] «On the Historical Unity of Russians and Ukrainians», [Kremlin.ru], 12 de julio de 2021. <<

[3] BBC rusa, 26 de febrero de 2022. <<

[4] Esto es, por supuesto, cuestionado por los rusos, que reclaman desde que fueron los ucranianos quienes cometieron los asesinatos cuando recuperaron la ciudad hasta que los «muertos» en realidad eran actores. Sin embargo, a medida que los investigadores internacionales analizan la escena, estas afirmaciones parecen cada vez más inverosímiles. *Vid*., por ejemplo, «Bucha Killings: Satellite Image of Bodies Site Contradicts Russian Claims», BBC, 11 de abril de 2022; y «Ukraine: Russian Forces' Trail of Death in Bucha», *Human Rights Watch*, 21 de abril de 2022. **<<**

[5] «Victory Parade on Red Square», 9 de mayo de 2022, [Kremlin.ru]. <<

[1] *Novaya Gazeta* [Nueva Gaceta], 12 de octubre de 2021. **<<**

[2] RIA Novosti, 13 de diciembre de 2013. <<

[3] «Institutional Trust», *Levada*, 10 de noviembre de 2016, [https://www.levada.ru/en/2016/11/10/institutional-trust-2/]. <<

[4] Tatiana Litvinova, Olga Vershinina y Guennadi Moskvitin, «Social and Political Attitudes of Moscow Students on the Background of the All-Russia and Regional Youth Studies», *Social Sciences*, vol. 9, n.º 152, 2020. <<

[5] «Kakoi dolzhna bit Rossiya v predstavleni rossiyan» [¿Qué debería ser Rusia a ojos de los rusos?], Levada, 9 de octubre de 2021, [https://www.levada.ru/2021/09/10/kakoj-dolzhna-byt-rossiya-v-predstavlenii-rossiyan/]. <<